

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE MISTERIO Y TERROR

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE
ILÁN STAVANS

CUARTA EDICIÓN



EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2003

ANTOLOGIA
DE
CUENTOS DE MISTERIO Y TERROR

Primera edición en la Colección "Sepan cuantos...", 1993

Copyright © 2003

La introducción y las características de esta edición son propiedad de
EDITORIAL PORRÚA, S. A. de C. V. — 4
Av. República Argentina, 15, 06020 México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Derechos reservados

ISBN 970-07-3938-4 Rústica
ISBN 970-07-4043-9 Tela

Recopilación de Ilán STAVANS

INTRODUCCIÓN

AJEDREZ PARA IDIOTAS

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado
en sueño y en olvido sepultado;

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Olarte, y digo al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

*Fray Luis de León,
"Noche serena"*

Martin Buber cuenta en una de sus múltiples antologías que Rabi Elimelech estaba sentado una noche cerca de sus discípulos cuando un sirviente de buena fe le trajo un plato de sopa. Al querer devolverlo porque no tenía hambre, el rabino sin querer derramó el líquido sobre la mesa. Convencido de las posibles repercusiones antisemitas del incidente, uno de sus alumnos, Mendel de Rimanov, exclamó aterrorizado: "Pero... ¿qué ha hecho usted, Rabi Elimelech? Ahora a todos los judíos nos mandarán a la cárcel..."; a lo que el maestro respondió: "No temas, hijo mío". Algún tiempo después se supo que en aquel día, exacto a la misma hora, un edicto dirigido contra la población judía de Polonia fue presentado al emperador para ser firmado pero, pese a que tenía la pluma lista, algo siempre lo interrumpía. Finalmente, dispuesto a consumir el acto de una vez por todas, el emperador, al extender la mano, sin querer volcó el tintero sobre el papel. Entonces rompió el edicto y prohibió que se lo trajeran de nuevo.

La parábola, a mi gusto, es asombrosa. Un lazo secreto y misterioso se extiende entre el emperador y el rabino, un vínculo milagroso, sobrenatural, o quizás meramente coincidencial: uno derrama la sopa para que el otro, al perder el equilibrio, manche el documento legal y no perjudique a la minoría hebrea. Más allá de su circunstancia inmediata, ambos personajes están inevitablemente unidos por una fuerza superior: un Ojo Secreto que rige su universo a partir de concomitancias y repeticiones, como si fuera una relojería inexplicable y perfecta y no un *ars aleatoria*. Hechos así, no cabe duda, ocurren a diario sin que lo sepamos; y aunque fuésemos testigos, nuestra razón empírica los descartaría como imposibles e insensatos. El azar es arbitrario y caótico y al caos —i.e., el orden del desorden— lo apreciamos pero sin respetarlo. ¡Cuán equivocados estamos! A estas alturas de la Ilustración, que empezó con la Revolución Francesa y continúa luego de infinitas mutaciones, creemos (o queremos creer) que la nuestra es una realidad rígida, regida por leyes naturales fijas e inmutables, una realidad donde no hay cabida para milagros, donde las cosas son así y sanseacabó. Despreciamos la superstición y ninguneamos la religión. “Todo es cuantificable”, nos repetimos una y otra vez, “todo es lógico y constante, y ha sido dispuesto para que el criterio científico lo estudie, analice y luego concluya que sí o que no, que hay que ver las cosas de esta manera o de aquella otra y nada más”.

Pero ¿y qué, si de pronto descubriéramos que el metabolismo del universo tiene un revés? ¿Que las cosas siguen un curso cifrado, incógnito y arcano, un avatar esotérico? ¿Y si lográramos convencernos, de una vez por todas, que la astrología —el azar de las estrellas— es también parte del acontecer cotidiano? ¿Qué si aceptáramos que detrás de lo que cómodamente llamamos “realidad” hay algo distinto, peligrosamente ajeno e imposible: utópico, inverosímil, absurdo y quimérico? Rabi Moisés ben Maimón (en latín Maimónides), que al lado de Tomás Aquino y Averroes conforma el así llamado “triángulo aristotélico medieval”, dice en uno de los capítulos de su ejemplar *Guía de los perplejos* que el Todopoderoso tiene poder sobre todo, sobre cualquier cosa menos sobre lo imposible. Pero lo imposible es también lo inalterable y estático. No asombra, pues, que San Agustín, en sus *Confesiones*, piense que lo imposible es el pasado, lo ya hecho, y que Dios también es impotente en ese dominio. Lo hecho, hecho está; es decir, puede que el Ser de Seres sea omnipotente pero si de algo es incapaz es

de alterar la historia. (De eso, por supuesto, se encargan los tiranos.)

Al derecho y al revés... y el arte de fruncir el ceño y enojarse al no saber qué es qué y desde cuándo. Allí, en ese intersticio, se estrellan la filosofía y la metafísica al intentar responder a preguntas esenciales como ¿quién creó (inventó) al universo y con qué objetivo? Nuestra inteligencia, ¿es tal o es que nos divertimos creyendo que entendemos lo que visto *sub specie aeternitatis* resulta un mero ajedrez para idiotas? Julio Cortázar, en su ensayo "Del sentimiento de no estar del todo", analizó el dilema de forma ejemplar. Metafísicamente, dice, el hombre de nuestro tiempo cada vez "se siente 'más triste y más sabio', pero su admisión es momentánea y excepcional mientras que el continuo de la vida lo instala de lleno en la apariencia, la concreta en torno a él, la viste de definiciones, funciones y valores. Ese hombre es un ingenuo realista más que un realista ingenuo. Basta observar su comportamiento frente a lo excepcional, lo insólito; o lo reduce a fenómeno estático o poético ('era algo realmente surrealista, te juro') o renuncia en seguida a indagar en la entrevisión que ha podido darle un sueño, un acto fallido, una asociación casual fuera de lo común, una coincidencia turbadora, cualquiera de las instantáneas fracturas del continuo. Si se lo interroga, dirá que no cree del todo en la realidad cotidiana y que sólo la acepta pragmáticamente. Pero vaya si cree, es en lo único que cree. Su sentido de la vida se parece al mecanismo de su mirada. A veces tiene una efímera conciencia de que cada tantos segundos los párpados interrumpen la visión que su conciencia ha decidido entender como permanente y continua, pero casi de inmediato el pestañeo vuelve a ser inconsciente, el libro o la manzana se fijan en su obstinada apariencia. Hay como un acuerdo de caballeros entre la circunstancia y los circunstanciados: tú no me sacas de mis costumbres, y yo no te ando escarbando con un palito". El autor de *Rayuela*, no cabe duda, entendía bien lo que significa transitar de este lado del espejo al otro.

Realidad: la materia, la presencia, lo objetivo; fantasía (*o.phantasya*: del griego "hacer visible"): sueño, mentira, alienación. De por medio: misterio, suspenso —un abismo indescriptible—. Ni tú me sacas de mis costumbres, ni yo te escarbo con un palito. ¿Acaso no sería prudente pensar que esta tela que conforma la vida, lo que nos avisan los sentidos —nuestro único vehículo que, en palabras de David Hume, "nos comunica con el exterior"—, es sólo una mentira, un espectro, una sombra, una certeza que se escapa? Terror,

estremecimiento. H. P. Lovecraft, un norteamericano de pésimo gusto y autor de Mitos de Chtulhu, dijo una vez que no hay sensación más humana y más natural que el miedo y que no hay miedo más arcaico que el temor a lo desconocido. ¿Y qué es lo desconocido? Lo que nos rebasa, lo que soñamos aunque jamás entenderemos, lo que no sabemos y apenas sospechamos, lo que nos ha sido negado —el revés de las cosas—. Piense el lector, por ejemplo, a un individuo cualquiera que de pronto se ve sometido a un dolor terrible, una sacudida estomacal que lo desmorona y desmaya. Pierde el sentido, lo recobra, y al abrirse la camisa para revisar que al menos sigue entero, de pronto descubre que un cristal perfectamente rectangular, una superficie plana, artificial a la altura de la barriga, a través del cual puede ver sus propios intestinos, el hígado y la parte frontal de los riñones, le cubre ahora la zona del abdomen. Entonces... ¿qué? La naturaleza se ha accidentado, deja de ser previsible; es decir, la naturaleza ya no es tal. O pensemos, con igual afán lúcido, en una gélida habitación de paredes blancas perfectamente cerrada: no hay puertas ni ventanas ni aire que circule. Sin embargo, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, un inmenso pez semitransparente se aparece al centro y, a su lado, el cadáver paliente de una anciana. ¿Qué explicación ofrecer? Éstas y otras mágenes, intuitivas e incautas, pertenecen al ámbito del terror, o maravilloso y lo fantástico, una ventana al Más Allá: el otro lado de las cosas.

Los espejos, las pesadillas, los laberintos, las sombras... Joseph Conrad solía decir que no escribía cuentos fantásticos porque ello implicaría negarle a la realidad su atributo esotérico. Pero ¿por qué entonces escribir textos realistas o surrealistas o románticos y demás? Tal razonamiento, por supuesto, es erróneo. Lo que en inglés se cataloga como *the uncanny* es un atributo que el hombre proyecta al universo y utilizarlo artísticamente no es otra cosa que un intento por desmenuzar el metabolismo con que están entretejidas las cosas, su conexión secreta, acción que involucra el miedo y el reconocer que nuestra razón es limitada e insuficiente. ¿Y qué es lo fantástico, qué lo maravilloso y qué lo misterioso y terrorífico? Una idea única y tres variaciones. Dice Louis Vax, en su libro *L'art de la littérature fantastique*: "Dios, la Virgen, los santos y los ángeles o son seres fantásticos; como no lo son tampoco los genios y las hadas buenas. En cuanto a los dioses de la fábula, Pan, por ejemplo, pueden llegar a ser fantásticos cuando en ellos se encuentran instintos salvajes. Pero nadie verá en el *Telémaco* una historia fan-

tástica por el hecho de que una Minerva, que ha cambiado de sexo para guardar sus apariencias, permanezca, pedante y moralizadora, junto al hijo de Ulises". Así pues, mientras lo fantástico interrumpe el flujo cotidiano y estorba (obliga a lo que Edgar Allan Poe llamaba *suspension of disbelief*), lo maravilloso ofrece una esfera de seres inofensivos, una bestiario que estimula la fe pero ni arremete ni asombra. Roger Caillois, el célebre crítico francés al que Jorge Luis Borges le dedicó un estudio del cuento policiaco y varios ensayos sobre G. K. Chesterton, asegura en *Images, images...* que el reino de lo maravilloso está naturalmente poblado de dragones, de unicornios y de hadas; los milagros y las metamorfosis son allí continuos; la varita mágica, de uso corriente; los talismanes, los genios, los elfos y los agradecidos abundan; las madrinas, en el acto, colman los deseos de las huérfanas meritorias... En lo fantástico, al contrario, lo sobrenatural aparece como una ruptura de la coherencia universal. El prodigio se vuelve aquí una "agresión prohibida, amenazadora, que quiebra la estabilidad de un mundo en el cual las leyes hasta entonces eran tenidas por rigurosas e inmutables. Es lo imposible que sobreviene de improviso en un mundo de donde lo imposible está desterrado por definición". Y añade Tzvetan Todorov en su *Introduction à la littérature fantastique*: "Si en un mundo que es muy nuestro, éste que conocemos, sin diablos, sifídes, ni vampiros, se produce un acontecimiento que no se puede explicar por las leyes de lo familiar, el que percibe el acontecimiento debe optar por una de dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, y las leyes del universo permanecen como son (lo extraño); o bien el acontecimiento ha tenido lugar realmente, es parte integrante de la realidad, pero ahora esta realidad está regida por leyes que desconocemos (lo maravilloso). O bien el diablo es una ilusión, un ser imaginario; o bien existe realmente, como los demás seres vivientes. Lo fantástico ocupa el tiempo de esta incertidumbre; en cuanto se escoge una u otra respuesta, nos salimos de lo fantástico para entrar en un género vecino, lo extraño o lo maravilloso. Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce sino las leyes naturales y se enfrenta, de pronto, con un acontecimiento de apariencia sobrenatural". Suspender el criterio, dudar, ser víctima de la incertidumbre, quedar a la deriva, la hermandad entre las tres variaciones es tal que a veces es difícil saber dónde empieza ésta y termina ésa o aquélla. Piénsese en *La metamorfosis* de Kafka. Sin jamás caer en el mal gusto, el protagonista de la

novela, Gregor Samsa, un hombre cualquiera en una metrópolis que bien podría ser Praga, una mañana, luego de un sueño pesado, se despierta convertido en un insecto enorme. Cómo sufrió semejante cambio, ni lo sabemos ni lo sabremos; y, de hecho, importa muy poco. Tampoco se explica la causa de su estado presente. Lo único que nos concierne es la consecuencia y esa parece ser también la preocupación exclusiva del autor. El texto sirve de modelo de la literatura de misterio y terror, ejemplo perfecto de lo que Caillois y Todorov llaman el relato fantástico, porque Samsa es un insecto que no asusta. Es y punto. Lo que nos atemoriza es la remota posibilidad de que el futuro nos depare (que pueda deparrarnos) un destino similar. (Lo maravilloso sería convertir al escarabajo en un mito).

Años atrás escuché el relato siguiente, que de entonces para acá carece de dueño. Un hombre extraviado en el desierto llega sediento a un oasis. Ve un manantial y al lado de él, una virgen hermosa. Se acerca y dice: "Por favor, dime que no eres un espejismo". A lo que ella responde: "El espejismo eres tú..." Y acto seguido, el hombre desaparece. Un entretenimiento personal al que le he dedicado exquisitas noches es la lectura de cuentos sobre ambos lados de textos sobre este tipo de espejismos: hacia acá, los que juegan con el misterio de lo desconocido dejando abierta la incertidumbre pero sin articular una realidad igual de horrorífica que la de Kafka —cuentos donde la razón sueña con descifrar enigmas impenetrables; —hacia allá, los que usan (y abusan) del error y olvidan la excusa fantástica. Nada me cuesta reconocer (iluso sería no hacerlo) que otros antes que yo han frecuentado el proyecto de compilar los mejores relatos breves habidos y por haber. Pero cada colección es única y cada antología, una biblioteca personal mínima. En mi caso, el resultado es (tiene que ser) un volumen multinacional que contenga "La tercera orilla del río" del brasileño João Guimarães Rosa; "La puerta condenada" de Cortázar (y no la archiconocida "Casa tomada", que mucho tiene del Felisberto Hernández de "Casa inundada"); de Poe, "El corazón revelador"; de Iván Turgueniev, "Un sueño"; del Marqués de Sade, "Rodrigo o la torre encantada"; del propio Kafka, "Ante la ley"; de Bioy Casares, "Un viaje o el mago inmortal"; de Calvino, "La hormiga argentina" (cuya estructura y contenido se contraponen a "Los venenos" de Cortázar y del norteamericano William H. Gass, "Orden de los insectos"); de Fernando Pessoa, "Una cena muy original"; de Daniel Defoe, "La aparición de Mrs. Veal"; de Juan

Rulfo, el ejemplar “Luvina”; de Lope de Vega, “La posada del mal hospedaje”; de H. P. Lovecraft, “La ciudad sin nombre”; de Nathaniel Hawthorne, “El joven Goodman Brown”; del francés Gérard de Nerval, “La mano encantada”; de Rudyard Kipling, “Los constructores de puentes”; de Nikolai Gogol, “La nariz” (al que Philip Roth rinde tributo en *El seno*); de Charles Dickens, “Una extraña entrevista”; de Guy de Maupassant, “La noche”; de Pedro Antonio de Alarcón, “La mujer alta”; de Bram Stoker, “La casa del juez”; del nicaragüense Rubén Darío, “La larva”. (Del autor de *Azul...* a Leopoldo Lugones y Amado Nervo, el Modernismo iberoamericano [1885-1915], sobra recordarlo, fue una fuente inagotable de lo fantástico); mi propio texto “Tres pesadillas” (que forma parte de *La pianista manca*); del uruguayo Horacio Quiroga, “El almohadón de plumas”; del estadounidense Ambrose Bierce, “El desconocido” (aunque, lo confieso, también me hubiese gustado incluir “Incidente en el Owl Creek Bridge”); de Graham Greene, “Una salida de la Calle Edgware”; de Ryunosuke Agulagawa, “En el bosque”; de Robert Louis Stevenson, “El diablo en la botella”; del mexicano Alfonso Reyes, “La cena” (la semilla que desarrolló Carlos Fuentes en *Aura*); de W. W. Jacobs, el archiconocido “La pata de mono”; de Borges, “El evangelio según Marcos”; de Henry James, “Los amigos de los amigos” (y no “Otra vuelta de tuerca”); de Salvador Elizondo, “La historia según Pao Cheng”; del cubano Virgilio Piñera, “En el insomnio”; de Felisberto Hernández, “El cocodrilo” (y no *Las hortensias*); del español Felipe Alfau, “La necrófila” (parte de su novela de 1936, *Locos: una comedia de gestos*); de H. G. Wells, “El país de los ciegos” (Manguel prefiere “La puerta en la pared”, mientras que Borges y Bioy Casares se inclinan por “El caso del difunto Mister Elvesham”); y de Lafcadio Hearn, “El secreto” (en mi versión, que modifica en un día la perspectiva del original). Al revisar mi selección, descubro lo obvio: por lo general, sus autores provienen de dos geografías, el ámbito anglosajón (Inglaterra y los Estados Unidos) y el hispánico. ¿A qué se debe la abundancia de tales orígenes? Se me ocurre que en la religión protestante el fantasma desempeña un papel preponderante; ata al Más Allá con el Más Acá de forma tiránica y difícil; en la América Latina, por otro lado, lo mágico y exótico se yuxtaponen a la verdad empírica. Y si una antología no es otra cosa que una guía personal de lectura —lo mismo que la Biblia— una vez encuadernado, sus cuentos invitan a una lectura distinta. Tómese como ejemplo “Lu-

vina", el cuento de Rulfo: ¿es el pueblo descrito por el mexicano una geografía de la imaginación o un sitio auténtico?; el mensaje, ¿es realista o fantástico? O piénsese en el cuento seleccionado de Cortázar, mucho menos difundido que otros suyos, que también exige varias lecturas (sobre todo dos: una psicológica, la otra fantástica): Petrone, el protagonista, se hospeda en el Hotel Cervantes (el nombre, ¿podría ser casual?) de Montevideo y descubre que su habitación tiene "una puerta condenada" —i.e., en el pasado su cuarto y el contiguo conformaban una suite pero ahora una cómoda bloquea la entrada que los une—. A medianoche Petrone oye ruidos del otro lado; a la mañana siguiente, sin embargo, el conserje le asegura que se trató de una alucinación porque no hay nadie en esa habitación. De ahí en adelante, los sonidos se tornan cada vez más asiduos y enfadosos y sin embargo, "no hay nadie del otro lado". Al igual que el James de "Otra vuelta de tuerca", Cortázar deja abierta la puerta. Por cierto, regresa al tema en "Historia con migajas".

(Entre paréntesis, mientras preparaba mi antología se me ocurrió recopilar un álbum de anécdotas y citas de la tradición mística hebrea, a la que dediqué horas exquisitas de estudio durante mi adolescencia. Se lo daré a la imprenta en el futuro. Ya lo ha dicho Gershom Scholem en su magistral volumen *La cábala y su simbolismo*: quizá no haya una enciclopedia de visiones fantásticas más amplia y generosa que su producción, del siglo XIII en adelante. Dice el *Zohar* [I, 134b] de Rabi Moisés de León: "Aquel que se ocupa del estudio de la *Torah*, mantiene al mundo en movimiento y da a cada elemento la posibilidad de realizar su función. Porque no hay miembro en el cuerpo humano que no tenga su correspondiente en el mundo concebido en su totalidad. Así como el cuerpo humano está compuesto de miembros y articulaciones de diferente rango que accionan y reaccionan recíprocamente y forman un organismo, lo mismo ocurre con el mundo: todas las criaturas están ordenadas en él a manera de miembros que se encuentran en una relación jerárquica; y si están bien ordenadas [o si se encuentran en un acuerdo armonioso] forman un organismo propiamente dicho. Y todo está ordenado según el prototipo de la *Torah*, pues la *Torah* se compone en su totalidad de miembros y articulaciones que se encuentran en relación jerárquica precisa y cuando están correctamente ordenados forman un solo organismo". Desde luego, hay una simetría implícita entre anatomía, geografía y literatura: el organismo humano es un reflejo del universo, y el universo su vez es un reflejo de la *Torah*, que [se deduce] es un mapa de

la inteligencia divina. Desarticular tan siquiera una letra, un objeto, un órgano, es, pues, atentar contra Dios acaso. ¿Es factible imaginar un supuesto fantástico más ambicioso que éste? Tienen razón los cabalistas: Habría que considerar a la Biblia [la *Torah*] como la primera y mejor de todas las antologías de misterio y terror).¹

Sin embargo, una apreciación modesta y duradera de este tipo de antologías ha de comenzar (y acaso terminar) en la Argentina, donde el espíritu enciclopedista ha hallado una de sus mejores posadas. Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Borges compilaron en 1940 su archiconocida *Antología de la literatura fantástica* (revisada en 1965 y 1976, que en inglés lleva el título de *The Book of Fantasy* y una introducción² de Úrsula K. Le Guin). El libro, cuyo contenido parece débil a distancia aunque en su momento era un barril de pólvora, dejó una huella profunda en el acontecer literario de Hispanoamérica. Incluía párrafos, cuentos y diálogos de un crisol exquisito donde se conglomeraban James Joyce, Franz Kafka, Rudyard Kipling, un pasaje de *Las 1001 noches*, textos de León Bloy, Martin Buber, Elena Garro, Thomas Carlyle y Lewis Carroll. El breve prólogo de Bioy Casares es olvidable y objetable. Comienza con una historia de este tipo de literatura pero en realidad no es otra cosa que una lista de nombres en sus siglos. Y al hablar de técnica, se nos dice que dos son los ingredientes fundamentales que hacen exitoso un cuento fantástico: el ambiente o la atmósfera y la sorpresa; y luego enumera los argumentos fantásticos: viajes por el tiempo, los tres deseos, las aventuras con acción que sigue en el infierno, el personaje soñado, la metamorfosis, las vidas paralelas que obran por analogía (como la fábula de Martín

¹ Se preguntará el lector, ¿por qué tanto paréntesis? A manera de respuesta, invito a reflexionar sobre la naturaleza de lo que, según el *Diccionario de la Real Academia*, es una "oración o frase incidental, sin enlace necesario con los demás elementos..., cuyo sentido interrumpe y no altera". Acaso ningún signo ortográfico sugiera mejor la idea de abrir una especie de *interregno*, de sugerir sin modificar. Se me ocurre, pues, idear un cuento de misterio, al estilo de William H. Gass, titulado "(...)", donde el paréntesis tenga un papel protagonista y donde el resto del reparto —que incluya a &, #, @ y ¿?— indague tanto su identidad como su idiosincrasia.

² Algo simplista, hay que añadir. Se elimina el prólogo de Bioy Casares y Borges se convierte en el espíritu del volumen completo. Así concluye Le Guin: "And so it is that Jorge Luis Borges's own poems and stories, his reflections, his libraries, labyrinths, forking paths, and amphibænae, his books of tigers, of rivers, of sand, of mysteries, of changes, have been and will be honored by so many readers for so long: because they are beautiful, because they are nourishing, because they do supremely well what poems and stories do, fulfilling the most ancient, urgent function of words, just as the *I Ching* and [this] *Dictionary* do: to form for us 'mental representations of things not actually present,' so that we can form a judgement of what world we live in and where we might be going in it."

Buber con que abrí esta introducción), las fantasías metafísicas, y los vampiros y castillos. En cuanto al título, en una conversación de 1988 con Fernando Sorrentino, Bioy Casares dice: "...cuando planeábamos la *Antología de la literatura fantástica*, no nos gustaba la palabra 'fantástica' porque nos recordaba señoras diciendo: ¡Fantástico, fantástico! para decir: ¡Excelente! o ¡extraordinario! o lo que fuera. Y en algún momento Borges dijo: '¿Y si le pusiéramos *Cuentos irreales?*', lo que parecía mucho más moderado. Pero en seguida advertimos que uno siente una especie casi de asco por lo irreal, y que iba a ser un libro muerto...". La obra del propio Borges está repleta de elementos fantásticos, como en el cuento "El milagro secreto", donde Jaromir Hladik, un traductor checo que recuerda a Kafka, a punto de ser fusilado por un regimiento nazi, pide que Dios le permita vivir mentalmente lo suficiente para terminar su drama *Los enemigos...* y el Todopoderoso acepta. En "Las ruinas circulares", un mago a través del sueño modela a su propio hijo. Otros textos similares de Borges son "Magias parciales del Quijote" y "Tlön Uqbar, orbis tertius". Sus influencias provienen del arte árabe, de Óscar Wilde, Stevenson y Bierce. Además, el argentino pensaba que la teología y la metafísica son el ápice de la literatura fantástica. "El Dios de Spinoza, por ejemplo, supera a todo lo inventado por Kafka... [Y] una obra como la *Ética* o *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, o el sistema de Buda, son obras maestras de la imaginación".

A partir de 1940, se han multiplicado en la América Latina y en la península ibérica colecciones individuales y colectivas alrededor del tema: de Rubén Darío, Horacio Quiroga, Fernando Pessoa, los modernistas, y demás. Y sé que hay otras antologías, bonaerenses y de otras partes, que hacen su recorrido de mano en mano, de librería en librería, más silenciosamente y de las cuales no diré nada. Salvo de una que preparó en 1983, en inglés, Alberto Manguel, otro argentino aunque uno exiliado en Canadá. Lleva por título *Black Water. The Book of Fantastic Literature* y la sacó Clarkson N. Polter en 1984. Se trata, no hay que esconderlo, de una extensión del volumen de Borges, Bioy Casares y Ocampo, con muchos más cuentos y autores (de Bruno Schultz, Ray Bradbury, Manuel Lainez, Howard Fast, Cynthia Ozick, D. H. Lawrence, Isak Dinesen, Marguerite Yourcenar, *et al*). Las biografías de Manguel son sumamente personales y lo mismo la introducción, de poco más de tres páginas. Lo interesante son los nueve epígrafes que abren el libro, que van de Turgueniev a Tennessee Williams, James Joyce y Edward Albee.

El del primero, por ejemplo, anuncia que siempre que un hombre le reza a Dios, le pide un milagro: que dos y dos no sean cuatro. Dice el atribuido a Charleston: "*So long as we regard a tree as an obvious thing, naturally and reasonably created for a giraffe to eat, we cannot properly wonder at it. It is when we consider it as a prodigious wave of the living soil sprawling up to the skies for no reason in particular that we take off our hats. to the astonishment of the park-keeper*". Y el de Joyce (que, de nuevo, proviene de la Antología: "*What is a ghost? Stephen said with tingling energy. One who has faded into impalpability, through death, through absence, through change of manners*").

Ítalo Calvino, el novelista italiano a quien debemos *El castillo de los destinos cruzados* y *Señor Palomar*, preparó poco antes de su muerte, en 1987, dos volúmenes de *Cuentos fantásticos del siglo XIX*, que publicó en castellano Editorial Siruela en Madrid. Incluye un segmento de *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki, textos de E. T. A. Hoffman, Honoré de Balzac, Théophile Gautier, Prosper Mérimée, Hans Christian Andersen, Bierce, Vernon Lee y Kipling. En su introducción, mucho más lúcida que la de Bioy Casares, con un fuerte componente metafísico, el italiano asegura que el relato de misterio y horror es uno de los productos más característicos de la narratiava decimonónica, y para nosotros, uno de los más significativos, "pues es el que más nos dice sobre la interioridad del individuo y de la simbología colectiva". Calvino asegura que el cuento fantástico "nace entre los siglos XVIII y XIX sobre el mismo terreno de la especulación científica: su tema es la relación entre la realidad del mundo que habitamos y conocemos a través de la percepción, y la realidad del mundo del pensamiento que habita en nosotros y nos dirige". Habla de Todorov y ubica la raíz de *lo fantástico* en el romanticismo alemán y en la novela gótica inglesa. Centra sus reflexiones en Hoffman, Goethe y luego las diversifica al hablar de Gogol, Dostoyevski, Turgueniev, Nerval, Mallarmé, y asimismo de Mary Shelley, Dickens y Henry James. De manera temática, Calvino divide lo fantástico en [1] visionario y [2] mental o abstracto o psicológico o cotidiano. Es decir, a partir de esa división a que me refería al hablar de Cortázar y Rulfo, separa los cuentos que integran un antología en aquellos cuya irre realidad es obviamente parte del mundo material y los que se resuelven, o pueden resolverse, a partir de un artilugio cerebral. Y dice: "El verdadero tema del cuento fantástico del siglo XIX es la realidad de lo que se ve: creer o no creer en apariciones fantas-

magóricas, vislumbrar detrás de la apariencia cotidiana otro mundo encantado o infernal". Es como si este género estuviera destinado a entrar por los ojos, a concretarse en una sucesión de imágenes, a confiar su fuerza de comunicación al poder de crear 'figuras'. Al concluir y de forma curiosa, Calvino, excluyendo un sinnúmero de italianos que considera "de talla menor", se confiesa tentado a incorporar en su antología un segmento de *Pinocho* (1882) de Carlo Collodi, de donde viene la siguiente cita: "Entonces se asomó a la ventana una hermosa niña con los cabellos azul turquesa y la tez como una imagen de cera, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, la cual, sin mover para nada los labios, dijo con una vocecita que parecía llegar de otro mundo: 'En esta casa no hay nadie'. Todos han muerto". '¡Ábreme tú, por lo menos!' La niña repuso: 'Yo también estoy muerta'. '¿Muerta?, y entonces ¿qué haces ahí en a ventana?'. 'Estoy esperando el ataúd, para que venga y me lleve'".

Vuelvo a la parábola de Buber: ¿y qué si el emperador y el rabino, auténticos enemigos, allende su vínculo secreto, fuesen una y la misma persona? El imposible anhelo de explicarnos el metalismo cósmico. El objetivo final, la meta ulterior de la literatura le misterio y terror es conmover, estremecer los cimientos de nuestra cultura. Así pues, estas antologías, estas bellas biblias, no tienen inspiración mejor que la de convencer al lector de que no es quien cree que es, y que nada es lo que parece. Supongamos, de acuerdo con esa prerrogativa y a la manera de *El nombre de la Rosa* de Umberto Eco, que al terminar de leer el último de los cuentos aquí contenidos (en mi caso, el de Hearn), su cadáver fuera hallado, todavía caliente, y a su lado, sobre el suelo, el libro manoseado. Entonces... ¿qué? La vida en la muerte, la muerte en la vida y, por medio, una puerta condenada, una interrupción, un acertijo. Acaso no somos nosotros quienes auspiciamos esa cadena de mentiras que apodamos "realidad"? El español Rafael Llopis dijo una vez que nuestros descendientes más o menos remotos, aunque definitivamente humanos, sabrán vivir la vida desde la muerte, gozándola en cada instante irrepetible, con la lucidez que da la proximidad, la íntima de la inmediatez. Quizás pero a nosotros, eternos jugadores de ese ajedrez para idiotas, sólo nos queda un recurso: el arte de soñar lo sobrenatural y de creer que el sueño no es tal. Ser sin saber.

Anhelamos la verdad y no hallamos en nosotros más que incertidumbre. Buscamos la felicidad y no hallamos más que miseria y muerte. Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de certeza y felicidad. Este deseo nos ha sido dado tanto para castigarnos como para hacernos ver de dónde y en dónde hemos caído.

—BLAISE PASCAL, *Pensées*.

LA TERCERA ORILLA DEL RÍO

JOÃO GUIMARÃES ROSA*

Nuestro padre era hombre cumplidor, de orden, positivo y fue así desde jovencito y niño, por lo que testimoniaron las diversas personas sensatas, cuando indagué la información. En lo que yo mismo recuerdo, él no parecía más extravagante ni más triste que los otros, conocidos nuestros. Solamente quieto. Era nuestra madre la que mandaba y quien a diario regañaba a mi hermana, a mi hermano y a mí. Pero ocurrió que, cierto día, nuestro padre mandó que se le hiciera una canoa.

Era en serio. Encargó la canoa, una especial, de palo *vinhático*, pequeña, sólo con la tablita de popa, como para caber justo el remero. Tuvo que ser toda fabricada, elegida fuerte y arqueada en rígido, apropiada para durar en el agua unos veinte o treinta años. Nuestra madre mucho renegó contra la idea. ¿Sería que él, que no se ocupaba de esas artes, se iba a proponer ahora pesquerías y cacerías? Nuestro padre no hablaba. Nuestra casa, en ese tiempo, estaba aún más próxima del río, cosa de menos de cuarto de legua: el río por ahí se extendía grande, hondo, callado siempre. Ancho, de no poder verse la otra orilla. Y no puedo olvidarme el día en que la canoa estuvo terminada.

Sin alegría, sin inquietud, nuestro padre se caló el sombrero y decidió un adiós. Ni dijo otras palabras, ni llevó provisión y ropa, ni hizo ninguna recomendación. Nuestra madre, pensé que iba a gritar, pero persistió, solamente alba de tan pálida, mordió el labio y bramó: —*¡Vete, puedes quedarte, no vuelvas más!* Nuestro padre contuvo la respuesta. Me miró, manso, haciendo ademán de que lo acompañara, sólo algunos pasos. Temí la ira de nuestra madre, pero, de golpe,

* João Guimarães Rosa, brasileño (1908-1967). Autor de *Sagarana*. *Urubùquaquá* y *Gran Sertón: Veredas*, entre otras novelas y cuentos.

mañoso obedecí. El rumbo de aquello me animaba, me asaltaba una idea y pregunté: —*Padre, ¿usted me lleva también en esa canoa suya?* Volvió a mirarme y me dio la bendición, con un gesto me mandó de vuelta. Hice como que vine, pero volví a la gruta del monte para saber. Nuestro padre entró en la canoa, la desamarró para remar. Y la canoa salió alejándose, lo mismo su sombra, como un yacaré, extendida larga.

Nuestro padre no volvió. No iba a ninguna parte. Sólo ejercía la invención de permanecer en aquellos espacios del río, de nedio a medio, siempre en la canoa, para no salir de ella nunca más. Lo extraño de esa verdad espantó a la gente. Aquello que no había, acontecía. Los parientes, vecinos y conocidos nuestros, se reunieron, y juntos se aconsejaron.

Nuestra madre, avergonzada, se portó con mucha cordura por eso todos atribuyeron a nuestro padre el motivo del que no querían hablar: locura. Unos consideraban que podría tratarse del cumplimiento de alguna promesa o que, nuestro padre, tal vez, por escrúpulo de alguna enfermedad, como ser la lepra, desertaba para otra suerte de vida, cerca y lejos de su familia.

Las voces de las noticias eran dadas por ciertas personas — asantes, moradores de las riberas, incluso de la lejanía del otro lado— diciendo que nuestro padre nunca se asomaba a buscar tierra, en ningún punto o rincón, ni de día, ni de noche, y del río como cursaba el río, libre solitario. Entonces, nuestra madre y los parientes nuestros concluyeron: que las provisiones que estuvieran escondidas en la canoa se gastarían; y, él, o desembarcaba y se alejaba yéndose para siempre, lo que por lo menos le condecía con lo correcto, o se arrepentía, de una vez, y volvía a casa.

Eso era un engaño. Yo mismo cumplía con llevarle, cada día, un tanto de comida hurtada: idea que tuve, ya en la primera noche, cuando nuestra gente experimentó con prender fogatas a la orilla del río, mientras que a su claridad, se rezaba y se llamaba. Después, guiado, aparecí con piloncillo, broa de maíz, racimo de plátanos. Vi a nuestro padre, al fin de una hora, muy costosa de transcurrir: así solo, él allá a lo lejos, sentado en el fondo de la canoa, retenida en el liso del río. Me vio, no remó hacia acá, no hizo más. Le enseñé la comida, la deposité en una cueva de piedras

en la barranca, a salvo de bichos, de lluvia y rocío. Eso, hice y rehice siempre, mucho tiempo. Sorpresa que más tarde tuve: nuestra madre sabía de esa agencia, sólo que disimulaba no saberla; ella misma dejaba, facilitadas, sobras de cosas, para que yo las consiguiese. Nuestra madre no se manifestaba mucho.

Hizo venir a nuestro tío, su hermano, para auxiliar en la hacienda y en los negocios. Hizo venir al maestro para nosotros, los niños. Encomendó al cura que un día se paramentase, en la orilla, para conjurar y rogar a nuestro padre que desistiera de la entristecedora porfía. Otra vez, por disposición de ella, para amedrentar, vinieron los dos soldados. Todo lo cual no valió de nada. Nuestro padre pasaba a lo largo, entrevisto o desleído, cruzando en la canoa, sin dejar que se acercase nadie a la mano o a la voz. Incluso cuando estuvieron, no hace mucho, dos hombres del periódico, que trajeron lancha y pretendían retratarlo, no vencieron: nuestro padre desaparecía por el otro lado, aproaba la canoa en el brezal, de leguas, que hay, por entre juncos y matorrales, y él sólo conocía, a palmos, su oscuridad.

Uno tuvo que acostumbrarse a aquello. A las penas, que trajo aquello, uno nunca se acostumbró, es verdad. Lo sé por mí, que lo quería, y lo que no quería, sólo con nuestro padre lo hallaba; esto era no entender, de ninguna manera, cómo él aguantaba. De día y de noche, con sol o aguaceros, calor, escarcha, y en los terribles fríos de la mitad del año, sin protección, sólo con el sombrero viejo en la cabeza, por todas las semanas, y meses, y los años —sin tener en cuenta su irse de vivir. No bajaba en ninguna de las orillas, ni en las islas y los bajíos del río, nunca más pisó suelo o pasto. Claro, que al menos, para dormir, su poco, él debería amarrar la canoa en alguna punta de la isla, en lo escondido. Pero ni prendía fueguito en la playa, ni disponía de luz fabricada, nunca más frotó fósforo. Lo que comía era un casi; aun de lo que uno depositaba entre las raíces de la gemelera o en la gruta de la barranca, él recogía poco, ni lo suficiente. ¿No enfermaba? Y la constante fuerza de los brazos, para tener derecha a la canoa, resistente, aún en la demasía de las arroyadas, en el subir de las aguas, ahí cuando, en la embestida de la enorme corriente del río, todo arrolla el peligroso, aquellos cuerpos de animales muertos y troncos de árboles bajando —en espanto, en encuentro—. Y jamás

habló más de él. Sólo pensábamos. No, nuestro padre no podía borrarénsenos; y si, por un rato, uno hacía como que olvidaba, era apenas para despertarse de nuevo, de repente, con la memoria, al provocarnos otros sobresaltos.

Se casó mi hermana; nuestra madre no quiso fiesta. Uno pensaba en él, cuando se comía comida más sabrosa; también, abrigados de noche, en el desamparo de esas noches de mucha lluvia, fría, fuerte, y nuestro padre, sólo con la mano y una calabaza para ir vaciando la canoa del agua del temporal. A veces, algún conocido nuestro encontraba que me iba pareciendo más a nuestro padre. Pero yo sabía que él ahora se había vuelto greñudo, borbón, con uñas grandes, enfermo y flaco, negro por el sol y por los pelos, con aspecto de bicho, casi desnudo, aunque disponía de piezas de ropa que de cuando en cuando se le proporcionaban.

Y no quería saber de nosotros; ¿no nos tenía afecto? Justamente por afecto, por respeto, las veces que me alababan a causa de alguna buena acción mía, yo siempre decía: —*Fue papá el que un día me enseñó a hacerlo así...*; lo que no era cierto, exacto; era mentira, por verdad. ¿Si él no se acordaba, ni quería saber más de nosotros, por qué, entonces, no subía o bajaba el río, hacia otros parajes, lejos, en lo no encontrable? Sólo él sabía. Pero mi hermana tuvo un niño, ella porfió que quería mostrarle el nieto. Fuimos todos al barranco, fue un lindo día, mi hermana con vestido blanco, el del casamiento; ella levantaba en los brazos la criaturita, el marido sostuvo, para protegerlos, la sombrilla. Nosotros llamamos, esperamos. Nuestro padre no apareció. Mi hermana lloró, nosotros todos lloramos, allí, abrazados.

Mi hermana se mudó, con el marido, lejos. Mi hermano se decidió y se fue, para una ciudad. Los tiempos cambiaban en la tanta prisa del tiempo. Nuestra madre acabó yéndose también, para siempre a residir con mi hermana. Había envejecido. Yo me quedé aquí, el único. Nunca podría casarme. Yo permanecí, con los bagajes de la vida. Nuestro padre me necesitaba, lo sé —en su vagar por el río por el yermo— sin dar razón de su actitud. Cuando yo quise saber, y, resuelto, indagué, me dijeron lo que se decía: nuestro padre, alguna vez, había revelado la explicación al hombre que le preparó la canoa. Pero, ahora, ese hombre ya había muerto, nadie que supiese, que hiciese memoria de nada. Sólo las falsas

habladurías, sin sentido, como aconteció, en el comienzo, con las primeras crecientes del río, con lluvias que no escampaban, todos temieron el fin del mundo, decían: que nuestro padre había sido el elegido como Noé, y que, por lo tanto, con la canoa se había anticipado; pues ahora medio lo recuerdo. Mi padre, yo no podía condenarlo. Y apuntaban ya en mí las primeras canas.

Soy hombre de tristes palabras. ¿De qué tenía yo tanta, tanta culpa? Si mi padre siempre ponía ausencia: y el río —río— río, el río —ponía perpetuidad. Yo sufría ya el comienzo de la vejez — esta vida era sólo demorarse. Yo mismo tenía achaques, ansias, cansancios, torpezas del reumatismo. ¿Y él? ¿Por qué? Debía padecer demasiado. Por más arrejuntado, no iba día más, día menos, a flaquear en su vigor, a dejar que la canoa se volcase o que flotase sin pulso, en el andar del río, para despeñarse, horas abajo en el estruendo y en la caída de la cascada brava con hervor y muerte. Apretaba el corazón. Él estaba allá, sin mi tranquilidad. Soy inculgado de lo que no sé, con herida abierta dentro. Sabría, si las cosas fueran distintas. Y fui madurando una idea.

Sin demorarme. ¿Soy loco? No. En nuestra casa la palabra *loco* no se usaba, nunca más se usó, los años todos, nunca a nadie se acusó de loco. Nadie es loco. O, entonces, todos. Lo fui, porque fui allá. Con un pañuelo, para hacer más visibe la señal. Estaba en mis cabales. Esperé. Por fin él apareció, ahí y allá, el bulto. Estaba ahí sentado en la popa, Estaba allí, a la voz. Llamé, unas cuantas veces. Y hablé, lo que me urgía, jurando y declarando, tuve que reforzar la voz: —*Padre, usted está viejo, ya cumplió lo suyo... Ahora, usted viene, no precisa más... Usted viene, y yo, ahora mismo, cuando quiera, los dos de acuerdo, ¡Yo tomo su lugar, el de usted, en la canoa...!* Y, así diciendo, mi corazón batió en el compás seguro.

Él me escuchó. Se levantó. manejó el remo, en el agua, de proa hacia acá, conforme. Y yo temblé, hondo y hecho un saludo —el primero, después de tantos años transcurridos. Yo no podía... Con pavor, erizados los cabellos, corrí, huí, me arranqué de ahí en un proceder desatinado. Porque me pareció que él venía: de la parte del más allá. Y estoy pidiendo, pidiendo, pidiendo un perdón.

Sufrió el severo frío de los miedos, enfermó. Sé que nadie supo más de él. ¿Soy hombre, después de este perjurio? Soy el que no

fue, el que va a callar. Sé que ahora es tarde, y temo concluir mi vida en la mezquindad del mundo. Pero entonces, al menos, que, en el capítulo de la muerte, me agarren y me depositen también en una simple canoa, en esa agua, que no cesa, de extendidas orillas: y yo, río abajo, río afuera, río adentro —el río.

LA PUERTA CONDENADA

JULIO CORTÁZAR*

A Petrone le gustó el hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros. Era un hotel sombrío, tranquilo, casi desierto. Un conocido del momento se lo recomendó cuando cruzaba el río en el vapor de la carrera, diciéndole que estaba en la zona céntrica de Montevideo. Petrone aceptó una habitación con baño en el segundo piso, que daba directamente a la sala de recepción. Por el tablero de llaves en la portería supo que había poca gente en el hotel; las llaves estaban unidas a unos pesados discos de bronce con el número de la habitación, inocente recurso de la gerencia para impedir que los clientes se las echaran al bolsillo.

El ascensor dejaba frente a la recepción, donde había un mostrador con los diarios del día y el tablero telefónico. Le bastaba caminar unos metros para llegar a la habitación. El agua salía hirviendo, y eso compensaba la falta de sol y de aire. En la habitación había una pequeña ventana que daba a la azotea del cine contiguo; a veces una paloma se paseaba por ahí. El cuarto de baño tenía una ventana más grande, que se abría tristemente a un muro y a un lejano pedazo de cielo, casi inútil. Los muebles eran buenos, había cajones y estantes de sobra. Y muchas perchas, cosa rara.

El gerente resultó ser un hombre alto y flaco, completamente calvo. Usaba anteojos con armazón de oro y hablaba con la voz fuerte y sonora de los uruguayos. Le dijo a Petrone que el segundo piso era muy tranquilo, y que en la única habitación contigua a la suya vivía una señora sola, empleada en alguna parte, que volvía al hotel a la caída de la noche. Petrone la encontró al día siguiente en el ascensor. Se dio cuenta de que era ella por el número de la

* Julio Cortázar, argentino (1914-1984). Autor de *Bestiario*. *Final de juego*, *Las armas secretas*, *Rayuela*, *Un tal Lucas*, entre otras novelas y cuentos.

llave que tenía en la palma de la mano, como si ofreciera una enorme moneda de oro. El portero tomó la llave y la de Petrone para colgarlas en el tablero y se quedó hablando con la mujer sobre unas cartas. Petrone tuvo tiempo de ver que era todavía joven, insignificante, y que se vestía mal como todas las orientales.

El contrato con los fabricantes de mosaicos llevaría más o menos una semana. Por la tarde Petrone acomodó la ropa en el armario, ordenó sus papeles en la mesa, y después de bañarse salió a recorrer el centro mientras se hacía hora de ir al escritorio de los socios. El día se pasó en conversaciones, cortadas por un coquetín en Pocitos y una cena en casa del socio principal. Cuando lo dejaron en el hotel era más de la una. Cansado, se acostó y se durmió en seguida. Al despertarse eran casi las nueve, y en esos primeros minutos en que todavía quedan las sobras de la noche y del sueño, pensó que en algún momento lo había fastidiado el llanto de una criatura.

Antes de salir charló con el empleado que atendía la recepción y que hablaba con acento alemán. Mientras se informaba sobre líneas de ómnibus y nombres de calles, miraba distraído la gran sala en cuyo extremo estaban las puertas de su habitación y la de la señora sola. Entre las dos puertas había un pedestal con una efesta réplica de la Venus de Milo. Otra puerta, en la pared lateral, daba a una salita con los infaltables sillones y revistas. Cuando el empleado y Petrone callaban, el silencio del hotel parecía coagularse, caer como ceniza sobre los muebles y las baldosas. El ascensor resultaba casi estrepitoso, y lo mismo el ruido de las hojas de un diario o el raspar de un fósforo.

Las conferencias terminaron al caer la noche y Petrone dio una vuelta por 18 de Julio antes de entrar a cenar en uno de los puestegones de la plaza Independencia. Todo iba bien, y quizá pudiera volverse a Buenos Aires antes de lo que pensaba. Compró un diario argentino, un atado de cigarrillos negros, y caminó despacio hasta el hotel. En el cine de al lado daban dos películas que ya había visto, y en realidad no tenía ganas de ir a ninguna parte. El gerente lo saludó al pasar y le preguntó si necesitaba más ropa de cama. Charlaron un momento, fumando un pitillo, y se despidieron.

Antes de acostarse Petrone puso en orden los papeles que había usado durante el día, y leyó el diario sin mucho interés. El

silencio del hotel era casi excesivo, y el ruido de uno que otro tranvía que bajaba por la calle Soriano no hacía más que pausarlo, fortalecerlo para un nuevo intervalo. Sin inquietud pero con alguna impaciencia, tiró el diario al canasto y se desvistió mientras se miraba distraído en el espejo del armario. Era un armario ya viejo, y lo habían adosado a una puerta que daba a la habitación contigua. A Petrone le sorprendió descubrir la puerta que se le había escapado en su primera inspección del cuarto. Al principio había supuesto que el edificio estaba destinado a hotel, pero ahora se daba cuenta de que pasaba lo que en tantos hoteles modestos, instalados en antiguas casas de escritorios o de familia. Pensándolo bien, en casi todos los hoteles que había conocido en su vida —y eran muchos— las habitaciones tenían alguna puerta condenada, a veces a la vista pero casi siempre con un ropero, una mesa o un perchero delante, que como en este caso les daba una cierta ambigüedad, un avergonzado deseo de disimular su existencia como una mujer que cree taparse poniéndose las manos en el vientre o los senos. La puerta estaba ahí, de todos modos, sobresaliendo del nivel del armario. Alguna vez la gente había entrado y salido por ella, golpeándola, dándole una vida que todavía estaba presente en su madera tan distinta de las paredes. Petrone imaginó que del otro lado habría también un ropero y que la señora de la habitación pensaría lo mismo de la puerta.

No estaba cansado pero se durmió con gusto. Llevaría tres o cuatro horas cuando lo despertó una sensación de incomodidad, como si algo ya hubiera ocurrido, algo molesto e irritante. Encendió el velador, vio que eran las dos y media, y apagó otra vez. Entonces oyó en la pieza de al lado el llanto de un niño.

En el primer momento no se dio cuenta. Su primer movimiento fue de satisfacción, entonces era cierto que la noche antes un chico no lo había dejado descansar. Todo explicado, era más fácil volver a dormirse. Pero después pensó en lo otro y se sentó lentamente en la cama, sin encender la luz, escuchando. No se engañaba, el llanto venía de la pieza de al lado. El contenido se oía a través de la puerta condenada, se localizaba en ese sector de la habitación al que correspondían los pies de la cama. Pero no podía ser que en la pieza de al lado hubiera un niño; el gerente había dicho claramente que la señora vivía sola, que pasaba casi todo el día en

su empleo. Por un segundo se le ocurrió a Petrone que tal vez esa noche estuviera cuidando al niño de alguna parienta o amiga. Pensó en la noche anterior. Ahora estaba seguro de que ya había oído el llanto, porque no era un llanto fácil de confundir, más bien una serie irregular de gemidos muy débiles, de hipos quejosos seguidos de un lloriqueo momentáneo, todo ello inconsistente, mínimo, como si el niño estuviera muy enfermo. Debía ser una criatura de pocos meses aunque no llora con la estridencia y los repentinos cloqueos y ahogos de un recién nacido. Petrone imaginó a un niño —un varón, no sabía por qué— débil y enfermo, de cara consumida y movimientos apagados. *Eso* se quejaba en la noche, llorando pudoroso, sin llamar demasiado la atención. De no estar allí la puerta condenada, el llanto no hubiera vencido las fuertes espaldas de la pared, nadie hubiera sabido que en la pieza de al lado estaba llorando un niño.

* * *

Por la mañana Petrone lo pensó un rato mientras tomaba el desayuno y fumaba un cigarrillo. Dormir mal no le convenía para su trabajo del día. Dos veces se había despertado en plena noche, y las dos veces a causa del llanto. La segunda vez fue peor, porque a más del llanto se oía la voz de la mujer que trataba de calmar al niño. La voz era muy baja pero tenía un tono ansioso que le daba una calidad teatral, un susurro que atravesaba la puerta con tanta fuerza como si hablara a gritos. El niño cedía por momentos al arrullo, a las instancias; después volvía a empezar con un leve quejido entrecortado, una inconsolable congoja. Y de nuevo la mujer murmuraba palabras incomprensibles, el encantamiento de la madre para acallar al hijo atormentado por su cuerpo o su alma, por estar vivo o amenazado de muerte.

“Todo es muy bonito, pero el gerente me macaneó”, pensaba Petrone al salir de su cuarto. Lo fastidiaba la mentira y no lo disimuló. El gerente se quedó mirándolo.

—¿Un chico? Usted se habrá confundido. No hay chicos pequeños en este piso. Al lado de su pieza vive una señora sola, creo que ya se lo dije.

Petrone vaciló antes de hablar. O el otro mentía estúpidamente, o la acústica del hotel le jugaba una mala pasada. El gerente lo estaba mirando un poco de soslayo, como si a su vez lo irritara la protesta. "A lo mejor me cree tímido y que ando buscando un pretexto para mandarme mudar", pensó. Era difícil, vagamente absurdo insistir frente a una negativa tan rotunda. Se encogió de hombros y pidió el diario.

—Habré soñado —dijo, molesto por tener que decir eso, o cualquier otra cosa.

* * *

El cabaret era de un aburrimiento mortal y sus dos anfitriones no parecían demasiado entusiastas, de modo que a Petrone le resultó fácil alegar el cansancio del día y hacerse llevar al hotel. Quedaron en firmar los contratos al otro día por la tarde; el negocio estaba prácticamente terminado.

El silencio en la recepción del hotel era tan grande que Petrone se descubrió a sí mismo andando en puntillas. Le habían dejado un diario de la tarde al lado de la cama; había también una carta de Buenos Aires. Reconoció la letra de su mujer.

Antes de acostarse estuvo mirando el armario y la parte sobresaliente de la puerta. Tal vez si pusiera sus dos valijas sobre el armario, bloqueando la puerta, los ruidos de la pieza de al lado disminuirían. Como siempre a esa hora, no se oía nada. El hotel dormía, las cosas y las gentes dormían. Pero a Petrone, ya malhumorado, se le ocurrió que era al revés y que todo estaba despierto, anhelosamente despierto en el centro del silencio. Su ansiedad inconfesada debía estarse comunicando a la casa, a las gentes de la casa, prestándoles una calidad de acecho, de vigilancia agazapada. Montones de pavadas.

Casi no lo tomó en serio cuando el llanto del niño lo trajo de vuelta a las tres de la mañana. Sentándose en la cama se preguntó si lo mejor sería llamar al sereno para tener un testigo de que en esa pieza no se podía dormir. El niño lloraba tan débilmente que por momentos no se lo escuchaba, aunque Petrone sentía que el llanto estaba ahí, continuo, y que no tardaría en crecer otra vez.

Pasaban diez o veinte lentísimos segundos; entonces llegaba un hipo breve, un quejido apenas perceptible que se prolongaba dulcemente hasta quebrarse en el verdadero llanto.

Encendido un cigarrillo, se preguntó si no debería dar unos golpes discretos en la pared para que la mujer hiciera callar al chico. Recién cuando los pensó a los dos, a la mujer y al chico, se dio cuenta de que no creía en ellos, de que absurdamente no creía que el gerente le hubiera mentado. Ahora se oía la voz de la mujer, tapando por completo el llanto del niño con su arrebatado —aunque tan discreto— consuelo. La mujer estaba arrullando al niño, consolándolo, y Petrone se la imaginó sentada al pie de la cama, moviendo la cuna del niño o teniéndolo en brazos. Pero por más que lo quisiera no conseguía imaginar al niño, como si la afirmación del hotelero fuese más cierta que esa realidad que estaba escuchando. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo y los débiles quejidos se alternaban o crecían entre los murmullos de consuelo, Petrone empezó a sospechar que aquello era una farsa, un juego ridículo y monstruoso que no alcanzaba a explicarse. Pensó en viejos relatos de mujeres sin hijos, organizando en secreto un culto de muñecas, una inventada maternidad a escondidas, mil veces peor que los mimos a perros o gatos o sobrinos. La mujer estaba imitando el llanto de su hijo frustrado, consolando el aire entre sus manos vacías, tal vez con la cara mojada de lágrimas porque el llanto que fingía era a la vez su verdadero llanto, su grotesco dolor en la soledad de una pieza de hotel, protegida por la indiferencia y por la madrugada.

Encendiendo el velador, incapaz de volver a dormirse, Petrone se preguntó qué iba a hacer. Su malhumor era maligno, se contagiaba de ese ambiente donde de repente todo se le antojaba truco, hueco, falso; el silencio, el llanto, el arrullo, lo único real de esa hora entre noche y día y que lo engañaba con su mentira insoportable. Golpear en la pared le pareció demasiado poco. No estaba completamente despierto aunque le hubiera sido imposible dormirse; sin saber bien cómo, se encontró moviendo poco a poco el armario hasta dejar al descubierto la puerta polvorienta y sucia. En pijama y descalzo, se negó a ella como un ciempiés, y acercando la boca a las tablas de pino empezó a imitar en falsete, imperceptiblemente, un quejido como el que venía del otro lado. Subió de tono, gimió, sollozó. Del otro lado se hizo un silencio que habría

de durar toda la noche; pero en el instante que lo precedió, Petrone pudo oír que la mujer corría por la habitación con un chicotear de pantuflas, lanzando un grito seco e instantáneo, un comienzo de alarido que se cortó de golpe como una cuerda tensa.

* * *

Cuando pasó por el mostrador de la gerencia eran más de las diez. Entre sueños, después de las ocho, había oído la voz del empleado y la de una mujer. Alguien había andado en la pieza de al lado moviendo cosas. Vio un baúl y dos grandes valijas cerca del ascensor. El gerente tenía un aire que a Petrone se le antojó de desconcerto.

—¿Durmió bien anoche? —le preguntó con el tono profesional que apenas disimulaba la indiferencia.

Petrone se encogió de hombros. No quería insistir, cuando apenas le quedaba por pasar otra noche en el hotel.

—De todas maneras ahora va a estar más tranquilo —dijo el gerente, mirando las valijas—. La señora se nos va a mediodía.

Esperaba un comentario, y Petrone lo ayudó con los ojos.

—Llevaba aquí mucho tiempo, y se va así de golpe. Nunca se sabe con las mujeres.

—No —dijo Petrone—. Nunca se sabe.

En la calle se sintió mareado, con un mareo que no era físico. Tragando un café amargo empezó a darle vueltas al asunto, olvidándose del negocio, indiferente al espléndido sol. Él tenía la culpa de que esa mujer se fuera del hotel, enloquecida de miedo, de vergüenza o de rabia. *Llevaba aquí mucho tiempo...* Era una enferma, tal vez, pero inofensiva. No era ella sino él quien hubiera debido irse del Cervantes. Tenía el deber de hablarle, de excusarse y pedirle que se quedara, jurándole discreción. Dio unos pasos de vuelta y a mitad del camino se paró. Tenía miedo de hacer un papelón, de que la mujer reaccionara de alguna manera insospechada. ya era hora de encontrarse con los dos socios y no quería tenerlos esperando. Bueno, que se embromara. No era más que una histérica, ya encontraría otro hotel donde cuidar a su hijo imaginario.

hacía insoportable. Experimentaba ella entonces una especie de involuntaria repulsión hacia mí, de la que se espantaba luego, pagándola con lágrimas y estrechándome sobre su corazón. Yo cargaba la culpa de estos intempestivos brotes de hostilidad a la alteración de su salud y a su desgracia... Verdad es que estas sensaciones hostiles podían haber sido provocadas, hasta cierto punto, por unos extraños arrebatos de sentimientos malignos y criminales, incomprensibles para mí mismo, que despertaban de tarde en tarde dentro de mí... Pero estos arrebatos no coincidían con aquellos instantes de repulsión. Mi madre vestía siempre de negro, como si guardase luto. Llevábamos un tren de vida bastante holgado, aunque apenas nos relacionábamos con nadie.

II

Mi madre había concentrado en mí todos sus pensamientos y su solicitud. Su vida se había fundido con mi vida. Este género de relaciones entre padres e hijos no favorecen siempre a los hijos... Suele ser más bien nocivo. Por añadidura, mi madre no tenía más hijo que yo... y los hijos únicos, por lo general, no se desarrollan adecuadamente. Al educarlos, los padres se preocupan tanto de sí mismos como de ellos... Eso es un error. Yo no me volví caprichoso ni duro (una y otra cosa suele aquejar a los hijos únicos), pero mis nervios estuvieron alterados hasta cierta época; además, tenía una salud bastante precaria, saliendo en esto a mi madre, a quien también me parecía mucho de cara. Yo evitaba la compañía de los chicos de mi edad, en general rehuía a la gente e incluso con mi madre hablaba poco. Lo que más me gustaba era leer, pasear a solas y soñar... isoñar...! ¿De qué trataban mis sueños? No podría explicarlo. A veces tenía la impresión, es cierto, de hallarme delante de una puerta entornada que ocultaba ignotos misterios, y yo permanecía allí, a la espera de algo, anhelante, y no trasponía el umbral, sino que cavilaba en lo que podría haber al otro lado... Y seguía esperando, y me quedaba transido... o traspuesto. Si hubiera latido en mí la vena poética, probablemente me habría dedicado a escribir versos; de haberme sentido atraído por

la religión, quizá me hubiera hecho fraile. Pero, como no experimentaba nada de eso, continuaba soñando y esperando.

III

Acabo de referirme a cómo me quedaba traspuesto, en ocasiones, bajo el influjo de ensoñaciones y pensamientos confusos. En general, yo dormía mucho, y los sueños desempeñaban un papel considerable en mi vida. Soñaba casi todas las noches. Los sueños no se me olvidaban, y yo les daba importancia, las consideraba premoniciones, procuraba desentrañar su sentido oculto. Algunos se repetían de vez en cuando, hecho que siempre me parecía prodigioso y extraño. Un sueño sobre todo, me hacía cavilar. Me parecía que iba caminando por una calle estrecha y mal empedrada de una vieja ciudad, entre altos edificios de piedra con los tejados en pico. Yo andaba buscando a mi padre, que no había muerto, sino que se escondía de nosotros, ignoro por qué razón, y vivía precisamente en una de aquellas casas. Yo entraba por una puerta cochera, baja y oscura, cruzaba un largo patio abarrotado de troncos y tablones y penetraba por fin en una estancia pequeña que tenía dos ventanas redondas. En medio de la habitación estaba mi padre, con batín y fumando en pipa. No se parecía en absoluto a mi padre verdadero: era un hombre alto, enjuto, con el pelo negro, la nariz ganchuda y ojos sombríos y penetrantes, que aparentaba unos cuarenta años. Le disgustaba que hubiera dado con él; tampoco yo me alegraba en absoluto de nuestro encuentro y permanecía allí parado, indeciso. Él giraba un poco, empezaba a murmurar algo entre dientes y a ir de un lado para otro con paso menudo... Luego se alejaba poco a poco, sin dejar de murmurar y mirando a cada momento hacia atrás por encima del hombro; la estancia se ensanchaba y desaparecía en la niebla... Espantado de pronto ante la idea de que perdía nuevamente a mi padre, yo me lanzaba tras él, pero ya no le veía, y sólo llegaba hasta mí su rezongar, bronco como el de un oso... Angustiado el corazón, me despertaba y ya no podía volver a conciliar el sueño en mucho tiempo... Me pasaba todo el día siguiente ca-

vilando en este sueño sin que mis cavilaciones, como es natural, me llevaran a ninguna conclusión.

IV

Llegó el mes de junio. Por esa época, la ciudad donde vivíamos mi madre y yo se animaba extraordinariamente. En el muelle atracaban multitud de barcos, y en las calles aparecían multitud de rostros nuevos. Entonces me gustaba deambular por la costanera, delante de los cafés y los hoteles, observando las diversas siluetas de marineros y demás gentes sentadas bajo los toldos de lona, en torno a los veladores blancos, con sus jarras de metal llenas de cerveza.

Conque una vez, al pasar delante de un café, vi a un hombre que atrajo inmediatamente toda mi atención. Vestía un largo guardapolvos negro, llevaba el sombrero de paja encasquetado hasta los ojos y permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Unos rizos negros y ralos le caían casi hasta la nariz; los labios finos apretaban la boquilla de una pipa corta. Este hombre me pareció tan conocido, mi recuerdo conservaba tan indudablemente grabado cada rasgo de su rostro moreno y bilioso, así como toda su figura, que no pude por menos de detenerme ante él y preguntarme: ¿quién es este hombre, dónde le he visto? Al notar probablemente mi mirada fija, levantó hacia mí sus ojos negros, penetrantes... No pude reprimir una exclamación ahogada...

¡Aquel hombre era el padre a quien yo había encontrado, a quien yo había visto en sueños!

Imposible equivocarse: el parecido era demasiado rotundo. Incluso el largo guardapolvos que envolvía sus miembros enjutos recordaba, por el color y el corte, el batín con que se me había aparecido mi padre.

—¿Estaré dormido? —me pregunté—. No... Es de día, hay multitud de gente alrededor, el sol brilla en el cielo azul, y lo que tengo delante de mí no es un fantasma, es un hombre vivo...

Me dirigí hacia un velador desocupado, pedí una jarra de cerveza y un periódico y me senté a escasa distancia de aquel ser misterioso.

V

Con el periódico desplegado a la altura del rostro, seguí devorando con los ojos al desconocido, que apenas hacía un movimiento y sólo de tarde en tarde alzaba un poco la desmayada cabeza. Evidentemente, esperaba a alguien. Yo seguía mirando, mirando... A veces me parecía que todo aquello era invención mía, que en realidad no existía la menor semejanza, que yo había cedido a una fantasía de mi imaginación... Pero "aquél" giraba un poco en su silla de pronto o alzaba ligeramente una mano, y de nuevo veía yo a mi padre "nocturno" delante de mí.

Acabó por advertir mi pertinaz curiosidad y, a poco de mirarme, primero perplejo y luego contrariado, hizo intención de levantarse. Un pequeño bastón que tenía recostado contra el velador cayó entonces al suelo. Yo me precipité a recogerlo y se lo entregué. El corazón me latía con fuerza.

El hombre me dio las gracias con una sonrisa forzada y, aproximando su rostro al mío, enarcó las cejas y entreabrió los labios como si algo le sorprendiera.

—Es usted muy amable, joven —pronunció de pronto con voz gangosa, áspera y dura—. Por los tiempos que corren, es cosa rara. Permítame que le felicite: le han dado a usted una buena educación.

No recuerdo exactamente lo que repliqué, pero pronto hubimos entablado conversación. Supe que era compatriota mío, que había vuelto recientemente de América, donde había vivido muchos años y adonde regresaría en breve plazo... Se presentó con el título de barón..., pero no pude captar bien el nombre. Lo mismo que mi padre "nocturno", terminaba cada una de sus oraciones con una especie de confuso murmullo interno. Se interesó por conocer mi apellido... Al oírlo pareció sorprenderse otra vez; luego me preguntó si llevaba mucho tiempo residiendo en aquella ciudad y con quién. Contesté que vivía con mi madre.

—¿Y su señor padre?

—Mi padre falleció hace mucho.

Preguntó el nombre de pila de mi madre y al oírlo soltó una risita extraña, de la que luego se disculpó diciendo que se debía

a sus modales americanos y que, además, él era un tipo bastante raro. Luego tuvo la curiosidad de conocer nuestro domicilio. Yo se lo dije.

VI

La emoción que me había embargado al iniciarse nuestra plática se aplacó gradualmente; nuestro acercamiento me pareció algo extraño, pero nada más. No me agradaba la sonrisita con que el señor barón me interrogaba, ni tampoco me agradaba la expresión de sus ojos cuando me miraba como clavándomelos... Había en ellos algo rapaz y protector... algo que sobrecogía. Aquellos ojos, yo no los había visto en mi sueño. ¡Qué rostro tan extraño tenía el Barón! Marchito, cansado, pero aparentando al mismo tiempo menos años, lo que causaba una impresión desagradable. Mi padre "nocturno" tampoco estaba marcado por el profundo costurón que cruzaba oblicuamente toda la frente de mi nuevo conocido y que yo no advertí hasta hallarme más cerca de él.

Apenas había yo informado al barón del nombre de la calle y el número de la casa donde habitábamos, cuando un negro de elevada estatura, embozado en su capa hasta las cejas, se le acercó por detrás y le rozó un hombro. El Barón volvió la cabeza, profirió: "¡Ah! ¡Por fin!" y, haciéndome una leve inclinación de cabeza, se dirigió con el negro hacia el interior del café. Yo seguí bajo el toldo con la idea de esperar a que saliera el Barón, no tanto para reanudar la conversación con él, pues en realidad no sabía de qué podríamos haber hablado, como para contrastar nuevamente mi primera impresión. Pero transcurrió media hora, luego una hora entera... El Barón no reaparecía. Penetré en el establecimiento, recorrí todas las salas, pero en ninguna parte vi al Barón ni al negro... Se conoce que se habían ausentado los dos por la puerta de atrás.

Se me había levantado un ligero dolor de cabeza y, para refrescarme, me encaminé a lo largo de la orilla del mar hasta un vasto parque plantado en las afueras unos doscientos años atrás. Después de pasear un par de horas a la sombra de los robles y los plátanos gigantescos, volví a casa.

VII

En cuanto aparecí en el recibimiento, nuestra sirvienta corrió a mí toda alarmada. Por su expresión adiviné al instante que algo malo había sucedido en nuestra casa durante mi ausencia. Y así era: supe que, hacía cosa de una hora, se escuchó de pronto un grito terrible en el dormitorio de mi madre. La sirvienta, que acudió corriendo, la encontró tendida en el suelo, sin conocimiento, y su desmayo había durado varios minutos. Mi madre recobró al fin el sentido, pero se vio obligada a acostarse y tenía un aire asustado y extraño. No decía ni una palabra, no contestaba a las preguntas, y todo era mirar a su alrededor y estremecerse. La sirvienta envió al jardinero en busca de un médico. Llegó el doctor, le recetó un calmante, pero tampoco a él quiso decirle nada mi madre. El jardinero afirmaba que a los pocos instantes de escucharse el grito en la habitación de mi madre, él había visto a un desconocido que corría hacia la puerta de la calle pisoteando los macizos de flores. (Vivíamos en una casa de una sola planta cuyas ventanas daban a un jardín bastante grande). El jardinero no tuvo tiempo de fijarse en el rostro de aquel hombre, pero era alto, enjuto, llevaba un sombrero de paja muy encasquetado y una levita de faldones largos... “¡El atuendo del Barón!”, me pasó en seguida por la mente. El jardinero no pudo darle alcance. Además, le llamaron inmediatamente de la casa y le enviaron en busca del médico. Pasé a ver a mi madre. Estaba acostada, más blanca que la almohada sobre la que reposaba su cabeza. Sonrió débilmente al reconocermelo y me tendió una mano. Tomé asiento a su lado y me puse a hacerle preguntas. Al principio eludía las respuestas, pero acabó confesando haber visto algo que la asustó mucho.

—¿Ha entrado aquí alguien? —inquirí.

—No —se apresuró a contestar—. No ha venido nadie, pero a mí me pareció... se me figuró...

Calló y se cubrió los ojos con una mano. Iba yo a decirle lo que había sabido a través del jardinero y a contarle, de paso, mi encuentro con el Barón... pero, ignoro por qué, las palabras expiraron en mis labios. Sin embargo, hice observar a mi madre que los fantasmas no suelen aparecerse de día.

—Deja eso, por favor —susurró—. No me atormentes ahora. Algún día lo sabrás...

De nuevo enmudeció. Tenía las manos frías y el pulso acelerado e irregular. Le administré la medicina y me aparté un poco para no molestarla. No se levantó en todo el día. Estaba tendida, quieta y callada, y sólo de vez en cuando exhalaba un profundo suspiro y abría los ojos con sobresalto. Todos en la casa estaban extrañados.

VIII

Al llegar la noche le dio un poco de fiebre a mi madre, y me pidió que me retirase. Sin embargo, no me fui a mi cuarto, sino que me tendí sobre un diván de la habitación contigua. Cada cuarto de hora me levantaba, llegaba de puntillas hasta la puerta y prestaba oído... Todo continuaba en silencio, pero no creo que mi madre conciliara el sueño en toda la noche. Cuando entré a verla a primera hora de la mañana, me pareció que tenía el semblante arrebatado y un extraño brillo en los ojos. Durante el día pareció aliviarse un poco; al atardecer volvió a subir la fiebre. Hasta entonces había guardado un silencio pertinaz, pero de pronto rompió a hablar con voz anhelante y entrecortada. No deliraba: sus palabras tenían sentido, aunque ninguna hilación. Poco antes de la medianoche se incorporó de repente en el lecho con brusco movimiento (yo estaba sentado junto a ella) y con la misma voz precipitada se puso a contar, apurando a sorbos un vaso de agua y moviendo débilmente las manos, sin mirarme ni una sola vez... Se interrumpía, pero reanudaba el relato haciendo un esfuerzo... Todo aquello era tan extraño como si lo hiciera en sueños, como si ella estuviera ausente y fuese otra persona quien hablara por su boca o la hiciera hablar a ella.

IX

—Oye lo que te voy a contar —comenzó—. Ya no eres un muchachuelo. Lo debes saber todo. Yo tenía una buena amiga... Se

casó con un hombre al que amaba de todo corazón y era muy feliz con su marido. El primer año de matrimonio hicieron un viaje a la capital para pasar allí algunas semanas divirtiéndose. Se hospedaban en un buen hotel y salían mucho, a teatros y a fiestas. Mi amiga era muy agraciada, llamaba la atención y los hombres la cortejaban. Pero entre ellos había uno, un oficial, que la seguía constantemente y adondequiera que ella fuese, allí se encontraba con sus ojos negros y duros. No se hizo presentar ni habló con ella una sola vez: solamente la miraba de manera descarada y extraña. Todos los placeres de la capital los echaba a perder su presencia. Mi amiga empezó a hablarle a su marido de marcharse cuanto antes, y así lo dispusieron, en efecto. Una tarde, el marido se fue a un club: le habían invitado a jugar a las cartas unos oficiales del mismo regimiento al que pertenecía aquel otro... Por primera vez se quedó ella sola. Como su marido tardaba en volver, despidió a la doncella y se acostó... De pronto le entró tanto miedo que se quedó fría y se puso a temblar. Le pareció oír un ruido ligero al otro lado de la pared —como si arañara un perro—, y se puso a mirar fijamente hacia aquel sitio. En el rincón ardía una lamparilla. Toda la habitación estaba tapizada de tela... Súbitamente, algo rebulló allí, se alzó, se abrió... Y de la pared surgió, largo, todo negro, aquel hombre horrible de los ojos duros. Ella quería gritar, pero no podía. Estaba totalmente paralizada del susto. El hombre se acercó a ella rápidamente, como una fiera salvaje, y le cubrió la cabeza con algo asfixiante, pesado, blanco... De lo que sucedió después, no me acuerdo... ¡No me acuerdo! Fue algo parecido a la muerte, a un asesinato... Cuando aquella espantosa niebla se disipó al fin, cuando yo... cuando mi amiga volvió en sí, no había nadie en la habitación. De nuevo se encontró sin fuerzas para gritar, durante mucho tiempo, hasta que por fin llamó... y luego se embrolló todo otra vez...

Después vio junto a ella a su marido, que había sido retenido en el club hasta las dos de la madrugada... Estaba demudado y se puso a hacerle preguntas, pero ella no le dijo nada... Luego cayó enferma... Sin embargo, recuerdo que al quedarse sola en la habitación fue a inspeccionar aquel sitio de la pared. Debajo de la tapicería había una puerta secreta. Y a ella le había desaparecido de la mano el anillo de casada. Era un anillo de forma poco co-

riente, con siete estrellitas de oro y siete de plata alternando: una antigua joya de familia. El marido le preguntaba qué había sido del anillo, pero ella no podía contestar nada. Pensando que se le habría caído inadvertidamente, el marido lo buscó por todas partes. No lo encontró. Presa de extraña angustia, decidió que volverían a su casa lo antes posible y, en cuanto lo permitió el doctor, el matrimonio abandonó la capital... Pero imagínate que el día mismo de su marcha se cruzaron en la calle con unas parihuelas... En las parihuelas yacía un hombre con la cabeza partida al que acababan de matar. Y ese hombre era el terrible visitante nocturno de los ojos duros. ¡Imagínate!... Le habían matado durante una partida de cartas...

Mi amiga se trasladó luego al campo..., fue madre por primera vez... y vivió varios años en compañía de su marido. Él nunca supo nada. Además, ¿qué podría haberle dicho ella? Ella misma no sabía nada.

Sin embargo, su anterior felicidad desapareció. En sus vidas se hizo la oscuridad, y esa oscuridad no se disipó ya nunca... No tuvieron más descendencia, como tampoco la habían tenido antes... y aquel hijo...

Toda temblorosa, mi madre se cubrió el rostro con las manos.

—Y ahora, dime —prosiguió con redoblada energía—, ¿tenía alguna culpa mi amiga? ¿Qué podía reprocharse? Fue castigada; pero, ¿no tenía derecho a declarar, incluso ante Dios, que el castigo era injusto? Entonces, por qué se le representa al cabo de tantos años y en forma tan horrible lo ocurrido, como si fuese una criminal atormentada por los remordimientos? Macbeth mató a Baco, y no es sorprendente que se le apareciera... Pero yo...

Al llegar a este punto, el discurrir de mi madre se hizo tan incoherente, que dejé de comprenderlo. Ya no dudaba de que estuviese delirando.

X

Cualquiera comprenderá fácilmente la estremecedora impresión que me produjo el relato de mi madre. Desde sus primeras palabras adiviné que estaba hablando de sí misma y no de una amiga. La

propia estratagema confirmó mis sospechas. De modo que aquel era efectivamente mi padre, al que yo había encontrado en sueños, al que había visto en persona. No le habían matado, como suponía mi madre, sino herido solamente. Y había ido a verla, huyendo luego, asustado por el susto de ella. Todo lo comprendí de repente: comprendí el involuntario sentimiento de repulsión que yo despertaba a veces en mi madre, su constante pesar, nuestra vida de aislamiento... Recuerdo que se me iba la cabeza, y yo la agarré con ambas manos como queriendo mantenerla en su sitio. Pero una decisión se clavó en mi mente: la de encontrar nuevamente a aquel hombre; encontrarle sin falta, costara lo que costara. ¿Para qué? ¿Con qué fin? No me lo planteaba, pero el hecho de encontrarle, de dar con él, se había convertido para mí en cuestión de vida o muerte. A la mañana siguiente se calmó por fin mi madre... cedió la fiebre y se quedó dormida. Después de recomendarla a los cuidados de los dueños de la casa y de la servidumbre, salí para ponerme en campaña.

XI

Ante todo, como es natural, fui al café donde había encontrado al Barón, pero nadie le conocía allí. Ni siquiera habían advertido su presencia. Era un cliente casual. En el negro sí se habían fijado los propietarios del establecimiento, pues llamaba demasiado la atención, si bien nadie sabía tampoco quién era ni dónde vivía. Después de dejar, a todo evento, mi dirección en el café, me lancé a rondar por las calles y las costaneras de la ciudad, alrededor de los muelles, por las avenidas, asomándome a todos los establecimientos públicos. No encontré a nadie que se pareciera al Barón o a su acompañante. Como no había retenido el apellido del Barón, estaba en la imposibilidad de acudir a la policía. Sin embargo, di a entender a dos o tres celadores del orden (que por cierto me contemplaron con sorpresa sin dar del todo crédito a mis palabras) que recompensaría generosamente su celo si encontraban la pista de los dos individuos cuyas señas personales procuré darles con la mayor exactitud posible. Después de corretear así hasta la hora del almuerzo, regresé a mi casa rendido de cansancio. Mi madre se había le-

vantado. Su habitual tristeza tenía un matiz nuevo, cierta absorta perplejidad que se me clavaba en el corazón como un cuchillo. Pasé la tarde con ella. Apenas hablamos: ella hacía solitarios y yo contemplaba en silencio los naipes. No hizo la menor alusión a su relato ni a lo sucedido la víspera. Era como si hubiéramos acordado tácitamente no referirnos a todos aquellos hechos terribles y extraños... Daba la impresión de que estaba contrariada y cohibida por lo que se le había escapado sin querer. O quizá no recordara muy bien lo que había dicho durante aquel conato de delirio febril y tuviese la esperanza de que yo me mostrase compasivo con ella... Así lo hacía, efectivamente, y ella se daba cuenta, pues rehuía mi mirada lo mismo que la víspera. No pude conciliar el sueño en toda la noche. Se había desencadenado de pronto una tormenta espantosa. El viento aullaba y se arremolinaba frenéticamente, los cristales de las ventanas temblaban y tintineaban, silbidos y lamentos desesperados cruzaban el aire como si algo se desgarrase en lo alto y volara con furioso llanto sobre las casas estremecidas. Poco antes del amanecer, me quedé traspuesto... Súbitamente, tuve la impresión de que alguien había entrado en mi cuarto y me llamaba, pronunciando mi nombre a media voz, pero imperiosamente. Levanté un poco la cabeza y no vi nada. Pero, cosa extraña, lejos de asustarme me alegré: llegué de pronto a la convicción de que ahora alcanzaría sin falta mi meta. Me vestí a toda prisa y salí de casa.

XII

La tormenta había amainado, aunque se notaban todavía sus últimos estremecimientos. Era muy temprano, y no andaba nadie por las calles. En muchos sitios había trozos de chimeneas, tejas, tablas arrancadas a las vallas, ramas partida "La noche ha debido de ser terrible en el mar", me dije al ver las huellas de la tormenta. Pensé dirigirme al embarcadero, pero los pies me llevaron hacia otra parte como si obedecieran a una irresistible atracción. A los diez minutos escasos me encontraba en una parte de la ciudad que nunca había visitado hasta entonces. Caminaba paso a paso, sin premura pero también sin detenerme, con una extraña sensación interna:

esperaba algo extraordinario, imposible, y al mismo tiempo estaba persuadido de que aquello extraordinario se cumpliría.

XIII

Y en efecto, ocurrió lo extraordinario, lo que esperaba. Repentinamente descubrí, a unos veinte pasos delante de mí, al mismo negro que habló con el Barón en el café en presencia mía. Embozado en la misma capa que ya advertí yo entonces, pareció surgir de bajo tierra y, dándome la espalda, echó a andar a buen paso por la estrecha acera de una calleja tortuosa. Me lancé al instante tras él, pero también él aceleró el paso, aunque no volvió la cabeza y, de pronto, dobló la esquina de una casa que formaba saliente. Corrí hasta aquella esquina, la doblé con la misma celeridad que el negro... ¡Qué cosa tan extraña! Ante mí se abría una calle larga, estrecha y totalmente desierta. La niebla matutina la invadía toda con su plomo opaco, pero mi mirada penetraba hasta el extremo opuesto, permitiéndome discernir cada uno de los edificios... ¡Y en ninguna parte rebullía un solo ser viviente! El negro de la capa había desaparecido tan repentinamente como surgió. Me quedé sorprendido, pero sólo un instante. En seguida me embargó otra sensación: ¡había reconocido la calle que se extendía ante mis ojos, toda muda y como muerta! Era la calle de mi sueño. Me estremecí, encogido —la mañana era tan fresca—, y en seguida avancé sin la menor vacilación, impelido por cierta medrosa seguridad.

Empecé a buscar con los ojos... Allí estaba: a la derecha, haciendo saliente sobre la acera con una de sus esquinas, la casa de mi sueño; allí estaba la vieja puerta cochera, con adornos de piedra labrada a ambos lados... Cierto que las ventanas no eran redondas, sino cuadradas, pero eso no tenía importancia... Llamé al portón. Llamé dos veces, tres veces, arreciando en los golpes. Hasta que el portón se abrió, lentamente, rechinando mucho, como si bostezara. Me hallaba ante una criada joven, con el cabello alborotado y ojos de sueño. Al parecer, acababa de despertarse.

—¿Vive aquí un barón? —pregunté a la vez que inspeccionaba con rápida mirada el patio, profundo y estrecho... Todo, todo era

igual: allí estaban los tablones y los troncos que había visto en mi sueño.

—No —contestó la criada—. El Barón no vive aquí.

—¿Cómo que no? ¡Imposible!

—Ahora no está... Se marchó ayer.

—¿A dónde?

—A América.

—¡A América! —repetí sin querer— Pero volverá, ¿verdad?

La criada me miró con aire suspicaz.

—Eso no lo sabemos. Quizá no vuelva nunca.

—¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

—No. Cosa de una semana. Ahora, ya no está.

—¿Y cuál era el apellido de ese barón?

La criada me observó extrañada.

—¿No lo sabe usted? Nosotros le llamábamos Barón, sin más. ¡Eh! ¡Piotr! —gritó al ver que yo intentaba pasar— Ven acá. Hay aquí un extraño que hace muchas preguntas.

Desde la casa se dirigió hacia nosotros la recia figura de un criado.

—¿Qué pasa? ¿Qué desea? —preguntó con voz tomada y, después de escucharme hoscamente, repitió lo dicho por la sirvienta.

—Bueno, pero, ¿quién vive aquí? —murmuré.

—Nuestro amo.

—¿Y quién es?

—Un carpintero. En esta calle todos son carpinteros.

—¿Podría verle?

—Ahora no. Está durmiendo.

—¿Y podría entrar en la casa?

—Tampoco. Retírese.

—Bueno; pero, más tarde, ¿estará visible tu amo?

—¿Por qué no? Claro que se le puede ver siempre... Para eso es un comerciante. Sólo que ahora, retírese. ¿No ve usted que es muy temprano?

—Oye, ¿y el negro ése? —inquirí de pronto.

El criado nos miró perplejo, primero a mí y luego a la sirvienta.

—¿A qué negro se refiere? —profirió finalmente— Retírese, caballero. Puede usted volver luego y hablar con el amo.

Salí a la calle. El portón se cerró detrás de mí, pesada y bruscamente, sin rechinar esta vez.

Me fijé bien en la calle y en la casa, y me alejé de allí, pero no hacia la mía. Me sentía como decepcionado. Todo lo que me había ocurrido era tan extraño, tan inusitado... Y, por otra parte, el final resultaba tan absurdo... Yo estaba seguro, estaba persuadido, de que encontraría en aquella casa la estancia que recordaba y, en el centro, a mi padre, el Barón, con su batín y su pipa... En lugar de eso, el amo de la casa era un carpintero, se lo podía visitar cuantas veces se deseara e incluso encargarle algún mueble, quizá...

¡Y mi padre se había marchado a América! ¿Qué iba a hacer yo ahora? ¿Contárselo a mi madre o enterrar por los siglos incluso el recuerdo de aquella entrevista?... Era rotundamente incapaz de aceptar la idea de que un principio tan sobrenatural y misterioso pudiera conducir a un final tan descabellado y prosaico.

No quería volver a casa, y eché a andar sin rumbo, dejando atrás la ciudad.

XIV

Caminaba cabizbajo, sin pensar ni apenas sentir nada, totalmente ensimismado. Me sacó de aquella abstracción un ruido acompañado, sordo y amenazador. Levanté la cabeza: era el mar que rumoreaba y zumbaba a unos cincuenta pasos de mí. Me percaté de que caminaba por la arena de una duna. Estremecido por la tormenta nocturna, el mar estaba salpicado de espuma hasta el mismo horizonte, y las altas crestas de las olas alargadas llegaban rodeando una tras otra a romperse en la orilla lisa. Me acerqué a ellas y seguí andando justo a lo largo de la raya que su flujo y reflujo dejaba en la arena gruesa, salpicada de retazos de largas plantas marinas, restos de caracolas y cintas serpenteantes de los carrizos. Gaviotas de alas puntiagudas y grito plañidero llegaban con el viento desde la lejana sima del aire, remontaban el vuelo, blancas como la nieve en el cielo gris nublado, se desplomaban verticalmente y, lo mismo que si saltaran de ola en

ola, volvían a alejarse y a desaparecer en destellos plateados entre las franjas de espuma arremolinada. Algunas, según observé, giraban tenazmente sobre una roca grande que despuntaba, solitaria, en medio del lienzo uniforme de la orilla de arena. Los ásperos carrizos marinos crecían en matojos desiguales a un lado de la roca y allí donde sus tallos enmarañados emergían del amarillo saladar negreaba algo alargado, redondo, no muy grande... me fijé más. Un bulto oscuro yacía allí, inmóvil, junto a la roca... Conforme me acercaba, sus contornos aparecían más nítidos y definidos...

Me quedaban sólo treinta pasos para llegara a la roca...

¡Pero, si eran los contornos de un cuerpo humano! ¡Era un cadáver, un ahogado que había arrojado el mar! Llegué hasta la misma roca.

¡Aquel era el cadáver del Barón, de mi padre! Me detuve como petrificado. Sólo entonces comprendí que desde primera hora de la mañana me habían conducido ciertas fuerzas ignotas, que yo me hallaba en su poder; y, durante unos momentos, no hubo en mi alma nada más que el incesante rumor del mar y algo de temor ante el destino que se había adueñado de mí...

XV

Yacía de espaldas, un poco ladeado, con el brazo izquierdo extendido sobre la cabeza... y el derecho doblado bajo el cuerpo encogido. Un lodo viscoso absorbía sus pies, calzados con altas botas de marinero; la chaquetilla azul, toda impregnada de sal marina, no se había desabrochado; una bufanda roja ceñía su cuello con nudo apretado. El rostro atezado, vuelto hacia el cielo, parecía burlarse; bajo el labio superior enarcado asomaban unos dientes pequeños y prietos; las pupilas opacas de los ojos entreabiertos apenas se diferenciaban de los glóbulos oscurecidos; el cabello enmarañado, salpicado de pompas de espuma, se esparcía por el suelo, descubriendo la frente lisa con la línea lilácea de la cicatriz; la nariz, fina, trazaba en relieve una neta raya blancuzca entre las mejillas hundidas. La tormenta de la noche anterior

había hecho su obra... ¡No había llegado a ver América! El hombre que había agraviado a mi madre, mutilando su vida, mi padre —¡sí, mi padre, pues no podía dudarlo ya!—, yacía en el fango a mis pies. Me embargaba un sentimiento de venganza satisfecha, compasión, asco y horror... incluso de doble horror: por lo que estaba viendo y por lo sucedido. Ese fondo malvado y criminal del que he hablado ya, esos impulsos incomprensibles que nacían dentro de mí... que me ahogaban. “¡Ah! —me decía—. Por eso soy así... De esa manera se manifiesta la sangre.” De pie junto al cadáver, le contemplaba, atento por ver si se estremecían aquellas pupilas muertas o temblaban aquellos labios helados. ¡No! Todo estaba inmóvil. Incluso los carrizos adonde lo había arrojado la marea parecían estáticos; incluso las gaviotas que se habían alejado volando. Y no se veía en ningún sitio ni un fragmento de nada, ni una tabla ni un aparejo roto. Vacío por todas partes... Solamente él —y yo— y el mar rumoreando a los lejos. Miré hacia atrás. Idéntico vacío. Una cadena de colinas sin vida recortándose sobre el horizonte... ¡Y nada más! Me angustiaba dejar a aquel desdichado en semejante soledad, sobre el lodo de la orilla, como pasto para los peces y las aves. Una voz interior me decía que yo debía buscar y llamar a alguien, aunque no fuera para prestarle auxilio —¿de qué podría servir?—, al menos para retirarlo de allí y conducirlo bajo techado. Pero un inefable pavor me embargó de pronto. Me pareció como si aquel hombre muerto supiera que yo había llegado allí, como si él mismo hubiese amañado aquel último encuentro, y hasta creí escuchar el sordo murmullo de otras veces... Precipitadamente, me aparté un poco... de nuevo miré hacia atrás... Un objeto brillante llamó mi atención, me hizo detenerme. Era un cingulo de oro en la mano extendida del cadáver. Reconocí el anillo de matrimonio de mi madre. Recuerdo el esfuerzo que me impuse para volver sobre mis pasos, acercarme, inclinarme..., recuerdo el contacto viscoso de los dedos; recuerdo cómo jadeaba, cerraba los ojos y rechinaba los dientes al tirar del anillo que se resistía...

Por fin cedió, y yo emprendí una carrera alejándome de ahí a toda prisa, perseguido por algo que intentaba darme alcance y apresarme.

XVI

Todo lo sufrido y experimentado se reflejaba probablemente en mi rostro cuando volví a casa. Apenas entré en su habitación, mi madre se incorporó súbitamente y posó en mí una mirada de interrogación tan tenaz, que yo terminé por presentarle el anillo, sin palabras, después de haber intentado en vano explicarme. Ella se puso horriblemente pálida, sus ojos se abrieron mucho, desorbitados y sin vida, como los de *aquél*. Exhaló un grito débil, me arrebató el anillo, vaciló y cayó sobre mi pecho, donde quedó como paralizada, vencida la cabeza hacia atrás y devorándose con aquellos ojos dementes muy abiertos. Yo rodeé su cintura con mis brazos y allí mismo, sin moverme y sin prisa, le referí todo a media voz: mi sueño, el encuentro, todo... No le oculté el menor detalle. Ella me escuchó hasta el final. No pronunció ni una palabra, pero su respiración se hacía más agitada, hasta que sus ojos se animaron de pronto y bajó los párpados. Luego se puso el anillo en el dedo y, apartándose un poco, buscó un chal y un sombrero. Le pregunté adónde pensaba ir. Levantó hacia mí una mirada sorprendida y quiso contestarme, pero le falló la voz. Se estremeció varias veces, frotó sus manos una contra otra, como intentando calentarlas, y al fin profirió:

—Vamos allá ahora mismo.

—¿A dónde, madre?

—Donde está tendido... quiero ver... quiero saber... lo sabré...

Intenté disuadirla; pero estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Comprendí que era imposible oponerse a su deseo, y salimos juntos.

XVII

De nuevo caminaba yo por la arena de la duna, pero esta vez no iba solo. El mar se había retirado, alejándose más. Se calmaba; pero, aunque debilitado, todavía era pavoroso y tétrico su rumor. Por fin se divisaron la roca solitaria y los carrizos. Yo miraba con atención, tratando de discernir el bulto redondo tendido en tierra, pero no veía nada. Nos acercamos más. Yo aminoraba instintiva-

mente el paso. Pero, ¿dónde estaba aquello negro, inmóvil? Sólo los tallos de los carrizos resaltaban en oscuro sobre la arena ya seca. Llegamos hasta la propia roca... El cadáver no aparecía por ninguna parte y sólo en el lugar donde estuvo tendido quedaba todavía un hoyo que permitía adivinar el sitio de los brazos, de las piernas... Los carrizos parecían aplastados en torno, y se advertían huellas de pisadas de *una* persona; cruzaban la duna y desaparecían luego al llegar a un rompiente de rocas.

Mi madre y yo nos mirábamos, asustados de lo que leíamos en nuestros rostros...

¿Se habría levantado y se habría marchado él solo?

—Pero, ¿no le viste tú muerto? —preguntó mi madre en un susurro.

Yo sólo puede asentir con la cabeza. No habían transcurrido ni tres horas desde que yo tropecé con el cadáver del Barón... Alguien lo descubriría y lo retiraría de allí. Había que buscar al que lo hubiera hecho y enterarse de lo que había sido de él.

XVIII

Mientras se dirigía hacia el sitio final, mi madre estaba febril, pero se dominaba. La desaparición del cadáver la aplanó como una desdicha irreparable. Yo temía por su razón. Me costó gran trabajo llevarla de vuelta a casa. De nuevo hice que se acostara y de nuevo requerí los cuidados del médico para ella. Pero, en cuanto se recobró un poco, mi madre exigió que yo partiera inmediatamente en busca de "esa persona". Obedecí. Sin embargo, nada descubrí a pesar de todas las pesquisas imaginables. Acudí varias veces a la policía, visité todas las aldeas próximas, puse anuncios en los periódicos, fui buscando datos por todas partes, pero en vano. Me llegó la noticia de que habían llevado a un naufrago a uno de los pueblos de la costa. Allá fui corriendo, pero le habían enterrado ya y, por las señas, no se parecía al Barón. Me enteré del barco que había tomado para irse a América. Al principio, todo el mundo estaba persuadido de que se había ido a pique durante la tempestad; sin embargo, al cabo de algunos meses empezaron a cundir rumores de que lo habían visto anclado en el puerto de

Nueva York. No sabiendo ya qué emprender, me puse a buscar al negro que había visto, ofreciéndole a través de los periódicos una recompensa bastante fuerte si se presentaba en nuestra casa. Cier- to negro, alto y vestido con una capa, vino efectivamente a vernos en ausencia mía... Pero se alejó de pronto después de hacerle al- gunas preguntas a la sirvienta y no volvió más.

Así se perdió la pista de mi... de mi padre. Así desapareció irremediamente en la muda tiniebla. Mi madre y yo no hablá- bamos nunca de él. Sólo una vez, recuerdo, se extrañó de que jamás hubiera aludido yo antes a mi extraño sueño. En seguida se añadió: "Conque, era precisamente...", y no terminó de formular su idea. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo, y cuando al fin se repuso no volvieron ya a su cauce nuestras relaciones anteriores. Hasta su muerte, se encontró violenta a mi lado. Violenta, sí; jus- tamente. Y ésa es una desgracia que no se puede remediar. Todo se embota con el tiempo. Incluso los recuerdos de los sucesos fa- miliares más trágicos pierden gradualmente su fuerza y su acuidad. Pero, si entre dos personas entrañables se introduce una sensación de violencia, eso no hay nada que lo extirpe. Jamás volví yo a tener aquel sueño que tanto me angustiaba, ya no "encontraba" —y aun ahora se me figura— escuchar en sueños alaridos lejanos y tristes lamentos inextinguibles. Resuenan en algún lugar, tras un alto mu- ro que no es posible trasponer, me desgarran el corazón y yo lloro con los ojos cerrados, incapaz de comprender si es un ser vivo el que gime o si escucho el prolongado y salvaje rumor del mar en- crespado. Y de nuevo se transforma en el murmullo de una fiera, y yo me despierto con angustia y pavor en el alma.

RODRIGO O LA TORRE ENCANTADA

MARQUÉS DE SADE*

Rodrigo, rey de España, el más sabio de los príncipes en el arte de variar sus placeres, el menos escrupuloso en la forma de procurárselos, consideraba el trono como uno de los medios más seguros de salvaguardar su impunidad y se atrevió a todo para obtenerlo; no faltándole para alcanzar esa meta sino hacer caer la cabeza de un niño, la condenó sin remordimientos; pero Anagilda, madre del infortunado Sancho, que era el niño en cuestión, del cual Rodrigo, tío y autor, deseaba ser también verdugo, tuvo la suerte de desentrañar la conjura que contra su hijo se tramaba y la habilidad de prevenirla; huye al África, ofrece a los moros el heredero legítimo del trono de España, les informa del designio criminal que ha precipitado su huida, implora su protección y muere, junto con el desventurado infante, en el momento en que iba a obtenerla.

Rodrigo, desentendido por completo de todo cuanto le aparte de su voluptuosidad, Rodrigo rey, ya sólo se ocupa de sus goces; a fin de multiplicar los objetos que los exciten, se le ocurre llevarse a la corte a las hijas de todos sus vasallos. Para velar sus culpables proyectos, pone el pretexto de asegurarse la fidelidad de aquéllos mediante la retención de rehenes. ¿Que uno vacila? ¿Que pide que le devuelvan a sus hijas? Pronto culpable de crímenes de estado, paga su rebeldía con la cabeza: bajo este reinado cruel no existe camino intermedio entre la cobardía y la perfidia.

Entre las jóvenes que por tal motivo embellecen la corte corrompida de aquel príncipe, Florinda, de unos dieciséis años de edad, se distingue de sus compañeras como la rosa de las demás

*Donatien Alphonse François de Sade, francés (1740-1814) Autor de *Crímenes de amor*, *Justine* y *Juliette*.

flores. Era hija del conde Julián, al que Rodrigo acaba de enviar a África para desbaratar las negociaciones de Anagilda; mas la muerte de don Sancho y de su madre hace inútil la gestión del conde, el cual habría podido regresar sin duda, y lo habría hecho de no ser por la belleza de Florinda. Tan pronto como Rodrigo descubrió a esta criatura encantadora, se dio cuenta de que el regreso del conde iba a poner obstáculo a sus deseos; le escribió que permaneciera en África y, con prisa por gozar del bien que esta ausencia parecía asegurarle, e indiferente en cuanto a los medios de obtenerlo, hizo un día que llevaran a Florinda al interior de su palacio, y allí, más presto a cosechar favores que a merecerlos, Rodrigo, feliz, sólo sueña con nuevas fechorías.

El que ofende pronto olvida sus injurias, mas quien acaba de sufrirlas goza al menos del derecho a recordarlas.

Florinda, desesperada, no sabiendo cómo instruir a su padre sobre lo que acaba de ocurrir, se sirve de una ingeniosa alegoría que nos han transmitido los historiadores: escribe al conde *que el anillo que tanto la recomendó que guardara, lo ha roto el propio rey; que, habiéndose abalanzado sobre ella con un puñal en la mano, el príncipe había roto aquella joya cuya pérdida ella tanto deploraba, y que solicitaba venganza*. Pero muere de dolor antes de recibir respuesta.

Sin embargo, el conde había entendido a su hija: volvió a España e imploró a sus vasallos. Prometiéronle éstos servirle y, de regreso al África, interesa a los moros en la misma venganza; díceles que un rey capaz de tales horrores es fácil sin duda de vencer, les demuestra la debilidad de España, les pinta su despoblación, el odio de los súbditos hacia su amo; en una palabra, recurre a todos los argumentos que le sugiere su corazón vivamente ultrajado, y nadie duda de serle de utilidad.

El emperador Muza, que reinaba por entonces en esta región del África, primero hizo pasar en secreto un pequeño cuerpo de tropa para comprobar si era cierto lo que le anunciaba el conde. Estas tropas se unen a los vasallos irritados contra su señor, reciben ayuda de ellos y pronto les llega el refuerzo de nuevas tropas, cuyos proyectos Muza se cree en el deber de asegurar. Insensiblemente España se llena de africanos y Rodrigo sigue en palacio. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? No tiene soldados. Tampoco tiene

una sola plaza fuerte, que todas han sido desmanteladas para que los españoles no puedan utilizarlas como asilo y defenderse de las vejaciones del príncipe. Para colmo de desgracias, no le queda ni un denario en las arcas.

Pero el peligro aumenta y el desdichado monarca se ve a punto de perder el trono. Entonces se acuerda de un monumento antiguo que existe en la vecindad de Toledo, al que llamaban la *Torre Encantada*, donde la opinión común suponía tesoros escondidos. Allí acude presuroso el príncipe con intención de invadirlos, pero no se podía entrar en aquel tenebroso reducto; una puerta de hierro, provista de mil cerraduras, impide el paso con tal eficacia que en él no puede penetrar mortal alguno. En el dintel de esta puerta terrible aún se lee en caracteres griegos: *No te acerques si temes a la muerte*. Rodrigo no se arredra: aquéllos son sus estados y no le queda otra esperanza de recaudar fondos. Hace que rompan las puertas y entra.

En el segundo peldaño se presenta ante él un gigante espantoso que le pone en el estómago la punta de una espada:

—¡Detente! —grítale—. Si quieres visitar estos lugares, ven sin compañía; nadie te ha de seguir.

—¡Qué más da! —exclama Rodrigo adelantándose y dejando atrás a su séquito—; necesito socorro o la muerte...

—Tal vez encuentres ambas cosas —responde el espectro, y la puerta se cierra con estruendo.

El rey prosigue sin que el gigante que le precede le dirija la palabra. Al cabo de más de ochocientos peldaños llegan por fin a una sala grande iluminada por infinitas antorchas. En esta sala se encuentran reunidos todos los desventurados que han sido víctimas de Rodrigo; allí cumple cada uno de ellos el suplicio a que ha sido condenado.

—¿Reconoces a estos infortunados? —dice el gigante—. Así es cómo los crímenes de los déspotas deberían ofrecerse alguna vez a sus miradas; los segundos les hacen olvidarse de los primeros y nunca ven más que un crimen cada vez... De este modo, en cambio, presentados todos juntos, quizá le hagan estremecerse; considera los arroyos de sangre que ha hecho correr tu mano al servicio de tus pasiones; con una palabra puedo dar libertad a todos estos desdichados, con una palabra puedo entregarte a ellos.

—Haz lo que te plazca —repuso Rodrigo altivamente—; no he llegado tan lejos para ahora temblar.

—Sígueme —dice el gigante—, pues que tu valor corre parejo a la enormidad de tus fechorías.

Rodrigo pasa de ahí a una segunda sala, donde su guía le enseña a todas las jóvenes deshonradas por sus cobardes placeres; unas se mesaban los cabellos, otras intentaban apuñalarse, algunas que ya se habían dado muerte flotaban en un mar de sangre. De entre estas desventuradas el monarca ve elevarse a Florinda tal como era el día en que abusó de ella.

—Rodrigo —exclama la fantasma—, tus crímenes espantosos han traído enemigos a tu reino; mi padre me venga, pero no me devuelve ni el honor ni la vida, que ambos he perdido sólo por tu culpa. Volverás a verme una vez más, Rodrigo, pero teme ese momento fatal, pues será el último de tu vida. A mí sola me ha sido reservada la gloria de vengar a todas las desgraciadas que ves aquí.

El altivo español aparta la vista y pasa con su guía a una tercera sala.

En mitad de la estancia había una estatua enorme que representaba al Tiempo; iba armada de una maza con la que golpeaba la tierra de minuto en minuto, produciendo un ruido tan espantoso que toda la tierra resultaba estremecida.

—Miserable príncipe —exclamó la estatua—, tu mal destino te conduce a estos lugares, mas ya que estás en ellos, conoce al menos la verdad, sabe que pronto serás desposeído por naciones extranjeras, para así purgar tus crímenes.

Al instante cambia la escena, las bóvedas desaparecen; Rodrigo las atraviesa; un invisible poder aéreo le transporta, junto con su guía, a lo alto de las torres de Toledo.

—Contempla tu suerte —dícele el gigante.

El príncipe, dejando caer la mirada hacia los campos, distingue a los moros en lucha con sus gentes y a éstas tan deshechas que apenas se ven ni fugitivos.

—¿Qué decides después de ver el espectáculo? —pregunta el gigante al rey.

—Quiero volver a la torre —dice el orgulloso Rodrigo—. Quiero arrebatarme los tesoros que contiene y tentar una vez más a la fortuna, que esta visión no me hace temer sus reveses.

—Consiento —dice el espectro—, pero reflexiona: quedan ante ti pruebas furiosas y no me tendrás a mí para darte ánimo.

—Haré todo lo que tenga que hacer —dice Rodrigo.

—Sea —responde el gigante—, pero recuerda que, aunque triunfes en todos los obstáculos y consigas los tesoros que buscas, todavía no te ha sido concedida la victoria.

—¡Qué importa! —dice Rodrigo— Menos la obtendré si no logro organizar un ejército y me atacan sin poderme defender.

Así dijo y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró con su guía en el fondo de la torre, en la misma sala que la estatua del Tiempo.

—Aquí te dejo —dice el espectro desapareciendo—; pregunta a la estatua dónde está el tesoro que buscas, ella te lo indicará.

—¿Adónde tengo que ir? —pregunta Rodrigo.

—Al lugar de donde has salido, para desdicha de los hombres —responde la estatua.

—No te entiendo, habla más claro.

—Tienes que descender a los infiernos.

—Ábrelos, que me arroje a ellos.

La tierra tiembla y se hiende. Rodrigo se precipita, como a su pesar, hasta más de diez mil toesas¹ de profundidad. Se levanta, abre los ojos y se halla al borde de un lago en llamas por el que pasean, en barcas de hierro, criaturas espeluznantes.

—¿Quieres cruzar el río? —grítale uno de los monstruos.

—¿Tengo que cruzarlo? —pregunta Rodrigo.

—Sí, si lo que buscas es el tesoro; está a dieciséis mil leguas de aquí, allende los desiertos del Tívaro.

—¿Y adónde estoy? —pregunta el rey.

—A orillas del río *Agraformikubos*, que es uno de los dieciocho mil que corren por el infierno.

—Pásame al otro lado —clamó Rodrigo.

Avanza una vela y Rodrigo salta a una barca ardiente en la que no puede posar los pies sin convulsiones de dolor, la cual barca en un instante le transporta a la otra orilla; también allí reinaba la noche oscura, pues jamás estas regiones horribles habían recibido los favores del astro benefactor. Rodrigo, aleccionado por el nauta que le desembarca, sobre la ruta que debía seguir, camina por arenas ardientes y senderos bordeados de setos siempre en

¹Toesa: antigua medida francesa equivalente a poco menos de dos metros. (N. del E.)

llamas, de los que a veces saltan animales espantosos como no se tiene idea de ellos en la tierra; poco a poco el terreno se estrecha y él sólo ve ante sí una barra de hierro que sirve de puente para alcanzar, a más de doscientos pies de allí, la otra parte del terreno, que estaba separada de donde él se encontraba por barrancos de seiscientas toesas de profundidad, al fondo de los cuales corrían diversos brazos del río de fuego, que era allí donde parecía que tenía las fuentes. Rodrigo considera un instante este paso aterrador y ve cuál va a ser su muerte si llega a caer. Nada le garantiza el éxito, nada se ofrece tampoco para retenerle.

“Después de los peligros que ya he pasado —piensa— sería cobarde no atreverme a seguir... ¡Adelante!”

Pero apenas le faltan cien pasos cuando la cabeza se le va; en vez de cerrar los ojos a los peligros que le rodean, los contempla horrorizado... Pierde el equilibrio y el desdichado príncipe se precipita en el abismo que se abre a sus pies...

Tras algunos minutos de desmayo, se levanta de nuevo, no concibe cómo puede existir aún, pero le parece que su caída ha resultado tan suave y feliz que sólo puede ser obra de una fuerza mágica. ¿Podría ser de otro modo, ya que sigue respirando? Recobra sus sentidos y el primer objeto que le llama la atención, en aquel valle estrecho y horrible donde se halla transortado, es una columna de mármol negro donde lee: “Valor, Rodrigo; tu caída era necesaria; el puente por donde acabas de pasar es el emblema de la vida: ¿acaso no está rodeada de peligros al igual que el puente? El virtuoso llega a la meta sin recibir desgracia, los monstruos como tú sucumben. Sigue adelante, sin embargo, pues que tu valor te invita a ello; sólo estás a catorce mil leguas del tesoro, haz siete mil de ellas al norte de las Pléyades y las demás ante el rostro de Saturno.

Rodrigo camina por las orillas del río de fuego que serpenteaba de mil maneras distintas por aquel valle angosto; uno de sus repliegues tortuosos le detiene al fin y no encuentra modo de seguir adelante. Ante él se presenta un león espantoso... Rodrigo lo considera:

—Déjame que cruce el río a tus lomos —dice al animal; al instante el monstruo se rebaja ante los pies del monarca; Rodrigo monta en él, el león se arroja al río y conduce al rey hasta la otra orilla.

—Te devuelvo bien por mal —dice el león al alejarse.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rodrigo.

—En mi emblema ves el más mortal de tus enemigos —responde el león—; tú me has perseguido en el mundo y yo te presto servicio en los infiernos... Rodrigo, si logras conservar tus estados, recuerda que un soberano sólo es digno de serlo si esparce la felicidad a su alrededor; pues el cielo le ha elevado por encima de los demás hombres para que los alivie y no para que los utilice como instrumento de sus vicios; recibe esta lección de beneficencia de uno de los animales de la tierra al que se juzga el más feroz; sabe que lo es menos que tú, puesto que el hambre, la más imperiosa de las necesidades, es la que motiva tus crueldades, mientras que las tuyas te fueron inspiradas por las pasiones más execrables.

—Príncipe de los animales —dice Rodrigo—, tus máximas complacen a mi espíritu, mas no conviene a mi corazón; he nacido para ser juguete de esas pasiones que repruebas en mí, las cuales son más fuertes que yo, me arrastran; no puedo vencer a la naturaleza.

—Pues perecerás.

—Tal es el destino de todos los hombres: ¿por qué pretendes que me asuste?

—Pero ¿sabes lo que te espera en la otra vida?

—¿Qué me importa? Está en mí desafiarlo todo.

—Adelante, pues, pero recuerda que tu final está próximo.

Rodrigo se aleja; pronto pierde de vista las orillas del río de fuego, penetra por un sendero estrecho, encajonado entre peñascos agudos cuyas cimas llegan a las nubes; en todo momento, piedras enormes caen a plomo sobre el sendero, amenazando la vida del príncipe u obstruyéndole el camino. Rodrigo afronta estos peligros y llega por fin a una inmensa llanura donde ya nada orienta sus pasos. Agotado de cansancio, desecado por la sed y el hambre, déjase caer sobre un montículo de arena. A pesar de su orgullo, implora al gigante que le había conducido a las profundidades de la torre; al instante se le aparecen seis cráneos humanos y un arroyo de sangre fluye a sus pies.

—Tirano —grítale una voz desconocida sin que pueda distinguir de qué criatura emana—, mira lo que saciaba tus pasiones cuando estabas en el mundo, usa en los infiernos de los mismos alimentos para satisfacer tus necesidades.

Y Rodrigo, el orgulloso Rodrigo, rebelado mas no conmovido, se levanta y vuelve a caminar; el arroyo de sangre no le abandona, crece y se ensancha a medida que el rey avanza y parece servirle de guía por aquellos desiertos desolado. Rodrigo no tarda en divisar sombra errantes por la superficie del arroyo... y las reconoce: son de las desgraciadas que había visto al entrar en la torre.

—Este río es obra tuya —grítale una de ellas—; Rodrigo, mira cómo flotamos en nuestra propia sangre... en la infortunada sangre derramada por tus manos. ¿Por qué te niegas a beberla, si en la tierra te nutrías de ella? ¿Acaso eres aquí más delicado que en el lujo de tu palacio? No te lamente Rodrigo, contemplar los crímenes del tirano es el castigo que le destina el Eterno.

Serpientes enormes surgían del seno del río y se añadían al horror de las sombras espectrales que volaban por encima de su superficie.

Durante dos días enteros Rodrigo bordeó aquellas riberas sangrientas, hasta que al fin, iluminado por un tenue crepúsculo, divisa el final de la llanura; limitábala un volcán inmenso y parecía imposible pasar al otro lado. A medida que Rodrigo se aproxima, le rodean arroyos de lava, ve masas enormes vomitadas por el cráter, que se elevan hasta por encima de las nubes, ya sólo le guían las llamas que le rodean... Está cubierto de cenizas, apenas puede andar.

En este nuevo aprieto, Rodrigo llama a su espectro: —Cruza la montaña —grítale la misma voz que antes le había hablado—, al otro lado encontrarás a unos seres con los que te podrás comunicar.

¡Qué empresa! Aquella montaña ardiente, que exhala a cada instante rocas y llamas, parece tener una altura de mil toesas o más; todos sus senderos estaban bordeados de precipicios o invadidos por las lavas; Rodrigo hace acopio de valor, con la vista mide la distancia y, gracias a la firmeza de su voluntad, alcanza la meta señalada. Todo lo que los poetas nos han descrito del Etna no es nada en comparación con los horrores que contempla Rodrigo. La boca de aquel abismo espantoso tenía tres leguas de circunferencia. Rodrigo ve que le llueven masas enormes que le van a aniquilar; deja atrás con prisa aquel horno terrible y, hallando al otro lado una pendiente suave, desciende velozmente por ella. Allí, manadas

de bestias desconocidas, de tamaños monstruosos, rodean por todas partes a Rodrigo.

—¿Qué queréis? —pregunta el español— ¿Estáis aquí para servirme de guías o para impedirme que siga adelante?

—Somos los emblemas de tus pasiones —grítale un leopardo enorme—, las cuales te asaltaban como nosotros y como nosotros te impedían divisar el final de tu carrera; ya que no pudiste vencerlas, ¿cómo vas a triunfar de nosotros? Una de tus pasiones es precisamente la que te ha conducido a estos lugares infernales donde jamás penetró mortal alguno; sigue, pues, adonde te lleve su ímpetu y vuela hacia donde te llame la fortuna que te espera para coronarte; pero hallarás a otros enemigos más peligrosos que nosotros, de los que acaso seas víctima. Adelante, Rodrigo, adelante, bajo tus pasos hay flores, recorre esta llanura, todavía te quedan seiscientas leguas y entonces verás lo que hay al final...

—¡Ay de mí! —exclama Rodrigo— ¡Cómo reconozco el lenguaje con que en el mundo me hablaban estas crueles pasiones, que me halagaban y me aterraban alternativamente, y yo prestaba oídos a sus funestas inspiraciones sin comprenderlas jamás!

Camina Rodrigo, poco a poco el terreno baja y le conduce insensiblemente a la entrada de un subterráneo en cuya puerta, descubre una inscripción que le ordena penetrar en él; pero a medida que se va introduciendo, el camino se estrecha y se cierra en torno suyo; Rodrigo sólo ve ante sí un pasadizo de un pie de ancho, erizado de puñales; también los hay por arriba y todas estas puntas aguzadas le comprimen, en todo momento se siente herido, su propia sangre le inunda; el valor ya le flaquea cuando una voz consoladora le invita a proseguir.

—Rozas el momento de descubrir el tesoro —grítale esta voz—, y la fortuna que intentarás alcanzar con él ya sólo dependerá de ti. Si el aguijón del remordimiento te hubiera apremiado cuando te corrompían los aduladores, si te hubieran desgarrado como estos puñales que se te clavan ahora, tendrías las finanzas saneadas y los tesoros rebosantes, y no te verías expuesto a los males que te afligen para reparar sus desórdenes. Sigue adelante, Rodrigo, que no se diga que tu orgullo te abandona y tu valor te deja, son las únicas virtudes que te quedan; ponlas en práctica, no estás lejos del término.

Rodrigo percibe al fin una leve claridad, insensiblemente el pasadizo se ensancha, desaparecen los puñales y se encuentra en la boca de la caverna; allí se le ofrece un rápido torrente en el que le es imposible no embarcarse, pues ningún otro camino se abre ante él. Hay dispuesta una canoa ligera y Rodrigo monta en ella. Un instante de calma viene a mitigar sus infortunios, el canal por donde navega se halla sombreado por árboles frutales de lo más agradables; naranjas, uvas de moscatel, higos, melocotones, cocos y ananás, cuelgan indistintamente ante sus ojos, ofreciéndole alimento fresco a su gusto; el monarca se aprovecha y, mientras tanto, disfruta del concierto delicioso de mil pájaros diversos que revolotean entre las ramas de aquellos árboles tan ricamente cargados. Pero como los pocos placeres que aún le estaban reservados habían de mezclarse con penas crueles y como no le sucedía ninguna cosa que no fuera imagen de su vida, nada podría explicar la velocidad de la barca que le hacía recorrer aquellos parajes divinos. A cada momento aumentaba su rapidez. Pronto aparecen unas cataratas de prodigiosa altura y Rodrigo reconoce en ella la causa de que la canoa vaya tan deprisa; ve que, frágil juguete del torrente que la arrastra, va a caer en el abismo más terrible; apenas tiene tiempo de reflexionar antes de que la barca caiga a más de quinientas toesas de profundidad y se vea sumergida en un valle desierto de donde manan con estruendo las aguas que hasta entonces le sostenían. Allí vuelve a oír la misma voz que en otras ocasiones le había hablado.

—¡Oh, Rodrigo! —exclama la voz— Acabas de ver la imagen de tus pasados placeres, que nacían ante ti como esas frutas que durante unos instantes te han refrescado. Mas ¿adónde te han conducido tales placeres? Rey soberbio, ya lo ves: te has precipitado, como la barca, en un abismo de sufrimiento, del que no saldrás sino para regresar pronto; ahora sigue la senda tenebrosa encerrada entre esas dos montañas cuya cima se pierde entre las nubes: al otro extremo del desfiladero, tras recorrer dos mil leguas, encontrarás lo que deseas.

—¡Oh, celestial justicia! —dice Rodrigo— ¿Acaso voy a pasar-me la vida en esta búsqueda cruel?

Le parecía que llevaba más de dos mil años viajando así por las entrañas de la tierra, aunque apenas había transcurrido una

semana desde que entrara en la tierra. Mas el cielo, al que no había dejado de ver desde que saliera del subterráneo, se cubre insensiblemente de los velos más oscuros, terroríficos relámpagos hienden las nubes, ruge el trueno, su fragor retumba en las altas montañas que dominan la senda por donde avanza el rey; parece como si los elementos fueran a confundirse; en todo momento el fuego del cielo, hiriendo los peñascos de alrededor, hace saltar de ellos rocas inmensas que ruedan a los pies de nuestro desgraciado viajero, levantando ante él nuevas barreras sin cesar; un granizo espantoso viene a unirse a estos desastres y asáltale de tal modo que le obliga a detenerse; mil espectros, a cuál más horripilante, descienden de las nubes inflamadas para revolotear a su alrededor, y cada una de estas sombras sigue ofreciendo al desgraciado Rodrigo la imagen de sus víctimas.

—Nos verás bajo mil formas diversas —exclama una de ellas—, y vendremos a desgarrarte el corazón hasta que lo arrojemos a las furias que te esperan para vengarnos de tus maldades.

Pero la tempestad redobla; a cada instante caen del cielo torbellinos de fuego, mientras que el horizonte es segado transversalmente por relámpagos que se rompen y se cruzan en todos los sentidos; por doquier la propia tierra da a luz trombas de fuego que se elevan por los aires y caen formando lluvias ardientes de más de dos mil toesas; jamás la naturaleza encolerizada presentó horrores más bellos.

Rodrigo, guarecido bajo una roca, denuesta al cielo sin rogarle ni arrepentirse. Se levanta, mira a su entorno, se estremece al contemplar los desórdenes que le rodean y en ellos se ve sino motivos para nuevas blasfemias.

—Ser inconsecuente y cruel —exclama fijando la vista en los cielos—, ¿por qué nos censuras cuando es tu propia mano la que nos da ejemplo de confusión y desastre? Pero ¿dónde estoy? —prosigue, al no distinguir ya camino alguno— y que vá a ser de mí en medio de estas ruinas?

—Mira esa águila posada en la roca que te servía de refugio —grítale la voz que está acostumbrado a oír—, abórdala, món-tate en sus lomos y ella te transportará en un vuelo rápido hasta el lugar hacia donde se dirigen desde hace tanto tiempo tus pasos.

Rodrigo percibe al fin una leve claridad, insensiblemente el pasadizo se ensancha, desaparecen los puñales y se encuentra en la boca de la caverna; allí se le ofrece un rápido torrente en el que le es imposible no embarcarse, pues ningún otro camino se abre ante él. Hay dispuesta una canoa ligera y Rodrigo monta en ella. Un instante de calma viene a mitigar sus infortunios, el canal por donde navega se halla sombreado por árboles frutales de lo más agradables; naranjas, uvas de moscatel, higos, melocotones, cocos y ananás, cuelgan indistintamente ante sus ojos, ofreciéndole alimento fresco a su gusto; el monarca se aprovecha y, mientras tanto, disfruta del concierto delicioso de mil pájaros diversos que revolotean entre las ramas de aquellos árboles tan ricamente cargados. Pero como los pocos placeres que aún le estaban reservados habían de mezclarse con penas crueles y como no le sucedía ninguna cosa que no fuera imagen de su vida, nada podría explicar la velocidad de la barca que le hacía recorrer aquellos parajes divinos. A cada momento aumentaba su rapidez. Pronto aparecen unas cataratas de prodigiosa altura y Rodrigo reconoce en ella la causa de que la canoa vaya tan deprisa; ve que, frágil juguete del torrente que la arrastra, va a caer en el abismo más terrible; apenas tiene tiempo de reflexionar antes de que la barca caiga a más de quinientas toesas de profundidad y se vea sumergida en un valle desierto de donde manan con estruendo las aguas que hasta entonces le sostenían. Allí vuelve a oír la misma voz que en otras ocasiones le había hablado.

—¡Oh, Rodrigo! —exclama la voz— Acabas de ver la imagen de tus pasados placeres, que nacían ante ti como esas frutas que durante unos instantes te han refrescado. Mas ¿adónde te han conducido tales placeres? Rey soberbio, ya lo ves: te has precipitado, como la barca, en un abismo de sufrimiento, del que no saldrás sino para regresar pronto; ahora sigue la senda tenebrosa encerrada entre esas dos montañas cuya cima se pierde entre las nubes: al otro extremo del desfiladero, tras recorrer dos mil leguas, encontrarás lo que deseas.

—¡Oh, celestial justicia! —dice Rodrigo— ¿Acaso voy a pasar-me la vida en esta búsqueda cruel?

Le parecía que llevaba más de dos mil años viajando así por las entrañas de la tierra, aunque apenas había transcurrido una

El monarca obedece y a los tres minutos está por las alturas del aire.

—Rodrigo —dícele entonces el ave soberbia que le porta—, mira si tu orgullo estaba justificado... A tus pies tienes la tierra entera; observa el minúsculo rincón del globo donde reinabas: ¿acaso merece que te enorgullezcas de tu rango y tu poder? Mira lo que deben parecer a ojos del Eterno los frágiles potentados que se disputan el mundo y recuerda que no es a él a quien incumbe exigir homenajes de los hombres.

Rodrigo, que sigue elevándose, distingue por fin algunos de los planetas de que el espacio está repleto; reconoce que la Luna, Venus, Mercurio, Saturno y Júpiter, cerca de los cuales pasa, son mundos como la Tierra.

—Ave sublime —exclama—, ¿están estos mundos habitados como el nuestro?

—Lo están, mas por seres mejores —responde el águila—; moderados en sus pasiones, no se destrozan entre sí para satisfacerlas; allí sólo se ven gentes felices y no se conocen los tiranos.

—¿Quién, pues, gobierna a esas gentes?

—Sus virtudes: no necesitan leyes ni soberanos quienes no conocen los vicios.

—A las gentes de esos mundos, ¿quíérelas más el Eterno?

—Todo es igual a los ojos de Dios; esa multitud de mundos esparcidos por el universo, que son producto de un solo acto de su benevolencia y pueden quedar destruidos por un segundo acto suyo, no aumentan ni su gloria ni su felicidad; mas, aunque la conducta de quienes los habitan le sea indiferente, ¿ha de ser por ello menos justo?, ¿y acaso la recompensa del hombre honrado no se halla siempre en el corazón?

Poco a poco nuestros viajeros se acercaron al sol y, sin la virtud mágica que envolvía al monarca, le habría sido imposible soportar sus rayos como dardos.

—¡Cuánto más grande que los otros me parece este globo luminoso! —dice Rodrigo— Ilústrame, oh, rey del aire, sobre un astro al que vas a planear cuando te place.

—Este sublime foco de luz —dice el águila— está a un millón de leguas de nuestro globo, y nosotros no estamos más que a treinta mil leguas de su órbita; mira cómo nos hemos elevado en poco

tiempo; es un millón de veces más grande que la Tierra y sus rayos tardan ocho minutos en llegar a ella.

—Este cuerpo celeste cuya proximidad me aterra —pregunta el rey—, ¿tiene siempre, pues, la misma substancia? ¿Es posible que siempre sea igual?

—No lo es —responde el águila—; los cometas que de tiempo en tiempo caen en su esfera le sirven para reparar sus fuerzas.

—Explícame la mecánica celeste de todo cuanto me atrae la mirada —prosigue Rodrigo—; mis sacerdotes supersticiosos y malvados no me han enseñado sino fábulas, no me han dicho una verdad.

—¿Y qué verdad te van a decir unos truhanes que viven de la mentira? Escúchame, pues —continuó el águila mientras volaba—. El centro común hacia donde gravitan todos los planetas está casi en el centro del sol; este astro gravita hacia los planetas; la atracción que el sol ejerce sobre ellos es mucho mayor que la que ellos ejercen sobre él, tantas veces mayor como veces lo es él en cantidad de materia; este astro sublime cambia de lugar a cada momento, según le atraigan más o menos los planetas, y esta ligera aproximación del sol a uno u otro remedia el desarreglo que los planetas operan entre sí.

—Así pues —repuso Rodrigo—, el continuo desarreglo del astro central sustenta el orden de la naturaleza; he aquí al desorden necesario para el mantenimiento de las cosas celestes; si el mal es útil en el mundo, ¿por qué lo quieres reprimir? ¿Y quien asegura que de nuestros desórdenes cotidianos no sale el orden general?

—Débil monarca de una ínfima porción de esos planetas —exclamó el águila—, a ti no te incumbe sondear los designios del Eterno y aún menos justificar tus crímenes con las leyes incomprensibles de la naturaleza; lo que en ella te parece desorden acaso no sea sino una de sus maneras de alcanzar el orden; no saques de esta probabilidad ninguna clase de consecuencia moral; nada demuestra que lo que te ofende al examinar la naturaleza sea verdadero desorden, y tu experiencia te convence de que los crímenes del hombre sólo pueden operar el mal.

—Y aquellas estrellas, ¿también están habitadas? ¡Cómo aumenta su esfera a medida que nos acercamos!

—No lo dudes: también son mundos, y aunque esos globos luminosos se encuentren cuatrocientas mil veces más lejos de la Tierra que el sol, también hay astros encima de ellos que a nosotros nos es imposible percibir, y están poblados como las estrellas y como todos los planetas que ves. Pero nos acercamos al final; ya no me elevaré más —dijo el águila descendiendo nuevamente hacia la Tierra—; que todo cuanto acabas de ver, Rodrigo, te dé una idea de la grandeza del Eterno; mira lo que tus crímenes te hacen perder, pues te impiden para siempre aproximarte a él.

Con estas palabras, el águila se abate sobre la cima de una de las más altas montañas del Asia.

—Henos aquí a mil leguas del lugar donde te tomé —dice el celeste amigo de Júpiter—; baja por ti solo de esta montaña, a su pie existe lo que tú buscas —y desaparece al momento.

Rodrigo tarda pocas horas en bajar de la peña escarpada donde le ha depositado el águila. Abajo de la montaña encuentra una caverna cerrada por una reja que custodiaban seis gigantes de más de quince pies de altura.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —pregúntale uno de ellos.

—Vengo a llevarme el oro que debe haber en esta caverna —dice Rodrigo.

—Antes tienes que destruirnos a los seis —replica el gigante.

—Tal victoria me asusta poco —responde el rey—; haz que me presten armas.

Al instante, unos escuderos revisten a Rodrigo. El altivo español ataca vigorosamente al primero que se presenta, bástanle unos minutos para vencerle; se le acerca el segundo y lo abate igual. En menos de dos horas, Rodrigo ha triunfado de todos sus enemigos.

—Tirano —grítale el órgano que le habla a veces—, goza de tus últimos laureles, los éxitos que te esperan en España no serán tan brillantes como éstos; los destinos de tu suerte se han cumplido, tuyos son los tesoros de la caverna, pero sólo servirán para perderte.

—¡Cómo! ¿Acaso he triunfado para ser vencido?

—Deja de querer sondear los designios del Eterno, sus decretos son inmutables; son incomprensibles; bástete saber que las prosperidades inesperadas nunca son para el hombre sino pronósticos ciertos de su desgracia.

La caverna se abre y en ella Rodrigo ve millones. Una somnolencia ligera se adueña de sus sentidos y, cuando despierta, se halla en la puerta de la torre encantada, en medio de toda la corte y de quince furgones cargados de oro. El monarca abraza a sus amigos, díceles que no es capaz el hombre de imaginar todo lo que él acaba de contemplar; pregúntales cuánto tiempo lleva ausente de ellos.

—Trece días —le responden.

—¡Oh, justicia del cielo! —exclama el rey— Me parece que llevo más de cinco años viajando.

Y diciendo estas palabras, monta sobre un corcel andaluz y se lanza a galope hacia Toledo; mas apenas se ha alejado cien pasos de la torre cuando se oye un trueno; Rodrigo se vuelve y ve aquel monumento antiguo arrebatado por los aires como una saeta; el rey también vuela a su palacio; ya era hora, pues todas las provincias abrían ya a los moros las puertas de las ciudades. Rodrigo recluta un ejército formidable, cabalga a su cabeza hacia los enemigos, los encuentra cerca de Córdoba, los ataca, y allí se entabla un combate que duró ocho días, combate sin duda el más sangriento que jamás se viera en las dos Españas; veinte veces la victoria inconstante promete sus favores a Rodrigo, veinte veces se los arrebatara cruelmente. Hacia el final del último día, en el momento en que Rodrigo, habiendo reagrupado todas sus fuerzas, está quizá a punto de ganar los laureles, se presenta un héroe y le desafía a combate singular.

—¿Quién eres tú —pregúntale altivamente el rey— para que yo te conceda ese favor?

—El jefe de los moros —responde el guerrero—; estoy cansado de la sangre que vertemos; evitémosla, Rodrigo: ¿acaso la vida de los súbditos de un imperio debe sacrificarse a los ruines intereses de sus amos? Que los soberanos se batan entre ellos cuando las discusiones los separen y sus querellas no durarán tanto. Toma terreno, español altivo, y ven a medir tu lanza con la mía; para el que venza serán los frutos de la victoria. ¿Consientes?

—Estoy a tu disposición —responde Rodrigo—; prefiero con mucho tener sólo que vencer a un adversario como tú que seguir luchando contra esa marea innumerable de gentes.

—Así pues, ¿no te parezco temible?

—Jamás he visto enemigo más débil.

—Cierto es que me venciste, Rodrigo, pero ya no estás en el día de tus triunfos, ya no languides en el fondo del palacio entre indignas voluptuosidades, ya no derramas la sangre de tus súbditos para saciarlas, ya no arrebatas el honor de sus hijas...

Con estas palabras, los dos guerreros toman sus respectivos campos, los ejércitos tienen los ojos fijos en ellos; se aproximan el uno al otro, chocan con ímpetu, se propinan golpes furiosos; por fin Rodrigo cae abatido, su valeroso enemigo le hace morder el polvo y al instante se arroja hacia él.

—Reconoce a tu vencedor; Rodrigo, antes de expirar —dice el guerrero levantándose el casco.

—¡Oh, cielos! —exclama el español.

—Tiemblas, cobarde; ¿acaso no te dije que volverías a ver a Florinda en el postrer instante de tu vida? El cielo ultrajado por tus crímenes me ha permitido salir de entre los muertos para venir a castigarte y poner fin a tus días; mira cómo aquélla a quien arrebataste el honor ahora marchita tu gloria y tus laureles. ¡Expira, oh príncipe infortunado! Que tu ejemplo enseñe a los reyes de la tierra que sólo la virtud consolida su poder, y que quien abusa de su autoridad como tú encuentra antes o después en la justicia divina el castigo de sus pecados.

Los españoles huyen, los moros se apoderan de todas las plazas, y tal es la época que les hizo dueños de España, hasta que una revolución nueva, causada por un crimen semejante, les echó de ella para siempre.

ANTE LA LEY

FRANZ KAFKA*

Hay un guardián ante la Ley. A ese guardián llega un hombre del campo que pide ser admitido a la Ley. El guardián le responde que ese día no puede permitirle la entrada. El hombre reflexiona, y pregunta si luego podrá entrar. "Es posible", dice el guardián, "pero no ahora". Como la puerta de la Ley sigue abierta y el guardián está a un lado, el hombre se agacha para espiar. El guardián se ríe, y le dice: "Fíjate bien: soy muy fuerte. Y soy el más subalterno de los guardianes. Adentro no hay una sala que no esté custodiada por su guardián, cada uno más fuerte que el anterior. Ya el tercero tiene un aspecto que yo mismo no puedo soportar." El hombre no ha previsto esas trabas. Piensa que la Ley debe ser accesible a todos los hombres, pero al fijarse en el guardián con su capa de piel, su gran nariz aguda y su larga y deshilachada barba de tártaro, resuelve que más vale esperar. El guardián le da un banco y lo deja sentarse junto a la puerta. Ahí, pasa los días y los años. Intenta muchas veces ser admitido y fatiga al guardián con sus peticiones. El guardián entabla con él diálogos limitados y lo interroga acerca de su hogar y de otros asuntos, pero de una manera impersonal, como de señor importante, y siempre acaba repitiendo que no puede pasar todavía. El hombre, que se había equipado de muchas cosas para su viaje, va despojándose de todas ellas para sobornar al guardián. Éste no las rehúsa, pero declara. "Acepto para que no te figures que has omitido algún empeño." En los muchos años el hombre no deja de mirarlo. Se olvida de los otros y piensa que *éste* es la única traba que lo separa de la Ley. En los primeros años maldice a gritos su perverso destino;

* Franz Kafka, checo (1883-1924). Autor de *El castillo*, *El proceso*, *Metamorfosis*, *América*, entre otros cuentos y novelas.

con la vejez, la maldición decae en quejumbre. El hombre se vuelve infantil, y como en su vigilia de años ha llegado a reconocer las pulgas en la capa de piel, acaba por pedirles que lo socorran y que intercedan con el guardián. Al fin se le nublan los ojos y no sabe si estos lo engañan o si se ha oscurecido el mundo. Apenas si percibe en la sombra una claridad que fluye inmortalmente de la puerta de la Ley. Ya no le queda mucho que vivir. En su agonía los recuerdos forman una sola pregunta, que no ha propuesto aún al guardián. Como no puede incorporarse, tiene que llamarlo por señas. El guardián se agacha profundamente, pues la disparidad de las estaturas ha aumentado muchísimo. “¿Qué pretendes ahora?”, dice el guardián; “eres insaciable”. “Todos se esfuerzan por la Ley”, dice el hombre. “¿Será posible que en los años que espero nadie haya querido entrar sino yo?” El guardián entiende que el hombre se está acabando, y tiene que gritarle para que le oiga: “Nadie ha querido entrar por aquí, porque a ti solo estaba destinada esta puerta. Ahora voy a cerrarla.”

UN VIAJE O EL MAGO INMORTAL

ADOLFO BIOY CASARES*

El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe.
Don Quijote, II, 22.

Para alcanzar la muerte no hay vehículo tan veloz como la costumbre, la dulce costumbre. En cambio, si usted quiere vida y recuerdos, viaje: Eso sí, viaje solo. Demasiado confiado juzgo a quien sale con su familia, en pos de la aventura. Dentro del territorio de la República (estamos de acuerdo) *todo se da*; pero si puede vaya por el agua, a otro país. Imíteme quien se anime; como yo, bese anteayer a *la Gorda*, a los chicos y con el pretexto de que la compañía lo manda, parta al infinito azul...

En cuanto subí al barco de la carrera divisé a una corista, señorita Zucotti, que en años de juventud inflamó mi esperanza. Aunque ahora es menos linda —calculo que se le alargó una cuarta la cara— me prometí el festín de esa misma noche visitarla en su cabina particular. Como para coristas fue el viaje. El río estaba bravo, la píldora contra el mareo no se asentaba en la boca del estómago; más de una vez gemí por no hallarme en tierra firme y, ya que me hamacaba, ¿por qué no en brazos de la corista o de *la Gorda*? Procuré leer. Entre mis petates encontré, amén de la falta de revistas, *El diablo cojuelo*. ¡Las tretas a que recurre la pobre *Gorda*, en el afán de educarme! No tardé una línea en comprender que con esa joya de la literatura nunca olvidaría la famosa polca que bailaban río y barco. Cuando por fin me levanté —ignoro si en toda la noche habré cerrado alguna vez el ojo, para parpadear— me reanimé con café con leche tibio y con una gruesa de medallunas de la víspera. Sobre piernas flojas bajé a tierra uruguaya.

* Adolfo Bioy Casares, argentino (n. 1914). Autor de *La invención de Morel*, *El sueño de los héroes*, *La trama celeste* e *Historias prodigiosas y desaforadas*.

Juraría que al *chauffeur* del taxímetro le ordené: "Al hotel Cervantes." Cuántas veces, por la ventana del baño, que da a los fondos, con pena en el alma habré contemplado, a la madrugada, un árbol solitario, un pino, que se levanta en la manzana del hotel. Miren si lo conoceré; pero el terco del conductor me dejó frente al hotel La Alhambra. Le agradecí el error, porque me agradan los cuartos de La Alhambra, amplios, con ese lujo de otro tiempo; diríase que en ellos puede ocurrir una aventura mágica. Me apresuro a declarar que no creo en magos, con o sin bonete, pero sí en la magia del mundo. La encontramos a cada paso: al abrir una puerta o en medio de la noche, cuando salimos de un sueño para entrar, despiertos, en otro. Sin embargo, como la vida fluye y no quiero morir sin entrever lo sobrenatural, concurreo a lugares propicios y viajo. ¡En el viaje sucede todo! Animosamente, pues, me dirigí al señor de la recepción, que me dijo:

—Lo lamento, pero con el Congreso de Fabricantes de Marionetas para Ventrílocuos, Titiriteros y Afines no me queda una triste habitación.

No hubo más remedio que cruzar la plaza, con mi valijita, y tratarse a cuerpo de rey en el Nogaró, donde, no sin cabildeos y con la mejor voluntad, porque alojaban la *troupe* completa del Berliner Ballet, me consignaron a un cuarto de matrimonio. En el quinto piso, yendo por el corredor hacia la izquierda, mi cuarto era el último; es decir que yo tenía, a la derecha, otra habitación, y a la izquierda, la pared medianera y el vacío. Pedí los diarios. A medida que los hojeaba, dejaba caer las páginas al suelo. Por la ventana veía la plaza, la estatua, la gente, las palomas. De pronto me acongojé. ¿Por el trajinar de allá abajo, símbolo del afán inútil? ¿Por el desorden de papel de diario, disperso por mi habitación? ¿Por el frío en los pies y en los hombros? ¿Por el cansancio de la noche en vela? Reaccionemos, me dije, y sin averiguar el origen de la congoja salí del hotel, me encontré en la plaza, a las nueve de la mañana, demasiado temprano para presentarme en la oficinas de la compañía, rama uruguaya. Vagué por las calles de la Ciudad Vieja, pensando que no almorzaría tarde, que a las doce en punto haría mi entrada en el Stradella. A todo eso iba del lado de la sombra y volví a enfriarme; cambié de vereda, justamente a la altura de una negra apostada en un zaguán de azulejos verdes;

como yo valoro mi salud y soy tímido, pasé de largo. A la diez visité la compañía. Me agasajaron como saben hacerlo, hasta que el jefe de Relaciones Públicas me despidió, a las diez y trece. Permitted mi buena estrella que en plena puerta giratoria me presentaran a un caballero, un charlatán que vende solares con quien entretuve, por así decir, veinte minutos en un café de la pasiva; lo embrollé astutamente y convinimos en que a la otra mañana, a las ocho en punto, iría a recogerme al hotel, para llevarme en automóvil a examinar todo el santo día solares en Colonia Suiza. Antes de las once me hallé de nuevo en la calle, más muerto que vivo.

Mirando cómo evolucionaban las palomas y unas mujercitas que usted confundía con mendigas, me repuse un poco en un banco, al sol, en la Plaza Matriz. En el Stradella articulé un menú a base de ají, pimienta, otros picantes y mostaza, mucha carne, mariscos, vino tinto y café. Comí como lobo. Porque era temprano me despacharon pronto y a las doce y media yo disponía de todo el día por delante. Para bajar mi alimentación bebí más café en el bar del Nogaró. Allí contemplé por primera y última vez en mi vida a dos altas muchachas del Berliner Ballet: una con cara de gato, ligeramente vulgar y muy hermosa; la otra, rubia, fina, una sílfide, con nariz grande y derecha, con senos pequeños y derechos.

Aunque me derrumbaba el sueño, no subí a dormir la siesta, porque el recuerdo de las muchachas era demasiado vívido. En el *hall*, donde permanecí en asiento de gamuza una hora larga, tuve ocasión de contemplar a un buen número de brasileros, los más niños y ancianos, con el agregado de tres o cuatro señoritas con todo lo necesario para encabritar al prójimo. Una de ellas, casada con seguridad, mirando en mi dirección, propuso:

—¿Vamos a dormir la siesta?

Me pregunté si yo soñaba —lo que era bastante probable, porque el cansancio me aplastaba el cráneo— cuando se incorporó un hombre, surgido de un sillón, a mis espaldas.

Yo también hubiera subido a acostarme, pero en mi tesitura, reflexioné, más valía cansar el animal. Me saqué a tomar aire por esas calles de Dios, las mismas que recorrí a la mañana. Por pura curiosidad quise rever el zaguán de los azulejos. No lo encontré al

principio y cuando, al fin, di con él, faltaba la eva de ébano, joven y bien modelada, que al pasar yo, horas antes, mascullo su palabra; no lo digo por vanagloria. Me encaminé a la Plaza Matriz; aparte de palomas, apenas quedaban niños y lustrabotas. La verdad es que yo estaba tan cansado como inquieto. Recordando que el sueño, esquivo en la cama, suele buscarnos en lugares públicos, entré en un ínfimo cinematógrafo, donde pasaban una película sueca, más bien alemana, que bajo la carnada de magníficas fotografías y tedio, resultó una formidable exhortación a la lujuria. Al salir de allí no hice más que cruzar la calle, para meterme en un barcito. Mientras bebía el *marrsachino*, mordiendo trozos de un queso notable por lo pungente, se apersonaron al mostrador dos damiselas, lujosamente ataviadas con terciopelo, borravino y azul, anudado y levantado como telón de teatro, debajo de la cintura, por la parte trasera, y entablaron palique con el *barman*, sonriéndole como tamañas gatas. Cuando partieron lo felicité, respondió:

—Señor, lo que es mío, es suyo.

Sonó hueca mi risotada, no me atreví a pedir aclaración, me retiré al hotel. Ni bien entré me pasaron al comedor, donde di pronta cuenta del menú. Arrastrándome como pude subí, por ascensor, al quinto piso. No daban las diez en el reloj de la catedral cuando, en la enormidad de mi cama camera, me volteó el sueño.

A las doce y minutos me despertaron voces en el cuarto contiguo. Distinguí dos voces, una femenina y otra masculina: desde el principio escuché únicamente la femenina, que era muy suave. Imaginé a una mujer delicada y morena; una peruana quizá. Las mujeres que prefiero corresponden a otro tipo, pero ésta me gustaba. Algunos me reputarán tonto, por hablar así de una mujer que yo no veía. Lo cierto es que me la representaba perfectamente. ¿De qué hablaban? No sé, ni me interesa. Tampoco sé por qué no me dormía; estaba alerta, como si esperara algo.

Ay, a la una empezó. Mis primeras reacciones fueron inquietud, desazón, voluntad de huir. De verás no quería estar presente, pues me jacto de no tener por costumbre el husmear al vecino. ¿Lo creerán ustedes? Me bajó pudor, como si al verme en la coyuntura me avergonzara de mí mismo. Salté de la cama, para dar nudillos en la pared, acaso por respeto al pudor universal, acaso por el maligno deleite de interrumpirlos. Iba a gritarles: “¡Piedad!

¡Un momento! ¡Ya me voy!”, cuando recordé que no tenía dónde ir, porque el hotel estaba repleto. Recordé también la vulgaridad de nuestros contemporáneos y comprendí que me exponía a quién sabe qué improperios.

Había que olvidar a la pareja, so pena de caer en el insomnio, lo que era intolerable: la noche y el día anteriores fueron duros; el programa del día siguiente, que empezaba a las ocho de la mañana y abarcaba Colonia Suiza, no debía tomarse a la ligera. Yo estaba exhausto. Resolví, cuerdamente, regresar al lecho, no sin antes aplicar, una última vez, la oreja. La suavísima peruana se había vuelto más ronca; en una interminable frase, que no tenía pausas y que era un suspiro, repetía: “Te juro te juro te juro te juro.” Con una mueca sardónica, murmuré: “Nunca juramento tan sentido será tan olvidado tan pronto.” El temor de que me oyeran me paralizó. ¿Había hablado en voz alta? Por un instante, en el cuarto de al lado, hubo silencio. Afirmaría que lo hubo, pero luego el jaleo continuó, a más y mejor.

Ahora anotaré una circunstancia curiosa: la peruana gritaba, suspiraba, respiraba, resoplaba —sí, resoplaba, como la foca en el estanque del zoológico— y a ella brindaba yo mi benevolencia, jamás a su discreto compañero que sólo de tarde en tarde se manifestaba, entonces repugnantemente, como un gordo imbécil y moribundo, que agonizara babeando.

La situación abundaba, quién lo duda, en ribetes aptos para turbar a un hombre profundamente humano. Cuando me ponía festivo, menos mal: proyectaba al punto, con una carcajada insensata, la broma de correr por debajo de la puerta una tarjeta de visita, donde no sólo figura mi nombre y apellido, sino mi jerarquía en la fábrica, con el mensaje: “Señor, si se fatiga ¿me la pasa?” Lo grave era cuando me irritaba. Si ustedes imaginaran el cariz de mi cólera, se asustarían. En mi furor, con sombrío júbilo, auguraba el fulmíneo triunfo del comunismo, tildaba de canalla al vecino y quería arrebatársela la mujer. Tragándome la rabia, musité: “Yo también tengo a *la Gorda*”, lo que no era igual y en aquel instante resultaba tan lejano que se volvía materia de conjetura. Luego, conmovido, me comparaba con la pobre Pelusa —un libro para niños que *la Gorda* me propinó, más o menos de contrabando—, me comparaba con la pobre Pelusa, cuando llega a los altos muros

del palacio, para ella de transparente cristal, contempla el festín, clama y no la oyen. No pude aguantar, corrí a la cama, me cubrí con las cobijas, que resultaron excesivas.

El esfuerzo para no asfixiarme y el calor en tal grado me congestionaron que al mirarme en el espejo, cuando encendí la luz, temí haber contraído la rubeola o el sarampión, hipótesis que, felizmente no se cumplió.

Fuera de las mantas respiraba con libertad, pero en compensación oía a la pareja. ¿Qué murmuraba ahora la peruana? Suspiraba su voz ronquísima: "Me muero me muero me muero me muero." Casi le grito: "Ojalá y de una vez, por favor." Busqué refugio en *El diablo cojuelo*; seguía oyendo. Busqué refugio en el sueño; apagué la luz, cerré los ojos, traté de abstraerme; seguía oyendo. En el preciso momento en que, por lo bajo, les echaba en cara a los vecinos mi insomnio, comprobé que ellos, como lo proclamaban sus ronquidos alternados, por fin dormían. Con repugnancia comenté: "Deben de ser animales marcadamente fisiológicos", para en seguida agregar: "¡Cerdos!"

Lejos de aliviarme, la casi perfecta calma que se estableció en el cuarto de al lado me exasperaba. ¿Por qué negarlo? Ahora echaba de menos aquel rumor, tan matizado y sugestivo. Me hallé desvelado y extrañamente solo. Pensé en *la Gorda*; loco de mí, pensé en la vecina. Cavilé. Volví a odiar al hombre; con su reposo actual me ofendía aún más que antes.

Quise romper mi pasividad. "Si voy a actuar —me dije—, actuaré con provecho." Trabajé, pues, un plan, para despachar abajo al hombre y visitar, en el interín, a la mujer. No era posible eliminar totalmente el peligro de un escándalo, más o menos incómodo; pero la presa bien valía el riesgo.

Cuando yo montaba los últimos pormenores de mi plan, sonó en el otro cuarto la imperiosa campanilla de un despertador. Vi, en mi reloj, que eran las siete y media. A continuación hubo el habitual trajín de gente que se levanta. Con presencia de espíritu, yo me levanté paralelamente, sin perderles pisada, porque tenía un propósito que no dejaría de cumplir. No era un plan delirante, como el de la noche; era un propósito humilde, como correspondía a la sensata luz diurna. Me apresuré, saqué ventaja a los vecinos, me planté en la puerta del cuarto. Lo reconozco: el

plan se había reducido de modo absurdo; ahora consistía en ocupar, con la prelación conveniente, un punto de mira. Mi ambición era modesta, mi voluntad, tremenda. Yo vería a la peruana. Nadie se mofe: sólo quien poco espera contempla lo increíble. Eso, innegablemente, es lo que me ocurrió a mí.

Yo aguardaba, como dije, en mi posición estratégica. Oí los pasos; ya venían, en precipitado tropel, por el corredorcito interno, que va del dormitorio a la puerta de salida. Se abrió la puerta. ¿Qué vieron mis ojos maravillados? Un anciano diminuto, flaco y gris, imberbe de puro viejo, que representaba mil años y que estaba completamente solo.

—¿Puedo hacer la pieza? —preguntó inopinadamente uno de esos criados que merodean, cepillo en ristre, por los corredores de todo hotel.

—Cómo no —contestó el vejete, lo más garifo, y creí discernir, en sus ojillos chispeantes, que por un segundo me miraron, un dejo de burla.

En cuanto el viejo se alejó, articulé:

—Permiso, ¿puedo pasar?

Con el pretexto de averiguar cuánto tardaría el lavadero en devolverme una camisa imaginaria, me colé en la habitación. Mientras departía con el criado, lo examiné todo. Allí no había peruanas.

Sonó, en mi cuarto, la campanilla del teléfono. Lo atendí. Me dijeron que un señor me esperaba. “¿A estas horas?”, pregunté airadamente. Con desesperación recordé al charlatán de los lotes en Colonia Suiza. Hubiera querido que me tragara o, mejor, que lo tragara la tierra. Hubiera querido ser mago y hacerle creer que lo acompañaba y mandarlo solo a ver sus lotes. Partí a mi suerte.

Al entregar la llave, pregunté:

—¿Cómo se llama el señor de la habitación contigua a la mía?

Consultaron libros y respondieron:

—Merlín.

El nombre me suena, pero ni antes ni después de esa mañana vi al sujeto.

LA HORMIGA ARGENTINA

ITALO CALVINO*

Cuando vinimos a instalarnos no sabíamos nada de las hormigas. Nos parecía que estaríamos bien, el cielo y el verde eran alegres, tal vez demasiado alegres para las preocupaciones que teníamos mi mujer y yo; ¿cómo podíamos imaginar la historia de las hormigas? Pensándolo bien, el tío Augusto quizá nos había dicho algo en alguna ocasión: “Allá, tendríais que ver, las hormigas... no como aquí, las hormigas...”, pero era una divagación dentro de otro tema, una cosa dicha sin darle importancia, tal vez a propósito de las hormigas que habíamos visto mientras hablábamos, qué digo: ¿hormigas?, habríamos visto una hormiga perdida, una de esas hormigas nuestras, gordas (ahora me parecen gordas las hormigas de mi tierra), y de todos modos lo insinuado por el tío Augusto no modificaba en nada la descripción que nos estaba haciendo de esta región, donde la vida, por alguna circunstancia que él no sabía explicar bien, era más fácil, y la ganancia, si no segura, por lo menos probable, a juzgar por tantos, no por él, el tío Augusto, que se habían instalado allí.

Por qué se había sentido bien, aquí, nuestro tío, empezamos a intuirlo desde la primera noche, al ver la claridad del aire después de la cena y comprender el placer de dar vueltas por aquellas calles para salir al campo, de sentarse en el pretil de un puente como vimos que hacían algunos, y todavía más cuando encontramos una fonda donde él solía ir, con un huerto atrás, y unos tipos viejos y de estatura escasa, como él, pero fanfarrones y vocingleros, que decían que habían sido amigos suyos, gentes sin oficio, como él, creo, jornaleros por horas, aunque uno dijo, tal vez por jactarse,

* Italo Calvino, italiano (1923-1985). Autor de *Los amores difíciles*, *Señor Palomar*, *Qfwfq*, *El castillo de los destinos cruzados* y *Seis propuestas para el próximo milenio*, entre otros cuentos, novelas y ensayos.

que era relojero; y oímos que recordaban al tío Augusto por un sobrenombre, repetido por todos y seguido de carcajadas generales, y observamos la risa forzada de una mujer tampoco demasiado joven y un poco gorda, que estaba en el mostrador, con una blusa blanca calada. Y yo y mi mujer comprendimos cuánto debía contar todo eso para el tío Augusto, tener un sobrenombre, noches claras en que se bromeaba paseando por los puentes, y ver aquella blusa calada que aparecía viniendo de la cocina, salía al huerto, y al día siguiente unas horas descargando sacos para la fábrica de pastas y cómo allá, en nuestra tierra, él siempre añoraba esto.

Todo lo que yo también hubiera podido apreciar, de haber sido joven y sin preocupaciones, o bien de estar instalado con toda la familia. Pero en nuestra situación, con el niño apenas curado, buscando trabajo, casi no podíamos darnos cuenta de esas cosas que le habían bastado al tío Augusto para declararse contento, y tal vez comprenderlo era ya una tristeza porque entre gentes alegres parecíamos todavía más infelices. Ciertos problemas a lo mejor insignificantes nos preocupaban como si aumentaran de pronto nuestras angustias (y no sabíamos nada de las hormigas en ese momento) y la señora Mauro con todas las recomendaciones que nos hacía al mostrarnos la casa aumentaba nuestra impresión de que nos internábamos en un mar borrascoso. Recuerdo su largo discurso sobre el contador del gas, y con qué atención lo escuchábamos.

—Sí, señora Mauro... Tendremos cuidado, señora Mauro... Esperemos que no, señora Mauro... —tanto que ni siquiera hicimos caso cuando (pero ahora lo recordamos claramente) empezó a deslizar los ojos por la pared como si leyera y pasó la punta de los dedos y después los sacudió como si hubiese tocado agua, o arena, o polvo. Pero no pronunció la palabra “hormigas”, estamos seguros; tal vez porque era natural que allí hubiese hormigas, así como había paredes, un techo, pero a mi mujer y a mí nos quedó la impresión de que había querido ocultarlo hasta al final, y que todas sus frases y recomendaciones eran para tratar de dar importancia a otras cosas que taparan aquélla.

Cuando la señora Mauro se marchó, entre los colchones y mi mujer no conseguía transportar la mesita de noche, y me llamaba, y después quiso empezar en seguida a limpiar la cocina económica y se arrodilló en el suelo, pero yo le dije:

—A esta hora, ¿qué vas a hacer? Mañana veremos, ahora arreglémonos de cualquier manera para pasar la noche. —El niño lloriqueaba muerto de sueño, y antes que nada había que prepararle la cesta y acostarlo.

En mi tierra, para los niños, usamos una canasta alargada, y la habíamos traído; la vaciamos de la ropa blanca con que la habíamos llenado y encontramos un buen sitio para apoyarla, una consola, en un lugar que no era ni húmedo ni demasiado alto, por si se caía. Nuestro hijo se durmió en seguida y los dos miramos la casa (una habitación dividida en dos por un tabique; cuatro paredes y un techo) que se iba llenando de nuestra presencia.

—Sí, sí, de blanco, le daremos una mano de blanco —contesté a mi mujer mirando el cielo raso mientras la empujaba por un codo hacia afuera. Ella quería mirar bien el cuchitril del retrete, a la izquierda, pero yo tenía ganas de dar con ella una vuelta por el terreno; porque nuestra casa estaba en un terreno, dos grandes canteros o almácigos baldíos con un sendero en el medio, cubierto de un armazón de hierro, ahora desnudo, tal vez por haberse secado alguna planta trepadora, una calabaza o una vid.

La señora Mauro tenía intención de darme ese terreno para que cultiváramos nuestro huerto, sin pedir ningún alquiler pues hacía tiempo que estaba abandonado; pero hoy no nos había hablado del tema y nosotros no dijimos nada porque ya teníamos demasiado en qué pensar. Andando así por el terreno, la primera noche queríamos convencernos de que habíamos llegado a tomar confianza y también, en cierto sentido, posesión del lugar; por primera vez era posible la idea de una continuidad en nuestra vida, de noches que se sucedían cada vez menos angustiosas, en las que recorreríamos los almácigos. Estas cosas, naturalmente, no se las dije a mi mujer; pero estaba ansioso por ver si ella también las sentía, y en realidad me pareció que los pocos pasos que dimos tuvieron en ella el efecto que yo esperaba; ahora razonaba en voz baja, con largas pausas, y caminábamos del brazo sin que ella rechazara ese gesto propio de tiempos no tan pobres.

Así llegamos al límite del terreno, y al otro lado del seto vimos al señor Reginaudo dando vueltas alrededor de su casa muy atareado con un pulverizador. Yo había conocido al señor Reginaudo unos meses atrás, cuando fui a ponerme de acuerdo con la señora

Mauro sobre la casa. Nos acercamos para saludarlo y para que conociera a mi mujer.

—Buenos noches, señor Reginaudo —le dije—, ¿se acuerda de mí?

—Ah, sí que lo reconozco —dijo—. ¡Buenas noches! ¿Así que es vecino nuestro? —Era un señor bajo y gafudo, con pijama y sombrero de paja.

—Eh, sí, somos vecinos, y entre vecinos...

Mi mujer empezó a decir frases sonrientes e inconclusas, como suele hacerse por cortesía; hacía tiempo que no la oía hablar así; no es que me gustara, pero me ponía más contento que oírla quejarse.

—¡Claudia! —llamó nuestro vecino—, ven, son los nuevos inquilinos de la casa de los Laureri! —Nunca había oído llamar con ese nombre nuestra nueva casa (el nombre, lo supe después, de un antiguo propietario) y me sentí un poco como si me consideraran un extraño. Salió de la casa la señora Reginaudo, una mujerona, secándose las manos en el mandil; eran gentes sencillas y con nosotros fueron bastante cordiales.

—¿Y qué anda haciendo con ese vaporizador, señor Reginaudo? —le pregunté.

—Eh... las hormigas... estas hormigas... —dijo, y se rió, como no dándole importancia.

—Hormigas, ¿eh? —repitió mi mujer con ese tono neutro y cortés que empleaba con los extraños para fingir que prestaba atención a sus palabras; un tono que conmigo no empleó nunca, que yo recuerde, ni siquiera cuando apenas nos conocíamos.

Nos despedimos de los vecinos con mucha ceremonia. Pero esto era también algo que no conseguíamos disfrutar de verdad: tener vecinos, y además, gente afable y cordial, y poder conversar así con amabilidad.

En casa decidimos acostarnos en seguida.

—¿Oyes? —dijo mi mujer; presté atención, se escuchaba todavía chirriar el vaporizador del señor Reginaudo. Mi mujer fue al fregadero a buscar un vaso de agua.

—Tráeme también uno a mí —le dije mientras me quitaba la camisa.

—¡Ah! —gritó—, ¡ven! —Había visto las hormigas en el grifo y la fila que bajaba por la pared.

Encendimos la luz, una lamparita sola para las dos habitaciones, y las hormigas formaban una fila apretada que cruzaba la pared y llegaba al marco de la puerta y quién sabe de dónde venían. Nos quedaron las manos cubiertas y las teníamos abiertas delante de los ojos tratando de ver bien cómo eran esas hormigas, y girando continuamente las muñecas para que no bajaran por los brazos. Eran hormigas minúsculas e impalpables que se movían sin pausa como impulsadas por la misma picazón sutil que provocaban. Sólo entonces me vino a la memoria el nombre: las "hormigas argentinas", mejor aún: "la hormiga argentina", la llamaban así, seguramente ya había oído decir que éste era un lugar donde había "la hormiga argentina", y sólo ahora sabía cuál era la sensación que iba unida a esa expresión: ese cosquilleo molesto que se difundía en todas direcciones y que ni siquiera cerrando la mano en un puño o frotando una mano con otra se conseguía detener del todo, porque siempre quedaba alguna hormiga desbandada que corría por el brazo por la ropa. Al aplastarlas, las hormigas se convertían en puntitos negros que caían como arena, y en los dedos quedaba aquel olorcito de hormiga, ácido y punzante.

—Es la hormiga argentina, sabes... —le dije a mi mujer—, viene de América... —Había adoptado a pesar mío el tono de cuando quería enseñarle algo y me arrepentí en seguida porque sabía que ella no soportaba ese tono en mí y reaccionaba bruscamente, tal vez porque creía que lo adoptaba cuando no estaba demasiado seguro de mí mismo.

En cambio me dio casi la impresión de que no me había oído: presa de la furia de destruir o dispersar la fila de hormigas en la pared, pasaba la mano de canto y lo único que conseguía es que se le subieran y se desparramaran otras alrededor, y entonces ponía la mano bajo el grifo, y trataba de salpicarlas con el chorro, pero las hormigas seguían andando sobre la superficie húmeda y ni siquiera mojándose las manos conseguía despegárselas.

—¡Ahora tenemos las hormigas en casa! —repetía—. ¡Así que ya estaban y no las habíamos visto! —como si de haberlas visto antes las cosas hubieran cambiado mucho.

Le dije:

—¡Vamos, vamos, por dos miserables hormigas! ¡Ahora vayamos a dormir y mañana veremos! —Y me pareció bien añadir—:

¡Vamos, vamos, por dos hormigas argentinas! —porque llamándolas por el nombre preciso que se les daba en el lugar, quería dar la impresión de que eran algo ya sucedido y en cierto sentido natural.

Pero el aire de distensión de mi mujer mientras recorriamos el terreno había desaparecido: ahora desconfiaba de todo y tenía la cara tensa como de costumbre. Y el irnos a dormir por primera vez en la casa nueva no fue como yo lo había esperado: para consolarnos no teníamos el alivio de empezar otra vida sino la rutina de seguir adelante con nuevos inconvenientes. “Todo por dos miserables hormigas”, era lo que yo pensaba; es decir, lo que pensaba que pensaba, pero tal vez también para mí era completamente diferente.

La fatiga era más fuerte que la agitación y dormimos. Pero en plena noche el niño empezó a llorar, y los dos, sin salir de la cama (esperando siempre que en cierto momento se calmara y volviera a dormirse, cosa que en realidad no sucedía nunca), nos preguntábamos: “¿Qué tendrá?”. Desde que se había curado no lloraba por la noche.

—¡Tiene hormigas! —gritó mi mujer que se había levantado para mecerlo.

Salté yo también de la cama, volcamos la cesta, lo desnudamos y para poder quitarle las hormigas, medio ciegos de sueño como estábamos, había que ponerlo debajo de la lamparita, en plena corriente de aire que venía de la puerta, y mi mujer decía:

—Ahora se resfría —y darle vueltas, con aquella piel que enrojecía apenas se la rozaba, daba pena. Una hilera de hormigas avanzaba por la consola. Miramos las sabanitas hasta que no quedó ni una y decíamos: “¿Dónde lo ponemos ahora a dormir?”. En nuestra cama, donde estábamos tan apretados, lo aplastaríamos. Miré bien la cómoda, las hormigas no habían llegado; la separé de la pared, abrí un cajón y lo preparé para que el niño pudiera dormir. Cuando lo acostamos ya estaba dormido. No teníamos más que tumbarnos en la cama y reanudaríamos el sueño en seguida, pero mi mujer quiso mirar las provisiones.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Dios mío! ¡Está lleno! ¡Negro de hormigas! ¡Auxilio!

¿Qué se podía hacer? La tomé de los hombros:

—Ven, lo pensaremos mañana, ahora no se ve nada, mañana lo arreglamos todo, ponemos todo en orden, ven a dormir.

—¿Y las provisiones? ¡Se echarán a perder!

—¡Al diablo con ellas! ¡Qué quieres hacer ahora? Mañana destruimos el hormiguero, cálmate.

Pero en la cama no conseguíamos tranquilizarnos, con la idea de aquellos bichos en todas partes, en los comestibles, en la vajilla, tal vez estaban subiendo otra vez desde la cómoda para llegar hasta el niño...

Nos dormimos cuando cantaban los gallos; y no pasó mucho rato antes de que empezáramos a movernos y a rascarnos porque teníamos la impresión de que había hormigas en la cama; tal vez habían subido, tal vez nos habían quedado encima después de la gran operación de la noche. Y así ni siquiera las primeras horas de la mañana fueron reparadoras, y nos levantamos temprano, apremiados por la idea de las cosas que teníamos que hacer y también por la mortificación de tener que empezar en seguida a luchar con aquel angustioso, imperceptible enemigo que se había adueñado de nuestra casa.

Lo primero para mi mujer fue ocuparse del niño: ver si aquellos bichos lo habían mordido (por suerte no parecía), vestirlo, darle de comer, todo esto moviéndose en la casa invadida de hormigas. Yo sabía el esfuerzo que debía hacer para no lanzar un grito cada vez que veía, en las tazas que habían quedado en el fregadero, por ejemplo, las hormigas alrededor del borde, y en el babero del niño, y en la fruta. Pero no pudo por menos que gritar, al destapar la leche:

—¡Está negra! —Había un velo de hormigas ahogadas o nadando.

—Es sólo la superficie —dije—, se quita con una cucharita. —Pero nos pareció que el sabor había quedado y no la bebimos.

Yo seguía las filas de hormigas por las paredes para ver de dónde venían. Mi mujer se peinaba y se vestía con pequeños estallidos de cólera que reprimía en seguida.

—¡No podemos poner los muebles en su sitio mientras no hayamos terminado con las hormigas! —decía.

—Calma. Ya verás que todo se arregla. Ahora voy a ver al señor Reginaudo que tiene esos polvos y le pido un poco. Lo po-

nemos en la boca del hormiguero, ya he visto dónde está, y en seguida acabamos con ellas. Pero esperemos hasta un poco más tarde porque a esta hora en casa de la familia Reginaudo podríamos molestar.

Mi mujer se calmó un poco, pero yo no: que había visto la boca del hormiguero se lo había dicho para consolarla, pero cuanto más miraba más descubría las muchas direcciones en que las hormigas iban y venían, y cómo nuestra casa, en apariencia lisa y homogénea como un dado, era en cambio porosa y estaba toda surcada de fisuras y grietas.

Para darme ánimo me detuve en el umbral a mirar las plantas que con el sol en ese momento las bañaba y el rastrojo que infestaba el terreno me pareció alegre, porque daba ganas de ponerse a trabajar: limpiar todo de verdad, zapar y comenzar a sembrar y a transplantar.

—Ven —dije a mi hijo—, que aquí te vas a enmohecer —lo tomé en brazos y salí al “jardín”, más aún, por el placer de iniciar la costumbre de llamar así aquel trozo de tierra, dije a mi mujer—: Salgo un momento con el niño al jardín —y me corregí—: A nuestro jardín —que era más posesivo y familiar.

El niño estaba contento al sol, y yo le decía:

—Éste es un algarrobo, éste es un árbol de caquis —y lo levantaba hasta las ramas—: Ahora papá te enseña a treparte.

Se echó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —pero vi las hormigas; el árbol gomoso estaba enteramente cubierto.

Aparté al niño en seguida.

—Uh, cuántas hormiguitas... —le decía, pero estaba preocupado.

Seguí las filas de hormigas por el tronco, me di cuenta de que aquel bullir silencioso y casi invisible seguía en el suelo, en todas direcciones, entre los hierbajos. Pensé: ¿cómo haremos para sacar las hormigas de casa? Sobre aquel pedazo de tierra —que ayer me había parecido tan pequeño, pero que ahora, viéndolo en relación con las hormigas, lo encontraba grandísimo— se extendía un velo ininterrumpido de insectos que brotaban por miles de hormigueros subterráneos y se alimentaban de la naturaleza pegajosa, dulce del suelo y de la vegetación baja; y donde quiera que mirase

—aunque a primera vista no viese nada y eso ya fuera un alivio—, aguzando la mirada veía acercarse una hormiga y descubría que formaba parte de un largo cortejo y que se encontraba con otras, llevando a menudo briznas o minúsculos fragmentos de materia pero siempre más grandes que ellas, y en ciertos lugares donde —pensé— se había agrumado el jugo de alguna planta o el resto de algún animal, había una corona de hormigas aglomeradas, casi pegadas como la costra de una pequeña herida.

Volví junto a mi mujer con el niño al cuello, casi corriendo, sintiendo las hormigas que me subían por mis pies. Y ella:

—Ya has hecho llorar al niño ¿qué le pasa?

—Nada, nada —contesté en seguida—, vio dos hormigas en un árbol, y está todavía bajo la impresión de anoche y le parece que siente la picazón.

—¡Oh, qué cruz, era lo único que faltaba! —exclamó mi mujer. Iba siguiendo una fila de hormigas en la pared y trataba de matarlas aplastándolas una por una con los dedos.

Yo continuaba viendo los millones de hormigas que nos rodeaban en aquel terreno que ahora parecía interminable, y arremetí contra ella:

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Eso no sirve de nada!

Mi mujer estalló con rabia:

—¡Pero el tío Augusto! ¡El tío Augusto que no nos dijo nada! ¡Y nosotros como dos estúpidos! ¡Hacerle caso a ese mentiroso!

Pero, ¿qué hubiera podido decir el tío Augusto? La palabra “hormigas” para nosotros, en aquel momento, no podía expresar la angustia que sentíamos frente a esta situación. Si nos hubiera hablado de hormigas como tal vez —no puedo excluirlo— lo había hecho alguna vez, hubiésemos pensado que nos encontraríamos con un enemigo concreto, medible, con un cuerpo, un peso. En realidad, si ahora se trataba de recordar las hormigas de los lugares de donde veníamos, las veía como bichos respetables, criaturas de esas que se pueden tocar, apartar, como los gatos, los conejos. Aquí nos enfrentábamos con un enemigo como la niebla o la arena, contra el cual no hay fuerza que valga.

Nuestro vecino, el señor Reginaudo, estaba en la cocina trasvasando un líquido con un embudo. Yo lo había llamado desde

afuera y después me acerqué a la puerta ventana de la cocina jadeando.

—¡Ah, nuestro vecino! —exclamó Reginaudo—, ¡pase, señor, pase! ¡Disculpe, yo siempre con estos mejunjes! ¡Claudia, una silla para nuestro vecino!

Sin perder tiempo:

—He venido, disculpe la molestia, pero vi que tenía usted de esos polvos, sabe, nosotros toda la noche, las hormigas...

—¡Ja, ja, ja! ¡Las hormigas! —dijo entre carcajadas la señora Reginaudo al entrar, y el marido, con un pequeño retraso, me pareció, pero con una impetuosidad más ruidosa, le hizo eco:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ellos también, las hormigas! ¡Ah, ah, ah!

A pesar mío intenté una modesta sonrisa, como obligado por la comicidad de mi situación, pero sin poder hacer nada, cosa que justamente correspondía a la verdad, tanto que había ido a verlo para pedirle ayuda.

—¡A quién se lo dice, las hormigas, estimado vecino! —exclamaba alzando las manos el señor Reginaudo.

—¡A quién se lo dice, señor, a quién se lo dice! —repetía como un eco su mujer llevándose las manos juntas al pecho, pero siempre, como el marido, riendo.

—Bueno... me pareció... ¿no tendrían ustedes un remedio? —pregunté, y el temblor de mi voz podía quizá tomarse por ganas de reír y no por la desesperación que iba invadiéndome.

—¡Un remedio, ja, ja, ja! —reían a más no poder los Reginaudo— ¿Si tenemos un remedio? ¡Veinte, cien remedios tenemos! ¡Y cada uno, ja, ja, ja, mejor que el otro!

Me habían llevado a otra habitación, donde había sobre los muebles decenas de cajas de cartón y de latas con etiquetas chillonas.

—¿Quiere el Profosfán? ¿Quiere el Mirminec? ¿O el Tiobroflit? ¿El Arsopán en polvo o mezclado? —Y se pasaban de mano en mano pulverizadores de émbolo, brochas, fuelles, levantaban nubes de polvos amarillentos y de gotitas minúsculas, y una mezcla de olores de farmacia y de cooperativa agraria, siempre riendo a carcajadas.

—¿Y hay algo que realmente sirva? —pregunté.

Dejaron de reír.

—No, nada —contestaron.

El señor Reginaudo me palmeó el hombro, la señora abrió las persianas y entró el sol. Después me hicieron visitar la casa.

El señor Reginaudo llevaba unos pantalones de pijama de rayas rosado atado a la pequeña barriga obesa, una camiseta y el sombrero de paja en la cabeza calva. Ella usaba una bata desteñida que descubría de vez en cuando los tirantes de la combinación: el pelo que encuadraba la ancha cara roja era rubio, como estopa y mal rizado. Los dos eran ruidosos y expansivos; cada rincón de la casa tenía una historia, y me la contaban robándose las frases el uno al otro y haciendo gestos, lanzando exclamaciones, como si cada episodio fuera una comedia irresistible. En cierto sitio habían aplicado Arfanax al dos por mil y las hormigas se habían alejado durante dos días, pero al tercero volvieron, y entonces él había concentrado la solución al diez por mil, pero las hormigas en vez de pasar por allí daban la vuelta por la cornisa; en otro sitio habían aislado una esquina con polvos de Cristotán, pero el viento los barría y se necesitaban tres kilos por día; en un peldaño habían probado el Petrocid que al parecer las mataba de inmediato y en cambio sólo las dormía; en un rincón habían aplicado el Formilill y las hormigas seguían pasando, pero por la mañana habían encontrado un ratón envenenado, en un punto donde él había aplicado el Zimofosf, líquido que constituía una barrera segura, su mujer había echado encima el Italmac en polvo que servía de antídoto y había anulado el efecto.

Nuestros vecinos usaban la casa y el jardín como un campo de batalla, y su pasión era trazar líneas más allá de las cuales las hormigas no debían pasar, y descubrir las nuevas vueltas que daban, y probar nuevas mescolanzas y nuevos polvos, cada uno vinculado en el recuerdo con episodios que ya habían sucedido, con combinaciones cómicas, de modo que les bastaba pronunciar un nombre: “¡Arsepit!” “¡Mirxidol!”, para echarse a reír, lanzando guiños y frases alusivas. Parecería que habían renunciado a matar las hormigas —si alguna vez lo habían intentado—, dado que las tentativas eran inútiles: sólo trataban de cerrarles algunos pasos, de desviarlas, asustarlas o vigilarlas: lo que hacían era preparar cada día un nuevo laberinto, dibujado con sustancias diferentes, un juego en el que las hormigas eran un elemento necesario.

—Con estos bichos no hay nada que hacer, no hay nada que hacer —decían—, a menos de imitar al capitán...

“Eh, sí, nosotros gastamos mucho —decían— en estos insecticidas... El del capitán, claro, es un sistema más económico...”

“Naturalmente, no podemos decir que hayamos vencido a la hormiga argentina —dijeron—, pero ¿usted cree que el capitán está en la buena vía? Tengo mis dudas...”

—Discúlpeme, pero ¿quién es el capitán? —pregunté.

—El capitán Brauni, ¿no lo conoce? ¡Ah, usted apenas ha llegado ayer! Es nuestro vecino de la derecha, allí, en esa casita blanca... Es un inventor... —y se echaron a reír—, ha inventado un sistema para exterminar la hormiga argentina.... Qué digo, muchos sistemas. Y los perfecciona continuamente. Vaya a verlo.

Rollizos y socarrones, en aquellos pocos metros cuadrados del pequeño jardín todo embadurnado de estrías y chorreaduras de líquidos oscuros, empolvado de harinas verdosas, atestado de pulverizadores, azufradores, recipientes de cemento donde se desleían preparados color índigo, y en los desordenados arriates algún rosal cubierto de insecticida desde la punta de las hojas hasta la raíz, los esposos Reginaudo alzaban los ojos al cielo límpido, satisfechos y divertidos. Hablando con ellos, como quiera que fuese, me había reanimado un poco: en el fondo, no es que las hormigas fueran algo divertido, como ellos daban a entender, pero tampoco eran una cosa tan grave como para desanimarse.

“¡Ah, las hormigas!”, pensaba yo ahora. “¿Pero qué hormigas? ¿Y qué mal nos hacen unas cuantas hormigas?”

Iría a decirle a mi mujer, tomándole un poco el pelo: “Qué les habrás visto a esas hormigas...”.

Preparaba mentalmente un discurso en este tono mientras cruzaba nuestro trozo de tierra con los brazos cargados de cajas y latas que me habían dado los vecinos para que probara, elegidas, conforme a mis deseos, entre los que no contenían sustancias nocivas para el niño, que se metía todo en la boca. Pero cuando vi, fuera de la casa, con el niño al cuello, a mi mujer, los ojos vidriosos y las mejillas hundidas, y comprendí la batalla que había librado y su descubrimiento de la cantidad infinita de hormigas que nos rodeaban, y que se daba por vencida, se me pasaron las ganas de sonreír y de bromear.

—Al fin has vuelto... —me dijo, y su dulzura me impresionó aún más dolorosamente que el tono colérico que me esperaba—. Yo ya no sabía... si vieras... no sabía cómo...

—Está bien, ahora probemos con esto —le dije—, y con esto, y también con esto... —y disponía mis latas en una repisa que había delante de la casa, y empecé a explicarle en seguida cómo se usaban, muy deprisa, casi como si tuviera miedo de ver encenderse en sus ojos demasiadas esperanzas porque no quería ni ilusionarla ni desilusionarla. Ahora tenía otra idea en la cabeza: quería ir a ver en seguida a ese capitán Brauni.

—No te preocupes; vuelvo en seguida.

—¿Te vas otra vez? ¿Adónde vas?

—A ver a otro vecino. Tiene un sistema. Voy a ver.

Y corrí hacia la alambrada cubierta de una enredadera espesa que limitaba a la derecha nuestro terreno. El sol estaba oculto por una nube. Me asomé por encima de la alambrada y vi la casita blanca rodeada de un jardín pequeño, ordenado, con caminitos de pedregullo gris que circundaban unos canteros redondos con un borde bajo de hierro forjado pintado de verde como en los jardines públicos, y en medio de cada cantero, un arbolito negro de mandarina o de limón.

Todo estaba silencioso, sombreado e inmóvil. Iba ya a alejarme indeciso cuando vi asomarse desde un seto bien podado una cabeza cubierta por un sombrero de playa de tela blanca, deformado, con el ala gacha terminada en un borde ondulado, sobre un par de gafas con montura de acero, una nariz cartilaginosa y más abajo una sonrisa cortante, relampagueante de dientes falsos, también de acero. Era un hombre flaco y seco, con jersey, los pantalones sujetos a los tobillos por anillas de las que se llevan para ir en bicicleta, y calzado con sandalias. Se acercó a observar el tronco de uno de los mandarinos, silencioso y circunspecto, sin abandonar su sonrisa tensa. Asomado por encima de la enredadera, dije:

—Buenos días, capitán. —El hombre alzó la cabeza de repente; ya no sonreía, su mirada era fría—. Disculpe, usted es el capitán Brauni, ¿verdad? —le pregunté.

El hombre asintió:

—Yo soy el nuevo vecino, sabe, alquilo la casa de los Laureri... Venía a molestarlo un momento porque he oído hablar del sistema...

El capitán levantó un dedo, me hizo señas de que me acercara; saltando por un lugar donde la alambrada había cedido, pasé al otro lado. El capitán seguía con el dedo en alto y con la otra mano señalaba el punto que estaba observando. Vi que del árbol sobresalía un corto alambre perpendicular al tronco. El alambre sostenía en la punta un pedazo —así me pareció— de espina de pescado y en la mitad se doblaba en ángulo agudo hacia abajo. Por el tronco y por el alambre iban y venían las hormigas. Debajo del vértice del alambre colgaba un pote como los de extracto de carne.

—Las hormigas —explicó el capitán—, atraídas por el olor de pescado, recorren el pedazo de alambre; como usted ve avanzan y retroceden sin dificultad y no hay riesgo de que tropiecen. Pero hay un paisaje en V que es peligroso; cuando una hormiga que va y otra que vuelve se encuentran en el vértice de la V, se detienen, y entonces el olor del petróleo contenido en este pote las marea, tratan de seguir su camino pero chocan, caen y mueren en el petróleo. Tic, tic.

Este “tic, tic” había acompañado la caída de dos hormigas.

—Tic, tic, tic, tic —seguía diciendo el capitán, con aquella inmóvil sonrisa de acero, y cada “tic” acompañaba la caída de una hormiga en el pote, donde sobre dos dedos de petróleo flotaba un velo negro de cuerpos de insectos informes y agrumados—. Un promedio de cuarenta hormigas muertas por minuto —dijo el capitán Brauni—, dos mil cuatrocientas por hora. Naturalmente, el petróleo tiene que estar limpio, si no las muertas lo cubren y las que caen después pueden salvarse.

Yo era incapaz de despegar los ojos de aquel débil, discontinuo pero constante goteo: muchas hormigas superaban el punto peligroso y volvían arrastrando con las mandíbulas fragmentos de espina pero siempre había alguna que se detenía en aquel lugar, chocaba con las antenas y caía. El capitán Brauni, la mirada fija detrás de los lentes, no perdía el más mínimo movimiento de los insectos, y a cada caída se sacudía con un leve e incontenible estremecimiento, y las comisuras tensas de su boca casi sin labios palpitaban. Muchas veces no podía dejar de meter las manos, para corregir el ángulo del alambre, ya para sacudir el petróleo del pote, para juntar las hormigas muertas alrededor de las paredes del recipiente, o para dar al mecanismo una pequeña sacudida que ace-

lerase la caída de las víctimas. Pero este último gesto debía parecerle casi una infracción de las normas, porque en seguida retiraba la mano y me miraba como si tuviera que justificarse.

—Este es un modelo más perfeccionado —dijo llevándome a otro árbol del que sobresalía un alambre provisto, en el vértice de la V, de una cerda con un nudo; las hormigas creían salvarse en la cerda, pero el olor del petróleo y la imprevista exigüidad del soporte las confundían, al punto de que, al no tener escapatoria posible, se caían en el pote.

El expediente de la cerda o de la crin de caballo se aplicaba a muchas otras trampas que el capitán me mostraba: el alambre grueso terminaba en una delgada crin y las hormigas, desorientadas por el cambio, perdían el equilibrio; y hasta había armado una trampa a cuyo cebo se llegaba por un pasaje falso, constituido por una crin dividida en dos que bajo el peso de la hormiga se abría por el medio y la dejaba caer en el petróleo. En aquel jardín silencioso y ordenado, en cada árbol, en cada tubería, en cada balaustre estaban instalados con precisión metódica los soportes de alambre, con su escudilla de petróleo debajo; y los rosales bien podados, las espalderas de las enredaderas parecían sólo un cuidadoso camuflaje en aquel desfile de suplicios.

—¡Aglaura! —gritó el capitán, acercándose a la puerta de servicio, y me dijo—: Ahora le mostraré la caza de los últimos días.

Por la puerta salió una mujer seca y pálida, alta y flaca, de ojos asustados y malévolos, con un pañuelo en la cabeza anudado sobre la frente.

—Muéstrale los sacos a nuestro vecino —dijo Brauni, e intuí que debía de ser no una criada, sino la mujer del capitán, y la saludé con un gesto de la cabeza y un murmullo, pero ella no me contestó. Entró y volvió a salir arrastrando por el suelo un saco pesado, con los brazos puro tendón que demostraban una fuerza superior a la que le atribuí a primera vista. Por la puerta entreabierta se veía dentro de la casa un montón de sacos semejantes a aquél; la mujer, siempre sin decir nada, había desaparecido.

El capitán ahuecó la boca del saco dentro del cual parecía haber tierra o abono químico, pero metió el brazo y sacó un puñado como de borra café y la dejó caer en la otra mano; eran hormigas

muertas, una arena suave, de un negro rojizo, formado de hormigas muertas todas encogidas, reducidas a granitos en los que no se distinguían ya ni cabeza ni las patas. Despedían ese olor ácido punzante. En la casa había quintales, una pirámide de sacos como aquél, llenos.

—Es formidable... —dije—, así acabará con todas.

—No —dijo tranquilamente el capitán—, matar hormigas obreras no sirve de nada. Hay por todas partes hormigueros con reinas que engendran millones de hormigas.

—¿Y entonces?

Me puse en cuclillas junto al saco; él se había sentado un peladito más abajo, y para hablarme alzaba la cara; la informe ala del sombrero blanco le cubría toda la frente y parte de las gafas redondas.

—A las reinas hay que matarlas de hambre. Si se reduce al mínimo el número de las obreras que aprovisionan el hormiguero, las reinas se quedarán sin alimento. Y le digo que un día veremos salir a las reinas del hormiguero en pleno verano y arrastrarse por sus propias patas en busca de comida... Entonces será el fin para todas...

—En cambio hay quien cree que soluciona algo ahuyéntadolas —y lanzó una ojeada hacia la casa de los Reginaudo descubriendo los dientes de acero en una risa sarcástica— ...y hay quien prefiere engordarlas... Es otro sistema, ¿no?

Yo no había entendido la segunda alusión.

—¿Quién? —pregunté— ¿Por qué las quieren engordar?

—¿No ha ido a verle el hombre de la hormiga?

¿De qué hombre hablaba?

—No sé —dije—, no creo...

—Irás a verle, puede estar tranquilo. Por lo general pasa los jueves, si no ha venido esta mañana vendrá por la tarde. ¡A dar un reconstituyente a las hormigas, ja, ja!

Sonreía para complacerlo, pero no tenía ganas de seguir nuevas pistas. Justamente porque había ido a verle a propósito, dije:

—Claro que un sistema mejor que el suyo es imposible... ¿le parece que podría probarlo en mi casa?...

—Tiene que decirme qué modelo prefiere —dijo Brauni y me llevó por el jardín para mostrarme otros inventos que yo no cono-

cía todavía. No conseguía acostumbrarme a la idea de que para realizar una operación tan sencilla como aplastar una hormiga, hubiera que desplegar tanto arte y constancia, pero comprendía que lo importante era hacerlo con método, sin interrupción, y eso me desalentaba porque me parecía que nadie podría igualar el terrible encarnizamiento de nuestro vecino.

—Quizá a nosotros nos vendría mejor alguno de los modelos más sencillos —dije, y Brauni resopló por la nariz, no sé si en señal de aprobación o de lástima por la modestia de mis ambiciones.

—Lo pensaré un poco —dijo—, le haré algunos esbozos.

No me quedaba más que darle las gracias y despedirme. Volví a saltar el seto; me parecía increíble no oír el crujido del pedregullo bajo los pies; mi casa, aun infestada como estaba, la sentía por primera vez mía de verdad, un lugar al que uno vuelve diciendo: por fin.

En casa el niño había comido insecticidas y mi mujer estaba desesperada.

—No tengas miedo, no son venenosos! —le dije en seguida.

Venenosos no, pero tampoco era bueno comerlos: nuestro hijo gritaba de dolor. Hubo que hacerlo vomitar, vomitó en la cocina que se llenó de nuevo las hormigas, y mi mujer acababa de limpiarla. Limpiamos el suelo, calmamos al niño, lo pusimos a dormir en la cesta que aislamos bien rodeándola de franjas de polvo insecticida, y cubriéndola con un mosquitero sujeto alrededor para que al despertarse no se levantara a comer otras porquerías.

Mi mujer había hecho la compra, pero no había conseguido salvar el cesto de las hormigas, y entonces hubo que lavar primero cada cosa, incluso las sardinas en aceite, el queso y sacar una por una las hormigas pegadas. Yo la ayudé, corté la leña, puse en funcionamiento la cocina económica, el tiro de la chimenea, y ella limpiaba la verdura. Pero no había manera de estar quietos en un lugar; a cada instante ella o yo saltábamos y “¡ay, que me pica!” teníamos que rascarnos y quitarnos las hormigas o meter los brazos y las piernas debajo del grifo. No sabíamos dónde poner la mesa: dentro de la casa atraeríamos más hormigas, afuera nos cubrirían en seguida. Comimos de pie, moviéndonos, y todo sabía a hormiga, en parte por las que habían quedado en los alimentos, en parte porque teníamos las manos impregnadas de aquel olor.

Después de comer di una vuelta por el terreno fumando un cigarrillo. De la casa de los Reginaudo llegaba un tintineo de cubiertos: me asomé y los vi todavía sentados a la mesa, debajo de una sombrilla, lustrosos y tranquilos, con servilletas a cuadros anudadas al cuello, saboreando un budín de crema y vasitos de un vinillo claro. Les deseé buen provecho y me convidaron. Pero yo veía alrededor de la mesa los sacos y los bidones de insecticidas, y todo cubierto de velos de polvos amarillos o blancuzcos y de estrías butiminosas, y me llegaban a las narices sólo aquellos olores de sustancias químicas. Dije que les agradecía pero que no me sentía con apetito, y era cierto. La radio de los Reginaudo sonaba, baja, y ellos canturreaban en falsete fingiendo un brindis.

Desde la escalerilla a la que me había subido para saludarlos veía también una parte del jardín de Brauni; el capitán habría terminado ya de comer: salía de la casa con el platillo y la taza de café, bebiendo a sorbos, y echaba ojeadas en torno, seguramente para ver si sus numerosos tormentos funcionaban y si la agonía de las hormigas continuaba con la habitual regularidad. Colgada entre dos árboles vi una hamaca blanca y comprendí que la ocupaba la huesuda y desagradable señora Aglaura, pero sólo le veía una muñeca y la mano que agitaba un abanico de varillas. Las cuerdas de la hamaca colgaban de un sistema de extrañas anillas, que sin duda constituían en cierto modo una defensa contra las hormigas o tal vez la hamaca no era sino una nueva trampa para hormigas y la mujer del capitán servía de cebo.

No quise hablar con los Reginaudo de mi visita a la casa de los Brauni, porque ya sabía que la comentarían con la suficiencia irónica que era habitual en las comparaciones recíprocas de nuestros vecinos. Me giré a mirar el jardín de la señora Mauro más arriba, y su casa allá en lo alto, coronada por el gallo giratorio de una veleta.

—Quién sabe si la señora Mauro no tendrá también hormigas... —dije.

Se ve que la alegría de los señores Reginaudo era durante las comidas más moderada, hecha de risitas muy suaves, porque se limitaron a decir:

—Je, je, je... las tendrá ella también... Je, je, je... las tendrá ella también... Claro que las tendrá...

Mi mujer me llamó a casa porque quería poner el colchón sobre la mesa y echarse a dormir un poco. Con el jergón en el suelo no se podía impedir que las hormigas subieran, en cambio bastaba aislar las cuatro patas de la mesa y al menos durante un tiempo las hormigas no llegarían. Mi mujer se tendió a descansar, yo salí con la idea de buscar a algunas personas que tal vez supieran informarme de algún trabajo, pero en realidad tenía ganas de moverme y de pensar en otra cosa.

Pero en la calle, los lugares me parecían diferentes de ayer: en cada huerto, en cada casa adivinaba las filas de hormigas que subían por las paredes, cubrían los árboles frutales, movían las antenas hacia cualquier cosa azucarada o grasa; y mis ojos ahora prevenidos descubrían en seguida los trastos que las gentes sacaban delante de las casas para sacudirlos porque las hormigas los habían invadido, y el pulverizador con insecticida en la mano de una vieja, y el platito de veneno y, aguzando la vista, la fila que avanzaba imperturbable a lo largo de la cornisa.

Y sin embargo éste seguía siendo el lugar ideal del tío Augusto: ¿qué podían importarle a él las hormigas? Descargaba sacos para este patrón o para aquél, comía en las mesas de las fondas, por las noches recorría los lugares donde había alegría y acordeones, dormía donde fuera, en cualquier sitio fresco y blando.

Mientras andaba, tratando de imaginarme que yo era el tío Augusto, de moverme como él, en una tarde así, por esas calles. Claro, ser como el tío Augusto quería decir ante todo serlo físicamente: es decir bajo y retacón, con brazos como de mono que se abrían en gestos siempre desproporcionados y se quedaban en el aire, piernas cortas que tropezaban al volverse a mirar a una mujer y una vocecita que, cuando se excitaba, repetía furiosamente las palabras del dialecto local, desentonando con su acento de otra región. En él cuerpo y alma eran todo uno; y hubiera querido verme, con mi pesadez y mis preocupaciones, imitando los gestos y las salidas del tío Augusto. Pero siempre podía imaginarme que era él: exclamar para mis adentros: "¡Jo, a pata suelta voy a dormir en ese pajar! ¡Jo, me voy a hinchar de morcilla y tintorro en la fonda!"; cuando veía pasar un gato, imaginar que le hacía una falsa caricia y le gritaba después: "¡Auuh!" para espantarlo; y a las camareras: "¡Je, je!, ¿necesita ayuda, señorita?". Pero no era un jue-

go divertido: cuanto más veía lo fácil que era para el tío Augusto vivir allí, mejor comprendía que él era diferente y que nunca hubiera soportado mis preocupaciones: una casa por instalar, un trabajo permanente que había que encontrar, un niño medio enfermo y una mujer que no se ríe nunca, y la cama y la cocina llena de hormigas.

Entré en la fonda donde ya habíamos estado y pregunté a la mujer de la blusa blanca si no habían venido los hombres con los que había hablado el día anterior. Estaba oscuro y fresco, tal vez allí no hubiera hormigas; me senté a esperar a los otros, como me aconsejó la mujer, y le pregunté, fingiendo desenvoltura:

—¿No tienen hormigas, aquí?

La mujer pasaba un trapo por el mostrador:

—Aquí la gente va y viene, nadie las ha notado.

—¿Pero y usted, que vive siempre aquí?

Se encogió de hombros:

—¿Una gorda como yo va a tener miedo de las hormigas?

A mí ese aire de esconder las hormigas como si fueran una vergüenza me irritaba cada vez más, e insistí:

—¿Pero no ponen veneno?

—El mejor veneno para la hormiga —dijo uno sentado a otra mesa que, recordé, era uno de los amigos del tío Augusto con quien había hablado la primera noche— es éste —y alzó el vaso y lo bebió de un trago.

Llegaron también los otros y quisieron que bebiese con ellos ya que no habían podido darme indicaciones sobre algún trabajo. Se habló otra vez del tío Augusto y uno preguntó:

—¿Y qué hace allá ese gran vagabundo? —Empleó la palabra *lingera* que además de vagabundo quiere decir malandrín y que justamente lo apreciaban mucho por *lingera*. A mí me molestaba un poco esta fama atribuida a un hombre que en el fondo era respetuoso y modesto, aun en su manera desordenada de vivir. Pero quizá eso formaba parte de la actitud de jactancia, de exageración propia de esa gente, y confusamente se me ocurrió que se relacionaba con las hormigas, que fingir que las rodeaba un mundo movido, de aventuras, era una manera de aislarse de los inconvenientes menudos. En mi caso el obstáculo para adoptar esa actitud —pensaba mientras volvía a casa— era mi mujer, siempre enemiga

de fantaseos. Y pensaba también cuánto había influido ella en mi vida, cómo era ya incapaz de emborracharme con palabras e ideas, porque en seguida se me presentaban su cara, su mirada, su presencia, que sin embargo me eran entrañables y necesarias.

Mi mujer salió a mi encuentro, con un aire un poco alarmado, y dijo:

—Oye, ha venido un aparejador.

Yo, que aún tenía en el oído el tono de superioridad de los fanfarrones de la fonda, dije casi sin escuchar:

—Eh, un aparejador, ahora, por un aparejador...

Y ella:

—Ha venido un aparejador a casa, a tomar medidas...

Yo no entendía y entré.

—Oh, ¿pero qué estás diciendo? ¡Si es el capitán!

Era el capitán que desenrollando un metro amarillo tomaba medidas para instalar sus trampas en nuestra casa. Le presenté a mi mujer y le agradecí su prontitud.

—Quería echar un vistazo a las posibilidades del ambiente —dijo—. Hay que hacerlo todo con criterios matemáticos —y midió inclusive la cesta donde dormía el niño, y lo despertó. Al pequeño le asustó el metro amarillo tendido encima de su cuerpo y se echó a llorar. Mi mujer quiso dormirlo de nuevo. El llanto del niño ponía nervioso al capitán, aunque yo tratase de distraerlo. Por suerte su mujer lo llamó y salió. La señora Aglaura, asomada por encima del seto, le hacía gestos con los brazos flacos y blancos, y gritaba:

—¡Ven! ¡Sí, ven! ¡Hay alguien! ¡Sí, el hombre de la hormiga!

Con una mirada y una sonrisa de labios apretados llena de intención, se disculpó por tener que volver en seguida a su casa.

—Ya vendrá aquí también —dijo, señalando el punto donde debía de estar el misterioso “hombre de la hormiga”—, ya verá... —y se fue.

Y no quería encontrarme frente a frente con el hombre de la hormiga sin saber bien quién era y qué venía a hacer. Fui hasta la escalerilla que daba al terreno de los Reginaudo; el vecino regresaba justo en ese momento; llevaba un traje blanco y el sombrero de paja y venía cargado de bolsitas y cajas. Le pregunté:

—Escúcheme: ¿el hombre de la hormiga ya pasó por la casa de ustedes?

—No sé —dijo Reginaudo—, vengo del pueblo, pero creo que sí porque veo melaza por todas partes. ¡Claudia!

La mujer se asomó y dijo:

—¡Sí, sí, pasará también por la casa de los Laureri, pero no creo que le servirá de algo!

Como si yo esperara algo. Pregunté:

—Pero a ese hombre, ¿quién lo manda?

—¿Y quién quiere que lo mande? —dijo Reginaudo— Es el hombre enviado por el Ente por la Lucha contra la Hormiga Argentina, el empleado que viene a poner melaza en todos los jardines de las casas. Esos platitos, ¿los ve?

Y la mujer:

—Melaza envenenada... —y soltó una risita como si se las supiera todas.

—¿Y las mata?

Mis preguntas eran un juego agotador; ya lo sabía: cada tanto parecía que todo estuviera a punto de resolverse y después volvían a empezar las complicaciones.

El señor Reginaudo meneó la cabeza como si yo hubiera dicho algo inconveniente.

—Pero no... Veneno en dosis mínimas, naturalmente... Melaza azucarada, las hormigas se vuelven locas por la melaza. Las obreras vuelven al hormiguero, alimentan con esas pequeñísimas dosis de veneno a las reinas que tarde o temprano morirán envenenadas.

No quise preguntar si, tarde o temprano, se morían de veras. Comprendí que el señor Reginaudo informaba sobre ese procedimiento con el tono de quien, personalmente, sostiene una teoría distinta, pero siente el deber de referir objetivamente y con respeto la opinión oficial de la autoridad. Su esposa, en cambio, con la intolerancia propia de las mujeres, no tenía empacho en manifestar su aversión por el sistema de la melaza, y subrayaba el discurso del marido con risitas malignas, con réplicas irónicas, actitud que a él en cierto modo debía de parecerle fuera de lugar o demasiado atrevido, porque trataba de hacerla callar y en todo caso de atenuar esa impresión de derrotismo, sin contradecirla del todo —tal vez

porque en privado él también se expresaba así, y peor todavía—, sino tratando de darle pequeños ejemplos de ecuanimidad, como:

—Bueno, ahora estás exagerando, Claudia... Es cierto que muy eficaz no es, pero puede servir... Y además lo hacen gratuitamente... Hay que esperar unos años antes de juzgar...

—¿Unos años? Hará veinte que ponen esa cosa, y cada año hay más hormigas.

El señor Reginaudo, en vez de desmentirla, prefirió desviar la conversación hacia otros méritos del Ente, y me explicó el sistema de los cajones de estiércol que los hombres de la hormiga dejaban en los jardines para que las reinas pusieran los huevos, y después pasaban a retirarlos y los quemaban. Comprendí que el tono del señor Reginaudo era el que convenía para explicar la cosa inclusive a mi mujer, suspicaz y pesimista por naturaleza, y una vez en casa le repetí las palabras del vecino, guardándome de elogiar el sistema por milagroso o en todo caso rápido, pero absteniéndome también de los irónicos comentarios de la señora Claudia. Elide es una de esas mujeres, que, por ejemplo en el tren, creen que los horarios, la distribución de los vagones, los requerimientos de los revisores, son todas cosas insensatas y mal hechas, sin ninguna justificación posible, pero que las aceptan con fatigado rencor; de modo que consideró absurda e irrisoria esta historia de la melaza —yo no pude contradecirla—, pero se dispuso a recibir la visita del hombre de la hormiga —que se llamaba, según supe, señor Baudino—, sin incomodarlo con protestas e inútiles peticiones de ayuda.

El hombre entró en nuestro terreno sin pedir permiso y ya lo teníamos delante mientras hablábamos de él lo que provocó una situación embarazosa. Era un hombrecito de unos cincuenta años, vestido con un traje negro raído y desteñido, una cara un poco de borrachín, el pelo todavía oscuro peinado con una raya infantil. Los párpados entrecerrados, la sonrisa levemente untuosa, una pigmentación rojiza alrededor de los ojos y en las aletas de la nariz preanunciaban la entonación estridente de la voz, como de cura, con una fuerte cadencia dialectal. Un movimiento nervioso le hacía latir las arrugas en las comisuras de la boca y de la nariz.

Si describo al señor Baudino con tantos detalles, es para tratar de definir la extraña impresión que nos causó, en realidad, nada extraña, porque nos pareció que entre mil personas habríamos adi-

vinado que el hombre de la hormiga era justamente él. Tenía manos gruesas y velludas: con una sostenía una especie de cafetera y con la otra una pila de platitos de terracota. Nos dijo que aplicaría la melaza y su voz traicionaba una indolente indiferencia burocrática: el modo mismo, blando y arrastrado, de pronunciar la palabra “melaza” bastaba para indicarnos con cuánta empedernida desconfianza y con cuánto desprecio por nuestras angustias cumplía este hombre su deber. Frente a él me di cuenta de que mi mujer eras la que daba ejemplo de calma mostrándole los puntos por donde pasaban más hormigas. En realidad, sólo con verlo moverse tan vacilante para repetir los pocos gestos necesarios y llenar uno por uno los platitos vertiendo la melaza de la cafetera y posarlos sin volcarlos, yo perdía la paciencia. Observándolo comprendí por qué me había hecho a primera vista aquella impresión: se parecía a una hormiga. No sé decir por qué, pero era seguro que se parecía: tal vez fuese el color negro opaco de su silueta, tal vez las proposiciones de su cuerpo pequeño y mal hecho, o el temblor de las comisuras de la boca que correspondía a la vibración continua de las antenas y las patitas de los insectos. Había sin embargo una característica de las hormigas que decididamente no tenía, y era la diligente prontitud que las mantiene siempre en movimiento; el señor Baudino se movía con lentitud y torpeza, y ahora con un pincelito impregnado de melaza nos embadurnaba la casa sin ton ni son.

Mientras yo seguía con creciente fastidio los movimientos del hombre, advertí que mi mujer no estaba conmigo; la busqué con la mirada y la vi en un ángulo del terreno donde el cerco de la casa de los Reginaudo se juntaba con la de los Brauni; asomadas a los respectivos cercos, la señora Claudia y la señora Aglaura conspiraban, y mi mujer, en medio, las escuchaba. Me acerqué a ellas, pues el señor Baudino se ocupaba en ese momento del recoveco que había detrás de la casa, donde podía embadurnar lo que quisiera sin necesidad de vigilancia, y escuché el sermón de la señora Brauni que se acompañaba con secos gestos angulosos:

—¡Ése, a lo que viene es a dar el reconstituyente a las hormigas! ¡Qué va a ser veneno, es un reconstituyente! —Y la señora Reginaudo, apoyándola, en tono un poco melifluo:

—El día en que no hubiera más hormigas, ¿adónde irían los funcionarios del Ente? Entonces ¿qué quiere que hagan, estimada señora?

—¡Las engordan, eso es lo que hacen! —concluyó con ira la señora Aglaura.

Mi mujer —ya que los discursos de las dos vecinas le estaban dirigidos— escuchaba silenciosa, pero la manera en que dilatava las aletas de la nariz y apretaba los labios me indicaba que la rabia, el sufrimiento por el engaño que debía soportar la estaban devorando. Y también yo, debo decirlo, me inclinaba a creer que no eran puras habladerías de mujeres.

—¿Y los cajones de estiércol para los huevos? —continuaba la señora Reginaudo—. Se los llevan, pero ¿usted cree que los queman? ¡Vamos!

Se oyó:

—¡Claudia! ¡Claudia! —la voz del marido, a quien seguramente las exageraciones de su mujer lo tenían sobre ascuas. La señora Reginaudo nos dejó con un “Disculpen” en el que vibraba una nota de desprecio por el conformismo del marido, y del lado opuesto me pareció oír como un eco, una especie de risotada sardónica, y vi por los senderos bien cubiertos de pedregullo al capitán Brauni que iba corrigiendo la inclinación de las trampas. A sus pies uno de los platitos de terracota que el señor Baudino acababa de llenar estaba volcado y roto, seguramente de un puntapié, váyase a saber si distraído o deliberado.

No sé qué clase de ataque preparaba mi mujer contra el hombre de la hormiga mientras regresábamos a casa, pero es probable que yo no hubiera hecho nada para contenerla, más bien, llegado el caso, la habría apoyado. Un vistazo alrededor y dentro de la casa nos bastó para comprobar que el señor Baudino había desaparecido; ya al llegar creímos oír chirriar y cerrarse el portoncito. Habría salido justo en ese momento, sin saludar, dejando a su zaga aquellas huellas de melaza pegajosa y rojiza que despedían un agradable olorcito dulzón, completamente distinto al de las hormigas pero que, no sabría decir cómo, tenía que ver con él.

Como nuestro hijo dormía, pensamos que era el momento apropiado para subir a la casa de la señora Mauro. Teníamos que verla para pedirle las llaves de un cuartucho y también en cierto

modo para hacerle una visita de cortesía. Pero nuestros verdaderos motivos para apresurar la visita eran la intención de transmitirle nuestra protesta por habernos alquilado una casa invadida por las hormigas sin habernos prevenido y, sobre todo, la curiosidad de ver cómo se defendía nuestra patrona de aquel flagelo.

La casa de la señora Mauro tenía un jardín más bien grande, en pendiente, con altas palmeras de amarillentas hojas en abanico. Un vial sinuoso conducía a un edificio rodeado de galerías vidriadas y tragaluces, y en lo alto del tejado un gallo oxidado giraba dificultosamente sobre su eje rechinando, en retraso con respecto a las hojas de las palmeras que se quejaban y murmuraban cada vez que se levantaba viento.

Mi mujer y yo subíamos por el vial y desde la balaustrada veíamos abajo la casita donde vivíamos, que todavía nos era tan poco familiar, y la maleza del terreno sin cultivar, y el jardincito de los Reginaudo que parecía el patio de un depósito, y el de los Brauni con su compostura como de cementerio, y en ese momento podíamos olvidar que eran lugares negros de hormigas, podíamos verlos como hubieran sido sin aquel tormento que no era posible evitar ni siquiera un instante, a esa distancia podían parecer un paraíso, pero cuanto más los mirábamos desde arriba, mayor era la compasión que sentíamos por nuestra vida allí abajo, como si viviendo en aquel mezquino, ínfimo horizonte, no pudiéramos sino seguir luchando contra problemas ínfimos y mezquinos.

La señora Mauro era vieja, flaca y alta; nos recibió en una habitación en sombras, sentada en una silla de alto respaldo, junto a una mesita que se abría y contenía lo necesario para coser y escribir. Llevaba un vestido negro, con sólo un cuello blanco de hombre; tenía la cara flaca ligeramente empolvada y un peinado severo. Nos tendió en seguida la llave que el día antes nos había prometido, pero no nos preguntó si nos sentíamos a gusto en la casa, y esto —nos pareció— era señal de que esperaba nuestras quejas.

—Pero las hormigas que hay abajo, señora... —dijo mi mujer, con un tono que esta vez hubiera preferido menos humilde y resignado. Aunque fuese dura y a menudo agresiva, a veces se dejaba dominar por la timidez y en esos momentos me contagia su malestar.

Para apoyarla y reforzando el tono resentido, dije:

—Usted nos ha alquilado una casa, señora, que, si hubiéramos sabido de antemano toda esta historia de las hormigas, se lo digo francamente... —y ahí corté, pensando que había sido bastante claro.

La señora ni siquiera alzó la mirada.

—La casa estuvo deshabitada durante mucho tiempo —dijo—. Es lógico que haya alguna hormiga argentina, las hay en todas partes... allí donde no se limpia bien. Usted —me dijo— me ha tenido colgada cuatro meses antes de darme respuesta. Si hubiera venido en seguida, ahora no habría hormigas.

Nosotros mirábamos la habitación casi a oscuras, con los cortinajes corridos y las persianas entornadas, las altas paredes revestidas de tapices antiguos, los oscuros muebles tallados, sobre los cuales, jarras y teteras de plata lanzaban breves centelleos, y nos parecía que aquella oscuridad, aquella pesada decoración, servían para esconder la presencia de ríos de hormigas que seguramente recorrían la vieja casa desde los cimientos hasta el tejado.

—¿Por qué usted, aquí —dijo mi mujer en tono insinuante, casi irónico—, no tiene hormigas?

La señora Mauro apretó los labios:

—No —dijo, tajante. Y después, como comprendiendo que no podíamos creerle, explicó—: Aquí lo tenemos todo como un espejo. Apenas entra una hormiga del jardín y la vemos, tomamos las medidas del caso.

—¿Cuáles? —preguntamos en seguida a un tiempo mi mujer y yo, y ahora lo único que sentíamos era esperanza y curiosidad.

—Así —dijo la señora, encogiéndose de hombros—, las barre-mos fuera con la escoba.

En ese momento notamos en su expresión de estudiada impasibilidad, algo como la tensión de un dolor físico que, allí sentada, desplazaba vivamente su peso hacia un lado, arqueando la cintura. Si no fuera por el contraste con las afirmaciones que salían de su boca, hubiera jurado que una hormiga argentina, metida debajo de su ropa, la había picado; una o varias, que se paseaban por su cuerpo y la picaban, porque aunque se esforzara por no moverse de la silla, se veía claramente que no conseguía estar quieta y compuesta como antes, sino muy tensa, mientras se le dibujaba en la cara el gesto de un sufrimiento cada vez más agudo.

—Pero nosotros tenemos ese terreno negro de hormigas —dijo rápidamente— y por limpia que mantengamos la casa, entrarán siempre a miles...

—Es lógico —dijo la señora, y su mano delgada apretaba el brazo del sillón—, es lógico, el terreno está sin cultivar, y en los lugares sin cultivo se crían millones de hormigas. Mi proyecto era limpiar el terreno hace cuatro meses. Usted me hizo esperar y ahora sufre las consecuencias, y no sólo usted, sino todos, porque las hormigas se propagan...

—¿Se propagan también aquí, en su casa? —preguntó mi mujer casi sonriendo.

—¡Aquí no! —exclamó pálida la señora Mauro, y siempre con la diestra aferrada al brazo del sillón, con un pequeño movimiento rotatorio del hombro se frotaba el codo contra el costado.

A mí se me ocurría que la oscuridad, la decoración, la amplitud de las habitaciones y el carácter orgulloso eran las defensas que tenía aquella mujer contra las hormigas, las razones por las cuales era frente a ellas más fuerte que nosotros, pero que todo lo que veíamos alrededor, empezando por ella misma allí sentada, estaba roído por hormigas aún más implacables que las nuestras, casi una especie de termitas africanas que destruían todas las cosas dejando su envoltura, y que de aquella casa sólo quedaba la tapicería desteñida, el paño casi pulverizado de los cortinajes, todo a punto de hacerse pedazos delante de nuestros ojos.

—Justamente, nosotros veníamos a preguntarle si podía darnos algún consejo para librarnos de esta plaga... —dijo mi mujer, que había recobrado una actitud totalmente desenvuelta.

—Mantener la casa limpia y trabajar la tierra. No hay otro remedio. El trabajo: sólo el trabajo —y se puso de pie, y la decisión de despedirnos se añadió a una sacudida instintiva de su cuerpo, que ya no podía estar quieto. Se recompuso, y por su cara pálida pasó como una sombra de alivio.

Bajábamos por el jardín y mi mujer dijo:

—Esperemos que no se haya despertado.

Yo también estaba pensando en el niño. Lo oímos llorar aun antes de llegar a casa. Corrimos, lo alzamos en brazos, tratamos de calmarlo, pero seguía llorando fuerte, chillando. Le había entrado una hormiga en un oído: tardamos un poco antes de darnos

cuenta, porque lloraba desesperadamente y no daba a entender qué le pasaba. Mi mujer lo dijo en seguida:

—¡Tienen que haber sido las hormigas! —pero yo no entendía por qué seguía llorando así, cuando no le encontrábamos ninguna hormiga ni señas de picaduras o de irritación, y lo habíamos desnudado y mirado bien por todas partes.

Sin embargo, encontré algunas en la cesta; y pensar que creía haberla aislado bien, pero no habíamos reparado en las pinceladas de melaza del hombre-hormiga: el caso es que una de las torpes rayas trazadas por el señor Baudino parecía hecha a propósito para atraer a aquellos bichos y hacerlos subir hasta la cuna del niño.

El llanto del niño y los gritos de mi mujer atrajeron a las vecinas: la señora Reginaudo, que nos fue realmente útil y bastante amable, la señora Brauni que, hay que reconocerlo, hizo también todo lo que pudo por ayudarnos, y otras pobres mujeres que hasta entonces no habíamos visto. Todas se afanaban en dar consejos: verterle aceite en la oreja, mantenerle la boca abierta, sonarle la nariz y no sé cuántas cosas más. Gritaban y terminaban por ser más un estorbo que una ayuda, aunque al principio nos hubieran dado ánimo, y su manera de agitarse alrededor del niño servía sobre todo para acentuar el rencor general contra el hombre de la hormiga. Mi mujer había gritado a los cuatro vientos que él, Baudino, era el culpable; y las vecinas estaban de acuerdo en que aquel hombre merecía que le cantaran las cuarenta de una vez por todas, y que era él quien hacía todo lo posible para que la hormiga se desarrollara bien, a fin de no perder su empleo, y que era muy capaz de haberlo hecho a propósito, porque ya se sabe que estaba siempre del lado de la hormiga, y no del de los cristianos. Exageraciones, claro está, pero en aquella agitación, con el niño llorando, me uní a ellas yo también y, si hubiera tenido en ese mismo momento entre mis manos al señor Baudino, no sé que le hubiera hecho.

La hormiguita salió con el aceite tibio; el niño, medio aturdido de tanto llorar, tomó un juguete de celuloide y lo agitó y chupó, decidido a olvidarnos. Yo sentía la misma necesidad que él: quedarme solo y aflojar los nervios, pero entre las mujeres continuaba la diatriba contra Baudino, y decían a Elide que probablemente estaba allí cerca en un lugar donde tenía sus enseres, y Elide:

cuenta, porque lloraba desesperadamente y no daba a entender qué le pasaba. Mi mujer lo dijo en seguida:

—¡Tienen que haber sido las hormigas! —pero yo no entendía por qué seguía llorando así, cuando no le encontrábamos ninguna hormiga ni señas de picaduras o de irritación, y lo habíamos desnudado y mirado bien por todas partes.

Sin embargo, encontré algunas en la cesta; y pensar que creía haberla aislado bien, pero no habíamos reparado en las pinceladas de melaza del hombre-hormiga: el caso es que una de las torpes rayas trazadas por el señor Baudino parecía hecha a propósito para atraer a aquellos bichos y hacerlos subir hasta la cuna del niño.

El llanto del niño y los gritos de mi mujer atrajeron a las vecinas: la señora Reginaudo, que nos fue realmente útil y bastante amable, la señora Brauni que, hay que reconocerlo, hizo también todo lo que pudo por ayudarnos, y otras pobres mujeres que hasta entonces no habíamos visto. Todas se afanaban en dar consejos: verterle aceite en la oreja, mantenerle la boca abierta, sonarle la nariz y no sé cuántas cosas más. Gritaban y terminaban por ser más un estorbo que una ayuda, aunque al principio nos hubieran dado ánimo, y su manera de agitarse alrededor del niño servía sobre todo para acentuar el rencor general contra el hombre de la hormiga. Mi mujer había gritado a los cuatro vientos que él, Baudino, era el culpable; y las vecinas estaban de acuerdo en que aquel hombre merecía que le cantaran las cuarenta de una vez por todas, y que era él quien hacía todo lo posible para que la hormiga se desarrollara bien, a fin de no perder su empleo, y que era muy capaz de haberlo hecho a propósito, porque ya se sabe que estaba siempre del lado de la hormiga, y no del de los cristianos. Exageraciones, claro está, pero en aquella agitación, con el niño llorando, me uní a ellas yo también y, si hubiera tenido en ese mismo momento entre mis manos al señor Baudino, no sé que le hubiera hecho.

La hormiguita salió con el aceite tibio; el niño, medio aturdido de tanto llorar, tomó un juguete de celuloide y lo agitó y chupó, decidido a olvidarnos. Yo sentía la misma necesidad que él: quedarme solo y aflojar los nervios, pero entre las mujeres continuaba la diatriba contra Baudino, y decían a Elide que probablemente estaba allí cerca en un lugar donde tenía sus enseres, y Elide:

—Ah, yo voy allá, claro que sí, voy a darle su merecido.

Entonces se formó un pequeño cortejo, con Elide a la cabeza, yo naturalmente a su lado, aunque sin pronunciarme sobre la utilidad de la empresa, otras mujeres que incitaban a la mía, siguiéndola y por momentos adelantándosele para mostrarle el camino. La señora Claudia se ofreció a quedarse con el niño, y nos despidió desde la puerta; advertí después que la señora Aglaura tampoco venía con nosotros, y sin embargo se había manifestado como una de las enemigas más encarnizadas de Baudino, pero nos acompañaba un pequeño grupo de mujercitas desconocidas. Avanzábamos ahora por una especie de calle-patio, flanqueada de chabolas de madera, gallineros y huertos medio llenos de desperdicios. Algunas de aquellas mujeres, después de haber hablado tanto, al pasar por sus casas se detenían en el umbral, nos indicaban con gran vehemencia dónde teníamos que ir y entraban llamando a los niños sucios que jugaban echados en el suelo, o iban a dar de comer a las gallinas. Sólo un par de mujeres nos siguieron hasta el local de Baudino, pero cuando, a los golpes de Elide, se abrió la puerta, resultó que entramos solos ella y yo, aunque sentíamos que nos seguían las miradas de las mujeres desde las ventanas o los gallineros, o que pasaban por allí delante barriendo, y era como si siguieran incitándonos, pero en voz muy baja y sin correr ningún riesgo.

El hombre de la hormiga estaba en el centro del cuchitril, una barraca semidestruida y, en uno de los tabiques que quedaban en pie, había pegado un cartel amarillento que decía con grandes caracteres: ENTE PARA LA LUCHA CONTRA LA HORMIGA ARGENTINA, y alrededor había pilas de platitos para la melaza, y cajas de tarritos de todo tipo, el conjunto en una especie de basural lleno de envoltorios de espinazos de pescado y otros desechos, tanto que en seguida se le antojaba a uno la idea de que aquélla era la gran fuente de todas las hormigas de la zona. El señor Baudino estaba frente a nosotros, con una irritante semisonrisa interrogativa que mostraba los huecos de su dentadura.

—¡Usted —lo agredió mi mujer, recobrándose tras un instante de vacilación—, debería avergonzarse! ¡Porque viene a casa y ensucia por todas partes y al niño la hormiga en la oreja se la hizo entrar usted, con su melaza!

Le acercaba las manos a la cara, y el señor Baudino, sin abandonar su deteriorada sonrisa, hacía movimientos de animal salvaje para reservarse una salida, y entretanto se encogía de hombros y echaba miradas y guiños a su alrededor —destinados a mí, porque no había nadie más a la vista— como diciendo: “Es tonta”, pero su voz sólo enunciaba desmentidos blandos y generales, como:

—No..., no... Qué dice.

—¡Porque todos dicen que es usted el que, en vez de envenenar a las hormigas, les da un reconstituyente! —gritaba mi mujer, y él se deslizó por la pequeña puerta a la calle-patio, y mi mujer lo seguía, insultándolo.

Ahora, los encogimientos de hombros y las ojeadas del señor Baudino iban destinadas a las mujeres de las chabolas de alrededor, y me pareció que ellas hacían una especie de doble juego imperceptible, aceptando que él las tomara como testigos de que mi mujer decía tonterías, y cuando, en cambio, a quien miraban era a mi mujer, la incitaban con cabeceos enérgicos y con los movimientos de las escobas a seguir encarnizándose con el hombre de la hormiga. Yo no me metía, ¿y qué hubiera podido hacer? Desde luego, no iba a cargar yo también contra aquel hombrecito furtivo y ponerle las manos encima, ya bastante grande era el cólera de mi mujer contra él, y tampoco me parecía el caso de moderarla, porque no quería asumir la defensa de Baudino. Hasta que mi mujer en un nuevo acceso de cólera, gritando:

—¡Usted le ha hecho daño a mi hijo! —le aferró por el cuello y le sacudió. Yo estaba por lanzarme a separarlos, pero él no la tocó, giró sobre sí mismo con movimientos cada vez más parecidos a los de las hormigas, hasta que consiguió escapar con torpes pasos rápidos y después se descompuso y se alejó, siempre encogiéndose de hombros y murmurando frases como:

—Pero qué cosas... Pero quién es... —y haciendo un gesto como para dar a entender: “Es tonta”, siempre en dirección al público de las chabolas.

Público del cual, en el momento en que mi mujer se había abalanzado contra Baudino, se había alzado un rumor fuerte, aunque confuso, que se había acallado apenas el hombre se había liberado y que ahora se recomponía en las frases que le espetaban, frases no tanto de protesta y amenaza, sino más bien quejas, casi

pidiendo compasión, pero gritadas como si fueran orgullosas proclamaciones:

—A nosotros las hormigas nos comen vivos... Hormigas en la cama, hormigas en el plato, todos los días, todas las nocheces... Ya teníamos poco que comer y hemos de darles de comer a ellaas...

Yo había tomado del brazo a mi mujer, que seguía sacudiéndose de vez en cuando y gritando:

—¡Pero esto no va a quedar así! ¡Sabemos quién nos hace el cuento! ¡Sabemos a quién tenemos que dar las gracias! —y otras frases amenazadoras que no tenían eco porque, a nuestro paso, las ventanas y las puertas de las chabolas se cerraban y los habitantes reanudaban sus míseras vidas junto a las hormigas.

Fue pues un triste regreso, y era previsible. Pero lo que sobre todo me disgustaba era haber visto cómo se habían comportado aquellas mujeres. Y me dieron tanto fastidio los que andaban llo-riqueando por las hormigas que nunca más volvería a hacerlo, y me venían ganas de encerrarme en un orgullo doloroso como el de la señora Mauro, pero ella era rica y nosotros pobres y no encontraba la vuelta, la manera de seguir viviendo en aquel lugar, y me parecía que ninguna de las personas que conocía y que hasta poco antes me habían parecido tan superiores la hubiera encontrado o estuviera por encontrarla.

Estábamos delante de la casa: el niño chupaba su juguete, mi mujer se había sentado en una silla, yo miraba el campo infestado, los setos, y una nube de polvo insecticida que subía del jardín del señor Reginaudo, y a la derecha la sombra silenciosa del jardín del capitán, con el continuo goteo de las víctimas. Ése era el lugar donde yo tenía que vivir. Llamé a mi mujer y al niño y dije:

—Vamos a dar una vuelta, vamos hasta el mar.

Caía la tarde. Íbamos por viales y calles en escalera. El sol daba sobre un ángulo de la ciudad vieja, de piedra gris y porosa, con marcos pintados de cal rodeando las ventanas y los techos verdes de hierba. Tierra adentro, la ciudad se abría en abanico, se ondulaba en laderas de colinas, y de una a otra ladera el espacio estaba a esa hora lleno de aire límpido, color cobre. Nuestro hijo se volvía asombrado a mirar cada cosa y nosotros participábamos de su maravilla, y era una manera de acercarse nuevamente al suave sabor

que tiene por momentos la vida y de aguerrirse para afrontar el paso de los días.

Nos cruzábamos con mujeres viejas que llevaban en equilibrio sobre la cabeza grandes cestas posadas en un cerquillo, caminando con el torso inmóvil y erguido sobre la cintura, los ojos bajos, y desde un jardín de monjas, un grupo de jóvenes costureras corrió hasta una balaustrada para ver un sapo en un estanque; dijeron: “¡Oh, qué angustia!”, y detrás de una puerta, bajo una glicina, unas niñas vestidas de blanco, hacían jugar a un ciego con una pelota playera; y un muchacho medio desnudo y con barba, el pelo hasta los hombros, con una caña en forma de horqueta arrancaba higos de tuna de una vieja planta erizada de espinas blancas y largas; y los niños de una casa rica, tristes y gafudos, hacían pompas de jabón en una ventana; y era la hora en que llaman a los viejos de vuelta al asilo y subían por aquellas escaleras uno tras otro, con bastón y sombrero de paja, hablando cada uno para sí; y entonces de los dos obreros de la telefónica el que sujetaba la escalera dijo al que estaba a contraluz, a la altura de los cables:

—Baja, es la hora, terminaremos mañana.

Llegamos al puerto y allí estaba el mar. Había una fila de palmeras y bancos de piedra: mi mujer y yo nos sentamos, y el niño estaba tranquilo. Mi mujer dijo:

—Aquí no hay hormigas.

Yo dije:

—Y hace un fresco agradable: se está bien.

El mar subía y bajaba contra la escollera, moviendo las barcas de pesca que llaman *gozzi*, y hombres de piel oscura las llenaban de redes rojas y de nasas para la pesca nocturna. El agua estaba calma, con sólo un continuo cambio de colores, azul y negro, más oscura cuanto más lejana. Yo pensaba en las distancias de agua como ésa, en los infinitos granos de fina arena del fondo, allí donde la corriente deposita blancas conchas vacías, pulidas por las olas.

UNA CENA MUY ORIGINAL

FERNANDO PESSOA*

Dime lo que comes y te diré quién eres.
Alguien

I

Fue durante la decimoquinta sesión anual de la Sociedad Gastronómica de Berlín cuando el presidente, Herr Prosit, hizo a sus miembros la famosa invitación. La sesión era por supuesto un banquete. A los postres se había engendrado una enorme discusión sobre la originalidad en el arte culinario. La época era mala para todas las artes. Estaba en decadencia la originalidad. También en la gastronomía había decadencia y debilidad. Todos los productos de la *cuisine* que se llamaban “nuevos” no eran más que variantes de datos ya conocidos. Una salsa diferente, un modo levemente distinto de condimentar o sazonar —así se distinguía el plato más reciente del que existía antes—. No había verdaderas novedades. Había tan sólo innovaciones. Todas estas cosas se lamentaron durante el banquete con clamor unánime, en variados tonos y con diversos grados de vehemencia.

Si bien había en la discusión calor y convicción, se hallaba entre nosotros un hombre que, aunque no era el único que estaba en silencio, sí era, sin embargo, el único cuyo silencio se hacía notar, pues de él, más que de todos, sería de esperar que interviniese. Este hombre era, evidentemente, Herr Prosit, que presidía la Sociedad y esta reunión. Herr Prosit fue el único que no mostró in-

* Fernando Pessoa, portugués (1888-1935). Autor de *El banquero anarquista*, *El libro del desasosiego* y *Sobre literatura y arte*, entre otros ensayos, diarios y poemas.

terés por la discusión; su actitud no implicaba desatención, sino sólo el deseo de guardar silencio. Se echaba de menos la autoridad de su voz. Estaba pensativo, él, Prosit; estaba callado —él, Prosit; estaba serio—, él Wilhelm Prosit, presidente de la Sociedad Gastronómica.

El silencio de Herr Prosit fue, para la mayoría de los hombres, algo extraño. Parecía (valga la comparación) una tempestad. El silencio no era su esencia. Permanecer callado no era su naturaleza. Y, tal como una tempestad (para mantener la comparación), si alguna vez guardaba silencio, era un descanso y un preludio de una explosión mayor que todas. Ésta era la opinión que había sobre él.

El Presidente era un hombre notable bajo numerosos aspectos. Era un hombre alegre y sociable, pero siempre con una vivacidad anormal, con un comportamiento ruidoso que parecía revelar una disposición permanentemente antinatural. Su sociabilidad parecía patológica; su ingenio y sus bromas, aunque no parecían en modo alguno forzados, parecían empujados desde dentro por una facultad del espíritu que no era la facultad del ingenio. Su amor parecía falso, su agitación naturalmente postiza.

En compañía de los amigos —y tenía muchos— mantenía una corriente constante de diversión, todo él era alegría y risa. Sin embargo, es de notar que este hombre extraño no revelaba en los rasgos habituales del rostro una expresión de diversión o alegría. Cuando dejaba de reír, cuando se olvidaba de sonreír, parecía caer por el contraste que el rostro traicionaba, en una seriedad que no era natural, algo hermanada con el dolor.

Si ello era debido a una fundamental infelicidad de su carácter, o a un disgusto de su vida pasada, o a cualquier otra enfermedad del espíritu, yo, que cuento esto, no sabría decirlo. Además, esta contradicción de su carácter, o, por lo menos, de sus manifestaciones, no las notaba más que el observador atento, los demás no las veían, ni había necesidad de que lo hicieran.

Así como de una noche de tormentas, que se siguen unas a otras con intervalos, un testigo dice que toda la noche fue una noche de tormenta, olvidando las pausas entre los períodos de violencia y clasificando la noche por la característica que más le impresionó, del mismo modo, siguiendo una tendencia de la

humanidad, se decía que Prosit era un hombre alegre, porque lo que más llamaba la atención en él era el ruido que hacía al manifestar su buen humor, el estrépito de su alegría. En la tormenta, el testigo olvida el profundo silencio de las pausas. En este hombre olvidábamos fácilmente, ante su risa salvaje, el silencio triste, el peso taciturno de los intervalos de su naturaleza social.

El rostro del Presidente, lo repito, poseía también, y traicionaba, esta contradicción. Le faltaba imaginación a aquel rostro que reía. Su perpetua sonrisa parecía la mueca grotesca de aquéllos en cuyo rostro da el sol; en aquéllos, la contracción natural de los músculos ante una luz fuerte; en *éste*, una expresión perpetua, extremadamente antinatural y grotesca.

Se comentaba (entre quienes sabían cómo era) que había escogido una vida animada para escapar a una enfermedad de los nervios o, como mucho, a una morbosidad familiar, pues era hijo de un epiléptico y tenía como antepasados, por no mencionar a muchos libertinos ultra extravagantes, a varios neuróticos inconfundibles. Quizá él mismo fuese un enfermo de los nervios. Pero de esto no hablo con ninguna seguridad.

Lo que puedo presentar como verdad indudable es que a Prosit lo trajo a la sociedad de que estoy hablando un joven oficial, también amigo mío y un tipo divertido, que lo había descubierto por ahí, habiéndole parecido muy graciosas algunas de sus bromas.

Esta sociedad —en la que Prosit se movía— era, a decir verdad, una de esas dudosas sociedades marginales, que no son raras, formadas por elementos de clases altas y bajas en una curiosa síntesis comparable a una transformación química, pues muchas veces tienen un carácter nuevo, propio, diferente del de sus elementos. Ésta era una sociedad cuyas *artes* —tienen que llamarse *artes*— eran comer, beber y hacer el amor. Era *artística*, sin duda. Era grosera, aún con menos duda. Y reunía estas cosas sin disonancia.

De este grupo de personas, socialmente útiles, humanamente nada, era Prosit el jefe, porque era el más grosero de todos. Es obvio que no puedo entrar en la psicología, simple pero intrincada, de este caso. No puedo explicar aquí la razón que había conducido a escoger al jefe de esta sociedad entre su camada inferior: A lo largo de toda la literatura se ha gastado mucha sutileza, mucha intuición, en casos como éste. Son manifiestamente patológicos.

Poe, creyendo que se reducen a uno solo, dio a los complejos sentimientos que los inspiran el nombre general de *perversidad*. Pero estoy contando este caso, y no otros. El elemento femenino de la sociedad provenía, hablando en términos convencionales, de abajo; el elemento masculino, de arriba. El pilar de esta combinación, el guión de este compuesto —o mejor dicho, el agente catalizador de esta transformación química, era mi amigo Prosit. Los centros, los lugares de reunión de la sociedad eran dos: un determinado restaurante o el respetable hotel X, según fuese la fiesta una orgía vacía de ideas, o una sesión casta, masculina, artística, de la Sociedad Gastronómica de Berlín. En cuanto a la primera, es imposible intentar describirla; no es siquiera posible una sugerencia que no raye en la indecencia.

Creo que era sobre todo debido a esto por lo que anormalmente; su influencia rebajaba el designio de los más bajos deseos de sus amigos. En cuanto a la Sociedad Gastronómica, ésa era mejor; representaba el lado espiritual de las aspiraciones concretas de aquel grupo.

Acabo de decir que Prosit era grosero. Es verdad: era grosero. Su exuberancia era grosera, su humor se manifestaba groseramente. Informo de todo ello con cuidado. No escribo una alabanza ni una calumnia. Estoy describiendo un personaje lo más rigurosamente que puedo. Tal como lo permite la visión de mi espíritu, sigo las huellas de la verdad.

Pero Prosit era grosero, de eso no hay duda. Pues incluso en la sociedad en la que, por estar en contacto con elementos socialmente elevados, se veía a veces forzado a vivir, no perdía mucho de su brutalidad innata. Se entregaba a ella semiconscientemente. Sus bromas no siempre eran inofensivas o agradables; eran casi todas groseras, si bien que, para los que eran capaces de apreciar lo esencial de tales exhibiciones, fuesen lo bastante divertidas, lo bastante ingeniosas, lo bastante bien imaginadas.

El mejor aspecto de esta falta de educación era su carácter impulsivo, su ardor. Pues el Presidente se empeñaba con ardor en todas las cosas en las que se metía, especialmente en empresas culinarias y líos amorosos; en las primeras era un poeta del sabor, con una imaginación que aumentaba día a día; en los otros, la bajeza de carácter se revelaba siempre en su aspecto más horrible.

Con todo, no podía dudarse de su ardor ni de la impulsividad de su alegría. Arrastraba a los demás por la violencia de su energía, les insuflaba ardor, les fortalecía los impulsos sin darse cuenta de que lo hacía. Pero su ardor era para sí mismo, era una necesidad orgánica; no tenía por objeto una relación con el mundo exterior. Es verdad que este ardor no se aguantaba mucho tiempo; pero, mientras duraba, su influencia era un ejemplo, aunque inconsciente, era inmensa.

Pero nótese que, si el Presidente era ardiente, impulsivo, grosero y rudo en el fondo, era, con todo, un hombre que nunca se enfadaba. Nunca. Nadie conseguía enfurecerlo. Además, de eso, siempre estaba dispuesto a agradar, siempre pronto a evitar una discusión. Parecía estar siempre deseoso de que todo el mundo se llevase bien con él. Era curioso observar cómo reprimía su ira, cómo la dominaba con una firmeza que nadie creería que existiese en él, mucho menos que nadie creería que existiese en él, mucho menos quien lo conocía como impulsivo y ardiente, sus amigos más íntimos.

Creo que era sobre todo debido a esto por lo que Prosit era tan apreciado. De hecho, quizá teniendo en cuenta que era grosero, brutal, impulsivo, pero que nunca se portaba con brutalidad por razones de furia o agresividad, nunca era impulsivo por enfado; quizá nosotros, teniendo todo esto en cuenta inconscientemente, basáramos en ello su amistad. Además, estaba el hecho de que siempre se hallaba dispuesto a agradar y a ser amable. En cuanto a su grosería, entre hombres eso tenía poca importancia, pues el Presidente era un buen compañero.

Es obvio, por lo tanto, y ahora, que el atractivo (por así decirlo) de Prosit residía en esto: no era susceptible a la ira, deseaba sinceramente agradar, había una fascinación especial en su exuberancia grosera, quizá incluso, en última instancia, también en la intuición inconsciente del leve enigma que él mismo era.

¡Basta! Mi análisis de la figura de Prosit, quizá excesiva en detalles, es con todo deficiente; porque, según creo, le faltan o han quedado sin relieve los elementos que permiten una síntesis final. Me aventuré en dominios que superan mi capacidad, que no iguala la claridad del deseo. Por eso no diré más.

Con todo, una cosa permanece en la superficie de todo lo que he dicho: el aspecto externo del personaje del Presidente. Queda

claro que, sean cuales fueren los designios imaginables, Herr Prosit era un hombre alegre, un tipo extraño, un hombre habitualmente alegre, que impresionaba a los demás hombres con su alegría, un hombre prominente en su sociedad, un hombre que tenía muchos amigos. Como daban el tono de la sociedad de hombres en que vivía, es decir, como creaban ambiente, sus tendencias groseras desaparecían por ser excesivamente obvias, pasaban gradualmente al dominio del inconsciente, no se notaban, terminaban por ser imperceptibles.

La cena había llegado a su fin. La conversación aumentaba, en el número de los que hablaban, en el ruido de sus voces combinadas, discordantes, entremezcladas. Prosit seguía callado. El principal orador, el Capitán Greiwe discursaba líricamente. Insistía en la falta de imaginación (así la llamaba) improductiva de los modernos platos. Se entusiasmó. En el arte de la gastronomía, observó, eran siempre necesarios nuevos platos. Era estrecha su manera de ver, restringida al arte que conocía. Argumentó de manera equivocada, dio a entender que sólo en la gastronomía tenía valor dominante la novedad. Y esto puede haber sido una forma sutil de decir que la gastronomía era la única ciencia y el único arte.

—¡Bendito arte —gritó el Capitán—, cuyo conservadurismo es una revolución permanente! De éste podría decir —continuo— lo que Schopenhauer dice del mundo, que se mantiene por su propia destrucción.

—Y usted, Prosit —dijo un miembro que estaba sentado en la extremidad de la mesa, al notar el silencio de Prosit—. ¡Usted, Prosit, no ha dado aún su opinión! ¡Diga usted algo, hombre! ¿Está distraído? ¿Está melancólico? ¿Está enfermo?

Todo el mundo miró al Presidente. El Presidente les sonrió a su manera habitual, maliciosa, misteriosa, medio sin humor. Pero esta sonrisa tenía un significado: prenunció de algún modo la extrañeza de las palabras del Presidente.

El Presidente rompió el silencio que se había hecho para la respuesta que se aguardaba.

—Tengo una propuesta que hacer, una invitación —dijo—. ¿Me conceden su atención? ¿Puedo hablar?

Cuando dijo esto, el silencio pareció hacerse más profundo. Todos los ojos se volvieron hacia él. Todas las acciones y gestos

se pararon en donde estaban, porque la atención se extendió a todos.

—Señores —empezó Herr Prosit—, voy a invitarlos a una cena. Afirmino que nunca habrán ido a ninguna semejante. Mi invitación es simultáneamente un desafío. Después lo explicaré.

Hubo una ligera pausa. Nadie se movió, excepto Prosit, que apuró un vaso de vino.

—Señores —repitió el Presidente, de una forma elocuentemente directa—, mi desafío a cualquier hombre reside en el hecho de que dentro de diez días daré un nuevo género de cena, *una cena muy original*. Considérense invitados.

Murmullos pidiendo una explicación, preguntas, llovieron de todas partes. ¿Por qué ese género de invitación? ¿Qué había querido decir? ¿Qué había propuesto? ¿Por qué esa oscuridad de expresión? Hablando claramente, ¿cuál había sido el desafío que había hecho?

—En mi casa —dijo Prosit—, en la plaza.

—Bien.

—¿Va a trasladar a su casa el lugar de reunión de la sociedad? —preguntó un miembro.

—No; es sólo para esta ocasión.

—¿Y va a ser algo así tan original, Prosit? —preguntó obstinadamente un miembro, que era curioso.

—Muy original. Una novedad absoluta.

—¡Bravo!

—La originalidad de la cena —dijo el Presidente, como quien habla después de reflexionar— no está en lo que tiene o parece, sino en lo que significa, en lo que contiene. Desafío a cualquier hombre de los que aquí están (y, para el caso, podría decir cualquier hombre en cualquier parte) a que diga, después de terminada, en qué es original. Les aseguro que nadie lo adivinará. Éste es mi desafío. Quizá hayan pensado que era que ninguno de ustedes podría dar un banquete más original. Pero no, no es eso; es lo que he dicho. Como ven, es mucho más original. Es más original de lo que pueden esperar.

—¿Podemos saber? —preguntó un miembro— el motivo de su invitación?

—Me obligaron a ello —explicó Prosit, y había una expresión sarcástica en su mirada decidida— por una discusión que tuve antes de la cena. Algunos de mis amigos aquí presentes habrán oído la disputa. Pueden informar a los que quieran saber qué pasó. Mi invitación está hecha. ¿La aceptan?

—¡Claro! ¡Claro! —fue el grito que se oyó desde todos los puntos de la mesa.

El Presidente inclinó la cabeza, sonrió; absorto en la diversión que le producía alguna visión interior, recayó en el silencio.

Cuando Herr Prosit terminó su asombroso desafío e invitación, las conversaciones a que se entregaron separadamente los miembros, recayeron sobre su verdadero motivo. Algunos eran de la opinión de que se trataba de una broma más del Presidente; otros que Prosit deseaba afirmar una vez más su habilidad culinaria, lo que era racionalmente gratuito, aunque agradable para la vanidad de cualquier hombre en su arte, puesto que (decían ellos) nadie se la había discutido. Otros aun estaban seguros de que la invitación había sido realmente hecha por culpa de ciertos muchachos de la ciudad de Frankfurt entre los cuales y el Presidente había una rivalidad en cuestiones de gastronomía. Pronto se comprobó, como verán los que lean esto, que la finalidad del desafío era de hecho la tercera; esto es, el fin inmediato, pues, como el Presidente era un ser humano muy original, su convite tenía rasgos psicológicos de las tres intenciones que se le habían imputado.

La razón por la que no se creyó inmediatamente que la verdadera razón de Prosit para el convite había sido la disputa (como él mismo había dicho), fue que el desafío era demasiado vago, demasiado misterioso para surgir como una venganza y nada más. Al final, con todo, tuvo que creerse.

La discusión que el Presidente había mencionado (dijeron los que lo sabían) había tenido lugar entre él y cinco muchachos de la ciudad de Frankfurt. Estos no tenían particularidad alguna salvo que eran gastrónomos; ése era, según creo, el único título que podía justificar nuestra atención. Había sido larga la discusión. Por lo que recuerdo, insistían los muchachos en que un plato que uno de ellos había inventado, o una cena que había dado, era superior a un acto gastronómico del Presidente. En torno a esto se había

engendrado la disputa; alrededor de este centro la araña de la discordia había tejido rápidamente su tela.

La discusión había sido encendida por parte de los muchachos; suave y moderada por parte de Prosit. Era su costumbre, como he dicho, no ceder nunca a la furia. Sin embargo, en esta ocasión casi se había enfadado por el calor de las respuestas de sus antagonistas. Pero se mantuvo tranquilo. Se pensó, ahora que esto se sabía, que el Presidente iba a gastarles alguna broma gigantesca a los cinco muchachos, que iba a vengarse, según su costumbre, de aquel violento altercado. Por ello, pronto fue grande la expectación; empezaron a correr rumores de una jugarreta excéntrica, historias de una venganza de notable originalidad. Ante el caso y el hombre, estos rumores se justificaban, se construían alocadamente sobre la verdad. Todos ellos, más tarde o más temprano, llegaron Prosit; pero éste, al oírlos, meneaba la cabeza, y, aunque pareciese hacerle justicia a la intención, lamentaba su tono grosero. Nadie lo adivinaría, decía él. Era imposible, decía, que alguien acertase. Era todo una sorpresa. Conjeturas, adivinanzas, hipótesis, eran ridículas e inútiles.

Estos rumores, por su puesto, surgieron más tarde. Volvamos a la cena en que se hizo el convite. Había terminado. Íbamos al salón de fumar cuando pasamos junto a cinco muchachos, de aspecto bastante refinado, que saludaron a Prosit con cierta frialdad.

—Ah, amigos míos —explicó el Presidente volviéndose hacia nosotros—, éstos son los cinco jóvenes de Frankfurt que he derrotado en una competición de asuntos gastronómicos...

—Usted sabe muy bien que no creo que nos haya derrotado —contestó secamente uno de los muchachos, con una sonrisa.

—Bueno, dejemos las cosas como están, o como estaban. De hecho, amigos míos, el desafío que acabo de hacer a la Sociedad Gastronómica —nos señaló con un amplio gesto— tiene un alcance mucho mayor y una naturaleza mucho más artística.

Se lo explicó a los cinco. Le escucharon lo más indelicadamente que pudieron.

—Cuando hice ese desafío, ahora mismo, estaba pensando en vosotros.

—¿Ah sí? ¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

—¡Ah! ¡Pronto lo veréis! La cena es dentro de dos semanas, el día diecisiete.

—No queremos saber la fecha. No lo necesitamos.

—No, ¡tenéis razón! —se rió entre dientes el Presidente— No lo necesitáis. No será necesario. Sin embargo —añadió— estaréis presentes en la cena.

—¿Qué? —gritó uno de los muchachos. De los demás, unos hicieron una mueca, otros clavaron en él la mirada.

El Presidente respondió con una mueca.

—Sí, y contribuiréis a ella de la forma más material.

Los cinco muchachos manifestaron fisonómicamente su duda en cuanto a ello y su desinterés hacia el asunto.

—¡Qué sí, que sí! —dijo el Presidente, mientras ellos se alejaban— Cuando digo una cosa, la hago, y digo que estaréis presentes en la cena, digo que contribuiréis a que sea apreciada.

Esto lo dijo en un tono de desprecio tan evidente y directo que los muchachos se enfadaron y echaron a correr escaleras abajo.

El último se volvió.

—Estaremos allí en espíritu, quizá —dijo—, pensando en su fracaso.

—No, estaréis allí bien presentes. Estaréis allí en cuerpo, os lo aseguro. No os preocupéis con ello. Dejad el asunto en mis manos.

Un cuarto de hora después, cuando todo hubo acabado, bajé las escaleras con Prosit.

—¿Piensa usted que conseguirá obligarlos a asistir, Prosit? —le pregunté mientras se ponía el abrigo.

—Por supuesto —dijo él—. Tengo la seguridad.

Salimos juntos —Prosit y yo— y nos separamos a la puerta del hotel.

II

Pronto llegó el día en que se iba a cumplir la invitación. La cena tuvo lugar en casa de Prosit a las seis y media de la tarde.

La casa —la que Prosit había dicho que quedaba en la plaza— no era propiamente *su* casa, sino la de un viejo amigo suyo que no vivía en Berlín y le prestaba la casa siempre que éste lo deseaba. Estaba siempre a su disposición. Con todo, éste raramente la ne-

cesitaba. Algunos de los primeros banquetes de la Sociedad Gastronómica se habían realizado allí, hasta que se habían impuesto la mayor comodidad del hotel; comodidad, aspecto y localización. Prosit era muy conocido en el hotel; los platos se hacían seguir sus indicaciones. Su capacidad inventiva tenía tanta libertad allí como en su casa, con cocineros que o eran suyos o de algún miembro de la sociedad, o importados de algún restaurante; y no sólo su habilidad tenía la misma amplitud de acción sino que también la ejecución de sus ideas era más rápida, mejor; se ponían en práctica con mayor eficiencia y más minuciosamente.

En cuanto a la casa en donde vivía Prosit —nadie la conocía, ni a nadie le interesaba. Para algunos banquetes se utilizaba la casa de que he hablado, para lós amorosos tenía un pequeño apartamento; tenía un club —o mejor, dos clubes—, y se le veía muy a menudo en el hotel.

La casa de Prosit, como he dicho, no la conocía nadie; que la tenía, además del lugar ya mencionado, y que vivía en ella, todo el mundo lo sabía. Pero acerca de dónde estaba la casa, de eso no tenía nadie la menor sospecha. Tampoco sabíamos con quién vivía. Fueran cuales fuesen los compañeros de su retiro, Prosit nunca había hecho ninguna alusión a ellos. Ni siquiera había dicho que existían. Esa era solamente la conclusión de nuestro razonamiento simple y natural sobre el asunto. Prosit había estado, eso sí lo sabíamos —aunque no recuerdo por intermedio de quién—, en las colonias —en África, o en la India, o en otro sitio—, y había ganado allá una fortuna de la cual vivía. Así, aunque se sabían cosas, el resto sólo el ocio podía investigarlo.

El lector conoce ahora lo bastante sobre el estado de las cosas para dispensar otras observaciones, bien sobre el Presidente, bien sobre la misma casa. Por lo tanto, paso a la escena del banquete.

La sala en donde había sido preparada la mesa del banquete era grande y larga, aunque no imponente. A los lados no había ventanas sino sólo puertas, que daban a varias salas. En el extremo, del lado que daba a la calle, había una ventana alta y ancha, espléndida, que parecía respirar ella misma el aire cuya entrada permitía. Ocupaba a gusto el espacio de tres ventanas grandes corrientes. Estaba dividida en tres partes por la propia estructura del marco. Aunque la sala era grande, esta ventana era suficiente;

le daba aire y luz a todo; ningún rincón estaba privado de las cosas más naturales de la Naturaleza.

En medio del comedor había sido colocada una mesa larga para el banquete; en el extremo de ésta estaba sentado el Presidente, de espaldas a la ventana. Yo, el que escribe, estaba sentado a su derecha, por ser el miembro más antiguo de la Sociedad. No tienen significado otros detalles. Éramos cincuenta y dos.

La sala estaba iluminada por unos candelabros colocados sobre la mesa, tres en total. Debido a una hábil disposición de sus ornamentos, las luces estaban irregularmente concentradas sobre la mesa, dejando bastante en penumbra los espacios entre ésta y las paredes. Por el efecto, recordaba la disposición de luces sobre una mesa de billar. Pero como aquí este efecto no resultaba de igual modo, por un artificio cuyo designio estaba claro, lo que producía en el espíritu era, como mucho, una sensación de extrañeza respecto de las luces y del comedor. Si hubiese habido otras mesas a los lados, la sensación de penumbra entre ellas hubiera sido incómoda. Como había sólo una mesa, esto no ocurría. Yo mismo sólo lo noté más tarde, como verá el lector que me acompañe. Aunque yo, como todos los que allí estaban, había buscado por todas partes aspectos raros, no me fijé en éste.

El modo como la mesa estaba puesta, arreglada, ornamentada, en parte no lo recuerdo y en parte no necesita recordarse. La diferencia que pudiera haber en relación con otras mesas de comedor era una diferencia dentro de la normalidad, no una diferencia debida a la originalidad. En este caso la descripción sería estéril e inútil.

Los miembros de la Sociedad Gastronómica —cincuenta y dos, como dije— empezaron a llegar a las seis menos cuarto. Unos tres, recuerdo, llegaron solamente un minuto antes de la hora de la cena. Uno —el último— llegó cuando íbamos a sentarnos a la mesa. En estas cosas, en esta parte de la sesión, como convenía entre artistas, se dejó a un lado todo ceremonial. Nadie se ofendió por esta llegada retrasada.

Nos sentamos a la mesa con una contenida fiebre de expectación, de interrogación, de sospecha intelectual. Iba a ser, todos los recordaban, una cena muy original. Cada uno había sido desafiado a descubrir en qué residía la originalidad de la cena. Éste era el

punto difícil, ¿La originalidad estaba en algo no aparente, o en una cosa obvia? ¿Estaba en algún plato, en alguna salsa, en alguna disposición? ¿Estaba en un detalle trivial de la cena? ¿O estaba, a fin de cuentas, en el carácter general del banquete?

Como es natural, puesto que estábamos todos en este estado de ánimo, todas las cosas posibles, todo lo que era vagamente posible, todo lo que era sensatamente improbable, imposible, era motivo de sospecha, de autointerrogación, de desorientación. ¿Estaría en eso la originalidad? ¿Era eso lo que contenía la broma?

Así todos nosotros, los invitados, en cuanto nos sentamos para la cena, empezamos a investigar minuciosamente, curiosamente, los ornamentos y flores que estaban sobre la mesa, y no sólo eso, sino también los dibujos de los platos, la disposición de los cuchillos y tenedores, los vasos, las botellas de vino. Varios habían examinado ya las sillas. No pocos habían dado con aire de despiste, la vuelta a la mesa, a la sala. Uno había echado una mirada debajo de la mesa. Otro había palpado rápida y cuidadosamente la parte inferior de la misma. Un miembro de la Sociedad dejó caer la servilleta y se agachó mucho para cogerla, lo que hizo con dificultad casi ridícula; había querido ver, me lo dijo después, si no habría una trampilla que, en un momento dado del banquete se tragase, o sólo la mesa, o a nosotros y a la mesa juntos.

Ahora no consigo recordar con precisión cuáles fueron mis suposiciones o conjeturas. Sin embargo, recuerdo claramente que eran bastante ridículas, de la misma especie de las que he referido respecto a los demás. Unas a otras se sucedieron en mi espíritu, por asociación, ideas fantásticas y extraordinarias. Todo era, al mismo tiempo, sugestivo e insatisfactorio. Bien considerado, todo contenía una singularidad (como cualquier cosa en cualquier sitio). Pero nada presentaba claramente, nítidamente, indudablemente, la señal de ser la clave del problema, la palabra escondida del enigma.

El Presidente había desafiado a cualquiera de nosotros a descubrir la originalidad de la cena. Ante ese desafío, ante la capacidad de gastar bromas por la cual Prosit era famoso, nadie podría decir hasta dónde llegaba el embaucamiento, si la originalidad era ridículamente insignificante de propósito, si estaba escondida en una acumulación excesiva, o si consistía en no ser ninguna originalidad, lo que también era posible. Tal vez el estado de ánimo

con el que los invitados en su totalidad —lo digo sin exageración— se sentaron para cenar *una cena muy original*.

Se estaba atento a todas las cosas.

La primera cosa que se notó fue que del servicio se encargaban cinco camareros negros. Sus rostros no se veían bien, no sólo por culpa del traje algo extravagante que vestían (que incluía un extraño turbante), sino también por la singularidad de la disposición de la luz, por la cual, como en las salas de billar, aunque no por el mismo artificio, la luz incidía sobre la mesa y dejaba todo alrededor en penumbra.

Los cinco camareros negros estaban bien entrenados; no excelentemente, quizá, pero bien. Lo revelaban muchas cosas, perceptibles sobre todo por hombres como nosotros, que teníamos contacto con esa gente diariamente y de forma importante, debido a nuestro arte. Parecían haber sido muy bien entrenados, exteriormente, para una cena que era la primera que servían. Fue ésta la impresión que el servicio dejó en mi cerebro experimentado; pero, de momento, la rechacé, no viendo en ella nada extraordinario. No se encontraban camareros en cualquier parte. A lo mejor, pensé en ese momento, Prosit los había traído con él del sitio en donde había estado, en el extranjero. El hecho de no conocerlos no era razón para dudar de ello, porque, como he dicho, la vida más íntima de Prosit, así como el sitio en donde vivía, no eran de nuestro conocimiento; él los mantenía en secreto, por razones que probablemente tenía y que no nos competía investigar ni juzgar. Éstos fueron mis pensamientos respecto de los cinco camareros negros, cuando los vi.

La cena había empezado. Nos intrigó aún más. Las particularidades que presentaba, vistas racionalmente, estaban tan desprovistas de significado que era en vano como se intentaba interpretarlas de la manera que fuese. Las observaciones que uno de los invitados hizo con humor, ya hacia el final de la cena, expresaban adecuadamente todo esto.

—Lo único que mi atención y espíritu alerta consiguen ver aquí de original —dijo, con aire premeditadamente pomposo, un miembro titular— es, primero, que los que nos sirven son oscuros y están más o menos en la oscuridad, aunque seamos nosotros sin duda quienes así estamos; segundo, que esto, si significa algo, no

significa nada. No veo en sitio alguno ninguna cosa dudosa, a no ser, en un sentido decente, el pescado.¹

Estas observaciones, hechas con ánimo leve, fueron recibidas con aprobación, aunque su gracia fuese más que pobre. Sin embargo, todo el mundo había notado las mismas cosas. Pero nadie creía —aunque muchos no tuviesen ideas precisas— que la broma de Prosit consistiese en eso y nada más. Miraron al Presidente para ver si su rostro sonriente traicionaba algún sentimiento, alguna indicación de un sentimiento, algo; pero la sonrisa se mantenía, habitual e inexpresiva. Quizá se había vuelto ligeramente más amplia, quizá implicara un guiño cuando el titular había hecho aquellas observaciones, quizá se había hecho más maliciosa; pero no hay seguridad de ello.

—En sus palabras —dijo Prosit finalmente al miembro de la Sociedad que había hablado— me agrada ver un reconocimiento inconsciente de mi habilidad para la ocultación, para hacer que una cosa parezca diferente de lo que es. Veo que las apariencias le han engañado. Veo que está usted lejos aún de conocer la verdad, la broma. Está lejos de adivinar en qué consiste la originalidad de la cena. Y puedo añadir que si hay algo dudoso, cosa que no niego, desde luego no es el pescado. ¡No obstante agradezco su elogio! —Y el Presidente hizo una venia burlona.

—¿Mi elogio?

—Su elogio, porque no ha adivinado usted. Y, al no adivinar, proclama mi habilidad. ¡Se lo agradezco!

La risa puso fin a este episodio.

Mientras tanto yo, que había estado reflexionando durante todo el tiempo, llegué súbitamente a una extraña conclusión. Pues, mientras meditaba en las razones de la cena, recordando las palabras de la invitación y el día en que había sido hecha, me acordé súbitamente de que la cena era considerada por todos como resultado de una discusión del Presidente con los cinco gastrónomos de Frankfurt. Recordé las expresiones de Prosit en aquel entonces. Éste había dicho a los cinco muchachos que estarían presentes en su cena, que contribuirían a la misma “materialmente”. Era ésta la palabra exacta que había empleado.

¹ Juego de palabras en inglés, intraducible, entre *fishy* (que en el lenguaje coloquial significa “dudoso”, “sospechoso” y *fish* (pez, pescado). (N. del E.)

Pero esos cinco jóvenes no estaban entre los invitados... En ese momento la visión de los cinco camareros negros me hizo acordarme de ellos inmediatamente por el hecho de que eran cinco. El descubrimiento me sobresaltó. Miré a los sitios donde estaban para ver si su mirada traicionaba algo. Pero los rostros, también oscuros, estaban en la oscuridad. Fue en ese momento cuando noté la extremada pericia con que la disposición de las luces lanzaba todo el claror de éstas sobre la mesa, dejando el resto de la sala, por comparación, en la oscuridad, especialmente a la altura, a partir del suelo, a la que estaban las cabezas de los cinco camareros encargados del servicio. Por extraño, por desconcertante que el caso fuese, dejé de tener dudas. Tenía la seguridad absoluta de que los cinco muchachos de Frankfurt se habían transformado, para la ocasión, en los cinco camareros negros que servían la cena. La completa incredibilidad de toda la historia me hizo titubear por algún tiempo, pero mis conclusiones estaban demasiado bien sacadas, eran demasiado obvias. No podía ser sino lo que yo había descubierto.

Me acordé inmediatamente de que, unos cinco minutos antes, en el mismo banquete, habiendo los camareros negros llamado naturalmente la atención, uno de los miembros de la Sociedad, Herr Kleist, un antropólogo, había preguntado a Prosit de qué raza eran (por no conseguir de forma alguna verles los rostros), y de dónde los había traído. La contrariedad que el Presidente había demostrado pudo no haber sido absolutamente manifiesta; con todo, la vi claramente, perfectamente, si bien mi atención no tenía aún el estímulo del descubrimiento que hice después. Pero había visto la confusión de Prosit y quedé intrigado. Poco después —como había notado inconscientemente—, cuando uno de los camareros presentó la fuente a Prosit, éste dijo algo en voz baja; el resultado de ello fue que los cinco “negros” retrocedieron más hacia la sombra, exagerando tal vez la distancia, en opinión de quien prestase atención a la estratagema.

El temor del Presidente era, por supuesto, absolutamente natural. Un antropólogo como Herr Kleist, una persona familiarizada con las razas humanas, con sus tipos, con sus características faciales, revelaría en seguida, forzosamente, la impostura si les viese los rostros. La extema inquietud de Prosit ante la pregunta; ése era

el motivo de la orden que dio a los camareros para que se mantuvieran en la oscuridad. Cómo se hurtó a la pregunta, ya no lo recuerdo; sospecho, con todo, que lo hizo declarando que los camareros no eran suyos y afirmando que ignoraba a qué raza pertenecían y la forma en que habían llegado a Europa. Al dar esta respuesta, sin embargo, estaba, como ya he advertido, muy poco a gusto; sin duda por temor a que Herr Kleist pudiese, de repente, desear examinar a los negros para ver cuál era la raza. Pero es obvio que, de no haber negado que le pertenecían, no podía haber dicho “esta raza” o “aquella otra”, pues, siendo lego en cuestión de razas, y sabiendo que lo era, podía aventurar un tipo cuyas características más elementales, por ejemplo la estatura, estuviese en franca contradicción con la de los cinco camareros negros. Recuerdo vagamente que, después de esa respuesta, Prosit la había disimulado con algún incidente, desviando la atención hacia la cena, o hacia la gastronomía —hacia algo, no recuerdo qué, que no era los camareros.

La sazón refinada de los platos, la novedad superficial de su presentación —cosas legítimas en el Presidente como artista culinario, aparte el objetivo de la cena—, éstas eran las que yo consideraba cosas insignificantes hechas de propósito para desviar la atención, tan manifiesto era, en mi opinión, su carácter de mezquindad absurda, de flagrante poquedad, de voluntario anticonvencionalismo. Puedo añadir que nadie, tras haberla examinado, las consideró importantes.

El hecho en sí, es cierto, era excesivamente, inexpresablemente extraño; tanta más razón, me dije a mí mismo, para que revelase la originalidad de Prosit. Era de hecho intrigante, reflexioné, que se hubiese realizado. ¿Cómo? ¿Cómo podían cinco muchachos absolutamente hostiles al Presidente ser convencidos, entrenados, obligados a hacer el papel de camareros en una cena, cosa repugnante a todos los hombres de cierta condición social? Era una cosa que causaba un sobresalto grotesco, como un cuerpo de mujer con cola de pez. Producía en el espíritu la sensación de que el mundo estaba boca abajo.

En cuanto a que fuesen negros, se explicaba fácilmente. Prosit no podía, obviamente, presentar los cinco jóvenes a los miembros de la Sociedad con sus propios rostros. Era natural que utilizase

el vago conocimiento, que sabía que teníamos, del hecho de que había estado en las colonias para encubrir la broma de su negritud. La pregunta torturante era cómo lo había hecho; y eso sólo Prosit podía revelarlo. Podía entender —y, con todo, no muy bien— que un hombre hiciese el papel de camarero para un gran amigo y por broma, y como un enorme favor. ¡Pero en este caso!

Cuanto más reflexionaba, más extraordinario parecía el caso, pero, al mismo tiempo, con todas las pruebas que tenía, dado el carácter del Presidente, lo más probable, lo más acertado era que la broma de Prosit residiera en ellos. ¡Bien podía desafiarnos a descubrir la originalidad del banquete! La originalidad que yo había descubierto no residía, es cierto, propiamente en la cena; sino en los camareros, en algo relacionado con la cena. En este punto de mi razonamiento me asombré de no haber visto eso antes: que debiéndose el banquete a los cinco muchachos (como ahora se sabía), no podía dejar de incidir en ellos, como venganza, y, al incidir en ellos, no podía obviamente recaer en cosa más directamente relacionada con la cena que los camareros.

Estos argumentos, estos razonamientos, que he presentado en algunos párrafos, me pasaron por la mente en pocos minutos. Estaba convencido, confuso, satisfecho. La claridad racional del caso alejó de mi espíritu su naturaleza extraordinaria. Examiné el caso lúcidamente, minuciosamente.

La cena había llegado casi a su fin, sólo faltaba el postre. Decidí, para que mi capacidad fuese reconocida, contarle a Prosit mi descubrimiento. Reconsideré que no podía equivocarme, no podía estar cometiendo un error; la extrañeza del caso, tal como lo concebía, lo transformaba en certidumbre. Por fin, me incliné hacia Prosit y dije en voz baja:

—Prosit, amigo mío, he descubierto el secreto. Estos cinco *negros* y los cinco muchachos de Frankfurt...

—¡Ah! Ha adivinado usted que hay una relación entre ellos —dijo esto medio burlón medio dudoso, pero comprendí que estaba molesto e irritado por la sagacidad de mi razonamiento, que no esperaba. Se quedó un poco molesto y me miró con atención. Y pensé, “Tengo razón”.

—Claro —repliqué—, *son* ellos cinco. De eso no me cabe duda. ¿Pero cómo demonios lo ha conseguido?

—Por la fuerza bruta, querido amigo. Pero no diga nada a los demás.

—Claro que no. Pero por la fuerza bruta, ¿cómo, mi querido Prosit?

—Bueno, es un secreto. No puedo decirlo. Es un secreto tan grande como la muerte.

—¿Pero cómo consigue tenerlos tan tranquilos?

Estoy asombrado. ¿No escapan ni se rebelan?

El Presidente tuvo una convulsión de risa interior.

—No hay que temer tal cosa —dijo guiñando el ojo, de una manera más que significativa—. No pueden escapar. No pueden. Es absolutamente imposible. —Y me miró tranquilamente, astutamente, misteriosamente.

Hasta que se llegó al final de la cena —no, al final de la cena no, otra singularidad, aparentemente dirigida al mismo objetivo—, cuando Prosit propuso un brindis. Todo el mundo quedó asombrado con este brindis, hecho justo después del último plato y antes del postre. Todos se sorprendieron, excepto yo, que veía en ello otra excentricidad, sin sentido, para desviar la atención. No obstante, se llenaron todos los vasos. Mientras se llenaban, se alteraron enormemente los modales del Presidente. Se movía en la silla con gran agitación con el ardor de un hombre que *quiere* hablar, de alguien que tiene que revelar un gran secreto, que tiene que hacer una gran revelación.

Esta conducta fue inmediatamente advertida.

—Prosit tiene alguna broma que revelar: *la broma*. ¡Es el auténtico Prosit! ¡Vamos allá, Prosit!

A medida que se acercaba el momento del brindis, el Presidente parecía enloquecer de agitación; se movía en la silla, se retorcía, fruncía la frente, sonreía, hacía muecas, reía sin sentido y sin parar.

Todos los vasos estaban llenos. Todo el mundo estaba preparado. Se hizo un profundo silencio. En la tensión del momento, recuerdo que oí los pasos de dos personas en la calle y que me irritaron dos voces —una de hombre, otra de mujer— que conversaban en la plaza allá abajo.

De tal forma me concentré, que dejé de oírlas, Prosit se levantó; o mejor, dio un salto, tirando casi la silla.

el vago conocimiento, que sabía que teníamos, del hecho de que había estado en las colonias para encubrir la broma de su negritud. La pregunta torturante era cómo lo había hecho; y eso sólo Prosit podía revelarlo. Podía entender —y, con todo, no muy bien— que un hombre hiciese el papel de camarero para un gran amigo y por broma, y como un enorme favor. ¡Pero en este caso!

Cuanto más reflexionaba, más extraordinario parecía el caso, pero, al mismo tiempo, con todas las pruebas que tenía, dado el carácter del Presidente, lo más probable, lo más acertado era que la broma de Prosit residiera en ellos. ¡Bien podía desafiarnos a descubrir la originalidad del banquete! La originalidad que yo había descubierto no residía, es cierto, propiamente en la cena; sino en los camareros, en algo relacionado con la cena. En este punto de mi razonamiento me asombré de no haber visto eso antes: que debiéndose el banquete a los cinco muchachos (como ahora se sabía), no podía dejar de incidir en ellos, como venganza, y, al incidir en ellos, no podía obviamente recaer en cosa más directamente relacionada con la cena que los camareros.

Estos argumentos, estos razonamientos, que he presentado en algunos párrafos, me pasaron por la mente en pocos minutos. Estaba convencido, confuso, satisfecho. La claridad racional del caso alejó de mi espíritu su naturaleza extraordinaria. Examiné el caso lúcidamente, minuciosamente.

La cena había llegado casi a su fin, sólo faltaba el postre. Decidí, para que mi capacidad fuese reconocida, contarle a Prosit mi descubrimiento. Reconsideré que no podía equivocarme, no podía estar cometiendo un error; la extrañeza del caso, tal como lo concebía, lo transformaba en certidumbre. Por fin, me incliné hacia Prosit y dije en voz baja:

—Prosit, amigo mío, he descubierto el secreto. Estos cinco *negros* y los cinco muchachos de Frankfurt...

—¡Ah! Ha adivinado usted que hay una relación entre ellos —dijo esto medio burlón medio dudoso, pero comprendí que estaba molesto e irritado por la sagacidad de mi razonamiento, que no esperaba. Se quedó un poco molesto y me miró con atención. Y pensé, “Tengo razón”.

—Claro —repliqué—, *son* ellos cinco. De eso no me cabe duda. ¿Pero cómo demonios lo ha conseguido?

—Por la fuerza bruta, querido amigo. Pero no diga nada a los demás.

—Claro que no. Pero por la fuerza bruta, ¿cómo, mi querido Prosit?

—Bueno, es un secreto. No puedo decirlo. Es un secreto tan grande como la muerte.

—¿Pero cómo consigue tenerlos tan tranquilos?

Estoy asombrado. ¿No escapan ni se rebelan?

El Presidente tuvo una convulsión de risa interior.

—No hay que temer tal cosa —dijo guiñando el ojo, de una manera más que significativa—. No pueden escapar. No pueden. Es absolutamente imposible. —Y me miró tranquilamente, astutamente, misteriosamente.

Hasta que se llegó al final de la cena —no, al final de la cena no, otra singularidad, aparentemente dirigida al mismo objetivo—, cuando Prosit propuso un brindis. Todo el mundo quedó asombrado con este brindis, hecho justo después del último plato y antes del postre. Todos se sorprendieron, excepto yo, que veía en ello otra excentricidad, sin sentido, para desviar la atención. No obstante, se llenaron todos los vasos. Mientras se llenaban, se alteraron enormemente los modales del Presidente. Se movía en la silla con gran agitación con el ardor de un hombre que *quiere* hablar, de alguien que tiene que revelar un gran secreto, que tiene que hacer una gran revelación.

Esta conducta fue inmediatamente advertida.

—Prosit tiene alguna broma que revelar: *la broma*. ¡Es el auténtico Prosit! ¡Vamos allá, Prosit!

A medida que se acercaba el momento del brindis, el Presidente parecía enloquecer de agitación; se movía en la silla, se retorcía, fruncía la frente, sonreía, hacía muecas, reía sin sentido y sin parar.

Todos los vasos estaban llenos. Todo el mundo estaba preparado. Se hizo un profundo silencio. En la tensión del momento, recuerdo que oí los pasos de dos personas en la calle y que me irritaron dos voces —una de hombre, otra de mujer— que conversaban en la plaza allá abajo.

De tal forma me concentré, que dejé de oírlas, Prosit se levantó; o mejor, dio un salto, tirando casi la silla.

—Señores —dijo—, voy a revelar mi secreto, la broma, el desafío. Es muy divertido. ¿Saben ustedes que dije a los cinco muchachos de Frankfurt que estarían presentes en el banquete, que colaborarían de la forma más material? Ahí está el secreto, en eso mismo.

El Presidente hablaba nerviosamente, incoherentemente, con prisa de llegar al punto fundamental.

—Señores, eso es todo lo que tengo que decir. Y ahora el primer brindis, el gran brindis. Se refiere a mis cinco pobres rivales... Porque nadie ha adivinado la verdad, ni siquiera Meyer (que soy yo); ni siquiera él.

El Presidente hizo una pausa; después, levantando la voz con un grito:

—Bebo —dijo— *a la memoria* de los cinco jóvenes de Frankfurt, que *han estado presentes en cuerpo* en esta cena y *han contribuido a ella de la forma más material*.

Y ojeroso, salvaje, *completamente loco*, señaló con un nervioso dedo *los restos de carne que estaban en la fuente* que había ordenado dejar sobre la mesa.

Tan pronto como pronunció estas palabras, un horror inexpressable cayó sobre todos nosotros con un frío espantoso. De momento todos quedaron aplastados por la impensable revelación. En la intensidad del horror, en su silencio, parecía que nadie había oído, que nadie había comprendido. La locura superior a todos los sueños era horrible en la cruda realidad. Se abatió sobre todos un silencio que duró un momento, pero que por el sentimiento, por el significado, por el horror, pareció durar siglos, un silencio como nunca se soñó ni pensó. No me imagino la expresión de cada uno, de todos nosotros. Pero aquellos rostros debieron de tener un aspecto que jamás existió en visión alguna.

Esto ocurrió durante un momento; corto, desgastador, profundo.

Mi propio horror, mi propia conmoción no pueden describirse. Todas las expresiones divertidas y las implicaciones mal intencionadas que, de forma natural, había relacionado inocentemente con mi teoría de los cinco camareros negros, revelaba ahora su significado más profundo, más horrible. Todo el secreto malicioso, toda la indecencia de la voz de Prosit; todo eso que ahora surgía a su

verdadera luz me estremecía y me sacudía con un temor indecible. La propia intensidad de mi terror parecía impedir que me desvaneciera. Durante un momento yo, como los demás, pero con un temor más grande y con más razón, me recosté en la silla y miré a Prosit con un horror que no puede expresarse con palabras.

Fue así durante un momento, durante un momento y no más. Después, exceptuando a los más débiles, que se habían desmayado, todos los invitados, fuera de sí con una furia justa e incontenible, se precipitaron encarnizadamente sobre el caníbal, sobre el loco autor de esa hazaña más que horrible. Debió de ser, para el simple espectador, una escena horrible ver a esos hombres bien educados, bien vestidos, refinados, medio artistas, animados de una furia peor que la de los animales. Prosit era un loco, pero en aquel momento también nosotros estábamos locos. No tenía posibilidad alguna contra nosotros, absolutamente ninguna. De hecho, en ese momento, estábamos más locos que él. Incluso *uno solo* de nosotros, con la furia que sentíamos, habría bastado para castigar horriblemente al Presidente.

Yo mismo, antes que todos, le di un puñetazo al criminal, con una ira tan horrible que parecía venir de otra persona, y aún ahora lo parece, pues el recuerdo que tengo es el de una escena vista imprecisamente, de algo que no puede haber sido verdad. Cogí la jarra de vino que estaba cerca de mí y la tiré, con terrible exaltación de ira, a la cabeza de Prosit. Le dio de lleno en la cara, mezclando sobre ella sangre y vino. Soy manso, sensible, aborrezco la sangre. Al pensar en ello ahora, no consigo entender cómo me fue posible llevar a cabo un acto que, para mi habitual manera de ser, era, aunque justo, de una tan horrible crueldad, pues, sobre todo por la pasión que lo inspiró, fue un acto cruel, muy cruel. ¡Qué grandes debieron ser entonces mi furia y mi locura! ¡Y qué grandes las de los demás!

—¡Por la ventana! —gritó una voz terrible— ¡Por la ventana! —chilló un coro formidable.

Y fue característico de la brutalidad del momento que la manera de abrir la ventana fue romperla completamente. Alguien le metió un hombro con fuerza y estrelló la parte central (ya que la ventana estaba dividida en tres) abajo en la plaza.

Más de una docena de manos animales cayeron ansiosamente, disputando, sobre Prosit, cuya locura estaba estremecida por un miedo inexpresable. Con un movimiento nervioso, lo lanzaron contra la ventana, pero no la atravesó, porque consiguió agarrarse a una de las divisiones del marco.

De nuevo lo agarraron aquellas manos, más nerviosamente, más brutalmente, más selváticamente. Y con una hercúlea conjunción de fuerzas, con un orden, con una combinación perfectamente diabólica en un momento así, balancearon al Presidente en el aire y lo soltaron con incalculable violencia. Con un golpe seco, que habría trastornado a los más fuertes pero que trajo la tranquilidad a nuestros corazones ansiosos y expectantes, el Presidente cayó en la plaza, cerca de un metro y medio más allá de la acera.

Después nadie intercambió ni una palabra, ni una señal; encerrado cada uno en el horror de sí mismo, salimos de aquella casa. Una vez afuera, pasados la furia y el horror que hacían que todo aquello pareciese un sueño, experimentamos el horror inenarrable de encontrarnos de nuevo con la normalidad. Todos sin excepción se sintieron mal, y muchos se desmayaron. Yo me desvanecí justo en la puerta.

Los cinco camareros negros de Prosit —eran realmente negros, piratas asiáticos de una tribu asesina y abominable— que, al comprender lo que ocurría, se habían escapado durante la lucha, fueron capturados —todos excepto uno—. Parece que, para la consumación de su gran broma, Prosit había despertando poco a poco en ellos, con una habilidad perfectamente diabólica, el brutal instinto que dormía en la civilización. Habían recibido orden de permanecer lo más lejos posible de la mesa en sitios oscuros, por culpa del miedo ignorante y criminal que Prosit le tenía a Herr Kleist, el antropólogo que, por lo que Prosit sabía de su ciencia, podría haber conseguido ver en los rostros negros los estigmas maliciosos de su criminalidad. Los cuatro capturados fueron bien y justamente castigados.

LA APARICIÓN DE MRS. VEAL

DANIEL DEFOE*

Este asunto es tan extraño en todas sus circunstancias y lo sé de fuentes tan autorizadas, que jamás lectura o conversación me proporcionó sensaciones semejantes.

Mrs. Bargrave, que es a quien se apareció Mrs. Veal después de muerta, es íntima amiga mía, y durante los quince o dieciséis últimos años ha mostrado una conducta intachable y normalísima; sin embargo, desde que hizo este relato, ha sido muy criticada por los amigos del hermano de Mrs. Veal, quienes creen que esta aparición es pura invención suya, intentando por todos los medios desacreditarla y ridiculizar su narración.

Conviene saber que Mrs. Veal era una solterona de unos treinta años de edad, que durante algún tiempo padeció ataques. La mantenía su único hermano, y tenía casa puesta en Dover. Era íntima amiga de Mrs. Bargrave desde su niñez. Los recursos de Mrs. Veal eran por entonces bastante medianos; su padre tenía a sus hijos casi abandonados y estaban éstos expuestos a toda clase de penalidades. El de Mrs. Bargrave vivía todavía y, pese a ser un hombre muy violento a ella no le faltaban alimentos ni ropa, mientras que Mrs. Veal carecía de ambas cosas. Por ello una de las obligaciones que se imponía Mrs. Bargrave era proporcionar a su amiga toda la amistad y el consuelo posibles, lo que hizo que Mrs. Veal le tomase gran afecto, y acostumbraba decirle:

—No sólo sois la mejor, sino la única amiga que tengo en el mundo, y ninguna circunstancia de la vida podrá romper mi amistad.

Solían condolerse de sus respectivas desgracias, y juntas leían *Drelincourt upon Death* y otros buenos libros. Algún tiempo des-

* Daniel Defoe, inglés (1660-1731). Autor de *Robinson Crusoe*, *Moll Flanders*, *Diario del año de la peste*, entre otras novelas y crónicas.

pués, unos amigos de Mrs. Veal le consiguieron a ésta un empleo en la aduana de Dover, que trajo en consecuencia que Mrs. Veal fuese enfriando poco a poco su relación con Mrs. Bargrave, si bien nunca llegaron a tener nada parecido a una ruptura; pero la indiferencia aumentó gradualmente hasta que, por último, Mrs. Bargrave, que vivía en Canterbury, llegó a estar durante dos años y medio sin noticias de su amiga.

El ocho de septiembre último (año 1705), Mrs. Bargrave estaba sentada sola, cosiendo y pensando en su infortunada vida cuando oyó un golpe en la puerta. Fue a ver quién era y se encontró con su antigua amiga, Mrs. Veal, que venía vestida de viaje. En ese momento el reloj dio las doce de la mañana.

—Estoy sorprendida de veros —dijo Mrs. Bargrave—. Hace mucho tiempo que no queríais nada conmigo.

Añadió que estaba muy contenta de volver a verla y se acercó para darle un beso. Mrs. Veal se inclinó hasta que sus labios casi se juntaron, pero, entonces, poniéndose una mano en la frente, murmuró:

—No me encuentro muy bien —y así eludió el beso. Después, dijo a Mrs. Bargrave que se disponía a emprender un viaje y que había querido verla antes de partir.

—Pero, —dijo Mrs. Bargrave— ¿cómo nacéis el viaje sola? Me sorprende mucho, teniendo, como tenéis, un hermano tan amable.

—¡Oh! Rehuí su compañía y vine acá porque tenía grandes deseos de veros antes de emprender el viaje.

Mrs. Bargrave la condujo a una estancia contigua, y Mrs. Veal se sentó en un sillón.

—Mi querida amiga —dijo Mrs. Veal—, he venido a renovar nuestra vieja amistad y os pido perdón por haberla interrumpido.

—Oh no digáis eso. La cosa ha carecido de importancia. Puedo perdonaros con suma facilidad.

—¿Qué pensabais de mí? —dijo Mrs. Veal.

Contestó Mrs. Bargrave:

—Pensaba que erais como el resto del mundo y que, en la prosperidad, me habíais olvidado.

Mrs. Veal, entonces, recordó lo bondadosa que Mrs. Bargrave había sido con ella en años anteriores, y también cuando juntas leían *Drelincourt upon Death*.

—Mrs. Bargrave —dijo—, ¿creéis que estoy peor de mis ataques?

—No —dijo Mrs. Bargrave—. Parecéis estar como siempre.

Esta conversación duró como una hora o más y, al final, Mrs. Veal preguntó a su amiga si quería escribirle una carta, una carta para su hermano. Quería decirle que sus sortijas debían ser repartidas, y que diese dos doblones de oro, de una bolsa que había en su cuarto, a su primo Watson.

Mientras hablaba apresuradamente, se pasaba la mano con frecuencia por la frente, y Mrs. Bargrave supuso que, sin duda, se avecinaba uno de sus ataques. Por esta razón se sentó frente a ella en una silla, para impedir que cayera al suelo si le daba. Y, para distraer la atención de su amiga, se entretuvo en alabar la hechura de su traje, tomando en sus manos una de las mangas del vestido. Mrs. Veal dijo que estaba hecho de una seda especialmente trabajada; pero luego hizo constar que Mrs. Bargrave no le había contestado a su petición de que escribiese a su hermano.

—Pero —dijo ésta— seguramente sería mejor que lo hicieseis vos misma.

—No; aunque ahora os parezca una impertinencia, ya veréis más adelante cómo tengo mis razones.

Después, Mrs. Veal le preguntó por su hija. Mrs. Bargrave contestó que no estaba en casa.

—Pero si queréis verla, mandaré por ella.

—Muy bien —dijo Mrs. Veal.

Salió Mrs. Bargrave y fue a casa de una vecina para mandarle recado; al cabo de un rato volvió y se encontró con que Mrs. Veal estaba ya en la puerta de la calle, dispuesta a marcharse en cuando volviese ella. Mrs. Bargrave le preguntó por qué tenía tanta prisa, y Mrs. Veal dijo que tenía que marcharse en aquel momento, aunque quizá no pudiera emprender el viaje hasta el lunes siguiente; a lo que Mrs. Bargrave respondió que esperaba poder verla otra vez en casa de su primo Watson antes de que se marchara a donde quiera que fuese. Mrs. Veal dijo que en vista de eso no se despediría ahora de ella, y se separó de Mrs. Bargrave, quien la siguió con la vista hasta que desapareció por un recodo de la calle, siendo entonces las dos menos cuarto de la tarde del ocho de septiembre.

Mrs. Veal había muerto el siete de septiembre, a mediodía, de resultas de un ataque. Es decir, el día antes de su visita a Mrs. Bargrave. Al día siguiente de su aparición, que había tenido lugar el sábado, Mrs. Bargrave estuvo indispuesta, con un ligero catarro y dolor de garganta; pero el lunes por la mañana envió una persona a casa del capitán Watson para saber si Mrs. Veal estaba allí. En casa del capitán se extrañaron de la pregunta y le mandaron contestación de que allí no estaba. Al recibirla, Mrs. Bargrave, pese a estar enferma, se arregló, se puso el sombrero y fuese en persona a casa del capitán Watson para ver si su amiga estaba o no estaba allí. En casa del capitán Watson le dijeron que les había extrañado su pregunta, pues estaban seguros de que, si Mrs. Veal hubiese estado en la ciudad, no habría dejado de ir allí. Mrs. Bargrave indicó:

—El sábado estuvo conmigo casi dos horas.

Le respondieron que aquello era imposible y, mientras lo discutían, llegó el capitán Watson en persona con la triste noticia de que Mrs. Veal había muerto y estaban imprimiendo ya sus esquelas.

Extrañamente sorprendida, Mrs. Bargrave acudió a las personas encargadas de hacerlo y comprobó que era verdad. Al volver, contó toda la historia a la familia Watson.

—Llevaba puesto un vestido de rayas y me dijo que era de una seda especial.

—¡La habéis visto, indudablemente! —exclamó la esposa del capitán Watson—, pues nadie más que Mrs. Veal y yo sabíamos esos detalles del vestido y de la seda. Lo habéis descrito perfectamente; puedo decirlo, ya que yo la ayudé a confeccionarlo.

Mrs. Watson proclamó el hecho por toda la ciudad, afirmando que a Mrs. Bargrave se le había aparecido realmente el espectro de Mrs. Veal.

Debía haber dicho antes que Mrs. Veal había comunicado a su amiga que su hermano y su cuñada acababan de llegar de Londres para visitarla.

—¿Y cómo habéis venido aquí, dejándolos abandonados allí? —había preguntado Mrs. Bargrave.

—No podía dejar de hacerlo —contestó Mrs. Veal enigmáticamente.

Y efectivamente, su hermano y su hermana habían ido a verla, pero cuando llegaron a la ciudad de Dover, Mrs. Veal había expirado ya.

Durante todo el tiempo que estuve con Mrs. Bargrave mientras me contaba la extraña historia —varias horas—, no cesó de recordar detalles de su reciente conversación con Mrs. Veal. Y otra cosa importante más le había dicho ésta: que el viejo señor Bretton le había concedido una pensión de diez libras al año, lo cual no sabía Mrs. Bargrave antes de que ella se lo contara.

Mrs. Bargrave nunca introduce la menor variación en el relato de su aventura, lo cual confunde a quienes dudan de su veracidad o no se sienten inclinados a creerla. Sin embargo, el hermano de Mrs. Veal hace lo posible por ocultar la historia, y algunos de sus amigos corren la voz de que es una embustera, y que ya conocía lo de las diez libras anuales que le concedió el señor Bretton. Pero precisamente el que propaga estas noticias es quien tiene fama, entre gentes de reputación intachable, de ser un redomado embustero.

No conozco los motivos por los que el hermano de Mrs. Veal cree que este relato es una pura invención —como ya he dicho, se esfuerza en ocultarlo a los demás—, ya que el único fin de la aparición consistió en pedir perdón a Mrs. Bargrave por el enfriamiento de su amistad y alentarla con bondadosas palabras.

Pero para suponer que Mrs. Bargrave pudiera haber urdido una historia como ésta, sería preciso considerarla más inteligente, maliciosa y más miserable también de lo que podría conceder cualquier persona imparcial.

—Yo no daría un penique porque alguien creyese mi historia, y si no fuese porque accidentalmente ya ha salido a la luz, nunca le habría dado publicidad.

El asunto me ha afectado mucho, y estoy tan convencido de su veracidad como de las de los hechos más positivos. Y me parece estúpido que se niegue un hecho positivo sólo porque haya ciertas cosas en él que no se puedan explicar racionalmente; la autoridad y sinceridad de Mrs. Bargrave no habrían sido puestas en duda en ningún otro caso.

LUVINA

JUAN RULFO*

De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran cuesta de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir, porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

...Y la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

—Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena de volcán; pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un som-

* Juan Rulfo, mexicano (1918-1986). Autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*.

brero de petate, dejando los paredones lisos, descobijados. Luego rasca como si tuviera uñas: uno lo oye a mañana y tarde, hora tas horas, sin descanso, raspando las paredes, arrancando tecatas de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos. Ya lo verá usted.

El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia afuera.

Hasta ellos llegaban el sonido del río pasando sus crecidas aguas por las ramas de los camichines: el rumor del aire moviendo suavemente las hojas de los almendros, y los gritos de los niños jugando en el pequeño espacio iluminado por la luz que salía de la tienda.

Los comejenes entraban y rebotaban contra la lámpara de petróleo, cayendo al suelo con las alas chamuscadas.

Y afuera seguía avanzando la noche.

—¡Oye, Camilo, mándanos otras dos cervezas más! —volvió a decir el hombre. Después añadió:

—Otra cosa, señor. Nunca verá usted un cielo azul en Luvina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. Todo el lomerío pelón, sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín ceniciento. Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Luvina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto...

Los gritos de los niños se acercaron hasta meterse dentro de la tienda. Eso hizo que el hombre se levantara, fuera hacia la puerta y les dijera: “¡Váyanse más lejos! ¡No interrumpen! Siguen jugando, pero sin armar alboroto.”

Luego, dirigiéndose otra vez a la mesa, se sentó y dijo:

—Pues sí, como le estaba diciendo. Allá llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azotan la tierra y la desgarran, dejando nada más el pedregal flotando encima del tepetate. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otro dando tumbos como si fueran vejigas infladas; rebotando y pegando de truenos igual que si se quebraran en el filo de las barracas. Pero después de diez o doce días se van

y no regresan sino al año siguiente, y a veces se da el caso de que no regresen en varios años.

“...Si llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras y de esa cosa que allí llaman «pasojos de agua», que no son sino terrones endurecidos como piedras filosas, que se clavan en los pies de uno al caminar, como si allí hasta a la tierra le hubieran crecido espinas. Como si así fuera.”

Bebió la cerveza hasta dejar sólo burbujas de espuma en la botella y siguió diciendo:

—Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la resuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como una gran cataplasma sobre la viva carne del corazón.

“...Dicen los de allí que cuando llena la luna, ven de bulto la figura del viento recorriendo las calles de Luvina, llevando a rastras una cobija negra; pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo... siempre.

“Pero tómese su cerveza. Veo que no le ha dado ni siquiera una probadita. Tómesela. O tal vez no le guste así tibia como está. Y es que aquí no hay de otra. Yo sé que así sabe mal; que agarra un sabor como a meados de burro. Aquí uno se acostumbra. A fe que allá ni siquiera esto se consigue. Cuando vaya a Luvina la extrañará. Allí no podrá probar sino un mezcal que ellos hacen con una yerba llamada hojase, y que a los primeros tragos estará usted dando de volteretas como si lo chacamotearan. Mejor tómese su cerveza. Yo sé lo que le digo.”

Allá afuera seguía oyéndose el batallar del río. El rumor del aire. Los niños jugando. Parecía ser aún temprano, en la noche.

El hombre se había ido a asomar una vez más a la puerta y había vuelto.

Ahora venía diciendo:

—Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno. Pero a mí no me cuesta ningún trabajo seguir hablándole de lo que sé, tratándose de Luvina. Allá viví. Allá dejé la vida... Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá... Está bien. Me parece recordar el principio. Me pongo en su lugar y pienso... Mire usted, cuando yo llegué por primera vez a Luvina... ¿Pero me permite antes que me tome su cerveza? Veo que usted no le hace caso. Y a mí me sirve de mucho. Me alivia. Siento como si me enjuagaran la cabeza con aceite alcanforado... Bueno, le contaba que cuando llegué por primera vez a Luvina, el arriero que nos llevó no quiso dejar ni siquiera que descansaran las bestias. En cuanto nos puso en el suelo, se dio media vuelta:

“—Yo me vuelvo —nos dijo.

“—Espera, ¿no vas a dejar cestar a tus animales? Están muy aporreados.

“—Aquí se fregarían más —nos dijo—. Mejor me vuelvo.

“Y se fue, dejándose caer por la cuesta de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

“Nosotros, mi mujer y mis tres hijos, nos quedamos allí, parados en mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en los brazos. En medio de aquel lugar donde sólo se oía el viento...

“Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos.

“Entonces yo le pregunté a mi mujer:

“—¿En qué país estamos, Agripina?

“Y ella se alzó de hombros.

“—Bueno, si no te importa, ve a buscar dónde comer y dónde pasar la noche. Aquí te aguardamos —le dije.

“Ella agarró al más pequeño de sus hijos y se fue. Pero no regresó.

“Al atardecer, cuando el sol alumbraba sólo las puntas de los cerros, fuimos a buscarla. Anduvimos por los callejones de Luvina, hasta que la encontramos metida en la iglesia: sentada mero en medio de aquella iglesia solitaria, con el niño dormido entre sus piernas.

“—¿Qué haces aquí, Agripina?

“—Entré a rezar —nos dijo.

“—¿Para qué? —le pregunté yo.

“Y ella se alzó de hombros.

“Allí no había a quién rezarle. Era un jacalón vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como por un cedazo.

“—¿Dónde está la fonda?

“—No hay ninguna fonda.

“—¿Y el mesón?

“—No hay ningún mesón?

“—¿Viste a alguien? ¿Vive alguien aquí? —le pregunté.

“—Sí, allí enfrente... Unas mujeres... Las sigo viendo. Mira, allí tras las rendijas de esa puerta veo brillar los ojos que nos miran... Han estado asomándose para acá... Míralas. Veo las bolas brillantes de sus ojos... Pero no tienen qué darnos de comer. Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer... Entonces entré aquí a rezar, a pedirle a Dios por nosotros.

“—¿Por qué no regresaste allí? Te estuvimos esperando.

“—Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.

“—¿Qué país es éste, Agripina?

“Y ella volvió a alzarse de hombros.

“Aquella noche nos acomodamos para dormir en un rincón de la iglesia, detrás del altar desmantelado. Hasta allí llegaba el viento, aunque un poco menos fuerte. Lo estuvimos oyendo pasar por encima de nosotros, con sus largos aullidos; lo estuvimos oyendo entrar y salir por los huecos socavones de las puertas; golpeando con sus manos de aire las cruces del viacrucis; unas cruces grandes y duras hechas con palo de mezquite que colgaban de las paredes a todo lo largo de la iglesia, amarradas con alambres que rechinaban a cada sacudida del viento como si fuera un rechinar de dientes.

“Los niños lloraban porque no los dejaba dormir el miedo. Y mi mujer, tratando de retenerlos entre sus brazos. Abrazando su manojito de hijos. Y yo allí, sin saber qué hacer.

“Poco antes del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso... Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:

“—¿Qué es eso? —me dijo.

“—¿Qué es qué? —le pregunté.

“—Eso, el ruido ese.

“—Es el silencio. Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, que ya va a amanecer.

“Pero al rato oí yo también. Era como un aletear de murciélagos en la oscuridad, muy cerca de nosotros. De murciélagos de grandes alas que rozaban el suelo. Me levanté y se oyó el aletear más fuerte, como si la parvada de murciélagos se hubiera espantado y volara hacia los agujeros de las puertas. Entonces caminé de puntitas hacia allá, sintiendo delante de mí aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi. Vi a todas las mujeres de Luvina con su cántaro al hombro, con el rebozo colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche.

“—¿Qué quieren? —les pregunté— ¿Qué buscan a estas horas?

“Una de ellas respondió:

“—Vamos por agua.

“Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros.

“No, no se me olvidará jamás esa primera noche que pasé en Luvina.

“...¿No cree usted que esto se merece otro trago? Aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo.”

—Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad...? La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo entrevesaron; pero debió haber sido una eternidad... Y es que allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza.

“Usted ha de pensar que le estoy dando vueltas a una misma idea. Y así es, sí señor... Estar sentado en el umbral de la puerta, mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad. Eso hacen allí los viejos.

“Porque en Luvina sólo viven los puros viejos y los que todavía no han nacido, como quien dice... Y mujeres sin fuerzas, casi trabadas de tan flacas. Los niños que han nacido allí se han ido... Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina. Así es allí la cosa.

“Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde... Vienen de vez en cuando como las tormentas de que le hablaba; se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y uno como gruñido cuando se van... Dejan el costal del bastimento para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos sino al año siguiente, y a veces nunca... Es la costumbre. Allí le dicen la ley, pero es lo mismo. Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley...

“Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos y por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movidos sólo por esa gracia que es la gratitud del hijo... Solos, en aquella soledad de Luvina.

“Un día traté de convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. «¡Vámonos de aquí! —les dije—. No faltará modo de acomodarnos en alguna parte. El gobierno nos ayudará.»

“Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos de los que sólo se asomaba una lucecita allá muy adentro.

“—¿Dices que el gobierno nos ayudará, profesor? ¿Tú no conoces al gobierno?

“Les dije que sí.

“—También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno.

“Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron sus dientes molenques y me dijeron que no, que el gobierno no tenía madre.

“Y tienen razón, ¿sabe usted? El señor ese sólo se acuerda de ellos cuando alguno de sus muchachos ha hecho alguna fechoría

acá abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan. De ahí en más no saben si existe.

“—Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad —me dijeron—. Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.

“Y allá siguen. Usted los verá ahora que vaya. Mascando bagazos de mezquite seco y tragándose su propia saliva para engañar el hambre. Los mirará pasar como sombras, repegados al muro de las casas, casi arrastrados por el viento.

“—¿No oyen ese viento? —les acabé por decir—. Él acabará con ustedes.

“—Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios —me contes-taron—. Malo cuando deja de hacer aire. Cuando eso sucede, el sol se arrima mucho a Luvina y nos chupa la sangre y la poca agua que tenemos es el pellejo. El aire hace que el sol se esté allá arriba. Así es mejor.

“Ya no les volví a decir nada. Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar.

“...Pero mire las maromas que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: «Usted va a ir a San Juan Luvina.» En esa época tenía yo mis fuerzas. Estaba cargado de ideas... Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plasta encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo...

“San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó. Usted que va para allá comprenderá pronto lo que le digo...

“¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática. ¡Oye, Camilo, mándanos ahora unos mezcales!

“Pues sí, como le estaba yo diciendo...”

Pero no dijo nada. Se quedó mirando un punto fijo sobre la mesa donde los comejenes ya sin sus alas rondaban como gusanitos desnudos.

Afuera seguía oyéndose cómo avanzaba la noche. El chapoteo del río contra los troncos de los camichines. El griterío ya muy lejano de los niños. Por el pequeño cielo de la puerta se asomaban las estrellas.

El hombre que miraba los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido.

LA POSADA DEL MAL HOSPEDAJE

LOPE DE VEGA*

Cuando la fresca aurora, como Júpiter en lluvia de oro, transformada en aljófar, enriquecida el regazo de la tierra, salió el peregrino Pánfilo de Zaragoza, y por no usadas sendas, de monte en monte, de pastor en pastor, procuraba cuanto podía desviarse del real camino, temiendo siempre que los hermanos de Godofre y Flérída, con toda diligencia, le buscarían; determinóse, al fin de algunas leguas, ir una noche a poblado, fatigado de la aspereza de los montes y la rusticidad del sustento, y entrando en una villa —término de los reinos— pidió posada, mas como en ninguna se la diesen, respecto de verle ya tan maltratado, los pies corriendo sangre, quemando el rostro y los cabellos revueltos, procuró el hospital, último albergue de la miseria. Abierto le halló Pánfilo a aquella hora, pero sin luz alguna, y preguntando la causa, le dijeron que por el escándalo que se había oído muchas noches, y después que en él había muerto un extranjero, no se habitaba ni vivía, pero que entrase dentro, que en una capilla de él vivía un hombre de santa vida y conversación que sufría por Dios aquellas molestias, y él le informaría y daría donde sin peligro durmiese. Pánfilo entró dentro, tentando por el oscuro portal con un cayado que en vez de su bordón traía. Vio lejos una pequeña luz y, enderezando a ella, llamó a aquel hombre.

—¿Qué me quieres? —respondió a veces—, maligno espíritu?

—No soy quien piensas —respondió Pánfilo—; abre amigo, que soy un peregrino que busco posada para esta noche.

Abrió la puerta entonces, y vio Pánfilo un hombre de mediana estatura y edad, los cabellos largos y la barca crecida y enhebrada;

* Félix Lope de Vega y Carpio, español (1562-1635). Dramaturgo, autor de *El peregrino en su patria* y más de seiscientas comedias, entre las que se cuentan *La dama boba*.

le cubría una ropa de sayal hasta los pies; la capilla era pequeña; el retablo, devoto y en la peana de él dormía aquel hombre; tenía por cabecera una piedra, su báculo por compañía y una calavera por espejo, que ninguna muestra mejor los defectos de nuestra vida.

—¿Cómo has osado entrar —le dijo—, peregrino? ¿No te ha dicho ninguno el mal hospedaje de esta casa?

—Sí me han dicho —respondió Pánfilo—, pero he pasado ya tantos trabajos, desdichas, prisiones y malos acogimientos, que ninguna será nuevo para mi ánimo.

Encendió entonces una vela el huésped, en la lámpara que delante de la Imagen ardía, y, sin preguntarle quién era, le dijo:

—Sígueme.

Fue Pánfilo tras el hombre, y pasando un jardín tan intrincado que más parecía bosque, entre unos cipreses le mostró un cuarto de casa, y abriendo el cerrojo de un aposento grande, le dijo:

—Entra, pues eres mozo y enseñado a trabajos, haz la señal de la Cruz y duerme sin reparar en nada.

Pánfilo tomó la luz y, afirmándola sobre un poyo que la sala tenía, se despidió del hombre y cerró la puerta. En la sala había una cama bastante para descansar quien en tantas noches le había tenido en el suelo. Desnudóse, y vistiendo una de dos camisas que Flérída le había dado, partiéndose, se acostó en ella. Apenas había revuelto en su fantasía la confusión de historias que en la quietud del cuerpo repite el alma, cuando la imagen de la muerte que llaman sueño ocupó sus sentidos con la fuerza que suele tener sobre cansados caminantes. La parte que desampara el sol cuando se va a los indios estaba en profundo silencio, cuando el ruido de algunos caballos despertó Pánfilo; parecióle que caminaba —cosa que a los que caminan siempre sucede—, que la cama se mueve como la nave, o anda como el caballo que traía; pero acordándose que estaba en aquel hospital, y advertido del escándalo, por cuya causa era inhabitable, abrió los ojos, y vio que como si entraran a jugar cañas, de dos en dos entraban a caballo algunos hombres, algunos de los cuales, encendiendo unas ventosas de vidrio, que traían en las manos, en la vela que habían dejado, las iban tirando al techo del aposento, donde se clavaban, y quedando ardiendo por largo espacio, quedando el suelo pegado a las tablas, y la boca

vertiendo llamas sobre la cama y lugar donde había puesto los vestidos. Se cubrió el animoso mancebo lo mejor que pudo, y dejando un pequeño requicio a los ojos para que le avisasen si le convenía guardarse del comenzado incendio, vio en un instante las llamas muertas, y que en una mesa, que a la esquina de la sala estaba, se comenzaba un juego de Primera entre cuatro; pasaban, descartábanse, y metían dineros, como si realmente pasara de veras, y habiéndose enojado los jugadores, se trabó una cuestión en el aposento, con tantos golpes de espadas y broqueles, que el mísero Pánfilo comenzó a llamar a la Virgen de Guadalupe, que sólo le faltaba de visitar en España, aunque era del reino de Toledo; porque las cosas que están muy cerca, pensando verse cada día, suelen dejar de verse muchas veces. Pero cesando el golpear de las espadas, y todo el ruido por media hora, quedó de un sudor ardiente bañado el cuerpo en agua y estando —a su parecer— satisfecho, que ya no volverían, sintió que asiendo los dos extremos de la colcha y sábanas, se las iban quitando poco a poco. Aquí fue notable su temor, pareciéndole que ya se le atrevían a la persona, pues le quitaban la defensa, y estando de esta suerte, vio entrar con una hacha un hombre, detrás del cual venían dos, el uno con una bacía grande de metal, y el otro afilando un cuchillo; se le erizaron los cabellos en esta sazón, de tal suerte que le pareció que de cada uno de por sí le iban tirando. Quiso hablar y no pudo; pero cuando a él se acercaron, el que traía la hacha la mató de un soplo, y pensando que entonces le degollarían, y que aquella bacía era para coger su sangre, fue a detener con las manos el cuchillo, adonde le pareció que le había visto, y sintió que se las tragaron a un mismo tiempo. Dio un grito Pánfilo; y en este instante se volvió a encender el hacha, y vio que dos grandes perros se las tenían asidas. “Jesús”, dijo turbado, a cuya voz se metieron debajo de la cama, y vuelta a matar la luz, sintió que le ponían la ropa como primero, y que, alzándole de la cabeza, le acomodaban de mejores almohadas, y le igualaban, con grande aseo, curiosidad y regalo, la sábana y colcha. Así le dejaron estar un rato, en el cual comenzó a rezar algunos versos de David, de que se acordaba —si entonces se podía acordar de sí mismo— y recobrando aliento, con alguna confianza de que, habiéndole compuesto la cama le dejarían en ella, vio que los que debajo de ella se habían entrado, le iban levantando

por las espaldas, con su persona encima, hasta llegar al techo, donde, como si temiese la caída sintió que de las mismas tablas le asía una mano del brazo, y cayendo la cama al suelo, con espantoso golpe, quedó colgado en el aire, de aquella mano, y que alrededor de la sala se habían abierto cantidad de ventanas, desde donde le miraban muchos hombres y mujeres con notable risa, y con algunos instrumentos le tiraban agua. Se ardió la cama en este punto, y así la llama de ella le enjugaba, aunque con mayor miedo que al agua había tenido. Cesó la luz de aquel fuego, y tirándole de las piernas, también le pareció que le faltaban, y que había quedado en el cuerpo tronco, y sin ellas. Fuese a este tiempo alargando aquel brazo, que le tenía asido, hasta la cama, donde otra vez de nuevo le acostaron y regalaron como primero. Descansaron estas vanas ilusiones cerca de una hora, después de la cual, sintió que le asían las pobres alforjuelas en que traía algunas prendas y papeles de Nise, y las joyas de Flérída, y que se las llevaban arrastrando por la sala.

¿Quién creerá lo que digo? Se levantó Pánfilo animoso a cobrarlas, y el valor que no tuvo para defender su persona, le sobró para resistirlas. Salieron del aposento al huerto, y como los siguiese, vio que entre aquellos cipreses llegaban a una noria, a donde las echaron, y ellos tras ellas. No quiso Pánfilo pasar adelante, mas volviendo con valeroso esfuerzo por donde el ermitaño le había guiado, llamó a su aposento, abrióle el hombre, y viviendo su color y desnudez, le dijo:

—Mala noche te habrán dado los huéspedes.

—Tan mala —dijo Pánfilo— que no he dormido, y les dejo mi pobre hábito por paga de la posada.

Albergóle entonces en la suya aquel hombre, lo mejor que pudo, y refiriéndole sucesos de otros, esperaron la mañana.

Muchos que ignoran la calidad de los espíritus, su naturaleza y condiciones, tendrán esta historia mía por la fábula, y así es bien que adviertan, que hay algunos de quien se entiende que cayeron del ínfimo coro de los ángeles, los cuales, fuera de la pena esencial, que es la eterna privación de la vista de la Divina Esencia, llamada de los teólogos la pena de daño, la cual padecerán eternamente, respecto de su menos grave pecado, padecen pocas penas; y éstos son de tal naturaleza, que pueden dañar y ofender poco, pero sólo

toman placer en hacer algunos estrépitos y rumores de noche, burlas, juegos y otras cosas semejantes, los cuales son oídos y vistos de por algunos, como se sabe de muchos lugares y casas, las cuales son turbadas de tales escándalos, hechos de los demonios echando piedras, o molestando los hombres con golpes, encendiendo fuego o haciendo otras operaciones delusorias. Estas cosas hacen éstos muchas veces; porque no pueden ofender a los hombres de otra manera que con estos efectos ridículos e inútiles, constreñidos y ligados del infinito poder de Dios. Éstos se llaman en la lengua italiana, *foletos*, y en la española, *trascos*, de cuyos rumores, fuegos y burlas, cuenta Guillermo Totanni, en su libro *De Bello Daemonum*, algunos ejemplos, llamándoles espíritus de la menos noble jerarquía. Casiano escribe de aquellos que habitan en la Noruega —a quien el vulgo llama *paganos*—, que ocupando los caminos, juegan y burlan los que pasan por ellos, de día y de noche. Miguel Psello pone seis géneros de éstos, *ígneos*, *aéreos*, *terrestres*, *acuáticos*, *subterráneos* y *lucífugos*. En él se pueden ver sus propiedades.

Jerónimo Menchi cuenta de un espíritu, que agradado de un mancebo, le servía y solicitaba en varias formas, y hurtando dineros, le pagaba algunas cosas que le agradaban; y sin éste, pone otros muchos, sus daños, sus burlas, sus amores, sus vanas ilusiones y sus remedios.

La luz del día, amable e ilustre, obra del Hacedor del Cielo, y única guía de los mortales, dio aviso a Pánfilo de que ya podía estar seguro de las malditas infestaciones de aquel espíritu, y despertando al hombre, se levantaron entrambos y juntos se fueron por la huerta al aposento donde había dormido, y entrando en él, a ver el estrago de la pasada noche, hallaron la cama y las demás cosas del aposento sin lesión alguna, y la ropa de Pánfilo en el mismo lugar donde la había puesto; se vistió y, corrido de que aquel hombre le tuviese por fabuloso y hombre de poco ánimo, le pidió licencia para irse, desde cuyos brazos tomó el camino a Guadalupe, sin osar volver la cabeza a aquella villa, donde prometió no volver en su vida, por ningún acontecimiento, fuera de estar en ella su amada Nise.

LA CIUDAD SIN NOMBRE

H. P. LOVECRAFT*

Según me iba acercando a la ciudad sin nombre, supe que estaba maldita. Atravesaba yo un valle terrible y desolado, bajo la luna, y, desde lejos, la vi sobresalir pavorosamente de las arenas, como sobresalen los miembros de un cadáver mal enterrado. El terror hablaba desde las piedras, gastadas por las edades, de esta pálida superviviente del diluvio, de esta bisabuela de la más vieja de las pirámides; y un aura invisible me repelía y obligaba a retroceder ante aquellos ancestrales y siniestros secretos que jamás un hombre debía ver, que nunca hasta entonces un hombre se había atrevido a ver.

Remota en el desierto de Arabia, yace la ciudad sin nombre, agrietada y desarticulada, casi ocultas sus murallas por las arenas de edades incontables. Así debe de estar desde antes de que se pusieran las primeras piedras de Memphis, cuando aún no se habían cocido los ladrillos de Babilonia. No existe ninguna leyenda por antigua que sea, que la cite por su nombre, ni recuerde si alguna vez alentó la vida en ella; pero en los campamentos se habla, entre susurros, y las viejas murmuran en las tiendas de los jeques, tales cosas sobre la ciudad, que las tribus la rehuyen sin saber bien por qué. Con ese lugar fue con el que Abdul Alhazred, el poeta loco, soñó la noche anterior a entonar su inexplicable dístico.

No está muerto lo que puede yacer eternamente, y más allá de las edades, hasta la Muerte puede morir.

Yo debería haber sabido que los árabes tenían buenas razones para rehuir la ciudad sin nombre, la ciudad citada en textos extra-

* Howard Phillips Lovecraft, norteamericano (1880-1937). Autor de *Mitos de Cthulhu* y *Las ratas en la pared*.

ños, pero que no fue vista jamás por ningún hombre vivo; sin embargo, yo la desafié, y, montado en mi camello, llegué hasta sus ruinas nunca holladas. Yo soy el único que la ha visto, y por eso ningún hombre se estremece como yo cuando el viento nocturno sacude las ventanas. Cuando llegué a la ciudad, lívida y dormida en un interminable sueño, ella me contempló, helada bajo los rayos de la luna fría, desde el mismo corazón del desierto. Y, cuando yo le devolví la mirada, me olvidé del triunfo que representaba hallarme ante ella, y me detuve, inmóvil sobre mi camello, a esperar el amanecer.

Esperé durante horas, hasta que el cielo, por Oriente, se fue poniendo gris y las estrellas se difuminaron, y el gris se convirtió en una luz rosada con hebras de oro. Oí un lamento y vi que una tormenta de arena se levantaba de entre las piedras ancestrales a pesar de que el cielo estaba claro e inmóviles los vastos horizontes del desierto. Entonces, de pronto, se elevó el brillante filo del sol sobre la lejana orilla del desierto, y yo lo vi a través de la pequeña tormenta de arena que ya iba amainando; y en mi estado febril, creí oír, procedente de una remota profundidad, una nota musical y metálica que llegaba a saludar al ígneo disco, igual que Memnón le saluda desde las riberas del Nilo. Vibraban mis oídos y hervía mi imaginación, mientras conducía lentamente mi camello, por la arena, hacia aquel lugar de piedra nunca mencionado, hacia aquel lugar demasiado viejo para que lo recordaran en Egipto o Meroe, hacia aquel lugar que sólo yo de entre los vivos había visto.

Vagabundé de aquí para allá, por entre los informes cimientos de casas y edificios, y no encontré ni una escultura o inscripción que hablase de aquellos hombres, si es que hombres fueron los que edificaron aquella ciudad y moraron en ella hace tanto tiempo. La antigüedad del lugar era malsana, y yo anhelaba encontrar algún signo o cifra que me demostrase, sin dejar lugar a dudas, que la ciudad había sido levantada por seres humanos. Había ciertas *proporciones y dimensiones* en las ruinas que me disgustaban vaga pero profundamente. Conmigo llevaba muchas herramientas, y con ellas ahondé al pie de los muros olvidados edificios; pero mis progresos fueron lentos y no revelaron nada significativo. Cuando volvieron la noche y la luna, sentí que el viento helado me traía nuevos terrores, de tal modo que no me atreví a permanecer en la ciudad.

Y, al salir del recinto de sus murallas ancestrales, con objeto de dormir, de nuevo se levantó a mi espalda una suave y suspirante tormenta de arena que sopló sobre las piedras grises, a pesar de que la luna era brillante y el resto del desierto estaba en calma.

Desperté, justo al amanecer, de una procesión de sueños horribles, mientras en mis oídos vibraban aún los ecos como de un repicar metálico. Vi el rojo sol a través de las últimas ráfagas de una pequeña tormenta de arena que revoloteaba sobre la ciudad sin nombre, subrayando la quietud del resto del paisaje. Una vez más me aventuré a penetrar en aquellas ruinas ocultas que se abombaban bajo la arena igual que un monstruo oculto por una lona, y de nuevo volví a cavar en vana búsqueda de alguna reliquia de la raza olvidada. A mediodía descansé, y, por la tarde, estuve largo rato reconstruyendo mentalmente los muros y calles pretéritas y la forma de los edificios casi desvanecidos. Vi que la ciudad debió ser ciertamente poderosa, y me pregunté cuáles habrían sido los orígenes de su grandeza. Soñé para mis adentros con todos los esplendores de aquella edad tan remota que ni la misma Caldea hubiera podido recordar; y pensé en Sarnath la Condenada, que se había levantado en el país Mnas cuando la humanidad era aún joven, y en Ib, que fue esculpida en piedra gris antes de que existiera el género humano.

De pronto llegué a un lugar donde las rocas del fondo se alzaban bruscamente surgiendo de la arena y formaban un pequeño acantilado, y en él vi con gozo signos que parecían prometer algún rastro de aquel pueblo antediluviano. Labradas rudamente en el mismo acantilado se veían las inequívocas fachadas de varias casas o templos roqueros, pequeños y agazapados, cuyos interiores debían sin duda reservar muchos secretos de edades incalculablemente remotas, a pesar de que las tormentas de arena habrían ya borrado desde hacía mucho tiempo cualquier escultura o bajorrelieve que pudiera haber habido en su exterior.

Muy bajas eran todas aquellas oscuras aberturas próximas a mí, y estaban obstruidas por la arena; pero limpié una de ellas con mi azada y penetré a rastras, portando una antorcha para iluminar todos los misterios que su interior pudiera reservar. Cuando estuve dentro, vi que, indudablemente, se trataba de un templo cavernoso y percibí claros signos de la raza que había vivido y rendido culto

a sus dioses antes de que el desierto fuera desierto. No faltaban altares primitivos, pilares y nichos, y todos eran curiosamente bajos; y, aunque no vi esculturas ni frescos, sí descubrí muchas piedras singulares, talladas en forma de símbolos por medios artificiales. La escasez de altura de aquella cámara tallada en roca viva era muy extraña, pues apenas podía erguirme estando de rodillas en el suelo; pero, en cambio, su extensión era tan vasta que mi antorcha no podía iluminarla toda a la vez. Me estremecí extrañamente en alguno de los rincones lejanos, pues ciertos altares y piedras sugerían ritos olvidados, de una naturaleza terrible, repugnante e inexplicable, que me hicieron preguntarme qué clase de hombres pudo construir y frecuentar aquel templo. Cuando hube visto cuanto el lugar contenía, me arrastré de nuevo hacia el exterior, ávido de descubrir lo que los otros templos me pudieran deparar.

La noche se iba ya aproximando; y, sin embargo, las cosas tangibles que acababa de ver hacían que mi curiosidad fuese más fuerte que el miedo; de tal modo que ya no huí de las largas sombras lunares que tanto me habían espantado cuando vi por primera vez la ciudad sin nombre. A la luz del crepúsculo desobstruí otra de las aberturas y me arrastré hasta el interior, hallando en él nuevas piedras y símbolos vagos, ninguno de los cuales resultó más significativo que los que contenía el templo anterior. La estancia era igual de baja, pero mucho menos extensa, y terminaba en un pasadizo muy estrecho atestado de oscuros y crípticos altares. Y estaba husmeando en torno a ellos, cuando el ruido del viento y el que hacía mi camello, en el exterior, rompieron la quietud del lugar y me impulsaron a salir y ver qué podía haber asustado a la bestia.

La luna brillaba vivamente sobre aquellas ruinas primitivas, iluminando una densa nube de arena que parecía arrastrada por un viento, fuerte pero decreciente ya, que procediera de algún punto del escarpado que se alzaba ante mí. Me di cuenta de que era este viento helado y arenoso lo que había asustado al camello, y estaba a punto de conducirlo a un lugar más resguardado, cuando acerté a levantar la vista y vi que no había viento alguno en la cima del escarpado. Esto me asombró e hizo que me volviera a asustar; pero, inmediatamente, recordé los súbitos vientos locales, que ya antes había visto y oído al amanecer y al anochecer, y juzgué que

era cosa normal en aquel lugar. Decidí que aquel viento, sin duda, procedía de alguna grieta rocosa que conduciría a alguna cueva y observé con detenimiento las arenas removidas, buscando en ellas una señal que me delatase su origen; pronto percibí que provenía del negro orificio que daba entrada a un templo situado a la larga distancia de mí, hacia el Sur, casi fuera del alcance de mi vista. En pugna con la nube de arena que me impedía caminar, fui avanzando trabajosamente hacia el templo, el cual, a medida que me acercaba, me iba pareciendo más grande que los demás, mostrando también una entrada mucho menos obstruida por arena endurecida. Habría penetrado en seguida, de no haber casi apagado mi antorcha la aterradora fuerza del helado viento que, brotando enloquecido de aquella puerta oscura, suspiraba pavorosamente al despeinar la arena y extenderse por entre las ruinas fantasmagóricas. Pronto amainó, sin embargo, y las revueltas arenas se volvieron a aquietar hasta que, por fin, todo quedó en calma de nuevo. Pero entre las espectrales piedras de la ciudad parecía rondar una presencia, al acecho, y, cuando miré a la luna, la hallé que se estremecía, como si la reflejasen unas aguas inquietas. Yo estaba más aterrado de lo que puedo expresar, aunque no tanto, sin embargo, que se me hubiese embotado mi ansia de maravillas; de modo que, tan pronto como el viento cesó, penetré en la oscura cámara de donde procedía.

Este templo, como me hizo imaginar su exterior, era más vasto que los que había visitado antes; y probablemente se trataba de una caverna natural, ya que de él brotaban vientos que procedían, sin duda, de alguna región más allá. En éste, podía mantenerse totalmente en pie y erguido, pero vi que las piedras y los altares seguían siendo tan bajos como los que había visto en los otros templos. En sus muros y techo contemplé por primera vez alguna huella del arte pictórico de aquella antigua raza, unas curiosas líneas onduladas de pintura descolorida y casi borrada; y, en uno de los altares vi, con creciente excitación, un laberíntico bajo relieve de líneas curvas y finamente talladas. Al levantar mi antorcha hacia lo alto, me pareció que la forma del techo era demasiado regular para ser el de una caverna natural, y me figuré que los primitivos escultores lo habrían trabajado, sin duda para modificar la obra inicial de la naturaleza. Daba la impresión de que habían poseído amplios conocimientos arquitectónicos.

Entonces, una llamarada más viva de mi caprichosa antorcha me mostró aquello que yo iba buscando: la abertura que conducía a esos abismos, más remotos aún, desde donde había soplado el viento súbito; y palidecí cuando comprobé que se trataba de una puerta pequeña y totalmente artificial, esculpida en la roca viva. Introduje por ella mi antorcha y pude contemplar un túnel negro, de techo abovedado y bajo que se curvaba sobre un tosco tramo de numerosos y diminutos peldaños vertiginosamente descendentes. Nunca dejaré de ver en mis sueños tales escalones, pues no tardé en saber lo que significaban. De momento, sin embargo, apenas supe si llamarlos peldaños o simples salientes rocosos de un pozo abismal. En mi mente giraban remolinos de locos pensamientos, y las palabras y advertencias de los profetas árabes parecían flotar a través del desierto, desde las tierras conocidas de los hombres hasta aquella ciudad perdida, que los hombres no se atreven a conocer. Sin embargo, sólo vacilé un instante antes de atravesar el portal e iniciar el descenso, con grandes precauciones, agarrándome y tanteando con los pies, como si fuera una escala de mano, por aquel tramo de empinados peldaños.

Sólo en medio de las terribles fantasmagorías de las drogas o del delirio puede haber llevado a cabo hombre alguno un descenso como aquél. El estrecho pasaje se hundía infinitamente como un horrible pozo encantado; y la antorcha, que yo mantenía sobre mi cabeza, no podía iluminar las desconocidas profundidades hacia las cuales me deslizaba. Perdí la cuenta de las horas y olvidé mirar mi reloj; y, sin embargo, me asustaba pensar en la inmensa distancia que debía de estar recorriendo. Hubo cambios de dirección y de pendiente; y una vez llegué a un pasaje largo, bajo, horizontal, en el que tuve que avanzar tanteando con los pies a lo largo de todo el piso de piedra, mientras mantenía la antorcha todo lo lejos que me permitía la longitud de mi brazo. El lugar no era lo bastante alto para poderme poner de rodillas. Después de este pasadizo, volvieron otra vez los escarpados peldaños y de nuevo torné a seguir descendiendo interminablemente por ellos agarrándome como podía, cuando, de pronto, mi ya vacilante antorcha se apagó. Creo que no me di cuenta de ello en el momento, pues cuando, por fin, lo noté, aún la llevaba alzada sobre mí como si estuviera encendida. Estaba absorto, totalmente entregado a aquella instintiva pasión

mía por todo lo extraño, que me había convertido en un vagabundo por toda la tierra, en un rondador de lugares lejanos, antiguos y olvidados.

En la oscuridad fui recordando fragmentos de mi apreciado tesoro de erudición demoníaca; sentencias del loco árabe Alhazred, párrafos de las apócrifas pesadillas de Damascius y líneas infames de la delirante "Image du Monde" de Gauthier de Metz. Repetí extraños versículos y musité frases acerca de Afrasiab y los demonios que con él fluctúan bajo el Oxus; más tarde, salmodié una y otra vez unas palabras de uno de los relatos de Lord Dunsany: "la negrura sin ecos del abismo". En una ocasión en que el descenso se hizo pavorosamente escarpado, recité un poema de Thomas Moore, hasta que no me atreví a continuar:

*Un golfo de tinieblas, negro
como los calderos de las brujas, cuando se llenan
con drogas de luna destiladas en eclipse.
Inclinándome a mirar si el pie podía pasar
a través de aquella hendidura, vi, allá abajo,
hasta una lejanía que apenas la vista podía explorar,
los muros de azabache, pulidos como el cristal,
que parecían recién barnizados
con el oscuro alquitrán que la Mansión de la Muerte
arroja de sí a sus riberas pantanosas.*

El tiempo había dejado de existir cuando mis pies tocaron de nuevo un piso horizontal y me hallé en un lugar ligeramente más alto de techo que las cámaras de aquellos dos primeros templos que ahora tan por encima de mí habían quedado. No podía mantenerme en pie, pero sí de rodillas, bien erguido; y en la oscuridad me arrastré de aquí para allá, avanzando al azar. Pronto supe que me hallaba en un estrecho pasadizo, cuyos muros estaban cubiertos de unas cajas de madera con la parte delantera de cristal. En aquel lugar paleozoico y abismal, la presencia de cosas tales como madera pulida y cristal me impresionó profundamente, y me estremecí al imaginar sus posibles significados. Las cajas parecían estar alineadas a ambos lados del pasadizo, a intervalos regulares y eran oblongas y horizontales, muy semejantes a ataúdes por su

forma y tamaño. Cuando intenté mover dos o tres para su ulterior examen, hallé que estaban firmemente sujetas.

Me di cuenta de que el pasadizo era largo, y seguí avanzando a trompicones, rápidamente, en una carrera a rastras que habría parecido horrible a cualquier ojo que me hubiera podido espiar en las tinieblas; de cuando en cuando iba de uno a otro lado del pasadizo para darme cuenta del sitio por donde andaba y cerciorarme de que los muros, con sus hileras de cajas, continuaban a mis lados. El hombre está tan acostumbrado a pensar visualmente, que casi me olvidé de la oscuridad y conseguí imaginarme vívidamente el corredor interminable de madera y cristal, en su rítmica monotonía, casi como si lo viese realmente. Y entonces, en un momento de emoción indescriptible, lo vi.

No puedo decir en qué momento preciso la imagen se transformó en visión real; pero fue apareciendo, conforme yo avanzaba, un resplandor gradual, y, de pronto, me di cuenta de que estaba realmente viendo las oscuras siluetas del corredor y las cajas, gracias a alguna desconocida fosforescencia subterránea. Durante algunos momentos, todo siguió siendo tal y como yo lo había imaginado, pues el resplandor era aún muy breve; pero, conforme seguí arrastrándome mecánicamente hacia el lugar de donde procedía la luz, me fui dando cuenta de que ante la realidad mis fantasías se habían quedado cortas, con mucho. Este corredor no era una tosca reliquia, como los templos de la ciudad, allá arriba, sino un monumento del arte más esplendoroso y exótico. Dibujos y pinturas, vivos, ricos, fantásticamente atrevidos, formaban un sistema continuo de pintura mural, cuyos colores y líneas quedaban más allá de todo intento de descripción. Las cajas eran de una extraña madera dorada, con frentes de exquisito cristal, y contenían las formas momificadas de unas criaturas cuya grotesca monstruosidad sobrepasaba los más caóticos sueños del hombre.

Es imposible dar una idea de esos seres. Más que a otra cosa se aproximaban a la categoría de los reptiles, y sus líneas del cuerpo recordaban algo a las del cocodrilo, algo también a las de la foca; pero, en general, sus formas eran totalmente ajenas a las formas conocidas por naturalistas y paleontólogos. Eran del tamaño de un hombre pequeño y sus patas anteriores terminaban en unos órganos evidentes y delicados, curiosamente parecidos a manos y dedos

humanos. Pero lo más extraño de todo eran sus cabezas, cuyo contorno violaba todos los principios biológicos conocidos. A nada podían ser comparadas con exactitud. Yo, en un instante, las compararé a cosas tan distintas como el gato, el bulldog, el sátiro mitológico y el ser humano. Ni el propio Júpiter habría tenido una frente tan colosal y protuberante; y la presencia de cuernos, la falta de nariz y la semejanza de sus mandíbulas con las del caimán, colocaban a esos seres fuera de cualquier categoría preestablecida. Me debatí algún tiempo, intentando averiguar con certeza la realidad de estas momias, pues casi llegué a sospechar que pudieran ser ídolos artificiales; pero pronto llegué a la certidumbre de que se trataba, en efecto, de alguna especie paleontológica que habría existido cuando aún la ciudad sin nombre estaba viva. Para coronar su grotesca monstruosidad, la mayor parte de ellas estaba suntuosamente ataviada con los más costosos paños y pródigamente enjoyada con ornamentos de oro, gemas y desconocidos metales preciosos.

La importancia de aquellas criaturas reptantes debía de haber sido enorme, pues sus imágenes ostentaban un lugar preeminente en los frescos que decoraban los muros y el techo. Con destreza sin par, los había pintado el artista, situándolos en su propio mundo de ciudades y jardines realizados conforme a sus dimensiones; y, al ver estas pinturas, no pude por menos de pensar que aquella su historia gráfica debía sin duda de ser alegórica, refiriéndose en realidad, no a ellos, sino a la raza que les rendía culto. Esas criaturas —me dije— han debido de ser para los hombres de la ciudad sin nombre algo así como lo que fue la loba para Roma o cualquier animal totémico para una tribu de indios.

Estudiando estas pinturas, pude llegar a reconstruir, a grandes rasgos, la maravillosa epopeya de la innominada ciudad, la leyenda de una poderosa metrópoli costera que había regido el mundo antes de que África brotase de las aguas, y las luchas que habían sostenido cuando el mar se fue retirando y el desierto se deslizó en el fértil valle en que se levantaba. Vi sus guerras y triunfos, sus tragedias y derrotas; y, después, su terrible lucha contra el desierto, cuando miles de sus habitantes —aquí representados alegóricamente por los grotescos reptiles— se fueron labrando su propio camino, en forma maravillosa, a través de la

roca, hacia las profundidades donde existía otro mundo del que les habían hablado sus profetas. Todo era a la vez realista y fantástico en las pinturas, y su relación con el espantoso descenso que acababa yo de hacer era innegable. Incluso reconocí muchos pasajes.

Mientras continuaba arrastrándome por el corredor hacia la luz, seguí viendo escenas posteriores de aquella epopeya gráfica: la despedida de la raza que habitó la ciudad sin nombre y el valle que la rodeara durante diez millones de años, raza cuyos espíritus se retiraron de aquellos parajes tan familiares, donde habían vivido como nómadas cuando la tierra era joven, tallando en la roca virgen aquellos primitivos templos sagrados en los que nunca cesó el culto. Ahora que la luz iba aumentando, podía estudiar las pinturas más de cerca; y, recordando siempre que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, hice varias consideraciones sobre las costumbres de la ciudad sin nombre. Había muchas cosas curiosas e inexplicables. La civilización aquélla, que poseía un alfabeto gráfico, había alcanzado, al parecer, un nivel cultural más alto que las civilizaciones, inconmensurablemente posteriores, de Egipto y Caldea; y, sin embargo, llamaban la atención ciertas sorprendentes omisiones. Por ejemplo, no pude encontrar ninguna pintura que representase muertes o costumbres funerarias, salvo las inevitablemente relacionadas con guerras, violencias y plagas; y me pregunté por qué mostraron tal reserva en lo referente a la muerte natural. Era como si hubieran incubado un ideal de inmortalidad, como íntima ilusión.

Conforme me acercaba al final del pasadizo, las escenas pintadas aumentaban en brillantez y extravagancia: veía ahora el contraste que existía entre la ciudad sin nombre, en su deserción total y ruina creciente, y el nuevo y extraño reino paradisíaco hasta llegar al cual aquella raza labró su camino a través de la piedra. En estas escenas, la ciudad y el valle desierto aparecerían siempre a la luz de la luna, como si un nimbo dorado aureolase los derruidos muros que apenas revelaban ya la espléndida perfección de tiempos pasados; y todo ello lo había representado el artista de un modo esquivo y espectral. Las escenas paradisíacas eran tan extravagantes como increíbles; retrataban un mundo oculto, en eterno día, henchido de gloriosas ciudades y etéreos valles y colinas. Hacia el final empecé a ver, por último, signos de una decadencia artís-

tica. Las pinturas allí eran ya menos diestras y mucho más grotescas incluso que las más salvajes y brutales de las escenas anteriores. Parecía indicar una lenta declinación de la antigua estirpe, mezclada con un odio creciente hacia el mundo exterior, del cual había sido expulsada por el desierto. Las formas de los habitantes —siempre representadas por los sagrados reptiles— parecían ir decayendo gradualmente, mientras su espíritu, simbolizado en un claro de luna que nimbaba las ruinas en forma de halo, iba aumentando en proporción. Escuálidos sacerdotes, representados como reptiles envueltos en costosos atavíos, maldecían el aire del mundo superior y a todo aquel que lo respirase; y una terrible escena final mostraba a un hombre de aspecto primitivo, quizá un pionero de la ancestral Irem, la Ciudad de los Pilares, desgarrado, despedazado por los miembros de esta raza más antigua aún. Recordé el terror que mostraban los árabes por la ciudad sin nombre, y me alegré de que a partir de este punto ya no hubiese más pinturas en muros ni techos.

Mientras contemplaba dicha procesión de historia mural, me había ido aproximando al extremo de aquel corredor de techo bajo; y me di cuenta de que terminaba en una puerta, a través de la cual llegaba la fosforescente iluminación. Me acerqué a rastras a la puerta y, anodado por la sorpresa al ver lo que había al otro lado, di un grito, pues, en vez de otras cámaras más brillantes, se extendía sólo un ilimitable vacío de uniforme esplendor, tal como se podría ver, quizá, desde lo alto del Everest mirando hacia abajo, hacia un mar de nieblas, resplandecientes por el sol. A mi espalda quedaba un pasadizo tan apretado que no me podía poner en pie; ante mí se abría un infinito de refulgencia subterránea.

Desde el pasadizo en que yo estaba, se hundía en el abismo el comienzo de un vertiginoso tramo de escalones —minúsculos, innumerables escalones como los de los negros pasajes que ya había atravesado— pero, más allá de unos pocos peldaños primeros, ya los vapores resplandecientes lo ocultaban todo. Engoznada y abierta contra la pared izquierda del pasadizo había una maciza puerta de bronce, increíblemente gruesa, decorada con fantásticos bajorrelieves, la cual, al cerrarse, podía dejar aislado todo aquel mundo de luz interior que se abría más allá de las bóvedas y pasadizos de roca. Miré los peldaños y, por esta vez, no me atreví a

intentar la bajada. Toqué la abierta puerta de bronce y no pude moverla. Entonces me dejé caer de bruces sobre el suelo de piedra, con la mente encendida por prodigiosas reflexiones que ni aun mi mortal postración podía ahuyentar.

Mientras yacía allí, inmóvil y con los ojos cerrados, muchos detalles de los frescos, en los que apenas había reparado al pasar, volvieron a mí con nueva y terrible significación: escenas que representaban la ciudad sin nombre en su época de apogeo, rodeada por la vegetación del valle y las tierras lejanas con que traficaban sus mercaderes. La alegoría de las reptantes criaturas me intrigaba, pues era indicio de que se les concedía una importancia privilegiada, sobrehumana, y se me ocurrió que también en este punto debería haber sido rigurosamente fiel una historia gráfica expresada con tal extensión. Por otra parte, en los frescos se presentaba a la ciudad sin nombre con unas proporciones adecuadas a los reptiles. Me pregunté cuáles habrían sido sus dimensiones y magnificencias verdaderas, y me vi obligado a reflexionar un instante sobre ciertas rarezas que había observado en las ruinas. Pensé con curiosidad en la escasa altura de los primeros templos y del corredor subterráneo, y me dije que sin duda, habían sido excavados así por deferencia a las deidades reptiles que allí se adoraban, aunque forzosamente ellos obligase a reptar a sus adoradores. Quizá la reptación, es decir, la imitación de las criaturas divinizadas, formaba parte incluso de los mismos ritos del culto. Sin embargo, ninguna teoría religiosa podía ya explicar con tanta facilidad por qué los pasadizos horizontales de aquel espeluznante descenso eran tan bajos como los templos, o quizá más, pues en ellos ni siquiera se podía poner uno de rodillas. Al pensar en las criaturas reptantes cuyas horribles formas momificadas tan cerca estaban de mí, sentí una nueva pulsación de terror. Las asociaciones mentales son curiosas, y yo me estremecí al pensar que, excepto el pobre hombre primitivo que aparecía despedazado en el último mural, la mía era la única forma humana entre aquellas muchas reliquias y símbolos de una vida primigenia.

Pero, como ocurría siempre a lo largo de mi extraña vida errante, pronto el terror dejó paso a la admiración; pues el luminoso abismo y lo que pudiera contener, representaban un problema digno del más grande explorador. No dudaba de que, bajo aquella

huida vertiginosa de diminutos escalones, se abría un mundo mágico y misterioso, en el que esperaba encontrar, por fin, los signos humanos que el corredor pintado había rehusado mostrarme. Los frescos habían representado ciudades increíbles y valles en este reino inferior, y mi fantasía vagaba dilatadamente por las ruinas ricas y colosales que sin duda allí me esperaban.

Mis terrores, ciertamente, se relacionaban más con el pasado que con el futuro. Ni siquiera el horror físico de mi situación en aquel estrecho corredor de reptiles muertos y de frescos antediluvianos, a muchas millas por debajo del mundo conocido y frente a otro mundo de luz y niebla pavorosas, podía igualar al mortal terror que me inspiraba la abismal antigüedad de la escena y su alma. De las piedras primigenias y templos roqueros de la ciudad sin nombre parecía desprenderse una antigüedad remota, imposible de calcular; y los más modernos de entre los asombrosos mapas que se veían en los frescos mostraban océanos y continentes que el hombre ya ha olvidado, en los cuales sólo aquí o allá aparecía algún contorno vagamente familiar. Qué había sucedido en las eras geológicas posteriores al cese de las pinturas y a la dolorosa decadencia y ruina de aquella raza que odiaba la muerte, era algo que ningún hombre podía decir. Un día la vida había animado bulliciosamente estas cavernas y el reino luminoso que se abría más allá; ahora estaba yo solo entre sus reliquias venerables, y me estremecí al pensar en las edades incontables a lo largo de las cuales estas reliquias habían mantenido una vigilancia silenciosa y solitaria.

Súbitamente me cogió otra explosión de aquel agudo terror que me asaltaba a veces desde que vi por primera vez el valle terrible y la ciudad sin nombre bajo aquella fría luna; y, pese a mi agotamiento, sentí el impulso frenético de sentarme y mirar hacia atrás, hacia el negro corredor que conducía a los túneles que se alzaban hacia el mundo exterior. Mis sensaciones eran semejantes a las que me había impulsado a huir de la ciudad sin nombre la noche anterior, y eran tan inexplicables como punzantes. Pero un momento después recibí, sin embargo, una impresión más fuerte aún, producida por la audición de un sonido concreto, el primero que rompía el total silencio de aquellas profundidades de tumba. Era un plañido profundo, bajo, como de un lejano tropel de espíritus condenados, y venía de la dirección en que yo miraba. Fue

aumentando rápidamente de volumen y pronto hizo vibrar espantosamente todo el bajo corredor; y, al mismo tiempo, noté una corriente de aire frío que iba en aumento y también procedía de los túneles y la ciudad de arriba. El contacto helado de este aire pareció restaurar mi equilibrio anímico, pues instantáneamente me acordé de las súbitas ráfagas que se habían alzado en torno a la boca del abismo en cada anoche y amanecer, una de las cuales, por cierto, me había revelado la existencia de los túneles ocultos. Miré al reloj y vi que la aurora debía estar próxima, de modo que me preparé para resistir la tormenta que regresaba asoladoramente a su cavernoso hogar, igual que, asoladoramente, había surgido de él al anoecer. Mi espanto volvió a disminuir, pues la presencia de un fenómeno natural siempre tiende a dispersar toda clase de lucubraciones sobre lo desconocido.

Cada vez más locamente se derramaba el ululante, plañidero viento nocturno en aquel golfo de las entrañas de la tierra. Me volví a arrojar de bruces e intenté en vano agarrarme al suelo, temiendo ser barrido materialmente y arrojado, a través de la puerta abierta, al fosforescente abismo. No había esperado tanta furia; y, cuando me di cuenta de que, muy poco a poco me iba deslizandohacia el abismo, me acosaron mil nuevos terrores fantásticos. La malignidad de la ráfaga despertó en mí increíbles fantasías: una vez más me comparé, estremecidamente, a la única imagen humana de aquel espantoso corredor, a aquel hombre que había sido destrozado por la raza sin nombre, pues en aquellas desgarradoras ráfagas arremolinadas parecía residir un furor vengativo, tanto mayor cuanto que era impotente. Creo que, muy cerca ya del borde del abismo, grité frenéticamente —estaba medio loco—, pero, si lo hice, mis gritos se debieron perder en la infernal Babel de soplos ululantes. Intenté avanzar a rastras en contra del invisible torrente criminal, pero ni siquiera pude detener mi lento e inexorable arrastre hacia el mundo desconocido. Finalmente, mi razón debió romperse totalmente, pues me entregué a balbucear una y otra vez aquel inexplicable dístico del loco árabe Alhazreb que había soñado con la ciudad sin nombre:

Sólo los torvos y pensativos dioses del desierto saben lo que realmente sucedió, qué luchas y qué esfuerzos indescriptibles tuve que realizar, o qué diablo me guió de nuevo hasta la vida, donde

ya nunca podré dejar de estremecerme cuando sople el viento nocturno, hasta que el olvido —o algo peor— me reclame. Monstruoso, antinatural, colosal fue lo que vi, remotamente más allá de todo cuanto puede ser creído por el hombre, excepto en esas pocas horas, condenadas y silenciosas, de la madrugada, en que uno no puede dormir.

Ya he dicho que el furor de la ráfaga impetuosa era infernal —cacodemoníaco— y que sus voces eran espantosas y estaban contaminadas de viciosas y desoladas eternidades. Entonces, las voces, que aún resonaban caóticas delante de mí, parecieron a mi mente alucinada que se volvían articuladas a mi espalda; y allá abajo, en aquella tumba de antigüedades muertas desde edades innumerables, hundida bajo el humano mundo iluminado por la aurora, escuché los gruñidos y maldiciones de demonios de extraño lenguaje. Volviéndome, vi, recortado contra el éter luminoso del abismo, lo que no podía ser visto en la oscuridad del corredor: una horda de pesadilla, de diablos precipitándose, retorcido por el odio, grotescamente monstruosos, en el abismo, diablos medio transparentes, de una raza para mí inconfundible: los reptiles de la ciudad sin nombre.

Y cuando el viento cesó, me vi sumergido en la oscuridad mortal de las entrañas de la tierra; porque, después de que la última de las criaturas hubo pasado, la gran puerta de bronce se cerró con un estruendo ensordecedor de metálica música, cuyos ecos se extendieron hasta el lejano mundo superior para saludar al sol que acababa de nacer, igual que Memnón lo saluda desde las riberas del Nilo.

EL JOVEN GOODMAN BROWN

NATHANIEL HAWTHORNE*

Caía la tarde sobre el pueblo de Salem cuando el joven Goodman Brown salió a la calle; pero una vez cruzado el zaguán, volvió la cabeza para intercambiar con su joven esposa un beso de despedida. Y Fe, pues éste era su nombre —por cierto que muy adecuado—, asomó su linda cabeza a la calle, dejando que el viento jugara con las cintas color rosa de su gorrito mientras llamaba a Goodman Brown.

—Corazón mío —murmuró ella con dulzura no exenta de tristeza, cuando sus labios hubieron rozado sus oídos—, te suplico que aplaces tu viaje hasta el amanecer y que duermas esta noche en tu cama. Una mujer sola se ve asaltada por tales sueños y pensamientos que a veces siente miedo de sí misma. Te ruego, querido esposo, que te quedes conmigo esta noche, tan sólo ésta entre todas las del año.

—Mi amor, mi Fe —replicó el joven Goodman Brown—, de todas las noches del año, ésta es la única en que debo separarme de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, es decir, la ida y la vuelta, debo realizarlo entre estos momentos y el amanecer. ¿Cómo dudas de mí, mi dulce y bella esposa, si apenas hace tres meses que nos hemos casado?

—Entonces que Dios te bendiga —dijo Fe, con sus rosadas cintas al aire—. Y ojalá que encuentres todo bien a tu regreso.

—¡Amén! —exclamó Goodman Brown— Reza tus oraciones, querida Fe, y acuéstate al anochecer, que nadie te hará daño alguno.

Separáronse; y el joven Goodman Brown prosiguió su camino hasta que al ir a doblar la esquina a la altura de la iglesia, miró

* Nathaniel Hawthorne, norteamericano (1804-1864). Autor de *La letra escarlata* y *La hija de Rapaccini*, entre otros cuentos, diarios y novelas.

hacia atrás y se dio cuenta de que Fe le estaba siguiendo con la mirada; a pesar de sus cintas rosas, su aspecto era ciertamente melancólico.

—Pobrecita Fe —pensó él con el corazón afligido—. ¡Cuán despreciable soy abandonándola para semejante cometido! Me ha hablado de sus sueños y, al hacerlo, me ha parecido que la amargura se pintaba en su rostro, como si un sueño le hubiese avisado de lo que va a acontecer esta noche. Pero no, no es posible, sólo el pensarlo la mataría. Bien, ella es un ángel bendito venido a este mundo y, después de esta noche, me pegaré a sus faldas y no dejaré de seguirla hasta llegar al cielo.

Con tan inmejorables propósitos para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para acelerar el paso rumbo a su infame objetivo de la hora presente. Había tomado un camino sórdido, ensombrecido por los árboles más tenebrosos del bosque que, apenas apartados para poder pasar, ya se habían cerrado tras él de inmediato. El paraje no podía ser más solitario. Hay algo muy peculiar en esta soledad, y es que el viajero ignora lo que pueden ocultar los innumerables troncos y el espeso follaje que se alza ante él, así que en su solitario caminar puede ir acompañado de una multitud invisible.

—Puede haber un indio endemoniado detrás de cada árbol —se dijo Goodman Brown; y, mirando temerosamente hacia atrás, añadió—, ¿y si estuviera a un paso del mismísimo diablo?.

Al llegar a una curva del camino volvió la vista atrás, y cuando miró nuevamente al frente, se topó con la silueta de un hombre, severa y pulcramente ataviado, sentado al pie de un viejo árbol. Al acercársele Goodman Brown, se levantó y echó a andar, codo con codo a su lado.

—Llegas tarde, Goodman Brown —dijo—. Cuando pasé por Boston, el reloj de Old South estaba dando las campanadas y de eso hace un buen cuarto de hora.

—Fe me entretuvo un rato —replicó el joven, con la voz temblorosa a causa de la repentina, aunque no del todo inesperada, aparición de su compañero.

Era ya noche cerrada en el bosque; sobre todo, en la zona que atravesaban nuestros dos personajes. Por lo poco que podía apreciarse, el segundo viajero tenía unos cincuenta años y parecía per-

tenecer a la misma clase social que Goodman Brown, con el que guardaba un notable parecido, aunque tal vez más por la expresión que por los rasgos. No obstante, podrían fácilmente pasar por padre e hijo. Y, sin embargo, aunque el traje y los modales del mayor edad eran igual de sencillos que los del más joven, el primero tenía ese aire indescriptible de alguien que conoce el mundo, y que no se sentiría avergonzado en la mesa del gobernador ni en la del rey Guillermo, si sus asuntos le llevaran hasta allí. Pero lo único que llamaba la atención en él era su bastón, que tenía el aspecto de una gran serpiente negra, tan ingeniosamente labrada que se curvaba y contorsionaba como una serpiente de verdad. Naturalmente, esto bien podía ser una ilusión óptica, a la que contribuiría la escasa luz reinante.

—Vamos, Goodman Brown —exclamó su compañero de viaje—. Paso muy cansino es éste para estar al principio de la caminata; ya que tan pronto te fatigas, coge mi bastón.

—Amigo —dijo el otro trocando su lento caminar por una detención absoluta—, hemos convenido en encontrarnos aquí, mas ahora es mi propósito regresar por donde he venido, pues siento escrúpulos respecto al asunto que nos concierne.

—¿Con ésas vienes? —replicó el de la serpiente, disimulando una sonrisa—. Sigamos, empero, hablando mientras caminamos: y si te convengo no has de volver atrás. Apenas nos hemos internado un poco en el bosque.

—Para mí es demasiado, idemasiado lejos! —exclamó el buen hombre, echando a andar de nuevo sin darse cuenta—. Mi padre jamás se aventuró en el bosque en una correría de esta clase, ni tampoco el padre de mi padre. Desde los tiempos de los mártires hemos sido una casta de hombres honestos y buenos cristianos; y yo sería el primero de los Brown que tomase ese camino y lo siguiera...

—Con semejante compañía, ibas a decir —observó el de mayor edad interpretando su pausa—. ¡Muy bien dicho, Goodman Brown!, he sido tan amigo de tu familia como de muchos otros puritanos, lo cual no es decir poco. Ayudé a tu abuelo, el policía, cuando azotaba tan cruelmente a aquella cualquiera por las calles de Salem; y fui yo quien alcanzó a tu padre la tea de pino encendida en mi propio hogar con la que pegó fuego al poblado indio durante la

guerra contra el rey Felipe. Ambos eran buenos amigos míos; han sido muchos los animados paseos que hemos dado juntos por este camino, tantos como nuestros alegres regresos pasada la medianoche. Será para mí un placer que, en memoria suya, tú y yo seamos amigos.

—Si fuera como dices —replicó Goodman Brown— mucho me asombra que nunca me hablasen de tales asuntos; o, a decir verdad, no me sorprende, pues el menor rumor de este género les habría llevado a ser expulsados de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración y buenas obras, además, y no nos dedicamos a semejantes infamias.

—Infamias o no —dijo el viajero del bastón retorcido—, tengo muchas amistades aquí en Nueva Inglaterra, los diáconos de muchas iglesias han bebido conmigo el vino de la comunión; los notables de las ciudades me han hecho su presidente; y casi todos los miembros del Gran Consejo General son firmes defensores de mis intereses. El gobernador y yo también..., pero esto son secretos de Estado.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó Goodman Brown, mirando con asombro a su inmutable compañero—. Sin embargo, nada tengo que ver con el gobernador ni con el consejo; ellos tienen sus propias costumbres, que no pueden valer para un simple aldeano como yo. Pero, si os acompañara, ¿cómo podría después mirar a la cara a ese venerable anciano, nuestro pastor del pueblo de Salem?, ¡oh! su voz me haría temblar los domingos y los días de sermón.

Hasta entonces, el viajero de más edad había estado escuchando con la debida seriedad, pero ahora rompió en irreprimibles carcajadas, agitándose con tanta violencia que su serpenteante bastón parecía contorsionarse al unísono, como por contagio.

—¡Ja, ja, ja! —reía una y otra vez. Luego tranquilizándose, dijo—: Ea, continúa, Goodman Brown, continúa; pero te lo ruego no me mates de risa.

—Bien, entonces, para acabar con este asunto —dijo Goodman Brown, considerablemente irritado—, está Fe, mi mujer. Le destrozaría su querido corazoncito; y antes que eso me arrancaría el mío.

—Nada, si es así —respondió el otro—, sigue tu camino. Ni por veinte ancianas como la que renquea ante nosotros quisiera yo que Fe sufriera daño alguno.

Diciendo esto señaló con su bastón hacia una silueta femenina que avanzaba por el sendero, en la que Goodman Brown reconoció a una dama piadosísima y ejemplar, que le había enseñado el catecismo en su juventud y que todavía seguía siendo su consejera moral y espiritual, junto con el pastor y el diácono Gookin.

—Es realmente increíble que Goody Cloyse se interne tanto en la espesura a la caída de la noche —dijo—. Pero con vuestra venia, amigo, daré un rodeo a través de la arboleda hasta que hayamos dejado atrás a esta cristiana mujer. Como no la conocéis podría preguntarme quién me acompaña y adónde me dirijo.

—Sea como dices —dijo su compañero de viaje—. Ve tú entre los árboles y deja que yo siga mi camino.

Así pues, el joven se apartó, pero teniendo cuidado de no perder de vista a su compañero, que avanzó lentamente por el camino hasta que hubo dado alcance a la anciana dama. Mientras tanto, ésta corría a toda prisa, con una presteza bien singular en una mujer tan entrada en años, musitando al tiempo que caminaba palabras ininteligibles, sin duda una plegaria. El viajero alzó su bastón y tocó su marchita nuca con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El diablo! —gritó la piadosa anciana.

—¿Así que Goody Cloyse reconoce a su viejo amigo? —observó el viajero, encarándosele mientras se apoyaba en su serpiente bastón.

—¡Ah!, desde luego. ¿Así es vuesa merced en persona? —exclamó la buena señora— Ah, sí que lo es, con la misma imagen de mi viejo compadre, Goodman Brown, el abuelo del idiota de ahora. Pero, ¿querrá creerlo vuesa merced?, mi escoba ha desaparecido sorprendentemente, robada, sospecho, por Goody Coory, esa bruja a la que todavía no han colgado, y precisamente, cuando estaba yo bien untada con el bálsamo de ojo de apio silvestre, cincoenrama y acónito...

—Mezclado con harina de trigo y la grasa de un niño recién nacido —dijo el doble del viejo Goodman Brown.

—Ah, vuesa merced conoce la receta —exclamó la anciana, lanzando una estruendosa carcajada—. Así pues, como iba diciendo, preparada ya para la reunión y sin montura, me hice a la idea de ir caminando, pues me han dicho que esta noche comulga

un guapo joven. Pero ahora vuesa merced me dará su brazo y estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso no es posible —respondió su amigo—. No puedo darle mi brazo, Goody Cloyse; pero aquí está mi bastón, si lo desea.

Diciendo esto, lo arrojó a sus pies, donde cobró vida propia, pues era una de aquellas varas prestadas hace mucho tiempo a los magos egipcios. Sin embargo, Goodman Brown no pudo percatarse de esto último. Había elevado sus ojos al cielo lleno de asombro y al volver a bajarlos no vio a Goody Cloyse, ni el bastón serpenteante, sino a su compañero de viaje, que le esperaba solitario y tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido.

—Esa anciana fue la que me enseñó el catecismo —dijo el joven; y en tan escueto comentario latía todo un mundo de significaciones.

Prosiguieron su marcha, mientras el viajero de más edad exhortaba a su compañero a apresurarse y a continuar la expedición, discurriendo tan acertadamente que se diría que sus argumentos brotaban directamente del pecho de su interlocutor en vez de sugerirlos él mismo. Mientras caminaban, cogió una rama de arce para utilizarla como bastón y comenzó a arrancarle los brotes y retoños que estaban húmedos del rocío. Nada más tocarlos con sus dedos se marchitaban inexplicablemente, como si hubieran estado toda una semana secándose al sol. Caminó así la pareja durante un rato hasta que de repente, al llegar a un siniestro recodo del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

—Amigo —dijo en tono obstinado—, estoy decidido. No daré un paso más en esta expedición. ¿Qué me importa a mí que una despreciable vieja haya optado por entregarse al diablo, cuando yo creía que iba derecha al cielo? ¿Es ésa una razón para que yo abandone a mi querida Fe y me vaya tras ella?

—Será mejor que lo pienses dos veces —dijo su acompañante sosegadamente—. Siéntate aquí y descansa un rato; y cuando decidas volver a ponerte en marcha, aquí está mi bastón para que te apoyes en él.

Sin más palabras arrojó a su compañero el bastón de arce, poniéndose, acto seguido, fuera del alcance de su vista, con tal celeridad que parecía que se hubiera desvanecido en la creciente

penumbra. El joven permaneció sentado durante algunos momentos al borde del camino, felicitándose a sí mismo y pensando que cuando cruzase con el pastor durante su paseo matinal tendría la conciencia bien limpia y no se avergonzaría ante la mirada del diácono Gookin. ¡Y qué tranquilo sería su sueño esta misma noche que iba a haber estado dedicado a cosas tan culpables, pero que ahora iba a ser tan pura, tan dulce en los brazos de Fe! En medio de tan placenteras y loables meditaciones, Goodman Brown oyó un trote de caballos por el camino y consideró aconsejable ocultarse entre el follaje, consciente del culpable propósito que le había llevado hasta allí, aunque ahora lo hubiera felizmente abandonado.

Ya se aproximaban el ruido de los cascos y voces de los jinetes, dos voces graves, dos personas de edad, que conservaban sosegadamente. Estos sonidos entremezclados parecían producirse en el camino, a pocos metros del escondite del joven, pero, debido sin duda a la considerable oscuridad reinante en aquel paraje, ni los caballeros ni sus caballos eran visibles. Aunque sus siluetas rozaron al pasar las frágiles ramitas del camino, no se pudo ver que interceptaran ni por un momento el débil resplandor que todavía iluminaba el cielo bajo el que debieron pasar. A veces agachado, a veces de puntillas, apartando el ramaje y estirando la cabeza todo lo que podía, Goodman Brown no llegó a distinguir más que vagas sombras. Ello le irritó sobremanera, pues había jurado, caso de ser eso posible, haber reconocido las voces del pastor y del diácono Gookin, cabalgando tranquilamente, como solían hacerlo cuando se dirigían a una ordenación o algún consejo eclesiástico. Todavía se les oía cuando uno de los jinetes se detuvo para coger una varita.

—Si tuviera que elegir entre las dos cosas, reverendo —dijo la que parecía la voz del diácono—, antes hubiera preferido perderme una cena de ordenación que la reunión de esta noche. Me han dicho que vendrán algunos miembros de nuestra comunidad de Falmouth, y aún de más lejos, otros de Connecticut y Rhode Island, además de varios hechiceros indios, quienes, a su manera, son tan entendidos en las cosas del diablo como los mas aventajados de nosotros. Por si fuera poco, se administrará la comunión a una hermosa muchacha.

—Completamente de acuerdo, diácono Gookin —replicó el solemne y familiar tono de voz del pastor—. Apresurémonos o vamos a llegar tarde. Como bien sabéis, nada puede hacerse hasta que llegue yo.

Volvióse a oír el repiqueteo de los cascós; y las voces, que tan misteriosamente hablaron en el vacío, se perdieron en aquel bosque donde jamás se congregó iglesia alguna ni nunca rezó un solo cristiano.

—¿Adónde, pues, podrían dirigirse aquellos santos varones que se adentraban en la pagana espesura? —el joven Goodman Brown se agarró a un árbol para sujetarse, pues estaba a punto de desmayarse, desfallecido y abrumado por el peso que acababa de caer en su corazón. Miró hacia el cielo, dudando de si realmente habría uno sobre su cabeza. Y efectivamente allí estaba la bóveda azul en la que brillaban las estrellas.

—¡Con el cielo arriba y Fe abajo me mantendré firme ante el diablo! —gritó Goodman Brown.

Todavía tenía la mirada clavada en la elevada bóveda del firmamento y acababa de enlazar sus manos en oración, cuando una nube, pese a no correr ningún viento, irrumpió en el cénit y ocultó las resplandecientes estrellas. El cielo azul era todavía visible, excepto en el espacio que le cubría la cabeza, donde esa negra masa de nubes se deslizaba velozmente hacia el norte. De las alturas, se diría que de las profundidades de la nube, vino un confuso e incierto rumor de voces. Al principio, el que escuchaba creyó distinguir el habla de la gente de la aldea, de sus paisanos y paisanas, los piadosos y los impíos: con muchos había compartido la comunión, mientras que a otros los había visto entregándose al vicio en la taberna. Algo más tarde, los sonidos se hicieron tan confusos que dudó si habría oído algo que no fuera el murmullo de la vetusta arboleda, aunque no hubiera viento alguno. Luego, aquellos timbres familiares de voz, oídos diariamente al amanecer en el pueblo de Salem, pero nunca hasta entonces viniendo de una nube en plena noche, irrumpieron con mayor fuerza. Se oyó la voz de una muchacha prorrumpiendo en lamentaciones, si bien su pesar era un tanto ambiguo, que suplicaba algún tipo de favor cuya obtención tal vez le deparara nuevas aflicciones; y toda aquella invisible multitud, tanto justos como pecadores, parecía animarla a seguir adelante.

—¡Fe! —gritó Goodman Brown, con voz de angustia y desesperación; y el eco del bosque se burlaba repitiendo: “¡Fe!, ¡Fe!”, como si fuesen muchos los desgraciados que la buscaban, perdidos en medio de la espesura.

Todavía traspasaba la noche aquel grito de dolor, ira y terror, y el desventurado marido contenía el aliento esperando una respuesta, cuando oyó un agudo chillido, ahogado inmediatamente por el rumor de voces más fuertes, que se desvaneció después en lejanas carcajadas, mientras se evaporaba la sombría nube. Sobre Goodman Brown brillaba un cielo despejado y silencioso. Pero algo bajó revoloteando levemente, algo que al final se quedó prendido en la rama de un árbol. El joven lo tomó y vio que se trataba de una cinta rosa.

—¡Mi Fe se ha ido! —gritó tras un momento de estupefacción— No existe bien sobre la tierra; y el pecado no es más que una palabra; ven, diablo; tuyo es este mundo.

Y, prorrumpiendo en grandes y ruidosas carcajadas, enloquecido de desesperación, Goodman Brown agarró su bastón y se puso de nuevo en marcha, a tal velocidad que en vez de andar o correr se diría que volaba por el camino del bosque. El sendero se hizo más agreste y sombrío, de contornos más indefinidos, que acabaron por desvanecerse dejando al joven en el centro de aquella siniestra soledad, corriendo todavía hacia adelante con el instinto que guía a los mortales hacia el mal. Todo el bosque estaba poblado de sonidos aterradores: el crujido de los árboles, el aullido de las bestias salvajes, los gritos de los indios. A veces, el viento sonaba como el tañido de la campana de una lejana iglesia, mientras que otras rugían poderosamente en torno al viajero, como si la naturaleza se estuviese mofando de él. Pero el mayor horror de esta escena era él mismo, y en absoluto retrocedió ante los demás horrores.

—¡Ja, ja, ja! —rugía Goodman Brown mientras el viento le hacía burla— Veremos quién ríe al último. ¡No creas que vas a asustarme con tus satánicas argucias! ¡Venid brujos, venid brujas, venid hechiceros indios, y que venga el diablo en persona! ¡Aquí llega Goodman Brown! ¡Podéis temerle tanto como él os teme a vosotros!

En verdad, nada había en aquel bosque embrujado que inspirase más terror que la estampa de Goodman Brown. Volaba entre

los negros pinos, blandiendo su bastón con gesto frenético, ora dando rienda suelta a horribles blasfemias, ora prorrumpiendo en tales carcajadas que se diría que a su alrededor todos los ecos del bosque rieran como demonios. El demonio, cuando adopta su propia forma, no es tan horrible como cuando desencadena su furia en el pecho del hombre. De este modo prosiguió el endemoniado su vertiginosa carrera hasta que divisó ante sí, oscilando entre los árboles, un resplandor rojizo, como si alguien hubiera prendido fuego a troncos y ramas caídas que proyectasen su diabólico fulgor sobre el cielo de medianoche. Cuando la tempestad que le arrasaba bosque adentro amainó, se detuvo; y entonces llegó hasta él la algrada de lo que parecía ser un himno que resonase solemnemente a la distancia, con el clamor de mil voces. Conocía la melodía; la cantaban habitualmente en el coro del templo de su pueblo. La estrofa se extinguió roncamente, prolongada por un coro, no de voces humanas, sino de todos los ruidos que la sonora maleza tañía en horrisona armonía. Goodman Brown gritó, pero su grito le resultó inaudible al confundirse con el fragor de la agreste naturaleza.

En el intervalo de silencio que siguió, Goodman Brown avanzó sigilosamente hasta que el resplandor le dio de lleno a los ojos. En un extremo de un claro cercado por la oscura muralla del bosque, alzábase una roca que guardaba una semejanza ruda y natural con un altar o un púlpito, rodeada por cuatro refulgentes pinos, cual cirios de una misa nocturna, las copas en llamas e incólumes los troncos. El follaje que coronaba la cumbre de la roca ardía por los cuatro costados, encendiendo con fuerza la noche e iluminando intermitentemente todo su entorno. Las ramas y los festones de hojas arrojadas al fuego lanzaban chispas. Al compás de aquella luz carmesí, una numerosa congregación resplandecía y desaparecía alternativamente como si, emergiendo de las tinieblas, poblase de un fogonazo las entrañas de aquellos solitarios bosques.

—He aquí una asamblea tan circunspecta como sombría por su indumentaria —articuló para sus adentros Goodman Brown.

Y en verdad lo era. Entre ellos, oscilando una y otra vez entre la luz y las tinieblas, se veían rostros que serían vistos al día siguiente en el consejo de gobierno de la provincia y otros que, domingo tras domingo, miraban devotamente al cielo y con bene-

volencia a los bancos de los fieles, desde los más venerables púlpitos de la comarca. Hay quien afirma que estaba allí la esposa del gobernador, pero lo cierto es que había allí encumbradas damas que ella conocía bien y esposas y maridos respetables y muchas viudas y solteronas, todas ellas de excelente reputación, y encantadoras muchachas que temblaban de miedo de que sus madres pudieran verlas. Goodman Brown, a no ser que los súbitos fulgores que resplandecían sobre la oscuridad del campo lo hubieran deslumbrado, creyó reconocer a una veintena de miembros de la iglesia de Salem conocidos por su especial santidad. Gookin, el anciano y bondadoso diácono, había ya llegado y esperaba pegado a las faldas de su reverenciado pastor, aquel santo venerable. Pero, impíamente mezclado con tan sesudos, reputados y píos personajes, esos patriarcas de la iglesia, aquellas castas damas y vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de dudosa reputación, granujas abocados a todos los vicios mezquinos y despreciables, e incluso sospechosos de horribles crímenes. Era extraño comprobar cómo los virtuosos no se amedrentaban ante los malvados ni los pecadores sentían vergüenza alguna ante los santos. Diseminados entre los rostros pálidos, sus enemigos, estaban los sacerdotes indios, hechiceros, quienes no pocas veces habían sobresaltado sus bosques nativos con encantamientos mucho más abominables que cualesquiera otros conocidos por la brujería inglesa.

—¿Pero dónde está Fe? —se preguntó Goodman Brown, y se estremeció al tiempo que la esperanza empezaba a infiltrarse en su corazón.

Oyóse otra estrofa del himno, un compás lento y lastimero, de ésos que tanto gustan a las personas piadosas, pero sus palabras expresan todo lo que nuestra naturaleza pueda concebir de pecaminoso y, misteriosamente, insinuaban algo peor. Insondables son para los simples mortales los arcanos del maligno. Una y otra resonaban las estrofas, y el selvático coro seguía aumentando en sus intervalos como el tono más grave de un potentísimo órgano. Y el acorde final de aquella infame antífona coincidió con un clamor tal que se diría que el rugido del viento, el fragor de las corrientes, el aullido de las bestias y todas las demás voces de la caótica maleza, se mezclaban y armonizaban con la voz del hombre culpable, en homenaje al príncipe de todos ellos. Los cuatro pinos encendi-

los negros pinos, blandiendo su bastón con gesto frenético, ora dando rienda suelta a horribles blasfemias, ora prorrumpiendo en tales carcajadas que se diría que a su alrededor todos los ecos del bosque rieran como demonios. El demonio, cuando adopta su propia forma, no es tan horrible como cuando desencadena su furia en el pecho del hombre. De este modo prosiguió el endemoniado su vertiginosa carrera hasta que divisó ante sí, oscilando entre los árboles, un resplandor rojizo, como si alguien hubiera prendido fuego a troncos y ramas caídas que proyectasen su diabólico fulgor sobre el cielo de medianoche. Cuando la tempestad que le arrastraba bosque adentro amainó, se detuvo; y entonces llegó hasta él la algrada de lo que parecía ser un himno que resonase solemnemente a la distancia, con el clamor de mil voces. Conocía la melodía; la cantaban habitualmente en el coro del templo de su pueblo. La estrofa se extinguió roncamente, prolongada por un coro, no de voces humanas, sino de todos los ruidos que la sonora maleza tañía en horrisona armonía. Goodman Brown gritó, pero su grito le resultó inaudible al confundirse con el fragor de la agreste naturaleza.

En el intervalo de silencio que siguió, Goodman Brown avanzó sigilosamente hasta que el resplandor le dio de lleno a los ojos. En un extremo de un claro cercado por la oscura muralla del bosque, alzábase una roca que guardaba una semejanza ruda y natural con un altar o un púlpito, rodeada por cuatro refulgentes pinos, cual cirios de una misa nocturna, las copas en llamas e incólumes los troncos. El follaje que coronaba la cumbre de la roca ardía por los cuatro costados, encendiendo con fuerza la noche e iluminando intermitentemente todo su entorno. Las ramas y los festones de hojas arrojadas al fuego lanzaban chispas. Al compás de aquella luz carmesí, una numerosa congregación resplandecía y desaparecía alternativamente como si, emergiendo de las tinieblas, poblase de un fogonazo las entrañas de aquellos solitarios bosques.

—He aquí una asamblea tan circunspecta como sombría por su indumentaria —articuló para sus adentros Goodman Brown.

Y en verdad lo era. Entre ellos, oscilando una y otra vez entre la luz y las tinieblas, se veían rostros que serían vistos al día siguiente en el consejo de gobierno de la provincia y otros que, domingo tras domingo, miraban devotamente al cielo y con bene-

volencia a los bancos de los fieles, desde los más venerables púlpitos de la comarca. Hay quien afirma que estaba allí la esposa del gobernador, pero lo cierto es que había allí encumbradas damas que ella conocía bien y esposas y maridos respetables y muchas viudas y solteronas, todas ellas de excelente reputación, y encantadoras muchachas que temblaban de miedo de que sus madres pudieran verlas. Goodman Brown, a no ser que los súbitos fulgores que resplandecían sobre la oscuridad del campo lo hubieran deslumbrado, creyó reconocer a una veintena de miembros de la iglesia de Salem conocidos por su especial santidad. Gookin, el anciano y bondadoso diácono, había ya llegado y esperaba pegado a las faldas de su reverenciado pastor, aquel santo venerable. Pero, impíamente mezclado con tan sesudos, reputados y píos personajes, esos patriarcas de la iglesia, aquellas castas damas y vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de dudosa reputación, granujas abocados a todos los vicios mezquinos y despreciables, e incluso sospechosos de horribles crímenes. Era extraño comprobar cómo los virtuosos no se amedrentaban ante los malvados ni los pecadores sentían vergüenza alguna ante los santos. Diseminados entre los rostros pálidos, sus enemigos, estaban los sacerdotes indios, hechiceros, quienes no pocas veces habían sobresaltado sus bosques nativos con encantamientos mucho más abominables que cualesquiera otros conocidos por la brujería inglesa.

—¿Pero dónde está Fe? —se preguntó Goodman Brown, y se estremeció al tiempo que la esperanza empezaba a infiltrarse en su corazón.

Oyóse otra estrofa del himno, un compás lento y lastimero, de ésos que tanto gustan a las personas piadosas, pero sus palabras expresan todo lo que nuestra naturaleza pueda concebir de pecaminoso y, misteriosamente, insinuaban algo peor. Insondables son para los simples mortales los arcanos del maligno. Una y otra resonaban las estrofas, y el selvático coro seguía aumentando en sus intervalos como el tonó más grave de un potentísimo órgano. Y el acorde final de aquella infame antífona coincidió con un clamor tal que se diría que el rugido del viento, el fragor de las corrientes, el aullido de las bestias y todas las demás voces de la caótica maleza, se mezclaban y armonizaban con la voz del hombre culpable, en homenaje al príncipe de todos ellos. Los cuatro pinos encendi-

dos elevaron sus poderosísimas llamas mostrando tétricamente rostros y siluetas horripilantes entre las volutas de humo que se alzaban sobre la impía asamblea. En ese preciso instante, el fuego que circundaba la roca arrojaba llamas aún más altas, formando un arco de fuego sobre su base, en la que se hizo visible una figura. Dicho sea con todo respeto, la tal figura no guardaba la menor semejanza, ni por su porte ni por sus modales, con ninguno de los austeros doctores de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—Traed a los conversos —gritó una voz que repercutió en el campo y se perdió en la maleza.

Al oír estas palabras, Goodman Brown salió de entre las sombras de los árboles y se acercó a la congregación, con la que se sentía repugnantemente hermanado por todo cuanto de perverso había en su corazón. Hubiera jurado que no era sino su propio padre aquella figura que le observaba desde una voluta de humo haciéndole señas para que avanzara, mientras que una mujer, con difusos rasgos de desesperación, levantaba la mano para detenerlo. ¿Sería su madre? Pero no tuvo fuerzas para dar un solo paso atrás, ni para resistirse siquiera con la mente, cuando el pastor y aquel bondadoso anciano, el diácono Gookin, le cogieron por los brazos y le condujeron a la roca en llamas. Hacia el mismo lugar se dirigía la esbelta figura de una mujer, cubierta por un velo y flanqueada por Goody Cloyse, aquella piadosa catequista, y Martha Carrier, a quién el diablo había prometido ser reina del infierno. Ella sí que era una verdadera bruja. Así fueron llevados los dos prosélitos bajo el dosel de fuego.

—Bienvenidos hijos míos —dijo la tenebrosa figura—, a la comunión de vuestra estirpe. Os habéis encontrado muy jóvenes con vuestra naturaleza y vuestro destino. ¡Hijos míos, mirad a vuestra espalda!

Se dieron la vuelta y, como proyectados, por así decirlo, en una sábana de fuego, vieron a los adoradores del diablo. Todos los rostros se iluminaron con una siniestra sonrisa de bienvenida.

—Aquí, prosiguió la negra silueta, están todos aquellos a quienes habéis respetado desde que erais niños. Los creíais más virtuosos que vosotros mismos y os avergonzábais de vuestros pecados cuando os comparábais con sus vidas rectas y entregadas a la oración y a la búsqueda del cielo. Sin embargo, aquí están todos,

en mi asamblea de adoradores. Esta noche podréis conocer sus actos secretos. Sabréis cómo los venerables sacerdotes de la iglesia, de blancas barbas, susurraban palabras lascivas a las jóvenes doncellas que servían en sus casas; Cómo muchas mujeres, ansiando vestir las galas de luto, han dado a sus maridos, antes de acostarse, la pócima que entre sus brazos le conduciría a su último sueño; cómo algunos jóvenes imberbes se han apresurado a heredar antes de tiempo las riquezas de sus padres. Y cómo hermosas damiselas —no os ruboricéis, dulces criaturas— han cavado diminutas tumbas en su jardín, y sólo a mí han invitado al funeral de ese niño recién nacido. Gracias a la afinidad de vuestros humanos corazones con el pecado, olfatearéis todos los lugares —ya sea en la iglesia, en la alcoba, en la calle, en los campos, en el bosque—, en donde se haya cometido un crimen y os regocijaréis al comprobar que la tierra entera no es sino una mancha de pecado, un inmenso charco de sangre. Pero aún hay más. Podréis penetrar en cada pecho el profundo enigma del pecado, la fuente de todas las artes perversas que inagotablemente proporciona más impulsos malignos que los que ningún poder humano —ni siquiera el mío en todo su apogeo— puede llevar a la práctica. Y ahora, hijos míos, miraos el uno al otro.

Así lo hicieron; y, al resplandor de las antorchas encendidas con el fuego del infierno, el infeliz marido contempló a su Fe, y la esposa al marido temblando ante aquel sacrílego altar.

—Aquí estáis hijos míos —dijo la figura en tono grave y solemne, casi triste, en su horrenda desesperación, como si su anterior naturaleza angélica todavía pudiera afligirse por nuestra desdichada especie—. Confiábais mutuamente en vuestros corazones, abrigábais aún la esperanza de que la virtud fuera algo más que un sueño. Ahora ya estáis desengañados. El mal es la verdadera naturaleza del hombre. Sólo en el mal encontraréis la felicidad. Una vez más, bienvenidos hijos míos a la comunión de los de vuestra estirpe.

— Bienvenidos —repitieron los adoradores del diablo, con un grito de triunfo y desesperación.

Y ambos continuaban en pie, la única pareja que, al parecer, todavía vacilaba al borde de la depravación en este mundo tenebroso. En la roca había un pozo natural. ¿Contenía agua, enroje-

cida por aquel fuego horrible? ¿o acaso era sangre, o fuego líquido? En ella hundió su mano la Forma del Mal, disponiéndose a estampar la impronta del bautismo sobre sus frentes, para hacerles partícipes del misterio del pecado, para que a partir de entonces fueran más conscientes de las culpas secretas de los demás —de pensamiento o de obra— que de las suyas propias. El marido clavó sus ojos en su pálida esposa, y Fe los suyos en él. ¡Qué inmunda carroña contemplarían la próxima vez que se mirasen, temblando al unísono ante lo que les sería dado tanto descubrir como contemplar!

—¡Fe!, ¡Fe!, —gritó el marido—, ¡mira arriba, hacia el cielo, y resiste al Maligno!

Si Fe le obedeció o no es cosa que nunca llegó a saber. Apenas había hablado cuando se encontró en medio de la tranquila y solitaria noche, escuchando el rugir del viento que se adentraba en la floresta. Se agarró tambaleándose a la roca, sintiéndola fría y húmeda, mientras que una rama, hace unos instantes en llamas, le salpicaba ahora las mejillas con su gélido rocío.

A la mañana siguiente, el joven Goodman Brown avanzó lentamente por las calles del pueblo de Salem, mirando a su alrededor, presa del mayor desconcierto. El viejo y buen pastor estaba dando su acostumbrado paseo por el cementerio para abrir el apetito y meditar sobre su próximo sermón; a su paso, bendijo a Goodman Brown. Éste huyó del venerable santo como de un anatema. El anciano diácono Gookin estaba rezando en familia, y las sagradas palabras se oían a través de la ventana abierta. “¿A qué Dios estará rezando este brujo?”, se preguntó Goodman Brown. Goody Cloyse, aquella vieja y excelente cristiana, apoyada en su celosía, catequizaba al sol de la mañana a una niña que le había traído una pinta de leche recién ordeñada. Goodman Brown le arrebató violentamente a la niña, como si la arrancara de las garras del diablo. Al doblar la esquina, divisó la cabeza de Fe, con sus cintas rosas mirando ansiosamente en torno suyo y le dio tanta alegría verle que corrió por toda la calle dando saltos, y poco faltó para que besara a su marido delante de todo el pueblo. Pero Goodman Brown la miró fría y amargamente y pasó de largo sin saludarla.

¿Se habría dormido en el bosque y sólo fue una pesadilla aquel aquelarre?

Así es, así os parece. Pero, ¡ay! fue un sueño de ominosos presagios para el joven Goodman Brown. Desde la noche de aquel terrible sueño se convirtió en un hombre duro, meditabundo, receloso, por no decir desesperado. El domingo cuando la congregación entonaba los sagrados salmos no podía escucharlos, pues un pecaminoso motete le aturdía los oídos, ahogando los bellísimos compases. Cuando el pastor, con su mano sobre la Biblia abierta, hablaba desde el púlpito con energía y febril elocuencia de las sagradas verdades de nuestra religión, de vidas santificadas y muertes gloriosas y de las indescriptibles alegrías o sufrimientos futuros, entonces Goodman Brown palidecía, temeroso de que el techo se derrumbara sobre el encanecido blasfemo y sus oyentes. A menudo, despertándose súbitamente a medianoche, se apartaba del regazo de Fe; y por la mañana o a la caída de la tarde, cuando la familia se arrodillaba para rezar, fruncía el ceño y mascullaba para sus adentros, miraba severamente a su mujer y le daba la espalda. Y, tras una larga vida, cuando llevaron a la tumba su marchito cuerpo, seguido de Fe, ya anciana y de una nutrida profesión de hijos y nietos, aparte de no pocos vecinos, no fue esperanzador el epitafio que grabaron sobre su lápida porque tampoco murió con esperanza.

LA MANO ENCANTADA

GÉRARD DE NERVAL

I

LA PLAZA DAUPHINE

Nada es tan hermoso como las casas del siglo XVII que la plaza Royale ofrece en tan majestuoso conjunto. Cuando sus fachadas de ladrillos intercalados y enmarcados por molduras y cantos de piedras, y cuando sus altas ventanas se encienden con los espléndidos rayos del sol del atardecer, uno siente, al contemplarlas, la misma veneración que ante un tribunal de magistrados vestidos con ropas rojas forradas de armiño y, si no fuese una pueril comparación, se podría decir que la larga mesa verde al rededor de la cual se sientan estos temibles magistrados formando un cuadrado se parece un poco a la diadema de tilos que bordea las cuatro caras de la plaza Royale completando su grave armonía.

Hay otra plaza en la ciudad de París que no es menos agradable por su regularidad y su estilo, y que es, en triángulo, poco más o menos lo que la otra en cuadrado. Fue construida bajo el reinado de Enrique el Grande, que la llamó *plaza Dauphine*, y entonces se admiró el poco tiempo que precisaron sus edificios para cubrir el vacío terreno de la isla de la Gourdain. La invasión de este terreno fue un cruel disgusto para los clérigos que iban allí a divertirse ruidosamente, y para los abogados, que meditaban en sus alegatos: ¡era un paseo tan verde y tan florido al salir de la infecta audiencia del Palacio...!

* Gérard de Nerval, francés (1808-1854). Autor de *Aurélia y Silvie*.

Apenas se levantaron aquellas tres filas de casas sobre sus pesados pórticos cargados y surcados de salientes y tabiques, apenas fueron revestidas con sus ladrillos, abiertas sus ventanas con balaústres y cubiertas con macizos tejados, aquel linaje de gentes de justicia invadió toda la plaza, siguiendo cada uno su categoría y sus medios, es decir, en relación inversa a la altura de los pisos. Aquello se convirtió en una especie de corte de los milagros de altos vuelos, un hampa de ladrones privilegiados, guarida de picapleitos, edificada con ladrillo y piedra, mientras que las otras eran de barro y madera.

En una de aquellas casas que constituían la plaza Dauphine vivía, en los últimos años del reinado de Enrique el Grande, un personaje bastante importante, llamado Godinot Chevassut, lugarteniente civil del preboste de París; cargo a la vez muy penoso y lucrativo en un siglo en que los ladrones eran mucho más numerosos de lo que lo son hoy en día, itanto ha disminuido la probidad desde entonces en nuestra Francia!, y en el que el número de mujeres de alegre vivir era mucho más considerable, itanto se han degradado nuestras costumbres! Como la humanidad no cambia en absoluto, se puede decir, como un antiguo autor, que cuantos menos granujas hay en galeras más hay fuera.

También hay que decir que los ladrones de aquel tiempo eran menos innobles que los de hoy, y que tan miserable oficio era entonces un tipo de arte que los hijos de familia no desdeñaban ejercer. Muchas buenas capacidades arrojadas a los pies de una sociedad de barreras y privilegios se desarrollaban considerablemente en este sentido; enemigos mucho más peligrosos para los particulares que para el Estado, cuya máquina quizá hubiera estallado sin esta salida. También, sin duda alguna, la justicia de entonces tenía muchos miramientos hacia los ladrones distinguidos, y nadie ejercía más a gusto esta tolerancia que nuestro magistrado de la plaza Dauphine, y por razones que ya conocerán. Por el contrario, nadie más severo que él con los torpes: estos pagaban por los otros y llenaban los patíbulos que daban entonces sombra a París, según expresión de d'Aubigné, con gran deleite de los burgueses, que sólo eran entonces mejor robados, y con el perfeccionamiento del arte de la *truhanería*.

Godinot Chevassut era un hombrecillo regordete que empezaba a encanecer, y se alegraba mucho de ello, al revés de lo que

ocurre normalmente con los viejos, porque al blanquearse sus cabellos perderían necesariamente aquel color encendido que tenían de nacimiento y que le había valido el desagradable mote de *Rousseau*, que sus conocidos sustituían por el suyo propio, por ser más fácil de pronunciar y de recordar. Tenía además los ojos bizcos y muy vivos, aunque siempre medio cerrados bajo sus espesas cejas, y una boca agrietada, como las personas que ríen mucho. Y, sin embargo, aunque sus rasgos tuvieran casi siempre un aire de malicia, nunca se le oía reír a grandes carcajadas; como suele decirse, a mandíbula batiente; solamente cuando se le escapaba alguna cosa divertida la acentuaba al final con un *iah!* o *ioh!* que le salía de lo más hondo de sus pulmones, pero con un efecto singular; esto sucedía con mucha frecuencia, pues nuestro magistrado gustaba de salpicar su conversación con agudezas, equívocos y frases pícaras, incluso ante el tribunal. Por lo demás, era ésta una costumbre entre la gente de toga de la época que hoy ha pasado casi por completo a provincias.

Para terminar su retrato sería preciso colocarle en el lugar acostumbrado una nariz bastante larga y cuadrada en la punta; luego las orejas, bastante pequeñas y lisas y de una finura de oído capaces de distinguir desde un cuarto de legua el tintineo de un cuarto de escudo y el de un doblón desde mucho más lejos. Por esto, como en cierta ocasión un litigante preguntase si el señor magistrado tenía algún amigo que le pudiera recomendar, le contestaron que en efecto, que *Rousseau* tenía unos amigos a los que hacía mucho caso, y que eran entre otros, monseñor Doblón, maese Ducado e, incluso, don Escudo que era necesario hacer actuar a varios a la vez y con ello se podía estar seguro de ser fervorosamente atendido.

II

UNA IDEA FIJA

Hay gentes que sienten más simpatía por esta o aquella cualidad o por tal o cual virtud.

Unos tienen en la más alta estima la grandeza y el valor guerreros, y sólo se complacen en los relatos de hermosas hazañas.

bélicas; otros sitúan por encima de todo el genio y la invenciones de las Artes, las Letras y las Ciencias; otros se sienten conmovidos por la generosidad y las virtuosas acciones encaminadas a socorrer a nuestros semejantes y consagrándose a su salvación por inclinación propia. Pero el sentimiento personal de Godinot Chevassut era el mismo que el del sabio Carlos IX, a saber, que no se puede establecer ninguna virtud por encima del ingenio y la destreza, y que las gentes que lo poseen son los únicos dignos de ser admirados y honrados en este mundo; y en ninguna parte encontraba estas cualidades más brillantes y mejor desarrolladas como en la gran sociedad de los rateros, estafadores, bribones y vagabundos, cuya *vida generosa* y trucos singulares se desarrollaban cada día ante él con una inagotable variedad.

Su héroe favorito era maese François Villon, parisino, tan célebre en el arte de la poética como en el arte de la estafa y el robo; íseguramente habría dado la *Ilíada* junto con la *Eneida* y la novela no menos admirable de *Huon de Bordeaux*, por el poema de las *Comilonas caseras*, e incluso por la *Légende de maître Faifeu*, que son las epopeyas rimadas de los truhanes! Las *Illustrations* de Du Bellay, el *Aristóteles Peripoliticón* y el *Cymbalum mundi* le parecían muy flojas al lado de la *Jerga, seguida de los Estados Generales del reino del Argot, y de los diálogos del pícaro y el tunante, escrita por un papanatas e impresa en Tours con autorización del rey de Thunes, Fiacre el Embalador*; Tours, 1603. Y como naturalmente aquellos que tienen una virtud sienten un profundo desprecio por el defecto contrario, no había nada más odioso para él que las gentes simples, de inteligencia espesa y de espíritu poco complicado. Esto llegaba a tal extremo que quiso cambiar por completo la distribución de la justicia, de modo que, cuando se descubriera algún grave latrocinio, se colgara no al ladrón, sino al robado. Era una idea; era su idea. Creía ver en ella el único medio de acelerar la emancipación intelectual del pueblo, y de hacer llegar a los hombres del siglo a un supremo progreso del ingenio, de destreza y de inventiva, que, según él decía, era la verdadera corona de la humanidad y la perfección que más agradaba a Dios.

Esto en cuanto a la moral. Respecto a la política estaba convencido de que el robo organizado a gran escala favorecía más que nada la división de las grandes fortunas y la circulación de las pe-

queñas, teniendo como resultado el bienestar y la liberación de las clases inferiores.

Como verás, sólo le llenaba de gozo el fraude de calidad, las sutilezas y zalamerías de los verdaderos clérigos de San Nicolás, los viejos trucos de maese Gonin, que conservaba su gracia y su ingenio desde hacía doscientos años, y que Villon, el villonense, era su compadre y no los salteadores de caminos como Guilleris o el capitán Encrucijada. Ciertamente, el bandido que apostado en la carretera despoja brutalmente a un viajero le parecía tan espantoso como a todo espíritu sano, lo mismo que aquellos que sin ningún esfuerzo de imaginación penetran en una casa aislada, la saquean y, a veces, degüellan a sus dueños. Pero si hubiese sabido de algún distinguido ladrón que practicando una brecha en el muro para introducirse en una mansión hubiese cuidado de adornar su abertura con un trébol gótico, para que al día siguiente al descubrir el robo se viera que lo había ejecutado un hombre de buen gusto, ciertamente Godinot Chevassut hubiera tenido a éste en mayor estima que a Bertrand de Clasquin o al emperador César como poco.

III

LOS GREGÜESCOS DEL MAGISTRADO

Dicho todo esto, creo que ya es hora de descorrer la cortina y siguiendo la costumbre de los antiguos comediantes, de dar una patada en el trasero al señor Prólogo tan enojosamente prolijo que ha sido preciso despabilar tres veces las velas desde su exordio. Que acabe de prisa como Bruscambille, conjurando a los espectadores a que "limpien las imperfecciones de su decir con el cepillo de su humanidad y que reciban una lavativa de excusas en el intestino de su impaciencia"; ya está dicho, y la acción va a comenzar.

Estamos en una gran sala, sombría y amueblada. El viejo magistrado, sentado en un amplio sillón labrado, de retorcidas patas y de respaldo forrado de damasco a franjas, está probándose unos gregüescos nuevos y almidonados que acaba de traerle Eustaquio Bouteroue, aprendiz de maese Goubard, pañero-calcetero. Maese

Chevassut, anudándose los cordones, se levanta y se vuelve a sentar dirigiendo la palabra de vez en cuando al aprendiz que, rígido como un santo de piedra, se ha sentado, accediendo a su invitación, en el borde de un escabel, y le mira con vacilación y timidez.

—¡Hum! Éstos ya cumplieron! —dijo empujando con el pie los viejos gregüescos que se acababa de quitar—. Estaban tan desgastados como una ordenanza prohibitiva del prebostazgo, y todos los pedazos se decían adiós..., ¡un adiós desgarrador!

El chistoso magistrado recogió, sin embargo, el viejo *vestido necesario* para coger su bolsillo del que sacó algunas monedas y las extendió en su mano.

—Está claro —continuó— que nosotros los hombres de leyes damos un uso muy prolongado a nuestros trajes gracias a la toga bajo la que los llevamos mientras los tejidos resisten y se mantienen las costuras; es por ello y porque es necesario que todo el mundo viva, incluso los ladrones, y, por tanto, los pañeros-calceteros, que no regatearé los seis escudos que maese Goubard me pide; a los que añado, además, generosamente un escudo falso para el dependiente con la condición de que no lo cambie perdiendo, sino que lo haga pasar por bueno a algún burgués bribón, empleando para ello todos los recursos de su ingenio; si no es así, me quedo el citado escudo para la colecta de mañana domingo en Notre-Dame.

Eustaquio Bouteroue cogió los seis escudos y el escudo falso, dando las gracias muy bajo.

—¡Y bien, muchacho!, ¿empiezas ya a cogerle el tino a la pañería?, ¿sabes ya *sisar* cuando mides y cortas, y colocarle al parroquiano lo viejo por nuevo y hacerle ver lo blanco negro? En fin, ¿mantienes la vieja reputación de los comerciantes del mercado de Les Halles?

Eustaquio levantó los ojos hacia el magistrado con cierto temor, y, suponiendo que bromeaba se echó a reír, pero el magistrado no bromeaba.

—No me gusta nada el modo de robar de los comerciantes —añadió—; el ladrón roba y no engaña; el comerciante roba y engaña. Un camarada mío con muy buena labia y que sabía latín compra un par de gregüescos; regatea en el precio y acaba pagándolos a seis escudos. Luego llega un buen cristiano, de esos que algunos llaman *parias* y los comerciantes buenos *parroquianos*, y

puede ocurrir que coja un par de gregüescos como los del otro, y confiando en el pañero que pone a la Virgen y a los santos por testigos de su honestidad los pague a ocho escudos; en ese caso, no le compadeceré, porque es un idiota. Pero si, mientras el comerciante está contando las dos sumas que acaba de cobrar y hace tintinear en su mano satisfecho los dos escudos de diferencia de una y otra cuenta, pasa por delante de su tienda un pobre infeliz condenado a galeras por haber robado de un bolsillo algún pañuelo sucio y agujereado va y exclama: ¡Mirad que gran criminal!, ¡si la justicia fuera justa, ese truhán sería descuartizado vivo, y yo iría a verlo!, y dice esto con los dos escudos en la mano, Eustaquio, ¿qué piensas tú que pasaría si según el deseo del comerciante la justicia fuera justa?

Eustaquio Bouteroue ya no reía; la paradoja era demasiado inaudita para atreverse a contestar, y la boca de donde salía la hacía aún más inquietante. Maese Chevassut, viendo al muchacho aturdido como un lobo cogido en la trampa, se echó a reír con su risa especial, le dio una palmadita en la mejilla y le despidió. Eustaquio descendió muy pensativo la escalera con barandilla de piedra y, aunque oyó a lo lejos en el patio del palacio la trompeta de Galinette la Galine, bufón del célebre curandero Jerónimo, que llamaba a los curiosos a escuchar sus chistes y a comprar los potingues de su amo, se hizo el sordo esta vez y se dispuso a cruzar el Pont-Neuf para llegar al barrio del mercado de Les Halles.

IV

EL PONT-NEUF

El Pont-Neuf, terminado bajo Enrique IV, es el monumento más importante de su reinado. Nada es comparable al entusiasmo que produjo su contemplación, cuando, después de grandes trabajos, atravesó completamente el Sena con sus doce arcos y unió más estrechamente las tres antiguas ciudades a la capital.

Pronto se convirtió también en el lugar de cita de todos los parisinos ociosos, cuyo número es considerable; y, por consiguiente, de juglares, vendedores de ungüentos y timadores, cuyas

habilidades ponen en marcha la multitud como la corriente de agua el molino.

Cuando Eustaquio salió del triángulo de la plaza Dauphine, el sol lanzaba sus rayos polvorientos sobre el puente, muy concurrido, pese a que por lo general los paseos más frecuentes de París eran aquellos adornados de escaparates, empedrados y a la sombra de las casas y de las murallas.

Eustaquio iba adentrándose a duras penas en aquel río de gente que cruzaba el otro río y discurría con lentitud de un extremo a otro del puente, deteniéndose al menor obstáculo como témpanos de hielo que el agua arrastra, dando vueltas y arremolinándose en torno a algunos escamoteadores, cantantes o vendedores que pregonan sus mercancías. Muchos se detenían a lo largo de la barandilla del puente para ver pasar las almadías bajo los arcos, o deslizarse los barcos, o contemplar el magnífico panorama que ofrecía río abajo el Sena, costearlo a la derecha la larga fila de edificios del Louvre, y a la izquierda el Pré-aux-Clercs, surcados por las hermosas avenidas de tilos y rodeados de sauces grises desgñados o sauces verdes llorando sobre el agua; más allá y en cada orilla, la torre de Nesle y la torre de Bois, que parecían centinelas a las puertas de París, como los gigantes de las novelas antiguas.

De pronto, un gran ruido de petardos hizo volver los ojos de los transeúntes y mirones hacia un mismo sitio, y anunció un espectáculo digno de llamar la atención. Era en el centro de una de esas plataformas en forma de media luna, cubiertas en otro tiempo de tiendas de piedra y que formaban ahora espacios vacíos encima de cada pilar del puente fuera de la calzada. Un prestidigitador se había instalado allí; había colocado una mesa, y sobre ella se pascaba un hermoso mono vestido de negro y rojo como un perfecto diablo, con rabo y todo, y que, sin la menor timidez, lanzaba gran cantidad de petardos y cohetes con gran disgusto del resto de tenderetes que no habían hecho círculo tan aprisa.

El dueño del mono era uno de esos cíngaros tan frecuentes hace cien años, pero ya escasos entonces y hoy día ahogados y perdidos en la fealdad y en la insignificancia de nuestras cabezas burguesas: un perfil de filo de hacha, frente alta pero recta, nariz larga y gibosa, inclinada, pero, sin embargo, no al estilo de la nariz romana, sino al contrario, respingona y apenas adelantándose

a la boca, de labios finos y salientes, la barbilla hundida; luego, los ojos oblicuos bajo unas cejas dibujadas en V y largos cabellos negros completaban el conjunto. Un cierto aire, en fin, de soltura y agilidad en sus gestos y actitudes denotaba a un truhán habilidoso metido desde temprana edad en todo tipo de oficios.

Iba vestido con un viejo traje de bufón que llevaba con gran dignidad y tocado con un gran sombrero de fieltro negro de amplias alas, muy arrugado y viejo. Todos le llamaban maese Gonin, tal vez a causa de su habilidad en los juegos de prestidigitación, o quizá porque en efecto descendiera de aquel famoso juglar que fundó bajo Carlos VI el teatro de los Enfants-sans-Souci y fuera el primero en llevar el título de Príncipe de los Tontos, heredado por el señor Chotacabras, quien mantuvo sus soberanas prerrogativas, incluso, en el parlamento.

V

LA BUENAVENTURA

El prestidigitador, viendo que había conseguido reunir un buen número de espectadores, hizo unos cuantos juegos de manos que produjeron una ruidosa admiración. Lo cierto es que el compadre había elegido su sitio en la media luna de forma predeterminada, y no solamente, como parecía, para no entorpecer la circulación, pues de este modo los espectadores sólo podían estar delante de él, y no detrás.

Y es que el arte, en verdad, no era entonces lo que ha llegado a ser hoy en día, en que el escamoteador trabaja rodeado por su público. Una vez terminados los juegos de manos, el mono dio una vuelta entre la multitud, recogiendo gran cantidad de monedas que agradecía de forma muy galante, acompañando sus saludos con un grito bastante parecido al del grillo. Pero los juegos de manos eran tan sólo el preludio de otra cosa muy distinta, y en un prólogo muy bien traído, el nuevo maese Gonin anunció que poseía el don de adivinar el futuro valiéndose de la cartomancia, la quiromancia y los números pitagóricos; cosa que no se podía pagar, pero que hacía por un sueldo por agradar al público. Y diciendo esto, bara-

jaba los naipes que el mono, llamado Pacolet, distribuía inteligentemente entre aquellos que tendían la mano.

Cuando el mono hubo atendido todas las demandas, su dueño fue llamando por los nombres de sus naipes a los curiosos para que se acercaran a la media luna, y predijo a cada uno su buena o mala fortuna, mientras que Pacolet, al que dio una cebolla en premio a su trabajo, distraía a la concurrencia con las contorsiones que aquel manjar le provocaba, a la vez encantado y desdichado, con la risa en la boca y el llanto en los ojos, emitiendo con cada mordisco un gruñido de satisfacción y haciendo una mueca lamentable.

Eustaquio Bouteroue, que también había cogido una carta, fue llamado en último lugar. Maese Gonin miró atentamente su cara ingenua y alargada y le habló en un tono enfático:

—He aquí vuestro pasado: vos no tenéis padre ni madre, y desde hace seis años sois aprendiz de calcetero en la plaza de Les Halles. Y he aquí el presente: vuestro patrón os ha prometido su única hija y piensa retirarse dejándoos su comercio. Para el futuro, enseñadme vuestra mano.

Eustaquio, muy asombrado, alargó la mano. El prestidigitador examinó curiosamente las rayas, frunció las cejas con gesto de duda y llamó a su mono como para consultarle. Éste tomó de su dueño pareció hablarle al oído; pero sólo movía los labios muy de prisa, como hacen los animales cuando están descontentos.

—¡Qué cosa más extraña! —exclamó finalmente maese Gonin—, ¡como una existencia al principio tan sencilla y burguesa tiende a transformarse en algo tan poco común y hacia un final tan elevado...! ¡Ah, polluelo!, vos romperéis el cascarón; llegaréis muy alto, muy alto... ¡Moriréis hecho un gran hombre!

“¡Bueno! —se dijo Eustaquio para sus adentros— Es lo que estas gentes prometen siempre... Pero ¿cómo sabe las cosas que me ha dicho primero? ¡Es maravilloso...! A menos que me conozca de alguna parte.”

No obstante, sacó de su bolsillo el escudo falso del magistrado rogándole que le diera la vuelta. Quizá dijo esto en voz muy baja. Quizá el escamoteador no le oyó, pues haciendo girar el escudo entre sus dedos continuó diciendo:

—Bien, veo que vos sabéis vivir, y por eso añadiré algunos detalles a la predicción, verdadera, pero un poco ambigua, que os

acabo de hacer. Sí, querido compañero, habéis hecho bien no pagándome con un sueldo como los otros, aunque vuestro escudo pierda una cuarta parte de su valor, no importa, esta blanca moneda será para vos un espejo reluciente donde la verdad pura va a reflejarse.

—¿Pero lo que acabáis de decirme de mi encumbramiento no es cierto entonces? —preguntó Eustaquio.

—Vos me pedisteis la buenaventura, y yo os la he dicho; pero faltaba la glosa... Ese fin elevado de vuestra existencia que os he vaticinado, ¿vos como lo entendéis?

—Pienso que puedo llegar a ser síndico de los pañeros-calce-teros, mayordomo de una parroquia, regidor...

—¡Eso sí que es dar en el clavo...! ¿Y por qué no gran Sultán de Turquía? ¡No señor, querido amigo! Hay que entenderlo en otro sentido. Y puesto que vos deseáis una explicación de este oráculo sibilino os diré que para nosotros *llegar alto* se dice de quienes son enviados a guardar ovejas a la luna, del mismo modo que decimos *llegar lejos* de aquellos que son enviados a escribir su historia en el océano con plumas de quince pies...

—¡Ah, ya...! Pero si me explicáis ahora vuestra explicación, seguramente lo comprenderé.

—Son dos honestas frases para sustituir dos palabras, *horca* y *galeras*. Vos llegaréis *alto* y yo *lejos*. Esto está muy claro para mí en esta raya central, cortada en ángulos rectos por otras rayas menos pronunciadas; en vuestro caso, por una línea que corta la del medio sin prolongarse, y otra que atraviesa oblicuamente a las dos.

—¡La horca! —exclamó Eustaquio.

—¿Es qué tenéis un especial apego a la muerte horizontal? —observó Gonin—. Sería una puerilidad; tanto más cuanto que de este modo os veis libres de caer en otros tipos de fines a los que cualquier mortal está expuesto. Además, es posible que cuando la señora Horca os levante cogiéndoo del cuello y os cuelguen los brazos, no seáis más que un pobre viejo asqueado del mundo y de todo... Pero están dando las doce y a esta hora la orden del preboste de París es echarnos del Pont-Neuf hasta la tarde. Ahora bien, si alguna vez necesitáis un consejo, un sortilegio, un hechizo o un filtro para usar en caso de peligro, de amor o de venganza.

vivo allí, al final del puente, en el Château-Gaillard. ¿Veis desde aquí la torrecilla puntiaguda?

—Sólo una cosa más —dijo Eustaquio temblando—. ¿Seré feliz en mi matrimonio?

—Traedme a vuestra mujer y os lo diré... Pacolet, haz una reverencia al señor y bésale la mano.

El prestidigitador plegó su mesa, se la puso bajo el brazo, se cargó el mono a la espalda y se dirigió hacia el Château-Gaillard tarareando entre dientes una vieja canción.

VI

CRUCES Y MISERIAS

Es cierto que Eustaquio Bouteroue iba a casarse bien pronto con la hija del maestro calcetero. Era un muchacho formal, listo para los negocios y que no empleaba sus ratos libres jugando a los bolos o a la pelota, como otros jóvenes, sino a las cuentas o a la lectura del *Bocage des six corporations* y a aprender un poco de español, muy conveniente entonces para un comerciante, como hoy día el inglés, por el gran número de personas de esta nación que residen en París.

Convencido maese Goubard, a lo largo de seis años, de la perfecta honestidad y del excelente carácter de su dependiente y habiendo advertido además entre su hija y el muchacho cierta inclinación muy virtuosa y severamente contenida por ambas partes, había decidido unirlos el día de San Juan Bautista y retirarse luego a Laon, en Picardía, donde poseía algunos bienes de familia.

Eustaquio carecía de fortuna, pero entonces no era costumbre casar un saco de escudos con otro saco de escudos; los padres consultaban los gustos y simpatías de los futuros esposos y se dedicaban a estudiar largamente el carácter, la conducta y la capacidad de las personas que iban a unirse. Muy distintos son los padres de hoy en día, que exigen mayores garantías morales de un criado a su servicio que de un futuro yerno.

Mientras tanto, la predicción del juglar había condensado hasta el punto las ideas poco fluidas del pañero, que se había quedado

completamente aturdido en el centro de la media luna, sin oír las cristalinas voces que parloteaban en los campanarios de la Samaritaine y repetían: *imediódía! imediódía...!* Pero en París están dando las doce durante una hora, y el reloj del Louvre tomó pronto la palabra con más solemnidad, luego el de los Agustinos y después el del Châtelet, de modo que Eustaquio, asustado porque se había hecho muy tarde, echó a correr con todas sus fuerzas, dejando atrás en pocos minutos las calles de la Monnaie, de Borrel y Tirechappe; luego contuvo el paso y, una vez dobló la calle de la Boucherie-de-Beauvais, alegró el semblante al vislumbrar los toldos rojos de la plaza de Les Halles, los tenderetes de los Enfants-sans-Souci, la escala y la cruz y el hermoso farol de la picota con su tejadillo de plomo. Era en aquella plaza y bajo uno de aquellos toldos donde Javotte Goubard, la novia de Eustaquio, esperaba su regreso. La mayor parte de los comerciantes tenían un puesto en la plaza del mercado de Les Halles que servía de sucursal a su oscura tienda y que guardaba una persona de su familia. Javotte se instalaba todas las mañanas en el de su padre, y allí, o bien sentada sobre las mercancías, hacía ganchillo, o bien se levantaba para llamar a los transeúntes, les cogía del brazo y no les soltaba hasta que comprasen alguna mercancía; lo cual, por otra parte, no le impedía ser al mismo tiempo la más tímida de las jovencitas de cuantas, sin haberse casado, había llegado a la edad en la que a una muchacha se la consideraba solterona; llena de gracia, linda, rubia, alta y ligeramente encorvada, como la mayoría de las chicas dedicadas al comercio, de talle esbelto y delicado; además, de fácil rubor por cualquier palabra que pronunciase fuera del puesto, mientras que en éste aventajaba a cualquier otra por su *labia* y *desparpajo* (estilo comercial de entonces).

A mediodía venía normalmente Eustaquio a sustituirla bajo el toldo rojo, mientras ella iba a comer con su padre a la tienda. Y a cumplir con este deber iba ahora Eustaquio, temiendo que su retraso hubiese impacientado a Javotte. Pero, tan pronto como la vio de lejos le pareció muy tranquila, con el codo apoyado en un rollo de mercancías y muy atenta a la conversación animada y ruidosa de un guapo militar, apoyado en el mismo rollo, y que lo mismo podía parecer un parroquiano que cualquier otra cosa que uno se pudiera imaginar.

—¡Es mi novio! —dijo Javotte sonriendo al desconocido, que hizo un movimiento de cabeza sin cambiar de postura mientras medía al dependiente con ese desdén que tienen los militares para con los burgueses, cuyo aspecto es poco importante.

—Tiene un cierto aire de corneta —observó gravemente—, sólo que el corneta tiene más *consistencia* en el paso; pero sabes, Javotte, el corneta es un escuadrón es algo menos que un caballo y algo más que un perro...

—Aquí tienes a mi sobrino —dijo Javotte a Eustaquio, mirándole con sus grandes ojos azules y sonriendo satisfecha—. Ha conseguido un permiso para venir a nuestra boda, ¿qué bien, verdad? Es arcabucero de Caballería. ¡Oh! ¡Un cuerpo estupendo! ¡Si tú fueras así vestido, Eustaquio! Pero tú no eres tan alto ni tan fuerte...

—¿Y cuánto tiempo —dijo tímidamente el joven Eustaquio— nos hará el honor de permanecer con nosotros en París?

—Depende... —dijo el militar irguiéndose, después de hacer esperar un poco su respuesta—. Nos han enviado a Berri para exterminar a los *villanos*, y si permanecen tranquilos durante algún tiempo, os concederé un mes; pero de todas formas por San Martín nos destinarán a París para reemplazar al regimiento de Humières, y entonces podré veros todos los días ya indefinidamente.

Eustaquio examinaba al arcabucero cuando conseguía evitar la mirada de éste y decididamente le encontró físicamente desproporcionado para lo que debe ser un sobrino.

—Bueno, he dicho todos los días y no es así —prosiguió el sobrino—, pues los jueves asistimos a la gran parada..., pero como tenemos la noche, ese día cenaré siempre en vuestra casa.

“¿Pero es que cuenta con comer los demás días?”, pensó Eustaquio...

—Pero no me habéis dicho, señorita Goubard, que vuestro sobrino fuese tan...

—¿Tan apuesto? ¡Oh sí!, ¡cómo ha crecido! Bueno, es que hacía siete años que no veíamos al pobre José, y desde entonces ha pasado bien de agua bajo el puente...

“Y mucho vino bajo su nariz”, pensó el dependiente, deslumbrado por la cara resplandeciente de su futuro sobrino. “No se le enciende a uno la cara bebiendo vino aguado, y las botellas de

maese Goubard van a bailar la danza de los muertos antes de la boda... y quizá después...”

—Vamos a comer, papá debe estar impaciente —dijo Javotte saliendo del puesto—. ¡Ay, José, dame tu brazo...!, y pensar que antes, cuando tenías doce años y tú diez, yo era la mayor y me llamabas mamá... ¡Y qué orgullosa voy del brazo de un arcabucero! ¿Me llevarás de paseo, verdad? ¡Salgo tan poco!, y como no puedo salir sola..., los domingos por la tarde tengo que asistir a los ejercicios piadosos, porque soy de la cofradía de la Virgen de los Santos Inocentes; llevo una cinta del estandarte.

Aquel parloteo de la joven rítmicamente cortado por el paso del militar, aquella forma graciosa y ligera que andaba a saltitos enlazada a la otra, pesada y rígida, se perdieron pronto en la sorda sombra de los pilares que bordeaban la calle de la Tonnellerie, no dejando en los ojos de Eustaquio más que una sombra y en sus oídos un zumbido.

VII

MISERIAS Y CRUCES

Hasta aquí hemos ido pisándole los talones a esta historia burguesa, sin emplear más tiempo para contarla del que ella ha necesitado para suceder; y ahora, a pesar de nuestro respeto, o mejor aún de nuestra profunda estima por la observación de las tres unidades en la novela, nos vemos obligados a que una de ellas dé un salto de varias jornadas. Las tribulaciones de Eustaquio con respecto a su futuro sobrino serían quizá lo bastante interesantes de relatar pero fueron, sin embargo, menos amargas de lo que pudiera pensarse después de lo dicho. Eustaquio se sintió pronto tranquilo con lo relativo a su novia; Javotte, en realidad, no había hecho otra cosa que guardar una impresión demasiado intensa de sus recuerdos de niña, que en una vida tan poco accidentada como la suya adquirirían una importancia desmesurada.

Al principio, ella sólo había visto en el arcabucero de Caballe-
ría al niño alegre y bullicioso, en otro tiempo compañero de jue-

pero no tardó en darse cuenta de que este niño había crecido, que había tomado otros rumbos y se tornó más reservada para con él.

En cuanto al militar, aparte de las familiaridades de costumbre, no aparentaba albergar malas intenciones hacia su joven tía; incluso podría decirse que era de ese tipo de hombres, bastante numerosos, a quienes las mujeres honradas inspiraban poco deseo y por el momento decía, como Tabarin, "que la botella era su amante". Los tres primeros días de su estancia en París no dejó ni por un momento a Javotte, e incluso la llevaba por la noche al Cours de la Reine, acompañados únicamente por la vieja criada de la casa, con gran disgusto de Eustaquio. Pero aquello no duró mucho, pues él no tardó en aburrirse de su compañía y cogió la costumbre de salir solo durante todo el día, teniendo la cortesía, eso sí, de volver a las horas de las comidas.

Por consiguiente, la única cosa que inquieta al futuro esposo era ver a ese pariente tan bien establecido en la casa que iba a ser suya después de la boda y que no parecía fácil de desalojar, pues cada día se le veía más sólidamente incrustado en ella. Y eso que era sobrino político de Javotte, pues era hijo del primer matrimonio de la difunta esposa de maese Goubard. Pero ¿cómo hacerle comprender que exageraba la importancia de los vínculos familiares y que tenía ideas demasiado exigentes acerca de los derechos y de los principios del parentesco e incluso hasta cierto punto demasiado anticuadas y patriarcales?

Sin embargo, era posible que él mismo se diera cuenta de su indiscreción, y Eustaquio se vio obligado a tener paciencia *como las damas de Fontainebleau cuando la Corte está en París*, como dice el Proverbio.

Pero la celebración de la boda no cambió las costumbres del arcabucero, quien pensó que gracias a la tranquilidad de los *villanos* podría obtener un permiso para quedarse en París hasta la llegada de su Cuerpo. Eustaquio intentó algunas alusiones epigramáticas acerca de algunas gentes, que tomaban una tienda por una hospedería, otras que no eran bien acogidas y que parecían débiles; por otra parte, no se atrevía a hablar abiertamente a su mujer y a su suegro para no dar la impresión de ser un hombre interesado

desde los primeros días de su matrimonio, cuando realmente les debía a ellos todo cuanto era.

Además, la compañía del soldado no era en absoluto divertido, su boca era eterna campana de su gloria, adquirida en parte por sus triunfos en singulares combates, que le convertían en el terror del ejército, y en parte por sus proezas contra los *villanos*, infelices aldeanos franceses a quienes los soldados del rey Enrique combatían porque no podían pagar los impuestos, y no parecían gozar precisamente de la famosa *olla de gallina*...

Esta fanfarronería era entonces bastante frecuente, como bien puede verse en los tipos de las Taillebras y de los capitanes Matamoros, reproducidos constantemente en las comedias de la época, y esto se debe, a mi juicio, a la victoriosa irrupción del gascón, seguido del navarro, en París. Pero este carácter vanidoso se fue debilitando a medida que se extendía, y, algunos años más tarde, el varón de Foeneste fue ya débil caricatura, pero de una comicidad perfecta, y en la comedia del *Menteur* se mostró, en 1662, reducida a proporciones casi comunes.

Pero lo que más llamaba la atención del bueno de Eustaquio en las costumbres del militar era su constante manía de tratarle a él como a un niño pequeño, de poner en evidencia aquellos rasgos menos favorecidos de su fisonomía y, siempre que podía, de ponerle en ridículo delante de Javotte, cosa muy perjudicial en los primeros días, cuando el recién casado necesita asentar su respetabilidad cara al futuro; además, era muy fácil herir el amor propio recién estrenado de un hombre establecido, patentado y juramentado hacía bien poco.

No tardó en colmar la medida una nueva tribulación. Como Eustaquio iba a formar parte de la ronda gremial, y como no quería, al igual que el honrado maese Goubard, desempeñar su oficio con traje burgués y con una alabarda prestada, se compró una espada de cazoleta, pero sin cazoleta, una celada y una loriga de cobre rojo que parecía de calderero, y después de pasarse tres días limpiándolas y bruñéndolas consiguió darles el lustre que no tenían; pero cuando se puso todo ello y se paseó orgulloso por la tienda preguntando si tenía gracia para llevar la armadura, el arcabucero se echó a reír a mandíbula batiente y aseguró que parecía llevar puesta la batería de cocina.

VIII

EL PAPIROTAZO

Estando así las cosas sucedió que una tarde —era el día doce o trece, desde luego un jueves—, Eustaquio cerró su tienda temprano, cosa que él no se habría permitido de no estar ausente maese Goubard, que había marchado la víspera para visitar su hacienda de Picardía, porque pensaba instalarse allí tres meses más tarde, cuando su sucesor estuviese sólidamente establecido y mereciese plenamente la confianza de los demás mercaderes.

Sucedió entonces que el arcabucero, al volver como de costumbre, encontró la puerta cerrada y las luces apagadas. Aquello le asombró muchísimo, porque en el Châtelet no había pasado la ronda, y como siempre volvía un poco animado por el vino, su contrariedad se tradujo en una maldición que hizo estremecer a Eustaquio, que aún no se había acostado, temeroso ya por la audacia de su resolución.

—¡Hola! ¡Eh! —exclamó dando una patada en la puerta—. ¿Acaso es fiesta esta tarde? ¿Es hoy acaso San Miguel, fiesta de los pañeros, ladrones y vacía-bolsillos...?

Y aporreaba con el puño el escaparate; pero aquello no hizo más efecto que si hubiese majado agua en un mortero.

—¡Eh! ¡Tío, tía...! ¿Pero es que queréis que me acueste al aire libre, sobre los adoquines de la calle a merced de perros y otras bestias...? ¡Ah, ah! ¡baja pronto burgués, te traigo dinero! ¡Mala peste te lleve, patán!

Toda esta arenga del pobre sobrino no llegó a conmover ni lo más mínimo al rostro de madera de la puerta; sus palabras no fueron escuchadas, como cuando el venerable Beda predicaba a un montón de piedras.

Pero cuando las puertas están sordas, las ventanas no son ciegas y hay una forma muy sencilla de iluminarles la vista; el soldado se hizo de pronto esta reflexión, salió de la sombría galera de pórticos, retrocedió hasta el medio de la calle de la Tonnellerie y cogiendo una piedra apuntó tan bien que destrozó una de las pequeñas ventanas del entresuelo. Semejante incidente no había sido previsto por Eustaquio, un formidable interrogante para la

pregunta que resumía el monólogo del militar: ¿por qué no se me abre la puerta...?

Eustaquio tomó de pronto una decisión; pues un cobarde que pierde la cabeza es como un villano que se pone a despilfarrar llevando las situaciones al extremo, y, además, se había propuesto dar la cara por una vez ante su esposa, que quizá sentía poco respeto por él viéndole durante muchos días servir de fante al militar, con la diferencia de que el fante devuelve alguno de los golpes que recibe. Se lió, pues, la manta a la cabeza y, antes de que Javotte tuviese tiempo de detenerle, se precipitó por la estrecha escalera del entresuelo. Descolgó su espada al pasar por la trastienda y, sólo cuando sintió en su mano ardiente el frío de la empuñadura de cobre, se detuvo un instante para caminar con pies de plomo hacia la puerta, cuya llave llevaba en la otra mano. Pero de un segundo cristal roto con gran estruendo y los pasos de su mujer que oyó tras los suyos le devolvieron toda su energía; abrió precipitadamente la pesada puerta y se plantó en el umbral con la espada desnuda, como el arcángel en la puerta del paraíso terrenal.

—¿Pero qué quiere este trasnochador? ¿Este borracho de tres al cuarto? ¿Este chillado que busca pelea...? —gritó con un tono de voz que habría dado resultado temblón si llega a cogerlo dos notas más bajo— ¿Ésta es forma de comportarse con gente honrada...?, ¡vamos, marchad de aquí enseguida a dormir bajo los toldos con los de vuestra cuerda o llamo a los vecinos y a la ronda para que os prendan!

—¡Oh, oh! ¡Hay que ver cómo canta ahora el muy simple!, ¿qué te han dado esta noche? ¡Esto es otra cosa...! Me gusta verte hablar trágicamente como Tranchemontagne, ¡los valientes son mis amigos! ¡Ven que te abrace Picrochole...!

—¡Vete de aquí granuja! ¡No oyes a los vecinos que se están despertando con tu escándalo y que te van a meter en el primer cuerpo de guardia como a un estafador o a un ladrón? ¡Vete, pues, sin más alboroto, y no vuelvas!

Pero, en lugar de irse, el soldado avanzaba hacia la puerta, lo cual debilitó un poco el final de la réplica de Eustaquio.

—¡Muy bien hablado! —dijo el soldado a este último— El aviso es honesto y merece ser pagado...

Y en un abrir y cerrar de ojos se plantó junto a él y soltó tal papirotazo en la nariz al joven mercader que se la puso como el carmín.

—¡Quédatelo todo si no tienes cambio y hasta la vista, tío!

Eustaquio no pudo tolerar pacientemente ante su esposa una afrenta semejante, más humillante aún que un bofetón, y a pesar de los esfuerzos de Javotte por retenerle, se lanzó sobre su adversario, que se iba, y le soltó un mandoble que habría honrado al brazo del valeroso Roger si la espada hubiera sido una *tizona*; pero, desde las guerras de religión no cortaba, y ni siquiera rompió el correaje del soldado; éste cogió sus dos manos con las suyas de modo que la espada cayó enseguida y Eustaquio se puso a gritar tan fuerte como pudo arremetiendo a patadas contra las botas de su *verdugo*. Felizmente se interpuso Javotte, pues aunque los vecinos contemplaban la lucha desde sus ventanas, no pensaban bajar para darle fin, y Eustaquio sacó finalmente sus azulados dedos del torno natural que los había atenazado, y tuvo que frotárselos mucho tiempo para quitarles la forma cuadrada que habían adquirido.

—¡No te tengo miedo! —exclamó—. ¡Y nos veremos las caras! ¡Si tienes dignidad ve mañana por la mañana al Pré-aux-Clercs...! ¡A las seis, bribón, y nos batiremos a muerte, bravucón!

—¡Muy bien elegido el sitio, campeoncete mío, y haremos como los caballeros! ¡Hasta mañana entonces, y por San Jorge que la noche te parecerá corta!

El militar pronunció aquellas palabras en un tono considerado, que no había empleado hasta entonces. Eustaquio se volvió con orgullo hacia su mujer; su desafío le había hecho crecer seis palmos. Recogió su espada y cerró la puerta con estrépito.

IX

EL CHÂTEAU-GAILLARD

Cuando el joven pañero se despertó se sintió completamente desamparado de su valor de la víspera. No le costó reconocer que había hecho el ridículo proponiéndole un duelo al arcabucero, él, que no sabía manejar más arma que la vara, con la que había ju-

gado a menudo en sus tiempos de aprendiz en el campo de los Cartujos con sus amigos. No tardó entonces en tomar la firme resolución de quedarse en casa y dejar a su adversario paseando, luciendo el tipo y balancéandose como un ganso atado.

Cuando transcurrió la hora de la cita, se levantó, abrió la tienda y no dijo una palabra a su mujer de lo que ocurriera la víspera; ella, por su parte, evitó también cualquier alusión. Desayunaron silenciosamente, y, luego, Javotte, como de costumbre, fue a instalarse bajo el toldo rojo, dejando a su marido ocupado en examinar, con ayuda de una sirvienta, una pieza de tela para buscarle los defectos. Hay que decir que dirigía con frecuencia su mirada hacia la puerta, temiendo cada vez que su terrible pariente viniera a reprocharle su cobardía y su falta de palabra. Pero, hacia las ocho y media vio aparecer a lo lejos el uniforme del arcabucero bajo la galería de los pórticos, como un soldado alemán de Rembrandt que brillara por el triple resplandor de su morrión, de su coraza y de su nariz; funesta aparición que se agrandaba y esclarecía rápidamente, y cuyo metálico paso parecía marcar cada minuto de la última hora del pañero.

Pero el mismo uniforme no cubría el mismo cuerpo, y para decirlo de un modo más simple, era un militar compañero del otro quien se detuvo ante la tienda de Eustaquio, que a duras penas volvía de su espanto, y le dirigió la palabra en un tono calmado y muy civilizado.

Le hizo saber, en primer lugar, que su adversario, después de haberle esperado durante dos horas en el lugar de la cita y no viéndole, había pensado que algún accidente imprevisto le había impedido acudir y que por ello volvería al día siguiente, a la misma hora y al mismo lugar, permaneciendo allí el mismo espacio de tiempo, y que si también resultaba sin éxito, se dirigiría en seguida a la tienda, le cortaría las dos orejas y se las metería en el bolsillo, como hizo, en 1605, el célebre Brusquet a un escudero del duque de Chevreuse por el mismo motivo, obteniendo a continuación el aplauso de la corte que lo encontró de muy buen gusto.

Eustaquio respondió que su adversario ofendía su valor con una amenaza semejante y con ello doblaba el motivo del duelo; añadió que el obstáculo no era otro sino que no había encontrado a nadie que le sirviera de padrino.

El otro pareció satisfecho con la explicación e incluso informó al comerciante de que encontraría excelentes padrinos en el Pont-Neuf, delante de la Samaritaine, por donde pasaban de costumbre estas gentes que no tenían otra profesión y que por un escudo se encargaban de abrazar la causa que fuera y hasta de proporcionar las espadas. Tras estas observaciones hizo una profunda reverencia y se retiró.

Cuando Eustaquio se quedó solo se puso a pensar y permaneció largo rato sumido en la perplejidad: su espíritu se enredaba en tres resoluciones distintas: tan pronto pensaba en avisar al juez de las molestias y amenazas del militar y pedir autorización para llevar arma con qué defenderse; pero esto le exponía al combate. O bien se decidía a ir al lugar de la cita advirtiéndolo a los sargentos, de modo que llegaran en el momento de comenzar el duelo; pero también podrían llegar cuando hubiera terminado. Y por fin pensaba también consultar al bohemio del Pont-Neuf. Y fue esto lo que por fin decidió.

Al mediodía, la sirvienta reemplazó a Javotte bajo el toldo rojo, y ésta fue a comer con su marido. Eustaquio no le habló en absoluto de la visita de por la mañana, pero después le pidió que se ocupara de la tienda mientras él iba a hacerse publicidad a casa de un gentilhombre que acababa de llegar a la ciudad y quería hacerse ropa. Cogió, en efecto, su muestrario y se dirigió al Pont-Neuf.

El Château-Gaillard, situado a la orilla del río, en el extremo meridional del puente, era un edificio coronado por una torre redonda que en otros tiempos sirvió de prisión, pero que ahora empezaba a arruinarse y a desmoronarse, siendo sólo habitable por aquellos que no tenían otro refugio. Eustaquio, después de caminar vacilante algún tiempo por el suelo pedregoso encontró una pequeña puerta, en el centro de la cual había un murciélago clavado. Llamó suavemente, y el mono de maese Gonin le abrió en seguida levantando un pestillo, servicio para el que estaba amaestrado como suelen estarlo a veces los gatos domésticos.

El prestidigitador estaba ante una mesa, leyendo. Se volvió gravemente y le hizo una indicación al joven para que se sentase en un escabel. Cuando éste le contó su aventura le dijo que era lo más fácil del mundo, pero que había hecho bien dirigiéndose a él.

—Lo que deseáis es un hechizo —añadió—, un hechizo mágico para vencer a vuestro adversario con seguridad, ¿no es eso lo que queréis?

—Sí, si es posible.

—Aunque todo el mundo los fabrica, no encontraréis en ninguna parte ninguno tan eficaz como los míos; además, no es como otros, procedente de artes diabólicas, sino el resultado de una ciencia profunda de magia blanca y que no puede, de ninguna forma, comprometer la salvación del alma.

—Esto está bien, porque de otro modo yo me guardaría de usarla. Pero, ¿cuánto cuesta vuestro mágico producto? Pues debo saber si puedo pagarlo.

—Pensad que es la vida lo que vais a comprar, y la gloria además. Siendo así, ¿pensáis que por estas dos excelentes cosas puede pedirse menos de cien escudos?

—¡Cien diablos te lleven! —gruñó Eustaquio cuyo rostro se ensombreció—, ¡es más de lo que poseo...! ¿Y qué vale la vida sin pan y la gloria sin vestidos? Puede incluso que todo sean falsas promesas de charlatán para embaucar a las gentes crédulas.

—Pagadme después.

—Eso es otra cosa..., ¿qué queréis como prenda?

—Vuestra mano solamente.

—Vamos, que soy un necio escuchando vuestras fanfarronadas. ¿Acaso no me dijisteis que acabaría en la horca?

—Sin duda, y no me desdigo.

—Entonces, si eso es cierto, ¿qué voy a temer del duelo?

—Nada, salvo algunas estocadas y rasguños que abrirán a vuestra alma las puertas más grandes.... Después de esto os recogerán y seréis izado a la *media cruz* alto y corto, muerto o vivo, como mandan las ordenanzas, y así se cumplirá vuestro destino. ¿Comprendéis?

El pañero comprendió hasta tal punto que se apresuró a ofrecer su mano al prestidigitador como prueba de asentimiento, poniéndole diez días para encontrar el dinero, a lo cual se avino el otro, después de anotar en la pared el día fijado del plazo. Luego cogió el libro del gran Alberto comentado por Corneille Agrippa y el abad Trithème, lo abrió por el capítulo de los "Combates singulares", y para convencer aún más a Eustaquio de que su opera-

ción no tenía nada de diabólica, le dijo que podía seguir rezando sus oraciones sin temor de que ello fuera un obstáculo. Levantó después la tapa de un cofre y sacó una vasija de barro sin barnizar y mezcló en ella diversos ingredientes que parecía le iba indicando el libro, mientras pronunciaba quedamente algún tipo de encantamiento. Cuando terminó, cogió la mano derecha de Eustaquio que se santiguaba con la otra y le ungió hasta la muñeca con la mezcla que acababa de hacer.

Seguidamente sacó de otro cofre un frasco muy viejo y grisiento y volcándolo lentamente derramó algunas gotas sobre el dorso de la mano pronunciando unas palabras en latín parecidas a la fórmula que los sacerdotes emplean para el bautismo.

Y entonces Eustaquio sintió por todo el brazo una especie de conmoción eléctrica que le asustó muchísimo; le pareció que su mano se entumecía, y sin embargo —cosa extraña—, se retorció y estiró varias veces haciendo crujir las articulaciones, como un animal que se despierta, luego no sintió nada más, la circulación pareció restablecerse, y maese Gonin dijo que todo había concluido, que ya podía desafiar a los espadachines más encopetados de la corte y del ejército y abrirles ojaes para todos los inútiles botones con que la moda recargaba sus uniformes.

X

EL PRÉ-AUX-CLERCS

Al día siguiente por la mañana cuatro hombres cruzaban las verdes avenidas del Pré-Aux-Clercs buscando un lugar adecuado y lo suficientemente oculto. Cuando llegaron al pie de una pequeña colina que bordeaba la parte meridional se detuvieron en el lugar del juego de bolos, que les pareció el sitio indicado para batirse cómodamente. Entonces, Eustaquio y su adversario se quitaron los jubones, y los padrinos les pasaron revista según la costumbre, bajo la camisa y bajo las calzas. El pañero estaba conmocionado, pero tenía fe en el sortilegio del cingaro, pues es sabido que nunca operaciones mágicas, encantos, filtros y sortilegios tuvieron tanto crédito como en aquella época, en que dieron lugar a tantísimos

Se levantó convulsivamente y apresuró el paso para salir del pascó, llevando en sus ojos la mancha de sangre, que conservaba su forma y se posaba en aquellos objetos donde su mirada se detenía al pasar, semejante a las manchas lívidas que revolotean alrededor nuestro cuando se ha fijado la vista en el sol.

Al regresar a casa creyó descubrir que le habían seguido; sólo entonces pensó que alguien del hotel de la reina Margarita, ante el cual había pasado la otra mañana y esta misma tarde, podría haberle reconocido, y aunque en aquella época las leyes del duelo no eran aplicadas con rigor, consideró que bien podrían juzgar conveniente ahorcar a un pobre mercader como escarmiento de los cortesanos a quienes en aquel tiempo no se osaba atacar, como más tarde se haría.

Estos pensamientos y otros muchos le hicieron pasar una noche muy agitada: no podía cerrar los ojos sin que se le aparecieran mil patíbulos mostrando sus puños, de los que pendía una soga, y de ella un muerto que se retorció riendo de una manera horrible, o un esqueleto cuyas costillas se dibujaban claramente en la amplia faz de la luna.

Pero una feliz idea vino a borrar todas aquellas retorcidas visiones: Eustaquio se acordó del magistrado, antiguo cliente de su suegro y que tan amablemente le había acogido; se propuso ir a verle a la mañana siguiente y confiarse a él por completo, persuadido de que le protegería, aunque sólo fuera por Javotte, a quien había visto y acariciado desde niña, y por maese Goubard, al que tenía gran estima. El pobre comerciante se durmió por fin, y descansó hasta la mañana, apoyado en la almohada de tan buena resolución.

Al día siguiente, cerca de las nueve, llamaba a la puerta del magistrado. El ayuda de cámara, suponiendo que venía a tomar medidas para algún traje o a proponer alguna venta, le condujo en seguida ante su señor, que, medio tumbado en un sillón con cojines leía un libro regocijante. Tenía en su mano el antiguo poema de Merlín Coccaie y se delectaba especialmente con la narración de las proezas de Balde, el valiente prototipo de Pantagruel y todavía más con las incomparables sutilezas y latrocinios de Cingar, ese grotesco patrón que tan felizmente dio forma a nuestro Panurge.

Maese Chevassut estaba leyendo la historia de las ovejas que Cingar consigue arrojar de la nave, tirando al mar la que había pagado, y a la que siguen todas las demás al instante, cuando se dio cuenta de la visita que recibía, y dejando el libro sobre una mesa se volvió hacia el pañero de muy buen humor.

Le preguntó por la salud de su mujer y de su suegro y le gastó todo tipo de bromas banales, aludiendo a su estado de recién casado. El joven aprovechó ese momento para hablarle de su aventura, y después de contarle la disputa con el arcabucero, animado por el aire paternal del magistrado, confesó también el triste desenlace.

El otro le miró con el mismo asombro que si se hubiera tratado del gigante Fracasse de su libro, o el fiel Falquet que parecía un lebrele, y no de maese Eustaquio Bouteroue, comerciante de los pórticos; pues aunque supo que se sospechaba de un tal Eustaquio ni había prestado el menor crédito a tales informes ni a la hazaña referida a la espada que había dejado clavado al suelo a un soldado del rey, atribuida a un enano dependiente de pañero, no más alto que Gribouille o Triboulet.

Pero cuando ya no pudo dudar del hecho aseguró al pobre pañero que se valdría de su influencia para silenciar el asunto y despistar a los agentes de la justicia que seguían su rastro, y le prometió que, si los testigos no le acusaban, podría vivir tranquilo y libre.

Ya le acompañaba maese Chevassut hasta la puerta reiterándole sus promesas cuando, en el instante de despedirse humildemente de él, Eustaquio le propinó un bofetón que puso al magistrado el rostro mitad rojo y mitad azul, como el escudo de París y que le dejó mudo de asombro, con dos palmos de boca abierta y más mudo que un pez sin lengua.

El pobre Eustaquio se espantó tanto de su acción que se arrojó a los pies del magistrado pidiéndole perdón en los términos más suplicantes y piadosos, jurando que había sido un movimiento convulsivo imprevisto, en el que su voluntad no entraba para nada y para el que esperaba la misericordia suya y de Dios. El anciano le levantó más asombrado que colérico; pero apenas Eustaquio estuvo de pie le soltó un revés en la otra mejilla para que hiciera pareja con el primero, de forma que los cinco dedos se le quedaron marcados de tal manera que se podría haber hecho un molde.

procesos, llenando los registros de los tribunales y compartiendo los mismos jueces la credulidad general.

El padrino que Eustaquio había tomado en el Pont-Neuf pagándole un escudo, saludó al amigo del arcabucero y le preguntó si también tenía la intención de batirse; como el otro contestase que no, se cruzó de brazos con indiferencia y retrocedió para contemplar a los campeones.

El pañero no pudo evitar una cierta angustia cuando su adversario le hizo el saludo de armas, que no rindió por su parte. Permaneció inmóvil, sosteniendo su espada como si fuese un cirio y puesto en guardia de tal manera que el militar, que en el fondo tenía buen corazón, se prometió hacerle sólo un rasguño. Pero apenas se hubieron tocado las armas, Eustaquio advirtió que su mano arrastraba su brazo hacia delante y se debatía violentamente. Más exactamente, sólo sentía su mano en la poderosa fuerza que ésta ejercía sobre los músculos de su brazo; sus movimientos tenían una fuerza y una elasticidad prodigiosas, que se podrían comparar a la de un resorte de acero. Así que el militar casi se disloca la muñeca al parar un golpe en tercera; pero de un golpe en cuarta envió su espada a diez pasos mientras la de Eustaquio, sin tomar nuevo impulso y con el mismo movimiento inicial, le atravesó el cuerpo tan violentamente que la cazoleta se le incrustó en el pecho. Eustaquio, que no se había lanzado a fondo y, arrastrado por una sacudida imprevista de la mano, se hubiera roto la cabeza al caer cuan largo era, de no haber ido a parar al vientre de su adversario.

—¡Dios, qué muñeca! —exclamó el padrino del soldado—. ¡Este tipo le daría una lección al caballero *Tord-Chêne*!¹ No tiene su gracia, ni su físico, pero en cuanto a la fuerza del brazo es peor que un arquero del País de Gales.

Entre tanto, Eustaquio se había levantado con la ayuda de su testigo, y permanecía absorto ante lo que acababa de suceder, pero cuando pudo distinguir claramente al arcabucero tendido a sus pies, clavado al suelo con la espada como un sapo en un círculo mágico, echó a correr de tal modo que se dejó olvidado en la hierba su jubón de domingo, acuchillado y con franjas de seda.

¹ *Tord-Chêne*: Tuerce-Robles. (N. del E.)

Así que como el soldado estaba bien muerto, los dos padrinos no tenían nada que hacer quedándose allí y se alejaron rápidamente. Habrían andado unos cien pasos cuando el de Eustaquio exclamó dándose una palmada en la frente:

—¡Pues no me olvidaba de la espada que le presté!

Dejó al otro que continuara su camino y una vez en el lugar del combate se puso a registrar los bolsillos del muerto, hallando sólo unos dados, un trozo de cuerda y una baraja de tarot sucia y vieja.

—¡Fullero, más que fullero! ¡Otro tipejo que no lleva ni un miserable reloj! ¡Así te lleve el diablo, soplamechas!

La educación enciclopédica de siglos nos dispensa explicar, en esta frase, otra cosa que no sea el último término, que alude a la profesión arcabucera del difunto.

No atreviéndose nuestro hombre a llevarse nada del uniforme, cuya venta hubiera podido comprometerle, se limitó a quitarle las botas, las enrolló bajo su capa junto con el jubón de Eustaquio y se alejó refunfuñando.

XI

OBSESIÓN

El pañero estuvo varios días sin salir de su casa con el corazón afligido por aquella muerte trágica que él había causado por ofensas de tan poco peso y por un medio reprobable y condenable tanto en este mundo como en otro. Había momentos en que pensaba que todo era un sueño, y si no hubiese sido por su jubón olvidado en la hierba, testimonio que brillaba por su ausencia, habría dudado de la exactitud de su memoria.

Una tarde, por fin quiso abrir los ojos a la evidencia y se dirigió hacia el Pré-Aux-Clercs como para dar un paseo. La vista se le nubló al reconocer el juego de bolos donde se desarrolló el duelo, y tuvo que sentarse. Algunos procuradores jugaban allí, según su costumbre, antes de cenar. Eustaquio, cuando la neblina que cubría sus ojos se disipó, creyó ver en el suelo entre los pies separados de uno de los jugadores una gran mancha de sangre.

Esto ya era insoportable y maese Chevassut corrió a la campanilla para llamar a su gente; pero el pañero le perseguía continuando su danza, lo cual constituía una escena singular, porque a cada bofetón con que gratificaba a su protector, el infeliz se deshacía en lacrimosas excusas y ahogadas súplicas que contrastaban con su acción de forma jocosa; pero en vano intentaba detener los impulsos a que le arrastraba su mano, semejante a un niño que sujeta con un cordel a un enorme pájaro. El pájaro arrastra al asustado niño por todos los rincones de la habitación y éste no se atreve a soltarlo y no tiene fuerza para detenerlo. Así era arrastrado el infortunado Eustaquio por su mano en la persecución del magistrado que daba vueltas a mesas y sillas, llamaba al timbre y gritaba furioso de dolor y de rabia. Finalmente entraron los criados y redujeron a Eustaquio, sofocado y desfallecido. Maese Chevassut, que por supuesto no creía en la magia blanca, no pensaba otra cosa sino que había sido burlado y maltratado por aquel joven por alguna razón que no acertaba a explicarse; hizo llamar, pues, a los agentes y les entregó a su hombre bajo la doble acusación de homicidio en duelo y ultrajes de obra a un magistrado en su propio domicilio. Eustaquio sólo volvió en sí al oír los cerrojos del calabozo que le era destinado.

—¡Soy inocente! —gritaba al carcelero que le conducía.

—¡Por Dios! —repuso el carcelero gravemente—, ¿dónde creéis que estáis? ¡Si aquí todos sois inocentes...!

XII

DE ALBERTO EL GRANDE Y DE LA MUERTE

Eustaquio fue encerrado en una de esas celdas del Châtelet, de las que Cyrano decía que viéndole allí, le habrían tomado como una vela bajo una ventosa.

—Si es que me dan —pensaba después de dar una vuelta por todos los rincones con una pirueta—, si es que me dan este traje de roca como vestido, es demasiado ancho; si es como tumba, es demasiado estrecho. Los piojos tienen los dientes más largos que

el cuerpo, y se sufre del mal de piedra que no es menos doloroso por ser exterior.

Aquí pudo nuestro héroe reflexionar a placer sobre su mala fortuna y maldecir el auxilio fatal que había recibido del escamoteador, distrayendo de aquel modo uno de sus miembros de la natural autoridad de su cabeza, lo cual originaba a la fuerza toda clase de desórdenes. Pero su sorpresa fue enorme al verle aparecer un día en su calabozo preguntándole con toda tranquilidad cómo se encontraba.

—¡Que el diablo te cuelgue con tus tripas, canalla charlatán y echador de cartas!, ¡tus malditos encantamientos tienen la culpa!

—¿Cómo? —respondió el otro—; ¿tengo yo la culpa de que no vinierais el décimo día para hacer desaparecer el encantamiento trayéndome la suma convenida?

—¿Eh? ¿Acaso sabía yo que necesitabais tanto el dinero? —dijo Eustaquio bajando la voz—, ¡vos que hacéis oro a voluntad, como el escritor Flamel!

—¡De ninguna manera! —contestó el otro—, ¡es todo lo contrario! Algún día llegaré a realizar esa gran obra hermética, puesto que estoy en vías de descubrirlo; pero hasta ahora sólo he logrado transformar el oro fino en un hierro muy bueno y muy puro: secreto que ya poseía el gran Raimundo Lulio al final de su vida...

—¡Extraordinaria ciencia! —dijo el pañero— ¡Ya! ¡Por fin viene usted a sacarme de aquí! ¡Pardiez! ¡Ya era hora!, ya no contaba con ello...

—¡He aquí precisamente la clave del asunto, amigo mío! Eso es, en efecto, lo que pretendo conseguir, abrir las puertas sin llaves, para poder entrar y salir, y veréis por medio de qué operación se obtiene.

Diciendo esto, el cingaro se sacó del bolsillo su libro de Alberto el Grande, y a la luz de una linterna que había traído consigo, leyó el párrafo siguiente:

*—Medio heroico del que se sirven los ladrones
para introducirse en las casas.*

“Se coge la mano cortada de un ahorcado, que habrá de comprar ante de su muerte; se la sumerge con cuidado de tenerla casi

cerrada en un recipiente de cobre que contenga cimac y nitro con grasa de *spondillis*. Se pone el recipiente a fuego vivo de helecho y verbena hasta que la mano, al cabo de un cuarto de hora, esté completamente seca y lista para conservarse durante mucho tiempo. Después se fabrica una vela con grasa de foca y sésamo de Laponia y se hace que la mano coja la vela encendida como si fuera una palmatoria; y por donde quiera que se vaya, llevándola ante sí, caen las barreras, se abren las cerraduras, y las personas que salen al encuentro permanecen inmóviles.

“La mano preparada de tal modo recibe el nombre de *mano de gloria*.

—¡Vaya invento! —exclamó Eustaquio Bouteroue.

—¡Esperad un momento! Aunque no me hayáis vendido vuestra mano, ésta me pertenece, puesto que no la habéis rescatado el día convenido; y la prueba de ello es que una vez cumplido el plazo se ha conducido —gracias al espíritu que la posee— de modo que yo pudiese gozar de ella a la mayor brevedad. Mañana, el parlamento os condenará a la horca; pasado mañana se ejecutará la sentencia, y ese mismo día cogeré el fruto tan codiciado y lo aderezaré como es debido.

—¡De eso nada! —exclamó Eustaquio— ¡Mañana mismo desvelaré a esos *señores* todo el misterio!

—¡Ah, muy bien! Hacedlo... y seréis quemado vivo por serviros de la magia, lo cual os irá acostumbrando a la parrilla del Diablo... Pero ni siquiera esto sucederá, pues vuestro horóscopo dice la horca, y nada podrá libraros de ella.

Entonces, el infeliz Eustaquio empezó a gritar tan desesperadamente y a llorar con tanta amargura que daba lástima.

—¡Vamos, vamos, querido amigo! —le dijo cariñosamente maese Gonin— ¿Por qué rebelarse así contra el destino?

—¡Cielo santo! Es fácil hablar así... —dijo entre sollozos Eustaquio—. Pero cuando la muerte está tan cerca...

—¡Bueno!, ¿y qué tiene la muerte de extraño...? ¡A mí la muerte me importa un rábano! “Nadie muere antes de su hora”, dijo Séneca el Trágico. ¿Acaso sois vos el único vasallo de esa Dama, camarada? También lo soy yo, y el otro, y el de más allá, y Martín, y Philippe..., la muerte no respeta a nadie. Es tan atrevida que condena, mata y coge indistintamente a papas, emperadores

y reyes, como prebostes, sargentos y otras canallas. Por ello, no os aflijáis tanto de hacer lo que otros harán más tarde. Su suerte es más deplorable que la vuestra, pues si la muerte es un mal, sólo es un mal para aquellos que van a morir. De modo que a vos sólo os queda un día de padecer este mal, y la mayor parte de la gente tiene para veinte o treinta años, o más.

“Un viejo autor decía: «La hora que os ha dado la vida ya os la disminuye.» Se está en la muerte mientras se está en la vida, pues, cuando ya no se está en la vida, uno está más allá de la muerte, o, para decirlo mejor y terminar, la muerte no os concierne ni muerto ni vivo; vivo porque sois, y muerto porque ya no sois.

“Deben bastaros, amigo mío, estos razonamientos para daros valor cuando bebáis el ajeno de la muerte, y meditad hasta entonces un hermoso verso de Lucrecio, cuyo sentido es éste: «Vivid tanto como podáis, que no quitaréis nada a la eternidad de vuestra muerte.»

Después de aquellas máximas, quintaesencia de clásicos y modernos, sutilizadas y sofisticadas a gusto del siglo, maese Gonin guardó su linterna, golpeó la puerta del calabozo, que abrió el carcelero, y las tinieblas cayeron de nuevo sobre el preso como una plancha de plomo.

XIII

DONDE EL AUTOR TOMA LA PALABRA

Las personas que deseen conocer todos los detalles del proceso de Eustaquio Bouteroue encontrarán los documentos en los *Arrêts memorables du Parlement de Paris*, que se hallan en la biblioteca de manuscritos y cuya localización será facilitada por M. Paris con su solicitud acostumbrada. Este proceso va por orden alfabético, justo antes del proceso del barón de Boutteville, muy curioso también por la singularidad de su duelo con el marqués de Bussi, en el que, para desafiar las leyes, vino expresamente de Lorena a París y se batió en la mismísima plaza Royale, a las tres de la tarde y el domingo de Pascua (1627). Pero ahora no se trata del duelo y de los ultrajes al magistrado, y no del mágico encantamien-

to que causó todo el desorden. Pero una nota aneja remite al *Recueil d'histoires tragiques de Belleforest* (edición de la Haye; la de Rouen está incompleta); y allí es donde se encuentran los detalles que nos faltan relativos a esta aventura que Belleforest titula con bastante acierto: *La mano poseída*.

XIV

CONCLUSIÓN

La mañana de su ejecución, Eustaquio, que había sido alojado en una celda menos oscura que la otra, recibió la visita de un confesor que le masculó algunos consuelos espirituales del mismo estilo que los del cingaro, pero que no produjeron mejor efecto. Era un tonsurado que pertenecía a una de esas buenas familias que para enaltecer su nombre tienen un hijo abate; llevaba un alzacuello bordado, la barba recortada en forma de huso y unos bigotes retorcidos y atusados; tenía el pelo muy rizado y hablaba de forma pastosa y con un estilo afectado. Eustaquio, viéndolo tan superficial y *pimpante* no tuvo valor para confesarle toda su culpa y confió en sus propias oraciones para obtener el perdón.

El sacerdote le absolvió, y, para pasar el rato, como tenía que permanecer hasta las dos junto al condenado le enseñó un libro titulado: *El llanto del alma penitente, o el regreso del pecador hacia su Dios*. Eustaquio abrió el volumen por el capítulo del privilegio real y se puso a leerlo, muy compungido, por: "Enrique, rey de Francia y de Navarra, a nuestros súbditos y vasallos", etc., hasta la frase, "considerando estas causas, y queriendo tratar favorablemente al ya citado..." Aquí, no pudo contener sus lágrimas y devolvió el libro al sacerdote diciéndole que era demasiado emocionante y que temía enternecerse demasiado si seguía leyendo. Entonces, el confesor sacó de su bolsillo una baraja muy bien pintada y propuso al penitente jugar unas cuantas partidas, en las que le ganó algún dinero enviado por Javotte para procurarle consuelo. El pobre Eustaquio no estaba muy atento al juego, y la pérdida le era poco sensible.

A las dos, salió del Châtelet temblándole la voz al decir los padrenuestros de rutina, y fue conducido a la plaza de los Agustinos.

nos, situada entre los dos arcos que forman la entrada de la calle Dauphine y el Pont-Neuf donde se le honró con un patíbulo de piedra. Mostró bastante firmeza al subir la escalera, ya que al ser este lugar de ejecución uno de los más frecuentados, había mucha gente mirándole. Únicamente, como para dar este salto al vacío uno se toma el mayor tiempo posible, en el instante en que el verdugo se dispuso a pasarle la soga por el cuello con la misma ceremonia que si se tratara del Toisón de Oro, pues este tipo de personas cuando ejerce su profesión ante el público se aplican con habilidad e incluso con cierta gracia, Eustaquio le rogó que se detuviera un instante para que pudiera rezar aún dos oraciones a San Ignacio y a San Luis Gonzaga, santos que había reservado para el final porque habían sido beatificados aquel mismo año 1609; pero el verdugo le respondió que el público también tenía sus quehaceres y que era de mal gusto hacerle esperar para un espectáculo tan sencillo como una simple ejecución; así que, la soga que sujetaba, al empujarle fuera de la escalerilla, interrumpió la réplica de Eustaquio.

Se asegura que, cuando todo parecía haber terminado y el verdugo se iba a su casa, maese Gonin se asomó a una de las troneras del Château-Gaillard que daban a la plaza. Al instante, aunque el cuerpo del pañero colgaba totalmente flojo e inanimado, su brazo se levantó y su mano empezó a agitarse alegremente como el rabo de un perro que ve a su amo. Esto hizo que la multitud lanzara un grito de sorpresa y que aquellos que se marchaban volvieran presurosos, como la gente que cree que el espectáculo ha terminado cuando todavía queda un acto.

El verdugo volvió a poner la escalerilla, tocó los pies del ahorcado en los tobillos: el pulso no latía; cortó una arteria, y no manó sangre, pero el brazo continuaba, sin embargo, sus movimientos desordenados.

El verdugo no era hombre que se asustase fácilmente; se subió a la espalda de su víctima con gran griterío de los asistentes, pero la mano mostró con su rostro la misma irreverencia que con el del magistrado Chevassut; el verdugo, maldiciendo, sacó un gran cuchillo que llevaba siempre entre sus ropas y de dos golpes cortó la mano *poseída*.

Ésta dio un salto prodigioso y cayó ensangrentada en medio de la multitud, que se dispersó espantada; entonces dando varios

saltos gracias a la elasticidad de sus dedos y ya que todo el mundo le dejaba libre el camino, pronto se encontró al pie de la torrecilla del Château-Gaillard; luego, trepando con los dedos como un cangrejo por los salientes y asperezas de la muralla, subió hasta la tronera donde el cingaro la esperaba.

Belleforest detiene aquí su singular historia y termina con estas palabras:

—Esta aventura, anotada, comentada e ilustrada, constituyó durante mucho tiempo la comidilla de la buena sociedad y de las clases populares, siempre ávidas de narraciones extrañas y sobrenaturales; pero incluso hoy es un buen relato para distraer a los niños al amor de la lumbre, aunque no debe ser tomado a la ligera por personas serias y de buen juicio.

LOS CONSTRUCTORES DE PUENTES

RUDYARD KIPLING*

Lo mínimo que esperaba Findlayson, del Departamento de Obras Públicas, era una C. I. E; él soñaba con una C. S. I.¹ En realidad, sus amigos le decían que se merecía más. Durante tres años había aguantado calor y frío, decepciones, incomodidades, peligros y enfermedades, con una responsabilidad casi excesiva para un solo par de hombros; y día a día, durante todo ese tiempo, el gran Puente Kashi sobre el Ganges había ido creciendo bajo su dirección. Ahora, en menos de tres meses, si todo iba bien, Su Excelencia el Virrey inauguraría el puente con gran pompa, un arzobispo lo bendeciría, el primer convoy de soldados pasaría sobre él y habría discursos.

Findlayson, ingeniero jefe, sentado en su vagoneta en una vía de construcción que recorría uno de los principales revestimientos —los enormes terraplenes recubiertos de piedra se extendían a lo largo de de tres millas por el norte y por el sur a ambos lados del río—, se permitió pensar en el final. Con los accesos, su obra tenía una milla y tres cuartos de largo; un puente de vigas enrejadas, apuntaladas con el entramado Findlayson, erigido sobre veintisiete pilares. Cada pilar medía veinticuatro pies de diámetro, rematado con piedra roja de Agra, y se hundía ochenta pies bajo la cambiante arena del lecho del Ganges. Por encima corría una vía de quince pies de ancho y por encima de ésta, todavía, un camino de carros de dieciocho pies, flanqueado de pasarelas. En cada extremo se erguían torres fortificadas de ladrillo rojo, con troneras para mosquetería y para los grandes cañones; y la rampa del camino avan-

* Rudyard Kipling, británico radicado en India (1865-1936). Autor de *Kim* y *El libro de las Tierras Virgenes*, entre otros cuentos y novelas.

¹ C. I. E.: Cruz del Imperio Indio; C. S. I.: Cruz de la Estrella de la India. Condecoraciones que concedía el Imperio Británico a sus funcionarios en la India. (N. del E.)

zaba hasta sus flancos. Centenares de burros que subían desde la cantera abismal, cargados con sacos de materiales, pululaban por los extremos de tierra cruda y el aire caluroso de la tarde estaba lleno del ruido de pezuñas, del golpeteo de los palos de los arrieros y del silbido de la tierra al caer. El río estaba muy bajo y sobre la arena blanca y resplandeciente, entre los tres pilares centrales, había pilastras rechonchas con traviesas entrecruzadas, llenas de barro por dentro y embadurnadas de barro por fuera, para sostener la últimas vigas mientras las iban remachando. En el poco de agua profunda que quedaba después de la sequía, una grúa iba de un lado a otro colocando barras de hierro bruscamente, bufando y retrocediendo y gruñendo como un elefante en un aserradero. Cientos de remachadores hormigueaban entre los enrejados laterales y el techo de hierro de la vía, se colgaban de andamios invisibles bajo las tripas de las vigas, se apiñaban en torno a las gargantas de los pilares y cabalgaban por el alero de los puntales de las pasarelas; sus crisoles y las llamaradas que respondían a cada martillazo lanzaban pálidos reflejos amarillos bajo la deslumbrante luz del sol.

Al este y al oeste, al norte y al sur, las locomotoras traqueteaban y silbaban a lo largo de los terraplenes, con los vagones cargados de piedra marrón y blanca golpeando detrás de ellas, hasta que se derribaban los laterales y, rugiendo y retumbando, unos cuantos miles de toneladas más de materiales fueron lanzados para domeñar el río.

Findlayson, ingeniero jefe, giró en su vagoneta y contempló el aspecto del paisaje que él había cambiado en siete millas a la redonda. Miró hacia atrás a la aldea bulliciosa de sus cinco mil obreros; río arriba y río abajo, hacia las perspectivas de salientes y arena; por encima del río hasta los pilares más alejados, apenas visibles por la calma; hacia arriba, a las torres de guardia —y sólo él sabía lo fuertes que eran — y con un suspiro de satisfacción vio que su obra era buena. Allí, delante de él, se alzaba su puente a la luz del sol. Le faltaban sólo unas semanas de trabajo en las vigas de los tres pilares centrales. Su puente, crudo y feo como el pecado original pero lo suficientemente *pukka* —permanente— como para perdurar cuando todo recuerdo del constructor, incluso el espléndido entramado Findlayson, hubiera perecido. Prácticamente, la cosa estaba hecha.

Hitchcock, su ayudante, trotaba por la vía sobre un pequeño pony de Kabuli que agitaba la cola —el cual, gracias a su larga práctica, hubiera podido haber trotado tranquilamente sobre una rejilla— e hizo un gesto con la cabeza a su jefe.

—Casi —dijo con una sonrisa.

—Lo estaba pensando —contestó el de más edad—. No todo está del todo mal para dos hombres, ¿verdad? —Uno y medio. ¡Qué verde estaba yo cuando llegué aquí!

Hitchcock se sintió muy viejo debido a la gran cantidad de experiencias de estos tres últimos años, que le habían enseñado el mando y la responsabilidad.

—Es verdad que parecía usted un potrillo —dijo Findlayson—. Me pregunto si le gustará volver a su trabajo de oficina cuando esto haya terminado.

—Lo odiaré —dijo el joven y mientras seguía con sus ojos la mirada fija de Findlayson, murmuró: —¿A qué está estupidamente bien?

—Creo que ascenderemos juntos —dijo Findlayson para sí—. Es usted buen chico como para desperdiciarlo con otra persona. Verde estabas, ayudante eres. Ayudante personal serás y en Simla, si es que saco algún reconocimiento por todo esto.

Realmente el grueso del trabajo había recaído totalmente sobre Findlayson y su ayudante, ese joven que él mismo había escogido por su inexperiencia, para formarlo de acuerdo a sus propias necesidades. Ahí había medio centenar de contratistas —ajustadores y remachadores europeos, sacados de los talleres de los ferrocarriles, con quizá veinte subordinados blancos o mestizos para dirigir, dirigidos a su vez, a los grupos de obreros— pero nadie sabía mejor que ellos dos, que gozaban de una confianza mutua, cuán poco eran de fiar los subalternos. Habían pasado muchas veces por crisis imprevistas —el deslizamiento de los aguiles, la ruptura de los aparejos. averías en las grúas y la cólera del río—, pero ninguna presión había puesto de relieve a ningún hombre a quien Findlayson y Hitchcock hubieran podido honrar con un trabajo tan implacable como el que realizaban ellos mismos. Findlayson recordó todo desde el principio: los meses de trabajo de oficina destruidos de golpe cuando el Gobierno de la India, en el último momento, añadió dos pies a la anchura del puente, cre-

yendo sin duda que los puentes se hacían con papel, y arruinando así al menos medio acre de planos —y Hitchcock, nuevo en eso de las decepciones, hundió la cabeza en sus brazos y lloró—; los retrasos descorazonadores en la firma de los contratos de Inglaterra; la fastidiosa correspondencia en la que se insinuaban grandes comisiones si se concedía una, sólo una, más bien dudosa adjudicación; la guerra que siguió al rechazo; la obstrucción cuidadosa y cortés que siguió a la guerra, hasta que el joven Hitchcock, tras acumular dos meses de permiso y pidiendo prestados a Findlayson diez días, gastó sus pobres ahorros de un año en una escapada desesperada a Londres, donde, como él mismo afirmó y como demostraron las adjudicaciones posteriores, infundió el temor de Dios en un hombre tan poderoso que sólo temía al parlamento, y así se lo dijo, hasta que Hitchcock discutió con él en su propia mesa y empezó a temer al Puente de Kashi y a todos los que hablaban en su nombre. Después, apareció el cólera que llegó de noche a la aldea, junto a la obra del puente; y después del cólera, la viruela. Nunca dejaban de tener fiebre, Hitchcock había sido nombrado magistrado de tercera clase con permiso para azotar, para mejor gobierno de la comunidad, y Findlayson observaba cómo el joven ejercía sus poderes con moderación, aprendiendo qué cosas se pueden pasar por alto y cuales no. Fue una larga, larga ensoñación que incluía tormentas, desbordamientos repentinos de los riachuelos, la muerte en todas sus formas y modos, la rabia violenta y horrible ante la burocracia que casi conseguía enloquecer a una mente consciente de que debería estar ocupada en otras cosas; sequía, higiene, administración, nacimientos, bodas, entierros y riñas en la aldea entre veinte castas enemigas; discusiones, argumentos, persuasión y la desesperación absoluta del hombre al acostarse, dando gracias porque su rifle está desmontado en su caja. Detrás de todo eso se alzaba el negro perfil del monte de Kashi —plancha a plancha, viga a viga, arcada a arcada— y cada pilar le recordó a Hitchcock, el hombre para todo, que se había quedado al lado de su jefe sin fallarle, desde el primer momento hasta el final.

Así pues el puente era la obra de dos hombres —a menos que se contase a Peroo, como ciertamente hubiera hecho el propio Peroo, Era un lascar, un *kharva* de Bulsar, familiarizado con todos

los puertos entre Rockhampton y Londres, que había ascendido a la categoría de *serang* en los barcos de *British India*, pero, cansado de sus rutinarias inspecciones y de tener que llevar la ropa limpia, había abandonado el servicio y se marchó al interior, donde los hombres de su condición estaban seguros de encontrar un empleo. Como conocía el uso de los aparejos y los pesos pesados, Peroo valía lo que quisiera pedir por sus servicios, pero la costumbre regulaba el sueldo de los capataces y a Peroo le faltaban bastantes monedas de plata para alcanzar su precio. Ni las corrientes, ni las alturas extremas le infundían miedo; y, como antiguo *serang* que era, sabía mantener su autoridad. No había pieza de hierro que fuera tan grande o que estuviera tan mal colocada como para que Peroo no pudiera idear algún cordaje para levantarla —cualquier invento desharrapado, apuntalado por una cantidad escalandosa de comentarios—, pero perfectamente adecuado para la faena. Fue Peroo el que salvó el pilar número siete de la destrucción cuando el nuevo alambre se atascó en el ojo de la grúa y la enorme plancha se deslizó de sus correas, inclinándose peligrosamente de lado. Entonces, los obreros nativos perdieron la cabeza y se pusieron a gritar y a Hitchcock le rompió un brazo una plancha que le cayó encima y metió el brazo en la chaqueta, se la abrochó y se desmayó, volvió en sí y dirigió el trabajo durante cuatro horas hasta que Peroo desde lo alto de la grúa le informó: “Todo va bien”, y la plancha llegó a su sitio. No había nadie como Peroo, *serang* para amarrar, anudar y sujetar, para controlar los motores auxiliares, para levantar hábilmente una locomotora de la zanja en la que se había caído dando tumbos; para desnudarse y lanzarse al agua, si era necesario, a comprobar como resistían los embates de Madre Gunga los bloques de hormigón que rodeaban los pilares, o para aventurarse río arriba en una noche de monzón e informar sobre el estado de los revestimientos de los terraplenes. Solía interrumpir, sin pudor alguno, las reuniones de Findlayson y Hitchcock hasta que su asombroso inglés o su aún más asombrosa “lingua franca” —medio portugués y medio malayo— se agotaban y se veía obligado a coger un cordón y demostrar los nudos que él recomendaba. Controlaba su propia brigada de encargados de los aparejos —una misteriosa parentela de Kutch Mandvi, recogida mes a mes y escrupulosamente probada—. Ninguna consideración de orden

familiar permitía a Peroo mantener en la nómina unas manos débiles o una cabeza loca “Mi honor es el honor de este puente”—solía decir a quienes estaba a punto de despedir— “¿que me importa a mí tu honor? Vete a trabajar a un vapor, es para lo único que sirves”. El pequeño grupo de chozas donde vivían él y su brigada rodeaba a la morada destartada de un capellán —un sacerdote que jamás había pisado el Agua Negra, pero que había sido elegido como guía espiritual por dos generaciones de marineros, todos impermeables a los misioneros de los puertos o a esos credos religiosos que, mediante las agencias, asaltaban a los marineros a lo largo del Támesis. El sacerdote de los lascar no tenía nada que ver con su casta y, de hecho, con nada de nada. Comía lo que ofrendaban a su iglesia, dormía y fumaba y volvía a dormir. “Porque”, decía Peroo, que lo había llevado mil millas tierra adentro, “es un hombre muy santo. No le importa nunca lo que uno come con tal de que no sea carne de vaca y eso está bien, porque nosotros los kharvas, en tierra adoramos a Shiva, pero en el mar a bordo de los barcos de la *Kúmpani*, obedecemos estrictamente las órdenes del Burna Malum (el primero de abordó) y en este puente respetamos lo que dice el Findlayson Sahib”.

El Findlayson Sahib había ordenado ese día que quitaran el andamiaje de la torre de guardia de la orilla derecha y Peroo, con sus compañeros, estaba soltando y bajando los palos de bambú y las baldas tan deprisa como si estuvieran descargando un barco de cabotaje.

Desde su vagoneta podía oír el silbato de plata del *serang* y el crujido y traqueteo de las poletas. Peroo estaba de pie sobre el remate más elevado de la torre, vestido con el mono azul de su anterior servicio y, cuando Findlayson le hizo un gesto de que tuviera cuidado, porque la suya no era una vida que pudiera desperdiciarse, agarró el último palo y, haciendo sombra a sus ojos con las manos al modo marino, contestó con el grito prolongado del vigia de proa: —*Ham dekhta hai* (Estoy vigilando).

Findlayson se rió y entonces suspiró. Hacía años que no veía un vapor y sentía nostalgia de su hogar. Mientras su vagoneta pasaba bajo la torre, Peroo descendió por una cuerda, como un mono, y gritó:

—Tiene buen aspecto ahora, Sahib. Nuestro puente está hecho. ¿Qué cree que dirá Madre Gunga cuando la cruce el tren

—Ha dicho poco hasta ahora. Nunca ha sido Madre Gunga la que nos ha retrasado.

—Ella se toma siempre su tiempo, y aun así ha habido retrasos. ¿Ha olvidado el Sahib la riada del otoño, pasado, cuando las charanas se hundieron sin previo aviso, o apenas con medio día de aviso?

—Sí, pero ahora sólo una riada grande podría dañarnos. Los espolones aguantan bien por el oeste.

—Madre Gunga come grandes porciones. Siempre hay sitio para poner más piedras en los revestimientos. Es lo que al Chota² Sahib —se refería a Hitchcock— y se ríe.

—No importa, Peroo. Otro año podrás construir un puente a tu manera.

El lascar sonrió.

—Entonces, no será de esta manera, con las piedras hundidas bajo el agua, como se hundiría el *Quetta*. A mí me gustan los puentes *col-col-colgantes*, que van de orilla a orilla por el aire, con una tarima como una plancha. Entonces ningún agua puede hacer daño. ¿Cuándo viene el Lord Sahib³ para inaugurar el puente?

—Dentro de tres meses, cuando haga más fresco.

—¡Ja, ja, ja! Él es como la Burra de Malum. Duerme abajo mientras se hace el trabajo. Entonces sube al alcázar y pasa el dedo y dice: ¡Esto no está limpio! ¡Maldito *jiboonwallah*!

—Pero el Lord Sahib no me llama maldito *jiboonwallah*, Peroo.

—No, Sahib, pero no sube a cubierta hasta que el trabajo está totalmente terminado. Incluso el Burra Malum del *Nerbudda* dijo una vez en Tuticorin...

—¡Bah! ¡Vete! Estoy ocupado.

—Yo también —dijo Peroo, con un semblante impertérrito—. ¿Puedo bajar ahora y remar por los espolones?

—¿Para sujetarlos con tus manos? Creo que son lo suficientemente sólidos.

—No, Sahib. Es así. En el mar, en el Agua Negra, hay sitio para que vaya de arriba abajo sin cuidado. Aquí no hay sitio en absoluto. Mire, hemos metido el río en un muelle y lo hemos hecho correr entre muros de piedra.

² Pequeño, por oposición a *Burra*, grande. (N. del E.).

³ El Virrey. (N. del E.)

Findlayson sonrió al “nosotros”.

—Le hemos puesto el bocado y la brida. No es cómo el mar que puede lanzarse sobre una playa blanda. Es Madre Gunga... encadenada.

Peroo bajó un poco la voz.

—Peroo, has corrido mucho mundo más que yo. Ahora di la verdad. ¿En el fondo de tu corazón, hasta qué punto crees en Madre Gunga?

—Todo lo que nuestro sacerdote dice: Londres es Londres, Sahib, Sidney es Sidney, y Port Darwin es Port Darwin. También Madre Gunga es Madre Gunga y cuando vuelvo a sus orillas, lo sé y la adoro. En Londres, hice *poojah*⁴ al gran templo junto al río en honor al Dios que hay dentro... Sí, llevaré la barca sin los cojines.

Findlayson montó en su caballo y cabalgó al trote hasta el cobertizo del bungalow que compartía con su ayudante. El lugar se había convertido en un hogar para él durante los tres últimos años. Se había asado con el calor, había sudado con las lluvias y tiritado de fiebre bajo el rudo techo de paja; la cal junto a la puerta estaba cubierta de dibujos toscos y de Fórmulas, y el sendero de centinelas que se había formado en la estera de la veranda mostraba los lugares por los que había caminado solo. No hay límite de ocho horas para el trabajo de un ingeniero y cenó con Hitchcock con las botas y las espuelas puestas; fumando puros, escuchaba el murmullo de la aldea mientras las brigadas navegaban por el lecho del río y las luces empezaban a titilar.

—Peroo ha ido a ver los espolones en su barca. Se ha llevado un par de sobrinos con él y está repantingando en la popa como un comodoro —dijo Hitchcock.

—Muy bien. Hay algo que les preocupa. Cualquiera hubiera pensado que diez años en los barcos de la *British India* habrían acabado con casi toda su religión.

—Y así es —dijo Hitchcock, sofocando una risa—. Le oí el otro día mantener una charla muy atea con ese viejo gurú gordo que tienen. Peroo negó la eficacia de la oración y quería que el gurú fuera con él al mar a pasar por una tempestad, y ver si podría detener un monzón.

⁴ Venerar. (N. del E.)

—De todas formas. Me estaba contando una historia sobre cómo rezó en la cúpula de San Pablo cuando estuvo en Londres.

—Me contó que la primera vez que entró en la sala de máquinas, siendo un muchacho, rezó al cilindro de baja presión.

—De todas maneras, no es mala cosa a la que rezar.

Ahora está propiciando a sus propios dioses y quiere saber que piensa Madre Gunga del puente construido sobre ella. ¿Quién va ?

Una sombra oscureció la entrada y pusieron un telegrama en la mano de Hitchcock.

—Debería estar bastante acostumbrada a estas alturas. No es nada. es sólo un *tar*. Será la respuesta de Ralli sobre los nuevos remaches... ¡Santo cielo!

Hitchcock se puso en pie de un salto.

—¿Qué hay? —dijo su superior, y cogió el impreso—. Eso es lo que piensa Madre Gunga, ¿eh? —dijo leyendo—. Mantenga la calma, joven. Nos espera trabajo. Vamos a ver. Muir dice, hace media hora: “Riada en el Ramgunga. Alerta”. Bueno, eso nos da...una, dos... nueve horas y media hasta que la riada llegue a Malipur Ghaut y siete, son dieciséis y media hasta Latodi, digamos quince horas antes de que se nos venga encima.

—¡Maldita sea esa alcantarilla alimentada por las colinas del Ramgunga! Findlayson, esto sucede dos meses antes de lo que se podría haber previsto, y la orilla izquierda está todavía llena de materiales. ¡Dos meses enteros antes de tiempo!

—Por eso sucede. Sólo conozco los ríos indios desde hace veinticinco años y no pretendo comprenderlos. Aquí viene otro *tar*

—Findlayson abrió el telegrama—. Cockran esta vez desde el canal de Ganges: “lluvias fuertes aquí. Mal”. Podría haberse ahorrado la última palabra. Bueno, no queremos saber más. Tenemos que poner las brigadas a trabajar toda la noche y limpiar el lecho del río. Irá usted a la orilla oriental y se las arreglara para reunirse conmigo en medio. Recoja todo lo que flote bajo el puente: ya tendremos suficientes barcos flotando a la deriva de todos modos como para que las chalanas cargadas choque como arietes contra los pilares. ¿Hay algo en la orilla oriental a lo que haya que atender?

—Un pontón, un gran pontón con una grúa encima. La otra grúa está sobre el pontón reparado, con los remaches del camino

de carros de los pilares veinte a veintitrés, dos vías de construcción y un ramal de giro. Las pilastras tendrán que arreglárselas como sea —dijo Hitchcock.

—De acuerdo. Recoja todo lo que pueda. Dejemos quince minutos más a las brigadas para comer.

Cerca de la veranda había un gong grande, que nunca había sido utilizado excepto en caso de riada o incendio en la aldea. Hitchcock pidió un caballo nuevo y se dirigió hacia el lado del puente que le correspondía cuando Findlayson cogió el palo en vuelto en telas y golpeo de manera tal que el metal tronó.

Mucho antes de que cesara el último redoble, todos los gongs de la aldea se habían unido a la llamada. A estos se añadieron el chillido ronco de las conchas en los templos pequeños, el palpitante de los tambores y los tamtanes y, desde el alojamiento de los carteros, donde vivían los remachadores, la corneta de M'Cartney, un arma ofensiva los domingos y festivos, sonó estrepitosa y desesperadamente tocando a botasilla. Las locomotoras que regresaban fatigosamente a casa por los espolones, después de su jornada, respondieron silbando hasta que sus silbidos fueron contestados desde la otra orilla. Entonces el gong grande tronó tres veces para señalar que era una riada y no un incendio; concha, tambor y corneta se hicieron eco de la llamada y la aldea tembló bajo el sonido de los pies descalzos que corrían sobre la tierra blanda. La orden en cualquier caso, era la de acudir a su puesto de trabajo y esperar instrucciones. Las brigadas se precipitaron en el crepúsculo; los hombres se paraban para anudarse los taparrabos o atarse una sandalia. Los capataces de las brigadas gritaban a sus subordinados mientras corrían, o se detenían momentáneamente en los cobertizos de herramientas para recoger barras y asadones; las locomotoras bajaban por sus raíles, arrastrándose sobre las ruedas entre la multitud cuyo torrente marrón se precipitaba en el oscuro lecho del río. corría sobre las pilastras, hormigueaba por los enrejados, se agachaba en las grúas y se quedaba quieto, cada hombre en su sitio.

Entonces, el alarmante latido del gong comunicó la orden de recoger todo y llevarlo por encima del nivel más elevado del agua y centenares de lámparas de keroseno fueron encendidas entre las redes de hierro, mientras los remachadores empezaron el trabajo nocturno en una carrera contra la riada anunciada. Las vigas de

tres pilares centrales —las que estaban sobre las traviesas entrecruzadas— estaban casi en posición. Necesitaban todos los remaches que se pudieran clavar en ellas, porque la riada seguramente arrastraría los soportes y el hierro caería sobre los capiteles de piedra si no se fijaban sus extremos. Cien palancas se metieron con las traviesas de la vía provisional que ponía en comunicación los estribos inacabados. La levantaron tramo a tramo, la cargaron en los vagones y las sofocadas locomotoras la arrastraron cuesta arriba por encima del nivel de la inundación. Los cobertizos de herramientas sobre la arena se desvanecieron ante el ataque de ejércitos de hombres vociferantes, y con ellos desaparecieron las provisiones del Gobierno, cajas de remaches recubiertas de hierro, alicates, cortadoras, piezas de repuesto para las máquinas de remachar, bombas de repuesto y cadenas. La grúa grande sería lo último en moverse, porque estaba alzando todos los materiales pesados hasta la estructura principal del puente. Se tiraron por la borda los bloques de hormigón que había en las chalanas en donde hubiera agua profunda, para proteger los pilares, y empujaron los barcos vacíos con pértigas bajo el puente, río abajo. Se oía chillar muy fuerte el silbato de Peroo, porque al primer golpe del gong grande regresó en su barca a toda velocidad y él y su gente estaban desnudos hasta la cintura, trabajando por su honor y su estima, más valiosos que la vida.

—Sabía que hablaría —gritó—, lo sabía, pero el telégrafo nos ha avisado. ¡Oh hijos de impensable procreación, criaturas de vergüenza indecible! ¿Estamos aquí por las apariencias?

Tenía dos pies de cuerda de alambre deshilachada en los bordes con los que Peroo hizo maravillas, saltando de barco en barco y gritando el lenguaje del mar.

A Findlayson lo que más le preocupaba eran las chalanas. McCartney, con sus brigadas, estaban fijando los extremos de las tres arcadas dudosas, pero unos barcos a la deriva, si la riada resultara crecida, podrían poner en peligro las vigas y en los canales, encogidos por el calor, había una auténtica flota.

—Mételas detrás de la torre de guardia —gritó a Peroo—. Habrá agua muerta allí; llévalas debajo del puente.

—*Accha!* (Muy bien) Yo sé. Estamos amarrándolas con cuerda de alambre —fue la respuesta— ¡eh, escuche al Chota Sahib, está trabajando duro!

Desde el otro lado del río llegó el silbido casi continuo de las locomotoras, acompañado del retumbar de las piedras Hitchcock, en el último momento, estaba echando unos centenares más de vagones de piedra de Tarakke para reforzar sus espolones y revestimientos.

—El puente desafía a Madre Gunga —dijo Peroo riéndose—. Pero cuando ella hable yo sé quién gritará mas fuerte.

Durante horas, los hombres desnudos trabajaban, chillando y gritando bajo las luces. Era una noche calurosa, sin luna, oscurecida por las nubes y un repentino chubasco que alarmó a Findlayson.

—¡Se mueve! —dijo Peroo justo antes del amanecer— ¡Madre Gunga está despierta! ¡Escuche! —metió la mano en el agua desde la borda de un barco y la corriente se revolvió con ella. Uno ola pequeña golpeó un pilar con el sonido de una palmada seca.

—Con seis horas de antelación —dijo Findlayson, enjugando su frente con rabia—. Ahora no podemos contar con nada. Sería mejor que sacáramos a todo el mundo del lecho del río.

De nuevo el gong grande sonó y por segunda vez se produjo el ruido precipitado de pies descalzos sobre la tierra y resonó el hierro; el golpeteo de las herramientas cesó. En el silencio, los hombres oyeron el bostezo seco del agua que se arrastraba sobre la arena sedienta.

Uno tras otro, los capataces fueron gritando a Findlayson, apostado junto a la torre de guardia, que su sección del cauce había sido limpiada, y cuando se apagó la última voz, Findlayson cruzo apresuradamente el puente hasta donde las planchas de hierro de la vía permanente daban paso a la pasarela provisional sobre los tres pilares centrales y allí se encontró con Hitchcock.

—¿Todo en orden por su lado? —dijo Findlayson. El ruido de sus palabras resonó por la caja del enrejado.

—Sí, y el canal oriental se está llenando ahora. Estamos totalmente equivocados en nuestro cálculo. ¿Cuándo nos llega esta cosa?

—Es imposible saberlo. Se está llenando muy de prisa. ¡Mire! —Findlayson señaló las baldas bajo sus pies, donde la arena tórrida y manchada por los meses de trabajo empezaba a erupcionar y a bullir.

—¿Cuáles son las órdenes? —dijo Hitchcock.

—Pasar lista, contar las provisiones, sentarnos a esperar y rezar por el puente. Es todo lo que se me ocurre. Buenas noches. No arriesgue su vida intentando rescatar algo río abajo.

—¡Oh, seré tan prudente como usted! Buenas noches. ¡Cielos, como se llena! ¡Aquí viene la lluvia en serio!

Findlayson con tiento, buscó el camino de vuelta a su orilla, empujando delante de él a los últimos remachadores de M'Cartney. Las brigadas se habían distribuido a lo largo de los terraplenes, a pesar de la lluvia fría del amanecer, y allí esperaban la riada. Sólo Peroo mantenía juntos a sus hombres detrás de la torre de guardia, donde estaban las chalanas cargadas, atadas proa y popa con cables, cuerdas de alambre y cadenas.

Un estridente gemido recorrió la vía hasta convertirse en un aullido, mitad de miedo, mitad de asombro. La superficie del río se blanqueaba de orilla a orilla, entre los revestimientos de piedra, los espolones lejanos desaparecían entre chorros de espuma. Madre Gunga había llegado a la altura de la orilla con rapidez, anunciada por un muro de agua de color chocolate. Un chirrido dominó el rugido del agua; era la protesta de las arcadas cayendo sobre sus bloques, al tiempo que las traviesas entrecruzadas eran violentamente arrebatadas de debajo de sus tripas. Las chalanas gimieron y chocaron entre sí en el remolino que se formó entre los contrafuertes, y sus maltratados mástiles se levantaron cada vez más arriba contra el horizonte mate.

—Antes de que se la encerrara entre esos muros, sabíamos lo que podía hacer. ¡Ahora está así, encajonada, Dios sabe qué hara! —dijo Peroo, mirando el furioso tumulto en torno a la torre de guardia—. ¡Eh! ¡Lucha, lucha fuerte, porque es así como un mujer se agota!

Pero Madre Gunga no quería luchar como Peroo deseaba. Después de la primera sacudida no se produjeron más murallas de agua, sino que el río levantó todo su cuerpo como una serpiente cuando bebe en pleno verano, raspando y sobando las escolleras, amontonándose detrás de los pilares hasta tal punto que Findlayson empezó a calcular mentalmente la resistencia de su obra.

Cuando llegó el día, la aldea se quedó estupefacta.

—¡Sólo anoche —dijeron los hombres mirándose unos a otros— era como un pueblo en el lecho del río! ¡Mirad ahora!

Y miraron y volvieron a asombrarse de la profundidad del agua, el agua que corría y lamía la garganta de los pilares. La orilla opuesta estaba velada por la lluvia, haciendo que desapareciera la perspectiva del puente; sólo los remolinos y las rompientes indicaban, río arriba, donde estaban los pilares; y río abajo, el río cautivo, ya libre, se había extendido como un mar por el horizonte. Entonces pasaron rápidamente, arrastrados por la corriente, hombres y bueyes muertos, mezclados aquí y allá con un trozo de tejado de paja que se disolvía al tocar un pilar.

—Una riada grande —dijo Peroo, y Findlayson asintió con la cabeza.

Era una riada tan grande como para quitarle a uno las ganas de ver otra. Su puente resistía lo que tenía encima ahora, pero no mucho más; y si por alguna probabilidad entre mil hubiera algún defecto en los malecones, Madre Gunga se llevaría su honor al mar junto con los demás despojos. Lo peor de todo era que no se podía hacer nada, excepto esperar tranquilamente; y Findlayson esperó tranquilamente con su impermeable, hasta que su salacot se convirtió en pulpa sobre su cabeza y sus botas estuvieron de fango hasta el tobillo. No prestó atención a la hora, porque el río marcaba las horas, pulgada a pulgada y pie a pie, a lo largo del malecón; y escuchaba, entumecido y hambriento, a las chalanas tensando sus cadenas, el tronar sofocado del agua bajo los pilares y los cien ruidos que componen la voz de una riada. En una ocasión, un criado totalmente mojado le trajo comida, pero no pudo comer; y otra vez, creyó oír el silbido casi imperceptible de una locomotora al otro lado del río y entonces sonrió. El fracaso del puente haría no poco daño a su ayudante, pero Hitchcock era joven, con toda una importante labor que realizar. En cuanto a él mismo, el derrumbamiento lo significaba todo —todo lo que hacía que mereciera la pena una vida dura—. Los hombres de su profesión dirían..., recordaba lo que él mismo dijo, casi con lástima, cuando la gran central depuradora de Lockhart se reventó y se deshizo en montones de ladrillos y limo, y el espíritu de Lockhart se quebró dentro de él y murió. Recordaba lo que él mismo dijo cuando un gran maremoto arrasó el puente de Sumao y, sobre todo, recordó el rostro del pobre Hartopp tres semanas después, marcado por la vergüenza. Su puente era el doble de grande que

el de Hartopp y llevaba el entramado Findlayson, además de la nueva zapata reforzada Findlayson. No había excusa alguna en su apoyo. El gobierno no escucharía, tal vez, pero los suyos le juzgarían por su puente según aguantara o cayera. Lo examinó mentalmente, plancha a plancha, arcada a arcada, pilar a pilar, recordando, comparando, evaluando y calculando de nuevo por si hubiera algún error; y a menudo, durante largas horas y entre el trajín de las fórmulas que bailaban y revoloteaban delante de él, un helado temor le oprimía el corazón. Por su parte, la suma era indiscutible, ¿pero quién podía conocer la aritmética de Madre Gunga? Posiblemente, mientras él estaba equilibrando todo con la tabla de multiplicar, el río podría estar socabando minas en el fondo de cualquiera de esos pilares de ochenta pies que sostenían su reputación. Otra vez se acercó un criado con comida, pero su boca estaba seca y sólo pudo beber y volver a sus decimales. Y el río seguía subiendo. Peroo, con un abrigo de enea, se acurrucaba a sus pies, observando alternativamente su cara y la cara del río, pero sin decir nada.

Por fin, el lascar se levantó y caminó a trompicones por el barro hasta la aldea, no sin dejar precavidamente a un ayudante para que vigilara los barcos.

Regresó pronto, empujando de forma irreverente al sacerdote de su fe —un anciano gordo, de barba cana que el viento agitaba al mismo tiempo que la tela mojada que aleteaba sobre su hombro—. Jamás se había visto un gurú tan lamentable.

—¿De qué sirven las ofrendas y las lamparitas de keroseno y el grano seco —gritó Peroo—, si lo único que puedes hacer es sentarte en cuclillas sobre el barro? Has tratado a los Dioses cuando estaban contentos y bien dispuestos. Ahora están enfadados. ¡Háblales!

—¿Qué puede un hombre contra la ira de los Dioses? —gimoteó el sacerdote, encogiéndose ante la violencia del viento— déjame ir al templo y rezaré allí.

—¡Hijo de un cerdo! ¡Reza *aquí*! ¿No hay nada a cambio del pescado salado y el polvo de curry y las cebollas secas? ¡Llama en voz alta! Di a Madre Gunga que hemos tenido bastante. Ruégale que se calme esta noche, Yo no sé rezar, pero he trabajado en los barcos de la *Kúmpani* y cuando los hombres no obedecían mis ordenes yo...

Con un ademán agitado del látigo de cuerda de alambre, Peroo terminó su frase y el sacerdote, apartándose de su discípulo huyó a la aldea.

—¡Cerdo gordo! —dijo Peroo—. ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! ¡Cuando baje el caudal yo me encargaré de conseguirnos un nuevo gurú! *Finlinson* Sahib, ya anochece y no ha comido nada desde ayer. Sea razonable, Sahib. Ningún hombre puede soportar velar y pensar demasiado con el estómago vacío. Túmbese, Sahib, el río hará lo que tenga que hacer.

—El puente es mío; no puedo dejarlo.

—¿Lo va a sujetar con las manos, entonces? —dijo Peroo riéndose— yo estaba preocupado por mis barcos y aparejos *antes* de que viniera la riada. Ahora estamos en manos de Dioses. ¿El Sahib no va ni a comer ni a acostarse? Entonces, tome esto. Es carne y buen alcohol a la vez, mata toda la fatiga, además de la fiebre que produce la lluvia. Hoy no he comido otra cosa.

Sacó de su cinturón empapado una pequeña caja de tabaco de latón, y la puso en la mano de Findlayson diciendo:

—No, no tenga miedo. Sólo es opio. ¡Opio puro de Malwa!

Findlayson dejó caer sobre su mano dos o tres bolitas de color marrón oscuro y, casi sin saber lo que hacía, se las tragó. Al menos sería una buena defensa contra la fiebre —esa fiebre que subía del barro y que estaba apoderándose de él—; además, había visto lo que Peroo podía hacer en las nieblas sofocantes de otoño con una dosis de la caja de latón.

Peroo movió la cabeza con los ojos brillantes.

—Dentro de poco... dentro de poco el Sahib descubrirá que vuelve a pensar bien otra vez. Yo también tomaré...

Se lanzó sobre su preciada caja, se colocó bien el impermeable en la cabeza y se agachó para observar los barcos. Ya estaba demasiado oscuro para ver más allá del primer pilar, y la noche pareció haber dado nuevas fuerzas al río. Findlayson estaba de pie, con la barbilla sobre su pecho, pensando. Había una duda sobre uno de los pilares —el séptimo— que todavía no había resuelto de todo en su mente. Las cifras no cobraban forma a su vista excepto una a una y durante intervalos de tiempo enormes. En sus oídos había un sonido rico y melodioso, como la nota más profunda de un contrabajo —un sonido encantador, en el cual le pareció

que su pensamiento se prendió durante varias horas—. Entonces Peroo apareció junto a él gritándole que un cable se había roto y que las chalanas se habían soltado. Findlayson vio cómo la flota se abría y giraba como un abanico entre el chirriar prolongado del alambre al tensarse.

—Un árbol ha chocado con ellas. Se irán todas —gritó Peroo—. El cable principal se ha partido. ¿Qué hace el Sahib?

Un plan inmensamente complejo relampagueó en la mente de Findlayson. Vio las cuerdas que pasaban de barco en barco en líneas y ángulos rectos —cada cuerda, una línea de pálido fuego—. Pero había una que era la cuerda maestra. Él podía verla. Si consiguiera tirar de ella, era absoluta y matemáticamente segura que la desordenada flota volvería a unirse en el remanso detrás de la torre de guardia. ¿Pero por qué, se preguntó, le agarraba Peroo tan desesperadamente por la cintura mientras bajaba a la orilla precipitadamente? Era necesario apartar al lascar, suave y lentamente, porque era necesario salvar los barcos y, además, demostrar lo sumamente fácil que era ese problema que parecía tan difícil. Y entonces —pero no tenía ninguna importancia— una cuerda de alambre se deslizó en su mano, quemándola, la elevada orilla desapareció y con ella todos los factores del problema se dispersaron lentamente. Estaba sentado en la oscuridad lluviosa, sentado en un barco que giraba como una peonza y Peroo estaba de pie por encima de él.

—Había olvidado —dijo el lascar despacio— que para las personas que están en ayunas y que no están acostumbradas, el opio es peor que cualquier vino. Los que mueren en el seno de Gunga van junto a los Dioses. Aun así, yo no tengo ningún deseo de presentarme a tan altos personajes. ¿Sabe nadar el Sahib?

—¿Para qué? Sabe volar, volar tan rápido como el viento —fue la apagada respuesta.

—¡Está loco! —murmuró Peroo muy bajo—. Y me echó de lado como un fardo de estiércol. Bueno, no verá su muerte. El barco no puede aguantar aquí aunque no choque contra nada. No es bueno mirar a la muerte con mirada clara.

Volvió a proveerse en la caja de latón, se agachó en la proa de la embarcación tambaleante, mirando a través de la niebla a la nada que allí había. Una cálida somnolencia se apoderó de Find-

layson, el Ingeniero Jefe, cuyo deber era estar junto al puente. Las pesadas gotas de lluvia lo golpeaban con mil pequeños hormiguesos excitantes y todo el peso del tiempo, desde su creación, le cayó pesadamente sobre los párpados, pensaba y percibía que estaba completamente seguro porque el agua era tan sólida que seguramente un hombre podría pisarla y, quieto, con las piernas separadas para mantener el equilibrio —esto era lo mas importante—, llegaría cómoda y rápidamente a la orilla. Pero se le ocurrió un plan mucho mejor. Sólo era necesario un esfuerzo de voluntad para que el alma lanzara al cuerpo a tierra como el viento empuja un papel para llevarlo a la ribera por el aire como una corneta. Después de eso —el barco giraba vertiginosamente— imagínate que el viento soplara por debajo del cuerpo dejado en libertad. ¿Subiría como una corneta e iría a dar de bruces sobre las arenas lejanas, o giraría fuera de control por toda la eternidad? Findlayson se agarró a la borda para sujetarse porque le parecía que iba a alzar el vuelo antes de que pudiera determinar todos sus planes. El opio hace más efecto al hombre blanco que al negro. Pero estaba cómodamente indiferente a los accidentes.

—No puede aguantar —gruñó—, sus costuras se están abriendo. Si hubiera sido una barca de remos podríamos haberlo resistido; pero esta caja agujereada no sirve. *Findlinson* Sahib, nos hundimos.

—*iAccha!* Yo me marchó. Véte tú también

En su mente, Findlayson ya se había escapado del barco y volaba en círculos en el aire, buscando un punto de descenso donde plantar el pie. Su cuerpo —realmente sentía su necia impotencia— estaba en la popa, con el agua por las rodillas.

—¡Qué ridículo! —dijo para sí, desde su alto refugio. Eres Findlayson... Jefe del Puente de Kashi. El pobre animal encima se va a ahogar. Ahogarse cuando se está tan cerca de la orilla. Yo... yo ya estoy en tierra. ¿Por qué no viene?

Para su gran disgusto, encontró su alma devuelta a su cuerpo otra vez, a ese cuerpo a punto de ahogarse en la profundidad del agua. El dolor de la reunión fue atroz, pero también era necesario luchar por el cuerpo. Tuvo conciencia de asirse desesperadamente a la arena mojada y dar uno pasos prodigiosamente largos, como en los sueños, para no perder pie en el agua arremolinada, hasta

que por fin se arrastró fuera del abrazo del río y se dejó caer, jadeando, sobre la tierra húmeda.

—No será esta noche —dijo Peroo a su oído—. Los Dioses nos han protegido.

El lascar movió sus pies cautelosamente y crujieron entre los tocones.

—Ésta es alguna isla de la cosecha de añil del año pasado —prosiguió— No encontraremos hombres aquí; pero tenga mucho cuidado, Sahib; la riada ha hecho salir todas las serpientes en cien millas a la redonda. Aquí viene el relámpago, a la zaga del viento. Ahora veremos. Pero ande con cuidado.

Findlayson estaba muy lejos de tener miedo a la serpientes, en realidad, estaba muy lejos de cualquier emoción humana. Después de quitarse el agua de los ojos, veía con una claridad inmensa y caminaba, así se lo parecía, con unos pasos que abarcaban el mundo entero. En alguna parte, en la noche de los tiempos, había construido un puente —un puente que cruzaba ilimitadas extensiones de mares resplandecientes—, pero el Diluvio se lo había llevado, dejando esta única isla bajo el cielo para Findlayson y su compañero, los únicos supervivientes de la estirpe humana.

Un relampagueo incesante, hendido y azul, iluminaba todo lo que había que ver en esa pequeña parcela de tierra rodeada por la inundación —una mata de espinas, una mata de bambú que se balanceaba y crujía, un *peepul* gris y nudoso que daba sombra a un santuario hindú, en cuya cúpula ondeaba una bandera roja hecha jirones. El santón, que lo tenía como residencia de verano, lo había abandonado hacía mucho, y la intemperie había roto la imagen embadurnada de rojo de su Dios. Los hombres, con las piernas y los párpados pesados, tropezaron sobre las cenizas de un lar rodeado de ladrillos y se sentaron al abrigo de las ramas, mientras la lluvia y el río rugían al unísono.

Los tocones de añil crepitaban y hubo un olor a ganado cuando un enorme Toro brahmán se abrió camino hacia el árbol. Los rayos revelaron la marca del tridente de Shiva en su ijada, la insolencia de la cabeza y la joroba, los ojos luminosos como los de un ciervo, la frente coronada con una guirnalda de caléndulas mojadas y la sedosa papada que casi tocaba el suelo. De él se oía subir a otras bestias desde la línea de inundación

a través de los matorrales, un ruido de pasos pesados y de respiración honda.

—Aquí hay alguien más que nosotros —dijo Findlayson, con la cabeza apoyada en el tronco, mirando a través de los ojos semicerrados y totalmente tranquilo.

—Ciertamente— dijo Peroo con la voz apagada— y no son inferiores.

—¿Que son entonces? No los veo claramente.

—Los Dioses. ¿Quiénes van a ser? ¡Mire!

—¡Ah, cierto! Los Dioses seguramente, los Dioses.

Findlayson corrió mientras su cabeza caía hacia delante sobre su pecho. Peroo tenía toda la razón. Después del diluvio, ¿quién podría estar vivo sobre la tierra sino los Dioses que la hicieron; los Dioses a quienes su aldea invocaba por las noches, los Dioses que estaban en boca de todos los hombres e involucrados en todas sus acciones? No podía levantar la cabeza ni mover un dedo debido al trance en el que estaba y Peroo sonreía a los relámpagos con un aspecto ausente.

El Toro se detuvo junto al santuario con la cabeza inclinada hacia la tierra húmeda. En las ramas, un Loro verde se alisaba las mojadas alas con su pico y chillaba a los truenos a medida que el círculo bajo el árbol se iba llenando de las sombras movedizas de las bestias. Había un Antílope negro pegado a los talones del Toro —un macho que quizá Findlayson había visto en sueños en su ya lejana vida sobre la tierra—. Un Antílope de cabeza regia, lomo de ébano, vientre de plata y cuernos rectos y brillantes. Junto a él, con la cabeza inclinada hacia la tierra, los brillantes ojos verdes bajo el pesado ceño, azotando la hierba con su cola inquieta, se pascaba una Tigresa, panzuda, de grandes quijadas.

El Toro se agachó junto al santuario y de la oscuridad saltó un Mono gris, monstruoso, que se sentó como un hombre en donde estaba la imagen caída y la lluvia demarraba sus gotas como joyas sobre el pelo de la nuca y sobre sus hombros.

Otras sombras iban y venían detrás del círculo, entre ellas un hombre borracho que agitaba un bastón largo y una botella. Entonces, un ronco bramido subió del suelo.

—¡La riada amaina —gritó—; hora tras hora el agua baja y su puente sigue en pie!

—Mi puente —dijo Findlayson para sí—. Esto tiene que ser de otra época ya. ¿Qué tienen que ver los Dioses con mi puente?

Sus ojos se movían en la oscuridad después del rugido. Un Cocodrilo hembra —de morro chato, frecuentador de vados, el *Magar* del Ganges— se arrastró entre las bestias azotando furiosamente de derecha a izquierda su cola.

—Lo han hecho demasiado sólido para mí. En toda la noche sólo he arrancado un puñado de tablones. ¡Los muros resisten! Han encadenado mi caudal y mi río ya no es libre. ¡Celestiales, quitadme ese yugo! ¡Dadme agua que corra de orilla a orilla! Soy yo, Madre Gunga, quien os habla. ¡La justicia de los Dioses! ¡Invoco a la justicia de los Dioses!

—¿Qué dije yo? —susurró Peroo— En verdad esto es un *Punchayet*⁵ de los Dioses. Ahora sabemos que el mundo entero está muerto excepto usted y yo, Sahib.

El Loro chilló y agitó sus alas otra vez, y la Tigresa, con las orejas pegadas a la cabeza, rugió ferozmente.

En alguna parte, en la sombra, una gran trompa y unos colmillos resplandecientes se balanceaban de un lado a otro y un gorjeo sordo rompió el silencio que siguió al rugido.

—Estamos aquí —dijo una voz grave— los Grandes. Somos uno solo y muchísimos. Shiva, mi padre, está aquí con Indra... Kali ya ha hablado. Hanuman también escucha.

—Kashi está sin su Kotwal esta noche —gritó el Hombre de la botella tirando su bastón al suelo, mientras en la isla resonaba el ladrillo de los perros—. Que se le conceda la justicia de los Dioses.

—No os movisteis cuando contaminaron mis aguas —bramó el gran Cocodrilo—. No hicisteis ninguna señal cuando mi río estaba atrapado entre los muros. Yo no tenía mas ayuda que mi propia fuerza y ésta ha fallado —la fuerza de Madre Gunga ha fallado— ante sus torres de guardia ¿Qué podía hacer? He hecho de todo. ¡Acabad ahora, Celestiales!

—Yo traje la muerte; cabalgué con la enfermedad de las manchas en las chozas de sus obreros y aún no desistían —un Asno, con la nariz rajada, el pelo desgastado, cojo, con patas de tijera, y

⁵ Consejo. (N. del E.)

cubierto de llagas, avanzó renqueando—. Les soplé la muerte con mis narices, pero no desistían.

Peroo hubiera querido moverse pero el opio lo paralizaba.

—¡Bah! —dijo escupiendo—. Es Sitala en persona; Mata, la viruela. ¿El Sahib tiene un pañuelo para taparse la cara?

—¡Vaya ayuda! —dijo el Cocodrilo—. Me entregaron sus cadáveres durante un mes y los eché en mis bancos de arena, pero su trabajo proseguía. ¡Son demonios e hijos de demonios! Y dejasteis sola a Madre Gunga para que sus carros de fuego se burlaran de ella. ¡Caiga la justicia de los Dioses sobre los constructores de puentes!

El Toro rumiaba y contestó despacio.

—Si la justicia de los Dioses cayera sobre todos los que se burlaran de las cosas santas, habría muchos altares apagados en la tierra, Madre.

—Pero esto es mucho más que una burla —dijo la Tigresa avanzando repentinamente una garra quejosa—, Tú sabes, Shiva, y vosotros también, Celestiales, sabéis que han profanado a Gunga. Seguramente deben acudir ante el Destructor. Que juzgue Indra.

El Ciervo contestó sin moverse.

—¿Cuánto tiempo hace que existe este mal?

—Tres años, según la cuenta de los hombres —dijo el Magar, acurrucado en la tierra.

—¿Va a morirse Madre Gunga en un año como para que esté tan ansiosa de ser vengada ahora? El mar profundo estaba ayer en el mismo sitio donde fluye hoy, y mañana el mar lo cubrirá de nuevo cuando los Dioses midan aquello a lo que los hombres llaman tiempo. ¿Quién puede decir que ese puente estará en pie mañana? —dijo el Antílope.

Hubo un largo silencio y al pasar la tormenta, la luna apareció sobre los árboles empapados de agua.

—Juzgad pues —dijo el Magar hoscamente—. Yo he proclamado mi vergüenza. La inundación decrece. Yo no puedo hacer más.

—En cuanto a mí —era la voz del gran Mono sentado en el santuario— me agrada mucho ver trabajar a estos hombres pues me recuerdan que yo también construí un gran puente en la infancia del mundo.

—También dicen —rugió la Tigresa— que estos hombres proceden de la destrucción de tus ejércitos, Hanuman y por eso tú serías cómplice...

—Ellos trabajaban como trabajaban en Lanka mis ejércitos, y creen que su trabajo es perdurable. Indra está demasiado alto, pero tú, Shiva, tú sabes que han surcado la tierra con sus carros de fuego.

—Sí, lo sé —dijo el Toro—, sus Dioses le han instruido en la materia.

Una risa recorrió el círculo.

—¡Sus Dioses! ¿Qué saben sus Dioses? Nacieron ayer y quienes los han hecho apenas están fríos —dijo el Magar—. Mañana sus Dioses morirán.

—¡Oh! —dijo Peroo—, Madre Gunga habla bien. Yo se lo dije al padre Sahib que predicaba en el *mombasa* y él pidió al Burra Malum que me cargara de cadenas por tan gran insolencia.

—Seguramente hacen estas cosas para agradar a sus Dioses —volvió a decir el Toro.

—No del todo —dijo el Elefante—. Es para beneficiar a mis *majajuns*, mis gordos prestamistas que me adoran cada año nuevo, cuando dibujan mi imagen en la cabecera de sus libros de contabilidad. Yo miro sobre sus hombros, a la luz de las lámparas, y veo que los nombres de sus libros son los de hombres de lugares lejanos, porque todas las ciudades están unidas por los carros de fuego, y el dinero va y viene rápido, y los libros se ponen tan gordos como yo mismo. Y yo, que soy Ganesh de la Buena Suerte, bendigo a mis gentes.

—Han cambiado la faz de la tierra, que es mi tierra. Han matado y hecho nuevas ciudades en mis riberas—dijo el Magar.

—No es sino mover un poco el polvo. Que el polvo cave en polvo si le place al polvo —contestó el Elefante.

—¿Pero después? —dijo la Tigresa—. Después verán que Madre Gunga no puede vengar ningún insulto, uno a uno. Al final, Ganesh, nos quedaremos en nuestros altares vacíos.

El hombre borracho se puso en pie tambaleando, e hipó con vehemencia ante la asamblea de los Dioses.

—Kali miente. Mi hermana miente. Mi bastón, también, es el Kotwal de Kashi, y él lleva la cuenta de mis peregrinos. Cuando

llega la hora de reverenciar a Bhairon —y siempre es hora— los carros de fuego se mueven uno tras otro y cada uno lleva mil peregrinos. No vienen a pie, sino rodando sobre ruedas, y mi honor se acrecienta.

—Gunga, en Pryag he visto tu lecho negro de peregrinos —dijo el Mono, inclinándose hacia adelante—, y si no fuera por los carros de fuego habrían venido lentamente y en menor cantidad. Recuérдалo.

—Hasta mí, vienen siempre —continuó Bhairon con una voz amorfa—. Día y noche el pueblo llano me reza en los campos y en las carreteras. ¿Quién se asemeja a Bhairon hoy en día? ¿Quién habla aquí de cambios de religión? ¿Acaso mi bastón es el Kotwal de Kashi en balde? Lleva la cuenta y dice que nunca como hoy ha habido tantos altares y que el carro de fuego los atiende muy bien. Bhairon soy yo, Bhairon del pueblo llano...

—¡Paz tú! —mugió el Toro—. La adoración de las escuelas es mía, y en ellas se habla muy sabiamente, y se preguntan si soy uno o muchos, a mi gente le gustan esas cosas, y vosotros sabéis quién soy yo. Kali, esposa mía, tú también sabes.

—Sí, lo sé —dijo la Tigresa, con la cabeza baja.

—Soy más grande que la propia Gunga. Porque sabéis quién hizo que los hombres llamasen santa a Gunga entre todos los ríos. Quién muere en estas aguas —sabéis lo que dicen los hombres— viene a Nosotros sin castigo, y Gunga sabe que el carro de fuego le ha traído centenares de personas ávidas de acabar así; y Kali sabe que sus fiestas más importantes las ha celebrado entre los peregrinos, traídos por el carro de fuego. ¿Quién consiguió en Poree, bajo la imagen de Dios, miles de víctimas en un día y una noche, y atando la enfermedad a las ruedas de los carros de fuego la hizo correr, de un extremo a otro de la tierra? ¿Quién sino Kali? Antes de que llegara el carro de fuego era un trabajo duro. Los carros de fuego te han servido bien, Madre del Exterminio. Pero yo hablo por mis propios altares, yo que no soy Bhairon del pueblo llano, sino Shiva. Los hombres van y vienen fabricando palabras y contando cosas de Dioses extraños, y yo escucho. Las creencias se suceden entre mi gente en las escuelas, y yo no me enfado; porque cuando las palabras se han dicho y se acaba la nueva fábula, al final los hombres vuelven a Shiva.

—Cierto. Es cierto —murmuro Hanuman—. A Shiva y a los demas, Madre, vuelven. Yo voy sigilosamente de templo en templo en el norte, donde adoran a un Dios y a su Profeta; y dentro de poco sólo mi imagen estará en sus santuarios.

—¿Eso es todo? —dijo el Antílope, volviendo lentamente su cabeza— Yo soy ese Dios y también su Profeta.

—Así es, padre —dijo Hanuman—. Y cuando voy al sur, yo, el más antiguo de los Dioses, tal como los conocen los hombres, no tengo más que tocar los santuarios de la nueva fe y entonces esculpen con doce brazos a la Mujer que todos conocemos y a la que sin embargo ellos llaman María.

—¿Eso es todo, hermano? —dijo la Tigresa— Yo soy esa mujer.

—Así es, hermana; y cuando yo voy al oeste con los carros de fuego, me pongo delante de los constructores de puentes de muchas formas, y por mí, ellos cambian su fe y se hacen sabios. ¡Ja, ja, ja! En verdad yo soy el constructor de puentes —puentes entre esto y aquello, y cada puente al final conduce con seguridad a nosotros. Alégrate, Gunga. Ni estos hombres ni los que vengan detrás de ellos se burlan de ti en lo absoluto.

—¿Estoy sola, entonces, Celestiales? ¿Tengo que suavizar mi caudal para que, inoportunamente, no arrase sus muros? ¿Indra secará entre sus muelles mis fuentes en las colinas y hará que me arrastre humildemente? ¿Tengo que enterrarme para no ofenderles?

—¡Y todo por una pequeña barra de hierro con el carro de fuego encima! ¡De verdad, Madre Gunga sigue siendo muy joven! —dijo Ganesh el elefante—. Un niño no habría hablado más tontamente. Que el polvo cave en el polvo antes de volver al polvo. Yo sólo sé que mi gente se enriquece y me alaba. Shiva ha dicho que los hombres de las escuelas no le olvidan; Bhairon está contento con su pueblo llano; y Hanuman se ríe.

—Claro que me río —dijo el mono—. Mis altares son pocos al lado de los de Ganesh o Bhairon, pero los carros de fuego me traen nuevos devotos de allende el Agua Negra, los hombres que creen que su Dios es el trabajo. Yo corro delante de ellos haciendo gestos y ellos siguen a Hanuman.

—Dales el trabajo que desean, entonces —dijo el Magar—. Construye un muelle en mi caudal y echa el agua por encima del

puede. Una vez demostraste tu fuerza en Lanka, Hanuman. Agáchate y levanta mi cauce.

—Quien da la vida puede quitar la vida— el Mono rascó en el barro con su alargado índice—. Y sin embargo ¿a quién le beneficiaría la matanza? Morirían muchísimos.

Desde el agua subió el fragmento de una canción de amor como las que cantan los muchachos cuando vigilan su ganado bajo el ardiente mediodía de la primavera tardía. El Loro chilló gozosamente, moviéndose por su rama con la cabeza inclinada a medida que la canción crecía y, en medio de un claro de luna, apareció el joven vaquero, el favorito de los Gopis, el ídolo de los sueños de las vírgenes y de las madres antes del nacimiento de sus hijos —Krishna, el Bienamado—. Se agachó para anudar su larga cabellera mojada y, con un aleteo, el loro se posó sobre su hombro.

—Danzando y cantando, cantando y danzando —hipó Bhairon—. Eso es lo que hace que llegues tarde al consejo, hermano.

—¿Entonces? —dijo Krishna, riendo y echando la cabeza hacia atrás— no podéis hacer gran cosa sin mí, ni siquiera Karma aquí presente. —Acarició el plumaje del loro y volvió a reír— ¿Qué hacéis ahí sentados y hablando todos juntos. Por eso he venido rápidamente, desde una choza en la que me encontraba tan a gusto. ¿Qué le habéis hecho a Karma para que esté tan mojado y tan callado? ¿Y qué hace Madre Gunga aquí? ¿Están tan llenos los cielos que tenéis que venir a arrastraros por el fango como las bestias? ¿Karma qué les pasa?

—Gunga clama vengaza contra los constructores de puentes y Kali está con ella. Ahora pide a Hanuman que anegue el puente para que aumente su honor —gritó el Loro—. Yo he esperado aquí sabiendo que vendrías. ¡Oh mi señor!

—¿Y los Celestiales no han dicho nada? ¿Acaso Gunga y la Madre de los Suplicios les han ganado hablando? ¿Ninguno habló por mi gente?

—No —dijo Ganesh, moviéndose inquieto sobre sus patas—. Yo dije que no era sino polvo que jugaba. ¿Para que aplastarlo?

—A mí me gustaba verlos trabajar, me gustaba mucho —dijo Hanuman.

—Yo soy Bhairon del pueblo llano y éste, mi bastón, es el Kotwal de todo el Kashi. Yo hablo por el pueblo llano.

punte. Una vez demostraste tu fuerza en Lanka, Hanuman. Agáchate y levanta mi cauce.

—Quien da la vida puede quitar la vida— el Mono rascó en el barro con su alargado índice—. Y sin embargo ¿a quién le beneficiaría la matanza? Morirían muchísimos.

Desde el agua subió el fragmento de una canción de amor como las que cantan los muchachos cuando vigilan su ganado bajo el ardiente mediodía de la primavera tardía. El Loro chilló gozosamente, moviéndose por su rama con la cabeza inclinada a medida que la canción crecía y, en medio de un claro de luna, apareció el joven vaquero, el favorito de los Gopis, el ídolo de los sueños de las vírgenes y de las madres antes del nacimiento de sus hijos —Krishna, el Bienamado—. Se agachó para anudar su larga cabellera mojada y, con un aleteo, el loro se posó sobre su hombro.

—Danzando y cantando, cantando y danzando —hipó Bhairon—. Eso es lo que hace que llegues tarde al consejo, hermano.

—¿Entonces? —dijo Krishna, riendo y echando la cabeza hacia atrás— no podéis hacer gran cosa sin mí, ni siquiera Karma aquí presente. —Acarició el plumaje del loro y volvió a reír— ¿Qué hacéis ahí sentados y hablando todos juntos. Por eso he venido rápidamente, desde una choza en la que me encontraba tan a gusto. ¿Qué le habéis hecho a Karma para que esté tan mojado y tan callado? ¿Y qué hace Madre Gunga aquí? ¿Están tan llenos los cielos que tenéis que venir a arrastraros por el fango como las bestias? ¿Karma qué les pasa?

—Gunga clama vengaza contra los constructores de puentes y Kali está con ella. Ahora pide a Hanuman que anegue el puente para que aumente su honor —gritó el Loro—. Yo he esperado aquí sabiendo que vendrías. ¡Oh mi señor!

—¿Y los Celestiales no han dicho nada? ¿Acaso Gunga y la Madre de los Suplicios les han ganado hablando? ¿Ninguno habló por mi gente?

—No —dijo Ganesh, moviéndose inquieto sobre sus patas—. Yo dije que no era sino polvo que jugaba. ¿Para que aplastarlo?

—A mí me gustaba verlos trabajar, me gustaba mucho —dijo Hanuman.

—Yo soy Bhairon del pueblo llano y éste, mi bastón, es el Kotwal de todo el Kashi. Yo hablo por el pueblo llano.

—¿Tú? —los ojos del joven Dios brillaban.

—¿Acaso no soy para ellos el primero de los Dioses hoy día?
—respondió Bhairon sin inmutarse— Por el bien del pueblo llano he dicho... muchísimas cosas sabias que he olvidado ahora... pero éste, mi bastón..

Krishna se dio vuelta con impaciencia, vio el Magar a sus pies, y arrodillándose, pasó un brazo en torno a su cuello frío.

—Madre —dijo suavemente—, vuelve a tu cauce otra vez. Este asunto no te concierne. ¿Qué daño puede hacerle a tu honor este polvo viviente? Tú has hecho renacer sus campos año tras año, y por tu caudal se hacen fuertes. Al final, todos vuelven a ti. ¿Qué necesidad hay de matarlos ahora? Ten piedad, Madre es sólo por poco tiempo —empezó a decir lentamente la bestia.

—¿Son ellos Dioses, entonces? —replicó Krishna, riendo y mirando los apagados ojos del Magar— Estáte segura que es sólo por poco tiempo. Los Celestiales te han oído y pronto se te hará justicia. Regresa ahora, Madre a tu cauce. Tus aguas están llenas de hombres y de ganado, las orillas se derrumban, y las aldeas se disuelven por tu causa.

—Pero el puente, el puente está en pie.

El Magar se volvió y, gruñendo, se adentró en la maleza al levantarse Krishna.

—Se acabó —dijo la Tigresa, sañuda—. Ya no hay justicia entre los Celestiales. Habéis avergonzado a Gunga y os habéis burlado de ella, que no pedía sino unas veintenas de vidas.

—De *mi* gente, que yace allá bajo los techados de paja de la aldea; de las muchachas y de los muchachos que cantan en la oscuridad; del niño que nacerá el mes que viene; del que ha sido concebido esta noche —dijo Krishna—. Y cuando todo acabe, ¿qué provecho sacaréis? Mañana volverán al trabajo. Sí, si arrancaras el puente de punta a punta volverían a empezar. ¡Oídmel Bhairon sigue borracho. Hanuman se burla de sus fieles con nuevos acertijos.

—No, que son muy viejos —dijo el Mono riéndose.

—Shiva escucha las conversaciones de las escuelas y los sueños de los hombres santos; Ganesh sólo piensa en sus comerciantes barrigudos; pero yo, yo vivo con esa gente sin pedir regalos y, sin embargo, los recibo a todas horas.

—Eres muy tierno con los tuyos —dijo la Tigresa.

—Me pertenecen. Las viejas sueñan conmigo, removiéndose en sus camas mientras duermen; las vírgenes me miran y me escuchan cuando van a llenar sus cántaros al río. Camino con los muchachos que esperan fuera de las puertas al atardecer, y llamo por encima de mi hombro a los que tienen la barba canosa. Sabéis, Celestiales que, de todos nosotros, soy el único que pisa la tierra continuamente, y no me complazco en modo alguno en nuestros cielos mientras brote una hoja de hierba verde aquí, o dos voces susurren al anochecer en las plantaciones. Soís sabios, pero vivís lejos, olvidando de dónde venís. Yo no olvido. ¿Decís que el carro de fuego trae mil peregrinos cuando sólo venían diez en los viejos tiempos? Cierto. Eso es cierto hoy.

—Pero mañana estarán muertos, hermano —dijo Ganesh.

—¡Paz! —dijo el Toro, mientras Hanuman se inclinaba nuevamente— Y mañana, amado, ¿qué pasará mañana?

—Sólo esto. Hay un nuevo rumor que va de boca en boca entre el pueblo llano, un rumor que ni hombre ni Dios puede captar. Un rumor malo, un pequeño rumor que corre perezosamente entre el pueblo y que dice (y nadie sabe quién lo ha iniciado) que están cansados de vosotros, Celestiales.

Los Dioses rieron al unísono, suavemente.

—¿Y bien, amado? —dijeron.

—Y para cubrir ese cansancio, ellos, mi gente, te traerán a ti Shiva y a ti, Ganesh, al principio, ofrendas mayores y un mayor estruendo de adoración. Pero el rumor ha corrido por doquier y después pagarán menos contribuciones a vuestros gordos sacerdotes. Luego olvidarán vuestros altares, pero tan paulatinamente que ningún hombre podrá decir cómo empezó este olvido.

—¡Lo sabía, lo sabía! Yo también dije esto, pero no me escucharon —dijo la Tigresa—. ¡Deberíamos haber matado, deberíamos haber matado!

—Ya es muy tarde, Deberíais haber matado al principio, cuando los hombres del otro lado del agua no habían enseñado nada a nuestro pueblo. Ahora mi gente ve su trabajo y piensa. No piensa en los Celestiales. Piensa en el carro de fuego y en otras cosas que han hecho los constructores de puentes, y cuando vuestros sacerdotes extienden su mano pidiendo una limosna, ellos, a regañá-

dientes, dan un poco. Sin duda es el principio, sólo entre uno, dos, cinco o diez hombres, pues yo, que me muevo entre mi gente, sé lo que pasa en sus corazones.

—¿Y el fin, Bufón de los Dioses? ¿Cuál será el fin? —dijo Ganesh.

—¡El fin será como el principio, oh perezoso hijo de Shiva! Morirá la llama en los altares y la plegaria en los labios, hasta que convirtáis en Dioses pequeños otra vez, Dioses de la selva, nombres que los cazadores de ratas y perros susurran en la espesura y en las cuevas, fetiches, ídolos del tronco del árbol y enseña de la aldea como fuisteis al principio. Ese es el fin, Ganesh, para ti y para Bhairon, Bhairon del pueblo llano.

—Está muy lejos —gruñó Bhairon—. Además es mentira.

—A Krishna le han besado muchas mujeres. Ellas le han contado esto para consolar sus propios corazones cuando les llegaban las canas y él nos ha repetido la historia —dijo el Toro, en voz muy baja.

—¡Sus Dioses vinieron y nosotros los cambiamos! Yo cogí a la Mujer y le di doce brazos. Deformaremos sus Dioses —dijo Hanuman.

—¡Sus Dioses! No se trata de sus Dioses, uno o tres, hombre o mujer. Se trata de la gente. Son *Ellos* quienes se mueven, y no los Dioses de los constructores de puentes —dijo Krishna.

—Así sea. Yo he hecho que un hombre adorara el carro de fuego mientras estaba quieto echando humo y él no sabía que me adoraba a mí —dijo Hanuman el Mono—. Ellos sólo cambiarán un poco el nombre de sus Dioses. Yo dirigiré a los constructores de puentes como antaño: Shiva será adorado en las escuelas por los que dudan y desprecian a sus semejantes; Ganesh tendrá sus *mahajuns*, y Bhairon los arrieros, los peregrinos y los vendedores de juguetes. Amado, no haran más que cambiar los nombres, y eso lo hemos visto mil veces.

—Seguramente no harán más que cambiar los nombres —repitió Ganesh; pero hubo un movimiento de inquietud entre los Dioses.

—Cambiarán más que los nombres. Únicamente a mí no me pueden matar, mientras la virgen y el hombre se reúnan y la primavera siga a las lluvias de invierno. Celestiales, no he recorrido

la tierra en balde. Mi gente ahora ignora lo que sabe; pero yo, que vivo con ellos, leo en sus corazones. Grandes Reyes, ya ha empezado el principio del fin. Los carros de fuego gritan los nombres de los nuevos Dioses que *no* son los viejos con nombres nuevos. ¡Bebed ahora y comed mucho! ¡Bañad vuestras caras en el humo de los altares antes de que se enfríen! ¡Tomad los donativos y escuchad los címbalos y los tambores, Celestiales, mientras haya flores y canciones! Según la forma en que los hombres cuentan el tiempo, el fin está lejos; pero tal como lo calculamos nosotros, que sabemos, es hoy. He dicho.

El joven Dios calló y sus hermanos se miraron en silencio durante largo tiempo.

—Nunca he oído esto antes —cuchicheó Peroo al oído de su compañero—. Y sin embargo, a veces, cuando engrasaba el latón de la sala de máquinas del *Goorkha*, me he preguntado si nuestros sacerdotes eran tan sabios... tan sabios. Amanece, Sahib. Se habrán ido al alba.

Una luz amarillenta se extendió por el cielo y el tono del río cambiaba a medida que la oscuridad se retiraba.

De repente, el Elefante bramó tan fuerte como si un hombre le hubiera pinchado.

—Que juzgue Indra. ¡Padre de todos, habla! ¿Qué opinas de las cosas que hemos oído aquí? ¿Krishna realmente ha mentido? ¿O...?

—Conocéis —dijo el Antílope, poniéndose en pie—, conocéis el enigma de los Dioses. Cuando Brahm deje de soñar, desaparecerán los Cielos, y los infiernos y la Tierra. Estad tranquilos, Brahm sigue soñando. Los sueños van y vienen y la naturaleza de los sueños cambia, pero Brahm sigue soñando. Krishna ha caminado demasiado tiempo sobre la tierra y sin embargo le quiero tanto más por la historia que ha contado. Los Dioses cambian, amado. ¡Todos menos Uno!

—Sí, todos menos Uno, quien pone el amor en los corazones de los hombres —dijo Krishna, anudando su cinto—. No pasará mucho tiempo y sabréis si miento.

—En verdad, dentro de poco tiempo, como tú dices, sabremos. Regresa a tus chozas, amado, y diviértete con las jóvenes, porque Brahm sigue soñando. ¡Idos, hijos míos! Brahm sueña y hasta que él despierte no morirán los Dioses.

—¿A dónde fueron? —dijo el lascar, pasmado, tiritando un poco de frío.

—¡Sabe Dios! —dijo Findlayson.

El río y la isla estaban ahora a plena luz del día, y no había huellas de pezuñas ni de garras sobre la tierra húmeda, bajo el *peepul*, Sólo un loro chillaba entre las ramas, provocando chubascos de gotas de agua con el revoloteo de sus alas.

—¡Arriba! ¡Estamos tiosos de frío! ¿Se ha apagado el efecto del opio? ¿Puedes moverte, Sahib?

Findlayson se puso en pie con dificultad y se sacudió. Estaba mareado y le dolía la cabeza, pero el efecto del opio se le había pasado y, mientras mojaba su cabeza en un estanque, El Ingeniero Jefe del Puente de Kashi se estaba preguntando cómo había logrado tropezar con la isla, qué probabilidades le ofrecía el día de regresar y, sobre todo, cómo estaría su obra.

—Peroo, he olvidado muchas cosas. Yo estaba bajo la torre de guardia mirando el río y entonces ¿nos arrastró la riada?

—No, los barcos se soltaron, Sahib —(si el Sahib había olvidado lo del opio, Peroo no se lo iba a recordar)—; al intentar atarlos de nuevo me pareció, pero estaba oscuro, que una cuerda golpeó al Sahib y lo lanzó sobre un barco. Teniendo en cuenta que nosotros dos, con Hitchcock Sahib, construimos, por así decirlo, ese puente, yo también me subí al barco, que llegó a lomo de caballo, se puede decir, sobre la nariz de esta isla, y de esta manera, al romperse, nos echó a tierra.

Yo di un gran grito cuando el barco salió del muelle, y sin duda Hitchcock Sahib vendrá por nosotros. En cuanto al puente, han muerto tantos en su construcción que no se puede caer.

Un sol fortísimo, que provocó un olor a tierra empapada, siguió la tormenta, y en esta luz tan clara no había lugar a que un hombre pensara en los sueños de las oscuridad. Findlayson miró río arriba a través del resplandor del agua movediza, hasta que le dolieron los ojos. No había rastro de orillas en el Ganges, ni mucho menos silueta de ningún puente.

—Hemos bajado mucho —dijo— me maravilla que no nos ahogásemos cien veces.

—Eso es lo menos maravilloso, porque ningún hombre muere antes de su hora. He visto Sidney, he visto Londres, veinte puertos

grandes, pero —Peroo miró el santuario mojado y descolorido bajo el *peepul*— no hay hombre que haya visto lo que hemos visto nosotros aquí.

—¿El qué?

—¿El Sahib ha olvidado?, ¿o es que sólo nosotros, los negros, vemos a los Dioses?

—Tenía fiebre —Findlayson seguía mirando con inquietud el río—. Me pareció que la isla estaba llena de bestias y de hombres que hablaban, pero no me acuerdo. Un barco podría aguantar ahora en esta agua, creo.

—Ah, entonces, es cierto. “Cuando Brahm deja de soñar los Dioses mueren”. Ahora sé, de verdad, lo que quería decir. Una vez el gurú también me dijo lo mismo; pero entonces no comprendí. Ahora soy sabio.

—¿Qué? —dijo Findlayson por encima de su hombro.

Peroo seguía como si hablara para sí.

—Hace seis... siete monzones, yo estaba de vigía en el castillo de proa del *Rewah*, el barco más grande de la *Kúmpani*, y hubo un gran *tufan*.⁶ El agua verde y negra nos golpeaba y yo me sujeté fuertemente a las cuerdas salvavidas, ahogándose bajo las olas. Entonces pensé en los Dioses, en los que hemos visto esta noche —miró con curiosidad hacía Findlayson, pero el hombre blanco estaba mirando el caudal del río—. Sí, digo, en esos que hemos visto esta noche pasada; y les llamé para que me protegieran. Y mientras rezaba, manteniéndome en mi puesto de vigía, una gran ola vino y me tiró hacia adelante sobre el anillo del ancla grande y negra de popa, y el *Rewah* se alzó arriba, arriba, inclinándose hacia la izquierda y yo me quedé boca abajo, sujetando el anillo y mirando hacia esas grandes profundidades. Entonces pensé, cara a cara con la muerte, “si me suelto, me muero, ya no habrá para mí ni *Rewah* ni sitio junto al hogar donde cocinan el arroz, ni Bombay, ni Calcuta, ni siquiera Londres” “¿Cómo puedo estar seguro —dije— de que los Dioses a los que rezo existan siquiera?” Esto pensé y el *Rewah* bajó su morro como un martillo y todo el mar entró y me arrastró por todo el castillo de proa y mi espinilla chocó contra el motor auxiliar y me hice una herida muy fea, pero

⁶ Tifón. (*N. de la T.*)

no me morí, y he visto a los Dioses. Son buenos con los hombres vivos, pero con los hombres muertos... Ellos mismos lo han dicho. Por tanto, cuando llegue a la aldea pegaré al gurú por hablar con acertijos que no son acertijos. Cuando Brahm deja de soñar, los Dioses se van.

—Mira río arriba, la luz me ciega. ¿Hay humo allá?

Peroo se hizo sombra con las manos.

—Es un hombre sabio y rápido. Hitchcock Sahib no se fiaría de una barca de remos. Ha pedido prestada la lancha de vapor del Rao sahib, y viene a buscarnos. Siempre he dicho que tendríamos que haber tenido una lancha de vapor en las obras del puente.

El territorio del Rao de Baraon estaba a unas diez millas del puente. Findlayson e Hitchcock habían pasado buena parte de su tiempo libre jugando al billar y cazando antílopes negros con el joven. Había sido educado por un tutor inglés de gustos deportivos, durante unos cinco o seis años, y ahora estaba derrochando regiamente los ingresos acumulados durante su minoría por el Gobierno de la India. Su lancha de vapor, con sus barandillas recubiertas de plata, toldos rayados de seda y cubiertas de caoba, era un juguete nuevo que a Findlayson le había parecido un estorbo cuando el Rao venía a echar un vistazo a la construcción del puente.

—¡Qué suerte! —murmuró Findlayson, pero no obstante tenía miedo y se preguntaba qué pasaría con el puente.

La suntuosa chimenea azul y blanca bajaba la corriente con velocidad. Podían ver a Hitchcock en la proa, con unos gemelos y con la cara inusualmente blanca. Entonces, Peroo gritó y la lancha se dirigió hacia la parte baja de la isla. El Rao Sahib, con un traje de caza de tweed y un turbante de siete colores, saludó con su mano real, y Hitchcock gritó. Pero no tenía por qué hacer preguntas, pues la primera que le planteó Findlayson fue sobre el puente.

—¡Todo bien! Caramba, no esperaba volver a verle, Findlayson, está a siete *kos* río abajo. Sí, no se ha movido una piedra en ninguna parte. Pero ¿cómo está usted? Pedí prestada la lancha al Sahib y él ha tenido la delicadeza de acompañarme. Suba a bordo.

—¡Ah, *Finlinson*, está usted bien, eh? Ha sido una calamidad sin precedentes lo de anoche. ¿Eh? Mi palacio real también gotea como un colador y las cosechas serán escasas en toda la región. Ahora sáquenlos marcha atrás, Hitchcock. Yo... no entiendo de mo-

tores de vapor. ¿Está usted mojado? ¿Tiene frío, *Finlinson*? Tengo algunas cosas de comer aquí y beberá un buen trago.

—Estoy inmensamente agradecido, Rao Sahib. Creo que me ha salvado usted la vida. ¿Cómo Hitchcock...?

—¡Oh! Tenía el pelo de punta. Vino a caballo en medio de la noche y me sacó de los brazos de Morfeo. Yo, de verdad, estaba muy preocupado, *Finlinson*, así que también he venido. Mi gran sacerdote está muy enfadado en estos momentos. Vamos de prisa, Mister Hitchcock. Me esperan a las doce cuarenta y cinco en el templo del estado donde consagraremos algún nuevo ídolo. Si no, les invitaría a pasar el día conmigo. Son pesadísimas estas ceremonias religiosas, ¿eh *Finlinson*?

Peroo, a quien la tripulación conocía muy bien, había tomado posesión del timón, y hábilmente llevaba la lancha río arriba. Pero mientras pilotaba, mentalmente manejaba dos pies de cuerda de alambre medio deshilachado y la espalda sobre la que golpeaba era la espalda de su gurú.

LA NARIZ

NIKOLAI GOGOL*

I

En marzo, el día 25, sucedió en San Petersburgo un hecho de lo más insólito. El barbero Iván Yákovlevich, domiciliado en la Avenida Voznesenski (su apellido no ha llegado hasta nosotros y ni siquiera figura en el rótulo de la barbería, donde sólo aparece un caballero con la cara enjabonada y el aviso de “También se hacen sangrías”), el barbero Iván Yákovlevich se despertó bastante temprano y notó que olía a pan caliente. Al incorporarse un poco en el lecho vio que su esposa, señora muy respetable y gran amante del café, estaba sacando del horno unos panecillos recién cocidos.

—Hoy no tomaré café, Praskovia Osipovna —anunció Iván Yákovlevich—. Lo que sí me apetece es un panecillo caliente con cebolla.

(La verdad es que a Iván Yákovlevich le apetecían ambas cosas, pero sabía que era totalmente imposible pedir las dos a la vez, pues a Praskovia Osipovna no le gustaban nada tales caprichos.) “Que coma pan, el muy estúpido. Mejor para mí: así sobrará una taza de café”, pensó la esposa. Y arrojó un panecillo sobre la mesa.

Por aquello del decoro, Iván Yákovlevich endosó su frac encima del camisón de dormir, se sentó a la mesa provisto de sal y dos cebollas, empuñó un cuchillo y se puso a cortar el panecillo con aire solemne. Cuando lo hubo cortado en dos se fijó en una de las mitades y, muy sorprendido, descubrió un cuerpo blanquecino entre la miga. Iván Yákovlevich lo tanteó con cuidado, va-

* Nikolai Gogol, ruso (1809-1852). Autor de *Las almas muertas* y *Taras Bulba*.

liéndose del cuchillo, y lo palpó. “¡Está duro! —se dijo para sus adentros—. ¿Qué podrá ser?”

Metió dos dedos y sacó... ¡una nariz! Iván Yákovlevich estaba pasmado. Se restregó los ojos, volvió a palpar aquel objeto: nada que era una nariz. ¡Una nariz! Y además, parecía ser la de algún conocido. El horror se pintó en el rostro de Iván Yákovlevich. Sin embargo, aquel horror no era nada, comparado con la indignación que se adueñó de su esposa.

—¿Dónde has cortado esa nariz, so fiera? —gritó con ira—. ¡Bribón! ¡Borracho! Yo misma daré parte de ti a la policía. ¡Habrás visto, el bribón! Claro, así he oído yo quejarse ya a tres parroquianos. Dicen que, cuando los afeitas, les pegas tales tirones de narices que ni saben como no te quedas con ellas entre los dedos.

Mientras tanto, Iván Yákovlevich parecía más que vivo. Acababa de darse cuenta de que aquella nariz no era nada menos que la del asesor colegiado Kovaliov, a quien afeitaba los miércoles y los domingos.

—¡Espera, Praskovia Osipovna! Voy a dejarla de momento en un rincón, envuelta en un trapo, y luego me la llevaré.

—¡Ni hablar! ¡En seguida voy a consentir yo una nariz cortada en mi habitación!... ¡Esperpento! Como no sabe más que darle correa a la navaja para suavizarla, pronto será incapaz de cumplir con su cometido. ¡Estúpido! ¿Crees que voy a cargar yo con la responsabilidad cuando venga la policía? ¡Fuera esa nariz! ¡Fuera! ¡Llévatela adonde quieras! ¡Que no vuelva yo a saber nada de ella!

Iván Yákovlevich seguía allí como petrificado, pensando y venga a pensar, sin que se le ocurriera nada.

—El demonio sabrá cómo ha podido suceder esto —dijo finalmente, rascándose detrás de una oreja—. ¿Volví yo borracho anoche, o volví fresco? No podría decirlo a ciencia cierta. Ahora bien, según todos los indicios, éste debe ser un asunto enrevesado, ya que el pan es una cosa y otra muy distinta es una nariz. ¡Nada, que no lo entiendo!

Iván Yákovlevich enmudeció, a punto de desmayarse ante la idea de que la policía llegase a encontrar la nariz en su poder y le empapelara. Le parecía estar viendo ya el cuello rojo del uniforme, todo bordado en plata, la espada... y temblaba de pies a cabeza.

Finalmente, agarró la ropa y las botas, se puso todos aquellos pingos y, acompañado por las desabridas reconvenciones de Praskovia Osipovna, se echó a la calle llevando la nariz envuelta en un trapo.

Tenía la intención de deshacerse del envoltorio en cualquier parte, tirándolo tras el guardacantón de una puerta cochera o dejándolo caer como inadvertidamente y torcer luego por la primera bocacalle. Lo malo era que, en el preciso momento, se cruzaba con algún conocido, que en seguida empezaba a preguntarle: "¿A dónde bueno?, o ¿a quién vas a afeitarte tan temprano?", de manera que a Iván Yákovlevich se le escapaba la ocasión propicia. Una vez consiguió dejarlo caer, pero un guardia urbano le hizo señas desde lejos con su alabarda al tiempo que le advertía: "¡Eh! Algo se te ha caído. Recógelo". De modo que Iván Yákovlevich tuvo que recoger la nariz y guárdarsela en el bolsillo. Le embargaba la desesperación, sobre todo porque el número de transeúntes se multiplicaba sin cesar, a medida que se abrían los comercios y los puestos.

Tomó la decisión de llegarse al puente Isákievski, por si conseguía arrojar la nariz al Nevá... Pero, a todo esto, he de pedir disculpas por no haber dicho hasta ahora nada acerca de Iván Yákovlevich, persona honorable bajo muchos conceptos.

Como todo menestral ruso que se respete, Iván Yákovlevich era un borracho empedernido. Y aunque a diario afeitaba mentones ajenos, el suyo estaba eternamente sin rapar. El frac de Iván Yákovlevich (porque Iván Yákovlevich jamás usaba levita) ostentaba tantos lamparones parduzcos y grises que, a pesar de ser negro, parecía hecho de tela estampada; además tenía el cuello lustroso de mugre y unas hilachas en el lugar de tres botones. Iván Yákovlevich era un gran cívico. El asesor colegiado Kovaliov solía decirle mientras le afeitaba: "Siempre te apestan las manos, Iván Yákovlevich." A lo que Iván Yákovlevich contestaba preguntando a su vez: "¿Y por qué han de apestarme?" El asesor colegiado insistía: "No lo sé, hombre; pero te apestan." Por lo cual, y después de aspirar una toma de rapé, Iván Yákovlevich le aplicaba el jabón a grandes brochazos en las mejillas, debajo de la nariz, detrás de las orejas, en el cuello... Donde se le antojaba, vamos.

Nuestro respetable ciudadano se encontraba ya en el puente de Isákievski. Empezó por mirar a su alrededor, luego se asomó

¹ Pud. Antigua medida de peso igual a 16.3 kg. (N. del E.)

por encima del pretil como para ver si había muchos peces debajo del puente y arrojó disimuladamente el trapo con la nariz. Notó como si le hubieran quitado de golpe diez *puds*¹ de encima: incluso esbozó una sonrisa socarrona. Y entonces, cuando en vez de marcharse a rapar mentones oficinescos se dirigía a tomar un vaso de ponche en cierto establecimiento cuyo rótulo decía “Comidas y té”, divisó de pronto al final del puente a un guardia de gallarda y frondosas patillas, con su tricornio y su espada. Se quedó frío: el guardia le llamaba con un dedo y decía:

—Ven para acá, hombre.

Conocedor de las ordenanzas, Iván Yákovlevich se quitó el gorro desde lejos y obedeció a toda prisa con estas palabras:

—¡Salud tenga usía!

—Deja, hombre, déjate de usías y explícame lo que estás haciendo ahí en el puente.

—Por Dios le juro, señor, que iba a afeitar a un parroquiano y sólo me detuve a miarar si llevaba mucha agua el río.

—¡Mentira! Estás mintiendo. Pero, no te ha de valer. Haz el favor de contestar.

—Estoy dispuesto a afeitar a vuestra merced dos veces por semana, o incluso tres, sin rechistar —contestó Iván Yákovlevich.

—¡Quiá! Déjate de bobadas, amigo. A mí me afeitan ya tres barberos, y lo tienen a mucha honra. Conque, haz el favor de contarme lo que estabas haciendo allí.

Iván Yákovlevich se puso lívido... Pero el suceso quedaba a partir de aquí totalmente envuelto en brumas y no se sabe nada en absoluto de lo ocurrido después.

II

El asesor colegiado Kovaliov se despertó bastante temprano y resopló —“brrr...”—, cosa que hacía siempre al despertarse, aunque ni él mismo habría podido explicar por qué razón. Kovaliov se desperezó y pidió un espejo pequeño que había encima de la mesa.

² El asesor colegial era un funcionario de 8ª clase, equiparado al rango de mayor en el escalafón militar. Colegiarse en el Cáucaso resultaba mucho más fácil que en las provincias rusas, debido a los abusos de la administración central en aquella región, incorporada poco antes al imperio. (N. del E.)

Quería verse un granito que le había salido la noche anterior en la nariz. Y entonces, para gran asombro suyo, en el lugar de su nariz descubrió una superficie totalmente lisa. Mandó que le trajeran agua y se frotó los ojos con una toalla húmeda: ¡nada, que no estaba la nariz! Comenzó a palparse, preguntándose si estaría dormido. Pero, no; no era una figuración. El asesor colegiado Kovaliov se tiró precipitadamente de la cama, sacudiendo la cabeza con preocupación: ¡no tenía nariz! Pidió su ropa al instante y partió como una flecha a ver al jefe de policía.

A todo esto, bueno sería decir unas palabras acerca de Kovaliov para poner al lector en antecedentes del rango de nuestro asesor colegiado. Los asesores colegiados que han obtenido su título mediante estudios respaldados por certificaciones científicas no pueden ser comparados en modo alguno con aquellos que se han formado en el Cáucaso.² Son dos categorías enteramente distintas. Los asesores colegiados... Pero, Rusia es un país tan peregrino que basta decir algo acerca de un asesor colegiado para que, desde Riga hasta Kamchatka, se den por aludidos todos cuantos poseen igual título... Y lo mismo sucede con todos los demás títulos o grados. Kovaliov era asesor colegiado del Cáucaso. Sólo hacía dos años que ostentaba el título, hecho que no se permitía olvidar ni por un instante. De manera que, para darse más prestancia y fuste, nunca se presentaba como asesor colegiado sino como mayor. "Oye, guapa, pásate por mi casa —solía decir al cruzarse en la calle con alguna vendedora de pecheras almidonadas—. Está en la calle Sadóvaya. Con que preguntes dónde vive el mayor Kovaliov, cualquiera te lo dirá." Y si se encontraba con una de buen palmito, precisaba confidencialmente: "Pregunta por el piso del mayor Kovaliov, ¿eh, preciosa?" Por eso mismo, también nosotros llamaremos mayor a este asesor colegiado.

El mayor Kovaliov tenía el hábito de pasear todos los días por la Avenida Nevski. Llevaba siempre el cuello de la pechera muy limpio y almidonado. Sus patillas eran como las que todavía usan los agrimensores provinciales y comarcales, los arquitectos y los médicos de regimiento, igual que los funcionarios de policía y, en general, todos esos caballeros de mejillas rubicundas y sonrosadas que suelen jugar muy bien al bostón: son unas pastillas que bajan hasta media cara y llegan en línea recta a la misma nariz. El mayor

Kovaliov lucía multitud de dijes, unos de cornalina, otros con escudos labrados y también de los que llevan grabadas las palabras miércoles, jueves, lunes, etc. El mayor Kovaliov había viajado a San Petersburgo para ciertos menesteres consistentes en buscar un acomodo a tenor con su rango: un nombramiento de vicegobernador, si lo conseguía, o, en todo caso, el de ejecutor en algún Departamento de fuste. El mayor Kovaliov tampoco estaba en contra de casarse, pero sólo en el caso de que acompañara a la novia un capital de doscientos mil rublos. Por todo lo cual podrá comprender ahora el lector el estado de ánimo de este mayor al descubrir un estúpido espacio plano y liso en lugar de su nariz, que no era nada fea ni desproporcionada.

Para colmo de males, no aparecía ni un solo coche de punto por la calle, y el mayor tuvo que caminar a pie, embozado en su capa y cubriéndose la cara con un pañuelo como si fuera sangrando. “Pero, bueno, ¿no será esto una figuración más? Es imposible que una nariz se extravíe así, estúpidamente”, pensó, y entró en una pastelería, con el solo fin de mirarse al espejo. Por fortuna, no había parroquianos en el establecimiento. Unos chicuelos barrían el local y ordenaban los asientos mientras otros, con ojos de sueño, sacaban bandejas de pastelillos recién hechos; sobre las mesas y las sillas andaban tirados periódicos de la víspera manchados de café. “Menos mal que no hay nadie! —se dijo Kovaliov—. Ahora podré mirarme.” Se acercó tímidamente al espejo y miró. “Pero, ¿qué demonios de porquería es ésta? —profirió soltando un salivazo—. ¡Si por lo menos hubiera algo en lugar de la nariz!... ¡Pero, es que no hay nada!”

Salió de la pastelería mordiéndose los labios de rabia y, en contra de sus hábitos, decidió no mirar ni sonreír a nadie. De pronto, se detuvo atónito a la entrada de una casa. Ante sus ojos se produjo un fenómeno inexplicable; un carruaje paró al pie de la puerta principal y, cuando se abrió la portezuela, saltó a tierra, ligeramente encorvado, un caballero de uniforme que subió con presteza la escalinata. Cuál no sería el sobresalto, y al mismo tiempo la estupefacción de Kovaliov al reconocer a su propia nariz. A la vista de semejante portento, le pareció que todo daba vueltas a su alrededor. Notó que apenas podía tenerse en pie y, sin embargo, decidió, aunque tiritando como si tuviera fiebre, aguardar a toda

costa a que volviera a subir al coche. Efectivamente, a los dos minutos salió la nariz. Vestía uniforme bordado en oro, de cuello alto, y pantalón de gamuza y llevaba la espada al costado. El penacho del tricolor indicaba que poseía el rango de consejero de Estado. Según todas las apariencias, estaba haciendo visitas. Miró a un lado y a otro, llamó de un grito al cochero, subió al carruaje y partió.

El pobre Kovaliov estuvo a punto de volverse loco. No sabía ni qué pensar de tan extraño suceso. En efecto, ¿cómo podía vestir uniforme una nariz que, la víspera sin ir más lejos, se encontraba en mitad de su cara y no era capaz de desplazarse, ni en carruaje ni a pie, por sí sola? Corrió en pos del vehículo que, felizmente, pronto se detuvo ante la iglesia de Nuestra Señora de Kazán.

Kovaliov corrió hacia el templo, abriéndose paso entre las filas de viejas mendigas —entrepajadas hasta el extremo de que sólo quedaban dos orificios para los ojos— de las que tanto se burlaba antes, y penetró en la iglesia. Había pocos fieles y casi todos se habían quedado cerca de la puerta. Kovaliov se hallaba en tal estado de consternación que ni siquiera tenía ánimos para rezar, y buscaba con los ojos a aquel caballero por todos los rincones. Al fin lo descubrió, un poco apartado. La nariz tenía el rostro totalmente oculto por el gran cuello alto y oraba con extraordinaria devoción.

“¿Cómo le abordaría? —se preguntó Kovaliov—. A la vista está, por el uniforme, por el tricorno, que se trata de un consejero de Estado. El demonio sabrá...”

Garraspeó varias veces cerca de la nariz, que no abandonaba ni por un instante su devota actitud ni cesaba en sus genuflexiones.

—Caballero... —dijo Kovaliov, haciendo un esfuerzo para darse ánimos—. Caballero...

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la nariz volviendo la cara.

—Estoy extrañado, caballero... Me parece... Debería usted saber cuál es su sitio. De repente le encuentro a usted... ¿Y dónde le encuentro? En una iglesia, habrá de convenir que...

—Perdone usted, pero no logro entender lo que tiene usted a bien decirme. Explíquese.

“¿Cómo voy a explicarme?” —pensó Kovaliov—, y luego, sacando fuerzas de flaqueza, comenzó:

—Claro que yo... Por cierto, he de decirle que soy mayor y eso de andar por ahí, como usted comprenderá, es indecoroso. Sin nariz podría pasar cualquiera de esas vendedoras de naranjas peladas del puente de Voskresenski; pero yo, que aspiro a obtener, habiendo sido presentado en muchas casas donde hay damas como la señora Chejtariova, esposa de un consejero del Estado, y otras muchas... Hágase usted cargo... Yo no sé, caballero... —al llegar aquí, el mayor Kovaliov se encogió de hombros—. Usted perdone, pero considerando todo esto desde el punto de vista de las normas del deber y del honor..., usted mismo comprenderá...

—Pues no. No comprendo absolutamente nada —contestó la nariz—. Hable de modo más explícito.

—Caballero... —replicó Kovaliov con aire muy digno—, no acierto a interpretar sus palabras... Me parece que el asunto está bien claro. ¿O pretende usted...? ¡Pero si usted es mi propia nariz!

La nariz consideró al mayor y frunció un poco el ceño.

—Está usted en un error, caballero. Yo soy yo. Además, que entre nosotros no puede haber la menor relación directa, pues a juzgar por los botones de su uniforme, usted pertenece a otro departamento que yo.

Dicho esto, la nariz volvió la cabeza y prosiguió sus oraciones.

Totalmente confuso, Kovaliov se quedó sin saber qué hacer y ni siquiera qué pensar. En esto se escuchó el encantador rumor de una vestiduras femeninas. Llegaba una señora de cierta edad, toda encajes, y con ella otra, muy esbelta, con un vestido blanco que dibujaba a la perfección su fina silueta y un sombrero de paja ligero como un pastel. Un lacayo alto, con frondosas patillas y una buena docena de esclavinas en la librea, se situó detrás de ellas y abrió una tabaquera.

Kovaliov se acercó un poco, estiró el cuello de batista de su pechera, retocó los dijes colgantes de la cadena de oro y, sonriendo a un lado y a otro, fijó su atención en la etérea dama que se inclinaba levemente, parecida a una florecilla de primavera, y elevaba hacia la frente su breve mano blanca de dedos traslúcidos. La sonrisa de Kovaliov se acentuó cuando divisó, bajo el sombrero, su mentón redondo, deslumbrante de blancura, y parte de la mejilla teñida por el color de la primera rosa primaveral. Pero de pronto pegó un respingo como si se hubiera quemado con algo. Recordó

que no tenía absolutamente nada en lugar de nariz y se le saltaron las lágrimas. Dio media vuelta con objeto de tildar sin rodeos de farsante y miserable al señor del uniforme, para decirle que no era ni por asomo consejero de Estado, sino única y exclusivamente su propia nariz... Pero ya no estaba allí la nariz. Se conoce que, entre tanto, había salido disparada para continuar sus visitas.

Esta circunstancia sumió a Kovaliov en la desesperación. Salió de la iglesia y se detuvo un instante bajo el pórtico, escudriñando hacia todas partes por si divisaba en algún sitio a su nariz. Recordaba muy bien que llevaba tricornio con penacho y uniforme bordado en oro, pero no se había fijado en el capote, ni en el color del carruaje, ni en los caballos y ni siquiera en si llevaba lacayo detrás y cómo era su librea. Con la particularidad de que habría sido difícil identificar aquel carruaje entre tantos, como circulaban en uno y otro sentido a toda velocidad. Además, aunque lo hubiese identificado, no tenía a a su alcance ningún medio para detenerse. Hacía un día espléndido y soleado. La Avenida Nevski era un hormiguero de gente. Desde el puente de Politséiski hasta el de Anichkin cubría las aceras una polícroma cascada femenina. Kovaliov divisó también a un consejero de la Corte conocido suyo a quien siempre daba tratamiento de teniente coronel, especialmente si se hallaba ante extraños. Luego vio a Yariguin, jefe de negociado en el Senado, gran amigo suyo, que siempre era pillado en renuncio al bostón cuando jugaba el ocho. Y otro mayor, con asesoría del Cáucaso, que agitaba una mano llamándole...

—¡Maldita sea! —masculló Kovaliov— ¡Eh, cochero! ¡A la prefectura de policía!

Kovaliov subió al vehículo y se pasó todo el trayecto gritándole al cochero: “¡Arrea, hombre, arrea!”

—¡Está en su despacho el señor prefecto? —preguntó a voz en cuello al penetrar en el vestíbulo.

—No, señor —contestó el conserje—. Acaba de salir.

—¡Ésta sí que es buena!

—Y no hace mucho que salió, por cierto —añadió el conserje—. Con haber llegado un momento antes, quizá le hubiera encontrado.

³ *Kopek*. Una centésima de rublo. (N. del E.)

^{4y5} En ambos casos se trata de siervos, y son amos quienes los ofrecen en alquiler. (N. del E.)

Sin apartar el pañuelo de su rostro, Kovaliov regresó al coche de alquiler y ordenó con acento desesperado:

—¡Tira!

—¿Hacia dónde? —inquirió el cochero.

—Todo derecho.

—¿Todo derecho? ¡Pero, si estamos en un cruce! ¿A la derecha o a la izquierda?

Esta pregunta dejó cortado a Kovaliov y le obligó a reflexionar de nuevo. En su situación, lo lógico era acudir, antes que nada, a la Dirección de Seguridad, y no por su relación directa con la policía, sino porque sus disposiciones podían ser mucho más expeditas que las de otras instancias. En cuanto a buscar justicia recurriendo a las autoridades superiores del Departamento al que dijo pertenecer la nariz, no tenía sentido, pues de las propias respuestas de la nariz se podía colegir que no había nada sagrado para aquel sujeto y era muy capaz de mentir en esa circunstancia, lo mismo que había mentido al afirmar que nunca se habían visto. De modo que Kovaliov iba a ordenar ya al cochero que le condujera a la Dirección de Seguridad, cuando de nuevo le asaltó la idea de que aquel redomado bribón, que con tanta desfachatez se había comportado durante la primera entrevista, podía muy bien aprovechar el tiempo para escabullirse de la ciudad y todas las pesquisas serían entonces inútiles o podían durar un mes entero si Dios no ponía remedio. Finalmente, como si el cielo le iluminara, decidió personarse en la oficina de publicidad para que apareciera en los periódicos, sin pérdida de tiempo, un anuncio con la descripción detallada de todas las señas, de manera que cuantos se encontraran con él pudieran conducirlo, acto seguido, a su presencia o, por lo menos, darle a conocer su paradero. Nada más tomar esta decisión, ordenó al cochero que lo llevara a la oficina de publicidad, y fue todo el trayecto aporreándole la espalda con el puño, repitiendo: “¡Date prisa, miserable! ¡Date prisa, bribón!” A lo que el cochero sólo contestaba: “¡Ay, señorito!...”, sacudiendo la cabeza y arreando con las riendas a su caballo, tan peludo como un perro de lanas. El carruaje se detuvo al fin, y Kovaliov irrumpió todo jadeante en una oficina de reducidas dimensiones. Detrás de una mesa, un empleado canoso y con gafas, que vestía un viejo frac, recontaba la calderilla que había cobrado, manteniendo la pluma entre los dientes.

—¿Quién recibe aquí los anuncios? —preguntó Kovaliov en un grito—. ¡Ah! Buenos días.

—Muy buenos los tenga usted —contestó el empleado canoso alzando un momento los ojos y volviendo a posarlos en el dinero que contaba.

—Desearía insertar.

—Perdone. Le ruego aguarde un instante —profirió el empleado anotando un número en un papel al tiempo que pasaba dos bolas de ábaco con la mano izquierda.

Un lacayo de casa grande, a juzgar por su empaque y por su librea galonada esperaba junto a la mesa con una nota en la mano y consideró oportuno patentizar su urbanidad.

—Le aseguro, caballero, que el perrillo no vale ochenta kopeks.³ Es más: yo no daría ni cuatro por él. Pero la Condesa le tiene cariño; sí, le tiene cariño, y ya ve usted: ¡cien rublos a quien lo encuentre! Si hemos de hablar con propiedad, así como estamos aquí usted y yo, hay personas que tienen gustos disparatados. Puestos a tener un perro, que sea uno de muestra, o un maltés. Y entonces, no hay que reparar en quinientos rublos, ni siquiera en mil, con tal de que sea lo que se dice todo un perro.

El respetable empleado escuchaba todo aquello con aire entendido, aunque sin dejar por eso de calcular las letras del anuncio que le habían entregado. Alrededor se apretujaban viejucas, dependientes de comercio y porteros, todos con alguna nota en la mano. Una era ofreciendo los servicios de un cochero⁴ de conducta sobria; otra un carruaje en buen uso, traído de París el año 1814, y otra más una moza⁵ de diecinueve años, sabiendo lavar y planchar, así como otras faenas... Se vendía una calesa resistente, aunque le faltaba una ballesta, un joven y brioso caballo rodado de diecisiete años, simientes de nabo y rábano recién recibidas de Londres, una casa de campo con todas sus dependencias, dos cuadras para caballos y un terreno donde se podía plantar un magnífico soto de abedules o abetos... También había un aviso para quienes desearan adquirir suelas usadas, invitándoles a la reventa que se efectuaba diariamente de ocho a tres. El cuarto donde se hacinaba toda aquella gente era pequeño y la atmósfera estaba sumamente cargada; pero el asesor colegiado no podía percibir el olor porque se cubría la cara con el pañuelo y porque su nariz se encontraba Dios sabía dónde.

—Permítaseme preguntarle, señor mío... Es muy urgente — pronunció al fin con impaciencia.

—Ahora mismo, ahora mismo... Son dos rublos con cuarenta y tres *kopeks*. En seguida le atiendo. Un rublo con sesenta y cuatro *kopeks* —decía el empleado canoso arrojándoles a viejucas y porteros sus respectivos recibos a la cara—. ¿Deseaba usted? —preguntó al fin dirigiéndose a Kovaliov.

—Pues, quisiera... —contesto Kovaliov—. He sido víctima de una extorsión o de una superchería..., no podría decirlo a ciencia cierta hasta este momento... Sólo quisiera anunciar que quien me traiga a ese canalla será cumplidamente recompensado.

—¿Su apellido, por favor?

—¿Mi apellido? ¡No! ¿Para qué? No puedo decirlo. ¡Con tantas amistades como tengo! La señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado... Palagueia Grigórievna Podtóchina, casada con un oficial superior... ¿Y si se enteraran de pronto? ¡Dios me libre! Puede usted poner, sencillamente, un asesor colegiado o, mejor todavía, un caballero con el grado de mayor.

—Y el que se le ha escapado, ¿era siervo suyo?

—¿Quién habla de un siervo? Eso no sería una granujada muy grande. Lo que se me ha escapado es... la nariz...

—¡Hum! ¡Qué apellido tan raro! ¿Y le ha estafado mucho ese señor?

—No me ha entendido usted. Cuando digo nariz, no me refiero a un apellido, sino a mi propia nariz, que ha desaparecido sin dejar rastro. ¡Alguna jugarreta del demonio!

—Pero, ¿de qué modo ha desaparecido? No acabo de hacerme cargo.

—Tampoco podría decir yo de qué modo ha desaparecido, pero lo esencial es que ahora anda de un lado para otro por la ciudad y se hace pasar por consejero de Estado. Por eso le ruego poner el anuncio: para que quien le eche mano me la traiga inmediatamente, sin dilación alguna. Hágase usted cargo: ¿cómo me las voy a arreglar sin un apéndice tan visible? Porque no se trata de un simple meñique del pie, por ejemplo, que va metido dentro de la bota y nadie advierte su falta. Yo suelo ir los jueves a casa de la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado. También me distinguen con su amistad Palagueia Grigórievna Podtóchina,

casada con un oficial de Estado Mayor, y su hija, que es un encanto. Conque, dígame usted qué hago yo ahora. No puedo presentarme a ella de ninguna manera.

El empleado se puso a cavilar, lo que podía colegirse por el modo de apretar los labios.

—Pues, no. No puedo insertar ese anuncio —dictaminó al fin, después de un largo silencio.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Porque podría desprestigiar a un periódico. Si ahora se pone a escribir la gente que se le ha escapado la nariz, pues... Demasiado se murmura ya de que publicamos muchos disparates y bulos.

—¿Y por qué es esto un disparate? Me parece que no tiene nada de particular.

—Eso se lo parece a usted. Bueno, pues mire: la semana pasada ocurrió algo por el estilo. Se presentó un funcionario, de la misma manera que se ha presentado usted ahora, con una nota que le salió por dos tributos y setenta y tres *kopeks*, anunciando en todo y por todo que se había escapado un perro de aguas de pelo negro. Al parecer, nada de particular, ¿verdad? Pues resultó un embrollo; se trata del cajero de no recuerdo qué establecimiento.

—Pero el anuncio que yo le traigo no se refiere a ningún perro, sino a mi propia nariz, cosa que equivale casi a mi propia persona.

—No. Yo no puedo insertar en modo alguno un anuncio así.

—Pero, ¡sí es verdad que se ha extraviado mi nariz!

—Entonces, eso es cosa de los médicos. Los hay, según cuentan, que con capaces de ponerle a la gente la nariz que quiera. Pero, estoy viendo que es usted un hombre de buen humor y amigo de gastar bromas.

—¡Por Dios santo, le juro que es verdad! En fin, si hasta aquí hemos llegado, ahora verá usted mismo...

—¿Para qué se va a molestar? —protestó el empleado tomando un poco de rapé—. Aunque, si no lo hace extorsión —añadió, picado ya por la curiosidad—, me gustaría verlo.

El asesor colegiado retiró el pañuelo de su rostro.

—Es rarísimo, efectivamente —opinó el empleado—. Tiene el sitio de la nariz tan liso como la palma de la mano. Sí, sí, increíblemente liso...

—¿Seguirá discutiendo ahora? Ya lo está viendo: no hay más remedio que publicarlo. Le quedaré especialmente agradecido, y celebro que este suceso me haya proporcionado el placer de conocerle...

Como puede verse, el mayor llegó incluso a rebajarse un poco en esta ocasión.

—Claro que publicarlo no cuesta ningún trabajo —dijo el empleado—, aunque no veo que saque provecho alguno de ello. Si tanto interés tiene, cuénteles el caso a alguien que tenga la pluma fácil para que lo describa como un fenómeno de la naturaleza y lo publique en La abeja del Norte —aquí sorbió otro poco de tabaco— para instrucción de la juventud —aquí se limpió la nariz— o simplemente como un hecho curioso.

El asesor colegiado estaba totalmente apabullado. Bajó los ojos, que tropezaron con la cartelera de espectáculos al pie de un periódico. Iba a sonreír al leer el nombre de una encantadora actriz y echaba ya mano al bolsillo para comprobar si llevaba algún billete de cinco rublos, pues los oficiales superiores, en opinión de Kovaliov, debían sentarse en el patio de las butacas, cuando el recuerdo de la nariz echó por tierra toda su alegría.

Al propio empleado pareció afectarle la situación peliaguda de Kovaliov. Y creyó oportuno mitigar un poco su pesar con algunas palabras de simpatía:

—Es verdad, lamento mucho el percance que le ha sucedido. ¿No quiere usted tomar un poco de rapé? Disipa los dolores de cabeza y los disgustos. Incluso va a bien para las hemorroides.

Con estas palabras, el empleado presentó a Kovaliov su tabaquera escamoteando con bastante agilidad la tapa que representaba a una señora con sombrero.

Esta acción impremeditada sacó de sus casillas a Kovaliov.

—No comprendo cómo se le ocurren esas bromas —dijo irritado—. ¿No está viendo que me falta, precisamente, lo necesario para aspirar el rapé? ¡Al diablo con su tabaco! Ahora no puedo ni verlo, aunque me lo ofreciera de la mejor marca y no esa porquería que fabrica Berezin.

Dicho lo cual, salió profundamente contrariado de la oficina de publicidad para dirigirse a casa del comisario de policía, hombre muy aficionado al azúcar. En el recibimiento, que hacía las veces

de comedor, había gran cantidad de pilones de azúcar, amistosa ofrenda de los comerciantes. La sirvienta estaba quitándole al comisario las botas altas de reglamento; la espada y demás atributos guerreros pendían ya pacíficamente en sus rincones; el imponente tricornio había pasado a manos del hijo del comisario, un niño de tres años, y el propio comisario se disponía, después del batallar cotidiano, a gozar de una calma deliciosa.

Kovaliov se presentó cuando el comisario decía, entre un des-perezo y un resoplido: "¡Vaya dos horitas de siesta que me voy a echar!" De lo cual podía colegirse que la llegada del mayor era totalmente intempestiva. Y no creo que le hubiera recibido con excesiva afabilidad aun trayéndole en ese momento unas libras de té o una pieza de paño. El comisario era gran amante de todas las artes y los productos manufactureros, aunque por encima de todo prefería los billetes de banco. "Esto sí que es bueno —solía decir—. No hay nada mejor. No piden de comer, ocupan tan poco sitio que siempre caben en el bolsillo y si se caen, no se rompen."

El comisario dispensó a Kovaliov una acogida bastante fría y dijo que después de comer no era el momento de realizar investigaciones, que era mandato de alimentarse suficientemente (de lo cual pudo deducir el asesor colegiado que el comisario no ignoraba las sentencias de los sabios de la Antigüedad), que a ninguna persona de orden le arrancan la nariz y que anda por el mundo buen número de mayores de toda calaña que ni siquiera tienen ropa interior decente y frecuentan lugares poco recomendables.

Lo que se llama un buen revolcón. Preciso es señalar que Kovaliov era un hombre sumamente susceptible. Podía perdonar cuanto dijeran de su persona, pero de ningún modo lo que se refería a su categoría o a su título. Incluso opinaba que en las obras de teatro se podía pasar por alto todo lo relativo a los oficiales subalternos, pero que de ahí para arriba era inadmisibile cualquier ataque. El recibimiento dispensado por el comisario le ofuscó tanto que sacudió la cabeza y dijo muy digno, abriendo un poco los brazos: "Confieso que, después de observaciones tan afrentosas por su parte, yo no puedo añadir nada...", y se retiró.

Llegó a su casa tan cansado que caso no podía tenerse. Había caído la tarde. Después de tantas gestiones infructuosas, su domicilio le pareció tristón y de lo más repugnante. Cuando entró en

el recibimiento descubrió a Iván, su criado, tumbando de espaldas en un mugriento sofá de cuero y dedicado a escupir al techo con tanta puntería que muchas veces acertaba en el mismo sitio. Indignado ante tal indiferencia, Kavaliov le pegó un sombrero en la frente rezongando: "Tú siempre haciendo estupideces, ¡cerdo!".

Iván se levantó de un brinco y corrió a quitarle la capa.

Al entrar en su cuarto, el mayor se dejó caer cansado y abatido en un sillón y al fin dijo, después de unos cuantos suspiros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué habré hecho yo para merecer este castigo? Si me hubiera quedado sin un brazo, o sin una pierna, habría sido preferible; incluso sin orejas, aunque estaría más, aún podría pasar. Pero, ¿qué diablos es un hombre sin nariz? No es un pajarraco ni es un ciudadano honrado. Nada; una cosa que se puede tirar sencillamente por la ventana. Y bueno que el percance hubiera ocurrido en la guerra o en un duelo o por culpa mía. Pero, ¡es que mi nariz ha desaparecido sin más ni más, tontamente... Aunque, no; no puede ser —añadió después de pensarlo un poco—. Es inconcebible. O estoy soñando, o es una figuración; seguro. O quizá me haya bebido por equivocación, en vez de agua, el *vodka* de fricciónarme la cara después del afeitado. El estúpido de Iván no lo volvería a su sitio, y yo me lo bebí.

Para convencerse de que, efectivamente, no estaba borracho, el mayor se pegó tal pellizco que no pudo reprimir un grito. Aquel dolor le persuadió de que era realidad todo lo que hacía y lo que le pasaba. Se acercó sigilosamente al espejo, y primero cerró los ojos con la esperanza de que quizá apareciera la nariz en su sitio cuando los abriera, pero al instante pegó un respingo y retrocedió exclamando:

—¡Qué asco de cara!

En efecto, aquello era incomprensible. Si se hubiera perdido un botón, una cuchara de plata, un reloj o cosa por el estilo... Pero, ¡perderse aquello! Y dentro de casa, además... Sopesando todas las circunstancias, el mayor consideró como más probable la hipótesis de que el culpable sólo podía ser la señora Podtóchina, esposa de un oficial de Estado Mayor, que pretendía casar a su hija con Kovaliov. Y él, aunque le agradaba cortejarla, eludía un compromiso definitivo. De manera, que cuando la señora Podtóchina le declaró sin ambages que deseaba dársela en matrimonio,

él recogió velas poco a poco en sus asiduales, alegando que todavía era joven y que aún necesitaba hacer méritos en su carrera unos cinco años para cumplir los cuarenta y dos. Y entonces, seguramente por venganza, la señora Podtóchina urdió aquello de desfigurarle, pagando a cualquier bruja agorera, pues no podía admitirse en modo alguno que la nariz hubiera sido cercenada: nadie había entrado en su habitación. Iván Yákovlevich, el barbero, le afeitó el miércoles, y Kovaliov conservó su nariz íntegra durante todo el miércoles e incluso el jueves a lo largo de todo el día. Eso, lo recordaba y lo sabía muy bien. Además, hubiera notado dolor y, desde luego, la herida no habría podido cicatrizarse tan pronto y quedar lisa como la palma de la mano. Se puso a cavilar en si debía denunciar en toda regla a la señora Podtóchina ante los tribunales o personarse él en su casa y echarle en cara su acción. Vino a interrumpir sus reflexiones un destello de luz que penetró por todas las rendijas de la puerta y era indicio de que Iván había encendido ya una vela en el recibimiento. En seguida apareció el propio Iván con ella, iluminando la estancia. El primer movimiento de Kovaliov fue echar mano de un pañuelo y cubrirse el lugar que su nariz ocupaba todavía la víspera para que aquel estúpido no se quedara con la boca abierta ante un hecho tan insólito en su señor.

Apenas se había retirado Iván a su cuchitril cuando una voz desconocida se dejó oír en el recibimiento:

—¿Vive aquí el asesor colegiado Kovaliov?

—Adelante. Aquí está el mayor Kovaliov —contestó él mismo, levantándose precipitadamente para abrir la puerta.

Entró un guardia de buena prestancia, con patillas no muy claras ni tampoco oscuras y mejillas bastante llenas: el mismo que al comienzo de nuestro relato vimos en un extremo del puente Isákiévski.

—¿Es usted el caballero que ha perdido la nariz?

—En efecto.

—Pues ha aparecido.

—¿Qué me dice usted? —lanzó un grito el mayor Kovaliov, y se quedó plantado delante de él, en cuyos mofletes y labios abultados se reflejaba la trémula luz de la vela—. ¿Cómo ha sucedido?

—Por pura casualidad. Le echamos mano cuando casi estaba en camino: iba a tomar ya la diligencia para marcharse a Riga. Y

el pasaporte había sido extendido hace ya tiempo a nombre de cierto funcionario. Lo extraño es que, al principio, yo mismo le tomé por un caballero. Afortunadamente llevaba las gafas, y en seguida me di cuenta de que se trataba de una nariz. Porque le diré que yo soy miope y, si se coloca usted delante de mí, yo sólo veo su cara, pero sin distinguir la nariz, la barba ni nada. Mi suegra, es decir, la madre de mi esposa, tampoco ve nada.

Kovaliov estaba como loco.

—¿Dónde está? ¿Dónde? Voy corriendo...

—No tiene usía por qué molestarse. Suponiendo que le haría a usted falta, la traigo yo. Y, ya ve usted qué raro: el autor principal del hecho es un pícaro barbero de la calle Voznesénskaia que ahora está detenido en el cuartelillo. Hace ya tiempo que yo andaba tras él por borracho y ratero. Anteayer, sin ir más lejos, robó una docena de botones en una tienda. En cuanto a la nariz de usía, está exactamente igual que estaba.

Con estas palabras, el guardia metió la mano en un bolsillo, de donde extrajo la nariz envuelta en un papel.

—¡Ésa es! ¡Sí, sí! —gritó Kovaliov—. Hoy tiene usted que quedarse a tomar una taza de té conmigo.

—Aceptaba con sumo gusto, pero no puedo de ninguna manera: desde aquí tengo que acercarme al manicomio. Han subido mucho los precios de todas las subsistencias... Yo debo mantener a mi suegra, la madre de mi esposa, que vive con nosotros, y a mis hijos. El mayor, sobre todo, es un chico listo, que promete mucho, pero carezco totalmente de posibilidades para darle estudios...

Kovaliov se dio por enterado y, tomando de encima de la mesa un billete de diez rublos, lo puso en manos del guardia que abandonó la estancia después de pegar un taconazo y cuya voz oyó Kovaliov casi al instante en la calle aleccionando, con acompañamiento de puñetazos, a un estúpido *mujik* que se había metido en la acera con su carreta.

Después de marcharse el guardia, permaneció el asesor colegiado unos minutos como aturdido y sólo al cabo de ese tiempo, tal era el desconcierto que le produjo la inesperada alegría, recobró

⁶ Príncipe persa que llegó a San Petersburgo en agosto de 1829, al frente de una embajada en su país, poco después de que Griboyédov, entonces embajador de Rusia en Persia, fuera muerto en Teherán durante el asalto a la embajada. Jozrev-Mirza se hospedó en el palacio de Taurida mientras permaneció en San Petersburgo. (N. del E.)

la capacidad de ver y sentir. Tomó con precaución la nariz en el cuenco formado por las dos manos y volvió a observarla atentamente.

—Es ella, claro que sí —decía el mayor Kovaliov—. Aquí está, en el lado izquierdo, el granito que le salió ayer.

El mayor estuvo a punto de soltar la risa de alegría.

Pero no hay nada eterno en el mundo. Por eso, la alegría del primer instante no es ya tan viva a los dos minutos, al tercero se debilita más aún y al fin se diluye inadvertidamente con el estado de ánimo habitual, lo mismo que el círculo formado en el agua por la caída de una piedra acaba diluyéndose en la superficie lisa. Kovaliov se puso a cavilar y sacó en claro que todavía no estaba todo terminado: la nariz había aparecido, sí; pero faltaba ponerla y ajustarla en su sitio.

—¿Y si no se pega?

El mayor se quedó lívido al hacerse esta pregunta.

Preso de un miedo indescriptible corrió a la mesa y acercó el espejo, no fuera a colocarse la nariz torcida. Le temblaban las manos. Con cuidado y mucho tiento aplicó la nariz en el lugar de antes. ¡Qué espanto! La nariz no se pegaba... La acercó a su boca, le echó el aliento para calentarla y de nuevo la aplicó a la superficie lisa que se extendía entre sus mejillas; la nariz no se sujetaba de ninguna manera.

—¡Vamos! Pero, ¡vamos! ¡Quédate ahí! —le decía.

Pero la nariz parecía de madera y caía sobre la mesa con un ruido extraño, como si fuera un corcho. Una mueca contrajo el rostro del mayor. “¿Será posible que no se pegue?”, se preguntaba asustado. Pero, por muchas veces que colocó la nariz en el lugar adecuado, todos sus esfuerzos continuaron siendo estériles.

Llamó a Iván y le mandó en busca del médico que vivía en el entresuelo de la misma casa, ocupando el mejor piso. Aquel médico era hombre de gran prestancia, que poseía unas magníficas patillas negras, y una esposa lozana, rebosante de salud, se desayunaba con manzanas y cuidaba esmeradamente el aseó de su boca enjuagándose cada mañana durante casi tres cuartos de hora y puliéndose los dientes con cinco cepillos distintos. El doctor acudió al instante. Después de inquirir el tiempo transcurrido desde el percance, levantó la cara de Kovaliov agarrándole por la barbill

y le pegó tal papirotazo en el lugar antes ocupado por la nariz que el mayor echó violentamente la cabeza hacia atrás hasta pegar con la nuca en la pared. El médico dijo que aquello no era nada, le invitó a apartarse un poco de la pared, le hizo volver la cabeza hacia la derecha y, después de palpar el sitio donde antes se encontraba la nariz, dijo "ummm". Luego le mandó volver la cabeza hacia el lado izquierdo, profirió otra vez "ummm" y, finalmente, le pegó con el pulgar otro papirotazo que hizo respingar al mayor. Kovaliov lo mismo que un caballo cuando le miran los dientes. Después de esta prueba, el médico sacudió la cabeza diciendo:

—No. No puede ser. Preferible es dejarlo así, porque podría quedar peor. Arreglo tiene, desde luego, y yo mismo se la pondría quizá ahora mismo. Pero le aseguro que sería peor para usted.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Cómo voy a quedarme sin nariz? —protestó Kovaliov—. Peor que ahora, imposible. ¿Qué demonios es esto? ¿Dónde me presento yo con esta facha? Yo tengo muy buenas relaciones. Hoy mismo debo asistir a dos veladas. Conozco a mucha gente: la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado, la señora Podtóchina, casada con un oficial del Estado Mayor... Aunque, después de su actual comportamiento, mi único trato con ella puede ser a través de la policía. Por favor se lo ruego —prosiguió Kovaliov suplicante—. ¿No hay ningún remedio? Póngamela como sea, aunque no quede bien, con tal de que se sostenga. Incluso podría sujetarla un poco con la mano en los casos de apuro. Además, como no bailo, tampoco es de temer ningún movimiento brusco que le perjudique. Y en lo referente a agradecerle su visita, tenga por seguro que, en la medida de mis posibilidades...

—Crea usted —intervino el doctor en un tono que no era ni alto ni bajo, pero sí sumamente persuasivo y magnético— que yo nunca ejerzo por el dinero. Cierto que cobro mis visitas, pero con el único fin de no agraviar a nadie al negarme. desde luego, yo podría ajustar su nariz. Sin embargo, y lo afirmo por mi honor, si mi palabra no le basta, quedaría mucho peor. Deje actuar a la naturaleza. Las frecuentes abluciones frías le mantendrán a usted, aun sin nariz, le aconsejo que la meta en un frasco de alcohol o, mejor todavía, añadiendo una solución de dos cucharadas de *vodka* fuerte y vinagre caliente. Entonces podrá sacar por ella una

cantidad respetable. Yo mismo se la compraría si no se excede en el precio.

—¡No, no! No la vendería por nada del mundo —protestó el médico saludando—. ¡En fin! Por lo menos, habrá usted visto mi buena intención.

Con estas palabras, el médico abandonó muy dignamente la estancia. Kovaliov no se había fijado siquiera en su rostro, ya que, en su profundo abatimiento, sólo acertó a ver los puños de la camisa pulcra y blanca como la nieve asomando por las mangas del frac negro.

Al día siguiente, y antes de presentar querrela, se decidió a escribir a la señora del oficial del Estado Mayor para ver si accedía a devolverle de buen grado lo que era suyo. La carta decía lo siguiente:

“Muy señora mía, Alexandra Grigórievna:

”No alcanzo a comprender tan extraño proceder por parte suya. Tenga la seguridad de que, obrando de este modo, no ganará usted nada ni me obligará en modo alguno a casarme con su hija. Crea usted que me hallo perfectamente enterado de la historia de mi nariz, como también de que usted y nadie más que usted ha sido la principal causante de ella. El súbito desprendimiento, la fuga y el disfraz de mi apéndice nasal, apareciendo primero bajo el aspecto de un funcionario y luego con el suyo propio, no son más ni menos que consecuencia de las hechicerías practicadas por usted o por quienes se ejercitan en menesteres tan nobles como los suyos. Por mi parte, considero deber mío advertirle que si el susodicho apéndice no se reintegra hoy mismo a su sitio, me veré en la obligación de apelar a la defensa y la protección de las leyes.

”Por lo demás, con todos mis respetos, tengo el honor de quedar, de usted, seguro servidor.

Platón Kovaliov.”

“Muy señor mío, Platón Kuzmich:

”Su carta me ha dejado sumamente sorprendida. Le confieso a usted con toda sinceridad que nunca esperé nada parecido, y menos aún lo referente a los injustos reproches de usted. Pongo en su conocimiento que jamás he recibido en mi casa, ni con disfraz ni bajo su aspecto, al funcionario a quien usted alude. No niego que me ha visitado Filipp Ivánovich Portánchikov. Pero, aunque

él aspiraba, es cierto, a la mano de mi hija y si bien tratándose de una persona de conducta buena y sobria, así como de muchos estudios, yo nunca le he dado la menor esperanza. También menciona usted la nariz. Si con ello quiere dar a entender que yo me proponía dejarle con tres cuartas de narices, o sea, darle una negativa rotunda, me sorprende que sea usted quien lo diga, sabiendo como sabe que mi intención es muy otra y que si usted se compromete ahora mismo y en debida forma con mi hija, yo estoy dispuesta a acceder sin dilación, pues tal ha sido siempre el objeto de mis más fervientes deseos, en espera de lo cual quedo siempre al servicio de usted

Alexandra Podtóchina.”

“No, seguro que no ha sido ella —se dijo Kovaliov después de leer la misiva—. ¡Imposible! En la forma que está escrita la carta, no puede ser obra de quien haya cometido un delito. —El asesor colegiado era hombre entendido en la materia; pues, hallándose todavía en la región del Cáucaso, había sido encargado varias veces de instruir sumario—. ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿De qué manera? Sólo el demonio lo entendería”, concluyó desalentado.

Entretanto, corrían ya por toda la capital los rumores acerca de tan extraordinario suceso, adornado con toda clase de exageraciones, como suele ocurrir. Precisamente por entonces se hallaban las mentes orientadas hacia lo sobrenatural, pues hacía poco tiempo que a todos intrigaban los experimentos sobre los efectos del magnetismo. Además, como la historia de las sillas danzantes de la calle Koniúshennaia era todavía reciente, nada tiene de particular que al poco tiempo se empezara a comentar que la nariz del asesor colegiado solía pasearse a las tres en punto de la tarde por la Avenida Nevski. Y a diario acudía allí una multitud de curiosos. Alguien anunció que la nariz se encontraba en la tienda de Junker, y frente al establecimiento se formó tal aglomeración que hubo de intervenir la policía. Un especulador con aspecto respetable, que usaba patillas y solía vender pastas variadas a la puerta del teatro, fabricó especialmente unos magníficos y sólidos bancos de madera que alquilaba, a razón de ochenta *kopeks* por persona, a cuantos curiosos deseaban subirse en ellos para ver mejor. Un benemérito coronel salió de su casa con ese único fin antes que de costumbre y a duras penas logró abrirse paso entre el gentío; pero, cuál no

sería su indignación al ver en el escaparate de la tienda, en lugar de la nariz, una simple camiseta de lana y una litografía representando a una jovencita que se subía una media mientras un petimetre con chaleco de solapas y barbita la espiaba desde atrás de un árbol. Dicha litografía llevaba ya más de diez años colgada en el mismo sitio. Al retirarse, el coronel dijo contrariado: "¿Cómo se puede soliviantar a la gente con bulos tan estúpidos e inverosímiles?"

Luego cundió la especie de que no era por la Avenida Nevski sino por el jardín de Taurida por donde se paseaba la nariz del mayor Kovaliov y eso, desde hacía ya mucho tiempo. Tanto, que cuando Jozrev-Mirza ⁶ se alojó allí, le sorprendió sobremanera aquel extraño capricho de la naturaleza.

Allá fueron algunos estudiantes de la Academia de Cirugía. Una ilustre y noble dama rogó al vigilante del jardín, por carta especial, que mostrara a sus hijos el raro fenómeno y, a ser posible, se los explicara de modo instructivo y a la vez edificante para ellos.

Todos estos hechos fueron acogidos con gran regocijo por los caballeros asiduos de las veladas de sociedad y aficionados a distraer a las señoras, con curiosas historias, cuyo repertorio se encontraba por entonces agotado. Una minoría de respetables personas de orden estaba sumamente descontenta. Un señor decía, muy sulfurado, que no comprendía cómo era posible que se propalaran absurdos infundios en nuestro siglo ilustrado y que le sorprendía que el gobierno no prestara atención al hecho. Al parecer, ese señor era de los que quisieran complicar al gobierno en todo; incluso en las trifulcas cotidianas que tiene con su esposa. Luego... Pero, a partir de aquí, de nuevo queda el suceso totalmente envuelto en brumas y no se sabe nada en absoluto de lo acaecido después.

III

En el mundo ocurren verdaderos disparates. A veces, sin la menor verosimilitud; súbitamente, la misma nariz que andaba de un lado para otro con uniforme de consejero de Estado y que tanto alboroto había armado en la ciudad volvió a encontrarse como si tal

cosa en su sitio, es decir, exactamente entre las dos mejillas del mayor Kovaliov. Esto sucedió ya en el mes de abril, el día 7. Al despertarse y lanzar una mirada fortuita al espejo, descubrió el mayor que allí estaba la nariz. Echó mano de ella, ¡y allí estaba, sí! “¡Al fin!”, exclamó Kovaliov y, de la alegría, estuvo a punto de ponerse a bailar, tal y como estaba, descalzo, por toda la habitación; pero la entrada de Iván se lo impidió. En seguida pidió agua para lavarse y, mientras se aseaba, lanzó otra mirada al espejo. ¡Allí estaba la nariz! Cuando se secaba con la toalla, miró una vez más: ¡allí estaba la nariz!

—Mira a ver, Iván: parece como si tuviera un granito en la nariz —dijo al tiempo que pensaba—: “Menudo disgusto si Iván me dice ahora: Pues no, señor; no veo ningún grano ni tampoco veo la nariz.”

Pero Iván contestó:

—No; no hay ningún grano. No tiene nada en la nariz.

“Esto ya está bien, ¡qué demonios!”, se dijo el mayor chascando los dedos. En ese momento asomó por la puerta el barbero Iván Yákovlevich, pero con tanto temor como un gato al que acaban de atizar por robar tocino.

—Lo primero que debes decirme es si traes las manos limpias —le interpeló ya desde lejos Kovaliov.

—Sí. Claro que están limpias.

—¡Mentira!

—Le juro que están limpias, señor.

—Bueno, ya veremos.

Kovaliov se sentó. Iván Yákovlevich le puso el paño y, con la brocha, convirtió su barba y parte de las mejillas en algo parecido a la crema que se suele servir en los convites onomásticos de los comerciantes.

“¡Bueno!... —exclamó Iván Yákovlevich para sus adentros contemplando la nariz, y luego terció la cabeza hacia el lado opuesto para verla de perfil—. ¡Mírenla ustedes!... ¡Ahí está! Aunque la verdad es que, si se para uno a pensar...”, agregó, y estuvo mirando todavía un buen rato la nariz. Finalmente, con toda la delicadeza y todo el esmero que se puede uno imaginar, levantó dos dedos para sujetarla por la punta, pues tal era el sistema de Iván Yákovlevich.

—¡Eh, eh tú! ¡Cuidado! —gritó Kovaliov.

Más aturdido y confuso todavía, Iván Yákovlevich retiró la mano. Al fin comenzó a pasar la navaja por debajo del mentón y, aunque le resultaba muy incómodo y difícil rapar sin tener sujeto el órgano del olfato, logró vencer todos los obstáculos y terminar de afeitar ingeniándose para atirantar la piel con su áspero dedo pulgar apoyado unas veces en la mejilla y otras veces en la mandíbula inferior del mayor.

Cuando todo estuvo listo, Kovaliov se apresuró a vestirse inmediatamente, tomó un coche de punto y se fue derecho a una pastelería. Nada más entrar, gritó desde lejos: “¡Un chocolate, muchachos!” y al instante se dirigió hacia un espejo. ¡Tenía la nariz! Dio media vuelta lleno de alegría y contempló con aire sarcástico, entornando un poco los párpados, a dos millares: la nariz de uno de ellos tenía apenas el tamaño de un botón de chaleco. Luego se dirigió a las oficinas del departamento donde estaba gestionando un puesto de vicegobernador o de ejecutor, en su defecto. Al cruzar la antesala, se miró a un espejo: ¡allá estaba la nariz! Más tarde fue a visitar a otro asesor colegiado —o mayor, si se quiere—, gran amigo de chanzas, a cuyas mordaces observaciones solía contestar Kovaliov: “¡Demasiado te conozco a ti. Eres un criticón!” Durante el trayecto, iba pensando: “Si el mayor no revienta de risa al verme, seguro es que cada cosa en su sitio.” Pero el asesor colegiado se quedó tan campante. “Perfecto, perfecto, ¡qué demonios!”, se dijo Kovaliov. Después se encontró con la señora Podtóchina, esposa de un oficial de Estado Mayor, y su hija. Las saludó y fue acogido con exclamaciones de júbilo: por tanto, no se advertía en él ningún defecto. Conversó con ellas un buen rato y, sacando adrede la tabaquera, se complació largamente delante de ellas en atascar su nariz de rapé por ambos conductos, mascullando para sus adentros: “Así, para que os enteréis, cabezas de chorlitos. Y con la hija no me caso, desde luego. Así por las buenas, *par amour*, ¡ni pensarlo! A partir de entonces, el mayor Kovaliov volvió a pasearse como si tal cosa por la Avenida Nevski, a frecuentar los teatros y acudir a todas partes. Y también su nariz campaba en medio de su rostro como si tal cosa, sin aparentar siquiera que hubiera faltado nunca de allí. Después de todo esto pudo verse al mayor Kovaliov siempre de buen humor, sonriente, rondando absolutamente a todas

las mujeres bonitas e incluso detenido una vez delante de una tienda de Gostínni Dvor para comprar el pasador de una condecoración, si bien por motivos desconocidos, ya que él no era caballero de ninguna orden.

¡Ahí tienen ustedes lo sucedido en la capital nortea de nuestro vasto imperio! Y únicamente ahora, atando cabos, vemos que la historia tiene mucho de inverosímil. Sin hablar ya de que resulta verdaderamente extraña la separación sobrenatural de la nariz y su aparición en distintos lugares bajo el aspecto de consejero de Estado. ¿Cómo no se le ocurrió pensar a Kovaliov que no se podía anunciar el caso de su nariz en los periódicos a través de la Oficina de Publicidad? Y no lo digo en el sentido de que me parezca excesivo el precio del anuncio: es una fitesa y yo estoy lejos de ser una persona roñosa. ¡Pero, es que resulta desplazado, violento, feo! Y otra cosa: ¿cómo fue a parar la nariz al interior de un panecillo y cómo es que Iván Yákovlevich...? Nada, nada, que no lo entiendo. ¡No lo entiendo de ninguna manera! Pero lo más chocante, lo más incomprensible de todo es que los autores sean capaces de elegir semejantes temas. Confieso que esto es totalmente inconcebible, es como si... ¡Nada, nada, que no lo entiendo! En primer lugar, que no le da ningún provecho a la patria; en segundo lugar... Bueno; pues, en segundo lugar, tampoco le da provecho. No sé lo que es esto, sencillamente...

Aunque, sin embargo, con todo y con ello, si bien, naturalmente, se puede admitir esto y lo otro y lo de más allá, es posible incluso... Porque, claro, ¿dónde no suceden cosas absurdas? Y es que, no obstante, si nos paramos a pensar, seguro que hay algo en todo esto. Se diga lo que se diga, sucesos por el estilo ocurren en el mundo. Pocas veces, pero ocurren.

UNA EXTRAÑA ENTREVISTA

CHARLES DICKENS*

I

En el año de gracia de 1565, la Muerte se entregó a una gran orgía en la honrada ciudad de Londres. Por aquel tiempo vivía en Cheapside, un mercader de sedas llamado Mark Hansel, un viejo ciudadano rico, importante y muy respetado entre los de su clase, clase ésta que, si bien desprovista de sentimientos demasiado elevados y fina sensibilidad, posee innegablemente un cierto sentido de lo justo y de lo injusto, y ama la virtud, sobre todo cuando ésta se halla cómodamente sentada junto al fuego y con un buen vaso de cerveza al alcance de la mano.

Mark Hansel era un hombre sumamente respetable, por cuyo motivo jamás contraía deudas; pese a no haber leído *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (por la concluyente razón de que esta obra no se había escrito todavía y ni siquiera había nacido su autor), se conducía igual que si lo hubiese hecho, y su capital aumentaba más y más.

No obstante, no puedo impedir que la peste penetrara en su casa, lo que le produjo extraordinarias desazones, pues se había tomado mucho interés en impedir su entrada y, naturalmente, le enojó el fracaso de su planes.

Mark era viudo y sin hijos; no tenía más familia que uno o dos escribientes o aprendices, su doncella, y algunos huéspedes que vivían en los pisos de arriba; ya que habéis de saber que la casa de Mark era grande; y no siendo los mercaderes de sedas de aquellos

* Charles Dickens, británico (1812-1870). Autor de la inconclusa *El misterio de Edwin Drood*, *Grandes ilusiones*, *La pequeña Dorrit*, entre otras novelas y cuentos.

tiempos tan distinguidos y tiesos como hoy, no vacilaban en alquilar sus habitaciones de arriba a algunas personas sosegadas y decentes, a tanto por semana. Ahora bien, cuando la peste empezó a amenazar la ciudad, Mark actuó como mandaban las circunstancias: dijo a sus huéspedes que, si querían continuar en su casa, debían proveerse de todo cuanto les fuese a hacer falta, y aguantarse sin asomar la punta de la nariz por la puerta de la calle mientras ella no amenguase. Como los huéspedes no pusieron inconvenientes, la casa fue solemnemente cerrada y aherrrojada (¡como si a la peste le importasen cerraduras y cerrojos!); las ventanas fueron atrancadas y los negocios suspendidos; y allí se formó un ambiente fúnebre, sordo, extraño, sombrío, que la ruda, el ajeno y otras plantas desinfectantes esparcidas por doquier no contribuían ciertamente a aliviar. La cosa ya iba bastante mal de día; pero, de noche, el viejo Mark se tumbaba despierto en su cama, y escuchaba en el intenso silencio, creyendo oír las furtivas, felinas pisadas del enemigo, vagando por la casa. Y estaba lejos de equivocarse; dado que, una noche, el citado enemigo se detuvo ante la puerta de Mark, la atravesó, a pesar de los cerrones, y fue arrastrándose, por la escalera con sus pasos fantasmales y silenciosos —tan silencioso que sólo con el espíritu se podían escuchar—, y entró en una de las habitaciones superiores, donde, con su garra poderosa, estranguló, dejándolo muerto y lívido al amanecer.

El viejo Mark quedó horrorizado al encontrarlo a la mañana siguiente, pues no se le había ocurrido que la plaga pudiera entrar en una casa tan fuertemente barricada. Sin embargo, sacó de allí el cadáver lo más de prisa que pudo, manteniendo como precaución los postigos cerrados sobre sus respectivas ventanas; y entonces, creyéndose ya infaliblemente a salvo, se sumió una vez más en su voluntaria ociosidad, entreteniéndose en hojear sus libros de contabilidad y calculando a cuánto ascendía su fortuna.

Pero el feroz enemigo volvió de nuevo en el silencio de la noche para llevarse otra víctima. Y después otra, y otra, hasta que nadie quedó vivo en la casa, excepto Mark; y, cuando el cuerpo de la última víctima fue sacado una tarde y depositado en el coche fúnebre, se sintió tan solo como nunca en su vida.

II

Ya he dicho que una tarde sacaron el último cadáver y que Mark lo vio colocar en el coche funerario. Pues bien: tras de trancar la puerta, volvió a su habitación, y se sentó a meditar. Devanóse los sesos: ¿cómo se las ingeniaría para encontrar alguien que le acompañase? Ya casi se había decidido a invitar a su único sobrino a que viniera a vivir con él (a sabiendas de que era un joven calavera y derrochador), cuando se le ocurrió que, puesto que el atrancamiento de la casa había fracasado rotundamente —ya que no podía dejar de reconocer que había fracasado—, bien podía correr el riesgo de respirar un poco de aire puro y ver, de paso, si podía procurarse compañía en el exterior. Era el mes de septiembre; y, como quiera que la enfermedad estuviese en su apogeo, el gobierno había puesto un centinela en cada una de las casas apestadas, con órdenes estrictas de no dejar salir a nadie. Mark, sin embargo, observó que el centinela más próximo se dedicaba a emborracharse en una taberna cercana, por lo cual abrió sin miedo la puerta. Estuvo un buen rato contemplando su calle, de arriba a abajo. Lo que vio no contribuyó de ningún modo a levantar su espíritu, pues, en lugar de una alegre y bulliciosa vía pública, con carruajes y caballos, damas y caballeros, ante él se extendía un silencioso desierto. No se veían luces en las ventanas negras y opacas, no se veía a nadie en la calle desierta, no se agitaba el soplo de la vida en la languidez del aire del aire muerto. Una espesa capa de hierba, había crecido por entre las piedras de la calle, y ni el más ligero soplo las mecía en la pesada paralización. Mirando hacia la vieja iglesia de San Pablo —aún faltaba un año para su total destrucción—, contempló Hansel el rico y variado perfil de este hermoso edificio que casi se confundía con la pesada lóbreguez del cielo de la tarde; apartando la mirada, vio, a intervalos, la aterradora cruz roja pintada con espeluznante claridad en las puertas de algunos de sus vecinos; Mark empezó a arrepentirse de haberse asomado a la calle, y habría vuelto a casa inmediatamente, de no haber oído de pronto el ahora insólito ruido de un carricoche sobre el pavimento. Venía por el camino de Cornhill y retumbaba en el silencio.

A causa simplemente de un leve movimiento de compañerismo, de breve duración no obstante, Hansel decidió aguardar a que el carruaje hubiera pasado. Por consiguiente, esperó, observando que

ya estaba cerca. Iba arrastrado con sorprendente celeridad por cuatro caballos negros, que caracoleaban elegantemente y esparcían, majestuosos, la espuma de sus hollares; sus cascos levantaban tal cantidad de chispas de las piedras, que el paso del vehículo era vivamente enmarcado por una flotante estela de fuego. Mark se preguntó quién podría ser el viajero; pero no dispuso del carruaje, que pronto llegó a la altura de su casa; grande fue su sorpresa cuando vio que precisamente se detenía bruscamente en aquel sitio. Entonces observó que vehículo y caballos eran negros y que cochero y lacayos vestían fúnebres libreas. "Alguna familia que ha perdido un pariente o dos en la plaga", pensó Mark.

III

Uno de los lacayos abrió la puerta del carruaje y se apeó un gallardo y elegante caballero. También iba vestido de negro, y en la cabeza llevaba un sombrero de pluma ancha e inclinada.

—¡Buenas noches, Mark Hansel! —dijo, haciendo un elegante saludo—. Necesito tener unas palabras con vos.

—A vuestras órdenes —contestó Mark, inclinándose profundamente—. Vos parecéis conocerme a mí señor; pero yo no tengo el honor de reconocerlos.

—¿No? —dijo el desconocido con momentánea sonrisa—. Sin embargo, yo os conozco desde el día de vuestro nacimiento.

—Verdaderamente, señor —exclamó Mark—, yo os habría supuesto más joven que yo, y por una buena diferencia de años.

—Más viejo, más viejo —replicó el desconocido—, aunque debo admitir que estoy muy bien conservado, máxime teniendo en cuenta los muchos trabajos que he llevado a cabo en mi vida; y ya va siendo hora de que me tome un descansito en alguna parte.

Dijo esto con un tono profundo y meditativo; y Hansel no pudo por menos de observar que el desconocido parecía llevar a su alrededor como una aureola de oscuridad palpable que, a veces, se agrandaba o achicaba con movimientos fluctuantes. Y, sin embargo, tampoco había en esto nada muy extraño, porque la noche iba cayendo rápidamente y la flotante silueta de su negro manto de terciopelo se mezclaba pesadamente con las tinieblas.

—¿Queréis entrar en mi pobre casa, señor? —inquirió Mark—. Estaremos completamente solos; todos menos yo han muerto de esa terrible enfermedad.

—No —replicó el caballero—. No es ésa mi intención. Os ruego primero que me acompañéis a un lugar donde veréis a algunos amigos vuestros; y después os suplicaré que me hagáis un favor, que os será pagado generosamente, por supuesto. ¿Queréis acompañarme?

—Tendré mucho gusto —dijo Hansel— en ir donde vuestra merced quiera llevarme.

Entrando en la carroza, el desconocido hizo señas a Mark de que le siguiese; y los caballos al momento empezaron a galopar velozmente.

—¡Qué rápidamente ha anochecido! —observó Hansel—. ¡Y qué sofocante se ha vuelto el aire!

—No es extraño —replicó su compañero—. Hay maldad en el ambiente, y una gran nube de muerte flota sobre Londres.

Cada vez que iba de prisa el coche; a cada instante parecía aumentar claramente su velocidad. Mark miraba por las ventanillas y veía las casas a cada lado del camino, girando, pasando en una línea larga, distinta, nebulosa, en la que todos los detalles se hacían borrosos y confusos, como la superficie pintada de un peón en la máxima intensidad de su giro. Más de prisa y más de prisa aún; hasta que, por el ardor del movimiento, el aire paralizado fue despertado a la vida, y se precipitó, azotando las ventanillas del carruaje con un largo y triste lamento. Cada vez más de prisa, siempre más de prisa; y cada vez más negra se volvía la noche; y Mark nada podía ver a través de la negrura, sino los ojos de su acompañante que centelleaban como dos brasas en el fondo de una profunda y oscura caverna. Ya habían dejado atrás la ciudad; y Mark veía ante sí el vasto campo abierto, desnudo y formidable, desconocido para él. Empezó a no sentirse bien ni a gusto. Cada vez más de prisa corría el coche; y cada vez era más oscura la noche; parecía como si fuesen arrastrados por el viento hacia un desolado abismo infinito. Durante todo este tiempo, el desconocido no había dicho ni una sola palabra. Ni Mark tampoco, porque el resuello le había abandonado.

IV

Finalmente, el carruaje paró en seco, tan súbitamente que la tierra se estremeció bajo sus ruedas; el largo y oscuro seto, a cada lado de la carretera, aún parecía correr vertiginosamente en la vacía oscuridad. Cuando Hansel recobró el uso de la vista, descubrió que se hallaba ante un enorme edificio de contornos vagos que se elevaba a lo lejos, fundiéndose en lo alto con la negrura de la noche. Pertenecía a un orden arquitectónico que Mark no había visto nunca; y tenía aspecto de vejez y melancólica grandeza. Columnas de un estilo indescriptible —caras grotescas y esculturas prodigiosas, cada una de las cuales era un espantoso enigma— se destacaban pesadamente en la oscuridad; y, aunque Mark no era precisamente un hombre imaginativo, le pareció como si todo el edificio fuese un símbolo tenebroso de toda la lóbreguez del mundo. Observó todo esto en un instante, porque el desconocido, sin decir palabra, le condujo al interior a través de las tétricas avenidas del parque. La puerta, abierta en ese momento, daba paso a un vestíbulo espacioso, pero poco iluminado; y el extraño caballero dijo, volviéndose a Mark:

—Esta es una de mis residencias campestres. Venid conmigo y os la enseñaré por dentro.

Hansel, aunque bastante asustado y muy deseoso de huir, se inclinó humildemente y entró al lado de su guía. Atravesaron varias magníficas estancias, adornadas con objetos de gran lujo y majestuosidad; pero todo estaba envuelto en un halo de tristeza y maldad; no se veía ningún ser vivo; y el silencio era opresivo. Negras cortinas de terciopelo cubrían las paredes con sus pliegues macizos; y en todas las habitaciones moraban sombras perpetuas. Al cabo de un rato, llegaron a una cámara de mayores proporciones que las otras —tan larga que, verdaderamente, el pobre Mark no podía ver el extremo opuesto—. Allí se detuvo su compañero. De pronto, Hansel observó que el lugar estaba ocupado por ocho o nueve figuras masculinas, vestidas con extraños ropajes, y jugando, profundamente abstraídos, a un juego parecido al de los bolos: los bolos estaban formados por una hilera de descarnados huesos, y los proyectiles eran lisas y mondas calaveras. El deporte pareció a Mark bastante siniestro, y los jugadores tenían unas caras muy pá-

lidas; pero eran muy locuaces, en una lengua desconocida, y, siempre que alguno hacía blanco en algún bolo, reían y lo celebraban.

—Acercaos un poco más —dijo el dueño de la casa—. ¿No conocéis a estos caballeros?

Mark avanzó un paso o dos, y entonces, de repente, retrocedió, aterrado. ¡Los jugadores de bolos no eran otros que los últimos inquilinos de su casa, que él suponía muertos en la plaga!

—¡Cielos —exclamó el mercader de sedas—. ¿Qué significa esto?

—Significa —replicó el extraño caballero— que todos vuestros difuntos amigos han hecho un contrato conmigo, y muy poco gravoso para ellos ciertamente. ¿No os parecen muy felices?

“¡El Señor me libre!”, pensó Mark, “por lo que veo, estoy en un país de fantasmas”. Pero temiendo ofender a su acompañante le respondió:

—Necesariamente han de ser felices bajo la protección de vuestra merced.

—¡Elegante halago! —rió el otro con desagradable carcajada—. Bien, puesto que admitís que parecen felices, no sería ninguna desgracia traer algunos más a este lugar, ¿verdad?

—Vuestra merced es quien mejor lo puede juzgar —replicó Mark, que pensaba en lo conveniente de una conducta respetuosa.

—Seguidme, pues —y el dueño de la mansión de las sombras le acompañó hacia el vestíbulo, y condujo a Hansel al aire libre.

V

Hasta la lejanía se extendía una llanura desolada y desértica, sólo interrumpida por la casa solitaria y algún que otro árbol seco, y cubierta de un césped marchito y chamuscado. La lúgubre noche se abatía pesadamente sobre ellos, y los relámpagos cruzaban el cielo incesantemente, revelando, en la distancia, una abrupta roca de piedra negra bajo la cual un riachuelo corría en silencio y se arrastraba por musgosos canales hasta perderse de vista.

—Escuchadme ahora —dijo el desconocido, fijando en Mark sus ojos centelleantes—. La plaga está en Londres, como sabéis.

—Ciertamente, señor, demasiado bien lo sé —contestó Mark—. La gente muere todos los días a nuestro alrededor con terrible rapidez.

—Y, sin embargo, no con la suficiente —respondió el otro—. No con la suficiente rapidez —repitió al ver la turbación de Mark—. Sí, ¿qué cosa mejor podríais desear a un hombre que gozar de este lugar apacible y jugar con los cráneos y huesos de sus enemigos? La gente acude en tropel, durante horas y horas sin parar; pero me gustaría que viniesen más de prisa aún. Ciertamente, acabaré por tener como invitadas a todas las almas de Londres. ¿Veis esa corriente de agua silenciosa bajo la roca lejana? Esa agua está envenenada; y mediante ella he pensado acabar con todos vuestros conciudadanos. Escuchad. Si consentís en llevaros una redoma con un poco de este delicado fluido, y corromper con él todos los pozos y fuentes de Londres, os daré incontables riquezas; y vos seríais el último y el primero en gustar todos los placeres de mis dominios. ¿Lo haréis?

Durante el transcurso de estas palabras, Mark observó una terrible transformación en todo el aspecto de su acompañante. Una luz horrenda hirvió en el negro abismo de sus ojos; sus labios se retorcieron en una expresión de fiereza mezclada con ironía sarcástica; y Mark se dio cuenta de que se hallaba en presencia del Malo.

—¡Entérate de lo que te voy a decir, Satanás maldito...! ¡Te desafío a ti y a todos tus huéspedes, Viejo Perverso...! ¡Te escupo en la cara y en tu proposición, Sombra en el Orden Divino!

Al decir esto, la horrible cosa vaciló ante sus ojos como la sombra de un árbol en el campo batido por el huracán; pero el Viejo Maldito permaneció firme aún durante un momento, y dijo, tras una pausa:

—¿Rehusas? Entonces, oye mi última palabra. Nueve de los que vivían en tu casa han muerto ya. Mañana por la noche, el décimo morirá.

Y, mientras hablaba, una tempestad y un terremoto con extraños relámpagos de fuego, y un enorme bramido, parecieron brotar de aquel lugar; e instantáneamente todo se desvaneció; y Mark se encontró sentado en su propia habitación, en su propio sillón, bastante asustado y no poco aturdido.

VI

Mi opinión particular —como firme incrédulo que soy de toda esta clase de historias— es que el valiente mercader se había quedado dormido y había estado soñando; que no se había acercado a la puerta de la calle, sino que había caído en un soporcillo mientras descansaba sentado, pensando en su situación; y había sido despertado por unos truenos horrisonos que constituían el final de su sueño. Hansel, sin embargo, estaba completamente convencido de la veracidad de su visión; y podéis seguramente suponer que se hallaba sumamente desazonado y abatido. Permaneció despierto durante la mayor parte de la noche, preparándose a bien morir, y temblando a cada momento por miedo a verse expuesto a una nueva tentación del Demonio. Cuando, después de un sueño intranquilo, se despertó a la mañana siguiente, pensó que aquella era la última vez que contemplaba la salida del sol, “pues —se decía—. yo soy el único que vive en la casa y, por tanto, no puede ser otro que el que vaya a morir”. Y se sentía muy abrumado por la desgracia y el terror.

El día pasó lenta y tristemente. El pobre Hansel hacía todo lo posible por formar su alma a un estado de religiosa resignación; con esta finalidad, desempolvó la gran Biblia familiar y leyó un trozo de una extensión tal como no lo había vuelto a hacer desde sus días escolares. Pero el espantoso grito de los conductores de carros fúnebres continuamente interrumpía sus meditaciones; y se sentía más desesperado por momentos. No podía desechar el pensamiento de que, dentro de muy corto tiempo, también él yacería convertido en una masa pútrida —cosa horrible de ver y peligrosa de tocar— y que ni siquiera le sacarían prontamente de la casa para ser trasladado a la fosa común. Y entonces se ponía a hacer conjeturas sobre cuánto tiempo transcurriría desde su muerte hasta que descubrieran el cadáver, y las autoridades, después de algún tiempo, abrirían las puertas y encontrarían su rígido cuerpo descompuesto mirando fijamente al aire con sus ojos sin cerrar. Pugnaba con ahínco por deshacerse de estas reflexiones; pero cada instante era de enorme desvelo y agonía, pues no podía saber cuándo le atacarían los primeros síntomas de la enfermedad. Le parecía como si estuviese esperando en un cuarto oscuro la puñalada mor-

tal de un enemigo; y, en consecuencia, tenía los nervios perpetuamente en tensión.

Ni una miga ni una gota pasaron por sus labios en todo el día; y, al atardecer, empezó sentir mareo, que él tomó por primer síntoma de la fatal enfermedad: La luz se fue desvaneciendo rápidamente y, como le resultaba insoportable morir a oscuras, encendió una vela y volvió a sentarse en su silla, esperando y encomendándose a Dios. Un solemne y profundo silencio reinaba dentro y fuera de la casa, y, aunque en él palpitaba algo espantoso, el pobre vendedor de sedas lo encontró tranquilizador. El silencio era tan extraordinariamente intenso, que parecía tener vida y conciencia propias, e hincharse por momentos, como un salmo sublime en los oídos de la eternidad. Así permanecía Mark, escuchándolo, confiado en poder morir en este silencio, como mueren las polillas y los insectos veraniegos en la quietud de una noche de otoño.

Finalmente, percibió un ruido en el silencio. Escuchó... y oyó pasos en las habitaciones de arriba; e, inmediatamente después, se dio cuenta de que estaban descendiendo por la escalera. Al oírlos, quedó pálido de horror, pues temía que el Diablo fuera a reanudar sus tentaciones —o que la Muerte se cerniese sobre él en formas palpables. Lentamente y con cautela, los pasos llegaron al pie de la escalera, y se detuvieron un momento antes de entrar en el cuarto donde Mark se hallaba sentado. Por último, se abrió despacio la puerta y entró una alta figura.

VII

Era un joven vestido a la manera de los caballeros de la época. Sus ropas, sin embargo, estaban sucias y ajadas; y su cara, que habría sido hermosa, estaba enrojecida y macilenta. Todo su aspecto era repelente y totalmente abandonado; entró en la habitación con gestos descuidados y se dejó caer en una silla. Hansel le miró con ojos desorbitados durante un momento; después, súbitamente, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Misericordia divina! —gritó— ¡Es el miserable de mi sobrino!

—Sí —dijo el intruso, con voz grosera—. Es tu sobrino, y también puedes llamarme, pues precisamente estoy sin dinero.

—¡Ay! Supongo que ésta será la única razón de que te vea por aquí. Necesitarás que te “preste” algo, como tú dices... Pero, en nombre del demonio, ¿cómo has entrado en casa? Creía que estaban cerradas todas las puertas.

—Verás, querido tío: oí en la casa de al lado que todos tus compeñeros habían muerto en la plaga, y convencí a tu vecino de que me dejase subir al tejado a ver si encontraba alguna rendija por donde pasar, con objeto de entrar a verte. Y encontré una trampilla abierta; por eso estoy aquí, querido tío: ¡he llegado por el tejado de la casa! Lo que, en mi opinión, es un acto de respeto digno de las mayores alabanzas.

—¡Gilbert, Gilbert! Eres un joven burlón y calavera. No quisiera mostrarme duro contigo; pero, por favor, ahora estoy a punto de morirme y estorbas mis devociones. Desearía que abandonases mi casa.

—¿Conque próximo a morir? Permíteme que te diga que tienes la mirada demasiado viva para estar moribundo; pero eso tú lo sabrás mejor que yo. Como para salir de esta casa quiero hacerlo abiertamente, necesito que me des la llave... de la caja fuerte.

—Entonces estás esperando en vano, Gilbert; yo no gano dinero para ti. Necesitas mi dinero para organizar escándalos por la ciudad, en este momento terrible, y hundirte en todos los terribles vicios que tu corazón puede anhelar. No; estáis borracho, señor.

—¿Borracho? Por supuesto. Siempre estoy borracho. ¿Qué otra cosa puede mantenerme vivo, si todo el aire que respiro está envenenado, y la gente cae a mi alrededor como fruta madura? Me empapo de vino y así voy tirando. Con un buen frasco de Borgoña encima, soy capaz de pelearme con el mismo demonio.

—Muy bien, Gilbert, lucha con él todo lo que quieras, pero fuera de mi casa. Y no quiero verte en posesión de tu arma favorita, porque sé que la usarás contra ti mismo y en provecho del Diablo. ¡Vete de aquí!

—¡Escúchame, estúpido —exclamó Gilbert Hansel, levantándose precipitadamente y desenvainando la espada—. Acabas de decirme que estás a punto de morir; y, a menos que me des inmediatamente lo que te pido, nunca habrás dicho mayor verdad, pues te atravesaré de parte a parte. Necesito oro para comprar comida y vino y reírme de la Muerte. Un día que no venga bebido, te mataré; pero con mi

querido Borgoña cantándome en el cerebro, soy capaz hasta de sentarme en un sepulcro y desafiar a la Parca. Tengo que beber, bailar, cantar, jugar y divertirme galantemente para mantener a ese Fantasma que vaga por doquier. De modo que... idame la llave de la caja de caudales, barba gris, o te enfundo mi espada en el gaznate!

Como el viejo Hansel estaba tan completamente convencido de que se iba a morir, Gilbert podía haber supuesto que esta amenaza iba a surtir muy poco efecto en él. Sin embargo, hay algo sumamente desagradable en que le corten a uno la garganta a sangre fría; y es natural que el pobre viejo quisiera retrasar el momento fatal, aunque sólo fuese media hora. Así, pues, tras murmurar y refunfuñar un poco, Mark, por fin —apresurando sus movimientos cuando se le acercó la espada—, metió la mano en el bolsillo y sacó la llave pedida. Cogióla su sobrino, con risa triunfal.

—Otro favor necesito de ti. También me hace falta la llave de la bodega.

—¿Por qué sigues molestándome? —murmuró el viejo vendedor de sedas—. Yo no soy bebedor como tú, gracias a Dios.

—Por eso hay siempre tanto vino en tus bodegas. ¡Oh, ya sé que a veces me has dado un buen frasco de vino! Pero es que esta vez quiero gustar la calidad de tus vinos ahora mismo... ¡Venga, dame la llave sin más dilaciones!... ¡Ah, ésta es! ¡Muchas gracias! No dirás que no soy amable y cortés, ¿eh? Claro que también tú te estás portando como un tío encantador. Bueno, me voy ya a perfumarme con tu vino del Rhin, pues hay que tomar fuerzas contra la infección. Adiós, querido tío... A menos que quieras descorchar una botella conmigo. ¿Quieres?... Entonces te dejo que mueras tranquilamente, y yo me voy a vivir alegremente: yo, bebiendo y viviendo; tú, sensato y pudriéndote. ¡Adiós, barba gris! ¡Que el Demonio se lleve al mejor...!

Salió de la habitación mientras hablaba, y fue bajando pesadamente los escalones. Pareció dirigirse directamente a la bodega. Mark le oyó entrar y cerrar la puerta con fuerte rechinamiento. Entonces todo volvió a quedar en calma, excepto cuando, a intervalos, débilmente perceptibles, llegaban hasta él, procedentes de la bodega, fragmentos de canciones báquicas.

—¡Cuán disoluto y malvado es! —pensó Mark— Ojalá no hubiese logrado entrar. Ya ha acabado con mi dinero, mi vino y mi

paciencia, todo de una vez... ¡Cuánto tarda en llegar el momento fatal!

VIII

Por último, quedó dormido, completamente agotado por su vigilancia y la excitación mental. Era ya día claro cuando despertó. Mirando al reloj y viendo que eran ya las seis, su corazón palpitó con fuerza dentro de su pecho, y no pudo por menos de exclamar:

—¡Hurra! Por bendición del Cielo, no se han cumplido la profecía del Viejo Embustero. ya ha pasado la noche y sigo vivo.

Y empezó a bailar alegremente alrededor de su habitación.

Al poco rato, sintió hambre y se preparó un desayuno, que devoró con gran fruición.

—En lo sucesivo me reiré de las profecías del Diablo —pensó—. Me pregunto qué habrá sido del pícaro de mi sobrino. Si todavía está en casa, le daré un abrazo de feliz que me siento. No creo que haya sido un sueño que estaba aquí anoche. ¡Vaya! Voy a buscarle.

Mark atravesó sin éxito varias habitaciones vacías, y, por último, se acordó de la bodega. Fue allí, y vio algo tirado en el suelo, como si fuera un montón de trapos.

—Hele aquí —pensó Mark—, borracho y dormido como un tronco, con un frasco de vino en la mano. ¿Dormido? ¡Dios misericordioso, está muerto, atacado por la plaga, retorcido y dislocado por el dolor! ¡Horrible! —y Mark salió corriendo de la bodega.

Efectivamente, su sobrino estaba muerto. La peste le había sorprendido en mitad de su jactanciosa defensa, y ahora estaba marchito como una hoja seca. Así se cumplió la profecía, aunque no en el sentido previsto.

Mark estaba destinado a no morir en la plaga, pues ni siquiera este último peligro le había causado el menor daño. Frecuentemente solía contar la historia de su entrevista con el diablo —en el cual nunca dejó de creer— y la muerte de su salvaje sobrino.

En cuanto a mí, confieso que mi opinión es que la parte diabólica de la historia no fue sino un sueño; pero esto no es más que mi opinión particular y no pretendo sea nada más.

LA NOCHE

GUY DE MAUPASSANT *

Amo la noche con pasión. La amo, como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire caliente, en el aire ligero de la mañana clara. El búho huye en la noche, sombra negra que atraviesa el espacio negro, y alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desidia y salgo con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me fatiga como si levantara una enorme carga.

Pero cuando el sol descende, una confusa alegría invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra me siento distinto, más joven, más fuerte, más activo, más feliz. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: ahoga la ciudad como una ola inapreciable e impenetrable, oculta, borra, destruye los colores, las formas; oprime las casas, los seres, los monumentos, con su tacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos, y un impetuoso deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, unas veces camino por los barrios ensombrecidos, y otras por los bosques cercanos a París donde oigo rondar a mis hermanas las fieras y a mis hermanos, los cazadores furtivos.

* Guy de Maupassant, francés (1850-1893). Autor de *Bel-Ami*, *Pierre y Jean* y *La sombrilla*, entre otros cuentos y novelas.

Aquello que se ama con violencia acaba siempre por matarle a uno.

Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo hacer comprender el hecho de que pueda contarle? No sé, ya no lo sé. Sólo sé que es. Helo aquí.

El caso es que ayer —¿fue ayer?— Sí, sin duda, a no ser que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año —no lo sé—. Debíó ser ayer, pues el día no ha vuelto a amanecer, pues el sol no ha vuelto a salir. Pero, ¿desde cuándo dura la noche? ¿Desde cuándo...? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá nunca?

El caso es que ayer salí como todas las noches después de la cena. Hacía bueno, una temperatura agradable, hacía calor. Mientras bajaba hacia los bulevares, miraba sobre mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle, que se curvaba y ondaba como un auténtico torrente, un caudal rodante de astros.

Todo se veía claro en el aire ligero, desde los planetas hasta las farolas de gas. Brillan tantas luces allá arriba y en la ciudad que las tinieblas parecían iluminarse. Las noches claras son más alegres que los días de sol espléndido.

En el bulevar resplandecían los cafés; la gente reía, pasaba, o bebía. Entré un momento al teatro; ¿a qué teatro? Ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque brutal de luz en el oro de los balcones, por el destello ficticio de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esta claridad falsa y cruda.

Me dirigí hacia los Campos Elíseos, donde los cafés concierto parecían hogueras entre el follaje. Los castaños radiantes de luz amarilla parecían pintados, parecían árboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas destelleantes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas, vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y real, los hilos del gas, del feo y sucio gas, y las guirnaldas de cristales coloreados.

Me detuve bajo el Arco del Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada, que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros, los astros allá arriba, los astros des-

conocidos, arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen soñar e imaginar.

Entré en el Bois de Boulogne y permanecí largo tiempo. Un extraño escalofrío se había apoderado de mí, una emoción imprevisible y poderosa, un pensamiento exaltado que rozaba la locura.

Anduve durante mucho, mucho tiempo. Luego volví.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía y nubes, grandes nubes negras, se esparcían lentamente en el cielo.

Por primera vez, sentí que iba a suceder algo extraordinario, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi amada noche, se volvía pesada en mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Solos, dos agentes de policía paseaban cerca de la parada de coches de caballos y, por la calzada iluminada apenas por las farolas de gas que parecían moribundas, una hilera de vehículos cargados con legumbres se dirigía hacia el mercado de Les Halles. Iban lentamente, llenos de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles, y los caballos mantenían un paso uniforme, siguiendo al vehículo que los precedía, sin ruido sobre el pavimento de madera.¹ Frente a cada una de las luces de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos se iluminaban de blanco, las coles se iluminaban de verde, y pasaban, uno tras otro, estos coches rojos; de un rojo de fuego, blancos, de un blanco de plata, verdes, de un verde esmeralda.

Los seguí, y luego volví por la calle Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. Ya no había nadie, ya no había cafés luminosos, sólo algunos rezagados que se apresuraban. Jamás había visto un París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Una fuerza me empujaba, una necesidad de caminar. Me dirigí, pues, hacia la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, porque ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, densa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.

Volví sobre mis pasos. No había nadie a mi alrededor. En la Place du Château—d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a pun-

¹ Se intentó pavimentar así algunas calles en esta época. (N. del E.)

to de tropezar conmigo, y luego desapareció. Durante algún tiempo seguí oyendo su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de caballos que descendía hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer rondaba cerca de la calle Drouot: "Escúchame, señor." Aceleré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Luego nada. Ante el Vaudeville, un trapero rebuscaba en la cuneta. Su farolito vacilaba a ras del suelo. Le pregunté: —¿Amigo, qué hora es?

—¡Y yo qué sé! —gruñó—. No tengo reloj.

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas estaban apagadas. Sabía que en esta época del año las apagaban pronto, antes del amanecer, por economía; pero aún tardaría tanto en amanecer...

"Iré al mercado de Les Halles", pensé, "allí al menos encontraré vida".

Me puse en marcha, pero ni siquiera sabía ir. Caminaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles, contando.

Ante el Crédit Lyonnais ladró un perro. Volví por la calle Grammont, perdido; anduve a la deriva, luego reconocí la Bolsa, por la verja que la rodea. Sin embargo, a lo lejos rodaba un coche de caballos, uno solo, quizá el mismo que había pasado junto a mí hacía un instante. Intenté alcanzarlo, siguiendo el ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras, negras como la muerte.

Una vez que me perdí. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ningún transeúnte, ningún rezagado, ningún vagabundo, ni siquiera el maullido de un gato en celo. Nada.

"¿Dónde estaban los agentes de policía?", me dije. "Voy a gritar, y vendrán." Grité, no respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz voló, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por esta noche impenetrable.

Grité más fuerte: "¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!"

Mi desesperada llamada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Oí el leve *tic-tac* de la pequeña pieza mecánica con una desconocida y extraña alegría. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Caminé de nuevo como un ciego, tocando las paredes con mi bastón, levantando los ojos al cielo, esperando que por fin lle-

gara el día; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Me parecía caminar desde hacía un tiempo infinito pues mis piernas desfallecían, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar a la primera cochera. Toqué el timbre de cobre, que sonó en toda la casa; sonó de una forma extraña, como si este ruido vibrante fuera el único del edificio.

Esperé. No contestó nadie. No abrieron la puerta. Llamé de nuevo; esperé... Nada.

Tuve miedo. Corrí a la casa siguiente, e hice sonar veinte veces el timbre en el oscuro pasillo donde debía dormir el portero. Pero no se despertó, y fui más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o apretando los timbres, golpeando con mis pies, con mi bastón o mis manos todas las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto, vi que había llegado al mercado de Les Halles. Estaba desierto, no se oía un ruido, ni un movimiento, ni un vehículo, ni un hombre, ni un manojo de verduras o flores. Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto.

Un espantoso terror se apoderó de mí. ¿Qué sucedía? ¡Oh Dios mío! ¿Qué sucedía?

Me marché. Pero, ¿y la hora? ¿Y la hora? ¿Quién me diría la hora?

Ningún reloj sonaba en los campanarios o en los monumentos. Pensé: "Voy a abrir el cristal de mi reloj y tocaré la aguja con mis dedos." Saqué el reloj... ya no sonaba... se había parado. Ya no quedaba nada, nada, ni siquiera un estremecimiento en la ciudad, ni un resplandor, ni la vibración de un sonido en el aire. Nada. Nada más. Ni tan siquiera el rodar lejano de un coche, nada.

Me encontraba en los muelles, y un frío glacial subía del río. ¿Corría aún el Sena?

Quise saberlo, encontré la escalera, bajé... No oía la corriente bajo los arcos del puente... Unos escalones más... luego la arena... el fango... y el agua... hundí mi brazo, el agua corría, corría, fría, fría, fría... casi helada... casi detenida... casi muerta.

Y sentí que ya nunca tendría fuerzas para volver a subir... y que iba a morir allí abajo... yo también, de hambre, de cansancio, y de frío.

LA MUJER ALTA

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN*

1

—¡Qué sabemos! Amigos míos..., ¡qué sabemos! —exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado—. Sentémonos, como es de rigor y está escrito... en nuestro programa —continuó Gabriel—, a descansar y hacer la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Bosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis... reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales: esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes palabras, palabras y palabras, que diría Hamlet...

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de montes de tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde

* Pedro Antonio de Alarcón, español (1833-1891). Autor de *Narraciones inverosímiles*, *El sombrero de tres picos* y *El escándalo*, entre otras novelas y relatos.

el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pegados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis... Inclínome a creer que el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábame en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía, soy, dígamoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan positivista como el que más, bien que incluya entre los datos positivos de la naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento... Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales y extranaturales, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

—El caso fue como sigue... ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el pellejo dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

2

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de caminos llamado Telésforo X..., que murió en 1860...

—Yo no...

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda... y que murió de ictericia...

—¡Ese mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien: mi amigo Telésforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábasele varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telésforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente “usufructuario”...

—¡Señor don Gabriel, al orden!

—Sí..., sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Agueda al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telésforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin

el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pegados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis... Inclínome a creer que el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía, soy, dígamoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan positivista como el que más, bien que incluya entre los datos positivos de la naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento... Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales y extranaturales, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

—El caso fue como sigue... ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el pellejo dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

2

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de caminos llamado Telésforo X..., que murió en 1860...

—Yo no...

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda... y que murió de ictericia...

—¡Ese mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien: mi amigo Telésforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábasele varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telésforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquina Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente "usufructuario"...

—¡Señor don Gabriel, al orden!

—Sí..., sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Agueda al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telésforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin

lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo... Ocurríame una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia... Siéntate... —prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho—, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida... ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea, tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto...

—¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye... —repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

3

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios

puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y por si acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no se veía más alma viviente por ningún lado... entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníase la carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues ya no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía... Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, iy cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!... Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: la noche del 15 al 16 de noviembre de 1857!) volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces.... Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre

por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera... y última vez. Sabes que nunca he sido jugador; entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demi-monde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedís al *Enano*, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a eso de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban al teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse el juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiberes y tentaciones y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dineral... con el pagaré correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiada y apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría por menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición..., cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea, en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje... Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena...

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón... ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré mujer fue su elevada talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela de Lavapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a gigante tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañoletto de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) que se trataba de un hombre disfrazado... Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca... ¡no sé de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!... ¡Dijérase que, desde la cuna, había sentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra... ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la autoridad!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años de vida y de salud, y de esta manera, poco a poco,irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba...; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

—Una de dos... —pensé con la rapidez del rayo—: o mi terror tiene fundamento o es una locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome y no hay salvación para mí en el mundo... Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que se me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco y que no dejó de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera...

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y es o que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por

un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la mujer alta por si acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guárdeme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

¡“Esa bribona —me dije— se habrá metido en el hueco de otra puerta!... Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí...”

En esto vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con medio no podría escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno: tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa... —dijo el sereno.

—¡Eso será —respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de noviembre no habían concluido!

—¿Qué ocurre? —le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado —me respondió visiblemente conmovido—, esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer...

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte... Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno fre-

cuentas y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de manera más conveniente... ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Sentéme en una butaca a esperar el día y a mi amigo y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y ¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la mujer alta y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio...

Arrojéme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

4

—Mi amigo Telésforo —continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino— descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico: que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores...

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a la mujer

alta. ¡En cambio hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!...

—No te comprendo...

—Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina...

—Cuéntame..., cuéntame...

—Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T..., ide quién érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a la que estaban enterrando en Santa Agueda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea, a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto... Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años... ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese...

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometióme como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía oscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima...

Vuélvome en esto..., y ¡allí estaba! Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojos, mostrán-

dome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!...

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojéme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y con otra, ¡qué asco!, púseme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos sucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer.

Ella había lanzado entretanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego usted recuerda —grité— haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía! —respondió sardónicamente— ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!...

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—Pero, ¿quién es usted? —le dije sin soltarla— ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer... —contestó diabólicamente—. ¡Usted me odia y me teme sin motivo!... Y si no, dígame usted, señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

—¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

—¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

—¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

—¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: "¡Éste es!"

—Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

—¡El demonio! —respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra...

¡Locura intentar alcanzarla!... Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La mujer alta siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí a mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina....

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! ¡Óyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Agueda! El desgraciado padre se lo había teleografiado a Falcón para que me lo dijese... ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentido desde que nací? ¿Por qué me reconoció al verme? ¿Por qué se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es?...

5

—Os hago gracia, mis queridos amigos —continuó Gabriel—, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telésforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano... Vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos “terror pánico” y por otros “delirio emotivo”; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo a coincidencias casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo

a sí propio el héroe de mi cuento, en un intervalo de lucidez y buen sentido...

—¡Admirable suposición! —exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas—. ¡Eso mismo íbamos a contestarle nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra locura que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la Tierra!

—¡Habla! ¡Habla!

—Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

6

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de montes; y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba a mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán... Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí fue la noticia de que Telésforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximo al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja, y muy alta, que se reía impiamente al ver bajar el féretro, y

que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavor, que era la implacable enemiga de Telésforo, tal como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañoletto de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo...

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nueva coincidencias o casualidades. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telésforo; pero en tal momento sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio...

La mujer alta se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía... Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándose a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo para siempre, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla... Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideraréis todavía naturales?

TRES PESADILLAS

ILÁN STAVANS*

Recordar a Betzi es invocar tres pesadillas, con sus interludios. Ninguna da suficiente detalles sobre nuestra relación. Lo sé. Quizá esconden su significado. La verdad es que tampoco yo entiendo detalles. Vivir con Betzi fue para mí una manera de funcionar. Mientras la tuve, sus besos y caricias despertaban sensaciones deliciosas. Daba mi reino por prolongarlas. Pero vino después el chubasco de discordias. Nos gritamos, nos dijimos, nos desdijimos y todo se volvió caos. Dejé de entender. Hoy me he curado de las caricias pero no de los sueños.

Todo comenzó cuando irresponsablemente, perdí nuestro anillo de compromiso. Era un anillo sencillo de oro. Lo habíamos adquirido en una joyería pequeña, abarrotada, del centro. No pude recordar dónde lo extravié. ¿En la oficina? ¿Durante algún almuerzo? Lo busqué hasta el cansancio y regresé a casa avergonzado, con la intención de explicarle lo sucedido a Betzi. Se enfureció. Pegó un grito del tamaño del mundo. Me disculpé. ¿Qué podía hacer? Prometí buscarlo mejor. Jamás pensé que el incidente pudiera alcanzar tales connotaciones. En fin, la primera pesadilla ocurrió una noche después, tras una agitada sesión de póker. Nos habíamos reunido en casa varios amigos. Compramos whisky, tequila, aperitivos que la sirvienta mejoró con queso, cebolla y salsas. Bebimos bastante. Era después de las doce. Betzi había llegado tarde y de mal humor de la oficina. Parecía tener resortes en la cara, muecas gruñonas, pétreas. A mí se me estaba subiendo el alcohol. Estaba mareado, con la difusa sensación de ahogarme en una pecera. Barajas iban. Venían. Ruido. El agudo golpeteo de dos botellas que se estrellaban. Humo

* Ilán Stavans, mexicano (n. 1961). Autor de *Talia y el cielo*, *La pianista manca* y *Antihéroes*, entre otras novelas, cuentos y ensayos.

de cigarros. Quise vomitar y, disculpándome, corrí al baño a enjermarme durante quince minutos. Exacto quince minutos devolví el estómago. El foco sobre el espejo me hería la vista. Sentí escalofríos. Betzi me gritaba, "¿estás bien, Messeguer?". Sentía vergüenza, "Sí...", le contesté. Ahora que reflexiono, sé que Betzi me controlaba como una bruja. Más tarde tocó a la puerta. Le abrí. Me observó y corrió al comedor donde estaban los amigos. "Vaya alguien a la farmacia", dijo. "Necesito una botella de leche de magnesia para Messeguer..." ¡Qué vergüenza! Emborracharse es uno de los más duros desafíos... y yo fracasé. ¿Desde cuándo no bebía? Tiempo suficiente para perder la resistencia... para volver a ser niño. Hubiera querido vomitarle a Betzi mi incomodidad. Una ducha no me hubiera caído mal pero ni siquiera lograba abrir el grifo. Esperé a que Betzi viniera a curarme. Después salí y estuve derumbado en el sofá. Desaparecieron mis amigos. ¿Había terminado el juego? En mis tímpanos algodónados, las voces sonaban como chillidos de rata, como cerraduras oxidadas. Fue entonces cuando tuve la pesadilla, que de un salto me hizo despertar. Habían pasado horas. Betzi estaba en la recámara. Subí las escaleras. El cuarto estaba a oscuras. Me escabullí cabizbajo entre las sábanas. "Muy calladito, ¿eh?", balbució. Temblaba mi corazón. "Taquicardia", le respondí. "Me duelen los pulmones. Mi corazón sístea demasiado. Fueron esos aperitivos que sirvió la sirvienta. Me provocaron una horrenda pesadilla". Ella prendió la lámpara. "Pláticame". Me resistí. "Cálmate... ya, ya...", me arrullaba. "Estás nervioso. Perdiste el ritmo. ¿Qué sucedió?" Entonces le platiqué la secuencia del sueño: estaba en un cuarto sombrío, pardo, con paredes altísimas, heladas. No era un cuarto sino un almacén. O un refrigerador. Uno de esos viejos refrigeradores que apestan a humedad porque el dueño ha olvidado limpiarlo. Sentía sofocación. Buscaba alguna ventana o puerta, un espacio para respirar. Nada. ¿Por qué estaba enlatado en esa caja? Había un banco de madera al centro. ¿Sentarme? Caminaba en círculos, sin dirección, como un loco. Caminaba rodeando al banco. De pronto un guardia uniformado con guantes, casco con visera y botas, aparecía en la esquina. Sus pupilas seguían el compás de mis talones, la coyuntura de mis rodillas. Uno, dos... Uno, dos... Uno dos... Absurda circunstancia. Uno, dos... Uno, dos... Me acercaba a él pero me rehuía. Se-

guro estaba prohibido mezclarse con los reos. Enguantadas, sus manos detenían su cinturón... o el cinturón las manos. Tenía un bigote hirsuto, convexo. "Oiga", le decía. Pero me ignoraba. Cerca de mí descubrí un portafolios. Era uno barato, oficial, de fabricación italiana, con una franja verdeamarillenta en sus costados. Antes no había estado ahí, seguro. Me intrigaba su contenido. Sin tener todavía la oportunidad de acercarme, un monstruo abominable brotaba de su interior. Era transparente. Tenía una docena de tentáculos en cada lado y joyas. Perlas y anillos con diamantes, con gemas hindúes, con rubíes, le colgaban de la nariz, las orejas y la cabellera. No era pelo lo que florecía en su cabeza: eran cables, miles de cables multicolores de distinto calibre. Un adefesio mohoso, putrefacto. Sus pestañas largas, negruzcas, estaban envueltas entre bulbos eléctricos. Era una medusa mecánica que vomitaba (igual que yo en el baño), no residuos estomacales, sino semen. Escupía semen al hablar mientras sus tentáculos oscilaban campantes, de acá para allá, encogiéndose como gusanos. "Benito Messeguer, hemos decidido su sentencia." Pronunciaba mi nombre, lo que implicaba que sabía quién era. "Deberá usted presentar en el plazo de una semana tres cartas de recomendación." ¿Tres cartas? ¿Por qué? ¿Dirigidas a quién? "Messeguer, tenga en consideración lo que digo. Esto no es una broma. Su vida corre peligro. Usted perdió ese anillo y merece los peores castigos. Queremos ayudarlo. Queremos que traiga esas cartas. A través de ellas podremos comprobar que usted merece perpetuarse... seguir siendo Benito Messeguer... ¿Entiende?" No, no entendía. No había sospechado siquiera la relación del refrigerador con el anillo. "Esto es una pesadilla. ¿Sabe lo que es una pesadilla? Recibimos reportes de mala conducta. Usted es igual a toda la gente, Messeguer, pero un poco más. No le permitiremos mayores libertinajes. ¿Desea seguir siendo usted? Muy bien... entonces, ¡comprométase!" Estaba confundido. ¿De qué me culpaban? "Conviene no pasarse de listo. La gente de su calaña merece las cloacas, arrastrarse como reptil. Nosotros vamos a darle una tentadita en el culo." Yo miraba soslayadamente al guardia, quien hasta entonces había estado distraído y que ahora, complaciente, aplaudía las palabras de su jefe. "Le advierto, Messeguer, que repelar no le servirá. Tenemos espías colocados en sitios estratégicos. Siguen cada uno de sus actos. Co-

nocen lo que conoce su mente." Sentí vértigo y respondí: "No pienso coperar". La medusa se enfurecía. "Messeguer, ¡por favor! Sepa que al no coperar, estará coperando con nosotros mucho mejor. Recuerde: tres cartas de recomendación en una semana. Y sea estólido, amigo. Vamos, despiértese. La semana acaba de comenzar."

Betzi soltó una carcajada. Se burlaba y su sonrisa me inspiraba todavía más terror. "Te matarán", anunció. "No sabes siquiera con qué pretexto pedir esas cartas. ¡Estás jodido, Messeguer!, y se le escurrían lágrimas de risa. "Pero... si acaso te matan", pronunció luego con majestuosidad, "ten por seguro que lo harán de la forma más delicada posible". "¿De qué hablas?", le pregunté. "¿Te has vuelto loca? Tú pareces espiar para ellos." Siguió Betzi: "¡Ése es tu castigo por haber perdido el anillo!". Detestable me parecía la discusión, detestable Betzi. Todavía se dio el lujo de terminar: "¡Lástima, Benito! Servirías mejor estando en la basura". Sentí una furia inaudita. "¡Cállate!", dije. "¡Cállate! Me vas a destrozar. Eres una bruja. ¡Déjame tranquilo, por favor!" Salí del cuarto aventando la puerta. Hubiera querido matarla.

* * *

En los días siguientes me descubrí ahuyentando fantasmas que se posaban en mis rodillas y sombras que me atacaban. (Lo sé: no existen los fantasmas, por eso los ahuyentaba.) Sentía embrutecer. Perder los estribos. Existen hombres resistentes que saben amar... y otros débiles, pigmeos, que son atrapados por la pasión. Mi amor por Betzi era el espejo fidedigno de mis incapacidades y temores. Conforme caminaban los días ella actuaba más y más extrañamente. Se levantaba del desayuno sin darme mi beso acostumbrado de despedida. Se metía en el grueso abrigo de piel de zorro, se perfumaba mientras fruncía el ceño, asquerosa. Sí, ignorándome. Dolido, tristón, me encerraba en el baño. Me encerraba más de quince minutos. No salía aunque sonara el teléfono. O me rasuraba por horas. Dejé de ir a trabajar. Si llamaban del despacho, no contestaba. ¿Y si la sirvienta fuera un espía?, me preguntaba. Todo era confusión. Betzi también telefoneaba. Preguntaba si el tanque de

gas estaba lleno o si las cobijas estaban asoleándose... y sólo al final, al colgar, preguntaba por mí. Una vez le contesté el teléfono: "¿Por qué no te despediste?", le dije. Ella respondió cualquier insensatez y luego yo de nuevo: "¿Qué crees que hagan conmigo, Betzi, si no entrego esas cartas de recomendación?". "Messeguer, eres un imbécil", y cortó la comunicación. Me llamó imbécil.

Mi mente comenzó a tramar solicitudes, a imaginar parientes o allegados a quienes pudiera pedirles cartas. Tenía que buscar a alguien que me conociera bien. Que me tuviera confianza. Pensé en los amigos del póker, en mi jefe en la oficina. En mi hermano. ¿Y qué iba a decirles? Pensarían que había perdido la razón. (¿La había perdido?) ¿Qué necesitas probar, Messeguer?, me dirían.

Una mañana subí al camión de la ruta No. 5, el que todas las mañanas me llevaba al despacho. Fue horrible. Los pasajeros me observaban. Parecían espías al servicio de la medusa. Una niña vigilaba mis manos y su madre tenía la atención centrada en mi zipper. (Pensé por un momento que lo traía abierto, pero no.) Otro sujeto con corbata de moño doblaba la boca hacia abajo. Me tenía lástima. Incluso el chofer, al pagarle, me aventó las monedas. Quería evitar tocarme. "¡Aléjense!", les grité sin contenerme más. Una anciana quiso ayudarme. La empujé. Bajé del camión. Me tumbé en un camellón. Tenía dolor de cabeza. Estaba agotado. Regresé a la casa. La sirvienta me abrió la puerta porque no podía encontrar la llave. Me vio con ojos temerosos. Es chistoso: tenía tomado del manguillo en la mano derecha una maleta. Hubiera jurado que era el portafolios de la medusa. "Habló la señora Betzi", dijo. "Ha tenido que partir rumbo a Rochester. Es un congreso *innacional*." Deduje que *innacional* quería decir internacional. Sonaba simpática la palabra: *innacional*. Betzi era modista. Diseñaba vestidos para invierno, cinturones, zapatos. Sus compromisos profesionales la hacían viajar con frecuencia, alejarse. Entendí el mensaje. Entendí que los congresos internacionales pueden improvisarse. ¿Qué hacía la sirvienta con aquella maleta? "¿Dónde la has obtenido?", le pregunté. "Estará dos días en Rochester. Dijo la señora que tenía un inn..." Repetía mecánicamente la misma frase. "Te he preguntado algo distinto", dije. "¿De dónde sacaste ese portafolios?" ¿Qué petaca? ¿Cuál portafolios? La sirvienta tenía las manos

vacías. Yo había soñado. Mi garganta estaba seca. "¿Qué le pasa, señor Messeguer?", me preguntó. Había sido un tipo normal hasta anteayer y ahora estaba bajando la guardia. Tomé dos aspirinas. Tome también una cápsula de antibiótico que sobraba en el botiquín y me eché a dormir.

* * *

Aquella tarde llamó mi hermano. "Benito, ¿por qué no estás en el despacho?" "Necesito por favor una carta de recomendación tuya", le dije. "Estoy dejando de ser quien soy", y revelé mis trances, las alucinaciones. "Has perdido la sesera, querido. Es Betzi, que te está embrujando." Me puse a la defensiva: "No, ella es inocente. Es la crisis de la edad adulta. Tengo miedo". "Despreocúpate. Sepárate de esa mujer, yo sé lo que te digo. Jamás fuiste tan frágil. Tenías fama de responsable. ¡Despreocúpate! Gente muere de tifoidea, de cáncer... nunca de haber tenido una pesadilla... y menos debiendo tres cartas de recomendación." Se rió. La conversación fue alentadora. Una palabra hacía eco en mi mente: *frágil...frágil*. Colgué el auricular y de inmediato sentí una mejoría. Es una convalecencia del alma, pensé. Debo recuperarme. Tu hermano tiene razón: tienes miedo de Betzi. Ella te ha embrujado. Esa insatisfacción íntima está generando una secuencia de espantos... Debes apaciguar la ansiedad.

Otros tres días pasaron sin Betzi, sin controlar la paciencia. Sin lógica. Tres días absurdos. Seguí buscando el anillo. Escombré la oficina, el sótano de la casa donde había arreglado una podadora. Nada. Decidí entonces comprar otro anillo. Es necesario, me dije. Su materia escondía secretos tonificantes. Reemplazarlo me devolvería la felicidad perdida. Fui a la misma joyería del centro. Le describí al vendedor exacto lo que quería: un anillo sencillo, nada lujoso aunque de oro, sustituto del anterior. Habían discontinuado el modelo pero podían imitarlo bajo pedido. Costaría más, el doble. Y no me aseguraba que fuera idéntico. "Sin embargo... nada es idéntico a nada", dijo el vendedor. "Las cosas se parecen a sí mismas." Se asemejaría, sí, pero también tendría cualidades propias. En fin, acepté. Estaría listo hasta dentro de dos semanas: el oro

sería fundido, tenían que conseguir el antiguo molde. Eso tardaría varios días. Tenían que hacer el trabajo con cuidado... No, mi urgencia era demasiada. Debía tenerlo listo cuando la semana terminara, la fecha de la segunda pesadilla. El vendedor dijo que haría el intento, aunque no me lo prometía. Esto fue motivo suficiente para alegrarme. Regresé a la casa. Ninguna noticia de Betzi había llegado, ni un telegrama. Pensé en la posibilidad de haber sido engañado durante años en mi propio matrimonio. Mientras ella provocaba esta crisis emocional, seguramente tenía a otro metido entre las piernas. Todas las mujeres son putas, pensé. Todas son brujas. Quise vengarme. Vengarme de algún modo. Caminé por la recámara. Subí las escaleras. Las bajé. Daba vueltas como loco.

* * *

Llegó el día séptimo. En la joyería no tuvieron listo el anillo. Yo estaba agotado. Aun así, hice lo imposible por no dormir. No, no quería. No. Me resistía pero al final... caí. Frente a mí estaba el mismo refrigerador. El mismo guardia con el cinturón deteniéndole las manos. La misma visera. Yo estaba sentado en aquel banco. En la esquina más lejana estaba el portafolios, que irradiaba calor. Pasaban horas... y nada. Seguro que se han olvidado de mí, pensaba. Estarán ocupados leyendo otras cartas de recomendación... o soñándolas. De pronto el guardia se acercaba a mí: "Felicitaciones. Sabemos que no ha conseguido ni una sola carta". ¿Por qué me felicitaba? De inmediato apareció del portafolios la medusa transparente. Sus cables estaban peor enrollados, sucios de grasa. Tenía la apariencia de una esponja marina calenterosa. "Despreocúpese", me decía. "Por fortuna nosotros hemos encontrado su anillo. Lo dejó usted acá." ¿Qué? Imposible. "Lo extravié dos o tres días antes de venir. Ustedes no pueden haberlo hallado." "No se pase de listo, Messeguer. Si le digo que encontramos el anillo... es porque encontramos el anillo. ¡Mírelo!", y extendía uno de sus tentáculos, mostrándomelo entre tanta joyería. "Tómelo, Messeguer. Y manténgase atento. Nos disgustaría mucho tenerlo que juzgar nuevamente", decía mientras me lo entregaba. Yo lo desli-

zaba en el metacarpo de mi meñique izquierdo. "¡Alégrese!", finalizaba. "Esta pesadilla también ha terminado."

Me desperté empapado de sudor. Había sido utilizado. Como una marioneta. Jamás había perdido el anillo. En realidad nunca lo había tenido. Todo era confusión. Revisé mi mano: ahí estaba. ¡Qué sorpresa! Palpitaba mi corazón a ritmo diabólico. Volví a adormecerme de súbito, dejando así emerger la pesadilla final. Su secuencia es la siguiente: estoy en una calle penumbrosa, recargado bajo la luz de un farol, fumando, con un gabán gris, dispuesto a ir al cine. Sé que exhiben el film *Shangai Express* con Marlene Dietrich a una o dos cuadras de ahí. Llego a la taquilla. Encuentro a una mujer hermosa, robusta. Ella ha perdido su billetera. Quiero ayudarla pero mi timidez me lo impide. Luego ella me pregunta: "¿Podría usted prestarme dinero? Quiero entrar al cine". Accedo. (Se parecía a Betzi, pero no.) Le doy el dinero, ella paga y me da la espalda. "¡Qué falta de educación!", pienso. En fin, me despreocupo. Entro también sin mirarla. La descubro después, sin quererlo, comprando un cartón de palomitas. Aguardo. Veo que, silenciosa, entra en la sala. Busca una butaca. Indiscreto, la sigo y me siento junto a ella. Bien, perfecta, la estrategia Messeguer. Miro con el rabillo del ojo sus formidables pechos, su esbeltez. Pronto comienza la película y se apagan las luces. Intento concentrarme. No puedo. Mantengo la atención en ella. Siento incomodidad. Vergüenza. Más obligado al instinto que a la conciencia, pongo mi mano sobre su rodilla. Ella usa medias de nylon que hacen suavemente su piel delgada. Aguardo. Sé que de un momento a otro me abofetará. Mi mano está tiesa. Sudorosa. Dios, la bofetada no llega. ¡Qué alegría! Pero la mano comienza a sudar. Me veo forzado a retirarla. Saco el pañuelo de mi bolsillo y la limpio. Coqueta, ella mientras tanto se arregla el vestido. Jalonea eróticamente el tirante de su sostén. Me estimula. Supongo que también ella sentirá apetito. Pronto recuerdo que estoy casado con Betzi. ¡Mierda! Pongo de nuevo la mano en su rodilla y déjola que se deslice. Fascinada, nerviosa, ella mueve hacia arriba la nalga. Se acomoda. Me está pidiendo más... lo sé. Más le daré. Con suavidad llevo mi mano hasta sus muslos y ¡oh sorpresa!, noto que bajo las enaguas, entre esos ligamentos tan confusos, protectores, no trae calzoncillos. Mi respiración se acelera. El calvo que está sentado en la butaca de

adelante sospecha. Sabe que no estamos atendiendo la película. Voltea para asegurarse que todo esté en orden. No. Voltea porque me tiene envidia. Quiere arrebatarme a *mi* mujer. Saco la mano traviesa porque no me gusta que me vean. Es probable que sea su esposa, pienso. No, si fuera su esposa estarían sentados juntos. Vuelvo a poner la mano en la rodilla y rápido encuentro su parte pudenda. Encuentro esa jungla salvaje que tanto me apasiona. Me enloquece. Intento atraparla. Ella como si nada ocurriera, no se inmuta. ¡Es lindo el jugueteo, eh! Sigo manoseando. Debo sugerirle ir a un hotel o invitarla a cenar. Saco la mano y rápido descubro... ¡oh no!... descubro que otra vez he perdido mi anillo. Imposible, es una trampa. Soy un tonto. "Señora, perdí mi anillo", le digo. Ella no reacciona. Vuelvo entonces al sitio del delito. Introduzco mi mano. Me agacho. Busco. Ni rastro del maldito anillo. Meto la mano entera. Nada. Entonces meto la otra. Es un agujero profundo, amplísimo, sin fondo. Una cueva invernal. Levanto la vista: ella sigue mirando a Marlene Dietrich. ¡Mierda!, en qué embrollo me he metido. Decidido, me agacho. Las dos manos van hacia dentro y luego la cabeza. Tengo miedo. El calvo podría denunciarme. Silencio, hazlo con cuidado Messenguer. Meto los pies, el cuerpo entero. Me meto completo en ese abismo... y la oscuridad es total. Prendo un fósforo. Imposible que se haya desvanecido el anillo. Alumbro con el fósforo hacia acá y hacia allá. Nada. ¡Dios mío!, tengo la sensación que la medusa aparecerá pronto. Empiezo a caminar. Escucho a lo lejos voces guturales. Quizá sean los ruidos del filme. Un líquido gelatinoso, escurrido en el suelo, dificulta mis pasos. Mi respiración es torpe. ¿Y si quisiera regresar? Sí, quiero regresar. Quiero regresar pero estoy extraviado. He perdido el sentido de orientación. Me digo: Grita, Messeguer. Fuerte... más fuerte. Devuélvanme el anillo. Ojalá que el calvo pueda venir a salvarme. Están sudándome las manos. Veo de pronto a una pareja. Me acerco y descubro que es Betzi —acompañada de algún extraño—. Claro, era obvio su engaño. Mi hermano tenía razón. Oigo que menciona algo sobre Rochester aunque apenas entiendo las sílabas. Enfocando, descubro que el extraño trae en el meñique izquierdo mi anillo. Betzi menciona algo más sobre la salida. Sí, ellos deben conocer a la perfección el camino de regreso. ¿Sería indiscreto pedirles que me devuel-

van mi anillo? "Eh, amigo", le digo disimulado, "trae usted puesto mi anillo". Lo veo a la cara. Imposible... quien acompaña a Betzi soy yo.

Ésa fue la última vez que nos vimos.

LA CASA DEL JUEZ

BRAM STOKER*

Cuando se fue acercando la época de exámenes, Malcolm Malcolmson decidió irse a algún lugar solitario donde pudiera estudiar sin ser interrumpido. Temía las playas, por lo atractivas, y también desconfiaba del completo aislamiento rural, pues desde hacía tiempo conocía sus encantos. Lo que buscaba era un pueblecito sin pretensiones ni nada que le distrajese del estudio; y se decidió a encontrarlo. Aguantó su deseo de pedir consejo a algún amigo, pues pensó que cada uno de ellos le recomendaría un sitio ya conocido donde, sin duda, tendría amigos a su vez. Malcolmson deseaba evitar a las amistades y tenía aún muchos menos deseos de trabar contacto con los amigos de los amigos. Por ello decidió irse él solo a buscar el lugar por sí mismo. Hizo su equipaje, consistente en una maleta con algunas ropas y todos los libros que necesitaba, y sacó billete para el primer nombre desconocido que vio en el itinerario local de ferrocarriles.

Cuando, al cabo de tres horas, se apeó en Benchurch, se sintió satisfecho de lo bien que había conseguido borrar su pista para poder disponer de tiempo y tranquilidad con que proseguir sus estudios. Fue inmediatamente a la única posada del pequeño y soñoliento lugar, y tomó allí una habitación para pasar la noche. Benchurch era un pueblo donde se celebraban mercados, y durante una semana de cada cuatro era invadido por una enorme muchedumbre; pero durante los restantes veintiún días no tenía más atractivos que los que tendría un desierto. Al día siguiente de su llegada Malcolmson buscó por los alrededores a fin de encontrar una residencia aún más aislada y apacible incluso que una posada

* Bram Stoker, irlandés (1847-1912). Autor de *Drácula* y *La joya de las siete estrellas*, entre otras novelas.

tan tranquila como "El Buen Viajero". Solamente encontró un lugar del que prendarse y que satisficiera verdaderamente sus más exageradas ideas acerca de la quietud. En realidad, quietud no era la palabra más adecuada para aquel sitio; desolación era el único término que podía transmitir cierta idea adecuada a su aislamiento. Era una casa vieja y anticuada, de construcción pesada y estilo jacobino, con macizos aleros y ventanas, más pequeñas éstas de lo acostumbrado y situadas más alto de lo que es habitual en tales casas; estaba rodeada de una alta tapia de ladrillos sólidamente construida. Ciertamente, al examinarla, daba más la impresión de un edificio fortificado que de una vivienda ordinaria. Pero todas estas cosas agradaron a Malcolmson. "He aquí —pensó— el mismísimo lugar que buscaba, y sólo con conseguir habitarlo me sentiré feliz." Su alegría aumentó cuando se dio cuenta de que, sin duda de ningún género, estaba sin alquilar en aquel momento.

En la estafeta de correos averiguó el nombre del agente, el cual quedó muy sorprendido al enterarse de que alguien quisiera habitar parte de la vieja casona. Mr. Carnford, abogado local y agente de fincas, era un amable caballero de edad y confesó francamente el placer que le producía el que alguien deseara alquilar la casa.

—A decir verdad —dijo—, me alegraría muchísimo, por los dueños, naturalmente, que alguien tomase la casa durante años, aunque fuera gratuitamente, si con ello se pudiera acostumbrar al pueblo a verla habitada. Ha estado tanto tiempo vacía, que se ha levantado una especie de prejuicio absurdo a su alrededor, y la mejor manera de echarlo abajo es ocuparla... aunque sólo sea —añadió, lanzando una astuta mirada a Malcolmson— por un estudioso como usted, que desee quietud durante algún tiempo.

Malcolmson juzgó inútil preguntar al agente detalles acerca del "absurdo prejuicio"; sabía que sobre aquel tema podría conseguir más información, si la necesitaba, en cualquier otro lugar. Pagó, pues, por adelantado la renta de tres meses, obtuvo un recibo y el nombre de una vieja que probablemente se comprometería a "cuidar de él" y se marchó con las llaves en el bolsillo. A continuación fue a hablar con la posadera, que era una mujer de lo más alegre y bondadoso, y le pidió consejo acerca de qué clase y cantidad de víveres y provisiones necesitaría con probabilidad. Ella levantó las manos estupefacta cuando él dijo dónde pensaba alojarse.

—¡En la Casa del Juez, no! —exclamó, palideciendo.

Él respondió que no conocía el nombre de la casa, pero explicó su emplazamiento y detalles. Cuando hubo terminado, contestó la mujer:

—¡Sí, no cabe duda...; no cabe duda, es el mismo sitio! Es la Casa del Juez, no cabe duda.

Entonces él pidió que le hablase de la casa, por qué se llamaba así y qué tenía en contra de ella. La mujer le contó que la llamaban así en el pueblo porque hacía muchos años —no podía decir cuántos exactamente, dado que ella era de otra parte de la región, pero debían ser unos cien o más— había sido domicilio de cierto juez que inspiró en su tiempo gran espanto a cuenta del rigor de sus sentencias y de la hostilidad con que siempre se enfrentó con los acusados de su Tribunal. Acerca de lo que había en contra de la casa, no podía decir nada. Con frecuencia ella misma lo había preguntado,, pero nadie le supo informar. Sin embargo, el sentimiento general era de que allí había *algo*, y ella, por su parte, no tomaría todo el dinero del Drinkwater's Bank, si con ello se veía comprometida a permanecer una sola hora en la casa. Luego se excusó ante Malcolmson por su torpe conversación.

—Es que esas cosas no me gustan nada, señor, y además usted, un caballero tan joven, que se vaya, permíname que se lo diga, a vivir allí tan solo... Si fuera hijo mío, y permíname que se lo diga, no pasaría usted allí ni una noche, aunque tuviera que ir yo misma en persona y tirar de la campana grande de alarma que hay en el tejado. —La buena mujer hablaba tan evidentemente de buena fe, y con tan buenas intenciones, que Malcolmson, pese a la gracia que le hizo la perorata, se sintió conmovido. Expresó, pues, amablemente, cuánto apreciaba el interés que se tomaba para con él y luego añadió:

—Pero, mi querida Mrs. Witham, le aseguro que no es necesario que se preocupe de mí. Un hombre que, como yo, estudia Matemáticas superiores, tiene demasiadas cosas en qué pensar para que pueda molestarle ninguno de esos misteriosos "algos"; y, por otra parte, su trabajo es demasiado exacto y prosaico para permitir en su mente el menor resquicio a misterios de cualquier tipo. ¡La Progresión Armónica, las Permutaciones, las Combinaciones y las Funciones Elípticas tienen ya suficientes misterios para mí!

Mrs. Witham se encargó amablemente de suministrarle las provisiones pertinentes y él marchó en busca de la vieja que le habían recomendado para "cuidarle". Cuando, al cabo de unas dos horas, regresó en compañía de ésta a la Casa del Juez, se encontró con que le estaba esperando allí Mrs. Witham en persona, en compañía de varios hombres y chiquillos portadores de diversos paquetes e incluso de una cama, que habían transportado en un carrito, pues, como decía ella, aunque las sillas y las mesas pudiesen estar todas muy bien conservadas y utilizables, no era bueno ni propio de huesos jóvenes descansar en una cama que lo menos hacía cincuenta años que no había sido oreada. La buena mujer sentía evidente curiosidad por ver el interior de la casa, y recorrió todo el lugar, a pesar de manifestarse tan temerosa de los "alcos" que, al menor ruido, se agarraba a Malcolmson, del cual no se separó un instante.

Después de haber examinado la casa, Malcolmson decidió fijar su residencia en el gran comedor, que era lo suficientemente espacioso para satisfacer todas sus necesidades; y Mrs. Witham, con la ayuda de Mrs. Dempster, la asistenta, procedió a arreglar las cosas. Cuando entraron y desempaquetaron los bultos, vio Malcolmson que, con mucha y bondadosa previsión, había ella enviado de su propia cocina provisiones suficientes para algunos días. La excelente posadera, antes de irse expresó toda clase de buenos deseos, y ya en la misma puerta, se volvió aún para decir:

—Quizá, señor, como la habitación es grande y con mucha corriente de aire pudiera ser que no le viniera mal poner uno de esos biombo grandes alrededor de la cama, por la noche... Pero, la verdad sea dicha, yo me moriría si tuviera que quedarme aquí, encerrada con toda esa clase de... de "cosas" ¡qué asomarán sus cabezas por los lados o por encima del biombo y se pondrían a mirarme! —La imagen que acababa de evocar fue excesiva para sus nervios y huyó sin poderse contener.

Mrs. Dempster lanzó un despectivo resoplido con aires de superioridad, cuando la posadera se fue, e hizo constar que ella, por su parte, no se sentía inclinada a atemorizarse ni ante todos los duendes del Reino.

—Le voy a decir a usted lo que pasa, señor —dijo—: los duendes son toda clase de cosas... ¡menos duendes! Ratas, ratones y escarabajos; y puertas que crujen, y tejas caídas, y pucheros rotos.

y tiradores de cajones que aguantan firmes cuando usted tira de ellos y luego se caen solos en medio de la noche. ¡Mire usted el zócalo de la habitación! ¡Es viejo..., tiene cientos de años! ¿Cree que no va a haber ratas y escarabajos ahí detrás? ¡Claro que sí! ¿Y se imagina usted, señor, que se va a pasar sin ver a unas ni a otros? ¡Pues claro que no! Las ratas son los duendes, se lo digo yo, y los duendes son las ratas... ¡y no crea otra cosa!

—Mrs. Dempster —dijo Malcolmson gravemente, haciéndole una pequeña inclinación—. ¡Usted sabe más que un catedrático de Matemáticas! Y permítame decirle que, en señal de mi estimación por su indudable salud mental, le daré, cuando me vaya, posesión de esta casa, y le permitiré residir aquí a usted sola durante los dos últimos meses de mi alquiler, ya que las cuatro primera semanas serán suficientes para mis propósitos.

• —¡Muchas gracias de todo corazón, señor! —repuso ella—. Pero no puedo dormir ni una noche fuera de mi dormitorio. Vivo en la Casa de la Caridad de Greenhow, y si pasase una noche fuera de mis habitaciones perdería todos los derechos de seguir viviendo allí. Las reglas son muy estrictas, y hay demasiada gente esperando una vacante para que yo me decida a correr el menor riesgo. Si no fuera por esto, señor, vendría gustosamente a dormir aquí, para atenderle durante mi estancia.

—Mi buena señora —dijo Malcolmson apresuradamente—, he venido con el propósito de estar solo, y créame que estoy agradecido al difunto Greenhow por haber organizado su casa de caridad, o lo que sea, en forma tan admirable que a la fuerza me vea privado de tener que soportar tan tremenda tentación. ¡San Antonio en persona no habría podido pedir más en cuanto a ésta!

La vieja rió ásperamente.

—¡Ah, ustedes los señoritos jóvenes —dijo—, no se asustan de nada! Ya lo creo que encontrará usted aquí toda la soledad que desea.

Se puso a trabajar, a limpiar y, a la caída de la tarde, cuando Malcolmson regresó de dar un paseo —siempre llevaba uno de sus libros para estudiar mientras tanto—, se encontró con la habitación barrida y limpia, un fuego ardiendo en el hogar y la mesa servida para la cena con las excelentes viandas llevadas por Mrs. Witham.

—¡Esto sí que es comodidad! —se dijo, frotándose las manos.

Cuando acabó de cenar y puso la bandeja con los restos de la cena al otro extremo de la gran mesa de roble, volvió a sacar sus libros, arrojó más leña al fuego, despabiló la lámpara y se sumergió en el hechizo de su duro trabajo real. Prosiguió éste, sin hacer pausa alguna, hasta cosa de las once, hora en que lo suspendió durante unos momentos para avivar el fuego y la lámpara y hacerse una taza de té. Siempre había sido aficionado al té; durante su vida de colegio había solido quedarse estudiando hasta tarde, y siempre tomaba té y más té hasta que dejaba de estudiar. Pero lo demás era un lujo para él y gozaba de ello con una sensación de delicioso, voluptuoso desahogo. El fuego reavivado saltó, chisporroteó y arrojó extrañas sombras en la vasta y antigua habitación, y, mientras se tomaba a sorbos el té caliente, se despertó en él una sensación de aislamiento de sus semejantes. Es que en aquel momento había empezado a notar por primera vez el ruido que hacían las ratas.

—Seguramente —pensó— no han metido tanto ruido durante todo el tiempo que he estado estudiando. ¡De haber sido así me hubiera dado cuenta!

Mientras el ruido iba en aumento se tranquilizó el estudiante diciéndose que aquellos rumores, sin duda, acababan de empezar. Era evidente que al principio las ratas se habían asustado por la presencia de un extraño y por la luz del fuego y de la lámpara; pero a medida que pasaba el tiempo se habían ido volviendo más osadas y ya se hallaban entretenidas de nuevo en sus ocupaciones habituales.

¡Y cuidado que eran activas! ¡Y atentas al menor ruido des acostumbrado! ¡Subían y bajaban por detrás del zócalo que revestía la pared, por encima del cielo raso, por debajo del suelo, se movían, corrían, bullían, royendo y arañando! Malcolmson se sonrió al recordar el dicho de Mrs. Dempster, “los duendes son las ratas y las ratas son los duendes”. El té empezaba a hacer su efecto de estimulante intelectual y nervioso, y el estudiante vio con alegría que tenía ante sí una nueva inmersión en el largo hechizo del estudio antes de que terminase la noche, lo que le proporcionó tal sensación de comodidad que se permitió el lujo de lanzar una ojeada por la habitación. Tomó la lámpara en una mano y recorrió la

estancia, preguntándose por qué una casa tan original y hermosa como aquélla habría estado abandonada tanto tiempo. Los paneles de roble que recubrían la pared estaban finamente labrados. El trabajo en madera de puertas y ventanas era bello y de raro mérito. Había algunos cuadros viejos en las paredes, pero estaban tan espesamente cubiertos de polvo y suciedad, que no pudo distinguir ninguno de sus detalles, a pesar de que levantó la lámpara todo lo posible para iluminarlos. Aquí y allá, en su recorrido, topó con alguna grieta o agujerillo bloqueados de momento por una cabeza de rata, de ojos brillantes que relucían a la luz; pero al instante desaparecía la cabeza, con un chillido y un rumor de huida. Lo que más intrigó a Malcolmson, sin embargo, fue la cuerda de la gran campana del tejado, que colgaba en un rincón de la habitación, a la derecha de la chimenea. Arrastró hasta cerca del fuego una gran silla de roble tallado y alto respaldo y se sentó a tomarse su última taza de té. Cuando la terminó, avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentándose en la esquina de la mesa, con el fuego a la izquierda. Durante un buen rato, las ratas le perturbaron el estudio con su perpetuo rebullir, pero acabó por acostumbrarse al ruido, igual que se acostumbra uno al tic-tac de un reloj o al rumor de un torrente; y así, se sumergió de tal modo en el trabajo, que nada del mundo, excepto el problema que estaba intentando resolver, hubiera sido capaz de hacer mella en él.

Pero, de pronto, y sin haber logrado resolverlo aún, levantó la cabeza: en el aire notó esa sensación inefable que precede al amanecer y que tan temible resulta para los que llevan vidas dudosas. El ruido de las ratas había cesado. Desde luego, tenía la impresión de que había cesado hacía un instante, y que precisamente había sido este súbito silencio lo que le había obligado a levantar la cabeza. El fuego había ido acabándose, pero aún arrojaba un profundo y rojo resplandor. Al mirar en esa dirección, sufrió un sobresalto, a pesar de toda su *sang froid*.

Allí, encima de la silla de roble tallado y altas espaldas, a la derecha de la chimenea, estaba una enorme rata que le miraba fijamente con sus tristes ojillos. Hizo un gesto el estudiante como para espantarla, pero ella no se movió. En vista de lo cual, hizo él como si fuera a arrojarle algo. Tampoco se movió, pero le en-

señó, encolerizada, sus grandes dientes blancos; a la luz de la lámpara, sus ojillos crueles brillaban con una luz de venganza.

Malcolmson quedó asombrado, y, tomando el hurgón de la chimenea, corrió hacia la rata para matarla. Antes, sin embargo, de que pudiera golpearla, ésta, con un chillido que pareció concentrar todo su odio, saltó al suelo y, trepando por la cuerda de la campana, desapareció en la oscuridad, adonde no llegaba el resplandor de la lámpara, tamizado por una verde pantalla. Instantáneamente, y extraño es decirlo, volvió a comenzar de nuevo el ruidoso bullicio de las ratas tras los paneles de roble.

Esta vez, Malcolmson no pudo volver a sumergirse en el problema; pero, como el gallo cantase en el exterior anunciando la llegada del alba, se fue a la cama a descansar.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando llegó Mrs. Dempster para arreglar la habitación. Sólo lo hizo cuando la mujer, después de barrido el cuarto y preparado el desayuno, golpeó discretamente en el biombo que ocultaba la cama. Aún estaba un poco cansado de su duro trabajo nocturno, pero pronto le despabiló una cargada taza de té, y tomando un libro salió a dar su paseo matinal, llevándose también algunos bocadillos por si no le apetecía volver hasta la hora de la cena. Encontró un paseo apacible entre los olmos, en los alrededores del pueblo, y allí pasó la mayor parte del día estudiando a Laplace. A su regreso, pasó a saludar a Mrs. Witham y darle las gracias por su amabilidad. Cuando le vio ella llegar —a través de una ventana de su santuario, emplomada con vidrios de colores en forma de rombo—, salió a la calle a recibirle y le rogó que entrase. Una vez dentro, le miró inquisitivamente y movió la cabeza al decir:

—No debe usted trabajar tanto, señor. Está usted esta mañana más pálido que otras veces. Estarse hasta tan tarde y con un trabajo tan duro para el cerebro no es bueno para nadie. Pero dígame señor. ¿cómo pasó la noche? Espero que bien ¡No sabe usted cuánto me alegré cuando Mrs. Dempster me dijo esta mañana que le había encontrado tan bien y tan profundamente dormido cuando llegó!

—Oh, sí, perfectamente —repuso él sonriendo—: todavía no me han molestado los “algos”. Sólo las ratas. Son un auténtico batallón, y se sienten como en su propio cuartel. Había una de

aspecto diabólico, que hasta se subió a mi propia silla, junto al fuego; y no se habría marchado, de no haberle yo amenazado con el hurgón; entonces, trepó por la cuerda de la campana y desapareció por allá arriba, por encima de las paredes o el techo; no pude verlo bien, estaba muy oscuro.

—¡Dios nos asista —exclamó Mrs. Witham—, un viejo diablo y sobre una silla junto al fuego! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga cuidado! Hay a veces cosas muy verdaderas que se aseguran en broma.

—¿Qué quiere usted decir? Palabra que no comprendo.

—¡Un viejo diablo! El viejo diablo, quizá. ¡Vaya, señor, no se ría! —pues Malcolmson había estallado en francas carcajadas—. Ustedes la gente joven creen que es muy fácil reírse de cosas que hacen estremecer a los viejos. ¡Pero no importa, señor! ¡No haga caso! Quiera Dios que pueda usted seguir riendo todo el tiempo. ¡Eso es lo que yo le deseo! —y la buena señora reboseó de nuevo alegre simpatía, olvidando por un momento sus temores.

—¡Oh, perdóneme! —dijo entonces Malcolmson— No me juzgue descortés; es que la cosa me ha hecho gracia... eso de que el viejo diablo en persona estaba anoche sentado en mi silla... —y, al recordarlo, volvió a reír. Luego, marchó a su casa a cenar.

Esa noche el rumor de las ratas empezó más temprano; con toda certeza existía ya antes de su regreso, y sólo cesó mientras les duró el susto causado por la imprevista llegada.

Después de cenar, se sentó un momento junto al fuego a fumar, y luego de levantar la mesa empezó a trabajar como otras veces. Pero esa noche las ratas le distraían más que la anterior. ¡Cómo correteaban de arriba abajo, y por detrás y por encima! ¡Cómo chillaban, roían y arañaban! ¡Y cómo más atrevidas a cada instante, se asomaban a las bocas de sus agujeros y por todas las grietas, hendiduras y resquebrajaduras del zócalo, brillantes los ojillos como lámparas diminutas cuando se reflejaba en ellos el fulgor del fuego! Mas para el estudiante, sin duda ya acostumbrado a ellos, estos ojos no tenían nada de siniestros; al contrario, sólo les notaba un aire travieso y juguetón. A veces, la más atrevidas hacían salidas al piso o a lo largo de las molduras de la pared. Una y otra vez, cuando le empezaban a molestar demasiado, Malcolmson hacía un ruido para asustarlas, golpeaba la mesa con la mano

o emitía un fiero "¡Chst! ¡Chst!", de modo que ellas huyesen inmediatamente a sus agujeros.

Así transcurrió la primera mitad de la noche; luego, a pesar del ruido, Malcolmson se fue sumergiendo cada vez más en el estudio.

De repente, levantó la vista, como la noche anterior, dominado por una súbita sensación de silencio. En efecto, no se oía ni el más leve ruido de roer, arañar o chillar. Era un silencio de tumba. Recordó entonces el extraño suceso de la noche precedente, e instintivamente miró a la sila que había junto a la chimenea. Entonces le recorrió por el cuerpo una extraña sensación.

Allí, en la gran silla de roble tallado y alto respaldo, al lado de la chimenea, se hallaba la misma enorme rata que le miraba fijamente con unos ojillos fúnebres y malignos.

Instintivamente tomó el objeto más próximo a su mano, unas tablas de logaritmos y se lo arrojó. El libro fue mal dirigido y la rata ni se movió; de modo que hubo de repetir la escea del hurgón de la noche anterior; y otra vez la rata, al verse estrechamente cercada, huyó trepando por la cuerda de la campana de alarma. También fue muy extraño que la fuga de esta rata fuese inmediatamente seguida por la reanudación del ruido de la comunidad. En esta ocasión, como en la precedente, Malcolmson no pudo ver por qué parte de la habitación desapareció el animal, pues la pantalla verde de la lámpara dejaba en sombras la parte superior del cuarto, y el fuego brillaba mortecino.

Mirando a su reloj, observó que era cerca de medianoche, y, no descontento del *divertissement*, avivó el fuego y se preparó su nocturna taza de té. Había trabajado perfectamente sumergido en el hechizo del estudio y se creyó merecedor de un cigarrillo; así, pues, se sentó en la gran silla de roble tallado, junto a la chimenea, y fumó gozoso. Mientras lo hacía, empezó a pensar que le gustaría saber por dónde lograba meterse el bicho, pues empezaba a acariciar la idea de poner en práctica al día siguiente algo relacionado con una ratonera, una trampa para ratas. En vista de ello, encendió otra lámpara y la colocó de tal forma que iluminase bien el rincón derecho que formaban la chimenea y la pared. Luego apiló todos los libros que tenía y los colocó al alcance de la mano para arrojarlos al animal si llegaba el caso. Finalmente, levantó la cuerda

de la campana y colocó su extremo inferior encima de la mesa, pisándolo con la lámpara. Al manejar la cuerda, no pudo por menos de notar cuán flexible era, sobre todo teniendo en cuenta su grosor y el tiempo que llevaba sin usar. "Se podría colgar a un hombre de ella", pensó para sí. Cuando hubo terminado sus preparativos, miró a su alrededor y dijo complacido:

—¡Ahora, amiga mía, creo que vamos a vernos las caras de una vez!

Reanudó su estudio, y aunque al principio le distrajo algo el ruido que hacían las ratas, pronto se abandonó plenamente a sus proposiciones y problemas.

De nuevo, súbitamente, fue reclamado por su alrededor. Esta vez no había sido sólo el súbito silencio lo que le llamó la atención; había, además, un ligero movimiento de la cuerda, y la lámpara se tambaleaba. Sin moverse, miró a ver si la pila de libros estaba al alcance de su mano y luego deslizó su mirada a lo largo de la cuerda. Mientras miraba, vio que la gran rata se debaja caer desde la cuerda a la silla de roble, se instalaba en ella y le contemplaba. Tomó un libro con la mano derecha y, apuntando cuidadosamente, se lo arrojó a la rata. Ésta, con rápido movimiento, saltó de costado y esquivó el proyectil. Él, entonces, tomó un segundo y luego un tercero, y se los lanzó, uno tras otro, pero sin éxito tampoco en ambas ocasiones. Por fin, y en el momento en que se disponía a arrojarle un nuevo libro, la rata chilló y pareció asustada. Esto aumentó aún más su avidez por dar en el blanco; y el libro voló y alcanzó a la rata con golpe resonante. Lanzó el animal un terrorífico chillido y, echando a su perseguidor una mirada de terrible malignidad, trepó por el respaldo de la silla, desde cuyo borde superior dio un gran salto hasta la cuerda de la campana, por la cual subió con la velocidad del rayo. La lámpara que sujetaba la cuerda se tambaleó bajo el súbito tirón, pero era pesada y no llegó a caer. Malcolmson siguió a la rata con la mirada y la vio, merced a la luz de la segunda lámpara, saltar a una moldura del zócalo y desaparecer, por un agujero, en uno de los grandes cuadros colgados de la pared, invisibles bajo la capa de polvo y suciedad.

—Ya echaré mañana una ojeada a la vivienda de mi amiga —se dijo el estudiante, mientras iba recogiendo los volúmenes tirados por el suelo—. El tercer cuadro a partir de la chimenea. No

lo olvidaré —cogió los libros uno a uno, haciendo un comentario sobre ellos a medida que leía sus títulos—. *Secciones del Cono*, ni la rozó, ni tampoco *Oscilaciones cicloides*, ni los *Principios*, ni *Cuaternidades*, ni la *Termodinámica*. ¡Éste es el libro que la alcanzó! Malcolmson lo tomó del suelo y miró su título. Al hacerlo, se sobresaltó y una súbita palidez cubrió su cara. Miró a su alrededor, inquieto, y se estremeció levemente mientras murmuraba para sí:

—¡La Biblia que me dio mi madre! ¡Qué extraña coincidencia! —Se volvió a sentar y se puso al trabajo; las ratas del zócalo reanudaron sus cabriolas. No le molestaron, sin embargo; de algún modo, su presencia le proporcionaba una cierta sensación de compañía. Pero no pudo concentrarse en el estudio, y, después de esforzarse inútilmente en dominar el tema que tenía entre manos, lo dejó con desesperación y se fue a la cama, mientras el primer resplandor de la aurora penetraba furtivamente por la ventana que daba al Oriente.

Durmió pesada pero desagradablemente y soñó mucho; cuando le despertó Mrs. Dempster, ya muy entrada la mañana, su aspecto era de haber descansado mal, y durante unos pocos minutos no pareció darse cuenta exactamente de dónde se encontraba. Su primer encargo sorprendió bastante a la criada.

—Mrs. Dempster, cuando me ausente hoy de casa, quiero que coja usted la escalera y limpie el polvo o lave esos cuadros... especialmente el tercero a partir de la chimenea... Quiero ver qué representan.

Hasta bien entrada la tarde estuvo Malcolmson en la sombría olmeda, estudiando; a medida que transcurría la jornada, al notar que sus asimilaciones mejoraban progresivamente, le fue volviendo el alegre optimismo del día anterior. Había conseguido ya solucionar satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces le habían burlado, y se hallaba en un estado de alegría tal que decidió hacer una visita a Mrs. Witham en "El Buen Viajero". Encontró a la posadera en un confortable cuarto de estar, acompañada de un desconocido que le fue presentado como el doctor Thornhill. La mujer no parecía hallarse totalmente a gusto, y esto, unido a que éste se lanzase inmediatamente a hacerle una serie de preguntas inopinadas, hizo pensar a Malcolmson que la presencia del doctor no era allí casual, por lo cual dijo sin ambages:

—Dr. Thornhill, contestaré con placer cualquier preguntar que quiera hacerme, si usted primero me contesta a una que deseo hacerle yo.

El doctor pareció sorprendido, pero al momento sonrió y repuso:

—¡Hecho! ¿De qué se trata?

—¿Le pidió a usted Mrs. Witham que viniera aquí a verme y aconsejarme?

El doctor Thornhill quedó un momento desconcertado, y Mrs. Witham enrojeció vivamente y volvió la cara hacia otro lado; pero el doctor era hombre sincero e inteligente y contestó en seguida con franqueza:

—Así lo hizo, en efecto, pero quería que no se enterase usted. Supongo que han sido mi torpeza y mi apresuramiento quienes le han hecho a usted sospecharlo. Pero en fin, lo que me dijo fue que no la agradaba la idea de que usted estuviese en esa casa completamente solo, y tomando tanto té y tan cargado. Efectivamente, deseaba que yo le aconsejase a usted dejar el té y que no se quedara a estudiar hasta muy tarde. Yo también fui buen estudiante en mis tiempos, y por ello espero que me permita tomarme la libertad de darle un consejo sin ofenderle, puesto que no le hablo como un extraño, sino como un universitario puede hablar a otro.

Malcolmson le tendió la mano con sonrisa radiante.

—¡Venga esa mano, que dicen en América! —exclamó— Le agradezco muchísimo su interés, y también a Mrs. Witham; y su amabilidad me obliga a pagarles en la misma moneda. Prometo no volver a tomar té cargado, ni sin cargar, hasta que usted no me dé permiso. Y esta noche me iré a la cama a la una lo más tarde. ¿De acuerdo?

—Estupendo —dijo el médico—. Ahora cuénteme usted todo lo que ha visto en el viejo caserón —acto seguido relató Malcolmson con todo detalle cuánto en las dos últimas noches le sucedió. Fue interrumpido de vez en cuando por las exclamaciones de Mrs. Witham, hasta que, finalmente, al llegar al episodio de la Biblia toda la emoción reprimida de la posadera encontró salida en un tremendo alarido, y hasta que no se le administró un buen vaso de coñac con agua no se recompuso. El doctor Thornhill lo escu-

chó todo con expresión de creciente gravedad, y cuando la narración llegó a su fin y Mrs. Witham quedó tranquila, preguntó:

—¿La rata siempre trepa por la cuerda de la campana de alarma?

—Siempre.

—Supongo que ya sabra usted —dijo el doctor tras una pausa— qué es esa cuerda.

—¡No!

—Es —dijo el doctor lentamente— la misma que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel juez —al llegar a este punto, fue interrumpido de nuevo por otro grito de Mrs. Witham, y hubo que poner otra vez en juego los medios para que volviera a recobrase. Malcolmson, después de consultar su reloj, y observando que ya era casi hora de cenar, se marchó a su casa, no bien ella se hubo recobrado.

Cuando Mrs. Witham volvió a su ser del todo, asaltó al doctor Thornhill con coléricas preguntas sobre qué pretendía al meterle tan horribles ideas en la cabeza al pobre joven.

—Ya tiene allí demasiadas preocupaciones —añadió.

El doctor Thornhill replicó:

—¡Mi querida señora, mi propósito es muy distinto! Lo que yo deseaba era atraer su atención hacia la cuerda de la campana y mantenerla fija allí. Puede que se halle en un estado de gran sobreexcitación, por haber estudiado demasiado, o por lo que fuere, pero, sin embargo, me veo obligado a reconocer que parece un joven tan sano y fuerte, mental y corporalmente, como el que más... Pero luego están las ratas... y esa sugerencia del diablo... —el doctor movió la cabeza y prosiguió—; me habría ofrecido a ir y pasar la noche con él, pero estoy seguro de que eso le habría humillado. Debe ser que por la noche sufre algún extraño terror o alucinación, y si es así, deseo que tire de esa cuerda. Como está completamente solo, eso nos servirá de aviso y podremos llegar hasta él a tiempo aún de serle útiles. Me mantendré despierto esta noche hasta muy tarde, y tendré los oídos bien abiertos. No se alarme usted si Benchurch recibe una sorpresa antes de mañana.

—Oh, doctor, ¿qué quiere usted decir? ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir esto: que posiblemente, o mejor dicho, probablemente, oigamos esta noche la gran campana de alarma

de la Casa del Juez —y el doctor hizo un mutis tan efectista como era de esperar por sus palabras.

Cuando Malcolmson llegó a su casa se encontró con que era un poco más tarde que de costumbre y que Mrs. Dempster se había marchado ya. Las reglas de la Casa de Caridad de Greenhow no eran de desdeñar. Se alegró de ver que el lugar estaba limpio y reluciente, encendido un alegre fuego en la chimenea y bien des-pabilada la lámpara. La tarde era muy fría para el mes de abril y soplaban un viento pesado con una violencia tan rápidamente creciente que se podía prever una buena tormenta para la noche. El ruido de las ratas cesó durante unos pocos minutos después de su llegada; pero, tan pronto como se volvieron a acostumbrar a su presencia, lo reanudaron. Se alegró de oírlas, y una vez más notó que en su bullicioso rumor había algo que le hacía sentirse acompañado. Sus recuerdos retrocedieron hasta el extraño hecho de que las ratas sólo cesaban de manifestarse cuando aquella otra —la gran rata de ojillos fúnebres— entraba en escena. Sólo estaba encendida la lámpara de lectura, y su pantalla verde mantenía en sombras el techo y la parte superior de la habitación, de tal modo que la alegre y rojiza luz del hogar se extendía, cálida y agradable, por el pavimento y brillaba sobre el blanco mantel que cubría el extremo de la mesa. Malcolmson se sentó a cenar con buen apetito y espíritu vivaz. Después de cenar y fumar un cigarrillo se entregó firmemente al trabajo, determinado a que nada le distrajese, pues recordaba la promesa hecha al doctor y estaba decidido a aprovechar lo mejor posible el tiempo disponible.

Durante casi una hora trabajó sin inconvenientes, y luego sus pensamientos empezaron a despegarse de los libros y a vagabundear por su cuenta. Las actuales circunstancias en que se hallaba, la llamada de atención sobre su salud nerviosa, no eran de despreciar. Para entonces el viento se había convertido en vendaval, y el vendaval en tormenta. La vieja casona, pese a su solidez, parecía estremecerse desde sus cimientos, y la tormenta rugía y bramaba a través de las múltiples chimeneas y los viejos aleros, produciendo extraños y aterradores sonidos en las estancias y pasillos vacíos. Incluso la gran campana del tejado debía estar sufriendo los embates del viento, pues la cuerda subía y bajaba levemente, como si la campana se estuviera moviendo un poco, y

el extremo inferior de la flexible cuerda azotaba el suelo de roble con un ruido duro y seco.

Al escucharlo, Malcolmson se acordó de las palabras del doctor: "Es la cuerda que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel Juez." Se acercó al rincón de la chimenea y la tomó en sus manos para contemplarla. Parecía sentir una especie de morboso interés por ella, y mientras la estuvo contemplando se perdió un momento en conjeturas sobre quiénes habrían sido esas víctimas y sobre el lúgubre deseo del Juez de tener siempre ante su vista una reliquia tan macabra. Mientras estaba allí, el balanceo de la campana del tejado había seguido comunicando a la cuerda cierto movimiento; pero ahora, de pronto, empezó a notar una nueva sensación, una especie de temblor en la cuerda, como si algo se fuese moviendo a lo largo de ella.

Levantando la vista instintivamente, vio Malcolmson a la enorme rata que bajaba lentamente hacia él, mirándole fijamente. Soltó la cuerda y retrocedió vivamente, mascullando una maldición; la rata, dando la vuelta, trepó de nuevo por la cuerda y desapareció; y en ese instante Malcolmson se dio cuenta de que el ruido de las ratas, que había cesado un momento, volvía a comenzar.

Todo esto le dejó pensativo; entonces se acordó de que no había investigado la madriguera de la rata ni mirado los cuadros, como había pensado hacer. Encendió la otra lámpara, que no tenía pantalla, y alzándola, se colocó frente al tercer cuadro a la derecha de la chimenea, que era por donde había visto desaparecer a la rata la noche anterior.

A la primera ojeada, retrocedió, tan bruscamente sobresaltado que casi dejó caer la lámpara, y una mortal palidez cubrió sus facciones. Entrechocaron sus rodillas, pesadas gotas de sudor afluyeron a su frente, y tembló como un álamo. Pero era joven y animoso, y consiguió de nuevo armarse de valor tras una pausa de pocos segundos, avanzó de nuevo unos pasos, alzó la lámpara y examinó el cuadro, que había sido desempolvado y lavado y era ya claramente distinguible.

Era el retrato de un juez vestido de púrpura y armiño. Su rostro era fuerte y despiadado, maligno, astuto y vengativo, con boca sensual y nariz ganchuda de encendido color y forma semejante al pico de un ave de presa. El resto de la cara era de un color cada-

vérico. Los ojos, de un brillo peculiar, tenían una expresión terriblemente maligna. Al contemplarlos, Malcolmson sintió frío, pues en ellos vio una verdadera réplica a los ojos de la enorme rata. Casi se le cayó la lámpara de la mano al ver a ésta mirándole con sus ojillos fúnebres desde el agujero de la esquina del cuadro y al notar el súbito cese del ruido de las demás. Sin embargo, volvió a reunir todo su valor y prosiguió el examen de la pintura.

El Juez estaba sentado en una gran silla de roble tallado y alto respaldo, a la derecha de una gran chimenea de piedra, junto a la cual colgaba una cuerda desde el techo, yaciendo en el suelo su extremo inferior enrollado. Con una sensación de horror, Malcolmson reconoció en ese escenario la habitación en que se hallaba, y miró despavorido a su alrededor como si esperase hallar alguna extraña presencia a su espalda. Luego volvió a dirigir su mirada al rincón que formaba la chimenea, y dando un grito desgarrado dejó caer la lámpara que llevaba en la mano.

Allí, en la silla del Juez, con la cuerda colgando tras ella, se había instalado aquella rata que tenía la misma fúnebre mirada que éste, ahora diabólicamente intensa. Excepto el ulular de la tormenta, todo estaba en silencio.

La lámpara caída hizo que Malcolmson volviera a la realidad. Afortunadamente era de metal y no se derramó el aceite. Sin embargo, la necesidad inmediata de recogerla serenó en seguida sus aprensiones nerviosas. Cuando hubo apagado la lámpara, se secó el sudor de las cejas y meditó un momento.

—Esto no puede ser —se dijo—. Si sigo así me voy a volver loco. ¡Basta ya! Prometí al doctor que no tomaría té. ¡Por Dios, que tenía razón! Mis nervios han debido llegar a un estado terrible. Tiene gracia que yo no lo note. Nunca en mi vida me he encontrado mejor. Pero ahora todo va bien ya, y no volveré a comportarme como un necio.

Entonces se preparó un buen vaso de brandy y se sentó resueltamente para proseguir su estudio.

Llevaba así cosa de una hora, cuando levantó la vista del libro, atraído por el súbito silencio. Sin embargo, el viento ululaba y rugía más fuerte que nunca, y la lluvia caía en turbiones contra los vidrios de las ventanas, golpéndolos como si fuera granizo; pero en el interior no se oía nada, excepto el eco del viento bramando por

la gran chimenea, como en arrullo de la tormenta. El fuego se había casi apagado; ardía ya sin llama, arrojando sólo un resplandor rojizo. Malcolmson escuchó atentamente y entonces oyó un tenue, chirriante ruido, casi inaudible. Provenía del rincón de la estancia donde colgaba la cuerda, y el estudiante pensó que debía producirlo el roce de la cuerda contra el suelo cuando el balanceo de la campana la hacía subir y bajar. Sin embargo, al mirar hacia allí, vio, a aquella luz mortecina, que la rata, agarrada a la cuerda, la estaba royendo. La cuerda estaba ya casi roída por entero: se podía ver un color más claro en el punto donde las hebras internas habían quedado ya al descubierto. Mientras miraba, la tarea fue completada y la cuerda cayó con un chasquido sobre el piso de roble, al tiempo que, durante un instante, la gran rata permanecía colgada, como una monstruosa borla o campanilla, del cabo superior, que ahora empezó a balancearse de un lado a otro. Malcolmson sintió por un momento otro brote brusco de terror al caer en la cuenta de que la posibilidad de comunicarse con el mundo exterior y pedir auxilio quedaba ya cortada, pero este sentimiento en seguida fue reemplazado por una intensa cólera, y agarrando el libro que estaba leyendo lo arrojó contra la rata. El tiro iba bien dirigido, mas antes de que el proyectil pudiera alcanzaria, ésta se dejó caer y aterrizó en el suelo con un blando sonido. Malcolmson se abalanzó instantáneamente sobre ella, pero el animal salió disparado y desapareció en las sombras de la estancia. Malcolmson comprendió que el estudio había terminado, por aquella noche al menos, y decidió alterar la monotonía de su vida por medio de una cacería de rata; quitó la pantalla verde de la lámpara para asegurarse un mayor radio de acción de la luz. Al hacerlo, se disolvieron las tinieblas de la parte superior de la estancia y ante aquella invasión de luz, cegadora en comparación con la oscuridad anterior, los cuadros de la pared se destacaron netamente. Desde donde estaba, veía Malcolmson, justo enfrente de sí, el tercero a la derecha de la chimenea. Se frotó sorprendido los ojos, y luego un gran miedo empezó a invadirle.

En el centro del cuadro había un espacio vacío, grande e irregular, en el que se veía el lienzo pardo tan limpio como cuando lo colocaron el bastidor. El fondo del cuadro estaba como antes, con la silla, el rincón de chimenea y la cuerda, pero la figura del Juez había desaparecido.

Malcolmson, casi muerto de horror, fue girando lentamente, y entonces empezó a estremecerse y a temblar como un paralítico. Su fuerza parecía haberle abandonado, dejándole incapaz de hacer el menor movimiento o acción; incluso apenas era capaz de pensar. Sólo podía ver y oír.

Allí, en la gran silla de roble de alto respaldo, estaba sentado el Juez con su ropaje de púrpura y armiño, los fúnebres ojos brillándole vengativamente, una sonrisa de triunfo en la boca, resuelta y cruel, mientras que sus manos sostenían un *negro birrete*. Malcolmson notó que la sangre huía de su corazón, igual que se siente en los momentos de ansiedad prolongada. Le pitaban los oídos. Sin embargo, podía oír el bramar y aullar de la tempestad, y, a su través, deslizándose sobre ella, le llegaron las campanadas de medianoche, en grandes repiques, desde la plaza del mercado. Durante un tiempo que se le antojó interminable, permaneció inmóvil como una estatua, sin respiración, con los ojos desorbitados, heridos de horror. A medida que iba sonando el reloj se intensificaba la sonrisa de triunfo en la cara del Juez, y cuando hubo sonado la última campanada de medianoche, se colocó su negro birrete en la cabeza.

Lenta y deliberadamente, el Juez se levantó de su asiento y cogió el trozo de cuerda que yacía en el suelo, lo palpó con sus manos como si su contacto le produjese placer, y luego, deliberadamente, empezó a anudar uno de sus extremos hasta hacer un nudo. Apretó y comprobó éste con el pie, tirando de él fuertemente hasta que quedó satisfecho, y entonces lo transformó en un nudo corredizo, que alzó en su mano. Después comenzó a moverse, a lo largo de la mesa, por el lado opuesto a donde se encontraba Malcolmson, con la mirada fija en él, hasta que le adelantó; entonces, con rápido movimiento, se colocó ante la puerta. Malcolmson, en ese momento, se empezó a dar cuenta de que había caído en una trampa e intentó pensar qué debía hacer. Había cierta fascinación en los ojos del Juez que no apartaba de él, y que él se veía forzado a mirar. Vio que el Juez se le aproximaba —sin dejar de mantenerse entre la puerta y el joven—, levantaba el lazo y lo arrojaba en su dirección como para capturarlo. Con un gran esfuerzo, hizo un rápido movimiento lateral y vio cómo la cuerda caía a su lado y la oyó golpear el suelo de roble. De nuevo levantó

el Juez el nudo y trató de cazarle, sin apartar sus fúnebres ojos de él, y el estudiante consiguió evitarlo mediante un poderoso esfuerzo. Esto se repitió muchas veces, sin que el Juez pareciera desanimarse o desconcertarse por sus fracasos, sino más bien gozarse como un gato con un ratón. Por fin, en la cumbre de su desesperación, Malcolmson arrojó una rápida mirada a su alrededor. La lámpara parecía reavivada y una luz brillante inundaba la habitación. En las numerosas madrigueras y en las grietas y agujeros del zócalo, vio los ojos de las ratas; y esta visión, que fue puramente física, le proporcionó un detalle de bienestar. Miró y vio que la cuerda de la gran campana de alarma estaba plagada de ratas. Cada pulgada estaba cubierta de ellas, y cada vez salían más a través del pequeño agujero circular del techo, de donde emergía, de modo que, bajo su peso, la campana empezaba a oscilar.

¡Ay! Osciló hasta que el badajo llegó a tocarla. El sonido fue muy tenue, pero ella no había sino comenzado su vaivén, y ya iría aumentando la potencia del tañido.

Al oírse éste, el Juez, que había mantenido fijos sus ojos en Malcolmson, los levantó y un gesto de diabólica ira contrajo sus rasgos. Sus ojos relucieron como carbones encendidos, y golpeó el suelo con el pie, haciendo un ruido que pareció estremecer toda la casa. El pavoroso estruendo de un trueno rompió sobre sus cabezas cuando el Juez volvió a levantar el lazo, mientras las ratas seguían subiendo y bajando por su cuerda, como si luchasen contra el tiempo. Pero esta vez, en vez de arrojarlo se fue aproximando a su víctima, y fue abriendo el lazo a medida que se aproximaba. Al estar cerca, pareció irradiar algo paralizante con su sola presencia, y Malcolmson permaneció rígido como un cadáver. Sintió los helados dedos del Juez en la garganta mientras le ajustaba el lazo. El nudo se apretó. Entonces el Juez, tomando en sus brazos el rígido cuerpo del estudiante, lo levantó y colocó en pie sobre la silla de roble y, subido junto a él, alzó su mano y cogió el extremo de la oscilante cuerda de la campana de alarma. Al alzarla, las ratas huyeron chillando y desaparecieron por el agujero del techo. Tomando el extremo del lazo que rodeaba el cuello de Malcolmson, lo ató a la cuerda que colgaba de la campana, y entonces, descendiendo de nuevo al piso, quitó la silla de allí.

Al comenzar a sonar la campana de alarma de la Casa del Juez, se congregó en seguida un gran gentío. Aparecieron luces y antorchas de varias clases, y silenciosamente la multitud se encaminó, presurosa, hacia allí. Golpearon fuertemente la puerta, pero no hubo respuesta. Entonces la echaron abajo y penetraron en el gran comedor; el doctor iba a la cabeza de todos.

Del extremo de la cuerda de la gran campana de alarma pendía el cuerpo del estudiante; y en el cuadro, la cara del Juez mostraba una sonrisa maligna.

LA LARVA

RUBÉN DARÍO*

Como se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su *Vida*, de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano dijo:

—No sonriáis. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo a vosotros, si no una salamandra, una larva o una ampusa.

Os contaré el caso en pocas palabras.

Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquistadores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evocar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa, ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció a un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Aparecióse un obispo a otro obispo, para indicarle un lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la catedral. El diablo se llevó a una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo vi, lo que yo palpé, fue a los quince años; lo que yo vi y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos tenebrosos.

* Rubén Darío, nicaragüense (1867-1916). Autor de *Azul...*, *Cantos de vida y esperanza* y *Prosas profanas*, entre otros poemas.

En aquella ciudad, semejante a ciertas ciudades españolas de provincia, cerraban todos los vecinos las puertas a las ocho, y a más tardar, a las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, o el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores.

Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, o para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado apenas por los faroles de petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes.

Algunas veces se oían ecos de músicas o de cantos. Eran las serenatas a la manera española, las arias y romanzas que decían, acompañadas con la guitarra, las ternezas románticas del novio o la novia. Esto variaba desde la guitarra sola y el novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal o cual señorete adinerado hacía sonar bajo las ventanas de la dama de sus deseos.

Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir a la calle, e ir con la gente de una de esas serenatas. Pero ¿cómo hacerlo?

La tía abuela que cuidó de mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas un día supe que por la noche habría una serenata. Más aún: uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría a la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron a la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan de evasión. Así, cuando se fueron las visitas de mi tía abuela —entre ellas un cura y dos licenciados— que llegaban a conversar de política o a jugar al tute o al tresillo, y una vez rezadas las oraciones y todo el mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave a la venerable señora.

Pasadas como tres horas, ello me costó poco, pues sabía en dónde dejaba las llaves, y además, dormía como un bienaventurado. Dueño de la que buscaba, y sabiendo a qué puerta correspondía, logré salir a la calle, en momentos en que, a lo lejos, comenzaban a oírse los acordes de violines, flautas y violoncelos. Me consideré

un hombre. Guiado por la melodía, llegué pronto al punto donde se daba la serenata. Mientras los músicos tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licores. Luego, un sastre, que hacía de tenor, entonó primero *A la luz de la pálida luna*, y luego *Recuerdas cuando la aurora...* Entro en tantos detalles para que veais cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí, extraordinaria. De las ventanas de aquella Dulcinea, se resolvió a las de otras. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces. He dicho que tenía quince años, era en el trópico, en mi despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia... Y en la presión de mi casa, de donde no salía sino para ir al colegio, y con aquella vigilancia, y con aquellas costumbres primitivas... Ignoraba pues, todos los misterios. Así, ¡cuál no sería mi gozo cuando, pasar por la plaza de la Catedral, tras la serenata, vi, sentada en una acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, a una mujer! Me detuve.

¿Joven? ¿Vieja? ¿Mendiga? ¿Loca? ¡Qué me importaba! Y iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada.

Los de la serenata se alejaban.

La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgidas. Como no obtuviese respuesta, me incliné toqué la espalda de aquella mujer que no quería contestarme hacía lo posible por que no viese su rostro. Fui insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesa y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió como una risa ronca; y luego aquella "cosa", haciendo la más macabra de las muecas, produjo un ruido que se podía indicar así:

—¡Kgggggg!...

Con el cabello crizado, di un gran salto, lancé un gran grito. Llamé.

Cuando llegaron algunos de la serenata, la "cosa" había desaparecido.

Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS

HORACIO QUIROGA*

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, aunque a veces con un ligero estremecimiento, cuando, volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatua de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En este extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. Había concluido, no obstante, por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía formida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegara su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin, una tarde pudo salir al jardín, apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto, Jordán, con

* Horacio Quiroga, uruguayo (1878-1937). Autor de *Cuentos de la selva*, *La gallina degollada* y *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

bonda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la más leve caricia de Jordán. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar una palabra.

Fue ése el último día en que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absoluto.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle—. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme en seguida.

Al día siguiente, Alicia amanecía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra de uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche quedó de repente con los ojos fijos. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer, Alicia lanzó un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, volvió en sí. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola por media hora, temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron, inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta, Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio, y siguieron al comedor.

—Pchs... —se encogió de hombros desalentado el médico de cabecera—. Es un caso inexplicable... Poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba? —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en subdelirio de anemia, agravado de tarde. pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día, este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaban ahora en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa no se oían más que el delirio monótono que salía de la cama y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después de deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta, después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó; pero en seguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué. Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor, Jordán cortó la funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado, que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón sin duda había impedido al principio su desarrollo; pero después que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había el monstruo vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de plumas.

EL DESCONOCIDO

AMBROSE BIERCE*

Un hombre brotó de la oscuridad, entró en el pequeño círculo de luz de nuestra moribunda fogata y se sentó en una roca.

—No sois los primeros que exploráis esta región —dijo gravemente.

Nadie le contradijo. Parecía convencido de la verdad de su afirmación. Desde luego, no era de nuestro grupo; debía vivir en algún sitio próximo a nuestro campamento. Además, debía tener algún compañero cerca de allí; no era región aquélla donde se pudiese vivir o viajar solo. Casi dos semanas llevábamos sin ver más seres vivos que serpientes de cascabel y sapos cornudos, descartados nosotros y nuestras monturas. En un desierto de Arizona no se puede resistir mucho tiempo sólo con la compañía de semejantes seres. Se necesitan animales de carga, víveres y armas, es decir, se necesita un equipo. Y un equipo implica compañeros. Como era una incógnita la clase de hombres que fuesen los acompañantes de este poco ceremonioso desconocido, y como pareciese haber una cierta amenaza latente en alguna de sus palabras, cada uno de nuestra media docena de “caballeros de la ventura” se medio incorporó, de forma que la mano le quedase cerca del revólver —acción ésta que, a aquellas horas y en aquel lugar, no representaba nada más que una simple política de expectación. El desconocido no prestó la menor atención a estos detalles, y comenzó de nuevo a hablar en el mismo tono deliberadamente monótono con que había hecho su primer aserto:

“Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos de Tucson, cruzaron las montañas

* Ambrose Bierce, norteamericano (1842-1913). Autor de *Historias de soldados y El diccionario del diablo*, entre otros textos.

de Santa Catalina y se dirigieron hacia el Oeste todo lo rectamente que la configuración del terreno lo permitía. Íbamos en plan de exploración, y nuestro propósito era, si no encontrábamos nada de interés, atravesar el río Gila no lejos de Big Bend, donde hay una pequeña población. Llevábamos un buen equipo, pero no guía; no éramos más que Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis."

El hombre repetía los nombres lenta y distintamente, como si quisiera fijarlos en la memoria de los oyentes, cada uno de los cuales le observaba atentamente, pero con cierta perezosa aprehensión, intentando descubrir a sus posibles compañeros en algún lugar de la oscuridad, que nos encerraba como una negra pared, ya que el aspecto de este espontáneo historiador no sugería ninguna intención hostil. Su aspecto era más de inocente lunático que de enemigo peligroso. No éramos tan novatos en el país como para ignorar que la soledad en que viven muchos de estos hombres rudos a veces desarrolla en ellos muchas rarezas de carácter y conducta que, con frecuencia, se pueden confundir incluso con verdaderas aberraciones mentales. Un hombre es como un árbol: entre la selva de sus compañeros crecerá tan recto como su naturaleza genérica e individual se lo permita; solo, en libertad, se doblega ante la influencia de las fuerzas que le rodean y que le deforman y retuercen. Estos pensamientos cruzaban mi mente mientras observaba al hombre, amparado en la sombra del ala de mi sombrero, que llevaba inclinado hacia adelante para evitar el resplandor del fuego. Un pobre infeliz, desde luego, pero ¿qué diablos podía hacer allí, en el corazón del desierto?

Como nadie rompiese el silencio, el visitante volvió a decir:

—Esta región no es ahora como entonces. No existía un solo rancho entre el río Gila y el golfo. Había algo de caza aquí y allá, en las montañas, y cerca de las escasas y jugosas praderas, gracias a las cuales nuestros animales no murieron de hambre. Si hubiésemos tenido la suerte de no toparnos con indios, habríamos podido atravesar la región. Pero en el curso de una semana cambiaron todos los propósitos de la expedición: ya no era la búsqueda de riquezas, sino sólo la conservación de la vida. Nos habíamos adentrado demasiado para pensar en volver, pues quizá lo que nos esperaba delante no fuera peor que lo que ya habíamos dejado atrás.

Y seguimos avanzando, tratando de evitar por la noche a los indios y el intolerable calor, y ocultándonos por el día lo mejor que podíamos. A veces, agotadas nuestras reservas de toscos alimentos, y vacías nuestras cantimploras, pasábamos jornadas enteras sin comer ni beber. Entonces, el charco más miserable en el fondo de un arroyo seco nos devolvía la fuerza y la salud, hasta el punto de poder cazar alguno de los animales salvajes que por allí merodeaban. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma, lo que Dios quisiera, que todo alimentaba.

“Una mañana, mientras bordeábamos una cadena de montañas en busca de un paso practicable, fuimos atacados por una banda de apaches que venía siguiendo nuestras huellas y que nos persiguió hasta una quebrada que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos excedían en número en la proporción de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros, a todo galope, aullando y disparando. No había ni que pensar en hacerles frente. Nos apresuramos a sacar nuestros debilitados animales de la quebrada y huimos tan lejos como pudimos, a uña de caballo; luego saltamos a tierra y nos escondimos en un chaparral que había en una ladera, abandonando todas nuestras cosas al enemigo. Pero conservamos nuestros rifles, cada uno el suyo, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.”

—La misma multitud de siempre —dijo el gracioso del grupo—. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le redujo al silencio, y el desconocido prosiguió su relato:

“Los salvajes desmontaron también, y algunos de ellos abandonaron la quebrada más allá del punto en que la habíamos abandonado nosotros, cortándonos así la retirada en aquella dirección y obligándonos, pues, a permanecer en la ladera. Desgraciadamente, el chaparral sólo ocupaba una corta extensión de la ladera, y, como estábamos en campo abierto, recibíamos el fuego de media docena de rifles. Pero los apaches tiran muy mal cuando lo hacen a prisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayese. A veinte yardas de donde terminaba el chaparral en la ladera, se alzaban unos farallones verticales, en los que, precisamente frente a a nosotros, había una estrecha abertura. Corrimos, nos metimos por ella y nos encontramos dentro de una caverna tan grande,

aproximadamente, como una habitación corriente. Allí estuvimos seguros durante algún tiempo. Un solo hombre con un rifle de repetición podía defender la entrada contra todos los apaches de la comarca. Pero contra el hambre y la sed no había defensa. Aún nos quedaba valor, pero la esperanza era un recuerdo.

No veíamos a los indios, pero por el humo y el resplandor de sus hogueras hechas en la quebrada, comprendimos que nos vigilaban noche y día, con los rifles apercebidos, desde los próximos matorrales, y que si hiciéramos una salida, ninguno de nosotros viviría lo suficiente para dar tres pasos en el exterior. Durante tres días, turnándonos en la vigilancia, nos mantuvimos firmes, antes de que nuestros sentimientos se volvieran insoportables. Mas en la mañana del día cuarto dijo Ramón Gallegos:

—Señores, no conozco mucho al buen Dios, ni tampoco cuáles son sus gustos. He vivido sin religión, y no estoy familiarizado con la de ustedes. Perdón, señores, si les ofendo, pero en cuanto a mí, ha llegado ya el momento de dejar de ser la diversión de los apaches.

Se arrodilló en el suelo de piedra de la caverna y apretó su pistola contra la sien.

—Madre de Dios —exclamó—, recibe el alma de Ramón Gallegos.

Y así nos dejó; a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis. Yo era el jefe. A mí me tocaba hablar.

—Era un valiente —dije—. Supo cuándo debía morir y cómo. Es estúpido volverse loco de sed, o caer bajo las balas de los apaches, o ser desollado vivo. Es cosa de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

—Esta bien dicho —dijo William Shaw.

—Esta bien dicho —dijo George W. Kent.

Enderezamos las piernas de Ramón Gallegos y le pusimos un pañuelo en la cara. Entonces dijo William Shaw:

—Me gustaría meditar un poco, como hizo éste.

Y George W. Kent dijo que a él también.

—Así se hará —dije—, y que esperen los diablos rojos todo el tiempo que haga falta. William Shaw y George W. Kent, sacad vuestras armas y arrodillaos.

Lo hicieron y yo permanecí ante ellos.

—Dios Todopoderoso, Padre nuestro —dije.

—Dios Todopoderoso, Padre nuestro —dijo William Shaw.

—Perdónanos nuestros pecados —dije.

—Perdónanos nuestros pecados —dijeron ellos.

—Y recibe nuestras almas.

—Y recibe nuestras almas.

—Amén.

—Amén.

Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí sus caras."

De pronto, hubo cierto revuelo en la parte opuesta al círculo que formábamos. Uno de nosotros había saltado, pistola en mano, como impelido por un muelle.

—¡Y usted! —gritó—. ¿Se atrevió a escapar? ¿Se atrevió a vivir? ¡Ah, cobarde! ¡Ganas me dan de mandarte a que te reúnas con ellos de una vez!

Pero nuestro querido capitán, con un salto de pantera, se lanzó sobre él y le atenazó la muñeca.

—¡Conténgase, Sam Yountsey, conténgase!

Todos nos pusimos entonces de pie, excepto el desconocido, que permaneció sentado, inmóvil y aparentemente ensimismado. Alguien sujetó el otro brazo de Yountsey.

—Capitán —dije—, aquí hay algún error. Este camarada es un lunático o un simple embustero, nada más que un sencillo y vulgar embustero, al cual no tiene por qué matar Yountsey. Si este hombre perteneció a aquella expedición, debió de estar formada por cinco miembros, uno de los cuales, probablemente él mismo, no ha sido nombrado.

—Sí —dijo el capitán, soltando al levantisco, que volvió a sentarse—; aquí hay algo extraño. Hace años fueron encontrados en la boca de esa gruta cuatro cadáveres de hombres blancos, con la cabellera arrancada y horriblemente mutilados. Allí mismo fueron enterrados. Yo he visto sus tumbas, y todos vosotros las veréis mañana.

El desconocido se puso en pie y permaneció erguido a la luz de la moribunda hoguera, que habíamos olvidado reanimar mientras atendíamos al relato conteniendo la respiración.

—Eran cuatro —dijo—. Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Y después de repetir la lista de los muertos, desapareció en la oscuridad y jamás le volvimos a ver.

En aquel momento, uno de nuestro grupo, que había estado de guardia, irrumpió entre nosotros, rifle en mano, y más excitado de lo conveniente.

—Capitán —dijo—, durante la última media hora ha habido tres hombres que no se han movido de esa meseta, —señaló en la dirección tomada por el desconocido—. Pude verles claramente, porque la luna estaba alta, pero como no tenían armas y yo les estaba dominando con las mías, pensé que lo mejor que podía hacer era no moverme de allí. No hacían nada, pero, ¡maldita sea!, llegaron a ponerme nervioso.

—Vuelva a su puesto y estése allí hasta verlos de nuevo —dijo el capitán—. Y ustedes vuelvan a tumbarse si no quieren que les lance al fuego a patadas.

El centinela, obedientemente, marchó renegando y no volvió. Mientras arreglábamos nuestras mantas, el impulsivo Yountsey dijo:

—Perdón, capitán, pero ¿a quiénes de ellos se llevó el diablo?

—A Ramón Gallegos, William Shaw y George W. Kent.

—Pero ¿qué pasó con Berry Davis? Debería haberle llenado el cuerpo de plomo.

—Calla estúpido; lo habrías hecho, pero no habrías podido matarlo. Vete a dormir.

UNA SALITA CERCA DE LA CALLE EDGWARE

GRAHAM GREENE*

Bajo la suave llovizna estival, Craven pasó junto a la estatua de Aquiles. Acababan de encender las luces, pero ya los coches se apiñaban en dirección de Marble Arch, y los angulosos y calculadores rostros judíos se asomaban a la calle, dispuestos a pasar un buen rato con cualquier cosa que les saliera al paso. Amargamente, Craven pasaba a su lado, con el cuello del impermeable cerrado hasta la garganta; era uno de sus días malos.

Durante todo el trayecto a través del parque se vio obligado a recordar que el amor existía; pero el amor exigía dinero. Un pobre debía conformarse con el placer físico. El amor exigía un buen traje, un coche, un departamento en alguna parte, o un buen hotel. Exigía que lo envolvieran en celofán. Todo el tiempo tenía conciencia de su raída corbata bajo el impermeable, y de sus mangas gastadas; iba con su cuerpo como con alguien a quien odiara (solía tener momentos de felicidad en el salón de lectura del British Museum, pero el cuerpo lo llamaba a la realidad). Sus únicos sentimientos eran algunos recuerdos de feos actos cometidos en los bancos de las plazas. Para la mayoría de la gente, el cuerpo moría demasiado pronto; pero ése no era el inconveniente para Craven, de ningún modo. El cuerpo seguía viviendo; a través de la brillante y metálica lluvia, de paso hacia alguna tribuna, cruzó un hombrecito de negro con una bandera: "El cuerpo renacerá del polvo". Recordó un sueño; un sueño del cual ya había despertado tres veces temblando: estaba solo en el enorme, oscuro y cavernoso cementerio del mundo; el globo terrestre era un panal de muertos, y en el sueño descubría que el cuerpo no se destruye. No hay

* Henry Graham Greene, británico (1904-1991). Autor de *El poder y la gloria*, *Los comediantes*, *El factor humano* y *Nuestro hombre en la Habana*, entre otras novelas.

gusanos, ni disolución. Debajo de la superficie, el mundo está repleto de masas de carne muerta preparada para volver a levantarse con sus verrugas, sus forúnculos y sus erupciones. Después, permanecía tendido en su lecho, recordando —como “anuncios de gran alegría”— que, después de todo, el cuerpo se corrompe.

Con rápido paso, tomó por la calle Edgware; los soldados de la Guardia se pascaban en parejas, como grandes y alargadas bestias lánguidas; dentro de sus pantalones ajustados, sus cuerpos parecían gusanos. Los odiaba, y odiaba su odio porque sabía lo que era: envidia. Sabía que cada uno de ellos tenía un cuerpo mejor que el suyo; la indigestión le consumía el estómago; estaba seguro de que su aliento era repugnante, pero, ¿a quién podía preguntárselo? A veces se perfumaba secretamente, aquí y allá; era uno de los más feos de sus secretos. ¿Por qué le pedían que creyera en la resurrección del cuerpo que él tanto deseaba olvidar? A veces rezaba, de noche (un dejo de creencia religiosa se alojaba en su pecho como un gusano en una nuez), para que por lo menos su cuerpo no resurgiera.

Conocía demasiado bien las calles laterales que cruzaban la calle Edgware; cuando estaba de mal humor, caminaba simplemente hasta cansarse, mirando de reojo su propia imagen en las vidrieras de Salmon y Gluckstein y del A. B. C. Por eso advirtió de inmediato los carteles frente al teatro abandonado de la calle Culpar. No eran muy inusitados, porque a veces la Sociedad Dramática de Barclays Bank alquilaba por una noche el local; otras veces pasaban alguna oscura película con fines comerciales. El teatro había sido construido en 1920 por un optimista que pensó que la irregularidad del terreno compensaría de sobra la desventaja de que estuviera situado a una milla de distancia de la zona de los teatros. Pero ninguna obra tuvo éxito en él, y pronto el local quedó abandonado, llenándose poco a poco de nidos de ratas y de telarañas. El forro de los asientos no fue nunca renovado; y la única vida del lugar consistía en la temeraria y falsa agitación de alguna obra de ficción, o de alguna función de beneficencia.

Craven se detuvo y leyó; parecía que todavía había optimistas en 1939, porque sólo el más ciego optimista podía alimentar la esperanza de ganar dinero en ese lugar convirtiéndolo en “El Hogar del Cine Mudo”. Se anunciaba la primera temporada de “pri-

mitivos" (una expresión *snob*); no habría nunca una segunda. Bueno, la entrada era barata, y ya que estaba cansado, quizá valiera un chelín meterse en cualquier parte para salir de la lluvia. Craven compró una entrada, y se sumergió en las tinieblas de la platea.

En la profunda oscuridad un piano tintineaba algo que monótonamente recordaba a Mendelssohn; Craven se sentó en un asiento lateral, e inmediatamente tuvo conciencia del vacío que lo rodeaba. No, no habría una segunda temporada. En la pantalla, una mujer voluminosa con una especie de toga se retorció las manos, y luego se dirigía hacia un diván, bamboleándose con extraños movimientos y sacudidas. Allí se sentó, y se quedó mirando desesperadamente hacia adelante, como un perro ovejero, a través de su pelo, suelto, oscuro y acordonado. A veces parecía disolverse definitivamente en puntos, lucecitas y líneas onduladas. Un subtítulo decía: "Pompilia traicionada por su amante Augusto trata de poner fin a sus desdichas".

Por fin Craven comenzó a ver un confuso desierto de plateas. No había más de veinte personas en el local; unas cuantas parejas que murmuraban con las cabezas juntas, y unos cuantos hombres solitarios que llevaban como él el mismo uniforme del impermeable barato. Estaban diseminados a intervalos, como cadáveres; y nuevamente volvió la obsesión de Craven, el dolor de muelas del terror. Pensó, angustiado: "Estoy enloqueciendo; los demás no sienten estas cosas". Hasta un teatro abandonado le recordaba esas interminables cavernas donde los cadáveres esperan la resurrección.

"Esclavo de la pasión, Augusto pide más vino".

Un obeso y maduro actor teutón yacía sobre un codo en un diván, abrazado a una vasta mujer. La Canción de Primavera tintineaba ineptamente, y la pantalla fluctuaba como una indigestión. Alguien se acercó tanteando en la oscuridad, tropezando con las rodillas de Craven; era un hombre bajo. Craven experimentó la desagradable sensación de una larga barba que le acariciaba la boca. Luego oyó un profundo suspiro, mientras el recién llegado se ubicaba en el asiento contiguo; en la pantalla los acontecimientos habían adelantado con tal rapidez que Pompilia ya se había matado con un puñal —por lo menos, eso supuso Craven— y yacía inmóvil y opulenta entre sus lacrimosas esclavas.

Una voz fatigada y baja suspiró cerca de la oreja de Craven:

—¿Qué pasó? ¿Está durmiendo?

—No. Está muerta.

—¿Asesinada? —preguntó la voz, con intenso interés.

—No creo. Se suicidó.

Nadie chistó; nadie estaba tan interesado como para reprochar una conversación; los espectadores yacían en sus diversos asientos en actitudes de cansada distracción.

La película no terminaba allí; había que considerar todavía ciertas criaturas; ¿continuaría todo en la segunda generación? Pero el hombrequito barbudo sentado junto a Craven sólo parecía interesarse en la muerte de Pompilia. El hecho de haber entrado en ese momento parecía fascinarlo. Craven oyó dos veces la palabra "coincidencia"; el viejo siguió hablando solo, con voz baja y anhelante. "Pensándolo bien, ¡qué absurdo!", y luego: "nada de sangre". Craven no escuchaba; seguía sentado con las manos apretadas entre las rodillas, analizando el hecho que tantas veces había considerado: que corría el riesgo de volverse loco. Tenía que hacer un esfuerzo, tomarse unas vacaciones, ver a un médico (Dios sabía qué infección corría por sus venas). Advirtió que su vecino le hablaba.

—¿Qué? —le preguntó impaciente— ¿Qué decía?

—Que usted no puede imaginarse la cantidad de sangre que habría.

—¿A qué se refiere?

Cuando el hombre le hablaba, lo rociaba con su aliento húmedo. Había en su voz una pequeña burbuja, algo como un impedimento.

—Cuando uno mata a un hombre... —dijo.

—Ésta era una mujer —dijo Craven con impaciencia.

—Es lo mismo.

—Y esto no tiene nada que ver con un asesinato, por otra parte.

—No importa.

Parecían haberse internado en una absurda e insensata disputa en la oscuridad.

—Yo sé, ¿sabe? —dijo el barbudo con un tono de enorme orgullo.

--¿Sabe qué?

—Cómo son esas cosas —dijo con cautelosa ambigüedad.

Craven se volvió y trató de verlo más claramente. ¿Estaría loco? ¿Sería esto un anuncio de lo que podía ocurrirle a él? ¿Algún día se dedicaría a murmurar palabras incomprensibles a los desconocidos en los cinematógrafos? Mientras trataba de seguir la película, pensó: "No, por Dios; no me volveré loco todavía. No me volveré loco nunca". No podía distinguir nada, excepto la mancha negra del cuerpo de su vecino, como una bolsa. El hombre había empezado nuevamente a hablar consigo mismo. Decía: "Charla, tan charla. Dirán que fue por las cincuenta libras. Pero es mentira. Hay motivos y motivos. Siempre se conforman con el primer motivo. No buscan nunca más allá. Treinta años de motivos. Son tan simples", agregó finalmente con el mismo tono de anhelante ilimitado orgullo. Así que esto era la locura. Mientras pudiera darse cuenta de ello, sería cuerdo... relativamente hablando. No tan cuerdo quizá como los judíos del parque o los guardias de la calle Edgware, pero más cuerdo que esto. Era como un mensaje de estímulo, mientras el piano seguía tintineando.

Luego el hombrecito se volvió hacia él y nuevamente lo roció: "¿Se mató, dice usted? Pero, ¿quién puede saberlo? No basta saber qué mano sostenía el cuchillo". Repentina y confiadamente apoyó su mano sobre la de la Craven; una mano húmeda y pegajosa. Al comprender el posible significado de sus palabras, Craven dijo horrorizado:

—¿De qué está usted hablando?

—Yo sé —insistió el hombrecito—. Un hombre en mi posición llega a saber casi todo.

—¿Cuál es su posición? —dijo Craven, sintiendo sobre la suya la mano pegajosa; quizá se estaba portando como un histérico; después de todo, había decenas de explicaciones; podía ser alquitrán.

—Una posición que a *usted* le parecería bastante desesperada.

A veces, la voz se le ahogaba completamente en la garganta. Algo incomprensible había ocurrido en la pantalla; quita uno un momento la mirada de esas películas antiguas, y el argumento avanza hasta volverse irreconocible. Sólo los actores se movían lentamente y a sacudidas. Una joven en camisón parecía llorar en brazos

de un centurión romano: Craven no había visto antes a ninguno de los dos. "No temo a la muerte, Lucius, en tus brazos".

El hombrecito comenzó a reírse burlescamente, con aire de entendido. Otra vez hablaba solo. Hubiera sido fácil no prestarle ninguna atención, si no hubiera sido por esa mano pegajosa que ahora había retirado. Parecía estar tanteando el asiento frente a él. Tenía la costumbre de dejar caer la cabeza repentinamente hacia un costado, como un retardado. Dijo clara e insólitamente: "La tragedia de Bayswater".

—¿Qué es esto? —preguntó con sequedad Craven. Había visto esas palabras en un diario, antes de cruzar el parque.

—¿Qué?

—Eso de la tragedia.

—Pensar que a Cullen Mews lo llaman Bayswater.

De pronto, el hombrecito comenzó a toser, volviendo la cara hacia Craven y tosiéndole encima; parecía una venganza. Luego dijo con voz cascada:

—¿Dónde está? Mi paraguas.

Se levantó del asiento.

—Usted no tenía paraguas.

—Mi paraguas —repitió—. Mi... —y pareció perder definitivamente la palabra. Salió tropezando con las rodillas de Craven.

Craven lo dejó salir, pero antes de que tuviera tiempo de llegar hasta las ondulantes y polvorientas cortinas de la salida, la pantalla apareció vacía e iluminada; la película se había cortado, y alguien encendió inmediatamente una araña cubierta de tierra, que pendía en medio de la sala. La luz era suficiente para que Craven pudiera ver las manchas de sus manos. Esto no era histeria; esto era un hecho. No estaba loco; había estado sentado al lado de un loco que en algún lugar... ¿cómo se llamaba, Colon, Collin...? Craven se levantó de un salto y salió; la cortina negra le golpeó la cara. Pero ya era demasiado tarde; el hombre se había ido, y tenía tres esquinas para elegir. Eligió en cambio una casilla telefónica y marcó, con una sensación curiosa de cordura y decisión, el 999.

No tardó más de dos minutos en dar con la sección que buscaba. Se mostraron interesados y muy atentos. Sí había habido un crimen en Cullen Mews. Habían degollado a un hombre de oreja oreja con un cuchillo de cortar pan; un crimen horrible. Craven

empezó a decirles que había estado sentado al lado del asesino en un cinematógrafo; no podía ser otra persona; todavía tenía las manos manchadas de sangre; y mientras hablaba, recordó con repugnancia la barba húmeda. Pero la voz de Scotland Yard lo interrumpió.

—¡Oh no! —decía—, tenemos al asesino... de eso no cabe duda ninguna. Es el cadáver, lo que ha desaparecido.

Craven colgó el receptor. Se dijo en voz alta: “¿Por qué tenía que sucederme esto a *mí*? ¿Por qué a *mí*?” Volvió a penetrar en el horror de su sueño; la escuálida y oscura calle era uno de los innumerables túneles que comunicaban las tumbas donde los cuerpos imperecederos yacían.

“Fue un sueño”, se dijo, y al apoyarse en la pared vio en el espejo, arriba del teléfono, su propia cara rociada por diminutas gotitas de sangre, como el rocío de un perfumero. Comenzó a gritar.

—No quiero volverme loco. No quiero volverme loco. Estoy en mis cabales. No quiero volverme loco.

Una pequeña multitud empezó a reunirse, y pronto acudió un policía.

EN EL BOSQUE

RYUNOSUKE AGUTAGAWA*

DECLARACIÓN DEL LEÑADOR INTERROGADO POR EL OFICIAL DE INVESTIGACIONES DE LA KEBUSHI

—Yo confirmo, señor oficial, mi declaración. Fui yo el que descubrió el cadáver. Esta mañana, como lo hago siempre, fui al otro lado de la montaña para hachar abetos. El cadáver estaba en un bosque al pie de la montaña. ¿El lugar exacto? A cuatro o cinco cho, me parece, del camino del apeadero de Yamashina. Es un paraje silvestre, donde crecen el bambú y algunas coníferas raquílicas.

El muerto estaba tirado de espaldas. Vestía ropa de cazador de color celeste y llevaba un *eboshi* de color gris, al estilo de la capital. Sólo se veía una herida en el cuerpo, pero era una herida profunda en la parte superior del pecho. Las hojas secas de bambú caídas en su alrededor estaban como teñidas de suho. No, ya no corría sangre de la herida, cuyos bordes parecían secos y sobre la cual, bien lo recuerdo, estaba tan agarrado un gran tábano que ni siquiera escuchó que yo me acercaba.

¿Si encontré una espada o algo ajeno? No. Absolutamente nada. Solamente encontré, al pie de un abeto vecino, una cuerda, y también un peine. Eso es todo lo que encontré alrededor, pero las hierbas y las hojas muertas de bambú estaban holladas en todos los sentidos; la víctima, antes de ser asesinada, debió oponer fuerte resistencia. ¿Si no observé un caballo? No, señor oficial. No es ése un lugar que pueda llegar un caballo. Una infranqueable espesura separa ese paraje de la carretera.

* Ryunosuke Agutagawa, japonés (1892-1927). Autor de *Rashomon*, *Cuentos breves japoneses*, *Los tres tesoros* y *Cuentos grotescos y curiosos*.

DECLARACIÓN DEL MONJE BUDISTA INTERROGADO
POR EL MISMO OFICIAL

—Puedo asegurarle, señor oficial, que yo había visto ayer al que encontraron muerto hoy. Sí, fue hacia el mediodía, creo; a mitad de camino entre Sekiyama y Yamashina. Él marchaba en dirección a Sekiyama, acompañado por una mujer montada a caballo. La mujer estaba velada, de manera que no pude distinguir su cara. Me fijé solamente en su kimono, que era de color violeta. En cuanto al caballo, me parece que era un alazán con las crines cortadas. ¿Las medidas? Tal vez cuatro shaku¹ cuatro sun², me parece; soy un religioso y no entiendo mucho de ese asunto. ¿El hombre? Iba bien armado. Portaba sable, arco y flechas. Sí, recuerdo más que nada esa aljaba laqueada de negro donde llevaba una veintena de flechas, la recuerdo muy bien.

¿Cómo podía adivinar yo el destino que le esperaba? En verdad la vida humana es como el rocío o como un relámpago... Lo lamento... no encuentro palabras para expresarlo...

DECLARACIÓN DEL SOPLÓN
INTERROGADO POR EL MISMO OFICIAL

—¿El hombre al que agarré? Es el famoso bandolero llamado Tajomaru, sin duda. Pero cuando lo apresé estaba caído sobre el puente de Awataguchi, gimiendo. Parecía haber caído del caballo. ¿La hora? Hacia la primera del Kong³, ayer al caer la noche. La otra vez, cuando se me escapó por poco, llevaba puesto el mismo kimono azul y el mismo sable largo. Esta vez, señor oficial, como usted pudo comprobar, llevaba también arco y flechas. ¿Que la víctima tenía las mismas armas? Entonces no hay dudas. Tajomaru es el asesino. Porque el arco enfundado en cuero, la aljaba laqueada en negro, diecisiete flechas con plumas de halcón, todo lo tenía

¹ El *shaku* es una antigua medida de longitud que equivalía, aproximadamente, a unos treinta centímetros. (N. del E.)

² El *sun* era la décima parte de un shaku. (N. del E.)

³ Qué hora viene a ser la primera del Kong es difícil de establecer en nuestra época civilizada, en la que los horarios se han hecho variables para —entre otras cosas— mejor aprovechar la luz del día. Digamos que la primera del Kong es, como dice el texto, “al caer la noche”, cuando la tensión eléctrica comienza a disminuir. (N. del E.)

con él. También el caballo era, como usted dijo, un alazán con las crines cortadas. Ser atrapado gracias a este animal era su destino. Con sus largas riendas arrastrándose, el caballo estaba mordisqueando hierbas cerca del puente de piedra, en el borde de la carretera.

De todos los ladrones que rondan los caminos de la capital, este Tajomaru es conocido como el más mujeriego. En el otoño del año pasado fueron halladas muertas en la capilla de Pindola del templo Toribe, una dama que venía en peregrinación y la joven sirvienta que la acompañaba. Los rumores atribuyeron ese crimen a Tajomaru. Si es él el que mató a este hombre, es fácil suponer qué hizo de la mujer que venía a caballo.

No quiero entrometerme donde no me corresponde, señor oficial, pero este aspecto merece ser aclarado.

DECLARACIÓN DE UNA ANCIANA INTERROGADA
POR EL MISMO OFICIAL

—Sí, es el cadáver de mi yerno. Él no era de la capital; era funcionario del gobierno de la provincia de Wakasa. Se llamaba Takehiro Kanazawa. Tenía veintiséis años. No. Era un hombre de buen carácter, no podía tener enemigos.

¿Mi hija? Se llama Masago. Tiene diecinueve años. Es una muchacha valiente, tan intrépida como un hombre. No conoció a otro hombre que a Takehiro. Tiene cutis moreno y un lunar cerca del ángulo externo del ojo izquierdo. Su rostro es pequeño y ovalado.

Takehiro había partido ayer con mi hija hacia Wakasa. ¡Quién iba a imaginar que lo esperaba ese destino! ¿Dónde está mi hija? Debo resignarme a aceptar la suerte corrida por su marido, pero no puedo evitar sentirme inquieta por la de ella. Se lo suplica una pobre anciana, señor oficial: investigue, se lo ruego, qué fue de mi hija, aunque tenga que arrancar hierba por hierba para encontrarla. Y ese bandolero... ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí Tajomaru! ¡Lo odio! No solamente mató a mi yerno, sino que... *(Los sollozos ahogaron sus palabras.)*

CONFESIÓN DE TAJOMARU

Sí, yo maté a ese hombre. Pero no a la mujer. ¿Qué dónde está ella entonces? Yo no sé nada. ¿Qué quieren de mí? ¡Escuchen! Ustedes no podrían arrancarme por medio de torturas, por muy atroces que fueran, lo que ignoro. Y como nada tengo que perder, nada oculto.

Ayer, pasado el mediodía, encontré a la pareja. El velo agitado por un golpe de viento descubrió el rostro de la mujer. Sí, sólo por un instante... Un segundo después ya no lo veía. La brevedad de esta visión fue causa, tal vez, de que esa cara me pareciese tan hermosa como la de *Bosatsu*. Repentinamente decidí apoderarme de la mujer, aunque tuviese que matar a su acompañante.

¿Qué? Matar a un hombre no es cosa tan importante como la que ustedes creen. El rapto de una mujer implica necesariamente la muerte de su compañero. Yo solamente mato mediante el sable que llevo en mi cintura, mientras que vosotros matáis por medio del poder, del dinero, y hasta de una palabra aparentemente benévola. Cuando matáis vosotros, la sangre no corre, la víctima continúa viviendo. ¡Pero no la habéis matado menos! Desde el punto de vista de la gravedad de la falta, me pregunto quién es más criminal. (*Sonrisa irónica.*)

Pero mucho mejor es tener a la mujer sin matar al hombre. Mi humor del momento me indujo a tratar de hacerme de la mujer sin atentar, en lo posible, contra la vida del hombre. Sin embargo, como no podía hacerlo en el concurrido camino a Yamashina, me arreglé para llevar a la pareja a la montaña.

Resultó muy fácil. Haciéndome pasar por otro viajero, les conté que allá, en la montaña, había una vieja tumba, y que en ella yo había descubierto gran cantidad de espejos y de sables. Para ocultarlos de la mirada de los envidiosos los había enterrado en un bosque al pie de la montaña. Yo buscaba a un comprador para ese tesoro, que ofrecía a precio vil. El hombre se interesó visiblemente por la historia... Luego... ¡Es terrible la avaricia! Antes de media hora, la pareja había tomado conmigo el camino de la montaña.

Cuando llegamos ante el bosque, dije a la pareja que los tesoros estaban enterrados allá, y les pedí que me siguieran para verlos.

Enceguecido por la codicia, el hombre no encontró motivos para dudar, mientras la mujer prefirió esperar montada en el caballo. Comprendí muy bien su reacción ante la cerrada espesura; era precisamente la actitud que yo esperaba. De modo que, dejando sola a la mujer, penetré en el bosque seguido por el hombre.

Al comienzo, sólo había bambúes. Después de marchar durante un rato, llegamos a un pequeño claro junto al cual se alzaban unos abetos... Era el lugar ideal para poner en práctica mi plan. Abriéndome paso entre la maleza, lo engañé diciéndole con aire sincero que los tesoros estaban bajo esos abetos. El hombre se dirigió sin vacilar un instante hacia esos árboles enclenques. Los bambúes iban raleando, y llegamos al pequeño claro. Y apenas llegamos, me lancé sobre él y lo derribé. Era un hombre armado y parecía robusto, pero no esperaba ser atacado. En un abrir y cerrar de ojos estuvo atado al pie de un abeto. ¿La cuerda? Soy ladrón, siempre llevo atada una atada a mi cintura, para saltar un cerco, o cosas por el estilo, para impedirle gritar, tuve que llenarle la boca de hojas secas de bambú.

Cuando lo tuve bien atado, regresé en busca de la mujer, y le dije que viniera conmigo, con el pretexto de que su marido había sufrido un ataque de alguna enfermedad. De más está decir que me creyó. Se desembarazó de su *ichimegasa* y se internó en el bosque tomada de mi mano. Pero cuando advirtió al hombre atado al pie del abeto, extrajo un puñal que había escondido, no sé cuándo, entre su ropa. Nunca vi una mujer tan intrépida. La menor distracción me habría costado la vida; me hubiera clavado el puñal en el vientre. Aun reaccionando con presteza fue difícil para mí eludir tan furioso ataque. Pero por algo soy el famoso Tajomaru: conseguí desarmarla, sin tener que usar mi arma. Y desarmada, por inflexible que se haya mostrado, nada podía hacer. Obtuve lo que quería sin cometer un asesinato.

Sí, sin cometer un asesinato, yo no tenía motivo alguno para matar a ese hombre. Ya estaba por abandonar el bosque, dejando a la mujer bañada en lágrimas, cuando ella se arrojó a mis brazos como una loca. Y la escuché decir, entrecortadamente, que ella deseaba mi muerte o la de su marido, que no podía soportar la vergüenza ante dos hombres vivos, que eso era peor que la muerte. Esto no era todo. Ella se uniría al que sobreviviera,

Semiconsciente, hundí el puñal en su pecho, a través de su kimono.

Y volví a caer desvanecida. Cuando desperté, miré a mi alrededor. Mi marido, siempre atado, estaba muerto desde hacía tiempo. Sobre su rostro lívido, los rayos del sol poniente, atravesando los bambúes que se entremezclaban con las ramas de los abetos, acariciaban su cadáver. Después... ¿qué me pasó? No tengo fuerzas para contarlo. No logré matarme. Apliqué el cuchillo contra mi garganta, me arrojé a una laguna en el valle... ¡Todo lo probé! Pero, puesto que sigo con vida, no tengo ningún motivo para jactarme. (*Triste sonrisa.*) Tal vez hasta la infinitamente misericorde Bosatsu abandonaría a una mujer como yo. Pero yo, una mujer que mató a su esposo, que fue violada por un bandido... ¿qué podría hacer. Aunque yo... yo... (*Estalla en sollozos.*)

LO QUE NARRÓ EL ESPÍRITU POR LABIOS DE UNA BRUJA

—El salteador, una vez logrado su fin, se sentó junto a mi mujer y trató de consolarla por todos los medios. Naturalmente, a mí me resultaba imposible decir nada; estaba atado al pie del abeto. Pero la miraba a ella significativamente, tratando de decirle: “No le escuches, todo lo que dice es mentira”. Eso es lo que yo quería hacerle comprender. Pero ella, sentada lánguidamente sobre las hojas muertas de bambú, miraba con fijeza sus rodillas. Daba la impresión de que prestaba oídos a lo que decía el bandido. Al menos, eso es lo que me parecía a mí. El bandido, por su parte, escogía las palabras con habilidad. Me sentí torturado y enneguecido por los celos. Él le decía: “Ahora que tu cuerpo fue mancillado tu marido no querrá saber nada de ti. ¿No quieres abandonarlo y ser mi esposa? Fue a causa del amor que me inspiraste que yo actúe de esta manera”. Y repetía una y otra vez semejantes argumentos.

Ante tal discurso, mi mujer alzó la cabeza como extasiada. Yo mismo no la había visto nunca con expresión tan bella. ¿Y qué piensan ustedes que mi tan bella mujer respondió al ladrón delante de su marido maniatado? Le dijo: “Llévame donde quieras”. (*Aquí, un largo silencio.*)

Pero la traición de mi mujer fue aún mayor. ¡Si no fuera por esto, yo no sufriría tanto en la negrura de esta noche! Cuando, tomada de la mano del bandolero, estaba a punto de abandonar el lugar, se dirigió hacia mí con el rostro pálido, y señalándome con el dedo a mí, que estaba atado al pie del árbol, dijo: "¡Mata a ese hombre! ¡Si queda vivo no podré vivir contigo!". Y gritó una y otra vez como una loca: "¡Mátalo! ¡Acaba con él!". Estas palabras, sonando a coro, me siguen persiguiendo en la eternidad. Acaso pudo salir alguna vez de labios humanos una expresión de deseos tan horrible? ¿Escuchó o ha oído alguno palabras tan malignas? Palabras que... *(Se interrumpe, riendo extrañamente.)*

Al escucharlas, hasta el bandido empalideció. "¡Acaba con este hombre!". Repitiendo esto, mi mujer se aferraba a su brazo. El bandido, mirándola fijamente, no le contestó. Y de inmediato la arrojó de una patada sobre las hojas secas. *(Estalla otra vez en carcajadas.)* Y mientras se cruzaba lentamente de brazos, el bandido me preguntó: "¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que la mate o que la perdone?, no tienes que hacer otra cosa que mover la cabeza. ¿Quieres que la mate?...".

Solamente por esta actitud, yo habría perdonado a ese hombre. *(Silencio.)*

Mientras yo vacilaba, mi esposa gritó y se escapó, internándose en el bosque. El hombre, sin perder un segundo, se lanzó tras ella, sin poder alcanzarla. Yo contemplaba inmóvil esa pesadilla.

Cuando mi mujer se escapó, el bandido se apoderó de mis armas, y cortó la cuerda que me sujetaba en un solo punto. Y mientras desaparecía en el bosque, pude escuchar que murmuraba:

"Esta vez me toca a mí". Tras su desaparición, todo volvió a la calma. Pero no. "¿Alguien llora?", me pregunté. Mientras me liberaba, presté atención: eran mis propios sollozos los que había oído. *(La voz calla, por tercera vez, haciendo una larga pausa.)*

Por fin, bajo el abeto, liberé completamente mi cuerpo dolorido. Delante mío relucía el puñal que mi esposa había dejado caer. Asiéndolo, lo clavé de un golpe en mi pecho. Sentí un borbotón acre y tibio subir por mi garganta, pero nada me dolió. A medida que mi pecho se entumecía, el silencio se profundizaba. ¡Ah, ese silencio! Ni siquiera cantaba un pájaro en el cielo de aquel bosque. Sólo caía, a través de los bambúes y los abetos, un último rayo del

agregó jadeando. En aquel momento, sentí el violento deseo de matar a ese hombre. (*Una oscura emoción produjo en Tajomaru un escalofrío.*)

Al escuchar lo que les cuento pueden creer que soy un hombre más cruel que ustedes. Pero ustedes no vieron la cara de esa mujer; no vieron, especialmente, el fuego que brillaba en sus ojos cuando me lo suplicó. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí el deseo de que fuera mi mujer, aunque el cielo me fulminara. Y no fue, lo juro, a causa de la lascivia vil y licenciosa que ustedes pueden imaginar. Si en aquel momento decisivo yo me hubiera guiado sólo por el instinto, me habría alejado después de deshacerme de ella con un puntapié. Y no habría manchado mi espada con la sangre de ese hombre. Pero entonces, cuando miré a la mujer en la penumbra del bosque, decidí no abandonar el lugar sin haber matado a su marido.

Pero aunque había tomado esa decisión, yo no lo iba a matar indefenso. Desaté la cuerda y lo desafié. (Ustedes habrán encontrado esa cuerda al pie del abeto, yo olvidé llevarmela.) Hecho una furia, el hombre desenvainó su espada y, sin decir palabra alguna, se precipitó sobre mí. No hay nada que contar, ya conocen el resultado. En el vigésimo tercer asalto mi espada le perforó el pecho. ¡En el vigésimo tercer asalto! Sentí admiración por él, nadie me había resistido más de veinte... (*Sereno suspiro.*)

Mientras el hombre se desangraba, me volví hacia la mujer, empuñando todavía el arma ensangrentada.

¡Había desaparecido! ¿Para qué lado había tomado? La busqué entre los abetos. El suelo cubierto de hojas secas de bambú no ofrecía rastros. Mi oído no percibió otro sonido que el de los estertores del hombre que agonizaba.

Tal vez al comenzar el combate la mujer había huido a través del bosque en busca de socorro. Ahora ustedes deben tener en cuenta que lo que estaba en juego era mi vida; apoderándome de las armas del muerto retomé el camino hacia la carretera. ¿Qué sucedió después? No vale la pena contarlo. Diré apenas que antes de entrar en la capital, vendí la espada. Tarde o temprano sería colgado, siempre lo supe. Condénenme a morir. (*Gesto de arrogancia.*)

CONFESIÓN DE UNA MUJER QUE
FUE AL TEMPLO DE KIYOMIZU

Después de violarme, el hombre del kimono azul miró burlonamente a mi esposo, que estaba atado. ¡Oh, cuánto odio debió sentir mi esposo! Pero sus contorsiones no hacían más que clavar en su carne la cuerda que lo sujetaba. Instintivamente corrí, mejor dicho, quise correr hacia él. Pero el bandido no me dio tiempo, y arrojándome un puntapié me hizo caer. En ese instante, vi un extraño resplandor en los ojos de mi marido... un resplandor verdaderamente extraño... Cada vez que pienso en esa mirada, me estremezco. Imposibilitado de hablar, mi esposo expresaba por medio de sus ojos lo que sentía. No era otra cosa que un frío desprecio hacia mí. Más anonadada por ese sentimiento que por el golpe del bandido, grité alguna cosa y caí desvanecida.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperé la conciencia. El bandido había desaparecido, y mi marido seguía atado al pie del abeto. Incorporándome penosamente sobre las hojas secas, miré a mi esposo: su expresión era la misma de antes: una mezcla de desprecio y de odio glacial. ¿Vergüenza? ¿Tristeza? ¿Furia? ¿Cómo calificar a lo que sentí en ese momento? Terminé de incorporarme, vacilante, me aproximé a mi marido, y le dije:

—Takehiro, después de lo que he sufrido y en esta situación horrible en que me encuentro, ya no podré seguir contigo. ¡No me pida otra cosa que matarme aquí mismo! ¡Pero también exige tu muerte. Has sido testigo de mi vergüenza! ¡No puedo permitir que me sobrevivas!

Se lo dije gritando. Pero él, inmóvil, seguía mirándome como antes, despectivamente. Conteniendo los latidos de mi corazón, busqué la espada de mi esposo. El bandido debió llevársela, porque no pude encontrarla entre la maleza. El arco y las flechas tampoco estaban. Por casualidad, encontré cerca mi puñal.

Lo tomé, y levantándolo sobre Takehiro, repetí:

—Te pido tu vida. Yo te seguiré.

Entonces, por fin movió los labios. Las hojas secas de bambú que llenaban la boca le impedían hacerse escuchar. Pero un movimiento de sus labios casi imperceptible me dio a entender lo que deseaba. Sin dejar de despreciarme, me estaba diciendo: "Mátame".

sol que desaparecía... Luego ya no vi bambúes ni abetos. Tendido en tierra, fui envuelto por un denso silencio. En aquel momento, unos pasos furtivos se me acercaron. Traté de volver la cabeza, pero ya me envolvía una difusa oscuridad. Una mano invisible retiraba dulcemente el puñal de mi pecho. La sangre volvió a llenarme la boca. Ése fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar...

.

EL DIABLO EN LA BOTELLA

ROBERT LOUIS STEVENSON*

Había un hombre en la isla de Hawaii al que llamaré Keawe; porque la verdad es que aún vive y que su compra debe permanecer secreto; pero su lugar de nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; leía y escribía tan bien como un maestro de escuela; además era un marinero de primera clase que había trabajado durante algún tiempo en los vapores de la isla y piloteado un ballenero en la costa de Hamakua. Finalmente, a Keawe se le ocurrió que le gustaría ver el gran mundo y las ciudades extranjeras y se embarcó con rumbo a San Francisco.

San Francisco es una hermosa ciudad, con un excelente puerto y muchas personas adineradas; y, más en concreto, existe en esa ciudad una colina que está cubierta de palacios. Un día, Keawe se paseaba por esta colina con mucho dinero en el bolsillo, contemplando con evidente placer las elegantes casas que se alzaban a ambos lados de la calle. “¡Qué casas tan buenas!”, iba pensando, “y ¡qué felices deben de ser las personas que viven en ellas, que no necesitan preocuparse del mañana!”. Seguía aún reflexionando sobre esto cuando llegó a la altura de una casa muy pequeña que algunas de las otras, pero muy bien acabada y tan bonita como un juguete; los escalones de la entrada brillaban como plata, los bordes del jardín florecían como guirnaldas y las ventanas resplandecían como diamantes. Keawe se detuvo, maravillándose de la excelencia de todo. Al pararse, se dio cuenta de que un hombre le

* Robert Louis Balfour Stevenson, escocés (1850-1894). Autor de *La isla del tesoro*, *El caso extraño del Doctor Jekyll y el Señor Hyde*, *Jardín de versos infantiles* y *Secuestrado*, entre otras novelas, poemas y cuentos.

estaba mirando a través de una ventana tan transparente que Keawe lo veía como se ve a un pez en una cala junto a los arrecifes. Era un hombre maduro, calvo y de barba negra; su rostro tenía una expresión pesarosa y suspiraba amargamente. Lo cierto es que mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre observaba a Keawe, cada uno de ellos envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió moviendo la cabeza, hizo un gesto a Keawe para que entrara y se reunió con él en la puerta de la casa.

—Es muy hermosa esta casa mía —dijo el hombre, suspirando amargamente—. ¿No le gustaría ver las habitaciones?

Y así fue como Keawe recorrió con él la casa, desde el sótano hasta el tejado; todo lo que había en ella era perfecto en su estilo y Keawe manifestó su gran admiración.

—Esta casa —dijo Keawe— es en verdad muy hermosa; si yo viviera en otra parecida, me pasaría el día riendo. ¿Cómo es posible, entonces, que no haga usted más que suspirar?

—No hay ninguna razón —dijo el hombre—, para que no tenga una casa en todo semejante a ésta, y aún más hermosa, si así lo desca. Posee usted algún dinero, ¿no es cierto?

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—, pero una casa como ésta costará más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga más —dijo—, porque eso podría causarle problemas en el futuro, pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—; la botella. Porque debo decirle que aunque le parezca una persona muy rica y afortunada, todo lo que poseo, y esta casa misma y el jardín, proceden de una botella en la que no cabe mucho más de una pinta. Aquí la tiene usted.

Y abriendo un mueble cerrado con llave, sacó una botella de panza redonda con un cuello muy largo; el cristal era de un color blanco como el de la leche, con cambiantes destellos irisados en su textura. En el interior había algo que se movía constantemente, algo así como una sombra y un fuego.

—Ésta es la botella —dijo el hombre; y, cuando Keawe se echó a reír, añadió—: ¿No me cree? Pruebe usted mismo. Trate de romperla.

De manera que Keawe cogió la botella y la estuvo tirando contra el suelo hasta que se cansó; porque rebotaba como una pelota y nada le sucedía.

—Es una cosa bien extraña —dijo Keawe—, porque tanto por aspecto como al tacto se diría que es de cristal.

—Es de cristal —replicó el hombre, suspirando más hondamente que nunca—, pero de un cristal templado en las llamas del infierno. Un diablo vive en ella y la sombra que vemos moverse es la suya, al menos eso creo yo. Cuando un hombre compra esta botella, el diablo se pone a su servicio; todo lo que esa persona desee, amor, fama, dinero, casas como ésta o una ciudad como San Francisco, será suyo con sólo pedirlo. Napoleón tuvo esta botella, y gracias a su virtud llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final y fracasó. El capitán Cook también la tuvo, y por ella descubrió tantas islas; pero también él la vendió, y por eso lo asesinaron en Hawaii. Porque al vender la botella desaparecen el poder y la protección; y a no ser que un hombre esté contento con lo que tiene, acaba por sucederle algo.

—Y sin embargo, ¿habla usted de venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que quiero y me estoy haciendo viejo —respondió el hombre—. Hay una cosa que el diablo de la botella no puede hacer... y es prolongar la vida; y, no sería justo ocultárselo a usted, la botella tiene un inconveniente; porque si un hombre muere antes de venderla, arderá para siempre en el infierno.

—Sí que es un inconveniente, no cabe duda —exclamó Keawe—. Y no quisiera verme mezclado en ese asunto. No me importa demasiado tener una casa, gracias a Dios; pero hay una cosa que sí me importa muchísimo, y es condenarme.

—No vaya usted tan de prisa, amigo mío —contestó el hombre—. Todo lo que tiene que hacer es usar el poder de la botella con moderación, venderla después a alguna persona como estoy haciendo yo ahora y terminar su vida cómodamente.

—Pues yo observo dos cosas —dijo Keawe—. Una es que se pasa usted todo el tiempo suspirando como una doncella enamorada; y la otra que vende usted la botella demasiado barata.

—Ya le he explicado por qué suspiro —dijo el hombre—. Temo que mi salud esté empeorando; y, como ha dicho usted mismo, morir e irse al infierno es una desgracia para cualquiera. En

cuanto a venderla tan barata, tengo que explicarle una peculiaridad que tiene esta botella. Hace mucho tiempo, cuando Satanás la trajo a la tierra, era extraordinariamente cara, y fue el Preste Juan el primero que la compró por muchos millones de dólares; pero sólo puede venderse si se pierde dinero en la transacción. Si se vende por lo mismo que se ha pagado por ella, vuelve al anterior propietario como si se tratara de una paloma mensajera. De ahí se sigue que el precio haya ido disminuyendo con el paso de los siglos y que ahora la botella resulte francamente barata. Yo se la compré a uno de los ricos propietarios que viven en esta colina y sólo pagué noventa dólares. Podría venderla hasta por ochenta y nueve dólares y noventa centavos, pero ni un céntimo más; de lo contrario la botella volvería a mí. Ahora bien, esto trae consigo dos problemas. Primero, que cuando se ofrece una botella tan singular por ochenta dólares y pico, la gente supone que uno está bromeando. Y segundo..., pero como eso no corre prisa que lo sepa, no hace falta que se lo explique ahora. Recuerde tan sólo que tiene que venderla por moneda acuñada.

—¿Cómo sé que todo eso es verdad? —preguntó Keawe.

—Hay algo que puede usted comprobar inmediatamente —replicó el otro—. Deme sus cincuenta dólares, coja la botella y pida que los cincuenta dólares vuelvan a su bolsillo. Si no sucede así, le doy mi palabra de honor de que consideraré inválido el trato y le devolveré el dinero.

—¿No me está engañando?

El hombre confirmó sus palabras con un solemne juramento.

—Bueno; me arriesgaré a eso —dijo Keawe—, porque no me puede pasar nada malo.

Acto seguido le dio su dinero al hombre y el hombre le pasó la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—, quiero recobrar mis cincuenta dólares.

Y, efectivamente apenas había terminado la frase, cuando su bolsillo pesaba ya lo mismo que antes.

—No hay duda de que es una botella maravillosa —dijo Keawe.

—Y ahora muy buenos días, mi querido amigo, ¡y que el diablo le acompañe! —dijo el hombre.

—Un momento —dijo Keawe— yo ya me he divertido bastante. Tenga su botella.

—La ha comprado por menos de lo que yo pagué —replicó el hombre, frotándose las manos—. Lo único que deseo es perderlo de vista cuanto antes.

Con lo que llamó a su criado chino e hizo que acompañara a Keawe hasta la puerta.

Cuando Keawe se encontró en la calle con la botella bajo el brazo, empezó a pensar. “Si es verdad todo lo que me han dicho de esta botella, puede que haya hecho un pésimo negocio”, se dijo a sí mismo. “Pero quizá ese hombre me haya engañado”. Lo primero que hizo fue contar el dinero; la suma era exacta: cuarenta y nueve dólares en moneda americana y una pieza de Chile. “Parece que eso es verdad”, se dijo Keawe. “Veamos otro punto.”

Las calles de aquella parte de la ciudad estaban tan limpias como las cubiertas de un barco, y aunque era mediodía, tampoco se veía ningún pasajero. Keawe puso la botella en una alcantarilla y se alejó. Dos veces miró para atrás, y allí estaba la botella de color lechoso y panza redonda, en el sitio donde la había dejado. Miró por tercera vez y después dobló la esquina; pero apenas lo había hecho cuando algo le golpeó el codo, y no era otra cosa que el largo cuello de la botella! En cuanto a la redonda panza, estaba bien encajada en el bolsillo de su chaqueta de piloto.

—Parece que también esto es verdad —dijo Keawe.

La siguiente cosa que hizo fue comprar un sacacorchos en una tienda y retirarse a un sitio oculto en medio del campo. Una vez allí intentó sacar el corcho, pero cada vez que lo intentaba la espiral salía otra vez y el corcho seguía tan entero como al empezar.

—Este corcho es distinto de todos los demás —dijo Keawe, e inmediatamente empezó a temblar y a sudar, porque la botella le daba miedo.

Camino del puerto, vio una tienda donde un hombre vendía conchas y mazas de islas salvajes, viejas imágenes de dioses paganos, monedas antiguas, pinturas de China y Japón y todas esas cosas que los marineros llevan en sus baúles. En seguida se le ocurrió una idea. Entró y le ofreció la botella al dueño por cien dólares. El otro se rió de él en un principio, y le ofreció cinco; pero, en realidad, la botella era muy curiosa: ninguna boca humana había

soplado nunca un vidrio como aquél, ni cabía imaginar unos colores más bonitos que los que brillaban bajo su blanco lechoso, ni una sombra más extraña que la que daba vueltas en su centro; de manera que, después de regatear durante un rato a la manera de los de su profesión, el dueño de la tienda le compró la botella a Keawe por sesenta dólares y la colocó en un estante en el centro del escaparate.

—Ahora —dijo Keawe— he vendido por sesenta dólares lo que compré por cincuenta o, para ser más exactos, por un poco menos, porque uno de los dólares venía de Chile. En seguida averiguaré la verdad sobre otro punto.

Así que volvió a su barco y, cuando abrió su baúl, allí estaba la botella, que había llegado antes que él.

En aquel barco Keawe tenía un compañero que se llamaba Lopaka.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Lopaka— que miras el baúl tan fijamente?

Estaban solos en el castillo de proa. Keawe le hizo prometer que guardaría el secreto y se lo contó todo.

—Es un asunto muy extraño —dijo Lopaka—; y me temo que vas a tener dificultades con esa botella. Pero una cosa está muy clara: puesto que tienes asegurados los problemas, será mejor que obtengas también los beneficios. Decide qué es lo que deseas; da la orden y si resulta tal como quieres, yo mismo te compraré la botella; porque a mí me gustaría tener un velero y dedicarme a comerciar entre islas.

—No es eso lo que me interesa —dijo Keawe—. Quiero una hermosa casa y un jardín en la costa de Kona, donde nací; y quiero que brille el sol sobre la puerta, y que haya flores en el jardín, cristales en las ventanas, cuadros en las paredes, y adornos y tapetes de telas muy finas sobre las mesas; exactamente igual que la casa donde estuve hoy; sólo que un piso más alta y con balcones alrededor, como en el palacio del rey; y que pueda vivir allí sin preocupaciones de ninguna clase y divertirme con mis amigos y parientes.

—Bien —dijo Lopaka—, volvamos con la botella a Hawaii; y si todo resulta verdad como tú supones, te compraré la botella, como ya he dicho, y pediré una goleta.

Quedaron de acuerdo en esto y antes de que pasara mucho tiempo el barco regresó a Honolulu, llevando consigo a Keawe, a Lopaka y a la botella. Apenas habían desembarcado cuando encontraron en la playa a un amigo que inmediatamente empezó a dar el pésame a Keawe.

—No sé por qué me estás dando el pésame —dijo Keawe.

—¿Es posible que no te hayas enterado —dijo el amigo— de que tu tío, aquel hombre tan bueno, ha muerto; y de que tu primo, aquel muchacho tan bien parecido, se ha ahogado en el mar?

Keawe lo sintió mucho y al ponerse a llorar y a lamentarse, se olvidó de la botella. Pero Lopaka estuvo reflexionando y cuando su amigo se calmó un poco, le habló así:

—¿No es cierto que tu tío tenía tierras en Hawaii, en el distrito de Kaū?

—No —dijo Keawe—; en Kaū, no: están en la zona de las montañas, un poco al sur de Hookena.

—Esas tierras, ¿pasarán a ser tuyas? —preguntó Lopaka.

—Así es —dijo Keawe, y empezó otra vez a llorar la muerte de sus familiares.

—No —dijo Lopaka—; no te lamente ahora. Se me ocurre una cosa. ¿Y si todo esto fuera obra de la botella? Porque ya tienes preparado el sitio para hacer la casa.

—Si es así —exclamo Keawe—, la botella me hace un flaco servicio matando a mis parientes. Pero puede que sea cierto, porque fue en un sitio así donde vi la casa con la imaginación.

—La casa, sin embargo, todavía no está construida —dijo Lopaka.

—¡Y probablemente no lo estará nunca! —dijo Keawe—, porque si bien mi tío tenía algo de café, ava y plátanos, no será más que lo justo para que yo viva cómodamente; y el resto de esa tierra es de lava negra.

—Vayamos al abogado —dijo Lopaka—. Porque yo sigo pensando lo mismo.

Al hablar con el abogado, se enteraron de que el tío de Keawe se había hecho enormemente rico en los últimos tiempos y que le dejaba dinero en abundancia.

—¡Ya tienes el dinero para la casa! —exclamó Lopaka.

—Si está usted pensando en construir una casa —dijo el abogado—, aquí está la tarjeta de un arquitecto nuevo del que me cuentan grandes cosas.

—¡Cada vez mejor! —exclamó Lopaka— Está todo muy claro. Sigamos obedeciendo órdenes.

De manera que fueron a ver al arquitecto, que tenía diferentes proyectos de casas sobre la mesa.

—Usted desea algo fuera de lo corriente —dijo el arquitecto—. ¿Qué le parece esto?

Y le pasó a Keawe uno de los dibujos.

Cuando Keawe lo vio, dejó escapar una exclamación, porque representaba exactamente lo que él había visto con la imaginación.

“Ésta es la casa que quiero”, pensó Keawe. “A pesar de lo poco que me gusta cómo viene a parar a mis manos, ésta es la casa, y más vale que acepte lo bueno junto con lo malo.”

De manera que le dijo al arquitecto todo lo que quería, y cómo descaba amueblar la casa, y los cuadros que había que poner en las paredes y las figuritas para las mesas; y luego le preguntó sin rodeos cuánto le llevaría por hacerlo todo.

El arquitecto le hizo muchas preguntas, cogió una pluma e hizo un cálculo; y al terminar pidió exactamente la suma que Keawe había heredado.

Lopaka y Keawe se miraron el uno al otro y asintieron con la cabeza.

“Está bien claro, —pensó Keawe—, que voy a tener esta casa, tanto si quiero como si no. Viene del diablo y temo que nada bueno salga de ello; y si de algo estoy seguro es de que no voy a formular más deseos mientras siga teniendo esta botella. Pero de la casa ya no me puedo librar y más valdrá que acepte lo bueno junto con lo malo.”

De manera que llegó a un acuerdo con el arquitecto y firmaron un documento. Keawe y Lopaka se embarcaron otra vez camino de Australia; porque habían decidido entre ellos que no intervenirían en absoluto, y dejarían que el arquitecto y el diablo de la botella construyeran y decoraran aquella casa como mejor les pareciese.

El viaje fue bueno, aunque Keawe estuvo todo el tiempo conteniendo la respiración, porque había jurado que no formularía

más deseos ni recibiría más favores del diablo. Se había cumplido el plazo cuando regresaron. El arquitecto les dijo que la casa estaba lista y Keawe y Lopaka tomaron pasaje en el *Hall* camino de Kona para ver la casa y comprobar si todo se había hecho exactamente de acuerdo con la idea que Keawe tenía en la cabeza.

La casa se alzaba en la falda del monte y era visible desde el mar. Por encima, el bosque seguía subiendo hasta las nubes que traían la lluvia; por debajo, la lava negra descendía en riscos donde estaban enterrados los reyes de antaño. Un jardín florecía alrededor de la casa con flores de todos los colores; había un huerto de papayas a un lado y otro de árboles del pan en el lado opuesto; por delante, mirando al mar, habían plantado el mástil de un barco con una bandera. En cuanto a la casa, era de tres pisos, con amplias habitaciones y balcones muy anchos en los tres. Las ventanas eran de excelente cristal, tan claro como el agua y tan brillante como un día soleado. Muebles de todas clases adornaban las habitaciones. De las paredes colgaban cuadros con marcos dorados: pinturas de barcos, de hombres luchando, de las mujeres más hermosas y de los sitios más singulares; no hay en ningún lugar del mundo pinturas con colores tan brillantes como las que Keawe encontró colgadas de las paredes de su casa. En cuanto a los otros objetos de adorno, eran de extraordinaria calidad; relojes con carillón y cajas de música, hombrecillos que movían la cabeza, libros llenos de ilustraciones, armas muy valiosas de todos los rincones del mundo, y los rompecabezas más elegantes para entretener los ocios de un hombre solitario. Y como nadie querría vivir en semejantes habitaciones, tan sólo pasar por ellas y contemplarlas, los balcones eran tan amplios que un pueblo entero hubiera podido vivir en ellos sin el menor agobio; y Keawe no sabía qué era lo que más le gustaba: si el porche de atrás, a donde llegaba la brisa procedente de la tierra y se podían ver los huertos y las flores, o el balcón delantero, donde se podía beber el viento del mar, contemplar la empinada ladera de la montaña y ver al *Hall* yendo una vez por semana aproximadamente entre Hookena y las colinas de Pele, o las goleta siguiendo la costa para recoger cargamentos de madera, de ava y de plátanos.

Después de verlo todo Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

—Bien —preguntó Lopaka—, ¿está todo tal como lo habías planeado?

—No hay palabras para expresarlo —contestó Keawe—. Es mejor de lo que había soñado y estoy que reviento de satisfacción.

—Sólo queda una cosa por considerar —dijo Lopaka—; todo esto puede haber sucedido de manera perfectamente natural, sin que el diablo de la botella haya tenido nada que ver. Si comprara la botella y me quedara sin la goleta, habría puesto la mano en el fuego para nada. Te di mi palabra, lo sé: pero creo que no deberías negarme una prueba más.

—He jurado que no aceptaré más favores —dijo Keawe—. Creo que ya estoy suficientemente comprometido.

—No pensaba en un favor —replicó Lopaka—. Quisiera ver yo mismo al diablo de la botella. No hay ninguna ventaja en ello y por tanto tampoco hay nada de qué avergonzarse; sin embargo, si llego a verlo una vez, quedaré convencido del todo. Así que accede a mi deseo y déjame ver al diablo; el dinero lo tengo aquí mismo y después de esto te compraré la botella.

—Sólo hay una cosa que me da miedo —dijo Keawe—. El diablo puede ser una cosa horrible de ver; y si le pones el ojo encima quizá no tengas ya ninguna gana de quedarte con la botella.

Soy una persona de palabra —dijo Lopaka—. Y aquí dejo el dinero, entre los dos.

—Muy bien —replicó Keawe—. Yo también siento curiosidad. De manera que, vamos a ver: déjenos mirarlo, señor Diablo.

Tan pronto como lo dijo, el diablo salió de la botella y volvió a meterse, tan rápidamente como un lagarto; Keawe y Lopaka quedaron petrificados. Se hizo completamente de noche antes de que a cualquiera de los dos se le ocurriera algo que decir o hallaran la voz para decirlo; luego Lopaka empujó el dinero hacia Keawe y recogió la botella.

—Soy hombre de palabra —dijo—, y bien puedes creerlo, porque de lo contrario no tocaría esta botella ni con el pie. Bien, conseguiré mi goleta y unos dólares para el bolsillo; luego me desharé de este demonio tan pronto como pueda. Porque, si tengo que decirte la verdad, verlo me ha dejado muy abatido.

—Lopaka —dijo Keawe—, procura no pensar demasiado mal de mí; sé que es de noche, que los caminos están mal y que el

desfiladero junto a las tumbas no es un buen sitio para cruzarlo tan tarde, pero confieso que desde que he visto el rostro de ese diablo, no podré comer ni dormir ni rezar hasta que te lo hayas llevado. Voy a darte una linterna, una cesta para poner la botella y cualquier cuadro o adorno de la casa que te guste; después quiero que marches inmediatamente y vayas a dormir a Hookena con Nahinu.

—Keawe —dijo Lopaka—, muchos hombres se enfadarían por una cosa así; sobre todo después de hacerte un favor tan grande como es mantener la palabra y comprar la botella; y en cuanto a ser de noche, a la oscuridad y al camino junto a las tumbas, todas esas circunstancias tienen que ser diez veces más peligrosas para un hombre con semejante pecado sobre su conciencia y una botella como ésta bajo el brazo. Pero como yo también estoy muy asustado, no me siento capaz de acusarte. Me iré ahora mismo; y le pido a Dios que seas feliz en tu casa y yo afortunado con mi goleta, y que los dos vayamos al cielo al final a pesar del demonio y de su botella.

De manera que Lopaka bajó de la montaña; Keawe, por su parte, salió al balcón delantero; estuvo escuchando el ruido de las herraduras y vio la luz de la linterna cuando Lopaka pasaba junto al risco donde están las tumbas de otras épocas; durante todo el tiempo Keawe temblaba, se retorció las manos y rezaba por su amigo, dando gracias a Dios por haber escapado él mismo de aquel peligro.

Pero al día siguiente hizo un tiempo muy hermoso, y la casa nueva era tan agradable que Keawe se olvidó de sus terrores. Fueron pasando los días y Keawe vivía allí en perpetua alegría. Le gustaba sentarse en el porche de atrás; allí comía, reposaba y leía las historias que contaban los periódicos de Honolulu; pero cuando llegaba alguien a verle, entraba en la casa para enseñarle las habitaciones y los cuadros. Y la fama de la casa se extendió por todas partes; la llamaban *Ka-Hale Nui* —la Casa Grande— en todo Kona; y a veces la Casa Resplandeciente, porque Keawe tenía a su servicio a un chino que se pasaba todo el día limpiando el polvo y bruñendo los metales; y el cristal y los dorados, y las telas finas y los cuadros brillaban tanto como una mañana soleada. En cuanto a Keawe mismo, se le ensanchaba tanto el corazón con la casa que no se podía

pascar por las habitaciones sin ponerse a cantar; y cuando aparecía algún barco en el mar, izaba su estandarte en el mástil.

Así iba pasando el tiempo, hasta que un día Keawe fue a Kailua para visitar a unos amigos. Le hicieron un gran agasajo, pero él se marchó lo antes que pudo a la mañana siguiente y cabalgó muy de prisa, porque estaba impaciente por ver de nuevo su hermosa casa; y además, la noche de aquel día era la noche en que los muertos de antaño salen por los alrededores de Kona; y el haber tenido ya tratos con el demonio hacía que Keawe tuviera muy pocos deseos de tropezarse con los muertos. Un poco más allá de Honaunau, al mirar a lo lejos, advirtió la presencia de una mujer que se bañaba a la orilla del mar. Parecía una muchacha bien desarrollada, pero Keawe no pensó mucho en eso. Luego vio ondear su camisa blanca mientras se la ponía, y después su *holoku* rojo; cuando Keawe llegó a su altura, la joven había terminado de arreglarse y, alejándose del mar, se había colocado junto al camino con su *holoku* rojo; el baño la había tonificado y los ojos le brillaban, llenos de amabilidad. Nada más verla Keawe tiró de las riendas a su caballo.

—Creía conocer a todo el mundo en esta zona —dijo él—. ¿Cómo es que a ti no te conozco?

—Soy Kokua, hija de Kiano —respondió la muchacha—, y acabo de regresar de Oahu. ¿Quién es usted?

—Te lo diré dentro de un poco —dijo Keawe, desmontando del caballo—, pero no ahora mismo. Porque tengo una idea y si te dijera quién soy, como es posible que hayas oído hablar de mí, quizá al preguntarte no me dieras una respuesta sincera. Pero antes de nada dime una cosa: ¿estás casada?

Al oír esto, Kokua se echó a reír.

—Parece que es usted quien hace todas las preguntas —dijo ella—. Y usted, ¿está casado?

—No, Kokua, desde luego que no —replicó Keawe—, y nunca he pensado en casarme hasta este momento. Pero voy a decirte la verdad. Te he encontrado aquí junto al camino y, al ver tus ojos que son como estrellas, mi corazón se ha ido tras de ti tan veloz como un pájaro. De manera que, si ahora no quieres saber nada de mí, dilo, y me iré a mi casa; pero si no te parezco peor que cualquier otro joven, dilo también, y me desviaré para pasar la noche en casa de tu padre y mañana hablaré con él.

Kokua no dijo una palabra, pero miró hacia el mar y se echó a reír.

—Kokua —dijo Keawe, si no dices nada, consideraré que tu silencio es una respuesta favorable; así que pongámonos en camino hacia la casa de tu padre.

Ella fue delante de él sin decir nada; sólo de vez en cuando miraba para atrás y luego volvía a apartar la vista; y todo el tiempo llevaba en la boca las cintas del sombrero.

Cuando llegaron a la puerta, Kiano salió a la veranda y dio la bienvenida a Keawe llamándolo por su nombre. Al oírlo la muchacha se le quedó mirando, porque la fama de la gran casa había llegado a sus oídos; y no hace falta decir que era una gran tentación. Pasaron todos juntos la velada muy alegremente; y la muchacha se mostró muy descarada en presencia de sus padres y estuvo burlándose de Keawe porque tenía un ingenio muy vivo. Al día siguiente Keawe habló con Kiano y después tuvo ocasión de quedarse a solas con la muchacha.

—Kokua —dijo él—, ayer estuviste burlándote de mí durante toda la velada; y todavía estás a tiempo de despedirme. No quise decirte quién era porque tengo una casa muy hermosa y temía que pensaras demasiado en la casa y poco en el hombre que te ama. Ahora ya lo sabes todo, y si no quieres volver a verme, dilo cuanto antes.

—No —dijo Kokua; pero esta vez no se echó a reír ni Keawe le preguntó nada más.

Así fue el noviazgo de Keawe; las cosas sucedieron de prisa; pero aunque una flecha vaya muy veloz y la bala de un rifle todavía más rápida, las dos pueden dar en el blanco. Las cosas habían ido de prisa, pero también habían ido lejos y el recuerdo de Keawe llenaba la imaginación de la muchacha; Kokua escuchaba su voz al romperse las olas contra la lava de la playa, y por aquel joven que sólo había visto dos veces hubiera dejado padre y madre y sus islas nativas. En cuanto a Keawe, su caballo voló por el camino de la montaña bajo el risco donde estaban las tumbas, y el sonido de los cascos y la voz de Keawe cantando, lleno de alegría, despertaban el eco en las cavernas de los muertos. Cuando llegó a la Casa Resplandeciente todavía seguía cantando. Se sentó y comió en el amplio balcón y el chino se admiró de que su amo continuara can-

tando entre bocado y bocado. El sol se ocultó tras el mar y llegó la noche; Keawe estuvo paseándose por los balcones a la luz de las lámparas en lo alto de la montaña y sus cantos sobresaltaban a las tripulaciones de los barcos que cruzaban por el mar.

"Aquí estoy ahora, en este sitio mío tan elevado", se dijo a sí mismo. "La vida no puede irme mejor; me hallo en lo alto de la montaña; a mi alrededor, todo lo demás descende. Por primera vez iluminaré todas las habitaciones, usaré mi bañera con agua caliente y fría y dormiré solo en el lecho de la cámara nupcial."

De manera que el criado chino tuvo que levantarse y encender las calderas; y mientras trabajaba en el sótano oía a su amo cantando alegremente en las habitaciones iluminadas. Cuando el agua empezó a estar caliente el criado chino se lo advirtió a Keawe con un grito; Keawe entró en el cuarto de baño; y el criado chino le oyó cantar mientras la bañera de mármol se llenaba de agua; y le oyó cantar también mientras se desnudaba; hasta que, de repente, el canto cesó. El criado chino estuvo escuchando largo rato; luego alzó la voz para preguntarle a Keawe si todo iba bien, y Keawe le respondió: "Sí", y le mandó que se fuera a la cama; pero ya no se oyó cantar más en la Casa Resplandeciente; y durante toda la noche, el criado chino estuvo oyendo a su amo pasear sin descanso por los balcones.

Lo que había ocurrido era esto: mientras Keawe se desnudaba para bañarse, descubrió en su cuerpo una mancha semejante a la sombra del liquen sobre una roca, y fue entonces cuando dejó de cantar. Porque había visto otras manchas parecidas y supo que estaba atacado del Mal Chino: la lepra.

Es bien triste para cualquiera padecer esa enfermedad. Y también sería muy triste para cualquiera abandonar una casa tan hermosa y tan cómoda y separarse de todos sus amigos para ir a la costa norte de Molokai, entre enormes farallones y rompientes. Pero, ¿qué es eso comparado con la situación de Keawe, que había encontrado su amor un día antes y lo había conquistado aquella misma mañana, y que veía ahora quebrarse todas sus esperanzas en un momento, como se quiebra un trozo de cristal?

Estuvo un rato sentado en el borde de la bañera; luego se levantó de un salto dejando escapar un grito y corrió afuera; y

empezó a andar por el balcón, de un lado a otro, como alguien que está desesperado.

“No me importaría dejar Hawaii, el hogar de mis antepasados”, se decía Keawe. “Sin gran pesar abandonaría mi casa, la de las muchas ventanas, situada en lo alto, aquí en las montañas. No me faltaría valor para ir a Molokai, a Kalaupapa junto a los farallones, para vivir con los leprosos y dormir allí, lejos de mis antepasados. Pero, ¿qué agravio he cometido, qué pecado pesa sobre mi alma, para que haya tenido que encontrar a Kokua cuando salía del mar a la caída de la tarde? ¡Kokua, la que me ha robado el alma! ¡Kokua, la luz de mi vida! Quizá nunca llegue a casarme con ella, quizá nunca más vuelva ni a acariciarla con mano amorosa; ésa es la razón, Kokua, ¡por ti me lamento!”

Tienen ustedes que fijarse en la clase de hombre que era Keawe, ya que podría haber vivido durante años en la Casa Resplandeciente sin que nadie llegara a sospechar que estaba enfermo; pero a eso no le daba importancia si tenía que perder a Kokua. Hubiera podido incluso casarse con Kokua y muchos lo hubieran hecho, porque tienen el alma de cerdo; pero Keawe amaba a la doncella con amor varonil, y no estaba dispuesto a causarle ningún daño ni a exponerla a ningún peligro.

Algo después de la media noche se acordó de la botella. Salió al porche y recordó el día en que el diablo se había mostrado ante sus ojos; y aquel pensamiento hizo que se le helara la sangre en las venas.

“Esa botella es una cosa horrible”, pensó Keawe, “el diablo también es una cosa horrible, y aún más horrible es la posibilidad de arder para siempre en las llamas del infierno. Pero ¿qué otra posibilidad tengo de llegar a curarme o de casarme con Kokua? ¡Como! ¿Fui capaz de desafiar al demonio para conseguir una casa y no voy a enfrentarme con él para recobrar a Kokua?”

Entonces recordó que al día siguiente el *Hall* iniciaba su viaje de regreso a Honolulu. “Primero tengo que ir allí”, pensó, “y ver a Lopaka. Porque lo mejor que me puede suceder ahora es que encuentre la botella que tantas ganas tenía de perder de vista”.

No pudo dormir ni un solo momento; también la comida se le atragantaba; pero mandó una carta a Kiano, y cuando se acercaba la hora de la llegada del vapor, se puso en camino y cruzó por

delante del risco donde estaban las tumbas. Llovía; su caballo avanzaba con dificultad; Keawe contempló las negras bocas de las cuevas y envidió a los muertos que dormían en su interior, libres ya de dificultades; y recordó cómo había pasado por allí al galope el día anterior y se sintió lleno de asombro. Finalmente llegó a Hookena y, como de costumbre, todo el mundo se había reunido para esperar la llegada del vapor. En el cobertizo delante del almacén estaban todos sentados, bromeando y contándose las novedades; pero Keawe no sentía el menor deseo de hablar y permaneció en medio de ellos contemplando la lluvia que caía sobre las casas, y las olas que estallaban entre las rocas, mientras los suspiros se acumulaban en su garganta.

—Keawe, el de la Casa Resplandeciente, está muy abatido —se decían unos a otros. Así era, en efecto, y no tenía nada de extraordinario.

Luego llegó el *Hall* y la gasolinera lo llevó a bordo. La parte posterior del barco estaba llena de *haoles* (blancos) que habían ido a visitar el volcán como tienen por costumbre; en el centro se amontonaban los *kanakas*, y en la parte delantera viajaban toros de Hilo y caballos de Kaü, pero Keawe se sentó lejos de todos, hundido en su dolor, con la esperanza de ver desde el barco la casa de Kiano. Finalmente la divisó, junto a la orilla, sobre las rocas negras, a la sombra de las palmeras; cerca de la puerta se veía un *holoku* rojo no mayor que una mosca y que revoloteaba tan atareado como una mosca. “¡Ah, reina de mi corazón”, exclamó Keawe para sí, “arriesgaré mi alma para recobrarte!”

Poco después, al caer la noche, se encendieron las luces de las cabinas y los *haoles* se reunieron para jugar a las cartas y beber whisky como tienen por costumbre; pero Keawe estuvo paseando por cubierta toda la noche. Y todo el día siguiente, mientras navegaban a sotavento de Maui y de Molokai, Keawe seguía dando vueltas de un lado para otro como un animal salvaje dentro de una jaula.

Al caer la tarde pasaron Diamond Head y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe bajó en seguida a tierra y empezó a preguntar por Lopaka. Al parecer se había convertido en propietario de una goleta —no había otra mejor en las islas—, y se había marchado muy lejos en busca de aventuras, quizá hasta Pola-Pola, de manera

que no cabía esperar ayuda por ese lado. Keawe se acordó de un amigo de Lopaka, un abogado que vivía en la ciudad (no debo decir su nombre), y preguntó por él. Le dijeron que se había hecho rico de repente y que tenía una casa nueva y muy hermosa en la orilla de Waikiki; esto dio que pensar a Keawe, e inmediatamente alquiló un coche y se dirigió a casa del abogado.

La casa era muy nueva y los árboles del jardín apenas mayores que bastones; el abogado, cuando salió a recibirle, parecía un hombre satisfecho de la vida.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo el abogado.

—Usted es amigo de Lopaka —replicó Keawe—, y Lopaka me compró un objeto que quizá usted pueda ayudarme a localizar.

El rostro del abogado se ensombreció.

—No voy a fingir que ignoro de qué me habla, señor Keawe —dijo—, aunque se trata de un asunto muy desagradable que no conviene remover. No puedo darle ninguna seguridad, pero me imagino que si va usted a cierto barrio consiga averiguar algo.

A continuación le dio el nombre de una persona que también en este caso será mejor no repetir. Esto sucedió durante varios días, y Keawe fue conociendo a diferentes personas y encontrando en todas partes ropas y coches recién estrenados, y casas nuevas muy hermosas y hombres muy satisfechos, aunque, claro está, cuando les explicaba el motivo de su visita, sus rostros se ensombrecían.

“No hay duda de que estoy en el buen camino”, pensaba Keawe. “Esos trajes nuevos y esos coches son otros tantos regalos del demonio de la botella, y esos rostros satisfechos son los rostros de personas que han conseguido lo que deseaban y han podido librarse después de ese maldito recipiente. Cuando vea mejillas sin color y oiga suspiros sabré que estoy cerca de la botella.”

Sucedió que, finalmente, le recomendaron que fuera a ver a un *haole* en Beritania Street. Cuando llegó a la puerta, alrededor de la hora de la cena, Keawe se encontró con los típicos indicios: nueva casa, jardín recién plantado y luz eléctrica tras las ventanas; y cuando apareció el dueño, un escalofrío de esperanza y de miedo recorrió el cuerpo de Keawe, porque tenía delante de él a un hombre joven tan pálido como un cadáver, con marcadísimas ojeras, prematuramente calvo y con la expresión de un hombre en capilla.

“Tiene que estar aquí, no hay duda”, pensó Keawe, y a aquel hombre no le ocultó en absoluto cuál era su verdadero propósito.

—He venido a comprar la botella —dijo.

—Al oír aquellas palabras el joven *haole* de Beritania Street tuvo que apoyarse contra la pared.

—¡La botella! —susurró—. ¡Comprar la botella!

Dio la impresión de que estaba a punto de desmayarse y, cogiendo a Keawe por el brazo, lo llevó a una habitación y escancié dos vasos de vino.

—A su salud —dijo Keawe, que había pasado mucho tiempo con *haoles* en su época de marinero—. Sí —añadió—, he venido a comprar la botella. ¿Cuál es el precio que tiene ahora?

Al oír esto al joven se le escapó el vaso de entre los dedos y miró a Keawe como si fuera un fantasma.

—El precio —dijo—. ¡El precio! ¿No sabe usted cuál es el precio?

—Por eso se lo pregunto —replicó Keawe—. Pero ¿qué es lo que tanto le preocupa? ¿Qué sucede con el precio?

—La botella ha disminuido mucho de valor desde que usted la compró, señor Keawe —dijo el joven tartamudeando.

—Bien, bien; así tendré que pagar menos por ella —dijo Keawe—. ¿Cuánto le costó a usted?

El joven estaba tan blanco como el papel.

—Dos centavos —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Keawe—, ¿dos centavos? Entonces, usted sólo puede venderla por uno. Y el que la compre... —Keawe no pudo terminar la frase; el que comprara la botella no podría venderla nunca y la botella y el diablo se quedarían con él hasta su muerte, y cuando muriera se encargarían de llevarlo a las llamas del infierno.

El joven de Beritania Street se puso de rodillas.

—¡Cómprala, por el amor de Dios! —exclamó—. Puede quedarse también con toda mi fortuna. Estaba loco cuando la compré a ese precio. Había malversado fondos en el almacén donde trabajaba; si no lo hacía estaba perdido, hubiera acabado en la cárcel.

—Pobre criatura —dijo Keawe—; fue capaz de arriesgar su alma en una aventura tan desesperada, para evitar el castigo por su deshonor, ¿y cree que yo voy a dudar cuando es el amor lo que

¿tengo delante de mí? Tráigame la botella y el cambio que sin duda tiene ya preparado. Es preciso que me dé la vuelta de estos cinco centavos.

Keawe no se había equivocado; el joven tenía las cuatro monedas en un cajón; la botella cambió de manos y tan pronto como los dedos de Keawe rodearon su cuello le susurró que deseaba quedar limpio de la enfermedad. Y, efectivamente, cuando se desnudó delante de un espejo en la habitación del hotel, su piel estaba tan sonrosada como la de un niño. Pero lo más extraño fue que inmediatamente se operó una transformación dentro de él y el Mal Chino le importaba muy poco y tampoco sentía interés por Kokua: no pensaba más que en una cosa: que estaba ligado al diablo de la botella para toda la eternidad y no le quedaba otra esperanza que la de ser para siempre una pavesa en las llamas del infierno. En cualquier caso, las veía ya brillar delante de él con ojos de la imaginación; su alma se encogió y la luz se convirtió en tinieblas.

Cuando Keawe se recuperó un poco, se dio cuenta de que era en la noche en que tocaba una orquesta en el hotel. Bajó a oírla porque temía quedarse solo; y allí, entre caras alegres, paseó de un lado para otro, escuchó las melodías y vio a Berger llevando el compás; pero todo el tiempo oía crepitar las llamas y veía un fuego muy vivo ardiendo en el pozo sin fondo del infierno. De repente la orquesta tocó *Hiki-ao-ao*, una canción que él había cantado con Kokua, y aquellos acordes le devolvieron el valor.

“Ya está hecho”, pensó, “y una vez más tendré que aceptar lo bueno junto con lo malo”.

Keawe regresó a Hawaii en el primer vapor y, tan pronto como fue posible, se casó con Kokua y la llevó a la Casa Resplandeciente en la ladera de la montaña.

Cuando los dos estaban juntos, el corazón de Keawe se tranquilizaba; pero tan pronto como se quedaba solo empezaba a cavilar sobre su horrible situación, y oía crepitar las llamas y veía el fuego abrasador en el pozo sin fondo. Era cierto que la muchacha se había entregado a él por completo; su corazón latía más de prisa al verlo, y su mano buscaba siempre la de Keawe; y estaba hecha de tal manera de la cabeza a los pies que nadie podía verla sin alegrarse. Kokua era afable por naturaleza. De sus labios salían siempre palabras cariñosas. Le gustaba mucho cantar, y cuando

recorría la Casa Resplandeciente gorjeando como los pájaros era ella el objeto más hermoso que había en los tres pisos. Keawe la contemplaba y la oía embelesado y luego iba a esconderse en un rincón y lloraba y gemía pensando en el precio que había pagado por ella; después tenía que secarse los ojos y lavarse la cara e ir a sentarse con ella en uno de los balcones, acompañándola en sus canciones y correspondiendo a sus sonrisas con el alma llena de angustia.

Pero llegó un día en que Kokua empezó a arrastrar los pies y sus canciones se hicieron menos frecuentes; y ya no era sólo Keawe el que lloraba a solas, sino que los dos se retiraban a dos balcones situados en lados opuestos, con toda la anchura de la Casa Resplandeciente entre ellos. Keawe estaba tan hundido en la desesperación que apenas notó el cambio, alegrándose tan sólo de tener más horas de soledad durante las que cavilar sobre su destino y de no verse condenado con tanta frecuencia a ocultar un corazón enfermo bajo una cara sonriente. Pero un día, andando por la casa sin hacer ruido, escuchó sollozos como de un niño y vio a Kokua moviendo la cabeza y llorando como los que están perdidos.

—Haces bien lamentándote en casa, Kokua —dijo Keawe—. Y, sin embargo, daría media vida para que pudieras ser feliz.

—¡Feliz! —exclamó ella—. Keawe, cuando vivías solo en la Casa Resplandeciente, toda la gente de la isla se hacía leguas de tu felicidad; tu boca estaba siempre llena de risas y de canciones y tu rostro resplandecía como la aurora. Después te casaste con la pobre Kokua; y el buen Dios sabrá qué es lo que le falta, pero desde aquel día no has vuelto a sonreír. ¿Qué es lo que me pasa? Creía ser bonita y sabía que amaba a mi marido. ¿Qué es lo que me pasa que arrojo esta nube sobre él?

—Pobre Kokua —dijo Keawe—. Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano; pero ella la apartó. —Pobre Kokua —dijo de nuevo—. ¡Pobre niñita mía! ¡Y yo que creía ahorrarte sufrimientos durante todo este tiempo! Pero lo sabrás todo. Así, al menos, te compadecerás del pobre Keawe; comprenderás lo mucho que te amaba cuando sepas que prefirió el infierno a perderte; y lo mucho que aún te ama, puesto que todavía es capaz de sonreír al contemplarte. Y a continuación, le contó toda su historia desde el principio.

—¿Has hecho eso por mí? —exclamó Kokua— Entonces, ¡qué me importa nada! —y, abrazándole, se echó a llorar.

—¡Querida mía! —dijo Keawe—; sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, ¡a mí sí que me importa!

—No digas eso —respondió ella—; ningún hombre puede condenarse por amar a Kokua si no ha cometido ninguna otra falta. Desde ahora te digo, Keawe, que te salvaré con estas manos o pereceré contigo. ¿Has dado tu alma por mi amor y crees que yo no moriría por salvarte?

—¡Querida mía! Aunque murieras cien veces, ¿cuál sería la diferencia? —exclamó él—. Serviría únicamente para que tuviera que esperar a solas el día de mi condenación.

—Tú no sabes nada —dijo ella—. Yo me eduqué en un colegio de Honolulu; no soy una chica corriente. Y desde ahora te digo que salvaré a mi amante. ¿No me has hablado de un centavo? ¿Ignoras que no todos los países tienen dinero americano? En Inglaterra existe una moneda que vale alrededor de medio centavo. ¡Qué lástima! —exclamó en seguida—; eso no lo hace mucho mejor, porque el que comprara la botella se condenaría y ¡no vamos a encontrar a nadie tan valiente como mi Keawe! Pero también está Francia; allí tienen una moneda a la que llaman céntimo y de éstos se necesitan aproximadamente cinco para cambiarlos por un centavo. No encontraremos nada mejor. Vámonos a las islas del Viento; salgamos para Tahití en el primer barco que zarpe. Allí tendremos cuatro céntimos, tres céntimos, dos céntimos y un céntimo: cuatro posibles ventas y nosotros dos para convencer a los compradores. ¡Vamos, Keawe mío! Bésame y no te preocupes más. Kokua te defenderá.

—¡Regalo de Dios! —exclamó Keawe— ¡No creo que el Señor me castigue por desear algo tan bueno! Sea como tú dices; llévame donde quieras: pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Muy de mañana al día siguiente Kokua estaba ya haciendo sus preparativos. Buscó el baúl de marinero de Keawe; primero puso la botella en una esquina; luego colocó sus mejores ropas y los adornos más bonitos que había en la casa.

—Porque —dijo— si no parecemos gente rica, ¿quién va a creer en la botella?

Durante todo el tiempo de los preparativos estuvo tan alegre como un pájaro; sólo cuando miraba en dirección a Keawe los ojos se le llenaban de lágrimas y tenía que ir a besarlo. En cuanto a Keawe, se le había quitado un gran peso de encima; ahora que alguien compartía su secreto y había vislumbrado una esperanza parecía un hombre distinto: caminaba otra vez con paso ligero y respirar ya no era una obligación penosa. El terror, sin embargo, no andaba lejos; y de vez en cuando, de la misma manera que el viento apaga un cirio, la esperanza moría dentro de él y veía otra vez agitarse las llamas y el fuego abrasador del infierno.

Anunciaron que iban a hacer un viaje de placer por los Estados Unidos: a todo el mundo le pareció una cosa extraña, pero más extraña les hubiera parecido la verdad si hubieran podido adivinarla. De manera que se trasladaron a Honolulu en el *Hall* y de allí a San Francisco en el *Umantilla* con muchos *haoles*; y en San Francisco se embarcaron en el bergantín correo, el *Tropic Bird*, camino de Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas del sur. Llegaron allí, después de un agradable viaje, cuando los vientos alisios soplaban suavemente, y vieron los arrecifes en los que van a estrellarse las olas, y Motuiti con sus palmeras, y cómo el bergantín se adentraba en el puerto, y las casas blancas de la ciudad a lo largo de la orilla entre árboles verdes, y, por encima, las montañas y las nubes de Tahití, la isla prudente.

Consideraron que lo más conveniente era alquilar una casa, y eligieron una situada frente a la del cónsul británico; se trataba de hacer gran ostentación de dinero y de que se les viera por todas partes bien provistos de coches y caballos. Todo esto resultaba fácil mientras tuvieran la botella en su poder, porque Kokua era más atrevida que Keawe y siempre que se le ocurría, llamaba al diablo para que le proporcionase veinte o cien dólares. De esta forma pronto se hicieron notar en la ciudad; y los extranjeros procedentes de Hawaii, y sus paseos a caballo y en coche, y los elegantes *holokus* y los delicados encajes de Kokua fueron tema de muchas conversaciones.

Se acostumbraron a la lengua de Tahití, que es en realidad semejante a la de Hawaii, aunque con cambios en ciertas letras; y en cuanto estuvieron en condiciones de comunicarse, trataron de vender la botella. Hay que tener en cuenta que no era un tema

fácil de abordar; no era fácil convencer a la gente de que hablaban en serio cuando les ofrecían por cuatro céntimos una fuente de salud y de inagotables riquezas. Era necesario además explicar los peligros de la botella; y, o bien los posibles compradores no creían nada en absoluto y se echaban a reír, o se percataban sobre todo de los aspectos más sombríos y, adoptando un aire muy solemne, se alejaban de Keawe y Kokua, considerándolas personas en trato con el demonio. De manera que en lugar de hacer progresos, los esposos descubrieron al cabo de poco tiempo que todo el mundo les evitaba; los niños se alejaban de ellos corriendo y chillando, cosa que a Kokua le resultaba insoportable; los católicos hacían la señal de la cruz al pasar a su lado y todos los habitantes de la isla parecían estar de acuerdo en rechazar sus proposiciones.

Con el paso de los días se fueron sintiendo cada vez más deprimidos. Por la noche, cuando se sentaban en su nueva casa después del día agotador, no intercambiaban una sola palabra y si se rompía el silencio era porque Kokua no podía reprimir más sus sollozos. Algunas veces rezaban juntos; otras colocaban la botella en el suelo y se pasaban la velada contemplando los movimientos de la sombra en su interior. En tales ocasiones tenían miedo de irse a descansar. Tardaba mucho en llegarles el sueño y si uno de ellos se adormilaba, al despertarse hallaba al otro llorando silenciosamente en la oscuridad o descubría que estaba solo, porque el otro había huido de la casa y de la proximidad de la botella para pasear bajo los bananos en el jardín o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Así fue como Kokua se despertó una noche y encontró que Keawe se había marchado. Tocó la cama y el otro lado del lecho estaba frío. Entonces se asustó, incorporándose. Un poco de luz de luna se filtraba entre las persianas. Había suficiente claridad en la habitación para distinguir la botella sobre el suelo. Afuera soplaban el viento y hacía gemir los grandes árboles de la avenida mientras las hojas secas batían en la veranda. En medio de todo esto Kokua tomó conciencia de otro sonido; difícilmente hubiera podido decir si se trataba de un animal o de un hombre, pero sí que era tan triste como la muerte y que le desgarraba el alma. Kokua se levantó sin hacer ruido, entreabrió la puerta y contempló el jardín iluminado por la luna. Allí, bajo los bananos, yacía Keawe

Durante todo el tiempo de los preparativos estuvo tan alegre como un pájaro; sólo cuando miraba en dirección a Keawe los ojos se le llenaban de lágrimas y tenía que ir a besarlo. En cuanto a Keawe, se le había quitado un gran peso de encima; ahora que alguien compartía su secreto y había vislumbrado una esperanza parecía un hombre distinto: caminaba otra vez con paso ligero y respirar ya no era una obligación penosa. El terror, sin embargo, no andaba lejos; y de vez en cuando, de la misma manera que el viento apaga un cirio, la esperanza moría dentro de él y veía otra vez agitarse las llamas y el fuego abrasador del infierno.

Anunciaron que iban a hacer un viaje de placer por los Estados Unidos: a todo el mundo le pareció una cosa extraña, pero más extraña les hubiera parecido la verdad si hubieran podido adivinarla. De manera que se trasladaron a Honolulu en el *Hall* y de allí a San Francisco en el *Umantilla* con muchos *haoles*; y en San Francisco se embarcaron en el bergantín correo, el *Tropic Bird*, camino de Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas del sur. Llegaron allí, después de un agradable viaje, cuando los vientos alisios soplaban suavemente, y vieron los arrecifes en los que van a estrellarse las olas, y Motuiti con sus palmeras, y cómo el bergantín se adentraba en el puerto, y las casas blancas de la ciudad a lo largo de la orilla entre árboles verdes, y, por encima, las montañas y las nubes de Tahití, la isla prudente.

Consideraron que lo más conveniente era alquilar una casa, y eligieron una situada frente a la del cónsul británico; se trataba de hacer gran ostentación de dinero y de que se les viera por todas partes bien provistos de coches y caballos. Todo esto resultaba fácil mientras tuvieran la botella en su poder, porque Kokua era más atrevida que Keawe y siempre que se le ocurría, llamaba al diablo para que le proporcionase veinte o cien dólares. De esta forma pronto se hicieron notar en la ciudad; y los extranjeros procedentes de Hawaii, y sus paseos a caballo y en coche, y los elegantes *holokus* y los delicados encajes de Kokua fueron tema de muchas conversaciones.

Se acostumbraron a la lengua de Tahití, que es en realidad semejante a la de Hawaii, aunque con cambios en ciertas letras; y en cuanto estuvieron en condiciones de comunicarse, trataron de vender la botella. Hay que tener en cuenta que no era un tema

fácil de abordar; no era fácil convencer a la gente de que hablaban en serio cuando les ofrecían por cuatro céntimos una fuente de salud y de inagotables riquezas. Era necesario además explicar los peligros de la botella; y, o bien los posibles compradores no creían nada en absoluto y se echaban a reír, o se percataban sobre todo de los aspectos más sombríos y, adoptando un aire muy solemne, se alejaban de Keawe y Kokua, considerándolas personas en trato con el demonio. De manera que en lugar de hacer progresos, los esposos descubrieron al cabo de poco tiempo que todo el mundo les evitaba; los niños se alejaban de ellos corriendo y chillando, cosa que a Kokua le resultaba insoportable; los católicos hacían la señal de la cruz al pasar a su lado y todos los habitantes de la isla parecían estar de acuerdo en rechazar sus proposiciones.

Con el paso de los días se fueron sintiendo cada vez más deprimidos. Por la noche, cuando se sentaban en su nueva casa después del día agotador, no intercambiaban una sola palabra y si se rompía el silencio era porque Kokua no podía reprimir más sus sollozos. Algunas veces rezaban juntos; otras colocaban la botella en el suelo y se pasaban la velada contemplando los movimientos de la sombra en su interior. En tales ocasiones tenían miedo de irse a descansar. Tardaba mucho en llegarles el sueño y si uno de ellos se adormilaba, al despertarse hallaba al otro llorando silenciosamente en la oscuridad o descubría que estaba solo, porque el otro había huido de la casa y de la proximidad de la botella para pasear bajo los bananos en el jardín o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Así fue como Kokua se despertó una noche y encontró que Keawe se había marchado. Tocó la cama y el otro lado del lecho estaba frío. Entonces se asustó, incorporándose. Un poco de luz de luna se filtraba entre las persianas. Había suficiente claridad en la habitación para distinguir la botella sobre el suelo. Afuera soplaban el viento y hacía gemir los grandes árboles de la avenida mientras las hojas secas batían en la veranda. En medio de todo esto Kokua tomó conciencia de otro sonido; difícilmente hubiera podido decir si se trataba de un animal o de un hombre, pero sí que era tan triste como la muerte y que le desgarraba el alma. Kokua se levantó sin hacer ruido, entreabrió la puerta y contempló el jardín iluminado por la luna. Allí, bajo los bananos, yacía Keawe

con la boca pegada a la tierra y eran sus labios los que dejaban escapar aquellos gemidos.

La primera idea de Kokua fue ir corriendo a consolarlo; pero en seguida comprendió que no debía hacerlo. Keawe se había comportado ante su esposa como un hombre valiente; no estaba bien que ella se inmiscuyera en aquel momento de debilidad. Ante este pensamiento Kokua retrocedió, volviendo otra vez al interior de la casa.

“¡Qué negligente he sido, Dios mío!”, pensó. “¡Qué débil! Es él, y no yo, quien se enfrenta con la condena eterna; la maldición recayó sobre su alma y no sobre la mía. Su preocupación por mi bien y su amor por una criatura tan poco digna y tan incapaz de ayudarle son las causas de que ahora vea tan cerca de sí las llamas del infierno y hasta huela el humo mientras yace ahí fuera, iluminado por la luna y azotado por el viento. ¿Soy tan torpe que hasta ahora nunca se me ha ocurrido considerar cuál es mi deber, o quizá viéndolo he preferido ignorarlo? Pero ahora, por fin, alzo mi alma en manos de mi afecto; ahora digo adiós a la blanca escalinata del paraíso y a los rostros de mis amigos que están allí esperando. ¡Amor por amor y que el mío sea capaz de igualar al de Keawe! ¡Alma por alma y que la mía perezca.” Kokua era una mujer con gran destreza manual y en seguida estuvo preparada. Cogió el cambio, los preciosos céntimos que siempre tenían al alcance de la mano, porque es una moneda muy poco usada, y habían ido a aprovisionarse a una oficina del Gobierno. Cuando Kokua avanzaba ya por la avenida, el viento trajo unas nubes que ocultaron la luna. La ciudad dormía y la muchacha no sabía hacia dónde dirigirse hasta que oyó una tos que salía de debajo de un árbol.

—Buen hombre —dijo Kokua—, ¿qué hace usted aquí solo en una noche tan fría?

El anciano apenas podía expresarse a causa de la tos, pero Kokua logró enterarse de que era viejo y pobre, y un extranjero en la isla.

—¿Me haría usted un favor? —dijo Kokua—. De extranjero a extranjera y de anciano a muchacha, ¿no querrá usted ayudar a una hija de Hawaii?

—Ah —dijo el anciano—. Ya veo que eres la bruja de las Ocho Islas y que también quieres perder mi alma. Pero he oído hablar de ti y te aseguro que tu perversidad nada conseguirá contra mí.

—Siéntese aquí —le dijo Kokua—, y déjeme que le cuente una historia.

Y le contó la historia de Keawe desde el principio hasta el fin.

—Y yo soy su esposa —dijo Kokua al terminar—, la esposa que Keawe compró a cambio de su alma. ¿Qué debo hacer? Si fuera yo misma a comprar la botella, no aceptaría. Pero si va usted, se la dará gustosísimo; me quedaré aquí esperándole: usted la comprará por cuatro céntimos y yo se la volveré a comprar por tres. ¡Y que el Señor dé fortaleza a una pobre muchacha!

—Si trataras de engañarme —dijo el anciano—, creo que Dios te mataría.

—¡Sí que lo haría! —exclamó Kokua— No le quepa la menor duda. No podría ser tan malvada. Dios no lo consentiría.

—Dame los cuatro céntimos y espérame aquí —dijo el anciano.

Ahora bien, cuando Kokua se quedó sola en la calle, todo su valor desapareció. El viento rugía entre los árboles y a ella le parecía que las llamas del infierno estaban ya a punto de acometerla; las sombras se agitaban a la luz del farol, y le parecían las manos engarfiadas de los mensajeros del maligno. Si hubiera tenido fuerzas, habría echado a correr y de no faltarle el aliento habría gritado; pero fue incapaz de hacer nada y se quedó temblando en la avenida como una niña muy asustada.

Luego vio al anciano que regresaba trayendo la botella.

—He hecho lo que me pediste —dijo al llegar junto a ella. Tu marido se ha quedado llorando como un niño; dormirá en paz el resto de la noche.

Y extendió la mano ofreciéndole la botella a Kokua.

—Antes de dármela —jadeó Kokua— aprovéchese también de lo bueno: pida verse libre de su tos.

—Soy muy viejo —replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de la tumba para aceptar favores del demonio. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué no coges la botella? ¿Acaso dudas?

—¡No, no dudo! —exclamó Kokua—. Pero me faltan las fuerzas. Espere un momento. Es mi mano la que se resiste y mi carne la que se encoge en presencia de ese objeto maldito. ¡Un momento tan sólo!

El anciano miró a Kokua afectuosamente.

—¡Pobre niña! —dijo—; tienes miedo; tu alma te hace dudar. Bueno, me quedaré yo con ella. Soy viejo y nunca más conoceré la felicidad en este mundo, y en cuanto al otro...

—¡Démela? —jadeó Kokua— Aquí tiene su dinero. ¿Cree que soy tan vil como para eso? Deme la botella.

—Que Dios te bendiga, hija mía —dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su *holoku*, se despidió del anciano y echó a andar por la avenida sin preocuparse de saber en qué dirección. Porque ahora todos los caminos daban lo mismo; todos la llevaban igualmente al infierno. Unas veces iba andando y otras corría; unas veces gritaba y otras se tumbaba en el polvo junto al camino y lloraba. Todo lo que había oído sobre el infierno le volvía ahora a la imaginación; contemplaba el brillo de las llamas, se asfixiaba con el acre olor del humo y sentía deshacerse su carne sobre los carbones encendidos.

Poco antes del amanecer consiguió serenarse y volver a casa. Keawe dormía igual que un niño, tal como el anciano le había asegurado. Kokua se detuvo a contemplar su rostro.

—Ahora, esposo mío —dijo—, te toca a ti dormir. Cuando despiertes podrás cantar y reír. Pero la pobre Kokua, que nunca quiso hacer mal a nadie, no volverá a dormir tranquila, ni a cantar, ni a divertirse.

Después Kokua se tumbó en la cama al lado de Keawe y su dolor era tan grande que cayó al instante en un sopor profundísimo.

Su esposo se despertó ya avanzada la mañana y le dio la buena noticia. Era como si la alegría lo hubiera trastornado, porque no se dio cuenta de la aflicción de Kokua, a pesar de lo mal que ella la disimulaba. Aunque las palabras se le atragantaran, no tenía importancia; Keawe se encargaba de decirlo todo. A la hora de comer no probó bocado, pero ¿quién iba a darse cuenta?, porque Keawe no dejó nada en su plato. Kokua lo veía y le oía como si se tratara de un mal sueño; había veces en que se olvidaba o dudaba y se llevaba las manos a la frente; porque saberse condenada y escuchar a su marido hablando sin parar de aquella manera le resultaba demasiado monstruoso.

Mientras tanto, Keawe comía y charlaba, hacía planes para su regreso a Hawaii, le daba las gracias a Kokua por haberlo salvado,

la acariciaba y le decía que en realidad el milagro era obra suya. Luego Keawe empezó a reírse del viejo que había sido lo suficientemente estúpido como para comprar la botella.

—Parecía un anciano respetable —dijo Keawe—. Pero no se puede juzgar por las apariencias, porque ¿para qué necesitaría la botella ese viejo réprobo?

—Esposo mío —dijo Kokua humildemente—, su intención puede haber sido buena.

Keawe se echó a reír muy enfadado.

—¡Tonterías! —exclamó acto seguido—. Un viejo pícaro, te lo digo yo; y estúpido por añadidura. Ya era bien difícil vender la botella por cuatro céntimos, pero por tres será completamente imposible. Apenas queda margen y todo el asunto empieza a oler a chamusquina... —dijo Keawe, estremeciéndose—. Es cierto que yo la compré por un centavo cuando no sabía que hubiera monedas de menos valor. Pero es absurdo hacer una cosa así; nunca aparecerá otro que haga lo mismo, y la persona que tenga ahora esa botella se la llevará consigo a la tumba.

—¿No es una cosa terrible, esposo mío —dijo Kokua—, que la salvación propia signifique la condenación eterna de otra persona? Creo que yo no podría tomarlo a broma. Creo que me sentiría abatido y lleno de melancolía. Rezaría por el nuevo dueño de la botella.

Keawe se enfadó aún más al darse cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Kokua.

—¡Tonterías! —exclamó—. Puedes sentirte llena de melancolía si así lo deseas. Pero no me parece que sea ésa la actitud lógica de una buena esposa. Si pensaras un poco en mí, tendría que darte vergüenza.

Luego salió y Kokua se quedó sola.

¿Qué posibilidades tenía ella de vender la botella por dos céntimos? Kokua se daba cuenta de que no tenía ninguna. Y en el caso de que tuviera alguna, ahí estaba su marido empeñado en devolverla a toda prisa a un país donde no había ninguna moneda inferior al centavo. Y ahí estaba su marido abandonándola y recriminándola a la mañana siguiente después de su sacrificio.

Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que pudiera quedarle: se limitó a quedarse en casa, y unas veces sacaba la botella y

Luego se recobró un poco, alzándose de nuevo; pero el sudor le corría por la cara tan abundante como si se tratara de gotas de lluvia y tan frío como si fuera agua de pozo.

—Kokua —dijo Keawe—, esta mañana me he enfadado contigo sin razón alguna. Ahora voy otra vez a divertirme con mis compañeros —añadió, riendo sin mucho entusiasmo—. Pero sé que lo pasaré mejor si me perdonas antes de marcharme.

Un momento después Kokua estaba agarrada a sus rodillas y se las besaba mientras ríos de lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Sólo quería que me dijeras una palabra amable! —exclamó ella.

—Ojalá nunca volvamos a pensar mal el uno del otro —dijo Keawe; acto seguido volvió a marcharse.

Keawe no había cogido más dinero que parte de la provisión de monedas de un céntimo que consiguieran nada más llegar. Sabía muy bien que no tenía ningún deseo de seguir bebiendo.

Puesto que su mujer había dado su alma por él, Keawe tenía ahora que dar la suya por Kokua; no era posible pensar en otra cosa.

En la esquina, junto a la cárcel vieja, le esperaba el contra-maestre.

—Mi mujer tiene la botella —dijo Keawe—, y si no me ayudas a recuperarla, se habrán acabado el dinero y la bebida por esta noche.

—¿No querrás decirme que esa historia de la botella va en serio? —exclamó el contra-maestre.

—Pongámonos bajo el farol —dijo Keawe—. ¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Debe de ser cierto —dijo el contra-maestre—, porque estás tan serio como si vinieras de un entierro.

—Escúchame, entonces —dijo Keawe—; aquí tienes dos céntimos; entra en la casa y ofréceselos a mi mujer por la botella, y (si no estoy equivocado) te la entregará inmediatamente. Traémela aquí y yo te la volveré a comprar por un céntimo; porque tal es la ley con esa botella: es preciso venderla por una suma inferior a la de la compra. Pero en cualquier caso no le digas una palabra de que soy yo quien te envía.

—Compañero, ¿no te estarás burlando de mí? —quiso saber el contra-maestre.

—Nada malo te sucedería aunque fuera así —respondió Keawe.

—Tienes razón, compañero —dijo el contramaestre.

—Y si dudas de mí —añadió Keawe— puedes hacer la prueba. Tan pronto como salgas de la casa, no tienes más que desear que se te llene el bolsillo de dinero, o una botella del mejor ron o cualquier otra cosa que se te ocurra y comprobarás en seguida el poder de la botella.

—Muy bien, *kanaka* —dijo el contramaestre—. Haré la prueba; pero si te estás divirtiendo a costa mía, te aseguro que yo me divertiré después a la tuya con una barra de hierro.

De manera que el ballenero se alejó por la avenida; y Keawe se quedó esperándolo. Era muy cerca del sitio donde Kokua había esperado la noche anterior; pero Keawe estaba más decidido y no tuvo un solo momento de vacilación; sólo su alma estaba llena del amargor de la desesperación.

Le pareció que llevaba ya mucho rato esperando cuando oyó que alguien se acercaba, cantando por la avenida todavía a oscuras. Reconoció en seguida la voz del contramaestre; pero era extraño que repentinamente diera la impresión de estar mucho más borracho que antes. El contramaestre en persona apareció poco después, tambaleándose, bajo la luz del farol. Llevaba la botella del diablo dentro de la chaqueta y otra botella en la mano; y aún tuvo tiempo de llevársela a la boca y echar un trago mientras cruzaba el círculo iluminado.

—Ya veo que la has conseguido —dijo Keawe.

—¡Quietas las manos! —gritó el contramaestre, dando un salto hacia atrás— Si te acercas más te parto la boca. Creías que ibas a poder utilizarme, ¿no es cierto?

—¿Qué significa esto? —exclamó Keawe.

—¿Qué significa? —repitió el contramaestre— Que esta botella es una cosa extraordinaria, ya lo creo que sí; eso es lo que significa. Cómo la he conseguido por dos céntimos es algo que no sabría explicar; pero sí estoy seguro de que no te la voy a dar por uno.

—¿Quieres decir que no la vendes? —jadeó Keawe.

—¡Claro que no! —exclamó el contramaestre— Pero te dejaré echar un trago de ron, si quieres.

la contemplaba con indecible horror y otras volvía a esconderla llena de aborrecimiento.

A la larga Keawe terminó por volver y la invitó a dar un paseo en coche.

—Estoy enferma, esposo mío —dijo ella—. No tengo ganas de nada. Perdóname, pero no me divertiría.

Esto hizo que Keawe se enfadara todavía más con ella, porque creía que la entristecía el destino del anciano, y consigo mismo, porque pensaba que Kokua tenía razón y se avergonzaba de ser tan feliz.

—¡Eso es lo que piensas de verdad —exclamó—, y ése es el afecto que me tienes! ¡Tu marido acaba de verse a salvo de la condenación eterna a la que se arriesgó por tu amor y tú no tienes ganas de nada! Kokua, tu corazón es un corazón desleal.

Keawe volvió a marcharse muy furioso y estuvo vagabundean-do todo el día por la ciudad. Se encontró con unos amigos y estuvieron bebiendo juntos; luego alquilaron un coche para ir al campo y allí siguieron bebiendo.

Uno de los que bebían con Keawe era un brutal haole ya viejo que había sido contramaestre de un ballenero y también prófugo, buscador de oro y presidiario en varia cárceles. Era un hombre rastrero; le gustaba beber y ver borrachos a los demás; y se empeñaba en que Keawe tomara una copa tras otra. Muy pronto, a ninguno de ellos le quedaba más dinero.

—¡Eh tú! —dijo el contramaestre—, siempre estás diciendo que eres rico. Que tienes una botella o alguna tontería parecida.

—Sí —dijo Keawe—, soy rico; volveré a la ciudad y le pediré algo de dinero a mi mujer, que es la que lo guarda.

—Ése no es un buen sistema, compañero —dijo el contramaestre—. Nunca confíes tu dinero a una mujer. Son todas tan falsas como Judas; no la pierda de vista.

Aquellas palabras impresionaron mucho a Keawe porque le bebida le había enturbiado el cerebro.

“No me extrañaría que fuera falsa”, pensó. “¿Por qué tendría que entristecerle tanto mi liberación? Pero voy a demostrarle que a mí no se me engaña tan fácilmente. La pillaré *in fraganti*.”

De manera que cuando regresaron a la ciudad, Keawe le pidió al contramaestre que le esperara en la esquina, junto a la cárcel

vieja, y él siguió solo por la avenida hasta la puerta de su casa. Era otra vez de noche; dentro había una luz, pero no se oía ningún ruido. Keawe dio la vuelta a la casa, abrió con mucho cuidado la puerta de atrás y miró dentro.

Kokua estaba sentada en el suelo con la lámpara a su lado; delante había una botella de color lechoso, con una panza muy redonda y un cuello muy largo; y mientras la contemplaba, Kokua se retorció las manos.

Keawe se quedó mucho tiempo en la puerta, mirando. Al principio fue incapaz de reaccionar; luego tuvo miedo de que la venta no hubiera sido válida y de que la botella hubiera vuelto a sus manos como le sucediera en San Francisco; y al pensar en esto notó que se le doblaban las rodillas y los vapores del vino se esfumaron de su cabeza como la neblina desaparece de un río con los primeros rayos del sol. Después se le ocurrió otra idea. Era una idea muy extraña e hizo que le ardieran las mejillas. "Tengo que asegurarme de esto", pensó.

De manera que cerró la puerta, dio la vuelta a la casa y entró de nuevo haciendo mucho ruido, como si acabara de llegar. Pero cuando abrió la puerta principal ya no se veía la botella por ninguna parte; y Kokua estaba sentada en una silla y se sobresaltó como alguien que se despierta.

—He estado bebiendo y divirtiéndome todo el día —dijo Keawe—. He encontrado unos camaradas muy simpáticos y vengo sólo a por más dinero para seguir bebiendo y corriéndonos la gran juerga.

Tanto su rostro como su voz eran tan severos como los de un juez, pero Kokua estaba demasiado preocupada para darse cuenta.

—Haces muy bien en usar de tu dinero, esposo mío —dijo ella con voz temblorosa.

—Ya sé que hago bien en todo —dijo Keawe, yendo directamente hacia el baúl y cogiendo el dinero. También miró detrás, en el rincón donde guardaba la botella, pero la botella no estaba allí.

Entonces el baúl empezó a moverse como un alga marina y la casa a dilatarse como una espiral de humo, porque Keawe comprendió que estaba perdido, y que no le quedaba ninguna escapatoria. "Es ella la que ha comprado la botella."

—Has de saber —dijo Keawe— que el hombre que tiene esa botella terminará en el infierno.

—Calculo que voy a ir a parar allí de todas formas —replicó el marinero—; y esta botella es la mejor compañera que he encontrado para ese viaje. ¡No, señor? —exclamó de nuevo—; esta botella es mía ahora y ya puedes ir buscándote otra.

—¿Es posible que sea verdad todo esto? —exclamó Keawe— ¡Por tu propio bien, te lo ruego, véndemela!

—No me importa nada lo que digas —replicó el contramaestre—. Me tomaste por tonto y ya ves que no lo soy; eso es todo. Si no quieres un trago de ron me lo tomaré yo. ¡A tu salud y que pases buena noche!

Y acto seguido continuó andando, camino de la ciudad; y con él también la botella desaparece de esta historia.

Pero Keawe corrió a reunirse con Kokua con la velocidad del viento; y grande fue alegría aquella noche; y grande, desde entonces, ha sido la paz que colma todos sus días en la Casa Resplandeciente.

LA CENA

ALFONSO REYES*

La cena, que recrea y enamora.
San Juan de la Cruz.

Tuve que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres —no sé si en las casas, si en las glorietas— que ostentaban a los cuatro vientos, por una iluminación interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanadas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?

Al fin los deleites de aquella falsa recordación me absorbieron de manera que volví a mi paso normal sin darme cuenta. De cuando en cuando, desde las intermitencias de mi meditación, veía que me hallaba en otro sitio, y que se desarrollaban ante mí nuevas perspectivas de focos, de placetas sembradas, de relojes iluminados... No sé cuánto tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada.

De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término.

* Alfonso Reyes, mexicano (1899-1959). Autor de *Visión de Anáhuac*, *El deslinde*, *Ifigenia cruel*, *Última Tule* y *No hay tal lugar...*, entre otros ensayos y estudios críticos.

Entonces, para disponer mi ánimo, retrocedí hacia los motivos de mi presencia en aquel lugar. Por la mañana, el correo me había llevado una esquila breve y sugestiva. En el ángulo del papel se leían, manuscritas, las señas de una casa. La fecha era del día anterior. La carta decía solamente:

“Doña Magdalena y su hija Amelia esperan a usted a cenar mañana, a las nueve de la noche. ¡Ah, si no faltara!...”

Ni una letra más.

Yo siempre consiento en las experiencias de lo imprevisto. El caso, además, ofrecía singular atractivo; el tono, familiar y respetuoso a la vez, con que el anónimo designaba a aquellas señoras desconocidas; la ponderación: “¡Ah, si no faltara!...”, tan vaga y tan sentimental, que parecía suspendida sobre un abismo de confesiones, todo contribuyó a decidirme. Y acudí, con el ansia de una emoción inefable. Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible), pareceme jactarse a través de avenidas de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio.

La puerta se abrió. Yo estaba vuelto a la calle y vi, de súbito, caer sobre el suelo un cuadro de luz que arrojaba, junto a mi sombra, la sombra de una mujer desconocida.

Volví: con la luz por la espalda y sobre mis ojos deslumbrados, aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno, en tanto que balbuceaba yo algunos saludos y explicaciones.

—Pase usted, Alfonso.

Y pasé, asombrado de oírme llamar como en mi casa. Fue una decepción el vestíbulo. Sobre las palabras románticas de la esquila (a mí, al menos, me parecían románticas), había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones; una antigua casa sin estilo, pero llena de respetabilidad. A cambio de esto, me encontré con un vestíbulo diminuto y con una escalerilla frágil, sin elegancia; lo cual más bien prometía dimensiones modernas y estrechas en el resto de la casa. El piso era de madera encerada; los raros muebles

tenían aquel lujo frío de las cosas de Nueva York, y en el muro, tapizado de verde claro, gesticulaban, como imperdonable signo de trivialidad, dos o tres máscaras japonesas. Hasta llegué a dudar... Pero alcé la vista y quedé tranquilo: ante mí, vestida de negro, esbelta, digna, la mujer que acudió a introducirme me señalaba la puerta del salón. Su silueta se había colorado ya de facciones; su cara me habría resultado insignificante, a no ser por una expresión marcada de piedad; sus cabellos castaños, algo flojos en el peinado, acabaron de precipitar una extraña convicción a mi mente: todo aquel ser me pareció plegarse y formarse a las sugerencias de un nombre.

—¿Amalia? —pregunté.

—Sí—. Y me pareció que yo mismo me contestaba.

El salón, como lo había imaginado, era pequeño. Mas el decorado, respondiendo a mis anhelos, chocaba notoriamente con el del vestíbulo. Allí estaban los tapices y las grandes sillas respetables, la piel de oso al suelo, el espejo, la chimenea, los jarrones; el piano de candeleros lleno de fotografías y estatuillas —el piano en que nadie toca—, y, junto al estrado principal, el caballete con un retrato amplificado y manifiestamente alterado: el de un señor de barba partida y boca grosera.

Doña Magdalena, que ya me esperaba instalada en un sillón rojo, vestía también de negro y llevaba al pecho una de aquellas joyas gruesísimas de nuestros padres: una bola de vidrio con un retrato interior, ceñida por un anillo de oro. El misterio del parecido familiar se apoderó de mí. Mis ojos iban, inconscientemente, de doña Magdalena a Amalia, y del retrato a Amalia. Doña Magdalena, que lo notó, ayudó mis investigaciones con alguna exégesis oportuna.

Lo más adecuado hubiera sido sentirme incómodo, manifestarme sorprendido, provocar una explicación. Pero doña Magdalena y su hija Amalia me hipnotizaron, desde los primeros instantes, con sus miradas paralelas. Doña Magdalena era una mujer de sesenta años; así es que consintió en dejar a su hija los cuidados de la iniciación. Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura.

A la madre tocó —es de rigor— recordarnos que era ya tiempo de cenar. En el comedor la charla se hizo más general y corriente. Yo acabé por convencerme de que aquellas señoras no habían que-

rido más que convidarme a cenar, y a la segunda copa de Chablis me sentí sumido en un perfecto egoísmo del cuerpo lleno de generosidades espirituales. Charlé, reí, y desarrollé todo mi ingenio, tratando interiormente de disimularme la irregularidad de mi situación. Hasta aquel instante las señoras habían procurado parecerme simpáticas; desde entonces sentí que había comenzado yo mismo a serles agradable.

El aire piadoso de la cara de Amalia se propagaba, por momentos, a la cara de la madre. La satisfacción, enteramente fisiológica, del rostro de doña Magdalena descendía, a veces, al de su hija. Parecía que estos dos motivos flotasen en el ambiente, volando de una cara a la otra.

Nunca sospeché los agrados de aquella conversación. Aunque ella sugería, vagamente, no sé qué evocaciones de Sudermann, con frecuentes rondas al difícil campo de las responsabilidades domésticas y —como era natural en mujeres de espíritu fuerte— súbitos relámpagos ibsenianos, yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona.

Al principio, la conversación giró toda sobre cuestiones comerciales, económicas, en que las dos mujeres parecían complacerse. No hay asunto mejor que éste cuando se nos invita a la mesa en alguna casa donde no somos de confianza.

Después, las cosas siguieron de otro modo. Todas las frases comenzaron a volar como en redor de alguna lejana petición. Todas tendían a un término que yo mismo no sospechaba. En el rostro de Amalia apareció, al fin, una sonrisa aguda, inquietante. Comenzó visiblemente a combatir contra alguna interna tentación. Su boca palpitaba, a veces, con el ansia de las palabras, y acababa siempre por suspirar. Sus ojos se dilataban de pronto, fijándose con tal expresión de espanto o abandono en la pared que quedaba a mis espaldas, que más de una vez, asombrado, volví el rostro yo mismo. Pero Amalia no parecía consciente del daño que me ocasionaba. Continuaba con sus sonrisas, sus asombros y sus suspiros, en tanto que yo me estremecía cada vez que sus ojos miraban por sobre mi cabeza.

Al fin, se entabló, entre Amalia y doña Magdalena, un verdadero coloquio de suspiros. Yo estaba tan desazonado. Hacia el

centro de la mesa, y, por cierto, tan baja que era una constante incomodidad, colgaba la lámpara de dos luces. Y sobre los muros se proyectaban las sombras desteñidas e las dos mujeres, en tan forma que no era posible fijar la correspondencia de las sombras con las personas. Me invadió una intensa depresión, y un principio de aburrimiento se fue apoderando de mí. De lo que vino a sacarme esta invitación insospechada:

—Vamos al jardín.

Esta nueva perspectiva me hizo recobrar mis espíritus. Condujéronme a través de un cuarto cuyo aseo y sobriedad hacía pensar en los hospitales,. En la oscuridad de la noche pude adivinar un jardincillo breve y artificial, como el de un camposanto.

Nos sentamos bajo el emparrado. Las señoras comenzaron a decirme los nombres de las flores que yo no veía, dándose el cruel deleite de interrogarme después sobre sus recientes enseñanzas. Mi imaginación, destemplada por una experiencia tan larga de excentricidades, no hallaba reposo. Apenas me dejaba escuchar y casi no me permitía contestar. Las señoras sonreían ya (yo lo adivinaba) con pleno conocimiento de mi estado. Comencé a confundir sus palabras con mi fantasía. Sus explicaciones botánicas, hoy que las recuerdo, me parecen monstruosas como un delirio: creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpientes, hasta el cuello.

La oscuridad, el cansancio, la cena, el Chablis, la conversación misteriosa sobre flores que yo no veía (y aun creo que no las había en aquel raquítico jardín), todo me fue convidando al sueño; y me quedé dormido sobre el banco, bajo el emparrado.

—¡Pobre capitán! —oí decir cuando abrí los ojos—. Lleno de ilusiones marchó a Europa. Para él se apagó la luz.

En mi alrededor reinaba la misma oscuridad. Un vientecillo tibio hacía vibrar el emparrado. Doña Magdalena y Amalia conversaban junto a mí, resignadas a tolerar mi mutismo. Me pareció que habían trocado los asientos durante mi breve sueño; eso me pareció...

—Era capitán de Artillería —me dijo Amalia—; joven y apuesto si los hay.

Su voz temblaba.

Y en aquel punto sucedió algo que en otras circunstancias me habría parecido natural, pero que entonces me sobresaltó y trajo a mis labios mi corazón. Las señoras, hasta entonces, sólo me habían sido perceptibles por el rumor de su charla y de su presencia. En aquel instante alguien abrió una ventana en la casa, y la luz vino a caer, inesperada, sobre los rostros de las mujeres. Y —¡oh cielos!— los vi iluminarse de pronto, autonómicos, suspensos en el aire —perdidas las ropas negras en la oscuridad del jardín— y con la expresión de piedad grabada hasta la dureza en los rasgos. Eran como las caras iluminadas en los cuadros de Echave el Viejo, astros enormes y fantásticos.

Salté sobre mis pies sin poder dominarme ya.

—Espere usted —gritó entonces doña Magdalena—; aún falta lo más terrible.

Y luego, dirigiéndose a Amalia:

—Hija mía, continúa; este caballero no puede dejarnos ahora y marcharse sin oírlo todo.

—Y bien —dijo Amalia—: el capitán se fue a Europa. Pasó de noche por París, por la mucha urgencia de llegar a Berlín. Pero todo su anhelo era conocer París. En Alemania tenía que hacer no sé qué estudios en cierta fábrica de cañones... Al día siguiente de llegado, perdió la vista en la explosión de una caldera.

Yo estaba loco. Quise preguntar; ¿qué preguntaría? Quise hablar; ¿qué diría? ¿Qué había sucedido junto a mí? ¿Para qué me habían convidado?

La ventana volvió a cerrarse, y los rostros de las mujeres volvieron a desaparecer. La voz de la hija resonó:

—¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella: pasó ciego junto al Arco de la Estrella, adivinándolo todo a su alrededor... Pero usted le hablará de París, ¿verdad? Le hablará del París que él no pudo ver. ¡Le hará tanto bien!

(“¡Ah, si no faltara!”... “¡Le hará tanto bien!”)

Y entonces me arrastraron a la sala, llevándome por los brazos como un inválido. A mis pies se habían enredado las guías vegetales del jardín; había hojas sobre mi cabeza.

—Helo aquí —me dijeron mostrándome un retrato. Era un militar. Llevaba un casco guerrero, una capa blanca, y los galones

plateados en las mangas y en las presillas como tres toques de clarín. Sus hermosos ojos, bajo las alas perfectas de las cejas, tenían un imperio singular. Miré a las señoras: las dos sonreían como en el desahogo de la misión cumplida. Contemplé de nuevo el retrato; me vi yo mismo en el espejo; verifiqué la semejanza: yo era como una caricatura de aquel retrato. El retrato tenía una dedicatoria y una firma. La letra era la misma de la esquila anónima recibida por la mañana.

El retrato había caído de mis manos, y las dos señoras me miraban con una cómica piedad. Algo sonó en mis oídos como una araña de cristal que se estrellara contra el suelo.

Y corrí, a través de calles desconocidas. Bailaban los focos delante de mis ojos. Los relojes de los torreones me espiaban, congestionados de luz... ¡Oh, cielos! Cuando alcancé, jadeante, la tabla familiar de mi puerta, nueve sonoras campanadas estremecían la noche.

Sobre mi cabeza había hojas; en mi ojal, una florecilla modesta que yo no corté.

LA PATA DE MONO

W. W. JACOBS*

La noche era fría y húmeda, pero en la pequeña sala de Laburnum Villa, los póstigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez; el primero tenía ideas personales y ponía al rey en tan desesperados e inútiles peligros, que provocaba el comentario de la vieja señora que tejía placidamente junto a la chimenea.

—Oigan el viento —dijo el señor White; había cometido un error fatal y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

—Lo oigo —dijo éste moviendo implacablemente la reina—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —sá8\$?Ae con la mano sobre el tablero.

—Mate —contestó el hijo.

—Esto es lo malo de vivir tan lejos —vociferó el señor White con imprevista y repentina violencia—. De todos los barriales, este es el peor. El camino es un pantano. No sé en qué piensa la gente. Como hay sólo dos casas alquiladas, no les importa.

—No te aflijas, querido —dijo suavemente su mujer—, ganarás la próxima vez.

El señor White alzó la vista y sorprendió una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de fastidio.

—Ahí viene —dijo Herbert White al oír el golpe del portón y unos pasos que se acercaban. Su padre se levantó con apresurada hospitalidad y abrió la puerta; lo oyeron condolerse con el recién venido.

* William Wimark Jacobs, inglés (1863-1943). Autor de *Muchos cargos* y *Los murmullos del océano*.

Luego, entraron. El forastero era un hombre fornido, con los ojos salientes y la cara rojiza.

—El sargento mayor—mayor Morris —dijo el señor White, presentándolo. El sargento les dio la mano, aceptó la silla que le ofrecieron y observó con satisfacción que el dueño de casa traía whisky y unos vasos y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Al tercer vaso, le brillaron los ojos y empezó a hablar. La familia miraba con interés a ese forastero que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

—Hace veintiún años —dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue era apenas un muchacho. Mírenlo ahora.

—No parece haberle sentado tan mal — dijo la señora White amablemente.

—Me gustaría ir a la India —dijo el señor White— Sólo para dar un vistazo.

—Mejor quedarse aquí —replicó el sargento moviendo la cabeza. Dejó el vaso y, suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.

—Me gustaría ver esos viejos templos y faquires y malabaristas —dijo el señor White—. ¿Qué fue Morris, lo que usted empezó a contarme los otros días, de una pata de mono o algo por el estilo?

—Nada —contestó el soldado, apresuradamente—. Nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó la señora White.

—Bueno, es lo que se llama magia, tal vez —dijo con desgano el sargento.

Sus tres interlocutores lo miraron con avidez. Distraídamente, el forastero llevó la copa vacía a los labios; volvió a dejarla. El dueño de la casa la llenó.

—A primera vista, es una patita momificada que no tiene nada de particular —dijo el sargento mostrando algo que sacó del bolsillo.

La señora retrocedió, con una mueca. El hijo tomó la pata de mono y la examinó atentamente.

—¿Y qué tiene de extraordinario? —preguntó el señor White quitándosela a su hijo, para mirarla.

—Un viejo faquir le dio poder mágico —dijo el sargento mayor—. Un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele impunemente. Le dio este poder: Tres hombres pueden pedirle tres deseos.

Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban.

—Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas? —preguntó Herbert White.

El sargento lo miró con tolerancia.

—Las he pedido —dijo, y su rostro curtido palideció.

—¿Realmente se cumplieron los tres deseos? —preguntó la señora White.

—Se cumplieron —dijo el sargento.

—¿Y nadie más pidió? —insistió la señora.

—Sí, un hombre. No sé cuáles fueron las dos primeras cosas que pidió; la tercera, fue la muerte. Por eso entré en posesión de la pata de mono.

Habló con tanta gravedad que produjo silencio.

—Morris, si obtuvo los tres deseos, ya no le sirve el talismán —dijo, finalmente, el señor White—. ¿Para qué lo guarda?

El sargento sacudió la cabeza:

—Probablemente he tenido, alguna vez la idea de venderlo; pero creo que no lo haré. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarlo. Algunos sospechan que es un cuento de hadas; otros quieren probarlo primero y pagarme después.

—Y si a usted le concedieran tres deseos más —dijo el señor White—, ¿los pediría?

—No sé —contestó el otro—. No sé.

Tomó la pata de mono, la agitó entre el pulgar y el índice y la tiró al fuego. White la recogió.

—Mejor que se queme dijo con solemnidad el sargento.

—Si usted no la quiere Morris démela.

—No quiero —respondió terminantemente—. La tiré al fuego; si la guarda, no me eche las culpas de lo que pueda suceder. Sea razonable, tírela.

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva adquisición. Preguntó:

—¿Cómo se hace?

—Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo que debe temer las consecuencias.

—Parece de las *Mil y una noches* —dijo la señora White. Se levantó a preparar la mesa—. ¿No le parece que podrían pedir para mí otro par de manos?

El señor White sacó del bolsillo el talismán; los tres se rieron al ver la expresión de alarma del sargento.

—Si está resuelto a pedir algo —dijo agarrando el brazo de White—, pida algo razonable.

El señor White guardó en el bolsillo la pata de mono. Invitó a Morris a sentarse a la mesa. Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado. Atraídos, escucharon nuevos relatos de la vida del sargento en La India.

—Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en los otros —dijo Herbert cuando el forastero cerró la puerta y se alejó con prisa, para alcanzar el último tren—, no conseguiremos gran cosa.

—¿Le diste algo? —preguntó la señora mirando atentamente a su marido.

—Una bagatela —contestó el señor White, ruborizándose levemente—. No quería aceptarlo, pero lo obligué. Insistió en que tirara el talismán.

—Sin duda —dijo Herbert, con fingido horror—, seremos felices, ricos y famosos. Para empezar tienes que pedir un imperio, así no estarás dominado por tu mujer.

El señor White sacó del bolsillo el talismán y lo examinó perplejamente.

—No se me ocurre nada para pedirle —dijo con lentitud—. Me parece que tengo todo lo que deseo.

—Si pagaras la hipoteca de la casa serías feliz ¿no es cierto? —dijo Herbert poniéndole la mano sobre el hombro—. Bastará con que pidas doscientas libras.

El padre sonrió avergonzado de su propia credulidad y levantó el talismán; Herbert puso una cara solemne, hizo un guiño a su madre y tocó en el piano unos acordes graves.

—Quiero doscientas libras —pronunció el señor White. Un gran estrepito del piano contestó a sus palabras. El señor White dio un grito. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

—Se movió —dijo mirando con desagrado el objeto y lo dejó caer—. Se retorció en mi mano, como una víbora.

—Pero yo no veo el dinero —observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa—. Apostaría que nunca lo veré.

—Habrá sido tu imaginación, querido —dijo la mujer mirándolo ansiosamente.

Sacudió la cabeza.

—No importa. No ha sido nada. Pero me dio un susto.

Se sentaron junto al fuego y los dos hombres acabaron de fumar sus pipas. El viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando se golpeó una puerta en los pisos altos. Un silencio inusitado y deprimente los envolvió hasta que se levantaron para ir a acostarse.

—Se me ocurre que encontrarás el dinero en una gran bolsa, en el medio de la cama —dijo Herbert al darles las buenas noches—. Una aparición horrible, agazapada encima del ropero, te acechara cuando estés guardando tus bienes ilegítimos.

Ya solo, el señor White se sentó en la oscuridad, y miró las brasas, y vio caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la miró con asombro; se rió, molesto, y buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima y apagar la brasa; sin querer, tocó la pata de mono; se estremeció, limpió la mano en el abrigo y subió a su cuarto.

II

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en la claridad del sol invernal, se rió de sus temores. En el cuarto había un ambiente de prosaica salud que faltaba la noche anterior; y esa pata de mono, arrugada y sucia, tirada sobre el aparador, no parecía terrible.

—Todos los viejos militares son iguales —dijo la señora White—. ¡Qué idea, la nuestra, escuchar esas tonterías! ¿Cómo puede creerse en talismanes, en esta época? Y si consiguieran las doscientas libras, ¿qué mal podrían hacerte?

—Pueden caer de arriba y lastimarle la cabeza —dijo Herbert.

—Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que parecían coincidencias —dijo el padre.

—Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de mi vuelta —dijo Herbert levantándose de la mesa—. No sea que te conviertas en un avaro y tengamos que repudiarte.

La madre se rió, lo acompañó hasta afuera y lo vio alejarse por el camino; de vuelta a la mesa del comedor, se burló de la credulidad de su marido. Sin embargo, cuando el cartero llamó a la puerta, corrió a abrirla y cuando vio que sólo traía la cuenta del sastre, se refirió con cierto malhumor a los militares de costumbre intemperantes.

—Me parece que Herbert tendrá tema para sus bromas —dijo al sentarse.

—Sin duda —dijo el señor White—. Pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano. Puedo jurarlo.

—Habrá sido en tu imaginación —dijo la señora suavemente.

—Afirmo que se movió. Yo no estaba sugestionado. Era... ¿Qué sucede?

Su mujer no le contestó. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa y no se decidía a entrar. Notó que el hombre estaba bien vestido y que tenía una galera nueva y reluciente; pensó en las doscientas libras. El hombre se detuvo tres veces en el portón; por fin se decidió a llamar. Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido. Éste parecía incómodo. La miraba furtivamente, mientras ella le pedía disculpas por el desorden que había en el cuarto y por el guardapolvo de su marido. La señora esperó cortésmente que les dijera el motivo de la visita; el desconocido estuvo un rato en silencio.

—Vengo de parte de *Maw & Meggins* —dijo por fin.

La señora White tuvo un sobresalto.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

—Espera, querida. No te adelantes a los acontecimientos. Supongo que usted no trae malas noticias, señor. —Y lo miró patéticamente.

—Lo siento... —empezó el otro.

—¿Está herido? —preguntó, enloquecida, la madre.

El hombre asintió.

—Mal herido —dijo pausadamente—. Pero no sufre.

—Gracias a Dios —dijo la señora White, juntando las manos—. Gracias a Dios.

Bruscamente comprendió el sentido siniestro que había en la seguridad que le daban y vio la confirmación de sus temores, en la cara significativa del hombre. Retuvo la respiración, miró a su marido que parecía tardar en comprender, y le tomó la mano temblorosamente. Hubo un largo silencio.

—Lo agarraron las máquinas —dijo en voz baja el visitante.

—Lo agarraron las máquinas —repitió el señor White, aturrido.

Se sentó, mirando fijamente por la ventana; tomó la mano de su mujer, la apretó en la suya, como en sus tiempos de enamorados.

—Era el único que nos quedaba —le dijo al visitante—. Es duro.

El otro se levantó y se acercó a la ventana.

—La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida —dijo sin darse vuelta—. Le ruego que comprenda que soy tan sólo un empleado y que obedezco a las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La cara de la señora White estaba lívida.

—Se me ha comisionado para declararles que Maw & Meggins niegan toda responsabilidad en el accidente —prosiguió el otro—. Pero en consideración a los servicios prestados por su hijo, le remiten una suma determinada.

El señor White soltó la mano de su mujer y, levantándose, miró con terror al visitante. Sus labios secos pronunciaron la palabra ¿cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos, como un ciego, y se desplomó, desmayado.

III

En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, marido y mujer dieron sepultura a su muerto y volvieron a la casa transidos de sombra y de silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi no lo entendieron y quedaron esperando alguna otra cosa que les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos, que algunos llaman apatía. Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse; sus días eran interminables hasta el cansancio.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano y se encontró solo. El cuarto estaba a oscuras; oyó, cerca de la ventana, un llanto contenido. Se incorporó en la cama para escuchar.

—Vuelve a acostarte —dijo tiernamente—. Vas a tomar frío.

—Mi hijo tiene más frío —dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño. Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

—La pata de mono —gritaba desatinadamente—, la pata de mono.

El señor White se incorporó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó:

—La quiero. ¿No la has destruido?

—Está en la sala, sobre la repisa —contestó asombrado—. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarlo, y le dijo histéricamente:

—Sólo ahora he pensado... ¿Por qué no he pensado antes? ¿Por qué tú no pensaste?

—¿Pensaste en qué? —preguntó.

—En los otros dos deseos —respondió en seguida—. Sólo hemos pedido uno.

—¿No fue bastante?

—No —gritó ella triunfalmente—. Le pediremos otro más. Búscala pronto y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama, temblando.

—Dios mío, estás loca.

—Búscala pronto y pide —le balbuceó—; ¡mi hijo, mi hijo!

El hombre encendió la vela:

—Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.

—Nuestro primer deseo se cumplió. ¿Por qué no hemos de pedir el segundo?

—Fue una coincidencia.

—Búscala y desea —gritó con exaltación la mujer.

El marido se dio vuelta y la miró:

—Hace diez días que está muerto y además —no quiero decirte otra cosa— lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras...

—Tráemelo —gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta—. ¿Crees que temo al niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa. El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo hecho pedazos, antes que él pudiera escaparse del cuarto. Perdió la orientación. No encontraba la puerta. Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca y tenía algo sobrenatural. Le tuvo miedo.

—Pídelo —gritó con violencia.

—Es absurdo y perverso —balbuceó.

—Pídelo —repitió la mujer.

El hombre levantó la mano:

—Deseo que mi hijo viva de nuevo.

El talismán cayó al suelo. El señor White siguió mirándolo con terror. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la mujer se acercó a la ventana y levantó la cortina. El hombre no se movió de ahí, hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces miraba a su mujer, que estaba en la ventana. La vela se había consumido; hasta apagarse, proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama; un minuto después, la mujer apática y silenciosa, se acostó a su lado.

No hablaron; escuchaban el latido del reloj. Crujió un escalón. La oscuridad era opresiva; el señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro; simultáneamente, resonó un golpe furtivo, casi imperceptible, en la puerta de entrada.

Los fósforos cayeron. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Huyó a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó un tercer golpe.

—¿Qué es eso? —gritó la mujer.

—Una laucha —dijo el hombre—. Una laucha. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

—¡Es Herbert! ¡Es Herbert! —la señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo ahogadamente.

—¡Es mi hijo; es Herbert! —gritó la mujer, luchando para que la soltara—. Me había olvidado que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta.

—Por amor de Dios, no lo dejes entrar —dijo el hombre, temblando.

—¿Tienes miedo de tu propio hijo? —gritó—. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer se libró y huyó del cuarto. El hombre la siguió y la llamó, mientras bajaba la escalera. Oyó el ruido de la tranca de abajo; oyó el cerrojo; y luego, la voz de la mujer, anhelante:

—La tranca —dijo—. No puedo alcanzarla.

Pero el marido arrodillado, tanteaba el piso, en busca de la pata de mono.

—Si pudiera encontrarla antes de que *eso* entrara... —Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla; oyó el ruido de la tranca al abrirse; en el mismo instante encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último desco.

Los golpes cesaron de pronto; aunque los ecos resonaban aún en la casa. Oyó retirar la silla y abrir la puerta. Un viento helado entró por la escalera; y un largo y desconsolado alarido de su mujer le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. El camino estaba desierto y tranquilo.

EL EVANGELIO SEGÚN MARCOS

JORGE LUIS BORGES*

El hecho sucedió en la estancia Los Álamos, en el partido de Junín, hacia el sur, en los últimos días del mes de marzo de 1928. Su protagonista fue un estudiante de medicina, Baltasar Espinosa. Podemos definirlo por ahora como uno de tantos muchachos porteños, sin otros rasgos dignos de nota que esa facultad oratoria que le había hecho merecer más de un premio en el colegio inglés de Ramos Mejía y que una casi ilimitada bondad. No le gustaba discutir; prefería que el interlocutor tuviera razón y no él. Aunque los azares del juego le interesaban, era un mal jugador, porque le desagradaba ganar. Su abierta inteligencia era perezosa; a los treinta y tres años le faltaba rendir una materia para graduarse, la que más le atraía. Su padre, que era librepensador, como todos los señores de su época, lo había instruido en la doctrina de Herbert Spencer, pero su madre, antes de su viaje a Montevideo, le pidió que todas las noches rezara el Padrenuestro e hiciera la señal de la cruz. A lo largo de los años no había quebrado nunca con más indiferencia que ira, dos o tres puñetazos con un grupo de compañeros que querían forzarlo a participar en una huelga universitaria. Abundada, por espíritu de aquiescencia, en opiniones o hábitos discutibles: el país le importaba menos que el riesgo de que en otras partes creyeran que usamos plumas; veneraba a Francia pero menospreciaba a los franceses; tenía en poco a los americanos, pero aprobaba el hecho de que hubiera rascacielos en Buenos Aires; creía que los gauchos de la llanura son mejores jinetes que los de las cuchillas o los cerros. Cuando Daniel, su primo le propuso veranear en Los Álamos, dijo inmediatamente

* Jorge Luis Borges, argentino (1899-1986). Autor de *El Aleph*, *El libro de arena*, *La muerte y la brújula* y *El informe de Brodie*, entre otros cuentos y ensayos.

que sí, no porque le gustara el campo sino por natural complacencia y porque no buscó razones válidas para decir que no.

El casco de la estancia era grande y un poco abandonado; las dependencias del capataz, que se llamaba Gutre, estaban muy cerca. Los Gutres eran tres: el padre, el hijo, que era singularmente tosco, y una muchacha de incierta paternidad. Eran altos, fuertes, huesudos, de pelo que tiraba a rojizo y de caras aindadas. Casi no hablaban. La mujer del capataz había muerto hace años.

Espinosa, en el campo, fue aprendiendo cosas que no sabía y que no sospechaba. Por ejemplo, que no hay que galopar cuando uno se está acercando a las casas y que nadie sale a andar a caballo sino para cumplir con una tarea. Con el tiempo llegaría a distinguir los pájaros por el grito.

A los pocos días, Daniel tuvo que ausentarse a la capital para cerrar una operación de animales. A lo sumo, el negocio le tomaría una semana. Espinosa, que ya estaba un poco harto de las *bonnes fortunes* de su primo y de su infatigable interés por las variaciones de la sastrería, prefirió quedarse en la estancia, con sus libros de texto. El calor apretaba y ni siquiera la noche traía un alivio. En el alba, los truenos lo despertaron. El viento zamarreaba las casuarinas. Espinosa oyó las primeras gotas y dio gracias a Dios. El aire frío vino de golpe. Esa tarde, el Salado se desbordó.

Al otro día, Baltasar Espinosa, mirando desde la galería los campos anegados, pensó que la metáfora que equipara la pampa con el mar no era, por lo menos esa mañana, del todo falsa, aunque Hudson había dejado escrito que el mar nos parece más grande, porque lo vemos desde la cubierta del barco y no desde el caballo o desde nuestra altura. La lluvia no cejaba; los Gutres, ayudados o incomodados por el pueblero, salvaron buena parte de la hacienda, aunque hubo muchos animales ahogados. Los caminos para llegar a la estancia eran cuatro: a todos los cubrieron las aguas. Al tercer día, una gotera amenazó la casa del capataz; Espinosa les dio una habitación que quedaba en el fondo, al lado del galpón de las herramientas. La mudanza los fue acercando; comían juntos en el gran comedor. El diálogo resultaba difícil; los Gutres, que sabían tantas cosas en materia de campo, no sabían explicarlas. Una noche, Espinosa les preguntó si la gente guardaba algún recuerdo de los malones, cuando la comandancia estaba en Junín. Le dijeron

que sí, pero lo mismo hubieran contestado a una pregunta sobre la ejecución de Carlos Primero. Espinosa recordó que su padre solía decir que casi todos los casos de longevidad que se dan en el campo son casos de mala memoria o de un concepto vago de las fechas. Los gauchos suelen ignorar por igual el año que nacieron y el nombre de quien los engendró.

En toda la casa no había otros libros que una serie de la revista *La Chacra*, un manual de veterinaria, un ejemplar de lujo del *Tabaré*, una *Historia del Shorthorn en la Argentina*, unos cuantos relatos eróticos o policiales y una novela reciente: *Don Segundo Sombra*. Espinosa, para distraer de algún modo la sobremesa inevitable, leyó un par de capítulos a los Gutres, que eran analfabetos. Desgraciadamente, el capataz había sido tropero y no le podían importar las andanzas de otro. Dijo que ese trabajo era liviano, que llevaban siempre un carguero con todo lo que se precisa y que, de no haber sido tropero, no habría llegado nunca hasta la Laguna de Gómez, hasta el Bragado y hasta los campos de los Núñez, en Chacabuco. En la cocina había una guitarra; los peones, antes de los hechos que narro, se sentaban en rueda; alguien la templaba y no llegaba nunca a tocar. Esto se llamaba una guitarreada.

Espinosa, que se había dejado crecer la barba, solía demorarse ante el espejo para mirar su cara cambiada y sonreía al pensar que en Buenos Aires aburriría a los muchachos con el relato de la inundación del Salado. Curiosamente extrañaba lugares a los que no iba nunca y ni iría: una calle de la esquina de Cabrera en la que hay un buzón, unos leones de mampostería en un portón de la calle Jujuy, a unas cuadras del Once, un almacén con piso de baldosa que no sabía muy bien dónde estaba. En cuanto a sus hermanos y a su padre, ya sabrían por Daniel que estaba aislando —la palabra, etimológicamente, era justa— por la creciente.

Explorando la casa, siempre cercada por las aguas, dio con una Biblia en inglés. En las páginas finales los Guthrie —tal era su nombre genuino— habían dejado escrita su historia. Eran oriundos de Inverness, habían arribado a este continente, sin duda como peones, a principios del siglo diecinueve, y se habían cruzado con indios. La crónica cesaba hacia mil ochocientos setenta y tantos; ya no sabían escribir. Al cabo de unas pocas generaciones habían olvidado el inglés; el castellano, cuando Espinosa los conoció, les

daba trabajo. Carecían de fe, pero en su sangre perduraban, como rastros oscuros, el duro fanatismo del calvinista y las supersticiones de la pampa. Espinosa les habló de su hallazgo y casi no escucharon.

Hojeó el volumen y sus dedos lo abrieron en el comienzo del Evangelio según Marcos. Para ejercitarse en la traducción y acaso para ver si entendían algo, decidió leerles ese texto después de la comida. Le sorprendió que lo escucharan con atención y luego con callado interés. Acaso la presencia de las letras de oro en la tapa le diera más autoridad. Lo llevan en la sangre, pensó. También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos en una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota. Recordó las clases de elocución en Ramos Mejía y se ponía de pie para predicar las parábolas.

Los Gutres despachaban la carne asada y las sardinas para no demorar el Evangelio.

Una corderita que la muchacha mimaba y adornaba con una cintita celeste se lastimó con un alambrado de púa. Para parar la sangre, querían ponerle una telaraña; Espinosa la curó con unas pastillas. La gratitud que esa curación despertó no dejó de asombrarlo. Al principio, había desconfiado de los Gutres y había escondido en uno de sus libros los doscientos cuarenta pesos que llevaba consigo; ahora, ausente el patrón, él había tomado su lugar y daba órdenes tímidas, que eran inmediatamente acatadas. Los Gutres lo seguían por las piezas y por el corredor, como si anduvieran perdidos. Mientras leía, notó que le retiraban las migas que él había dejado sobre la mesa. Una tarde los sorprendió hablando de él con respeto y pocas palabras. Concluido el Evangelio según Marcos, quiso leer otro de los tres que faltaban; el padre le pidió que repitiera el que ya había leído, para entenderlo bien. Espinosa sintió que eran como niños, a quienes la repetición les agrada más que la variación o la novedad. Una noche soñó con el Diluvio, lo cual no es de extrañar; los martillazos de la fabricación del arca lo despertaron y pensó que acaso eran truenos. En efecto, la lluvia, que había amainado, volvió a recrudecer. El frío era intenso. Le dijeron que el temporal había roto el techo del galpón de las herramientas y que iban a mostrárselo cuando estuvieran arregladas las vigas. Ya no era un forastero y todos lo trataban con

atención y casi lo mimaban. A ninguno le gustaba el café, pero había siempre una tacita para él, que colmaban de azúcar.

El temporal ocurrió un martes. El jueves a la noche lo recordó un golpecito suave en la puerta que, por las dudas, él siempre cerraba con llave. Se levantó y abrió: era la muchacha. En la oscuridad no la vio, pero por los pasos notó que estaba descalza y después, en el lecho, que había venido desde el fondo, desnuda. No lo abrazó, no dijo una sola palabra; se tendió junto a él y estaba temblando. Era la primera vez que conocía a un hombre. Cuando se fue, no le dio un beso; Espinosa pensó que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Urgido por una íntima razón que no trató de averiguar, juró que en Buenos Aires no le contaría a nadie esa historia.

El día siguiente comenzó como los anteriores, salvo que el padre habló con Espinosa y le preguntó si Cristo se dejó matar para salvar a todos los hombres. Espinosa, que era librepensador pero que se vio obligado a justificar lo que les había leído, le contestó:

—Sí. Para salvar a todos del infierno.

Gutre le dijo entonces:

—¿Qué es el infierno?

—Un lugar bajo tierra donde las ánimas arderán y arderán.

—¿Y también se salvaron los que les clavaron los clavos?

—Sí —replicó Espinosa, cuya teología era incierta.

Había temido que el capataz le exigiera cuentas de lo ocurrido anoche con su hija. Después del almuerzo, le pidieron que relejera los últimos capítulos.

Espinosa durmió una siesta larga, un leve sueño interrumpido por persistentes martillos y por vagas premoniciones. Hacía el atardecer se levantó y salió al corredor. Dijo como si pensara en voz alta:

—Las aguas están bajas. Ya falta poco.

—Ya falta poco —repitió Gutre, como un eco.

Los tres lo habían seguido. Hincados en el piso de piedra le pidieron la bendición. Después lo maldijeron, lo escupieron y lo empujaron hasta el fondo. La muchacha lloraba. Espinosa entendió lo que le esperaba del otro lado de la puerta. Cuando la abrieron, vio el firmamento. Un pájaro gritó; pensó: es un jilguero. El galpón estaba sin techo; habían arrancado las vigas para construir la Cruz.

LOS AMIGOS DE LOS AMIGOS

HENRY JAMES*

Encuentro, como profetizaste, mucho de interesante, pero poco de utilidad para la cuestión delicada —la posibilidad de publicación—. Los diarios de esta mujer son menos sistemáticos de lo que yo esperaba; no tenía más que la bendita costumbre de anotar y narrar. Resumía, guardaba; parece como si pocas veces dejara pasar una buena historia sin atraparla al vuelo. Me refiero, claro está, más que a las cosas que oía, a las que veía y sentía. Unas veces escribe sobre sí misma, otras sobre otros, otras sobre la combinación. Lo incluido bajo esta última rúbrica es lo que suele ser más gráfico. Pero, como comprenderás, no siempre lo más gráfico es lo más publicable. La verdad es que es tremendamente indiscreta, o por lo menos tiene todos los materiales que harían falta para que yo lo fuera. Observa como ejemplo este fragmento que te mando después de dividirlo, para tu comodidad, en varios capítulos cortos. Es el contenido de un cuaderno de pocas hojas que he hecho copiar, y que tiene el valor de ser más o menos una cosa redonda, una suma inteligible. Es evidente que estas páginas datan de hace bastantes años. He leído con la mayor curiosidad lo que tan circunstanciadamente exponen, y he hecho todo lo posible por digerir el prodigio que dejan deducir. Serían cosas llamativas, ¿no es cierto?, para cualquier lector; pero ¿te imaginas siquiera que yo pusiera semejante documento a la vista del mundo, aunque ella misma, como si quisiera hacerle al mundo ese regalo, no diera a sus amigos nombres ni iniciales? ¿Tienes tú alguna pista sobre su identidad? Le cedo la palabra.

* Henry James, norteamericano radicado en Inglaterra (1843-1916). Autor de *Otra vuelta a la tuerca*, *Daisy Miller*, *El regreso del pasado* y *Los bostonianos*, entre otras novelas.

Sé perfectamente, por supuesto, que yo me lo busqué; pero eso ni quita ni pone. Yo fui la primera persona que le habló de ella: ni tan siquiera la había oído nombrar. Aunque yo no hubiera hablado, alguien lo habría hecho por mí; después traté de consolarme con esa reflexión. Pero el consuelo que dan las reflexiones es poco: el único consuelo que cuenta en la vida es no haber hecho el tonto. Ésa es una bienaventuranza de la que yo, desde luego, nunca gozaré. “Pues deberías conocerla y comentarlo con ella”, fue lo que le dije inmediatamente. “Sois almas gemelas.” Le conté quién era, y le expliqué que eran almas gemelas porque, si él había tenido en su juventud una aventura extraña, ella había tenido la suya más o menos por la misma época. Era cosa bien sabida de sus amistades —cada dos por tres se le pedía que relatarla el incidente—. Era encantadora, inteligente, guapa, desgraciada; pero, con todo eso, era a aquello a lo que en un principio había debido su celebridad.

Tenía dieciocho años cuando, estando de viaje por no sé dónde con una tía suya, había tenido una visión de su padre en el momento de morir. Su padre estaba en Inglaterra, a una distancia de cientos de millas y, que ella supiera, ni muriéndose ni muerto. Ocurrió de día, en un museo de una gran ciudad extranjera. Ella había pasado sola, adelantándose a sus compañeras, a una salita que contenía una obra de arte famosa, y que en aquel momento ocupaban otras dos personas. Una era un vigilante anciano; a la otra, antes de fijarse, la tomó por un desconocido, un turista. No fue consciente sino de que tenía la cabeza descubierta y estaba sentado en un banco. Pero en el instante en que puso los ojos en él vio con asombro a su padre, que, como si llevara esperándola mucho tiempo, la miraba con inusitada angustia y con una impaciencia que era casi un reproche. Ella corrió hacia él, gritando descompuesta: “¿Papá, qué te pasa?”; pero a esto siguió una demostración de sentimiento todavía más intenso al ver que ante ese movimiento su padre se desvanecía sin más, dejándola consternada entre el vigilante y sus parientes, que para entonces ya la habían seguido. Esas personas, el empleado, la tía, los primos, fueron pues, en cierto modo, testigos del hecho —del hecho, al menos, de la impresión

que había recibido—; y hubo además el testimonio de un médico que atendía a una de las personas del grupo y a quien se comunicó inmediatamente lo sucedido. El médico prescribió un remedio contra la histeria pero le dijo a la tía en privado: “Espere a ver si no ocurre nada en su casa.” Sí había ocurrido algo: el pobre padre, víctima de un mal súbito y violento, había fallecido aquella misma mañana. La tía, hermana de la madre, recibió en el día un telegrama en el que se le anunciaba el suceso y se le pedía que preparase a su sobrina. Su sobrina ya estaba preparada, y ni que decir tiene que aquella aparición dejó en ella una huella indeleble. A todos nosotros, como amigos suyos, nos había sido transmitida, y todos nos la habíamos transmitido unos a otros con cierto estremecimiento. De eso hacía doce años, y ella, como mujer que había hecho una boda desafortunada y vivía separada de su marido, había cobrado interés por otros motivos; pero como el apellido que ahora llevaba era un apellido frecuente, y como además su separación judicial apenas era distinción en los tiempos que corrían, era habitual singularizarla como “ésa, sí, la que vio al fantasma de su padre”.

En cuanto a él, él había visto al de su madre..., iqué más hacía falta! Yo no lo había sabido hasta esta ocasión en que nuestro trato más íntimo, más agradable, le llevó, por algo que había salido en nuestra conversación, a mencionarlo y con ello a inspirarme el impulso de hacerle saber que tenía un rival en ese terreno —una persona con quien comparar impresiones—. Más tarde, esa historia vino a ser para él, quizá porque yo la repitiese indebidamente, también una cómoda etiqueta mundana; pero no era con esa referencia como me lo habían presentado un año antes. Tenía otros méritos, como ella, la pobre, también los tenía. Yo puedo decir sinceramente que fui muy consciente de ellos desde el primer momento —que los descubrí antes de que él descubriera los míos—. Recuerdo haber observado ya en aquel entonces que su percepción de los míos se avivó por esto de que yo pudiera corresponder, aunque desde luego no con nada de mi propia experiencia, a su curiosa anécdota. Databa esa anécdota, como la de ella, de una docena de años atrás: de un año en el que, estando en Oxford, por no sé qué razones se había quedado a hacer el curso “largo”. Era una tarde del mes de agosto; había estado en el río. Cuando

volvió a su habitación, todavía a la clara luz del día, encontró allí a su madre, de pie y como con los ojos fijos en la puerta. Aquella mañana había recibido una carta de ella desde Gales, donde estaba con su padre. Al verle le sonrió con muchísimo cariño y le tendió los brazos, y al adelantarse él abriendo los suyos, lleno de alegría, se desvaneció. Él le escribió aquella noche, contándole lo sucedido; la carta había sido cuidadosamente conservada. A la mañana siguiente le llegó la noticia de su muerte. Aquel azar de nuestra conversación hizo que se quedara muy impresionado por el pequeño prodigio que yo pude presentarle. Nunca se había tropezado con otro caso. Desde luego que tenían que conocerse, mi amiga y él; seguro que tendrían cosas en común. Yo me encargaría, ¿verdad? —si *ella* no tenía inconveniente—; él no lo tenía en absoluto. Yo había prometido hablarlo con ella en la primera ocasión, y en la misma semana pude hacerlo. De “inconveniente” tenía tan poco como él; estaba perfectamente dispuesta a verle. A pesar de lo cual no había de haber encuentro —como vulgarmente se entienden los encuentros.

II

La mitad de mi cuento está en eso: de qué forma extraordinaria se vio obstaculizado. Fue culpa de una serie de accidentes; pero esos accidentes, persistiendo al cabo de los años, acabaron siendo, para mí y para otras personas, objeto de diversión con cada una de las partes. Al principio tuvieron bastante gracia, luego ya llegaron a aburrir. Lo curioso es que él y ella estaban muy bien dispuestos: no se podía decir que se mostrasen indiferentes, ni muchísimo menos reacios. Fue uno de esos caprichos del azar, supongo, por una oposición bastante arraigada de las ocupaciones y costumbres de uno y otra. Las de él tenían por centro su cargo, su sempiterna inspección, que le dejaba escaso tiempo libre, reclamándole constantemente y obligándole a anular compromisos. Le gustaba la vida social, pero en todos lados la encontraba y la cultivaba a la carrera. Yo nunca sabía dónde podía estar en un momento dado, y a veces transcurrían meses sin que le viera. Ella, por su parte, era prácticamente suburbana: vivía en Richmond y no “salía” nunca. Era

persona de distinción, pero no de mundo, y muy sensible, como se decía, a su situación. Decididamente altiva y un tanto caprichosa, vivía su vida como se la había trazado. Había cosas que era posible hacer con ella, pero era imposible hacerla ir a las reuniones en casa ajena. De hecho éramos los demás los que íbamos, algo más a menudo de lo que hubiera sido normal, a las suyas, que consistían en su prima, una taza de té y la vista. El té era bueno; pero la vista nos era ya familiar, aunque tal vez su familiaridad no alcanzara, como la de la prima —una solterona desagradable que formaba parte del grupo cuando aquello del museo y que ahora vivía con ella—, al grado de lo ofensivo. Aquella vinculación a un pariente, que en parte obedecía a motivos económicos —según ella su acompañante era una administradora maravillosa—, era una de las pequeñas manías que le teníamos que perdonar. Otro era su estimación de lo que le exigía el decoro por haber roto con su marido. Ésta era extremada —muchos la calificaban hasta de morbosa—. No tomaba con nadie la iniciativa; cultivaba el escrúpulo; sospechaba desaires, o quizá me esté mejor decir que los recordaba: era una de las pocas mujeres que he conocido a quienes esa particular posición había hecho modestas más que atrevidas. ¡La pobre, cuánta delicadeza! Especialmente marcados eran los límites que había puesto a las posibles atenciones de parte de hombres: siempre estaba pensando que su marido no hacía sino esperar la ocasión para atacar. Desalentaba, si no prohibía, las visitas de personas del sexo masculino no seniles: decía que para ella todas las precauciones eran pocas.

Cuando por primera vez le mencioné que tenía un amigo al que los hados habían distinguido de la misma extraña manera que a ella, le dejé todo el margen posible para que me dijera: “¡Ah, pues traéle a verme!” Seguramente habría podido llevarle, y se habría producido una situación del todo inocente, o por lo menos relativamente simple. Pero no dijo nada de eso; no dijo más que: “Tendré que conocerle; ¡a ver si coincidimos!” Eso fue la causa del primer retraso, y entretanto pasaron varias cosas. Una de ellas fue que con el transcurso del tiempo, y como era una persona encantadora, fue haciendo cada vez más amistades, y matemáticamente esos amigos eran también lo suficientemente amigos de él como para sacarle a relucir en la conversación. Era curioso que

sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, según una expresión horrenda, al mismo ambiente, mi sorprendida pareja hubiera venido a dar en tantos casos con las mismas personas y a hacerles entrar en el extraño coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente le hablaban bien de él. Tenía también un tipo de originalidad, un interés intrínseco, que hacía que cada uno de nosotros la tuviera como un recurso privado, cultivado celosamente, más o menos en secreto, como una de esas personas a las que no se ve en una reunión social, a las que no todo el mundo —no el vulgo— puede abordar, y con quien, por tanto, el trato es particularmente difícil y particularmente precioso. La veíamos cada cual por separado, con citas y condiciones, y en general nos resultaba más conducente a la armonía no contárnoslo. Siempre había quien había recibido una nota suya más tarde que otro. Hubo una necia que durante mucho tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la fama de codearse con “cantidad de personas inteligentes y fuera de serie”.

Todos hemos tenido amigos que parecía buena idea juntar, y todos recordamos que nuestras mejores ideas no han sido nuestros mayores éxitos; pero dudo que jamás se haya dado otro caso en el que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en juego. Realmente puede ser que la cantidad de influencia fuera lo más notable de éste. Los dos, la dama y el caballero, lo calificaron ante mí y ante otros de tema para una comedia muy divertida. Con el tiempo, la primera razón aducida se eclipsó, y sobre ella florecieron otras cincuenta mejores. Eran tan parecidísimos: tenían las mismas ideas, mañas y gustos, los mismos prejuicios, supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y, las hacían; les gustaban y les desagradaban las mismas personas y lugares, los mismos libros, autores y estilos; había toques de semejanzas hasta en su aspecto y sus facciones. Como no podía ser menos, los dos eran, según la voz popular, igual de “simpáticos” y casi igual de guapos. Pero la gran identidad que alimentaba asombros y comentarios era su rara manía de no dejarse fotografiar. Eran las únicas personas de quienes se supiera que nunca habían “posado” y que se negaban a ello con pasión. Que no y que no —nada, por mucho que se les dijera—. Yo había protestado viva-

persona de distinción, pero no de mundo, y muy sensible, como se decía, a su situación. Decididamente altiva y un tanto caprichosa, vivía su vida como se la había trazado. Había cosas que era posible hacer con ella, pero era imposible hacerla ir a las reuniones en casa ajena. De hecho éramos los demás los que íbamos, algo más a menudo de lo que hubiera sido normal, a las suyas, que consistían en su prima, una taza de té y la vista. El té era bueno; pero la vista nos era ya familiar, aunque tal vez su familiaridad no alcanzara, como la de la prima —una solterona desagradable que formaba parte del grupo cuando aquello del museo y que ahora vivía con ella—, al grado de lo ofensivo. Aquella vinculación a un pariente, que en parte obedecía a motivos económicos —según ella su acompañante era una administradora maravillosa—, era una de las pequeñas manías que le teníamos que perdonar. Otro era su estimación de lo que le exigía el decoro por haber roto con su marido. Ésta era extremada —muchos la calificaban hasta de morbosa—. No tomaba con nadie la iniciativa; cultivaba el escrúpulo; sospechaba desaires, o quizá me esté mejor decir que los recordaba: era una de las pocas mujeres que he conocido a quienes esa particular posición había hecho modestas más que atrevidas. ¡La pobre, cuánta delicadeza! Especialmente marcados eran los límites que había puesto a las posibles atenciones de parte de hombres: siempre estaba pensando que su marido no hacía sino esperar la ocasión para atacar. Desalentaba, si no prohibía, las visitas de personas del sexo masculino no seniles: decía que para ella todas las precauciones eran pocas.

Cuando por primera vez le mencioné que tenía un amigo al que los hados habían distinguido de la misma extraña manera que a ella, le dejé todo el margen posible para que me dijera: “¡Ah, pues tráele a verme!” Seguramente habría podido llevarle, y se habría producido una situación del todo inocente, o por lo menos relativamente simple. Pero no dijo nada de eso; no dijo más que: “Tendré que conocerle; ¡a ver si coincidimos!” Eso fue la causa del primer retraso, y entretanto pasaron varias cosas. Una de ellas fue que con el transcurso del tiempo, y como era una persona encantadora, fue haciendo cada vez más amistades, y matemáticamente esos amigos eran también lo suficientemente amigos de él como para sacarle a relucir en la conversación. Era curioso que

sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, según una expresión horrenda, al mismo ambiente, mi sorprendida pareja hubiera venido a dar en tantos casos con las mismas personas y a hacerles entrar en el extraño coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente le hablaban bien de él. Tenía también un tipo de originalidad, un interés intrínseco, que hacía que cada uno de nosotros la tuviera como un recurso privado, cultivado celosamente, más o menos en secreto, como una de esas personas a las que no se ve en una reunión social, a las que no todo el mundo —no el vulgo— puede abordar, y con quien, por tanto, el trato es particularmente difícil y particularmente precioso. La veíamos cada cual por separado, con citas y condiciones, y en general nos resultaba más conducente a la armonía no contárnoslo. Siempre había quien había recibido una nota suya más tarde que otro. Hubo una necia que durante mucho tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la fama de codearse con “cantidad de personas inteligentísimas y fuera de serie”.

Todos hemos tenido amigos que parecía buena idea juntar, y todos recordamos que nuestras mejores ideas no han sido nuestros mayores éxitos; pero dudo que jamás se haya dado otro caso en el que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en juego. Realmente puede ser que la cantidad de influencia fuera lo más notable de éste. Los dos, la dama y el caballero, lo calificaron ante mí y ante otros de tema para una comedia muy divertida. Con el tiempo, la primera razón aducida se eclipsó, y sobre ella florecieron otras cincuenta mejores. Eran tan parecidísimos: tenían las mismas ideas, mañas y gustos, los mismos prejuicios, supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y, las hacían; les gustaban y les desagradaban las mismas personas y lugares, los mismos libros, autores y estilos; había toques de semejanzas hasta en su aspecto y sus facciones. Como no podía ser menos, los dos eran, según la voz popular, igual de “simpáticos” y casi igual de guapos. Pero la gran identidad que alimentaba asombros y comentarios era su rara manía de no dejarse fotografiar. Eran las únicas personas de quienes se supiera que nunca habían “posado” y que se negaban a ello con pasión. Que no y que no —nada, por mucho que se les dijera—. Yo había protestado viva-

mente; a él, en particular, había deseado tan en vano poder mostrarle sobre la chimenea del salón, en un marco de Bond Street. Era, en cualquier caso, la más poderosa de las razones por las que debían conocerse —de todas las poderosas razones a la nada por aquella extraña ley que les había hecho cerrarse mutuamente tantas puertas en las narices, que había hecho de ellos los cubos de un pozo, los dos extremos de un balancín, los dos partidos del Estado, de suerte que cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo, cuando uno estaba fuera el otro estaba dentro; sin la más mínima posibilidad para ninguno de entrar en una casa hasta que el otro la hubiera abandonado, ni de abandonarla desavisado hasta que el otro estuviera a tiro. No llegaban hasta el momento en que ya no se les esperaba, que era precisamente también cuando se marchaban. Eran, en una palabra, alternos e incompatibles; se cruzaban con un empecinamiento que sólo se podía explicar pensando que fuera preconvenido. Tan lejos estaba de serlo, sin embargo, que acabó —literalmente al cabo de varios años— por decepcionarles y fastidiarles. Yo no creo que su curiosidad fuera intensa hasta que se manifestó absolutamente vana. Mucho, por supuesto, se hizo por ayudarles, pero era como tender alambres para hacerles tropezar. Para poner ejemplos tendría que haber tomado notas; pero sí recuerdo que ninguno de los dos había podido jamás asistir a una cena en la ocasión propicia. La ocasión propicia para uno era la ocasión frustrada para el otro. Para la frustrada eran puntualísimos, y al final todas quedaron frustradas. Hasta los elementos se confabulaban, secundados por la constitución humana. Un catarro, un dolor de cabeza, un luto, una tormenta, una niebla, un terremoto, un cataclismo se interponían infaliblemente. El asunto pasaba ya de broma.

Pero como broma había que seguir tomándolo, aunque no pudiera uno por menos de pensar que con la broma la cosa se había puesto seria, se había producido por ambas partes una conciencia, una incomodidad, un miedo real al último accidente de todos, el único que aún podía tener algo de novedoso, al accidente que sí les reuniese. El efecto último de sus predecesores había sido encender ese instinto. Estaban francamente avergonzados —quizá incluso un poco el uno del otro—. Tanto preparativo, tanta frustración: ¿qué podía haber, después de tanto y tanto, que lo

mereciera? Un mero encuentro sería mera vaciedad. ¿Me los imaginaba yo al cabo de los años, preguntaba a menudo, mirándose estúpidamente el uno al otro, y nada más? Si era aburrida la broma, peor podía ser eso. Los dos se hacían exactamente las mismas reflexiones, y era seguro que a cada cual le llegaran por algún conducto las del contrario. Yo tengo el convencimiento de que era esa peculiar desconfianza lo que en el fondo controlaba la situación. Quiero decir que si durante el primer año o dos habían fracasado sin poderlo evitar, mantuvieron la costumbre porque —¿cómo decirlo?— se habían puesto nerviosos. Realmente había que pensar en una violación soterrada para explicarse una cosa tan repetida y tan ridícula.

III

Cuando para coronar nuestra larga relación acepté su renovada oferta de matrimonio, se dijo humorísticamente, lo sé, que yo había puesto como condición que me regalara una fotografía suya. Lo que era verdad era que yo me había negado a darle la mía sin ella. El caso es que le tenía por fin, todo pimpante, encima de la chimenea; y allí fue donde ella, el día que vino a darme la enhorabuena, estuvo más cerca que nunca de verle. Con posar para aquel retrato le había dado él un ejemplo que yo la invité a seguir; ya que él había despuesto su terquedad, ¿por qué no disponía ella la suya? También ella me tenía que regalar algo por mi compromiso: ¿por qué no me regalaba la pareja? Se echó a reír y meneó la cabeza; a veces hacía ese gesto con un impulso que parecía venido desde tan lejos como la brisa que mueve una flor. Lo que hacía pareja con el retrato de mi futuro marido era el retrato de su futura mujer. Ella tenía tomada su decisión, y era tan incapaz de apartarse de ella como de explicarla. Era un prejuicio, un *entêtement*, un voto —viviría y se moriría sin dejarse fotografiar—. Ahora, además, estaba sola en ese estado: eso era lo que a ella le gustaba; le otorgaba una originalidad tanto mayor. Se regocijó de la caída de su ex correligionario, y estuvo largo rato mirando su efigie, sin hacer sobre ella ningún comentario memorable, aunque hasta le dio la

vuelta para verla por detrás. En lo tocante a nuestro compromiso se mostró encantadora, toda cordialidad y cariño.

—Llevas tú más tiempo conociéndole que yo sin conocerle —dijo—. Parece una enormidad.

Sabiendo cuánto habíamos trajinado juntos por montes y valles, era inevitable que ahora descansásemos juntos. Preciso todo esto porque lo que le siguió fue tan extraño que me da como un cierto alivio marcar el punto hasta donde nuestras relaciones fueron tan naturales como habían sido siempre. Yo fui quien con una locura súbita las alteró y destruyó. Ahora veo que ella no me dio el menor pretexto, y que donde únicamente lo encontré fue en su forma de mirar de aquel apuesto semblante metido en un marco de Bond Street. ¿Y cómo habría querido yo que lo mirase? Lo que yo había deseado desde el principio era interesarla por él. Y lo mismo seguí deseando —hasta un momento después de que me prometiera que esa vez contaría realmente con su ayuda para romper el absurdo hechizo que los había tenido separados—. Yo había acordado con él que cumpliera con su parte si ella triunfalmente cumplía con la suya. Yo estaba ahora en otras condiciones —en condiciones de responder por él—. Me comprometía rotundamente a tenerle allí mismo a las cinco de la tarde del sábado siguiente. Había salido de la ciudad por un asunto urgente, pero jurando mantener su promesa al pie de la letra: regresaría ex profeso y con tiempo de sobra. “Estás totalmente segura?”, recuerdo que preguntó, con gesto serio y meditabundo; me pareció que palidecía un poco. Estaba cansada, no estaba bien: era una pena que al final fuera a conocerla en tan mal estado. ¡Si la hubiera conocido cinco años antes! Pero yo le contesté que esta vez era seguro, y que, por tanto, el éxito dependía únicamente de ella. A las cinco en punto del sábado le encontraría en un sillón concreto que le señalé, el mismo en el que solía sentarse y en el que —aunque esto no se lo dije— estaba sentado hacía una semana, cuando me planteó la cuestión de nuestro futuro de una manera que me convenció. Ella lo miró en silencio, como antes había mirado la fotografía, mientras yo repetía por enésima vez que era el colmo de lo ridículo que no hubiera manera de presentarle mi otro yo a mi amiga más querida.

—¿Yo soy tu amiga más querida? —me preguntó con una sonrisa que por un instante le devolvió la belleza.

Yo respondí estrechándola contra mi pecho; tras de lo cual dijo:

—De acuerdo, vendré. Me da mucho miedo, pero cuenta conmigo.

Cuando se marchó empecé a preguntarme qué sería lo que le daba miedo, porque lo había dicho como si hablara completamente en serio. Al día siguiente, a media tarde, me llegaron unas líneas suyas: al volver a casa se había encontrado con la noticia del fallecimiento de su marido. Hacía siete años que no se veían, pero quería que yo lo supiera por su conducto antes de que me lo contaran por otro. De todos modos, aunque decirlo resultara extraño y triste, era tan poco lo que con ello cambiaba su vida que mantendría escrupulosamente nuestra cita. Yo me alegré por ella, pensando que por lo menos cambiaría en el sentido de tener más dinero; pero aún con aquella distracción, lejos de olvidar que me había dicho que tenía miedo, me pareció atisbar una razón para que lo tuviera. Su temor, conforme avanzaba la tarde, se hizo contagioso, y el contagioso tomó en mi pecho la forma de un pánico repentino. No eran celos —no era más que pavor a los celos—. Me llamé necia por no haberme estado callada hasta que fuéramos marido y mujer. Después de eso me sentiría de algún modo segura. Tan sólo era cuestión de esperar un mes más —cosa seguramente sin importancia para quienes llevaban esperando tanto tiempo—. Se había visto muy claro que ella estaba nerviosa, y ahora que era libre su nerviosismo no sería menor. ¿Qué era aquello, pues, sino un agudo presentimiento? Hasta entonces había sido víctima de interferencias, pero era muy posible que de allí en adelante fuera ella su origen. La víctima, en tal caso, sería sencillamente yo. ¿Qué había sido la interferencia sino el dedo de la Providencia apuntando a un peligro? Peligro, por supuesto, para mi modesta persona. Una serie de accidentes de frecuencia inusitada lo habían tenido a raya; pero bien se veía que el reino del accidente tocaba a su fin. Yo tenía la íntima convicción de que ambas partes mantendrían lo pactado. Se me hacía más patente por momentos que se estaban acercando, convergiendo. Eran como los que van buscando un objeto perdido en el juego de la gallina ciega; lo mismo ella que él habían empezado a “quemarse”. Habíamos hablado de romper el hechizo; pues bien, efectivamente se iba a romper —salvo que

no hiciera sino adoptar otra forma y exagerar sus encuentros como había exagerado sus huidas—. Fue esta idea la que me robó el sosiego; la que me quitó el sueño —a medianoche no cabía en mí de agitación—. Sentí, al cabo, que no había más que un modo de conjurar la amenaza. Si el reino del accidente había terminado, no me quedaba más remedio que asumir su sucesión. Me senté a escribir unas líneas apresuradas para que él las encontrara a su regreso y, como los criados ya se habían acostado, yo misma salí destocada a la calle vacía y ventosa para echarlas en el buzón más próximo. En ellas le decía que no iba a poder estar en casa por la tarde, como había pensado, y que tendría que posponer su visita hasta la hora de la cena. Con ello le daba a entender que me encontraría sola.

IV

Cuando ella, según lo acordado, se presentó a las cinco me sentí, naturalmente, falsa y ruin. Mi acción había sido una locura momentánea, pero lo menos que podía hacer era tirar para adelante, como se suele decir. Ella permanecía una hora en casa; él por supuesto, no apareció; yo no pude sino persistir en mi perfidia. Había creído mejor dejarla venir; aunque ahora me parece chocante, juzgué que aminoraba mi culpa. Y aún así, ante aquella mujer tan visiblemente pálida y cansada, doblegada por la conciencia de todo lo que la muerte de su marido había puesto sobre el tapete, sentí una punzada verdaderamente lacerante de lástima y de remordimiento. Si no le dije en aquel mismo momento lo que había hecho fue porque me daba demasiada vergüenza. Fingí asombro —lo fingí hasta el final—; protesté que si alguna vez había tenido confianza era aquel día. Me sonroja contarle —lo tomo como penitencia—. No hubo muestra de indignación contra él que no diera; inventé suposiciones, atenuantes; reconocí con estupor, viendo correr las manecillas del reloj, que la suerte de los dos no había cambiado. Ella se sonrió ante esa visión de su “suerte”, pero su aspecto era de preocupación —su aspecto era desacostumbrado—: lo único que me sostenía era la circunstancia de que, extrañamente, llevara luto —no grandes masas de crespón, sino un sencillito luto

riguroso—. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Eso, ayudado por un tanto de reflexión aguda, me daba un poco la razón. Me había escrito diciendo que el súbito evento no significaba ningún cambio para ella, pero evidentemente hasta ahí sí lo había habido. Si se inclinaba a seguir las formalidades de rigor, ¿por qué no observaba la de no hacer visitas en los primeros días? Había alguien a quien tanto deseaba ver que no podía esperar a tener sepultado a su marido. Semejante revelación de ansia me daba la dureza y la crueldad necesarias para perpetrar mi odioso engaño, aunque al mismo tiempo, según se iba consumiendo aquella hora, sospeché en ella otra cosa todavía más profunda que el desencanto, y un tanto peor disimulada. Me refiero a un extraño alivio subyacente, la blanda y suave emisión del aliento cuando ha pasado un peligro. Lo que ocurrió durante aquella hora estéril que pasó conmigo fue que por fin renunció a él. Le dejó ir para siempre. Hizo de ello la broma más elegante que yo había visto hacer de nada; pero fue, a pesar de todo, una gran fecha de su vida. Habló, con su suave animación, de todas las otras ocasiones vanas, el largo juego de escondite, la rareza sin precedentes de una relación así. Porque *era* o había sido, una relación, ¿acaso no? Ahí estaba lo absurdo. Cuando se levantó para marcharse, yo le dije que era una relación más que nunca, pero que yo no tenía valor, después de lo ocurrido, para proponerle por el momento otra oportunidad. Estaba claro que la única oportunidad válida sería la celebración de mi matrimonio. ¡Por supuesto que iría a mi boda! Cabía incluso esperar que *él* fuera también.

—¡Sí voy yo, no irá él!—; recuerdo la nota aguda y el ligero quiebro de su risa. Concedí que podía llevar algo de razón. Lo que había que hacer entonces era tenernos antes bien casados.

—No nos servirá de nada. ¡Nada nos servirá de nada! —dijo dándome un beso de despedida—. ¡No le veré jamás, jamás!

Con esas palabras me dejó.

Yo podía soportar su desencanto, como lo he llamado; pero cuando, un par de horas más tarde, le recibí a él para la cena, descubrí que el suyo no lo podía soportar. No había pensado especialmente en cómo pudiera tomarse mi maniobra; pero el resultado fue la primera palabra de reproche que salía de su boca. Digo

“reproche”, y esa expresión apenas parece lo bastante fuerte para los términos en que me manifestó su sorpresa de que, en tan extraordinarias circunstancias, no hubiera yo encontrado alguna forma de no privarle de semejante ocasión. Sin duda podría haber arreglado las cosas para no tener que salir, o para que su encuentro hubiera tenido lugar de todos modos. Podían haberse entendido muy bien, en mi salón, sin mí. Ante eso me desmoroné: confesé mi inquietud y su miserable motivo. No había cancelado mi cita con ella ni había salido; ella había venido y, tras una hora de estar esperándole, se había marchado convencida de que sólo él era culpable de su ausencia.

—¡Bonita opinión se habrá llevado de mí! —exclamó— ¿Me ha llamado —y recuerdo el trago de aire casi perceptible de su pausa— lo que tenía derecho a llamarme?

—Te aseguro que no ha dicho nada que demostrara el menor enfado. Ha mirado tu fotografía, hasta le ha dado la vuelta para mirarla por detrás, donde por cierto está escrita tu dirección. Pero no le ha inspirado ninguna demostración. No le preocupas tanto.

—¿Entonces por qué te da miedo?

—No era ella la que me daba miedo. Eras tú.

—¿Tan seguro veías que me enamorarse de ella? No habías aludido nunca a esa posibilidad —prosiguió mientras yo guardaba silencio—. Aunque la describieras como una persona admirable, no era bajo esa luz como me la presentabas.

—¿O sea, que si *sí* lo hubiera sido a estas alturas ya habrías conseguido conocerla? Yo entonces no temía nada —añadí—. No tenía los mismos motivos.

A esto me respondió él con un beso, y al recordar que ella había hecho lo mismo un par de horas antes sentí por un instante como si él recogiera de mis labios la propia presión de los de ella. A pesar de los besos, el incidente había dejado una cierta frialdad, y la conciencia de que él me hubiera visto culpable de una mentira me hacía sufrir horribemente. Lo había visto sólo a través de mi declaración sincera, pero yo me sentía tan mal como si tuviera una mancha que borrar. No podía quitarme de la cabeza de qué manera me había mirado cuando hablé de la aparente indiferencia con que ella había acogido el que no viniera. Por primera vez desde que le conocía fue como si pusiera en duda mi palabra. Antes de sepa-

rarnos le dije que la iba a sacar del engaño: que a primera hora de la mañana me iría a Richmond, y le explicaría que él no había tenido ninguna culpa. Iba a expiar mi pecado, dije; me iba a arrastrar por el polvo; iba a confesar y pedir perdón. Ante esto me besó una vez más.

V

En el tren, al día siguiente, me pareció que había sido mucho consentir por su parte; pero mi resolución era firme y seguí adelante. Ascendí el largo repecho hasta donde comienza la vista, y llamé a la puerta. No dejó de extrañarme un poco el que las persianas estuvieran todavía echadas, porque pensé que, aunque la contricción me hubiera hecho ir muy temprano, aun así había dejado a los de la casa tiempo suficiente para levantarse.

—¿Qué si está en casa, señora? Ha dejado esta casa para siempre.

Aquel anuncio de la anciana criada me sobresaltó extraordinariamente.

—¿Se ha marchado?

—Ha muerto, señora.

Y mientras yo asimilaba, atónita, la horrible palabra:

—Anoche murió.

El fuerte grito que se me escapó sonó incluso a mis oídos como una violación brutal del momento. En aquel instante sentí como si la hubiera matado; se me nubló la vista, y a través de una borrosidad vi que la mujer me tendía los brazos. De lo que sucediera después no guardo recuerdo, ni de otra cosa que aquella pobre prima estúpida de mi amiga, en una estancia a media luz, tras un intervalo que debió ser muy corto, mirándome entre sollozos y acusatorios. No sabría decir cuánto tiempo tardé en comprender, en creer y luego en desasirme, con un esfuerzo inmenso, de aquella cuchillada de responsabilidad que supersticiosamente, irracionalmente, había sido de pronto casi lo único de que tuve conciencia. El médico, después del hecho, se había pronunciado con sabiduría y claridad superlativas; había corroborado la existencia de una debilidad del corazón que durante mucho tiempo

había permanecido latente, nacida seguramente años atrás de las agitaciones y los terrores que a mi amiga le había deparado su matrimonio. Por aquel entonces había tenido escenas crueles con su marido, había temido por su vida. Después, ella misma había sabido que debía guardarse resueltamente de toda emoción, de todo lo que significara ansiedad y zozobra, como evidentemente se reflejaba en su marcado empeño de llevar una vida tranquila; pero ¿cómo asegurar que nadie, y menos una “señora de verdad”, pudiera protegerse de *todo* pequeño sobresalto? Un par de días antes lo había tenido con la noticia del fallecimiento de su marido —porque había impresiones fuertes de muchas clases, no sólo de dolor y de sorpresa—. Aparte de que ella jamás había pensado en una liberación tan próxima: todo hacía suponer que él viviría tanto como ella. Después, aquella tarde, en la ciudad, manifiestamente había sufrido algún percance: algo debió ocurrirle allí, que sería imperativo esclarecer. Había vuelto muy tarde —eran más de las once—, y al recibirla en el vestíbulo su prima, que estaba muy preocupada, había confesado que venía fatigada y que tenía que descansar un momento antes de subir las escaleras. Habían entrado juntas en el comedor, sugiriendo su compañera que tomase una copa de vino y dirigiéndose al aparador para servírsela. No fue sino un instante, pero cuando mi informante volvió la cabeza pobre amiga no había tenido tiempo de sentarse. Súbitamente, con un débil gemido casi inaudible, se desplomó en el sofá. Estaba muerta. ¿Qué “pequeño sobresalto” ignorado le había asestado el golpe? ¿Qué choque, cielo santo, la estaba esperando en la ciudad? Yo cité inmediatamente la única causa de perturbación concebible —el no haber encontrado en mi casa, donde había acudido a las cinco invitada con ese fin, al hombre con el que yo me iba a casar, que accidentalmente no había podido presentarse, y a quien ella no conocía en absoluto—. Poco era, obviamente, pero no era difícil que le hubiera sucedido alguna otra cosa: nada más posible en las calles de Londres que un accidente, sobre todo un accidente en aquellos infames coches de alquiler. ¿Qué había hecho, a dónde había ido al salir de mi casa? Yo había dado por hecho que volviera directamente a la suya. Las dos nos acordamos de que a veces, en sus salidas a la capital, por comodidad, por darse un suspiro, se detenía una hora o dos en el “Gentlewomen”, un tranquilo club

de señoras, y yo prometí que mi primer cuidado sería hacer una indagación seria en ese establecimiento. Pasamos después a la cámara sombría y terrible en donde yacía en los brazos de la muerte, y donde yo, tras unos instantes, pedí quedarme a solas con ella y permanecí media hora. La muerte la había embellecido, la había dejado hermosa; pero lo que yo sentí, sobre todo, al arrodillarme junto al lecho, fue que la había dejado muda. Había echado el cerrojo sobre algo que a mí me importaba saber.

A mi regreso de Richmond, y después de cumplir con otra obligación, me dirigí al apartamento de él. Era la primera vez, aunque a menudo había deseado conocerlo. En la veintena de viviendas, era lugar de paso público, me encontré con su criado, que volvió conmigo y me hizo pasar. Al oírme entrar apareció él en el umbral de otra habitación más interior, y en cuanto quedamos solos le di la noticia:

—¡Está muerta!

—¿Muerta? —La impresión fue tremenda, y observé que no necesitaba preguntar a quién me refería con aquella brusquedad.

—Murió anoche..., al volver de mi casa.

Él me escudriñó con la expresión más extraña, registrándome con la mirada como si recelara una trampa.

—¿Anoche..., al volver de tu casa? —repitió mis palabras atónito. Y a continuación me espetó, y yo oí atónita a mi vez —¡Imposible! Si yo la vi.

—¿Cómo que “la viste”?

—Ahí mismo..., donde tú estás.

Eso me recordó pasado un instante, como si pudiera ayudarme a asimilarlo, el gran prodigio de aquel aviso de un juventud.

—En la hora de la muerte..., comprendo: lo mismo que viste a tu madre.

—No, *no* como vi a mi madre...; ¡no así, no! —Estaba hondamente afectado por la noticia, mucho más, estaba claro, de lo que pudiera haber estado la víspera; tuve la impresión cierta de que, como me dije entonces, había efectivamente una relación entre ellos dos, y que realmente la había tenido enfrente. Semejante idea, reafirmando su extraordinario privilegio, le habría presentado de pronto como un ser dolorosamente anormal de no haber sido

por la vehemencia con que insistió en la distinción—. La vi viva. La vi para hablar con ella. La vi como ahora te estoy viendo a ti.

Es curioso que por un momento, aunque por un momento tan sólo, encontrara yo alivio en el más personal, por así decirlo, pero también en el más natural, de los dos hechos extraños. Al momento siguiente, asiendo esa imagen de ella yendo a verle después de salir de mi casa, y de precisamente lo que explicaba lo referente al empleo de su tiempo, demandé, con el ribete de aspereza que no dejé de advertir.

—¿Y se puede saber a qué venía?

Él había tenido ya un minuto para pensar —para recobrase y calibrar efectos—, de modo que al hablar, aunque siguiera habiendo excitación en su mirada, mostró un sonrojo consciente y quiso, inconsecuentemente, restar gravedad a sus palabras con una sonrisa.

—Venía sencillamente a verme. Venía, después de lo que había pasado en tu casa, para que al fin, a pesar de todo, nos conociéramos. Me pareció un impulso exquisito, y así lo entendí.

Miré la habitación donde ella había estado —donde *ella* había estado y yo nunca hasta entonces.

—¿Y así como tú lo entendiste fue como ella lo expresó?

—Ella no lo expresó de ninguna manera, más que estando aquí y dejándose mirar. ¡Fue suficiente! —exclamó con una risa singular.

Yo iba de asombro en asombro.

—O sea, ¿que no te dijo nada?

—No dijo nada. No hizo más que mirarme como yo la miraba.

—¿Y tú tampoco le dirigiste la palabra?

Volvió a dirigirme aquella sonrisa dolorosa.

—Yo pensé *en ti*. La situación era sumamente delicada. Yo procedí con el mayor tacto. Pero ella se dio cuenta de que me resultaba agradable. —Repitió incluso la risa discordante.

—¡Ya se ve que “te resultó agradable”!

Entonces reflexioné un instante: ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—No sabría decir. Pareció como veinte minutos, pero es probable que fuera mucho menos.

—¡Veinte minutos de silencio! —empezaba a tener mi visión concreta, y ya de hecho a aferrarme a ella—. ¿Sabes que lo que me estás contando es una absoluta monstruosidad?

Él había estado hasta entonces de espaldas al fuego; al oír esto, con una mirada de súplica, se vino a mí.

—Amor mío te lo ruego, no lo tomes a mal.

Yo podía no tomarlo a mal, y así se lo di a entender; pero lo que no pude, cuando él con cierta torpeza abrió los brazos, fue dejar que me atrajera hacia sí. De modo que entre los dos se hizo, durante un tiempo apreciable, la tensión de un gran silencio.

VI

Él lo rompió al cabo, diciendo:

—¿No hay absolutamente ninguna duda de su muerte?

—Desdichadamente ninguna. Yo vengo de estar de rodillas junto a la cama donde la han tendido.

Clavó sus ojos en el suelo; luego los alzó a los míos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un aspecto... de paz.

Volvió a apartarse, bajo mi mirada; pero pasado un momento comenzó:

—¿Entonces a qué hora...?

—Debió ser cerca de la medianoche. Se derrumbó al llegar a su casa..., de una dolencia cardíaca que sabía que tenía, y que su médico sabía que tenía, pero de la que nunca, a fuerza de paciencia y de valor, me había dicho nada.

Me escuchaba muy atento, y durante un minuto no pudo hablar. Por fin rompió, con un acento de confianza casi infantil, de sencillez realmente sublime, que aún resuena en mis oídos según escribo:

—¡Era *maravillosa*!

Incluso en aquel momento tuve la suficiente ecuanimidad para responderle que eso siempre se lo había dicho yo; pero al instante, como si después de hablar hubiera tenido un atisbo del efecto que en mí hubiera podido producir, continuó apresurando:

—Comprenderás que si no llegó a su casa hasta medianoche...

Le atajé inmediatamente.

—¿Tuviste mucho tiempo para verla? ¿Y cómo? —pregunté—
¿si no te fuiste de mi casa hasta muy tarde? Yo no recuerdo a qué

hora exactamente..., estaba pensando en otras cosas. Pero tú sabes que, a pesar de haber dicho que tenías mucho que hacer, te quedaste un buen rato después de la cena. Ella, por su parte, pasó toda la velada en el "Gentlewomen", de allí vengo..., he hecho averiguaciones. Allí tomó el té; estuvo muchísimo tiempo.

—¿Qué estuvo haciendo durante ese muchísimo tiempo?

Le vi ansioso de rebatir por punto mi versión de los hechos; y cuanto más lo mostraba mayor era mi empeño en insistir en esa versión, en preferir con aparente empecinamiento una explicación que no hacía sino acrecentar la maravilla y el misterio, pero que, de los dos prodigios entre los que se me daba a elegir, era el más aceptable para mis celos renovados. Él defendía, con un candor que ahora me parece hermoso, el privilegio de haber conocido, a pesar de la derrota suprema, a la persona viva; en tanto que yo, con un apasionamiento que hoy me asombra, aunque todavía en cierto modo sigan encendidas sus cenizas, no podía sino responderle que, en virtud de un extraño don compartido por ella con su madre, y que también por parte de ella era hereditario, se había repetido para él el milagro de su juventud, para ella el milagro de la suya. Había ido a él —sí—, y movida de un impulso todo lo hermoso que quisiera; ¡pero no en carne y hueso! Era mera cuestión de evidencia. Yo había recibido, sostuve, un testimonio inequívoco de lo que ella había estado haciendo —durante casi todo este tiempo— en el club. Estaba casi vacío, pero los empleados se habían fijado en ella. Había estado sentada, sin moverse, en una butaca, junto a la chimenea del salón; había reclinado la cabeza, había cerrado los ojos, aparentaba un sueño ligero.

—Ya. Pero ¿hasta qué hora?

—Sobre eso —tuve que responder— los criados me fallaron un poco. Y la portera en particular, que desdichadamente es tonta, aunque se supone que también ella es socia del club. Está claro que a esas horas, sin que nadie la sustituyera y en contra de las normas, estuvo un rato ausente de la jaula desde donde tiene por obligación vigilar quién entra y quién sale. Se confunde, miente palpablemente; así que partiendo de sus observaciones no puedo darte una hora con seguridad. Pero a eso de las diez y media se comentó que nuestra pobre amiga ya no estaba en el club.

Le vino de perlas.

—Vino derecha aquí, y desde aquí se fue derecha al tren.

—No pudo ir a tomarlo con el tiempo tan justo —declaré—.

Precisamente es una cosa que no hacía jamás.

—Ni fue a tomarlo con el tiempo justo, hija mía..., tuvo tiempo de sobra. Te falla la memoria en eso de que yo me despidiera tarde: precisamente te dejé antes que otros días. Lamento que el tiempo que pasé contigo te pareciera largo, porque estaba aquí de vuelta antes de las diez.

—Para ponerte en zapatillas —fue mi contestación— y quedarte dormido en un sillón. No despertaste hasta por la mañana..., ¡la viste en sueños!

Él me miraba en silencio y con mirada sombría, con unos ojos en los que se traslucía que tenía cierta irritación que reprimir. En seguida proseguí:

—Recibes la visita, a hora intempestiva, de una señora...: sea: nada más probable. Pero señoras hay muchas. ¿Me quieres explicar, si no había sido anunciada y no dijo nada, y encima no habías visto jamás un retrato suyo, cómo pudiste identificar a la persona de la que estamos hablando?

—¿No me la habían descrito hasta la saciedad? Te la puedo describir con pelos y señales.

—¡Ahórratelo —clamé con una aspereza que le hizo reír una vez más. Yo me puse colorada, pero seguí—: ¿Le abrió tu criado?

—No estaba..., nunca está cuando se le necesita. Entre las peculiaridades de este caserón está el que se pueda acceder desde la puerta de la calle hasta los diferentes pisos prácticamente sin obstáculos. Mi criado ronda a una señorita que trabaja en el piso de arriba, y anoche se lo tomó sin prisas. Cuando está en esa ocupación deja la puerta de fuera, la de la escalera, sólo entornada, y así puede volver a entrar sin hacer ruido. Para abrirla basta entonces con un ligero empujón. Ella se lo dio..., sólo hacía falta un poco de valor.

—¿Un poco? ¡Toneladas! Y toda clase de cálculos imposibles.

—Pues lo tuvo... y los hizo. ¡Quede claro que yo no he dicho en ningún momento —añadió— que no fuera una cosa sumamente extraña!

Algo había en su tono que por un tiempo hizo que no me arriesgase a hablar. Al cabo dije:

—¿Cómo había llegado a saber dónde vivías?

—Recordaría la dirección que figuraba en la etiquetita que los de la tienda dejaron tranquilamente pegada al marco que encargué para mi retrato.

—¿Y cómo iba vestida?

—De luto, mi amor. No grandes masas de crespón, sino un sencillito luto riguroso. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. cerca del ojo izquierdo —continuó— tiene una pequeña cicatriz vertical.

Le corté en seco.

—La señal de una caricia de su marido —luego añadí—: ¡Muy cerca de ella has tenido que estar!

A eso no me respondió nada, y me pareció que se ruborizaba; al observarlo me despedí.

—Bueno, adiós.

—¿No te quedas un rato? —volvió a mí con ternura, y esa vez le dejé—. Su visita tuvo su belleza —murmuró teniéndome abrazada—, pero la tuya tiene más.

Le dejé besarme, pero recordé, como había recordado el día antes, que el último beso que ella diera, suponía yo, en este mundo había sido para los labios que él tocaba.

—Es que yo soy la vida —respondí—. Lo que viste anoche era la muerte.

—¡Era la vida..., era la vida!

Hablaba con suave terquedad —yo me desasí. Nos miramos fijamente.

—Describes la escena —si a eso se puede llamar descripción— en términos incomprensibles. ¿Entró en la habitación sin que tú te dieras cuenta?

—Yo estaba escribiendo cartas, enfrascado, en esa mesa de debajo de la lámpara, y al levantar la vista la vi frente a mí.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me levanté soltando una exclamación, y ella, sonriéndome, se llevó un dedo a los labios, claramente a modo de advertencia, pero con una especie de dignidad delicada. Yo sabía que ese gesto quería decir silencio, pero lo extraño fue que pareció explicarla y justificarla inmediatamente. El caso es que estuvimos así, frente a

frente, durante un tiempo que, como ya te he dicho, no puedo calcular. Como tú y yo estamos ahora.

—¿Simplemente mirándonos de hito en hito?

Protestó impaciente.

—¡Es que no estamos mirándonos de hito en hito!

—No, porque estamos hablando.

—También hablamos ella y yo..., en cierto modo —se perdió en el recuerdo—. Fue tan cordial como esto.

Tuve en la punta de la lengua preguntarle si esto era muy cordial, pero en lugar de eso le señalé que lo que evidentemente habían hecho era contemplarse con mutua admiración. Después le pregunté si el reconocerla había sido inmediato.

—No del todo —repuso—, porque por supuesto no la esperaba; pero mucho antes de que se fuera comprendí quién era..., quién podía ser únicamente.

Medité un poco.

—¿Y al final cómo se fue?

—Lo mismo que había venido. Tenía detrás la puerta abierta y se marchó.

—¿Deprisa..., despacio?

—Más bien deprisa. Pero volviendo la vista atrás —sonrió para añadir—. Yo la dejé marchar, porque sabía perfectamente que tenía que acatar su voluntad.

Fui consciente de exhalar un suspiro largo y vago. —Bueno, pues ahora te toca acatar *la mía...*, y dejarme marchar *a mí*.

Ante eso volvió a mi lado, deteniéndome y persuadiéndome, declarando con la galantería de rigor que lo mío era muy distinto. Yo habría dado cualquier cosa por poder preguntarle si la había tocado, pero las palabras se negaban a formarse: sabía hasta el último acento lo horrendas y vulgares que resultarían. Dije otra cosa —no recuerdo exactamente qué; algo débilmente tortuoso y dirigido, con harta ruindad, a hacer que me lo dijera sin yo preguntarle. Pero no me lo dijo; no hizo sino repetir, como por un barrunto de que sería decoroso tranquilizarme y consolarme, la sustancia de su declaración de unos momentos antes —la aseveración de que era en verdad exquisita, como yo había repetido tantas veces, pero que yo era su “verdadera” amiga y la persona a la que querría siempre—. Esto me llevó a reafirmar, en el espíritu de mi

réplica anterior, que por lo menos yo tenía el mérito de estar viva; lo que a su vez volvió a arrancar de él aquel chispazo de contradicción que me daba miedo.

—¡Pero si estaba viva! ¡Viva, viva!

—¡Estaba muerta, muerta! —afirmé yo con una energía, con una determinación de que fuera así, que ahora al recordarla me resulta casi grotesca. Pero el sonido de la palabra dicha me llenó súbitamente de horror, y toda la emoción natural que su significado podría haber evocado en otras condiciones se juntó y desbordó torrencial. Sentí como un peso que un gran efecto se había extinguido, y cuánto la había querido yo y cuánto había confiado en ella. Tuve una visión, al mismo tiempo, de la solitaria belleza de su fin.

—¡Se ha ido..., se nos ha ido para siempre! —sollocé.

—Eso exactamente es lo que yo siento —exclamó él, hablando con dulzura extremada y apretándome, consolador, contra sí—. Se ha ido; se nos ha ido para siempre: así que ¿qué importa ya? —se inclinó sobre mí, y cuando su rostro hubo tocado el mío apenas supe si lo que lo humedecían era mis lágrimas o las suyas.

VII

Era mi teoría, mi convicción, vino a ser, pudiéramos decir, mi actitud, que aun así jamás se habían “conocido”, y precisamente sobre esa base me pareció generoso pedirle que asistiera conmigo al entierro. Así lo hizo muy modesta y tiernamente, y yo di por hecho, aunque a él estaba claro que no se daba nada de ese peligro, que la solemnidad de la ocasión, poblada en gran medida por personas que les habían conocido a los dos y estaban al tanto de la larga broma, despojaría suficientemente a su presencia de toda asociación ligera. Sobre lo que hubiera ocurrido en la noche de su muerte, poco más se dijo entre nosotros; yo le había tomado horror al elemento probatorio. Sobre cualquiera de las dos hipótesis era grosería, era intromisión. A él, por su parte, le faltaba corroboración aducible —es decir, todo salvo una declaración del portero de su casa, personaje de lo más descuidado e intermitente—, según él

mismo reconocía, de que entre las diez y las doce de la noche habían entrado y salido del lugar nada menos que tres señoras enlutadas de pies a cabeza. Lo cual era excesivo; ni él ni yo quiéramos tres para nada. Él sabía que yo pensaba haber dado sin razón de cada fracción del tiempo de nuestra amiga, y dimos por cerrado el asunto; nos abstuvimos de ulterior discusión. Lo que yo sabía, sin embargo, era que él se abstenía por darme gusto, más que porque cediera a mis razones. No cedía —era sólo indulgencia: él persistía en su interpretación porque le gustaba más. Le gustaba más, sostenía yo, porque tenía más que decirle a su vanidad. Ése, en situación análoga, no habría sido su efecto sobre mí, aunque sin duda tenía yo tanta vanidad como él; pero son cosas del talante de cada uno, en las que nadie puede juzgar por otro. Yo habría dicho que era más halagador ser destinatario de una de esas ocurrencias inexplicables que se relatan en libros fascinantes y se discuten en reuniones eruditas; no podía imaginar, por parte de un ser recién sumido en lo infinito y todavía vibrante de emociones humanas, nada más fino y puro, más elevado y augusto, que un tal impulso de reparación, de admonición, o aunque sólo fuera de curiosidad. *Eso sí* que era hermoso, y yo en su lugar habría mejorado en mi propia estima al verme distinguida y escogida de ese modo. Era público que él venía figurado bajo esa luz desde hacía mucho tiempo, y en sí un hecho semejante ¿qué era sino casi una prueba? Cada una de las extrañas apariciones contribuía a confirmar la otra. Él tenía otro sentir; pero tenía también, me apresuro a añadir, un deseo inequívoco de no significarse o, como se suele decir, de no hacer bandera de ello. Yo podía creer lo que se me antojara —tanto más cuanto que todo este asunto era, en cierto modo, un misterio de mi invención—. Era un hecho de mi historia, un enigma de mi consistencia, no de la suya; por tanto él estaba dispuesto a tomarlo como a mí me resultaba más conveniente. Los dos, en todo caso, teníamos otras cosas entre manos; nos apremiaban los preparativos.

Los míos eran ciertamente acuciantes, pero al correr de los días descubrí que creer lo que a mí “se me antojaba” era creer algo de lo que cada vez estaba más íntimamente convencida. Descubrí también que no me deleitaba hasta ese punto, o que el placer distaba, en cualquier caso, de ser la causa de mi convencimiento.

Mi obsesión, como realmente puedo llamarla y como empezaba a percibir, no se dejaba eclipsar, como había sido mi esperanza, por la atención a deberes prioritarios. Si tenía mucho que hacer, aún era más lo que tenía que pensar, y llegó un momento en que mis ocupaciones se vieron seriamente amenazadas por mis pensamientos. Ahora lo veo todo, lo siento, lo vuelvo a vivir. Está terriblemente vacío de alegría, está de hecho lleno a rebosar de amargura; y aun así debo ser justa conmigo misma —no habría podido hacer otra cosa—. Las mismas extrañas impresiones, si hubiera de soportarlas otra vez, me producirían la misma angustia profunda, las mismas dudas lacerantes, las mismas certezas más lacerantes todavía. Ah sí, todo es más fácil de recordar que de poner por escrito, pero aun en el supuesto de que pudiera reconstruirlo todo hora por hora, de que pudiera encontrar palabras para lo inexpresable, en seguida el dolor y la fealdad me paralizarían la mano. Permítaseme anotar, pues, con toda sencillez y brevedad, que una semana antes del día de nuestra boda, tres semanas después de la muerte de ella, supe con todo mi ser que había algo muy serio que era preciso mirar de frente, y que si iba a hacer ese esfuerzo tenía que hacerlo sin dilación y sin dejar pasar una hora más. Mis celos inextinguidos —ésa era la máscara de la Medusa—. No habían muerto con su muerte, habían sobrevivido lívidamente y se alimentaba de sospechas indecibles. Serían indecibles hoy, mejor dicho, si no hubiera sentido la necesidad vivísima de formularlas entonces. Esa necesidad tomó posesión de mí —para salvarme—, según parecía, de mi suerte. A pesar de entonces no vi —dada la urgencia del caso, que las horas menguaban y el intervalo se acortaba— más que una salida, la de la prontitud y la franquezas absolutas. Al menos podía no hacerle el daño de aplazarlo un día más; al menos podía tratar mi dificultad como demasiado delicada para el subterfugio. Por eso en términos muy tranquilos, pero de todos modos bruscos y horribles, le planteé una noche que teníamos que reconsiderar nuestra situación y reconocer que se había alterado completamente.

Él me miró sin parpadear, valiente.

—¿Cómo que se ha alterado?

—Otra persona se ha interpuesto entre nosotros.

No se tomó más que un instante para pensar.

—No voy a fingir que no sé a quién te refieres —sonrió compasivo ante mi aberración, pero quería tratarme amablemente—. ¡Una mujer que está muerta y enterrada!

¡Enterrada sí, pero no muerta. Está muerta para el mundo...; está muerta para mí. Pero para ti no está muerta.

—¿Vuelves a lo de nuestras distintas versiones de su aparición aquella noche?

—No —respondí—, no vuelvo a nada. No me hace falta. Me basta y me sobra con lo que tengo delante.

—¿Y qué es, hija más?

—Que estás completamente cambiado.

—¿Por aquel absurdo? —rió.

—No tanto por aquél como por otros absurdos que le han seguido.

—¿Qué son *cuáles*?

Estábamos encarados francamente, y ninguno le temblaba la mirada; pero en la de él había una luz débil y extraña, y mi certidumbre triunfaba en su perceptible palidez.

—¿De veras pretendes —pregunté— no saber cuáles son?

—¡Querida mía —me repuso—, me has hecho un esbozo demasiado vago!

Reflexioné un momento.

—¡Puede ser un tanto incómodo acabar el cuadro! Pero visto desde esa óptica —y desde el primer momento—, ¿ha habido alguna vez algo más incómodo que tu idiosincrasia?

Él se acogió a la vaguedad —cosa que siempre hacía muy bien.

—¿Mi idiosincrasia?

—Tu notoria, tu peculiar facultad.

Se encogió de hombros con un gesto poderoso de impaciencia, un gemido de desprecio exagerado.

—¡Ah, mi peculiar facultad!

—Tu accesibilidad a formas de vida —proseguí fríamente—, tu señorío de impresiones, apariciones, contactos, que a los demás —para nuestro bien o para nuestro mal— nos están vedados. Al principio formaba parte del profundo interés que despertase en mí..., fue una de las razones de que me divirtiera, de que positivamente me enorgulleciera conocerte. Era una distinción extraordinaria; sigue siendo una distinción extraordinaria. Pero ni que

decir tiene que en aquel entonces yo no tenía la menor idea de cómo aquello iba a actuar ahora; y aun en ese supuesto, no lo habría tenido de cómo iba a afectarme su acción.

—Pero vamos a ver —inquirió suplicante—, ¿de qué estás hablando en esos términos fantásticos? —luego, como yo guardara silencio, buscando el tono para responder a mi acusación— ¿Cómo diantres *actúa*? —continuó—, ¿y cómo te afecta?

—Cinco años te estuvo echando en falta —dije—, pero ahora ya no tiene que echarte en falta nunca. ¡Estáis recuperando el tiempo!

—¿Cómo que estamos recuperando el tiempo? —había empezado a pasar del blanco al rojo.

—¡La ves..., la ves; la ves todas las noches! —él soltó una carcajada de burla, pero me sonó a falsa— Viene a ti como vino aquella noche —declaré—; ¡hizo la prueba y descubrió que le gustaba!

Pude, con la ayuda de Dios, hablar sin pasión ciega ni violencia vulgar; pero ésas fueron las palabras exactas —y que entonces no me parecieron nada vagas— que pronuncié. Él había mirado hacia otro lado riéndose, acogiendo con palmadas mi insensatez, pero al momento volvió a darme la cara con un cambio de expresión que me impresionó.

—¿Te atreves a negar —pregunté entonces— que la ves habitualmente?

Él había optado por la vía de la condescendencia, de entrar en el juego y seguirme la corriente amablemente. Pero el hecho es que, para mi asombro, dijo de pronto:

—Bueno, querida, ¿y si la veo qué?

—Que estás en tu derecho natural: concuerda con tu constitución y con tu suerte prodigiosa, aunque quizá no del todo envidiable. Pero, como comprenderás, eso nos separa. Te libero sin condiciones.

—¿Qué dices?

—Que tienes que elegir entre ella o yo.

Me miró duramente.

—Ya —y se alejó unos pasos, como dándose cuenta de lo que yo había dicho y pensado qué tratamiento darle. Por fin se volvió nuevamente hacia mí—. ¿Y tú cómo sabes una cosa así de íntima?

—¿Cuando tú has puesto tanto empeño en ocultarla, quieres decir? Es muy íntima, sí, y puedes creer que yo nunca te traicionaré. Has hecho todo lo posible, has hecho tu papel, has seguido un comportamiento. ¡Pobrecito mío!, leal y admirable. Por eso yo te he observado en silencio, haciendo también mi papel; he tomado nota de cada fallo de tu voz, de cada ausencia de tus ojos, de cada esfuerzo de tu mano indiferente: he esperado hasta estar totalmente segura y absolutamente deshecha. ¿Cómo quieres ocultarlo, si estás desesperadamente enamorado de ella, si estás casi mortalmente enfermo de la felicidad que te da? —atajé su rápida protesta con un ademán más rápido—. ¡La amas como *nunca* has amado, y pasión por pasión, ella te corresponde! ¡Te gobierna, te domina, se posee entero! Una mujer, en un caso como el mío, adivina y siente y ve; no es un ser obtuso al que haya que ir con "informes fidedignos". Tú vienes a mí mecánicamente, con remordimientos, con los sobrantes de tu ternura y lo que queda de tu vida. Yo puedo renunciar a ti, pero no puedo compartirtelo: lo mejor de ti es suyo, yo sé que lo es y libremente te cedo a ella para siempre!

Él luchó con bravura, pero no había arreglo posible: reiteró su negación, se retractó de lo había reconocido, ridiculizó mi acusación, cuya extravagancia indefensible, además, le concedí sin reparo. Ni por un instante sostenía yo que estuviéramos hablando de cosas corrientes; ni por un instante sostenía que él y ella fueran personas corrientes. De haberlo sido, ¿qué interés habrían tenido para mí? Habían gozado de una rara extensión del ser y me habían alzado a mí en su vuelo; sólo que yo no podía respirar aquel aire y en seguida había pedido que me bajaran. Todo en aquellos hechos era monstruoso, y más que nada lo era mi percepción lúcida de los mismos; lo único aliado a la naturaleza y la verdad era el yo tuviera que actuar sobre la base de esa percepción. Sentí, después de hablar en ese sentido, que mi certeza era completamente; no le había faltado más que ver el efecto que mis palabras le producían. Él disimuló, de hecho, ese efecto tras una cortina de burla, maniobra de diversión que le sirvió para ganar tiempo y cubrirse la retirada. Impugnó mi sinceridad, mi salud mental, mi humanidad casi, y con eso, como no podía por menos, ensanchó la brecha que nos separaba y confirmó nuestra ruptura. Lo hizo todo, en fin, menos convencerme de que yo estuviera en un error o de que él

fuera desdichado: nos separamos, y yo le dejé a su comunión inconcebible.

No se casó, ni yo tampoco. Cuando seis años más tarde, en soledad y silencio, supe de su muerte, la acogí como una contribución directa a mi teoría. Fue repentina, no llegó a explicarse del todo, estuvo rodeada de unas circunstancias en las que —porque las desmenucé, ¡ya lo creo!— yo leí claramente una intención, la marca de su propia mano escondida. Fue el resultado de una larga necesidad, de un deseo inapagable. Para decirlo en términos exactos, fue la respuesta a una llamada irresistible.

LA HISTORIA SEGÚN PAO CHENG

SALVADOR ELIZONDO*

En el día de verano, hace más de tres mil quinientos años, el filósofo Pao Cheng se sentó a la orilla de un arroyo a adivinar su destino en la caparazón de una tortuga. El calor y el murmullo del agua pronto hicieron, sin embargo, vagar sus pensamientos y olvidándose poco a poco de las manchas del carey, Pao Cheng comenzó a inferir la historia del mundo a partir de ese momento. "Como las ondas de este arroyuelo, así corre el tiempo. Este pequeño cauce crece conforme fluye, pronto se convierte en un caudal hasta que desemboca en el mar, cruza el océano, asciende en forma de vapor hacia las nubes, vuelve a caer sobre la montaña con la lluvia y baja, finalmente, otra vez convertido en el mismo arroyo..." Éste era, más o menos, el curso de su pensamiento y así, después de haber intuido la redondez de la tierra, su movimiento en torno al sol, la traslación de los demás astros y la propia rotación de la galaxia y del mundo. "¡Bah!", exclamó, "este modo de pensar me aleja de la Tierra de Han y de sus hombres que son el centro inamovible y el eje en torno al que giran todas las humanidades que en él..." Y pensando nuevamente en el hombre, Pao Cheng pensó en la historia. Desentrañó, como si estuvieran escritos en la caparazón de la tortuga, los grandes acontecimientos futuros, las guerras, las migraciones, las pestes y las epopeyas de todos los pueblos a lo largo de varios milenios. Ante los ojos de su imaginación caían las grandes naciones y nacían las pequeñas que después se hacían grandes y poderosas antes de ser abatidas a su vez. Surgieron también todas las razas y las ciudades habitadas por ellas que se alzaban un instante majestuosas y luego caían por tierra para

* Salvador Elizondo, mexicano (n. 1932). Autor de *Farabeuf*, *El hipogeo secreto* y *El grafógrafo*, entre otras novelas, ensayos y cuentos.

confundirse con la ruinas y la escoria de innumerables generaciones. Una de estas ciudades entre todas las que existían en ese futuro imaginado por Pao Cheng llamó poderosamente su atención y su divagación se hizo más precisa en cuanto a los detalles que la componían, como si en ella estuviera encerrado un enigma relacionado con su persona. Aguzó su mirada interior y trató de penetrar en los resquicios de esa topografía increada. La fuerza de su imaginación era tal que se sentía caminar por sus calles, levantando la vista azorado ante la grandeza de las construcciones y la belleza de los monumentos. Largo rato paseó Pao Cheng por aquella ciudad mezclándose a los hombres ataviados con extrañas vestiduras y que hablaban una lengua lentísima, incomprensible, hasta que de pronto se detuvo ante una casa en cuya fachada parecían estar inscritos los signos indescifrables de un misterio que lo atraía irresistiblemente. A través de una de las ventanas pudo vislumbrar a un hombre que estaba escribiendo. En ese mismo momento Pao Cheng sintió que allí mismo se dirimía una cuestión que lo atañía íntimamente. Cerró los ojos y acariciándose la frente perlada de sudor con las puntas de sus dedos alargados trató de penetrar, con el pensamiento, en el interior de la habitación en la que el hombre estaba escribiendo. Se elevó volando del pavimento y su imaginación traspuso el reborde de la ventana que estaba abierta y por la que se colaba una ráfaga fresca que hacía temblar las cuartillas, cubiertas de incomprensibles caracteres, que yacían sobre la mesa. Pao Cheng se acercó cautelosamente al hombre y miró por encima de sus hombros, conteniendo la respiración para que éste no notara su presencia. El hombre no lo hubiera notado pues parecía absorto en su tarea de cubrir aquellas hojas de papel con esos signos cuyo contenido todavía escapaba al entendimiento de Pao Cheng. De vez en cuando el hombre se detenía, miraba pensativo por la ventana, aspiraba un pequeño cilindro blanco que ardía en un extremo y arrojaba una bocanada de humo azulado por la boca y por las narices, luego volvía a escribir. Pao Cheng miró las cuartillas terminadas que yacían en desorden sobre un extremo de la mesa y conforme pudo ir descifrando el significado de las palabras que estaban escritas en ellas su rostro se fue nublando y un escalofrío de terror, como la reptación de una serpiente venenosa, el fondo de su cuerpo. "Este hombre está escribiendo un cuento", se dijo.

Pao Cheng volvió a leer las palabras escritas sobre las cuartillas. "El cuento se llama *La historia según Pao Cheng* y trata de un filósofo de la antigüedad que un día se sentó a la orilla de un arroyo y se puso a pensar en... ¡Luego yo soy un recuerdo de ese hombre y si ese hombre me olvida moriré!..."

El hombre, no bien había escrito sobre el papel las palabras "...si ese hombre me olvida moriré", se detuvo, volvió a aspirar el cigarrillo y mientras dejaba escapar el humo por la boca su mirada se ensombreció como si ante él cruzara una nube cargada de lluvia. Comprendió, en ese momento, que se había condenado a sí mismo, para toda la eternidad, a seguir escribiendo la historia de Pao Cheng, pues si su personaje era olvidado y moría, él, que no era más que un pensamiento de Pao Cheng, también desaparecería.

EN EL INSOMNIO

VIRGILIO PIÑERA*

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño, da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarrillo. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormir. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

* Virgilio Piñera, cubano (1912-1979). Autor de *El señor ministro y Goyescas*.

EL COCODRILO

FELISBERTO HERNÁNDEZ*

En una noche de otoño hacía calor húmedo y yo fui a una ciudad que me era casi desconocida; la poca luz de las calles estaba atenuada por la humedad y por algunas hojas de los árboles. Entré a un café que estaba cerca de una iglesia, me senté a una mesa del fondo y pensé en mi vida. Yo sabía aislar las horas de felicidad y encerrarme en ellas; primero robaba con los ojos cualquier cosa descuidada de la calle o del interior de las casas y después la llevaba a mi soledad. Gozaba tanto al repasarla que si la gente lo hubiera sabido me hubiera odiado. Tal vez no me quedara mucho tiempo de felicidad. Antes yo había cruzado por aquellas ciudades dando conciertos de piano; las horas de dicha habían sido escasas, pues vivía en la angustia de reunir gentes que quiesieran aprobar la realización de un concierto; tenía que coordinarlos, influirlos mutuamente y tratar de encontrar algún hombre que fuera activo. Casi siempre eso era como luchar con borrachos lentos y distraídos: cuando lograba traer uno el otro se me iba. Además yo tenía que estudiar y escribir artículos en los diarios.

Desde hacía algún tiempo ya no tenía esa preocupación: alcancé a entrar en una gran casa de medias para mujer. Había pensado que las medias eran más necesarias que los conciertos y que sería más fácil colocarlas. Un amigo mío le dijo al gerente que yo tenía muchas relaciones femeninas, porque era concertista de piano y había recorrido muchas ciudades: entonces, podría aprovechar la influencia de los conciertos para colocar medias.

El gerente había torcido el gesto; pero aceptó, no sólo por la influencia de mi amigo, sino porque yo había sacado el segundo

* Felisberto Hernández, uruguayo (1902-1963). Autor de *Por los tiempos de Clemente Collins*, *Las hortensias*, *Las tierras de la memoria*, entre otros cuentos y novelas.

premio en las leyendas de propaganda para esas medias. Su marca era "Ilusión". Y mi frase había sido: "¿Quién no acaricia, hoy, una media *Ilusión*?" Pero vender medias también me resultaba muy difícil y esperaba que de un momento a otro me llamaran de la casa central y me suprimieran el viático. Al principio yo había hecho un gran esfuerzo. (La venta de medias no tenía nada que ver con mis conciertos: y yo tenía que entendérmelas nada más con los comerciantes.) Cuando encontraba antiguos conocidos les decía que la representación de una gran casa me permitía viajar con independencia y no obligar a mis amigos a patrocinar conciertos cuando no eran oportunos. Jamás habían sido oportunos mis conciertos. En esta misma ciudad me habían puesto pretextos poco comunes: el presidente del Club estaba de mal humor y yo lo había hecho levantar de la mesa de juego y me dijo que habiendo muerto una persona que tenía muchos parientes, media ciudad estaba enlutada. Ahora yo les decía: "Estaré unos días para ver si surge naturalmente el deseo de un concierto", pero les producía mala impresión el hecho de que un concertista vendiera medias. Y en cuanto a colocar medias, todas las mañanas yo me animaba y todas las noches me desanimaba: era como vestirse y desnudarse. Me costaba renovar a cada instante cierta fuerza grosera necesaria para insistir ante comerciantes siempre apurados. Pero ahora me había resignado a esperar que me echaran y trataba de disfrutar mientras me duraba el viático.

De pronto me di cuenta que había entrado al café un ciego con un arpa; yo le había visto por la tarde. Decidí irme antes de perder la voluntad de disfrutar de la vida; pero al pasar cerca de él volví a verlo con un sombrero de alas mal dobladas y dando vuelta los ojos hacia el cielo mientras hacía el esfuerzo de tocar; algunas cuerdas del arpa estaban añadidas y la madera clara del instrumento y todo el hombre estaban cubiertos de una mugre que yo nunca había visto. Pensé en mí y sentí depresión.

Cuando encendí la luz en la pieza de mi hotel, vi mi cama de aquellos días. Estaba abierta y sus varillas niqueladas me hacían pensar en una loca joven que se entregaba a cualquiera. Después de acostado apagué la luz pero no podía dormir. Volví a encenderla y la bombita se asomó debajo de la pantalla como el globo de un ojo bajo un párpado oscuro. La apagué en seguida y quise

pensar en el negocio de las medias, pero seguí viendo por un momento, en la oscuridad, la pantalla de luz. Se había convertido a un color claro; después, su forma, como si fuera el alma en pena de la pantalla, empezó a irse hacia un lado y a fundirse en lo oscuro. Todo eso ocurrió en el tiempo que tardaría un secante en absorber la tinta derramada.

Al otro día de mañana, después de vestirme y animarme, fui a ver si el ferrocarril de la noche me había traído malas noticias. No tuve carta ni telegrama. Decidí recorrer los negocios de una de las calles principales. En la punta de esa calle había una tienda. Al entrar me encontré en una habitación llena de trapos y chucherías hasta el techo. Sólo había un maniquí desnudo, de tela roja, que en vez de cabeza tenía una perilla negra. Golpecé las manos y en seguida todos los trapos se tragaron el ruido. Detrás del maniquí apareció una niña, como de diez años que me dijo con mal modo:

—¿Qué quiere?

—¿Está el dueño?

—No hay dueño. La que manda aquí es mi mamá.

—¿Ella no está?

—Fue a lo de doña Vicenta y viene en seguida.

Apareció un niño como de tres años. Se agarró de la pollera de la hermana y se quedaron un rato en fila, el maniquí, la niña y el niño. Yo dije:

—Voy a esperar.

La niña no contestó nada. Me senté en un cajón y empecé a jugar con el hermanito. Recordé que tenía un chocolatín de los que había comprado en el cine y lo saqué del bolsillo. Rápidamente se acercó el chiquilín y me lo quitó. Entonces yo me puse las manos en la cara y fingí llorar con sollozos. Tenía tapados los ojos y en la oscuridad que había en el hueco de mis manos abrí pequeñas rendijas y empecé a mirar al niño. Él me observaba inmóvil y yo cada vez lloraba más fuerte. Por fin él se decidió a ponerme el chocolatín en la rodilla. Entonces yo me reí y se lo di. Pero al mismo tiempo me di cuenta que yo tenía la cara mojada.

Salí de allí antes que viniera la dueña. Al pasar por una joyería me miré en un espejo y tenía los ojos secos. Después de almorzar estuve en el café; pero vi al ciego del arpa revolotear los ojos

hacia arriba y salí en seguida. Entonces fui a una plaza solitaria de un lugar despoblado y me senté en un banco que tenía enfrente un muro de enredaderas. Allí pensé en las lágrimas de la mañana. Estaba intrigado por el hecho de que me hubieran salido; y quise estar solo como si me escondiera para hacer funcionar, hacía pocas horas. Tenía un poco de vergüenza, ante mí mismo, de ponerme a llorar sin tener pretexto, aunque fuera en broma, como lo había tenido en la mañana. Arrugué la nariz y los ojos, con un poco de timidez para ver si me salían las lágrimas; pero después pensé que no debería buscar el llanto como quien escurre un trapo; tendría que entregarme al hecho con más sinceridad; entonces me puse las manos en la cara. Aquella actitud tuvo algo de serio; me conmoví inesperadamente; sentí como cierta lástima de mí mismo y las lágrimas empezaron a salir.

Hacía rato que yo estaba llorando cuando vi que de arriba del muro venía bajando dos piernas de mujer con medias "Ilusión" semibrillantes. Y en seguida noté una pollera verde que se confundía con la enredadera. Yo no había oído colocar la escalera. La mujer estaba en el último escalón y yo me sequé rápidamente las lágrimas; pero volvía poner la cabeza baja y como si estuviese pensativo. La mujer se acercó lentamente y se sentó a mi lado. Ella había bajado dándome la espalda y yo no sabía cómo era su cara. Por fin me dijo:

—¿Qué le pasa? Yo soy una persona en la que usted puede confiar...

Transcurrieron unos instantes. Yo fruncí el entrecejo como para esconderme y seguir esperando. Nunca había hecho ese gesto y me temblaban las cejas. Después hice un movimiento con la mano como para empezar a hablar y todavía no se me había ocurrido qué podría decirte. Ella tomó de nuevo la palabra:

—Hable, hable nomás. Yo he tenido hijos y sé lo que son penas.

Yo ya me había imaginado una cara para aquella mujer y aquella pollera verde. Pero cuando dijo lo de los hijos y las penas me imaginé otra. Al mismo tiempo dije:

—Es necesario que piense un poco.

Ella contestó:

— En estos asuntos, cuanto más se piensa es peor.

De pronto sentí caer, cerca de mí, un trapo mojado. Pero resultó ser una gran hoja de plátano cargada de humedad. Al poco rato ella volvió a preguntar:

—Dígame la verdad, ¿cómo es ella?

Al principio a mí me hizo gracia. Después me vino a la memoria una novia que yo había tenido. Cuando yo no la quería acompañar a caminar por la orilla de un arroyo —donde ella se había paseado con el padre cuando él vivía— esa novia mía lloraba silenciosamente. Entonces, aunque yo estaba aburrido de ir siempre por el mismo lado, condescendía. Y pensando en esto se me ocurrió decir a la mujer que ahora tenía al lado:

—Ella era una mujer que lloraba a menudo.

Esta mujer puso sus manos grandes y un poco coloradas encima de la pollera verde y se rió mientras me decía:

—Ustedes siempre creen en las lágrimas de las mujeres.

Yo pensé en las más; me sentí un poco desconcertado. me levanté del banco y le dije:

—Creo que usted está equivocada. Pero igual le agradezco el consuelo.

Y me fui sin mirarla.

Al otro día cuando ya estaba bastante adelantada la mañana, entré a una de las tiendas más importantes. El dueño extendió mis medias en el mostrador y las estuvo acariciando con sus dedos cuadrados un buen rato. Parecía que no oía mis palabras. Tenía las patillas canosas como si se hubiera dejado en ellas el jabón de afeitar. En esos instantes entraron varias mujeres; y él, antes de irse, me hizo señas de que no me compraría, con uno de aquellos dedos que habían acariciado las medias. Yo me quedé quieto y pensé en insistir; tal vez pudiera entrar en conversación con él, más tarde, cuando no hubiera gente; entonces le hablaría de un yuyo que disuelto en agua le teñiría las patillas. La gente no se iba y yo tenía una impaciencia desacostumbrada; hubiera querido salir de aquella tienda, de aquella ciudad y de aquella vida. Pensé en mi país y en muchas cosas más. Y de pronto, cuando ya me estaba tranquilizando, tuve una idea: “¿Qué ocurriría si yo me pusiera a llorar aquí, delante de toda esta gente?” Aquello me pareció muy violento; pero yo tenía deseos, desde hacía algún tiempo, de tantear el mundo con algún hecho desacostumbrado; además yo debía demostrar-

me a mí mismo que era capaz de una gran violencia. Y antes de arrepentirme me senté en una sillita que estaba rescostada al mostrador; y rodeado de gente, me puse las manos en la cara y empecé a hacer ruido de sollozos. Casi simultáneamente una mujer soltó un grito y dijo: "Un hombre está llorando." Y después oí el alboroto y pedazos de conversación: "Nena, no te acerques"... "Puede haber recibido alguna mala noticia"... "Recién llegó el tren y la correspondencia no ha tenido tiempo"... "Puede haber recibido la noticia por telegrama"... Por entre los dedos vi una gorda que decía: "Hay qué ver cómo está el mundo. ¡Si a mí no me vieran mis hijos, yo también lloraría!" Al principio yo estaba desesperado porque no me salían lágrimas; y hasta pensé que lo tomarían como una burla y me llevarían preso. Pero la angustia y la tremenda fuerza que hice me congestionaron y fueron posibles las primeras lágrimas. Sentí posarse en mi hombro una mano pesada y al oír la voz del dueño reconocí los dedos que habían acariciado las medias. Él decía:

—Pero, compañero, un hombre tiene que tener más ánimo...

Entonces yo me levanté como un resorte; saqué las dos manos de la cara, la tercera que tenía en el hombro, y dije con la cara todavía mojada:

—¡Pero si me va bien! ¡Y tengo mucho ánimo! Lo que pasa es que a veces me viene esto; es como un recuerdo...

A pesar de la expectativa y del silencio que hicieron para mis palabras, oí que una mujer decía:

—¡Ay! Lloro por un recuerdo...

Después el dueño anunció:

—Señoras, ya pasó todo.

Yo me sonreía y me limpiaba la cara. En seguida se removió el montón de gente y apareció una mujer chiquita, con ojos de loca, que me dijo:

—Yo lo conozco a usted. Me parece que lo vi en otra parte y que usted estaba agitado.

Pensé que ella me habría visto en un concierto sacudiéndome en un final de programa; pero me callé la boca. Estalló la conversación de todas las mujeres y algunas empezaron a irse. Se quedó conmigo la que me conocía. Y se me acercó otra que me dijo:

—Ya sé que usted vende medias. Casualmente yo y algunas amigas más...

Intervino el dueño:

—No se preocupe, señora —y dirigiéndose a mí—: Venga esta tarde.

—Me voy después del almuerzo. ¿Quiere dos docenas?

—No, con media docena.

—La casa no vende por menos de una...

Saqué la libreta de ventas y empecé a llenar la hoja del pedido escribiendo contra el vidrio de una puerta y sin acercarme al dueño. Me rodeaban mujeres conversando alto. Yo tenía miedo que el dueño se arrepintiera. Por fin firmó el pedido y yo salí entre las demás personas.

Pronto se supo que a mí me venía “aquello” que al principio era como un recuerdo. Yo lloré en otras tiendas y vendí más medias que de costumbre. Cuando ya había llorado en varias ciudades mis ventas eran como las de cualquier otro vendedor.

Una vez me llamaron de la casa central —yo ya había llorado por todo el norte de aquel país—, esperaba turno para hablar con el gerente y oí desde la habitación próxima lo que decía otro corredor:

—Yo hago todo lo que puedo; ¡pero no me voy a poner a llorar para que me compren!

Y la voz enferma del gerente le respondió:

—Hay que hacer cualquier cosa; y también llorarles...

El corredor interrumpió:

—¡Pero a mí no me salen lágrimas!

Y después de un silencio, el gerente:

—¿Cómo, y quién le ha dicho?

—¡Sí! Hay uno que llora a chorros...

La voz enferma empezó a reírse con esfuerzo y haciendo intervalos de tos. Después oí chistidos y pasos que se alejaron.

Al rato me llamaron y me hicieron llorar ante el gerente, los jefes de sección y otros empleados. Al principio, cuando el gerente me hizo pasar y las cosas se aclararon, él se reía dolorosamente y le salían lágrimas. Me pidió, con muy buenas maneras, una demostración; y apenas accedí entraron unos cuantos empleados que estaban detrás de la puerta. Se hizo mucho alboroto y me pidieron que no llorara todavía. Detrás de una mampara, oí decir:

—Apúrate, que uno de los corredores va a llorar.

—¿Y por qué?

—¡Yo por qué!

Yo estaba sentado al lado del gerente, en su gran escritorio; habían llamado a uno de los dueños, pero él no podía venir. Los muchachos no se callaban y uno había gritado: "Que piense en la mamita, así llora más pronto." Entonces yo le dije al gerente:

—Cuando ellos hagan silencio, lloraré yo.

Él, con su voz enferma, los amenazó y después de algunos instantes de relativo silencio yo miré por una ventana la copa de un árbol —estábamos en un primer piso—, me puse las manos en la cara y traté de llorar. Tenía cierto disgusto. Siempre que yo había llorado los demás ignoraban mis sentimientos; pero aquellas personas sabían que yo lloraría y eso me inhibía. Cuando por fin me salieron lágrimas, saqué una mano de la cara para tomar el pañuelo y para que me vieran la cara mojada. Unos se reían y otros se quedaban serios; entonces yo sacudí la cara violentamente y se rieron todos. Pero en seguida hicieron silencio. Yo me secaba las lágrimas mientras la voz enferma repetía: "Muy bien, muy bien." Tal vez todos estuvieran desilusionados. Y yo me sentía como una botella vacía y chorreada; quería reaccionar, tenía mal humor y ganas de ser malo. Entonces alcancé al gerente y le dije:

—No quisiera que ninguno de ellos utilizara el mismo procedimiento para la venta de medias, y desearía que la casa reconociera mi... iniciativa y que me diera exclusividad por algún tiempo.

—Venga mañana y hablaremos de eso.

Al otro día el secretario ya había preparado el documento y leía: "La casa se compromete a no utilizar y a hacer respetar el sistema de propaganda consistente en llorar..." Aquí los dos se rieron y el gerente dijo que aquello estaba mal. Mientras redactaban el documento, yo fui paseándome hasta el mostrador. Detrás de él había una muchachas que me habló mirándome y los ojos parecían pintados por dentro.

—¿Así que usted llora por gusto?

—Es verdad.

—Entonces yo sé más que usted. Usted mismo no sabe que tiene una pena.

Al principio yo me quedé pensativo; y después le dije:

—Mire: no es que yo sea de los más felices; pero sé arreglarme con mi desgracia y soy casi dichoso.

Mientras me iba —el gerente me llamaba— alcancé a ver la mirada de ella: la había puesto encima de mí como si me hubiera dejado una mano en el hombro.

Cuando reanudé las ventas, yo estaba en una pequeña ciudad. Era un día triste y yo no tenía ganas de llorar. Hubiera querido estar solo en mi pieza, oyendo la lluvia y pensando que el agua me separaba de todo el mundo. Yo viajaba escondido detrás de una careta con lágrimas; pero yo tenía la cara cansada.

De pronto sentí que alguien se había acercado preguntándome: —¿Qué le pasa?

Entonces yo, como un empleado sorprendido sin trabajar, quise reanudar mi tarea y poniéndome las manos en la cara empecé a hacer los sollozos.

Ese año yo lloré hasta diciembre, dejé de llorar en enero y parte de febrero, empecé a llorar de nuevo después de carnaval. Aquel descanso me hizo bien y volví a llorar con ganas. Mientras tanto yo había extrañado el éxito de mis lágrimas y me había nacido como cierto orgullo de llorar. Eran muchos más los vendedores; pero un actor que representara algo sin previo aviso y convenciera al público con llantos...

Aquel nuevo año yo empecé a llorar por el oeste y llegué a una ciudad donde mis conciertos habían tenido éxito; la segunda vez que estuve allí, el público me había recibido con una ovación cariñosa y prolongada; yo agradecía parado junto al piano y no me dejaban sentar para iniciar el concierto. Seguramente que ahora daría, por lo menos, una audición. Yo lloré allí, por primera vez, en el hotel más lujoso; fue a la hora del almuerzo y en un día radiante. Ya había comido y tomado café, cuando, de codos en la mesa, me cubrí la cara con las manos. A los pocos instantes se acercaron algunos amigos que yo había saludado; los dejé parados algún tiempo y mientras tanto, una pobre vieja —que no sé de dónde había salido— se sentó a mi mesa y yo la miraba por entre los dedos ya mojados. Ella bajaba la cabeza y no decía nada; pero tenía una cara tan triste que daba ganas de ponerse a llorar...

El día en que yo di mi primer concierto tenía cierta nerviosidad que me venía del cansancio; estaba en la última obra de la primera

parte con demasiada velocidad; ya había intentado detenerme; pero me volví torpe y no tenía bastante equilibrio ni fuerza; no me quedó otro recurso que seguir; pero las manos se me cansaban, perdía nitidez, y me di cuenta de que no llegaría al final. Entonces, antes de pensarlo, ya había sacado las manos del teclado y las tenía en la cara; era la primera vez que lloraba en escena.

Al principio hubo murmullos de sorpresa y no sé por qué alguien intentó aplaudir; pero otros chistaron y yo me levanté. Con una mano me tapaba los ojos y con la otra tanteaba el piano y trataba de salir del escenario. Algunas mujeres gritaron porque creyeron que me caería en la platea; y ya iba a franquear una puerta del decorado, cuando alguien desde el paraíso me gritó:

—¡Cocodriiiloooo!

Oí risas; pero fui al camerín, me lavé la cara y aparecí en seguida y con las manos frescas terminé la primera parte. Al final vinieron a saludarme muchas personas y se comentó lo de “cocodrilo”. Yo les decía:

—A mí me parece que el que me gritó eso tiene razón: en realidad yo no sé por qué lloro; me viene el llanto y no lo puedo remediar, a lo mejor me es tan natural como lo es para el cocodrilo. En fin, yo no sé tampoco por qué llora el cocodrilo.

Una de las personas que me habían presentado tenía la cabeza alargada; y como se peinaba dejándose el pelo parado, la cabeza hacía pensar en un cepillo. Otro de la rueda lo señaló y me dijo:

—Aquí, el amigo es médico. ¿Qué dice usted, doctor?

Yo me quedé pálido. Él me miró con ojos de investigador policial y me preguntó:

—Dígame una cosa: ¿cuándo llora más usted, de día o de noche?

Yo recordé que nunca lloraba en la noche porque a esa hora no vendía, y le respondí:

—Lloro únicamente de día.

No recuerdo las otras preguntas. Pero al final me aconsejó:

—No coma carne. Usted tiene una vieja intoxicación.

A los pocos días me dieron una fiesta en el club principal. Alquilé un frac con chaleco blanco impecable y en el momento de mirarme al espejo pensaba: “No dirán que este cocodrilo no tiene

la barriga blanca. ¡Caramba! Creo que ese animal tiene papada como la mía. Y es voraz...”

Al llegar al club encontré poca gente. Entonces me di cuenta que había llegado demasiado temprano. Vi a un señor de la comisión y le dije que deseaba trabajar un poco en el piano. De esa manera disimularía el madrugón. Cruzamos una cortina verde y me encontré en una gran sala vacía y preparada para el baile. Frente a la cortina y al otro extremo de la sala estaba el piano. Me acompañaron hasta allí el señor de la comisión y el conserje: mientras abrían el piano, me decía que la fiesta tendría mucho éxito, que el director del liceo —amigo mío— diría un discurso muy lindo y que él ya lo había oído; trató de recordar algunas frases, pero después decidió que sería mejor no decirme nada. Yo puse las manos en el piano y ellos se fueron. Mientras tocaba pensé: “Esta noche no lloraré... quedaría muy feo... el director del liceo es capaz de desear que yo lllore para demostrar el éxito de su discurso. Pero yo no lloré por nada del mundo.”

Hacía rato que veía mover la cortina verde; y de pronto salió de entre sus pliegues una muchacha alta y de cabellera suelta: cerró los ojos como para ver lejos; me miraba y se dirigía a mí trayendo algo en una mano; detrás de ella apareció una sirvienta que la alcanzó y le empezó a hablar de cerca. Yo aproveché para mirarle las piernas y me di cuenta que tenía puesta una sola media: a cada instante hacía movimientos que indicaban el fin de la conversación; pero la sirvienta seguía hablándole y las dos volvían al asunto como a una golosina. Yo seguí tocando el piano y mientras ellas conversaban tuve tiempo de pensar: “¿Qué querrá con la media?... ¿Le habrá salido mala y sabiendo que yo soy corredor...? ¡Y tan luego en esta fiesta!”

Por fin vino y me dijo:

—Perdone, señor, quisiera que me firmara una media.

Al principio me reí; y en seguida traté de hablarle como si me hubieran hecho ese pedido otras veces. Empecé a explicarle cómo era que la media no resistía la pluma; yo ya había solucionado eso firmando una etiqueta y después la interesada la pegaba en la media. Pero mientras daba estas explicaciones mostraba la experiencia de un antiguo comerciante que después se hubiera hecho pianista. Ya me empezaba a invadir la angustia, cuando ella se sentó en la silla del piano, y al ponerse la media me decía:

—Es una pena que usted me haya resultado tan mentiroso... debía haberme agradecido la idea.

Yo había puesto los ojos en sus piernas; después los saqué y se me trabaron las ideas. Se hizo un silencio de disgusto. Ella, con la cabeza inclinada, dejaba caer el pelo; y debajo de aquella cortina rubia, las manos se movían como si huyeran. Yo seguí callado y ella no terminaba nunca. Al fin, la pierna hizo un movimiento de danza, y el pie, en punta, calzó el zapato en el momento de levantarse, las manos le recogieron el pelo y ella me hizo un saludo silencioso y se fue.

Cuando empezó a entrar la gente fui al bar. Se me ocurrió pedir whisky. El mozo me nombró muchas marcas y como yo no conocí ninguna le dije:

—Deme de esa última.

Trepé a un banco del mostrador y traté de no arrugarme la cola del frac. En vez de cocodrilo debía parecer un loro negro. Estaba callado, pensaba en la muchacha de la media y me trastornaba el recuerdo de sus manos apuradas.

Me sentí llevado al salón por el director del liceo. Se suspendió un momento el baile y él dijo su discurso. Pronunció varias veces las palabras “avatares” y “menester”. Cuando aplaudieron yo levanté los brazos como un director de orquesta antes de “atacar” y apenas hicieron silencio dije:

—Ahora que debía llorar no puedo. Tampoco puedo hablar y no quiero dejar por más tiempo separados a aquellos que han de juntarse para bailar.

Y terminé haciendo una cortesía.

Después de mi vuelta, abracé al director del liceo y por encima de su hombro vi la muchacha de la media. Ella me sonrió y levantó su pollera del lado izquierdo y me mostró el lugar de la media donde había pegado un pequeño retrato mío recortado de un programa. Yo me sonreí lleno de alegría pero dije una idiotez que todo el mundo repitió:

—Muy bien, muy bien, la pierna del corazón.

Sin embargo, yo me sentí dichoso y fui al bar. Subí de nuevo a un banco y el mozo me preguntó:

—¿Whisky Caballo Blanco?

Y yo, con el ademán de un mosquetero sacando una espada:

—Caballo Blanco o Loro Negro.

Al poco rato vino un muchacho con una mano escondida en la espalda.

—El Pocho me dijo que a usted no le hace mala impresión que le digan “Cocodrilo”.

—Es verdad, me gusta.

Entonces él sacó la mano de la espalda y me mostró una criatura. Era un gran cocodrilo muy parecido a mí; tenía una pequeña mano en la boca, donde los dientes eran un teclado; y de la otra mano le colgaba una media; con ella se enjugaba las lágrimas.

Cuando los amigos me llevaron a mi hotel yo pensaba en todo lo que había llorado en aquel país y sentía un placer maligno en haberlos engañado; me consideraba como un burgués de la angustia. Pero cuando estuve solo en mi pieza, me ocurrió algo inesperado: primero me miré en el espejo; tenía la caricatura en la mano y alternativamente miraba al cocodrilo y a mi cara. De pronto y sin haberme propuesto imitar al cocodrilo, mi cara, por su cuenta, se echó a llorar. Yo la miraba como a una hermana de quien ignoraba la desgracia. Tenía arrugas nuevas y por entre ellas corrían las lágrimas. Apagué la luz y me acosté. Mi cara seguía llorando; las lágrimas resbalaban por la nariz y caían por la almohada. Y así me dormí. Cuando me desperté sentí el escozor de las lágrimas que se habían secado. Quise levantarme y lavarme los ojos; pero tuve miedo que la cara se pusiera a llorar de nuevo. Me quedé quieto y hacía girar los ojos en la oscuridad, como aquel ciego que tocaba el arpa.

LA NECRÓFILA

FELIPE ALFAU*

Mi verdadera amistad con el doctor José de los Ríos data de la época de los incidentes que paso a relatar. Aunque le conocí algún tiempo antes, no entré en estrecho contacto con él hasta entonces.

Los incidentes ocurrieron como sigue:

Doña Micaela Valverde era una mujer de mediana edad que vivía sola con una sirvienta en el barrio de Salamanca, la misma parte de Madrid en la que el doctor José de los Ríos tenía su residencia.

Carente de parientes cercanos y, al parecer, sin otro interés en la vida, doña Micaela centraba sus actividades casi exclusivamente en ir a la iglesia. Iba al amanecer a la primera misa, a la bendición por la tarde y, durante la parte intermedia del día, siempre participaba en alguna clase de novena, o en ese tipo de plegarias acumulativas durante las cuales uno reza un padrenuestro el primer día, dos padrenuestrros el segundo y así sucesivamente, hasta ir disminuyendo la dosis correlativamente, exactamente como se hace con las medicinas dosificadas, aumentando y disminuyendo el número de gotas.

Se supone que con esas plegarias uno obtiene prácticamente cualquier cosa que caiga bajo el dominio del santo al que van destinadas, o que el santo puede ser movido, ante tal perseverancia, a utilizar su influencia con santos mayores o con Dios mismo.

Esas demandas acumulativas al cielo eran una especialidad de doña Micaela, pero he sido incapaz de descubrir qué podría solicitar con tanta persistencia y constancia.

* Felipe Alfau, español radicado en Norteamérica (n. 1902). Autor de las novelas y poemas *Locos: una comedia de gestos*, *Cromos: una parodia de la verdad* y *La poesía cursi*.

Doña Micaela era exactamente como el lector pueda imaginarla, pero con la particularidad de que no era flaca. Naturalmente, sus rasgos y su expresión eran rígidos y su piel pálida, pero no estaba flaca y, de hecho, se la podía considerar bien desarrollada. De no haber sido por su sempiterno atuendo negro, y algo en torno suyo que resultaba más difícil de definir, podría haber sido descrita como atractiva.

Sin embargo, había algo en torno a doña Micaela que resultaba extraño. El doctor José de los Ríos llamó mi atención sobre ello. Era su aspecto de figura de cera que, por más fiel que sea a la naturaleza, siempre resulta sórdida. Las ropas no envolvían a doña Micaela en una caricia cálida y suave, como les ocurre a otras personas; colgaban de ella con aprensión y frialdad, visiblemente disgustadas por el íntimo contacto. Esas ropas no cubrían una carne elástica que cede y se adapta al contorno, sino que parecían cubrir una estructura rígida, y ello con la reluctancia de quien cumple un penoso deber. Viendo a doña Micaela, uno caía en la cuenta de que la ropa en ocasiones tiene sentimientos.

Aparte de ir a la iglesia, doña Micaela tenía otra afición, que era asistir a velatorios. Los adoraba y estaba presente en todos aquellos en los que lograba introducirse. Y como sus amistades no llegaban a proporcionar material suficiente para satisfacer su voracidad, se sabía que recorría todo Madrid espiando a través de puertas y ventanas, y allí donde descubría el más leve signo de muerte se colaba dentro y, bajo cualquier excusa, forzaba literalmente su presencia en la reunión transida por el dolor, alegando muchas veces haber conocido al difunto algún tiempo atrás. Dejaba escapar comentarios indelicados y de mal gusto, recreándose en los más repugnantes detalles.

Podía decir, devorando el cuerpo con los ojos:

—¡Qué delgado está! Ha debido de sufrir mucho.

—¡Qué dice, doña Micaela! Ha tenido una muerte plácida, afortunadamente, casi como si se hubiera ido a dormir.

—Hmmm... me parece que sus rasgos están contraídos. Ha debido de sufrir una larga agonía... Hmmm... sí, es terrible. Recuerdo que mi pobre Joaquín... sí, fue una apoplejía y se le puso la cara toda negra... Hmmm... fue terrible... Yo estaba como loca y no quería dejarles que se lo llevaran... pero los vecinos empe-

zaron a quejarse del olor... Hmmm... fue magnífico... Hmmm... quiero decir terrible.

Doña Micaela le echaba una última y prolongada mirada al cuerpo, e incluso lo tocaba si nadie miraba, y se iba corriendo a otro velatorio, dejando a la familia en peores condiciones que antes.

Entraba en el siguiente velorio con aspecto profesional.

—Hmmm... veo que hoy tenemos una muerta. Soy doña Micaela Valverde, a su servicio. Hmmm... ustedes no me conocen, pero yo era buena amiga de ella... Sí, es terrible.

—Es muy amable de su parte, señora Valverde, rendir esta última visita...

—Venga, venga, hija mía... Hmmm... es un placer, se lo aseguro.

Doña Micaela daba varias vueltas en torno a la cama o al ataúd, según fuera el caso, con aire crítico, mirando, olisqueando y, de ser posible, tocando.

—¿Ha tapado bien todos sus orificios, hija mía? Hmmm... déjame atar bien el pañuelo en torno a su rostro, está flojo y la boca no se cierra del todo... Hmmm... parece una persona con dolor en muelas y no un cadáver como Dios manda —y doña Micaela procedía a ajustar el pañuelo con manos ágiles y de una palidez a juego con el cadáver, alargando la operación todo lo posible, manoseando el cuerpo y sin dejar de hablar:

—Recuerdo cuando murió mi pobre Nicolás... Olvidé cerrarle la boca y cuando se lo llevaron la tenía abierta del todo... como si continuara gritando a causa de los dolores que sufrió antes de morir... Nunca olvidaré los ratos en el cementerio mientras enteraban a mis dos pobres esposos... Hmmm... Todavía puedo oír el ruido de la primera paletada de tierra contra el ataúd.

Y doña Micaela se iba apresuradamente.

—Adiós, hija mía, y no te olvides de avisarme la próxima vez. Doña Micaela llegaba a casa sin aliento.

—Jacinta —le decía a su vieja criada—, cinco velatorios hoy... Hmmm... ha sido un buen día... sí, no he perdido el tiempo.

Jacinta sacudía la cabeza y se iba silenciosamente a su cocina.

Por las noches, doña Micaela frecuentaba, en su misma calle, la tertulia de un empresario de pompas fúnebres, y allí, para gran

gozo de su corazón, hablaba de muerte y discutía largamente con su anfitrión. Al empresario le interesaba la muerte en un sentido filosófico. La consideraba un asunto comercial, en tanto que doña Micaela la consideraba únicamente desde un punto de vista estético. Le gustaba la muerte por sí misma. Sin embargo, ambos estaban de acuerdo en una cosa: en que no había tantas muertes como hubiesen deseado, y muchas veces sostenían conversaciones como ésta:

—No entiendo qué pasa este invierno. Parece que no hace suficiente frío.

—No. Todavía no he oído de un simple caso de neumonía, y ni siquiera de un mal resfriado.

—Sí... es terrible. Se habla mucho de la famosa brisa del Guadarrama... Hmmm... pero todavía no he visto que haga mal alguno.

—¡Y con la cantidad de ancianos que hay en Madrid! Todo cuanto necesitan es un poco de aire frío y...

—Sí... Hmmm... bastante descorazonador... Hmmm... quiero decir... sí.

Doña Micaela y el empresario de pompas fúnebres eran buenos amigos. Ella le ayuda en el negocio y él la ayudaba en su afición. Ella se había convertido en una hábil rastreadora de muerte. Podía olerla a un kilómetro de distancia. Solía decir que era capaz de ver en el rostro de la gente si se iba a morir pronto, de modo que podía comunicar con tiempo esos presentimientos a su amigo para que éste tomase las medidas pertinentes.

A su vez, él dejaba participar en la parafernalia funeraria y ella incluso le había visto trabajar en varias ocasiones. Naturalmente, ellos no admitían de modo abierto su común debilidad, pero cada uno sabía que podía contar con la simpatía del otro. Hablaban de su tema favorito con un tono de voz untuoso, que rayaba en la oscuridad:

—¿Conoce usted a García, el poeta que vive enfrente de mi casa? Pues bien, sé que va a morir pronto. Nunca me ha gustado... siempre recitando a todo el mundo sus poemas de segunda fila acerca de la vida y la naturaleza... Hmmm... está ciego y sé que no tardará en morir... Hmmm... Hmmm... puedo ver en su rostro los síntomas de la agonía. Y esa chica que vive con él Lunarito... Hmmm... sí, ella le está matando... es una bestia... Hmmm... y esos dos perros

grandes y tristes que él tiene, son como la reencarnación de almas en pena... Hmmm... sí. Aúllan de noche... Hmmm...

Doña Micaela amaba la muerte. Era una obsesión que había alcanzado proporciones indecentes. No hablaba de otra cosa, no pensaba en otra, y la gente empezó a advertirlo subconscientemente. Ella como por milagro en el lugar adecuado y todo el mundo empezó a temer su presencia. Había además ese aire de figura de cera, esa nube de horror que parecía colgar encima suyo. Y esa mirada profunda en sus ojos, que parecía buscar el cadáver en todos cuantos encontraba, que buscaba la muerte latente en todo lo vivo. Esa mirada penetrante suya, que atravesaba la piel y acariciaba la calavera, esa tediosa mirada que recordaba a todos cuantos veía el hecho de que sus días estaban contados. Esa mirada que le envolvía a uno como un sudario.

Andaba también de una forma espasmódica, como si fuese una rígida muñeca mecánica. Con sus negras vestiduras, una noche, en una callejuela oscura y solitaria, debía de ser más que suficiente para atemorizar al más valiente, y en aquella época las calles del barrio de Salamanca eran muy oscuras y solitarias.

Entonces descubrí otra cosa importante acerca de doña Micaela Valverde.

Sufría una extraña enfermedad. Una vez al año, y por espacio de dos o tres meses, caía en un estado de inconsciencia que era lo más parecido a la muerte. Era algo parecido a la catalepsia, pero más aguda. Se ponía fría y rígida, y todos los esfuerzos para reanimarla eran vanos.

Al principio, esos trances no eran tan profundos y podía oír y sentir, aunque no pudiera moverse ni hablar. Pero con el tiempo empeoraron y se quedaba exactamente como si estuviera muerta. Se le afilaban las facciones y se le ponía una expresión cadavérica y, cuando volvía en sí, no recordaba nada.

Poco a poco fue adquiriendo el poder de detectar la proximidad de esos trances anuales y, cuando ello ocurría, iba a despedirse de las pocas amistades que conservaba, como si se fuera de vacaciones al otro mundo. Poco a poco, esas rondas de visitas a amigos se fueron convirtiendo en un rito que tenía lugar todos los años por la misma época: la primavera. Entonces se retiraba a su habitación, la casa quedaba cerrada y ella yacía muerta para el mundo.

El doctor José de los Ríos, que, poco o mucho, la atendía, me dijo un día:

—Su caso me interesa, y me gustaría saber más acerca de él, pero ella no quiere contar nada. Creo que disfruta con la situación. Le gusta morir periódicamente y creo que en realidad no quiere que la cure. Piensa, inocentemente, que nosotros, los médicos, somos enemigos de la Muerte. Sé que no le gusto nada, pero me divierte tratarla y amenazarla con la vida. Es sorprendente lo mucho que odia la vida. Siente la misma repugnancia por la vida que mucha gente siente por la Muerte. Hablo de repugnancia por las manifestaciones obvias, no exentas de una cierta curiosidad. Le repugna tanto la presencia de una persona de aspectos saludable como a un ser normal la presencia de un cadáver descompuesto. Odia la vida.

Doña Micaela Valverde le había contando muy poco acerca de sí misma al doctor De los Ríos. Sin embargo, ella le dijo que presentía la proximidad de sus ataques por los prolongados accesos de melancolía que los precedían. Durante casi un mes, antes de uno de esos ataques, sentía una tristeza que alcanzaba proporciones y que casi rayaba en la insanía. Entonces, según se aproximaba el ataque, sufría en todo el cuerpo calambres a intervalos regulares y ella sabía así que había llegado la hora de hacer sus preparativos.

Como queda dicho, al principio los ataques eran más temperados; yacía inmóvil, pero le temblaban los párpados y, en ocasiones, de sus ojos surgían lágrimas. Podía ver, oír y oler, y en ocasiones incluso sentir. Pero con el tiempo los ataques se hicieron más severos. Perdía la conciencia, quedaba completamente aquejada por *rigor mortis*, le bajaba la temperatura hasta que quedaba fría, y ni el más sensible estetoscopio podía detectar el latir de su corazón. Así permanecía durante uno o dos meses en la cama, en una habitación con las persianas y tras haber ordenado de antemano a su anciana criada que no le prestase atención.

La pobre criada deambulaba por la casa con indiferencia suprema. Aparentemente, se había acostumbrado a esos estados de cosas. Trabajaba y ponía orden sin siquiera ir a mirar en la estancia de su ama, y así iba pasando el tiempo hasta que un día doña Micaela se despertaba y se levantaba de la cama, apenas capaz de andar. Entonces la anciana criada veía abrirse la puerta de

su ama y a doña Micaela avanzar tambaleante por el corredor como un cadáver viviente y murmurando en voz cavernosa:

—He estado muerta... he estado muerta...

La criada sacudía tristemente la cabeza y seguía con lo suyo.

El doctor José de los Ríos había examinado a doña Micaela durante uno de sus ataques, y me dijo:

—Le he hecho todas las pruebas que la ciencia conoce en relación con estos casos, y puedo asegurarle que está muerta. Se muere durante uno o dos meses y luego resucita.

—Pero eso no es posible. Tiene que ser un ataque agudo de catalepsia o algo por el estilo.

—Le he hecho todas las pruebas y puedo asegurarle que está realmente muerta.

El doctor De los Ríos insistía, pero yo no acababa de convencerme.

No tardó en crearse una superstición en torno a doña Micaela Valverde, y la gente empezó a llamarla la muerta. Nadie osaba acercarse a ella. Todo el mundo la rehuía. Los niños echaban a correr aterrados. Las únicas personas que continuaban tratándola eran la anciana criada y el empresario de pompas fúnebres de su calle.

Doña Micaela había previsto el peligro de ser enterrada durante uno de sus ataques y le tenía dicho a su criada que no permitiese tal cosa a menos que fuese absolutamente necesario, y que bajo ninguna circunstancia debía permitir que el empresario de pompas fúnebres ni nadie que se dijese pariente entrasen en la casa durante el trance. Parecía saber tanto acerca de los vivos como acerca de los muertos.

Doña Micaela continuó viviendo en soledad. Salía de casa con el crepúsculo y paseaba por las afueras de la ciudad presa de una tristeza y una melancolía infinitas, luego se dirigía a la iglesia y pasaba largo rato en un rincón oscuro, orando. Su tristeza se hizo más persistente y empezó a caminar con la cabeza gacha. Lloraba con frecuencia, y lloraba más cuando veía a la gente apartarse en ella.

Todos la habían abandonado, huyendo de la espesa atmósfera de muerte que la envolvía, y cuando yo la vi, en aquella época,

supuse que durante esos períodos de su vida sus rasgos se habían dulcificado y que en su rostro una expresión más humana.

Sin embargo, las repetidas visitas de la Muerte la habían marcado. La Muerte había dejado, con su huella profunda, una marca indeleble en su expresión. Su piel había adquirido un tono verdoso, sus ojos estaban hundidos y rodeados de sombras negras, y al pasar dejaba un rastro de ese olor peculiar que no era precisamente desagradable. Era un olor ligeramente rancio, mezclando con una penetrante fragancia a rosas marchitas que golpeaba pesadamente en las narices.

Y además estaba esa mirada en sus ojos hundidos, esa mirada que buscaba la muerte en cuantos encontraba. Pero ahora esa mirada también se había dulcificado y ya no tenía aquella chispa de burla, era tan sólo una larga y triste mirada, muchas veces velada por las lágrimas.

Sí. Había en doña Micaela una profunda belleza oculta, y debía de haber sido una mujer intensamente atractiva. En realidad, se había casado tres veces. Sus dos primeros maridos murieron y el tercero, llamado Cendreras, la abandonó durante uno de sus trances mortuorios.

El doctor José de los Ríos, que conoció a Cendreras, me contó que éste le había dejado a él el siguiente mensaje para su esposa:

"Dígale que la abandono porque siento que la insania me acecha.

"Dígale que la amo más que a nada en este mundo, pero que el amor es vida y con ella todo es muerte.

"Dígale que cada vez que la veo venir por el pasillo desierto de nuestra casa siento un terror frío en la médula.

"Dígale que era hermosa, pero que cada vez que me abrazaba sentía que mi tumba se cerraba sobre mí.

"Dígale que nuestro matrimonio nunca fue consumado, que en nuestros más íntimos momentos nocturnos, cada vez que me acercaba a ella veía las manos celosas de sus difuntos esposos surgiendo de un negro abismo para defenderla de mí.

"Dígale que en esos momentos sus ojos eran los más bellos que yo haya visto, pero que me rechazaban con su expresión no terrenal. Que yo sabía sacrílegas mis intenciones... ¡Había una mezcla de burla y tristeza en esos ojos...! Como si me recordase

que no pertenecían a este mundo. Quizá haya sido eso lo que me salvó de una completa unión con la Muerte.

"Dígale que durante sus trances de muerte yo vagaba por la casa como un demente, que como era como vivir con un cadáver y que, cada vez que regresaba a la vida, si yo hacía un esfuerzo por dirigirme a ella alegremente debido a su recuperación, me miraba con esa expresión de burla y tristeza como diciendo: *No te olvides de ti mismo, porque algún día tú estarás rígido y muerto.*

"Dígale que cada vez que me miraba yo me veía muerto en sus ojos.

"Dígale que la abandoné mientras estaba muerta porque de lo contrario me hubiese mantenido sujeto a su extraña fascinación.

"Dígale que he huido de esa casa de muerte para no volver más, pero que nunca amaré a otra. Que ella ha despertado en mí el germen de muerte que duerme en todo ser vivo.

"Y dígale que tomaré medidas para que, una vez muerto, mi cuerpo le sea enviado."

Entonces el doctor De los Ríos me dijo:

—Todo lo que rodea a esa mujer es muerte y nadie que viva con ella tardará en morir. La muerte es una enfermedad contagiosa que mata. Con ella se ha vuelto endémica y periódica. Ella muere con frecuencia, pero la Muerte no puede matarla del todo. No hay mejor antídoto contra la Muerte que la Muerte misma. Todos cuantos la rodean han debido morir.

—Entonces, ¿qué ocurre con su vieja criada? Está viva.

—Es demasiado vieja, ya no tiene emociones y ha pasado el punto peligroso. Sí, es demasiado vieja; la Muerte se ha olvidado de ella. Al igual que muchos ancianos, no morirá, sencillamente se desvanecerá.

—Sin embargo, doctor, doña Micaela se ha casado tres veces. Y después de todo, eso es un signo de vida. El matrimonio, según yo lo entiendo, es la consagración de un acto de naturaleza, de vida, de amor.

—No sé nada al respecto. Muchas cosas se consagran una vez muertas y quizá eso fuese lo que ella sentía. Sentía que el matrimonio mataba eso que es uno de los más claros símbolos de la vida. Tres hombres cedieron a su atracción a pesar de ese algo que la rodeaba, y que apartaba a todo el mundo de ella; y a los tres

les puso la misma condición para casarse, la misma condición muerta. Dos de ellos pagaron con sus vidas y el tercero Cendreras, no hizo más que retrasar el pago. Murió no mucho después, víctima de un crimen espantoso; pero su cuerpo no pudo serle enviado a doña Micaela, como él había prometido, porque sólo se encontró una parte de él y encima en fragmentos, amén de que la ley se opusiera.

—Pero, ¿estaba enamorada de sus maridos?

—No lo creo. Lo que amaba de ellos eran sus cadáveres. Estaba enamorada de la Muerte y creo que los sacrificios en homenaje a ella. ¿Sabe usted? No creo que consumase ninguno de sus matrimonios. Lo supe por su tercer marido. Ella siempre fue fiel a la Muerte.

Y un día el doctor De los Ríos me llevó a casa de doña Micaela Valverde, que se encontraba en uno de sus trances mortuorios.

Cuando llegamos, nos recibió la sirvienta. Saludó afablemente al doctor De los Ríos y dijo:

—Ella está en su habitación, muerta. Ya sabe dónde está su habitación.

Había una gran indiferencia en su gesto, y la frase resonó con límpido y trágico humor por la casa vacía.

Avanzamos por un pasillo iluminado por una ventana situada a nuestras espaldas, que proyectaba nuestras sombras en el suelo. Caminamos, empujando nuestras sombras hacia delante, hasta que alcanzaron la pared del fondo y empezaron a trepar por ella. Se alzaron amenazadoras ante nosotros, pero, cuando nos acercamos, se desvanecieron. Al fondo estaba la habitación de doña Micaela Valverde.

La estancia estaba muy oscura. Percibí vagamente la silueta de su cuerpo sobre la cama. El doctor De los Ríos la rodeó y descorrió las cortinas. La estancia se vio iluminada por la luz amarillenta del atardecer. Estaba destartada, tenía muy pocos muebles, y a éstos los había cubierto el polvo. Las paredes desnudas estaban manchadas y agrietadas en diversos lugares. Había asimismo una gruesa capa de polvo sobre los cristales de la ventana, que estaba cerrada. Eso hacía más desvaída y fría la luz amarillenta.

Doña Micaela yacía en el lecho totalmente cubierto, incluida la cabeza. El doctor De los Ríos apartó la sábana y mostró a la

muerta. Ambos la miramos largo rato. Tenía los ojos abiertos y era evidente en ellos el hielo de la Muerte, pero mantenían esa extraña y profunda belleza que los caracterizaba, y estaban rodeados de círculos negros que se alargaban hasta las sienes, donde se perdían bajo el cabello, que caía seco y ceniciento sobre la almohada.

En la pared de la cabecera de su cama había un Cristo de marfil sobre una cruz negra, que se inclinaba sobre la muerta con infinita clemencia.

El doctor De los Ríos comentó:

—La sirvienta se ha olvidado de cerrarle los ojos esta vez.

—Son bellos —dije yo.

Y el doctor De los Ríos repitió:

—Sí, son bellos.

Permanecí en silencio, estudiando su cuerpo desnudo. Entonces, el doctor De los Ríos habló de nuevo:

—Le digo que esto es muerte y nada más que muerte. Esta mujer lleva muerta un mes y probablemente esté muerta durante dos más.

Y miró, pensativo, por encima de la muerta y recitó en tono melancólico:

“El trueno ominoso resonará en la distancia sólo para morir inadvertido en el leve temblor de sus tímpanos.

“El sol abrasador coronará silencioso el meridiano sobre su silencio, sin obtener de ella, en respuesta, una sola gota de sudor para congelarlo sobre el glaciar de sus ojos.

“Las brillantes estrellas de la noche se extinguirán al caer como gotas de luz en la absoluta soledad dejada por su alma.

“El amanecer rojo sangre de los días palidecerá y de desvanecerá sobre su cuerpo lívido.

“Y el brillante desfile de la felicidad se acallará cuando pase ante su cuerpo, y se dispersará, en indiferente futilidad, bajo el gran palio de su negación.”

Y entonces el doctor De los Ríos sacó un bisturí y con brutal resolución infligió un corte profundo en un muslo.

—¡Mire! —exclamó, mostrándome la gélida herida sin una gota de sangre—. Toque —dijo, y apretó mi mano reluciente contra su carne fría como el hielo. La retiré rápidamente, al tiempo que otra

triste escena cruzaba mi memoria, y miré hacia el crucifijo, cuya cabeza pendía con graciosa resignación.

El doctor De los Ríos prosiguió:

—No son pruebas concluyentes, pero conmueven al lego. He hecho con ella experiencias científicas, y le digo que está muerta. Cuando reviva, no tendrá memoria de su condición y habrá perdido todo sentido del tiempo. Pensará que se fue a dormir un momento antes, pero tendrá vagas sensaciones relativas a lo que ha ocurrido, una sensación inequívoca. Sentirá la opresión de la muerte como un eco. Ella es una especialista y lo puede decir. Dirá que ha estado muerta y estará en lo cierto.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamé—. Si lleva un mes muerta, ¿cómo es que no se ha producido la putrefacción?

Mi frase pareció durar mucho tiempo. Todo en aquella habitación parecía encontrarse en estado de movimiento suspendido. Permanecíamos en lados opuestos de la cama; el doctor De los Ríos estaba de espaldas a la ventana y yo sólo veía su silueta contra la luz difusa. La noche caía rápidamente y la última luz se había concentrado en el crucifijo de marfil y el cuerpo inerte que vacía entre ambos. Mi frase colgaba aún en el aire como si fuera incapaz de atravesar la pared de muerte que nos separaba. El doctor De los Ríos se incorporó lentamente y su silueta creció hasta alcanzar proporciones tan inmensas que me asusté. El bisturí centelleó en sus manos, en las sombras que se espesaban, como un último rayo de sabiduría que tratase de sajar las tinieblas del misterio y se esforzará por alcanzar y diseccionar el más allá. Entonces contestó:

—Porque la putrefacción es el regreso a la vida. Es entonces cuando la vida arrebató un cuerpo a la muerte y lo reclama como propio. Esta mujer ama demasiado la muerte. Ama la muerte por sí misma y la ha desvinculado de todos los íntimos lazos que la atan a la vida. A través de la descomposición, un cuerpo regresa a la vida, una vez perdida su identidad y su personalidad. Ella pretende seguir siendo ella misma, de modo que, cuando reviva, sabrá que ha estado muerta. Sólo desea la parte decorativa y efímera de la muerte. Mira la muerte sólo en su sentido más puro, separada de todos los desarrollados normales y necesarios en la naturaleza. Por eso no empieza en ella la putrefacción, es un signo de vida demasiado obvio y ella odia la vida. Pero cómo puede detenerse

la muerte, cómo su voluntad puede ir más allá de los límites de su vida, es algo que se me escapa.

Y el doctor José de los Ríos pareció alzarse aún más, buscando con el brazo una verdad invisible y fugaz. Entonces la luz se apagó en su bisturí y quedamos en una espesa tiniebla. Todo cuanto recuerdo es que el doctor De los Ríos me tomó del brazo y atravesamos apresuradamente las sombras para abandonar aquella casa de muerte.

Nunca sabré si mis experiencias de aquel día fueron sueño o realidad. Estuve muy ocupado todo el verano y no volví a ver al doctor De los Ríos hasta el otoño. Cuando le vi, hice una referencia al asunto.

—Finalmente, logré dignosticar su caso con más claridad —dijo—. ¿Sabe usted? Doña Micaela Vaiverde estaba enamorada de la Muerte, como tantas veces le dije. Naturalmente, casi todo el mundo está interesado en la muerte, de la misma forma que está interesado en el sexo. Es la curiosidad natural por los inicios y por el fin de la existencia, que afecta a cada uno muy directamente. Pero ese interés se había convertido, en el caso de doña Micaela, en amor y pasión. No hablaba ni pensaba en nada más.

Supe entonces que ella solía visitar la *morgue* y que pasaba largas horas allí, así como que iba mucho al cementerio.

Al final, espaciaba sus visitas a la *morgue* porque tenía que su debilidad fuese advertida. Por otra parte, prefería los velatorios, donde la muerte tenía aspectos decorativos. Era una auténtica pasión para ella. Le gustaba todo aquello que tuviese relación con la muerte. Le gustaban los maniqués y coleccionaba títeres y toda clase de muñecas. En realidad, todo aquello en lo que pudiera detectar un símbolo. Doña Micaela estaba locamente enamorada de la Muerte. Aquellos trances mortuorios que sufría eran según el doctor De los Ríos, pequeños viajes que hacía para reunirse con la Muerte y celebrar sus nupcias con ella. Y el doctor De los Ríos dijo por último:

—Llegué a la conclusión de que doña Micaela estaba preñada de la Muerte y que la única cura posible consistía en practicarle un aborto.

Para cuando el doctor De los Ríos alcanzó esa conclusión, doña Micaela estaba mal. Había quedado paralítica y los trances eran

más frecuentes. Pasaba más tiempo muerta que viva y la Muerte había hecho de ella una presa horrible.

Y el doctor De los Ríos dijo:

—La pobre doña Micaela me llamó para que la examinara. Yo sabía ya la clase de medicina que necesitaba. Usted sabe que creo en el suicidio como panacea universal. Y bien, el suicidio es también un aborto de muerte.

Por lo tanto, y una vez que ella le contó sus cuitas al doctor De los Ríos, éste dijo que no podía curarla, que su caso era desesperado y que lo mejor que podía hacer era suicidarse. Que la muerte era el mejor antídoto contra la Muerte. La Muerte no vendría a buscarla si ella no iba en su busca. Su reacción fue de lo más sorprendente. Aquella mujer que había muerto tantas veces, había desarrollado ahora un tremendo amor por la vida y la perspectiva de una muerte temporal, y no digamos de una muerte permanente, como la que el doctor De los Ríos proponía, la puso realmente furiosa. Le insultó y dijo que no sabía de qué hablaba, que ella nunca le había gustado y que no deseaba curarla.

El doctor De los Ríos era infatigable. Habló del suicidio tan elocuente y convincentemente como todo aquel que no lo practica, y se marchó dejando sobre el mantel un revólver cargado con balas de foguero.

—¿Funcionó el truco? —le pregunté al doctor De los Ríos.

—A la perfección —respondió.

Parece ser que enloqueció tanto ante la proximidad de la Muerte, que ella podía presentir, que en un momento de fortaleza decidió matarse. Cuando disparó la pistola, se desmayó pero bajo el efecto de un jarro de agua que su sirvienta le vació en la cabeza, empezó a sentirse bien. Se levantó de la silla donde había estado confinada y se puso a caminar como si nada hubiese ocurrido.

Y doña Micaela Valverde se encuentra ahora perfectamente. El doctor De los Ríos le ha hecho tirar todas sus colecciones de marionetas, maniqués y muñecas, le ha sugerido que se mude a otra casa más alegre y le tiene prohibido ir a la iglesia.

Dice el doctor De los Ríos:

—¿Sabe usted? Ese asunto de la religión tiene demasiado que ver con el más allá y crea una obsesión con la Muerte. Hay muchos casos en España como el de doña Micaela Valverde. ¿Se ha fijado

74 FÉLIX ALFARO

en esas filas de fanáticos vestidos de negro y con aspecto de cadáveres que van a la bendición por la tarde? Pues bien, todos ellos tienen una tendencia más o menos marcada hacia la necrofilia. Por supuesto, el de doña Micaela era un caso agudo y rayaba en la obscenidad. Ya estaba preñada de la Muerte, pero hay muchos otros que, pese a no llegar tan lejos, muchas veces coquetean con la idea y un día de éstos se van a ver atrapados.

—Es un caso realmente extraordinario.

—Y con muchos toques de romanticismo. Doña Micaela, apartada de la vida por su pasión y yendo a buscar a su amante en los solitarios senderos de la nada. Finalmente, no todo lo relacionado con el amor es obsceno.

—¿Y dice usted que ahora se encuentra perfectamente?

EL PAÍS DE LOS CIEGOS

H. G. WELLS*

A más de trescientas millas del Chimborazo y a cien de las nieves del Cotopaxi, en el territorio más inhóspito de los Andes ecuatoriales, se encuentra un misterioso valle de montaña, el País de los Ciegos, aislado del resto de los hombres. Hace muchos años, ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar por fin sus uniformes praderas atravesando pavorosos barrancos y un helado desfiladero; y unos hombres lograron alcanzarlo de verdad, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y de la tiranía de un malvado gobernante español. Luego sobrevino la asombrosa erupción del Mindobamba, que sumió en las tinieblas durante diecisiete días a la ciudad de Quito, y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces muertos llegaron flotando hasta el mismo Guayaquil; por doquier, a lo largo de las pendientes del Pacífico, hubo derrumbamientos y deshielos veloces e inundaciones repentinas, y una ladera completa de la antigua cumbre del Arauca se desprendió, desplomándose con gran estruendo, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de estos primeros pobladores se hallaba por azar al otro lado de los barrancos cuando el mundano se estremeció de un modo tan terrible, y se vio forzosamente obligado a olvidar a su esposa y a su hijo y a todos los amigos y pertenencias que había dejado allá arriba, y a empezar una nueva vida en el mundo inferior. Volvió a empezarla, pero enfermó; le sobrevino una ceguera y murió en las minas a causa de los malos tratos. Pero la historia que él contó engendró una leyenda que ha perdurado a lo largo de la cordillera de los Andes hasta nuestros días.

* Herbert George Wells, británico (1866-1946). Autor de *El hombre invisible*, *La isla del Doctor Moreau* y *La máquina del tiempo*, entre otras novelas y cuentos.

Contó la razón que le había impulsado a aventurarse a abandonar aquel guájar adonde había sido transportado por primera vez atado al lomo de una llama, junto con un enorme bulto de enseres, cuando era niño. El valle, decía, poseía todo cuanto pudiera desear el corazón del hombre: agua dulce, pastos y un clima benigno, laderas de tierra fértil y rica con marañas de arbustos que producían un fruto excelente, y de uno de los costados colgaban vastos pinares que frenaban las avalanchas en lo alto. Mucho más arriba, por tres costados, inmensos riscos de rocas de color gris verdoso estaban coronados de casquetes de hielo; pero la corriente del glaciar no caía sobre ellos, sino que se precipitaba por las pendientes más alejadas y sólo de vez en cuando las enormes mesas de hielo rodaban por la ladera del valle. En este valle ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban ricos pastos verdes que la irrigación esparcía en toda la extensión del valle. Los colonizadores habían hecho realmente una buena labor en aquel lugar. Sus animales se criaron bien y se multiplicaron y no había más que una cosa que ensombreciera su dicha. Y, sin embargo, bastaba para ensombrecerla sobremanera. Una extraña enfermedad se había abatido sobre ellos haciendo que no sólo todos los niños nacidos allí, sino también muchos de los otros niños mayores, fueran atacados por la ceguera. Para buscar algún amuleto o antídoto contra esta plaga fue precisamente por lo que él, enfrentándose con la fatiga, los peligros y las dificultades, había bajado nuevamente por la garganta. En aquellos tiempos, en semejantes casos, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados, y a él le parecía que la razón de esta calamidad debía estar motivada por la negligencia de estos inmigrantes sin sacerdote de no levantar un altar tan pronto como habían entrado en el valle. Él quería un altar, un altar bonito, barato y eficaz, para levantarlo en el valle; quería reliquias y todos aquellos poderosos símbolos de la fe, como objetos bendecidos, medallas misteriosas y oraciones. En su mochila llevaba una barra de plata, cuyo lugar de procedencia no quiso explicar, insistiendo en que en el valle no había plata, con la reiteración propia de un mentiroso inexperto. Dijo que habían fundido todas sus monedas y adornos en una sola pieza para comprar el sagrado remedio contra su enfermedad, ya que allá arriba para poco o nada necesitaban

aquel tesoro. Me imagino a este joven montañés de ojos turbios, quemado por el sol, flaco y ansioso, sujetando febrilmente el ala del sombrero, un hombre totalmente ignorante de las costumbres del mundo inferior, contándole esta historia, antes de la gran convulsión, a algún atento sacerdote de mirada astuta. Parece que lo estoy viendo ahora mismo intentando regresar con remedios piosos e infalibles contra aquel mal y la infinita congoja con la que debió contemplar la magnitud de la catástrofe que había obstruido la garganta de la que un día había salido. Pero nada sé del resto de la historia de sus infortunios, excepto que murió varios años después en trágicas circunstancias. ¡Pobre oveja descarriada de aquella lejanía! La corriente que antaño había formado la garganta prorrumpe ahora desde la boca de una cueva rocosa, y la leyenda a que había dado paso su desdichada historia mal contada se convirtió en la leyenda de una raza de hombres ciegos que existía en alguna parte "más allá de las montañas", la leyenda que aún hoy se puede escuchar.

Y en medio de la escasa población de aquel valle ahora aislado y olvidado, la enfermedad siguió su curso. Los ancianos se volvieron cegatos y andaban a tientas, los jóvenes veían, pero confusamente, y los niños que les nacieron no vieron jamás. Pero la vida era fácil en aquel remanso, perdido para todo el mundo, donde no había ni zarzas ni espinas, ni insectos dañinos ni bestias, excepto las apacibles llamas que habían arrastrado, empujado y seguido al remontar los cauces de los mermados ríos en las gargantas por las que ascendieron. El ofuscamiento de la vista había sido tan gradual que apenas se dieron cuenta de su pérdida. Guiaban a los niños ciegos de acá para allá hasta que llegaban a conocer el valle maravillosamente bien; y cuando por fin la vista se agotó entre ellos, la raza sobrevivió. Tuvieron incluso tiempo de adaptarse a controlar a ciegas el fuego, que encendían con cuidado en hornillos de piedra. Al principio fueron una raza simple, analfabeta, sólo ligeramente tocada por la civilización española, pero con restos de tradición artística del antiguo Perú y de su perdida filosofía. A una generación le siguió otra. Olvidaron muchas cosas, inventaron otras muchas. Su tradición del mundo mayor del que procedían adquirió un tinte mítico e incierto. En todas las cosas, excepto en la vista, eran recios y capaces, y al poco, por los azares del nacimiento y

de la herencia, surgió entre ellos alguien que poseía una mente original, que sabía hablarles y persuadirles de las cosas; y luego surgió otro. Estos dos murieron, dejando sus efectos, y la pequeña comunidad creció en número y en entendimiento, y enfrentó y resolvió los problemas económicos y sociales que se presentaban. A una generación le siguió otra. Y a ésta otra más. Vino un tiempo en que nació un niño, quince generaciones después de aquel antepasado que había salido del valle con una barra de plata en busca de la ayuda de Dios y que jamás volvió. Aproximadamente entonces fue cuando, por azar, apareció en esta comunidad un hombre procedente del mundo exterior. Y ésta es la historia de aquel hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y había visto el mundo, un lector de libros de un modo original, un hombre avisado y emprendedor que fue contratado por un grupo de ingleses que había venido a Ecuador para escalar montañas, en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Él escaló y escaló allá, y después vino el intento de escalar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Cuenta cómo el grupo fue venciendo su difícil y casi vertical camino hasta los mismos pies del último y mayor de los precipicios y cómo construyeron su refugio nocturno entre la nieve, sobre el pequeño saliente de una roca, y con un toque de auténtico dramatismo, cómo se dieron cuenta al poco tiempo de que Núñez ya no estaba entre ellos. Gritaron y no hubo respuesta. Gritaron y silbaron y, durante el resto de la noche, ya no pudieron conciliar el sueño.

A la clara luz de la mañana hallaron las huellas de su caída. Parece imposible que él no pudiera articular ni un sonido. Había resbalado hacia el este, en dirección a la ladera desconocida de la montaña; mucho más abajo se había golpeado contra un escarpado helero y había seguido bajando, abriendo un surco en medio de una avalancha de nieve. Su rastro iba a parar directamente al borde de un pavoroso precipicio, y más allá de esto todo quedaba sumido en el misterio. Abajo, mucho más abajo, a una distancia indeterminada a causa de la bruma, pudieron ver unos árboles que se

erguían en un valle angosto y confinado..., el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni tampoco podían distinguirlo en modo alguno de cualquier otro retazo de valle angosto de tierras altas. Desalentados por el desastre, abandonaron su intento aquella misma tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera llevar a cabo otro ataque. Hasta hoy, el Parascotepetl continúa exhibiendo su cumbre virgen, y el refugio de Pointer se desmorona entre las nieves sin que nadie haya vuelto a visitarlo.

Pero el hombre caído sobrevivió.

Al final del declive se precipitó durante mil pies y se desplomó envuelto en una nube de nieve sobre un helero aún más escarpado que el anterior. Al llegar a éste estaba mareado, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto en su cuerpo. Y entonces, por fin, fue a parar a unos declives más suaves, y finalmente dejó de rodar y se quedó inmóvil, sepultado en medio de un montón de masas blancas que le habían acompañado salvándole. Volvió en sí con la oscura sensación de que se encontraba enfermo en la cama; luego se dio cuenta de su situación con la inteligencia de un montañero y, tras descansar un poco, se fue liberando de su envoltura hasta que alcanzó a ver las estrellas. Durante un tiempo descansó tumbando boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué era lo que le había ocurrido. Exploró sus miembros y descubrió que varios de sus botones habían desaparecido y que la chaqueta se le había subido por encima de la cabeza; que el cuchillo se le había caído del bolsillo y que había perdido su sombrero a pesar de haberlo atado con una cuerda por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar la parte que le correspondía del muro del refugio. También su hacha para el hielo había desaparecido.

Decidió que debía haber caído y levantó la vista para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había emprendido. Durante un rato se quedó inmóvil, contemplando anonado el imponente barranco que se erguía en lo alto como una torre pálida que fuese surgiendo por momentos de la apacible marca de las tinieblas. Su belleza fantasmagórica y misteriosa le dejó sin aliento un instante y luego se apoderó de él un paroxismo convulso de risas y sollozos...

Después de un largo rato, tuvo conciencia de que se encontraba cerca del borde inferior de la nieve. Abajo, al fondo de lo que ahora era un de-clive practicable e iluminado por la luna, vio la forma oscura y áspera de la turba salpicada de peñas. Luchó para ponerse en pie, con todas las articulaciones y miembros doloridos, se liberó trabajosamente del cúmulo de nieve suelta que le rodeaba, y fue bajando hasta llegar a la turba y, una vez allí, más que tumbarse se dejó caer junto a una peña, bebió un largo trago de la cantimplora que llevaba en el bolsillo interior y se durmió instantáneamente...

Le despertó el canto de los pájaros sobre los árboles en la lejanía. Se incorporó y advirtió que se hallaba sobre un pequeño montículo a los pies de un inmenso precipicio que estaba surcado por la barranca por la que había caído rodeado de nieve. Ante él, otro muro de rocas se levantaba contra el cielo. La garganta entre estos precipicios iba de este a oeste y estaba bañada por el sol de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de la montaña caída que obstruía la garganta descendiente. A sus pies parecía abrirse un precipicio igualmente escarpado, pero detrás de la nieve, en la hondonada, encontró una especie de hendidura en forma de chimenea que chorreaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Lo encontró más fácil de lo que parecía y llegó por fin a otro montículo desolado, y luego, tras trepar por unas rocas que no revestían una dificultad especial, alcanzó una escarpada pendiente de árboles. Se orientó y volvió la cara hacia lo alto de la garganta, ya que vio que desembocaba sobre unos prados verdes, entre los cuales ahora podía vislumbrar con mucha nitidez un grupo de cabañas de piedra de construcción insólita. A veces su avance resultaba tan lento que era como intentar trepar por la superficie de un muro, pero después de un cierto tiempo, el sol, al elevarse, dejó de batir a lo largo de la garganta, los trinos de los pájaros se apagaron y el aire que le rodeaba se volvió frío y oscuro. Pero debido a esto; el valle distante adquirió mayor luminosidad. Al poco llegó a un talud, y entre las rocas, ya que era un hombre observador, reparó en un insólito helecho que parecía estar intensamente agarrado fuera de las hendiduras con grandes manos verdes. Tomó una o dos de sus frondas y mordió su tallo y lo encontró agradable.

Hacia mediodía salió por fin de la garganta del destiladero y se encontró en el llano que bañaba la luz del sol. Estaba entorpecido y fatigado: se sentó a la sombra de una roca, relleno su cantimplora en un manantial, bebiendo hasta vaciarla, y permaneció un tiempo descansando antes de dirigirse hacia las casas.

Le resultaban muy extrañas a sus ojos y, a medida que lo miraba, toda la apariencia de aquel valle le parecía cada vez más misteriosa e insólita. La mayor parte de su superficie estaba formada por un exuberante prado verde de manifiesto cultivo sistemático pieza por pieza. En lo alto del valle y rodeándolo había un muro y lo que parecía ser un acueducto circular, del que partían pequeños hilos de agua que alimentaban el prado, y en las laderas más altas, unos rebaños de llamas pacían en los escasos pastos. Y unos cobertizos, al parecer establos o lugares de forraje para las llamas, se levantaban aquí y allá adosados al muro colindante. Los canarios situados en el centro del valle, que orillaba a ambos lados un muro que se elevaba hasta el pecho. Esto le daba un singular carácter a este recluso lugar, un carácter fuertemente acentuado por el hecho de que un gran número de caminos pavimentados con piedras blancas y negras y cada uno de ellos con una curiosa acerita a los lados, partía en todas direcciones de forma metódica y ordenada. Las casas de la parte central de la aldea eran muy diferentes de las aglomeraciones casuales y fortuitas de las aldeas de montaña que él conocía; se erguían en hileras a ambos lados de una calle central de asombrosa limpieza; aquí y allá sus fachadas estaban horadadas por una puerta, y ni siquiera una ventana rompía la uniformidad de su frente. Estaban parcialmente coloreadas con extraordinaria irregularidad, embarradas con una especie de enlucido a veces gris, a veces pardo, a veces de color pizarra o marrón oscuro. Y fue a la vista de este excéntrico enlucido cuando apareció por primera vez la palabra "ciego" en los pensamientos del explorador. "El buen hombre que ha hecho eso", pensó, "debía estar más ciego que un murciélago".

Descendió por un escarpado repecho y llegó al muro y al canal que recorría el valle, y al acercarse, este último expulsó su exceso de contenido en las profundidades de la garganta formando una cascada fina y trémula. Podía ver ahora, en la parte más remota del prado, a un buen número de hombres y mujeres descansando

sobre apilados montones de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, y más cerca de la aldea, a un número de niños recostados, y luego, más cerca todavía, a tres hombres que acarreaban cubos en horquillas por un caminito que partía hacia las casas desde el muro que rodeaba el valle. Estos últimos iban vestidos con ropajes de lana de llama y con botas y cinturones de cuero, y llevaban gorras de paño que les cubrían la nuca y las orejas. Marchaban uno tras otro, en fila india, andando despacio y bostezando al andar, como si hubieran estado levantados toda la noche. Había algo tan tranquilizador, próspero y respetable en su parte que, tras un momento de vacilación, Núñez se adelantó visiblemente todo cuanto pudo sobre la roca, y lanzó un grito poderoso, cuyo eco resonó en todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron las caras de un lado a otro, y Núñez gesticuló. Pero no parecieron verle a pesar de todos sus gestos, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez como respuesta. Núñez voceó otra vez y entonces, una vez más, mientras gesticulaba sin resultado, la palabra, "ciegos" se abrió paso entre sus pensamientos. "Estos estúpidos deben estar ciegos", dijo.

Cuando por fin, tras muchos gritos e irrigación, Núñez cruzó el riachuelo por un puentecillo, entró por una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tenía la certeza de que éste era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. Había surgido ante él la convicción y una sensación de gran aventura decididamente envidiable. Los tres se quedaron el uno junto al otro sin mirarle, pero con los oídos colocados en dirección suya, juzgándole por sus pasos no familiares. Se quedaron muy juntos el uno del otro, como hombres un poco temerosos, y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el mismo globo ocular se hubiera contraído. Había una expresión casi de pavor en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno, es un español casi irreconocible—, es un hombre..., un hombre o un espíritu..., que baja por las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado de un joven que avanza por la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos se agolpaban de nuevo en su mente y entre sus pensamientos destacó este antiguo refrán, como un estribillo:

“En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey.”

“En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey.”

Y con mucha cortesía procedió a saludarles. Les dirigió la palabra utilizando sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—Ha bajado de las rocas.

—Vengo del otro lado de las montañas —dijo Núñez—, del país que está más allá..., donde los hombres pueden ver. De un lugar cercano a Bogotá, donde hay centenares de miles de personas y donde la ciudad no puede abarcarse con la vista.

—¿Vista? —refunfuñó Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de un modo curioso, cada uno de ellos con costuras diferentes.

Le sobrecogieron realizando un movimiento simultáneo hacia él, alargando los tres una mano. Retrocedió para alejarse del avance de aquellos dedos extendidos.

—Ven acá —dijo el tercer ciego, siguiendo su ademán y asiéndole diestramente.

Y sujetaron a Núñez y le palparon por todas partes, sin decir ni una palabra hasta que hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó él con un dedo en el ojo, notando que ellos pensaban que aquel órgano con la agitación de sus tapaderas, resultaba una cosa extraña en él. Y volvieron a tocarlo.

—Extraña criatura, Correa —dijo aquel que se llamaba Pedro—. ¿Habéis notado lo áspero que tiene el pelo? Es igual que el pelo de la llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, investigado la barbilla no rasurada de Núñez con mano suave y ligeramente húmeda—. Tal vez se refine.

Núñez luchó un poco para zafarse de aquel examen, pero le sujetaron con firmeza.

—Cuidado —volvió a decir.

—Habla —dijo el tercer hombre—. No cabe duda de que es un hombre.

—¡Ugh! —dijo Pedro, ante la tosquedad de su chaqueta.

—¿Y has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—He salido de él. Cruzando montañas y glaciares, justo por encima de estas alturas, a medio camino del sol. De un inmenso mundo que baja hasta el mar tras doce días de camino.

Apenas parecían escucharle.

—Nuestros padres nos contaron que los hombres podían ser criados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, la humedad y la podredumbre..., la podredumbre.

—Conduzcámosle ante los ancianos —dijo Pedro.

—Grita primero —dijo Correa— no sea que los niños se asusten. Éste es un acontecimiento extraordinario.

Y así gritaron, y Pedro se encaminó el primero tomando a Núñez de la mano para conducirlo hasta las casas.

Él retiró la mano diciendo:

—Puedo ver.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, volviéndose hacia él y tropezando en el cubo de Pedro.

—Sus sentidos aún son imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y habla con palabras sin significado. Llévale de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez dejándose llevar mientras reía. Parecían no tener ni la menor noción de la vista.

Bien, a su debido tiempo, ya les enseñaría él.

Oyó los gritos de la gente y vio a una serie de figuras que se reunían en la calle principal de la aldea.

Comprobó que ese primer encuentro con la población del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar le pareció más grande a medida que se iba acercando, y los enlucidos embarrados más extravagantes, y una multitud de niños, de hombres y de mujeres (reparó complacido en que algunas de aquellas mujeres y muchachas poseían rostros muy agradables a pesar de que todas ellas tenían los ojos cerrados y hundidos) comenzó a rodearle, a agarrarle, a tocarle con manos suaves y sensibles, oliéndole y escuchando cada una de las palabras que él decía. No obstante, algunas de las muchachas y de los niños se mantuvieron alejados como si sintieran miedo, y la verdad es que su voz parecía áspera y brusca en comparación con sus delicadas voces. Formaron un tumulto a su alrededor. Sus

tres guías permanecieron muy cerca de él con un esfuerzo digno de unos propietarios mientras decían una y otra vez:

—Un hombre salvaje venido de las rocas.

—De Bogotá —dijo él—. Bogotá. Al otro lado de las cumbres de las montañas.

—Un hombre salvaje..., que utiliza palabras salvajes —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso..., *Bogotá*? Su mente apenas está formada. No posee más que los rudimentos del lenguaje.

Un niño pequeño le pellizcó una mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Ay! Una ciudad distinta de vuestra aldea. Vengo de un vasto mundo..., donde los hombres tienen ojos y ven.

—Su nombre es Bogotá —dijeron ellos.

—Ha tropezado —dijo Correa—, ha tropezado dos veces mientras veníamos aquí.

—Conducidle ante los ancianos.

Y le empujaron de repente a través de una puerta que daba a una habitación tan negra como la brea, excepto en el fondo, donde brillaba débilmente un fuego. La muchedumbre se agolpó tras él y ocultó hasta el último resplandor de la luz del día, y antes de que pudiera detenerse había caído de cabeza al tropezar con los pies de un hombre sentado. Su brazo, incontrolado, golpeó la cara de alguna persona mientras caía; sintió el blando impacto de unas facciones y oyó un grito de ira y, por un momento, luchó contra una multitud de manos que se habían apresurado a agarrarle. Era una lucha desigual. Le sobrevino una vaga noción de la situación y se quedó quieto.

—Me he caído —dijo—. No veía nada con esta intensa oscuridad.

Hubo una pausa, como si las personas invisibles que le rodeaban intentasen comprender sus palabras. Luego, oyó la voz de Correa que decía:

—Sólo está recién formado. Tropieza al andar y mezcla en su lenguaje palabras que no tienen ningún sentido.

Otros también dijeron cosas sobre él que él no oyó o no comprendió perfectamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en una pausa—. No volveré a luchar contra vosotros.

Deliberaron y le dejaron levantarse.

La voz de un hombre más anciano comenzó a interrogarle, y Núñez se encontró intentando explicar el vasto mundo de donde había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas parecidas, a estos ancianos sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos. Y ellos no quisieron ni creer ni comprender nada de todo cuanto pudiera contarles, un hecho que no entraba en absoluto dentro de sus expectativas. Hacía catorce generaciones que estas personas eran ciegas y estaban aisladas de todo el mundo visible. La historia del mundo exterior se había ido borrando convirtiéndose en un cuento de niños, y habían dejado de preocuparse de cualquier cosa que estuviera más allá de las pendientes rocosas, cuyas alturas dominaba su muro de protección. Habían surgido entre ellos hombres ciegos de genio que cuestionaron los retazos de creencias y de tradiciones que habían llevado consigo en sus días de ceguera, y habían desechado todas estas cosas como vanas fantasías, reemplazándolas con nuevas y más sensatas explicaciones. La mayor parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, pero habían creado por sí solos unas nuevas imaginaciones mediante sus cada vez más sensibles oídos y yemas de los dedos. Lentamente, Núñez empezó a darse cuenta de estar que sus expectativas de respeto y reverencia ante su origen y sus dotes no iban a confirmarse y, tras este malogrado intento de explicarles la vista, que había sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que describía las maravillas de sus incoherentes sensaciones, accedió, un poco desanimado, a escuchar su instrucción. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, y cómo el mundo (refiriéndose a su valle) había sido al principio un hueco vacío en las rocas, y que después había sido poblado primero por cosas inanimadas sin el don del tacto, y por llamas y por unas cuantas criaturas que tenían muy poco sentido, y luego por hombres, y, finalmente, por ángeles, cuyos cantos y revoloteos podían oírse, pero que nadie podía tocar de ningún modo, cosa que dejó muy perplejo a Núñez hasta que se le ocurrió pensar en los pájaros.

Prosiguió contando a Núñez la forma en que este tiempo había sido dividido en frío y calor, que para los ciegos son los equivalentes del día y de la noche, y cómo lo juicioso era dormir durante el

calor y trabajar durante el frío, de modo que, si no hubiera sido por su llegada, todo el pueblo de los ciegos hubiera estado dormido. Dijo que Núñez debía haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido y que, debido a toda su incoherencia mental y a sus tropezos, debía tener valor y procurar hacer todo lo posible para aprender, ante lo cual todas las personas que se encontraban en el umbral prorrumpieron en murmullos de aliento. Dijo que la noche, pues los ciegos llamaban al día noche, ya estaba muy avanzada y que convenía que todo el mundo volviera a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comida.

Le trajeron comida, leche de llama en un cuenco y un pan tostado salado, y le condujeron a un lugar solitario para que comiera sin que le oyeran, y después a dormir hasta que el frío vespertino de la montaña les despertara para volver a empezar su día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde le habían dejado, descansado sus miembros y dando vueltas en la cabeza, una y otra vez, a las imprevistas circunstancias que habían rodeado su llegada.

De pronto en tanto se reía, a veces divertido y a veces indignado.

—“¡Una inteligencia sin formar!” —decía—. “¡Aún no tiene sentidos!”

Qué pocos saben que han estado insultando a su amo y señor enviado por el cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Tengo que pensar..., tengo que pensar.

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía captar la belleza de las cosas y le pareció que el brillo de las pendientes nevadas y de los glaciares que despedía cada lado del valle era la cosa más hermosa que había visto jamás. Su vista se paseó desde aquel inaccesible deleite hasta la aldea y los campos irrigados, hundiéndose velozmente en el atardecer, y súbitamente se apoderó de él una oleada de emoción y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por haberle regalado el poder de la vista.

Oyó una voz que le llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oír esto dejó de sonreír. Ya le enseñaría a esta gente de una vez por todas lo que significaba tener vista para un hombre. La buscarían pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rió sin hacer ruido y se apartó del camino con dos pasos furtivos.

—No pises la hierba, Bogotá, eso no está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que había hecho y se detuvo asombrado.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero jaspeado.

Volvió a entrar en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que tienen que llevarte igual que a un niño? ¿No oyes el camino al andar?

Núñez rió.

—Lo puedo ver —dijo.

No existe ninguna palabra como ver —dijo el ciego, tras una pausa—. Basta de insensateces y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco irritado.

—Ma llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. En el mundo hay mucho que aprender.

—¿No te ha dicho nadie que “En el País de los Ciegos el Tuerco es el Rey”?

—¿Qué es ciego? —preguntó el ciego descuidadamente por encima del hombro.

Pasaron cuatro días, y al quinto, el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito, como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que le resultaba mucho más difícil proclamarse rey de lo que se había imaginado y, entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, hizo lo que le decían y aprendió las formas y las costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vagar de noche le pareció una cosa especialmente fastidiosa y decidió que sería lo primero que modificaría.

Aquella gente llevaba una vida simple y laboriosa, con todos los elementos de virtud y de felicidad tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Se afanaban pero no de un modo opresivo, tenían ropas y alimentos suficientes para sus necesidades, tenían días y temporadas de descanso, hacían música y cantaban mucho, y había entre ellos amor y niños pequeños.

Era maravilloso ver con qué confianza y precisión se movían por su ordenado mundo. Todo había sido hecho en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales de la zona del valle formaba un ángulo constante con los demás, y se distinguía por una muesca especial en su acera; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos o del prado habían sido suprimidos desde hacía mucho tiempo, y todos sus métodos y procedimientos habían surgido de modo natural de la peculiaridad de sus necesidades. Sus sentidos se habían agudizado maravillosamente, oían y juzgaban el gesto más leve de un hombre a una docena de pasos de distancia, oían incluso el mismo latido de su corazón. La entonación había reemplazado a la expresión desde muy antiguo entre ellos, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y la horca se desarrollaba con tanta confianza y libertad como el de cualquier jardinero. Su sentido del olfato era extraordinariamente sutil; podían distinguir las diferencias de cada individuo con la misma facilidad que un perro y cuidaban de las llamas, que vivían entre las rocas altas y bajaban hasta el muro en busca de comida y refugio, con comodidad y confianza. Sólo cuando Núñez decidió por fin hacer valer sus derechos se dio cuenta de lo ágiles y seguros que podían ser sus movimientos.

Se rebeló solamente después de haber intentado persuadirlos.

Primero intentó hablarles en numerosas ocasiones de la vista.

—Escuchadme un momento —decía—. Hay cosas en mí que vosotros no comprendéis.

Una o dos veces, uno o dos de ellos le prestaron atención; se sentaron con los rostros inclinados hacia abajo y los oídos inteligentemente vueltos hacia él, y él se esmeró para contarles lo que significaba ver. Entre sus oyentes se encontraba una muchacha, con párpados menos enrojecidos y hundidos que los de los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando unos ojos, a quien él esperaba convencer especialmente.

Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y ellos le escucharon con divertida incredulidad que pronto se trocó en condena. Le dijeron que no existían montañas algunas, sino que el final de las rocas, donde pastaban las llamas, era definitivamente el final del mundo; a partir de ahí se erguía el cavernoso techo del universo. desde donde caían el rocío y las avalanchas; y cuando él sostuvo resueltamente que el mundo no tenía ni final ni techo como ellos suponían, le dijeron que sus pensamientos eran malvados. Mientras les describía el cielo y las nubes y las estrellas, aquello les parecía un espantoso vacío, una nada terrible en el lugar de la bóveda uniforme que protegía las cosas en las que creían, porque para ellos era un artículo de fe que el techo de la caverna fuera exquisitamente suave al tacto. Él veía que en cierto modo los estaba sobresaltando y entonces renunció totalmente a abordar este aspecto, tratando de mostrarles las ventajas prácticas de la vista. Una mañana vio a Pedro en el llamado camino. Diecisiete que venía hacia las casas centrales, pero aún demasiado lejos como para ser oído u olfateado, y se lo dijo a ellos.

—Dentro de poco —profetizó—, estará aquí Pedro.

Un anciano observó que Pedro no tenía nada que hacer en el camino. Diecisiete y, como para confirmarlo, aquel individuo, mientras se acercaba, giró transversalmente tomando por el camino Diez, dirigiéndose con pasos ágiles hacia el muro exterior. Al no llegar Pedro se burlaron de él y luego, cuando él interrogó a Pedro para salvaguardar su reputación, éste le desmintió y se enfrentó con él y desde aquel día le fue hostil.

A continuación les indujo a dejarle recorrer un largo camino por los prados en declive hacia el muro acompañado de un individuo complaciente a quien prometió describirle todo cuanto ocurriera entre las casas. Notó ciertas idas y venidas, pero las cosas que parecían significar algo para esta gente sucedieron en el interior o detrás de las casas sin ventanas, las únicas cosas de las que ellos tomaron nota para ponerle a prueba, pero de éstas, nada pudo ver ni contar; y fue después del fracaso de su tentativa y de las mofas que ellos no pudieron reprimir, cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar súbitamente con ella a uno o dos al suelo para poder así, en un combate leal, demostrar

las ventajas de la vista. Impulsado por aquella resolución no llegó más que a asir la pala, porque luego descubrió algo nuevo en él: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y comprobó que todos ellos eran conscientes de que él había agarrado la pala. Permanecían alerta, con las cabezas ladeadas y las orejas dobladas hacia él a la espera de lo que se propusiera hacer.

—Tira esa pala —dijo, uno, y sintió una especie de terror imponente, que casi le hizo obedecer. Entonces acometió contra uno lanzándolo contra la pared de una casa y salió corriendo hasta encontrarse fuera de la aldea.

Entró de través por uno de sus prados, dejando rastros de hierba pisoteados detrás de sus pies y al poco se sentó junto al borde de uno de sus caminos. Sintió un poco de la excitación que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera se podía luchar a gusto con criaturas que parten de una base mental diferente. En la lejanía vio a una multitud de hombres con palas y garrotes que salían de la calle de las casas y avanzaban lentamente, hablando con frecuencia entre sí y, de tanto en tanto, todo el cordón se detenía a olisquear el aire y a escuchar. Núñez no supo la primera vez que les vio hacer esto.

Pero después, ya no volvió a reír.

Uno de ellos descubrió su rastro en la hierba del prado y se agachó para tantear la dirección que debía seguir.

Durante cinco minutos contempló la lenta maniobra de cordón y, entonces, su remota intención de hacer algo se hizo apremiante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circular, se volvió y desanduvo un poco el camino. Y allí estaban todos, como una luna creciente, inmóviles y a la escucha.

También se quedó inmóvil, sujetando la pala con fuerza con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

Sus oídos le latían al ritmo de "En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey".

¿Debía cargar contra ellos?

Lanzó una mirada tras él hacia el alto muro inaccesible... inaccesible a causa de la uniformidad de su enlucido, pero atravesando además por muchas puertecitas, y luego miró a la cer-

cana línea de perseguidores. Tras ellos, otros salían ahora de la calle de las casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —llamó uno de ellos— ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Apretó su pala con mucha más fuerza y avanzó por los prados bajando hacia el lugar de las viviendas y, en cuanto se movió, ellos convergieron hacia él.

—Como me toquen los mato —juró—. Sabe Dios que lo haré. Los golpearé. —Voceó con fuerza:

—Oídmе, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me habéis oído? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se cernían sobre él con rapidez, a tientas, pero moviéndose con agilidad. Era igual que jugar a la gallinita ciega, con todos, menos uno, con los ojos vendados.

—¡Apresadle! —gritó uno. Y se encontró en el arco de una curva de perseguidores en movimiento. Sintió repentinamente la necesidad de ser activo y resuelto.

—No lo comprendéis —gritó con una voz que pretendía ser estentórea y resuelta, pero que se le quebró en la garganta—. Vosotros sois ciegos y yo veo. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! ¡Tira esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca dentro de una familiaridad civilizada, resonó con un eco de cólera.

—Os lastimaré —dijo entre sollozos de emoción—. Sabe Dios que os lastimaré. ¡Dejadme en paz!

Empezó a correr, sin saber claramente hacia dónde. Corrió desde el ciego más próximo, porque le horrorizaba golpearle. Se paró y luego tuvo un arranque para escapar de las filas que se cerraban sobre él. Se dirigió hacia donde el hueco era mayor, pero los hombres situados a ambos lados, con rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se precipitaron el uno contra el otro. Dio un brinco hacia delante, y entonces vio que estaba atrapado y asestó un golpe con la brazo y de una mano, y el hombre cayó en tierra con un grito de dolor. Estaba libre.

¡Libre! Y a continuación se encontró de nuevo cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, enarbolando palas y estacas, corrían de un lado a otro con una presteza que parecía razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y se encontró frente a un hombre alto que se precipitaba contra él asestando golpes, guiado por el ruido que emitía. Perdió el control, le asestó un mandoble a su antagonista, giró sobre sí mismo y huyó, casi chillando mientras le hacía un quiebro a otro.

Fue presa del pánico. Corrió furiosamente de un lado a otro, haciendo quiebros cuando no había ninguna necesidad de hacerlos y tropezando, angustiado por querer ver al instante todo cuanto le rodeaba. Por le rodeaba. Por un momento cayó y ellos oyeron su caída. Muy lejos, en el muro de la circunvalación, una puertecita le pareció un refugio celestial, y se dirigió hacia ella en una carrera desenfrenada. Ni siquiera se volvió para mirar a sus perseguidores hasta que la alcanzó, y eso que había tropezado al cruzar el puente, trepado un trecho entre las rocas con sorpresa de una llama joven que de un brinco se perdió de vista, y se había tumbando para recuperar el resuello entre sollozos.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Se quedó fuera del muro del valle de los ciegos durante dos noches y dos días, sin comida ni techo, y meditó sobre lo inesperado de los acontecimientos. Durante estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y cada vez con un tono de mayor escarnio:

—“En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey.”

Estuvo pensando principalmente en las formas de luchar y de conquistar a este pueblo, pero se fue abriendo paso en él la idea de que no había ninguna posibilidad que fuera viable. No disponía de armas y ahora le resultaba difícil conseguir nada.

El cáncer de la civilización había alcanzado incluso a Bogotá y le resultaba inconcebible el hecho de bajar a asesinar a un ciego. Claro que si lo hacía, podría entonces dictar condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. Pero antes o después tendría que morir!

También intentó encontrar comida entre los pinos y un abrigo bajo sus ramas para protegerse de las heladas de la noche y, con menos convencimiento, capturar una llama por medio de un ardid para tratar de matarla, tal vez golpeándola con una piedra, para poder así, finalmente, comerse una parte. Pero las llamas recelaban de él y le miraban con sus desconfiados ojos marrones y escupían cuando se acercaba. El miedo y el estremecimiento se apoderaron

de él durante el segundo día. Finalmente, bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó hacer un pacto. Bajó arrastrándose por el torrente, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo él—. Pero es porque estaba recién formado.

Le dijeron que aquello estaba mejor.

Les dijo que ahora estaba muy cuerdo y arrepentido de todo lo que había hecho.

Luego lloró sin querer, porque ahora se sentía muy débil y enfermo, y ellos lo tomaron como una señal favorable.

Le preguntaron si aún pensaba que podía *ver*.

—No —dijo él—. Eso es una insentatez. ¡Esa palabra no significaba nada..., menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—A una altura aproximada de cien hombres hay un techo encima del mundo..., de roca..., y muy, muy suave... —Volvió a estallar en histéricos sollozos—. Antes de que me sigáis preguntando, dadme algo de comer o me moriré.

Se esperaba unos castigos horribles, pero estos ciegos poseían la capacidad de ser tolerantes. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general y, tras azotarle le encomendaron las tareas más simples y más pesadas que podían encomendarle a nadie, y él, al no ver otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que le decían.

Enfermó durante algunos días y lo cuidaron afablemente. Eso afinó su sumisión, pero insistieron en que guardara cama en la oscuridad, lo que acrecentó su desdicha. Y vinieron a verle filósofos ciegos y le hablaron de la perversa ligereza de su mente, reprochándole de forma tan solemne sus dudas acerca de la tapadera que cubría su cacerola cósmica, que casi empezó a dudar de si no sería realmente víctima de una alucinación por no verla encima de la cabeza.

De este modo, Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y éstos dejaron de ser un pueblo generalizado y se convirtieron en individuos familiares para él, mientras que el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba irrita-

do; estaba Pedro, el sobrino de Yacob, y estaba Medina-saroté, que era la hija menor de Yacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos, porque poseía un rostro bien definido y carecía de esa tersura satisfactoria y satinada que es el ideal de la belleza femenina de un ciego; pero Núñez pensó que era bella al principio, y poco a poco, el ser más bello de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos y enrojecidos según la norma que imperaba en el valle, sino que por su forma parecía como si pudieran volver a abrirse en cualquier momento; y además tenía largas pestañas, lo que se consideraba como una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía los delicados oídos de los cortejadores del valle, de tal modo que no tenía ningún pretendiente.

Entonces llegó un momento en que Núñez pensó que, si lo lograba conquistarla, se resignaría a vivir en el valle el resto de sus días.

La espiaba. Buscó las ocasiones de prestarle pequeños servicios y al poco reparó en que ella le observaba. Una vez, en la reunión de un día de fiesta, se sentaron el uno junto al otro en la penumbra de una noche estrellada, acompañados por una melodía acariciadora, su mano se posó sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, con mucha ternura, ella le devolvió su presión. Y un día, mientras comían en la oscuridad, él notó que su mano le buscaba suavemente y, como por azar se levantó una llamarada de fuego en aquel momento, pudo ver la ternura reflejada en su rostro.

Trató entonces de hablar con ella.

Fue a verla un día mientras ella hilaba sentada a la luz de la luna de verano. La luz la convertía en un objeto plateado y misterioso. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba y le dijo también cuán hermosa le parecía. Él poseía la voz de un enamorado y le habló con tierna reverencia que casi parecía temor y ella, que jamás había sido interpelada con adoración, no le dio ninguna respuesta concreta, pero resultaba patente que sus palabras habían sido oídas con agrado.

Después de aquello habló con ella cada vez que se le presentaba la ocasión. El valle se convirtió en el mundo para él, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que

algún día derramaría en los oídos de ella. Tras muchos titubeos y muy tímidamente, él le habló de la vista.

La vista le parecía a ella la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas y de las montañas y de la palidez y dulzura de su belleza como si se tratara de una indulgente complicidad. Ella no creía, sólo podía comprender a medias, pero se sentía misteriosamente complacida, y a él le parecía que le comprendía totalmente.

Su amor le hizo perder el miedo y adquirir confianza. Y pronto le propuso pedirla en matrimonio a Yacob y a los ancianos, pero ella se mostró temerosa y aplazó su propuesta. Y fue una de sus hermanas mayores quien primero le contó a Yacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Dese el primer momento hubo una gran oposición al matrimonio de Núñez con Medina-saroté, no tanto porque la tuvieran en gran estima, sino porque a él le consideraban como a un ser aparte, un idiota incompetente muy por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron agriamente arguyendo que el descrédito caería sobre todos ellos, y el viejo Yacob, si bien había acabado por tomarle cariño a su obediente y torpe siervo, meneó la cabeza diciendo que no podía ser. Los jóvenes se mostraron todos irritados ante la idea de corromper la raza y uno de ellos fue tan lejos que llegó a vilipendiar y a golpear a Núñez. Éste le devolvió el golpe. Entonces, por primera vez, apareció las ventajas de poder ver, incluso a la luz del atardecer, y después de que se acabara aquella pelea nadie se mostró dispuesto a levantarle la mano. Pero su matrimonio les siguió pareciendo imposible.

El viejo Yacob sentía ternura por su hija pequeña y se afligía cuando ella venía a llorar sobre su hombro.

—Verás, hija mía, es que él es un idiota, padece alucinaciones y no sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé —lloraba Medina-saroté—. Pero ahora es mejor que antes. Está mejorando. Y es fuerte, padre querido, y gentil..., más fuerte y más gentil que ningún hombre del mundo. Y me ama y..., yo también le amo, padre.

El viejo Yacob se sintió muy angustiado por no poder consolar a su hija y, además, lo que le angustiaba aún más, a él le gustaba Núñez por muchos conceptos. Así que acudió a sentarse a la tétrica

cámara de consejos con los otros ancianos y, prestando atención al rumbo de la conversación, dijo en el momento oportuno:

—Es mejor de lo que era. Y es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al cabo de un rato, a uno de los ancianos, que reflexionó profundamente, se le ocurrió una idea. Era el gran doctor de este pueblo, el que curaba todos los males y poseía una mente muy filosófica y llena de inventivas: su idea consistía en curar a Núñez de sus peculiaridades.

—He reconocido a Bogotá —dijo— y su caso a mí me parece muy claro. Mi diagnóstico es que podría curarse con toda probabilidad.

—En eso es en lo que yo siempre he confiado —replicó el viejo Yacob.

—Tiene una afección en el cerebro —dijo el doctor ciego.

Los ancianos murmuraron asintiendo.

—¿Y cuál es esa afección?

—¡Ah! —dijo el viejo Yacob.

—*Esto* —dijo el doctor contestando a su pregunta—. Esas extravagantes cosas que se llaman ojos y que existen sólo para dotar a la cara de una suave y agradable depresión están tan enfermas, en el caso de Bogotá, que han afectado a su cerebro. Están enormemente distendidas, tiene pestañas y sus párpados se mueven y, por consiguiente, su cerebro se encuentra en constante estado de irritación y destrucción.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo Yacob—. ¿Ah, sí?

—Y creo que puedo decir con un grado de certeza razonable que, al fin de curarle completamente, sólo necesitamos una simple y fácil operación quirúrgica, es decir, extraerle estos cuerpos tan irritantes.

—¿Y entonces se volverá cuerdo?

—Adquirirá una cordura absoluta y se convertirá en un ciudadano admirable.

—¡Doy gracias al cielo por la ciencia! —dijo el viejo Yacob y regresó inmediatamente a contarle a Núñez la buena noticia.

Pero la forma en que Núñez recibió la buena noticia le pareció fría y decepcionante. Y entonces le dijo:

—Por el tono que adoptas, se podría pensar que mi hija no te importa.

Fue Medina-saroté quien persuadió a Núñez para que aceptara la intervención de los cirujanos ciegos.

—¿Tú no querrás que pierda el don de mi vista? —dijo él.

Ella meneó la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

La cabeza de ella se inclinó un poco más.

—Existen las cosas bellas, la belleza de las cosas pequeñas..., las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y la suavidad de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes a la deriva, los atardeceres y las estrellas. Y existes *tú*. Sólo por ti es maravilloso tener ojos, para ver tu cara dulce y serena, tus labios bondadosos, tus amadas y hermosas manos entrecruzadas... Son mis ojos los que tú has conquistado, estos ojos son los que me atan a ti, y lo que estos idiotas buscan. En vez de eso, debería tocarte, oírte y no volver a verte jamás. Debería acomodarme bajo este techo de rocas, de piedras y de tinieblas, ese horrible techo bajo el cual tu imaginación se aplasta... No. ¿Tú no querrás que yo haga eso, verdad?

Una duda terrible había surgido en él. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella— me gustaría... —Y no detuvo.

—¿Sí? —dijo él un poco aprensivo.

—A veces me gustaría... que no hablaras de esa manera.

—¿De qué manera?

—Sé que es bonito..., es tu imaginación. Y me encanta, pero *ahora...*

Él sintió un escalofrío.

—¿Ahora? —dijo débilmente.

Ella permaneció inmóvil.

—Quieres decir..., piensas..., que tal vez estaría mejor si...

Estaba captando las cosas con mucha prontitud. Sintió cólera, una verdadera cólera ante el absurdo rumbo del destino, pero también compasión por su falta de comprensión..., una compasión muy cercana a la piedad.

—*Amada mía* —dijo y pudo ver por su palidez cuán intensa presión ejercía su espíritu contra las cosas que ella no podía decir. La rodeó con sus brazos, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo por fin con una voz muy dulce. Ella le lanzó los brazos al cuello, llorando desesperadamente. —Oh, si consintieras —sollozó— ¡si consintieras de verdad!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su condición de servidumbre e inferioridad hasta su nivel de un ciudadano ciego, Núñez no supo lo que significaba dormir, y todas las horas, iluminadas por la cálida luz del sol, mientras los demás dormitaban felices, las pasó sentado cavilando o vagando sin rumbo, tratando de resolver en su mente este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento y, sin embargo, no estaba seguro. Y por fin se agotó el tiempo de labor, el sol surgió con esplendor sobre las doradas crestas y comenzó para él su último día de visión. Pasó algunos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana —dijo él— dejaré de ver.

—¡Corazón mío! —respondió ella apretándole las manos con todas tus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo ella— y si sufres... y si sufres, amor mío, será por *mí*... Cariño, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, yo te recompensaré. Mi bien, mi bien querido, el de la dulce voz, yo te recompensaré.

Y él se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó y apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —susurró a su amada visión—. ¡Adiós!

Y luego en silencio se apartó de ella.

Ella pudo oírle alejarse con pasos lentos y hubo algo en sus pisadas rítmicas que la sumieron en un llanto apasionado.

Había decidido firmemente ir hasta un lugar solitario donde los prados estaban embellecidos por los narcisos blancos y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio; pero mientras se dirigía hacia allí sus ojos contemplaron la mañana, la mañana que, como un ángel de armadura dorada, se desliza por los barrancos...

Y ante este esplendor tuvo la sensación de que él y este mundo ciego del valle, y su amor, no eran, después de todo, más que un pozo de pecado. No se desvió tal y como se había propuesto hacer, sino que prosiguió y atravesó el muro de la circunferencia y em-

pezó a trepar por las rocas mientras sus ojos permanecían siempre fijos sobre el hielo y la nieve bañada por el sol.

Vio su infinita belleza, y su imaginación los sobrevoló hasta llegar más allá de las cosas a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que se hallaba apartado, su propio mundo, y tuvo la visión de aquellas remotas pendientes más allá de la distancia, con Bogotá, un lugar de belleza multitudinaria y agitada, una gloria de día y un luminoso misterio de noche, un lugar de palacios, fuentes y estatuas y casas blancas, hermosamente emplazadas en la media distancia. Pensó que por un día o dos, uno podía muy bien bajar atravesando pasos, para acercarse más y más a sus calles bulliciosas y a sus costumbres. Pensó en el viaje por río, día tras día, desde el gran Bogotá hasta el mundo más vasto de más allá, atravesando ciudades y aldeas, bosques y desiertos, en la imparable corriente del río, días tras día, hasta que sus riberas se retiraran y los grandes barcos de vapor se acercaran salpicándose de espuma, y así uno alcanzaba el mar..., el mar infinito, con sus miles y miles de islas, y sus barcos avistados en la nebulosa lejanía en sus incesantes periplos alrededor del mundo más grande. Y allí, sin estar acorralado por las montañas, se podía ver el cielo..., sí, el cielo, no el disco que se veía desde aquí, sino un arco de azul inconmensurable, en cuyos abismos más profundos flotaban dando vueltas las estrellas... Sus ojos escudraron la gran cortina de montañas investigándolas ansiosamente.

Por ejemplo, si subía por esa garganta y hasta esa chimenea, podría salir en lo alto de aquellos pinos achaparrados que se extendían en una especie de saliente y seguían subiendo más y más hasta pasar por encima del desfiladero. ¿Y luego? Ese talud podría sortearlo. Desde allí tal vez pudiera encontrar una ruta para trepar hasta el precipicio que se hallaba debajo de la nieve y si le fallaba esa chimenea, entonces quizá otra más alejada, hacia el este, pudiera servir a sus propósitos. ¿Y luego? Entonces se encontraría sobre la nieve de color ámbar y a medio camino de la cresta de aquellas magníficas desolaciones.

Se volvió para mirar la aldea, y la contempló con resolución.

Pensó en Medina-saroté que se había convertido en un punto pequeño y remoto.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, junto a cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Entonces, muy circunspecto, empezó a trepar. Al ponerse el sol había dejado de trepar, pero se encontraba lejos y muy alto. Había estado más arriba, pero aún así seguía estando muy alto. Su ropa estaba desgarrada, sus miembros, manchados de sangre; tenía magulladuras en muchos sitios, pero estaba tumbando como si se encontrara a sus anchas y en su cara lucía una sonrisa. Desde su lugar de reposo parecía que el valle se encontraba en el fondo de un pozo a casi una milla de distancia. Había oscurecido ya y había bruma y sombras, aunque las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego. Las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego y los pequeños pormenores de las rocas que tenía a mano estaban impregnados de una sutil belleza..., una veta de mineral verde que traspasaba la masa gris, los destellos de las facies de cristal aquí y allá, un diminuto liquen anaranjado de minuciosa belleza muy cerca de su rostro. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul intenso que se tornaba púrpura, y el púrpura en una oscuridad luminosa, y en lo alto se hallaba la ilimitada inmensidad del cielo. Pero dejó de prestarle atención a estas cosas y permaneció allí tumbado, casi inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho por el mero hecho de haber escapado del valle de los ciegos, donde había pensado convertirse en rey. Se apagó el resplandor del atardecer y cuando llegó la noche aún permanecía tumbado y apaciblemente contento bajo la fría luz de las estrellas.

EL SECRETO

LAFCADIO HEARN*

Heinlopo, como es sabido, es un importante puerto en la caza y empaque de camarones, y Greco era dueño de varios barcos, cada uno con dos redes amplias y resistentes. Contrataba jornaleros que salían en la madrugada a pescar y regresaban al atardecer para arrejuntar en cubetas los camarones y limpiar las redes. Greco tenía una hija, Blimunda. Puesto que era bella e inteligente, consiguió que su padre la inscribiera en un convento de la ciudad de Huatusco. Ahí pasó siete años, educándose y haciéndose señorita. Al regresar a Heinlopo era tal su reputación, que todo buen mozo la codiciaba. Greco arregló un matrimonio con el hijo de un socio suyo, Lafcadio Reyes. Blimunda aprendió a amar a Lafcadio, vivió con él otros siete años, y tuvieron un hijo. Pero cuando éste tenía tres o cuatro años de edad, Blimunda enfermó de fiebre pulmonar y murió.

La noche en que velaban el cadáver, el hijo de la difunta entró corriendo a la estancia donde se congregaban los lamentantes y dijo: "Algo extraño está pasando cerca de las redes, detrás de la casa. Mamá está ahí, mirando". Todos pensaron que el niño se había vuelto loco o que había visto a un coyote. Salieron corriendo y en efecto, Blimunda estaba recargada contra un muro decrepito, agrietado. Tenía una túnica blanca y hermosa que flotaba en las olas del aire y sus ojos apuntaban fijos a un lugar indiscriminado del suelo.

La gente se asustó. Nunca habían visto un fantasma. El cuerpo de Blimunda descansaba, amortajado, en un ataúd dentro de la casa, pero Blimunda, su alma, estaba ahí, afuera, absorta, ensimismada.

* Patricio Lafcadio Tessima Carlos Hearn, norteamericano radicado en Japón (1850-1904). Autor de *Kwaidan: Historias y estudios sobre cosas extrañas*.

Greco, que ya para entonces era un anciano, muy a su pesar intentó ahuyentarla a palos. Nada, la muerta seguía impávida. Los vecinos, conmovidos por la noticia, llegaron al sitio y no pudieron creer lo que veían. Uno le arrojó piedras que la traspasaban sin golpearla. Otro sacó un crucifijo y envalentonado, lo usaba como escudo mientras bisbiseaba para ver que se fuera, como se hace con un lobo o con un castor.

Al día siguiente enterraron el cuerpo en un cementerio a quince kilómetros, en el Valle del Conejo. Creyeron que alejándolo de Heinlopo alejarían también al fantasma. Pero Blimunda seguía mirando, recargada.

Dos reacciones emergieron: entre los vecinos los hubo que del pavor abandonaron Heinlopo y se fueron rumbo a la capital. Argumentaban que un fantasma traería más fantasmas y que Blimunda sólo era el principio de una larga cadena. Para ellos los lugares poseídos una vez quedaban satanizados para siempre. Del lado contrario, los parientes y amigos de Blimunda trataban a su fantasma con naturalidad. No se acercaban demasiado a ella porque notaban cierto nerviosismo, pero salían a pescar igual, despreocupados, concienzudos de que un fantasma puede generar pavor pero no debe quitarle a la gente el pan de la boca. Los niños, el hijo de Blimunda y Lafcadio Reyes entre ellos, lloraban cuando veían aquel espectáculo, aunque lo vieran diez, veinte, cien veces. Mientras, Blimunda seguía, día y noche, recargada en el muro, con la vista en el suelo.

Llegaron cabalistas, magos, terapeutas y sacerdotes. Llegó también un par de políticos desde Paranagua al enterarse que el pavor almacenado motivaba a los pueblerinos a dejar, pausada aunque irrevocablemente, las playas de Heinlopo. Cuando yo llegué, Lafcadio me contó la historia. Mi corazón se estremeció al enterarme, tras tantos años de ausencia, que mi querida prima había fallecido. Lloré. Salí luego a ver al fantasma. Era joven, fresca, su cabello suelto sin ley; la túnica absorbía la luz de la luna y el sol. Sus ojos fijos proyectaban aún su inteligencia. “¿Qué dijo antes de morir?”, pregunté. Nada, fue la respuesta. Había murmurado un par de sílabas pero la fiebre y los temblores físicos las habían borrado. “Debe estar nerviosa”, añadí. Subí a su recámara. Lafcadio había removido todos los utensilios, ropa, fotografías o enseres que le

recordaran a Blimunda; la había borrado. Observé el cuarto de abajo arriba. Luego penetré en las otras habitaciones y closets. Buscaba algo, no sabía qué. Encontré tarjetas postales antiguas, pijamas de dormir de mi tío Baltazar usadas durante su estadía en Texas. Descubrí redes que ya no se usaban, trofeos y medallas condecorativas.

Al salir, vi que el fantasma de Blimunda no estaba donde siempre. La pared estaba vacía, aunque un resplandor fosforescente seguía allí. Voltié. Uno de los barcos no estaba varado. Miré al océano. Blimunda había echado los remos y estaba sentada en el barco, mirándome desde altamar. "¿Qué esperas?", le grité. Aunque lejana, pude ver que sonreía. Una tormenta amenazaba a lo alto. Volví a observar el fantasma de mi prima y después regresé a casa de Lafcadio y me eché a dormir.

La vi otra vez estaba recargada contra el muro el día siguiente, sus ojos en ángulo recto con el suelo. El resplandor se había desvanecido. Apenas era posible ver a Blimunda y un incrédulo no hubiera podido confirmar que, en efecto, en esa esquina, junto a las redes, estaba posado un fantasma. Su sonrisa tersa, relajada, la hacía un ente agradable. Llegué hasta Blimunda y por intuición comencé a rascar el muro y a escarbar la tierra. Rompí la corteza de cal. Hice un agujero. Me dolían las manos mientras en el trasfondo oía suave, cristalina, su sonrisa. Tras mucho escarbar, toqué fondo. Bajo la tierra se escondía un cofre. Levanté la mirada y noté que Blimunda temblaba. Entonces lo enterré de nuevo porque supe que de día no se develan secretos. Sin más, me quité los pantalones y la camisa y me metí al océano a nadar. Nadé por tres horas o más. Luego me fui a casa a dormir.

Me desperté a media noche. Se me había escapado el sueño. Me levanté y sin saber por qué, fui al cuarto de Lafcadio y me despedí. Apenas y se dio cuenta que yo le decía adiós. Hice lo mismo con el niño. Luego regresé a mi habitación, empaqué mis cosas, fui al cuarto de redes por unos fósforos y salí. Blimunda caminaba detrás de mí.

Lo arrumbé todo cerca del muro descascarado y proseguí a desenterrar el cofre. Lo abrí. Contenía una libreta de apuntes, un reloj pulsera con un moño desintegrándose de viejo, un amuleto y dos cartas. "Puedes irte tranquila", le dije a mi prima, "nadie

leerá el contenido de estas cartas y de este cuaderno... mas que yo". Blimunda abrió la boca como queriendo decir algo pero no lo logró. Leí el material. Hermoso, auténtico. Eran las cartas y el diario de una pasión amorosa imposible y fatídica. Blimunda ya estaba en la playa en una lancha, esperándome. Fui hacia ella, me subí y navegamos rumbo a ninguna parte pero lejos. Encendí un fósforo y quemé el material. Encerré las cenizas en el cofre y lo eché al mar. Vi cómo su sombra se sumergía y se iba perdiendo. Estaba hipnotizado por las burbujas que emergían. Al levantar la mirada, descubrí que Blimunda ya no estaba. Se había desvanecido, ella y su resplandor.

Hubiera podido viajar en esa misma lancha hasta Japón, pero no lo hice. Regresé y caminé por la playa. Caminé hasta convertirme, para Heinlopo, en un punto más del naciente horizonte.

ÍNDICE

<i>Introducción</i> , Ilán Stavans	VII
João Guimarães Rosa, <i>La tercera orilla del río</i> /	1
Julio Cortázar, <i>La puerta condenada</i> /	7
Edgar Allan Poe, <i>El corazón revelador</i> /	15
Iván Turgueniev, <i>Un sueño</i> /	21
Marqués de Sade, <i>Rodrigo o La torre encantada</i> /	41
Franz Kafka, <i>Ante la ley</i> /	57
Adolfo Bioy Casares, <i>Un viaje o El mago inmortal</i> /	59
Italo Calvino, <i>La hormiga argentina</i>	66
Fernando Pessoa, <i>Una cena muy original</i> /	99
Daniel Defoe, <i>La aparición de Mrs. Veal</i> /	121
Juan Rulfo, <i>Luvina</i>	125
Lope de Vega, <i>La posada del mal hospedaje</i>	135
H. P. Lovecraft, <i>La ciudad sin nombre</i>	140
Nathaniel Hawthorne, <i>El joven Goodman Brown</i>	155
Gérard de Nerval, <i>La mano encantada</i>	170
Rudyard Kipling, <i>Los constructores de puentes</i>	205
Nikolai Gogol, <i>La nariz</i>	239
Charles Dickens, <i>Una extraña entrevista</i>	265
Guy de Maupassant, <i>La noche</i>	278
Pedro Antonio de Alarcón, <i>La mujer alta</i>	283
Ilán Stavans, <i>Tres pesadillas</i>	298
Bram Stoker, <i>La casa del juez</i>	308
Rubén Darío, <i>La larva</i>	329
Horacio Quiroga, <i>El almohadón de plumas</i>	332
Ambrose Bierce, <i>El desconocido</i>	336
Graham Greene, <i>Una salita cerca de la Calle Edgware</i>	342
Ryunosuke Agutagawa, <i>En el bosque</i>	349
Robert Louis Stevenson, <i>El diablo en la botella</i>	359
Alfonso Reyes, <i>La cena</i>	391
W.W. Jacobs, <i>La pata de mono</i>	398
Jorge Luis Borges, <i>El Evangelio según Marcos</i>	409
Henry James, <i>Los amigos de los amigos</i>	414
Salvador Elizondo, <i>La historia según Pao Cheng</i>	443
Virgilio Piñera, <i>En el insomnio</i>	446
Felisberto Hernández, <i>El cocodrilo</i>	447
Felipe Alfau, <i>La necrófila</i>	460
H. G. Wells, <i>El país de los ciegos</i>	475
Lafcadio Hearn, <i>El secreto</i>	502